Aunque llueva fuego



BEATRIZ ESTEBAN

Lectulandia

Cuando Arielle llegó a casa de Chardin, con el cuerpo cargado de culpa y miedo, lo único que recibió fueron cuatro normas:

No hables nunca de lo que te ocurre.

No olvides respirar.

No olvides lo que te hace sentir viva.

Y por encima de todo: evita enamorarte.

Pero quebró la primera norma, después de haber destrozado la cuarta, olvidado la segunda y aplazado la tercera.

Francia, 1955.

Arielle Larue nació en medio de la guerra y arrastra el caos allá donde va. Su abuela intenta convertirla en la esposa perfecta, pero nada de lo que le enseñe puede frenar el secreto que lleva dentro. Un secreto que acaba causando la peor de las destrucciones. Entonces Arielle es internada en Sainte Geneviève, para su protección y la de los que la rodean. Lo último que ella espera encontrar allí es una nueva familia; que empieza con Jem y sus palabras, con Nathan y sus chistes, con Claire y su miedo. Y que acaba con ella. Una familia que luchará por mantener cueste lo que cueste. Porque vale la pena luchar por aquello que te hace soñar con lo que siempre has temido vivir.

Beatriz Esteban

Aunque llueva fuego

ePub r1.0
Titivillus 21.11.2020

Título original: *Aunque llueva fuego*
Beatriz Esteban, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Patri. Porque al final, no habrá grietas suficientes para rompernos.
Me tendrás siempre.

Nota de la autora

Esta novela incluye contenido que puede herir la sensibilidad de algunas personas, relacionado principalmente con síntomas, comportamientos y pensamientos propios de un trastorno depresivo y con tendencias suicidas.

Si en algún momento te sientes identificado con estos pensamientos, cuéntalo. No te guardes el dolor que sientes, el dolor que no mereces, y pide ayuda. Consulta lo más rápidamente posible a un médico o a un psicólogo; si estás pasando por un periodo de desánimo, desesperanza o tristeza es posible que sufras depresión, pero puede ser tratada. Las cosas pueden cambiar y hay gente dispuesta a ayudarte.

No dudes en llamar al teléfono de la esperanza —gratuito y confidencial — si necesitas a alguien que te escuche y te guíe:

717 003 717

(http://telefonodelaesperanza.org/llamanos).

Primera parte

Ceniza

There’s no smoke without reason,
It’s a sign there’s something wrong.
In my lungs there’s a poison
I’ve been breathing in too long.

—***Things We Lost in the Fire, Janet Devlin***

Al contar tres
1959 – Después de ella

Dicen que son las decisiones que tomamos a lo largo de nuestra vida las que nos han llevado a donde estamos hoy. Pequeños momentos que se acumulan, desvíos que parecían no tener consecuencias, confiar en quien no debíamos. Todo se entremezcla y acaba guiándonos hasta el lugar donde estamos y hasta las personas que queremos. A veces nos aleja.

Me pregunto cuál de todas ellas fue la decisión que me hizo acabar de rodillas en aquella habitación, con las manos firmes alrededor de la pistola y la mirada perdida en el gatillo.

Aquella mañana no me levanté con ganas de morir.

Hice la cama, lavé los platos, preparé el café. Jem hizo *crêpes*; desayunamos con la radio de fondo y me hizo reír. Me apretó la mano antes de marcharse al salón; era su manera de decirme que seguía aquí, conmigo; que su pulso era real y el tacto de su piel no había cambiado, aunque a mi alrededor todo lo demás sí lo hubiera hecho.

Cuando volví a la habitación, pensé que todas aquellas pequeñas decisiones eran la causa de que Jem estuviera dos pisos más abajo, leyendo el periódico; de que su armario se encontrara abierto, su maleta desplegada y la pistola que había prometido no usar, a la vista, llamándome.

La casa entera estaba en silencio, pero si aguzaba el oído podía llegar a escuchar el crujido de la madera bajo mis pies, las ruedas de los coches cruzando la calle, el murmullo de la radio en el salón. El sol entraba a raudales a través de la ventana, bañando las tablas del suelo. El tiempo parecía prometer que las cosas irían mejor.

Pero estaba cansada de esperar, de creerme esas mentiras, de que día tras día el dolor no hiciera más que agrandarse.

Tomé la decisión de morir con la misma calma con la que había elegido tomar *crêpes* en el desayuno. Una mueca, a la que meses atrás hubiera

llamado sonrisa, cruzó mi rostro.

Podía hacerlo.

Podía poner fin a aquella pesadilla. Podía hacer que mi cabeza callara en solo un segundo; no sufriría más, Jem no sufriría más. Acabaría con mi existencia con la misma quietud con la que la lluvia borra las huellas del barro.

Solo tenía que apretar el gatillo; solo eso.

Solo tenía que apretar el gatillo al contar hasta tres.

—Uno… —Antes de que me diera cuenta, el arma descansaba sobre mi sien. Mis manos empezaron a temblar en el último esfuerzo de mi cuerpo por detenerme. Pero no quería. No podía.

Cuando me fuera, el mundo tendría una persona menos de la que ocuparse. No más problemas, no más accidentes, no más dolor. Además, nadie notaría mi ausencia. ¿Quién me quedaba aquí? ¿Quién me iba a echar de menos? ¿A quién le importaba la vida de una asesina?

—Dos…

Y entonces los ojos de Jem Favre volvieron a cruzar mi mente, como aquella primera vez. El ámbar de sus iris me recordó al color de la luz que se colaba entre las cortinas. Los dos prometían lo mismo: vendrán tiempos mejores, aún hay esperanza, quédate, quédate, quédate. Imaginaba que Jem me miraba, otra vez, como si a través de las pupilas pudiera escuchar todo lo que se cruzaba por mi cabeza. Me suplicaba que me quedara, me acunaba entre sus brazos, me repetía que todo iría bien.

Pero no era cierto.

Tenía a mi familia esperándome al otro lado del disparo. Aquí solo me quedaba Jem; y Jem sobreviviría, lloraría y con el tiempo se daría cuenta de que vivir conmigo no era vivir. Encontraría a alguien que no le obligara a huir y viviría una vida larga, plena y feliz. Segura. Lejos de desastres, lejos de la muerte, lejos de mi recuerdo.

Noté que se me formaba un nudo en la garganta y apreté más los dientes. No podía echarme atrás ahora.

—Tres.

Se oyó un estallido y cerré con más fuerza los ojos, esperando que la muerte se apresurara en llevarme.

Pero no lo hizo. No se disparó ninguna bala ni llegué a apretar el gatillo. A mis ojos todo ocurrió a cámara lenta: la pistola comenzó a sacudirse y se resquebrajó en medio segundo, deshaciéndose como si fuera nieve al llegar la

primavera. Las piezas rasgaron mi piel, cayeron y repicaron contra el suelo, pero no dejaron de temblar.

Miré mis manos, pálidas y surcadas de sangre. No sabía si temblaba por culpa de las heridas o si estaba preparándome para destruir algo más. Noté el frío de las lágrimas cruzando mis mejillas.

Lloré, lloré y sentí como no lo había hecho en semanas.

Tendría que estar muerta y, sin embargo, parecía que yo misma me había salvado sin mi permiso. Había destruido objetos, memorias y vidas, pero era incapaz de acabar conmigo.

No debieron de pasar más de unos pocos segundos cuando Jem entró en la habitación, aunque a mí me parecieron horas. Gritó mi nombre y corrió a rodearme entre sus brazos, apartando el metal del suelo.

—Ari… —Sus manos acariciaron mi pelo. Él también temblaba—. Arielle, ¿qué…?

—Lo siento —murmuré, con la voz quebrada. No podía decir nada más —. De verdad que lo siento. Solo quería que esto acabara.

Si le hubiese mirado, me habría dado cuenta de que estaba conteniendo las lágrimas. Si hubiera abierto más los ojos, habría visto el dolor y el amor en los suyos. Él se quedó callado, consciente de que nada de lo que dijera podría arreglarme. Le bastó con abrazarme más fuerte, intentando juntar de nuevo todos mis pedazos rotos.



Jem no se apartó de mí en lo que quedó de día. Estuvo ahí mientras me curaba las heridas de las manos y recogía los restos de la pistola; mientras me duchaba y me vestía. Me miraba en silencio, temiendo que sus palabras fueran las equivocadas. No salimos a cenar, como teníamos pensado. Cuando se hizo de noche volvimos a la habitación, apagamos las luces, me deseó buenas noches y me dejé caer sobre la almohada. Él se hizo el dormido, aunque supe que contaba cada una de mis respiraciones. Se había deshecho de cada objeto punzante de la casa, de cada pastilla, de cada esquina, de su pistola. No era de extrañar que ahora no fuera capaz de apartar los ojos de mí.

«No voy a marcharme, Jem», quise decirle, pero conocía demasiado bien la sensación de querer quedarme cuando amanecía y querer marcharme cuando todo empezaba a oscurecer. No quería hacer promesas vacías.

No tardé en rendirme a los brazos de Morfeo, aunque me hubiera gustado no hacerlo. Mis sueños se llenaron de sangre, ojos vacíos, objetos alzándose

en el aire y explotando. Oía mi propia voz gritando «Lucie», y luego cientos de horrores desfilaban ante mí, recordándome todo lo que había hecho.

Abrí los ojos para verme de nuevo rodeada de oscuridad, una que al menos me hacía sentir más segura que toda la luz que veía cuando no estaba despierta. Tenía el pulso acelerado y la frente empapada en sudor frío.

«Todo ha sido un sueño, no es real, estás a salvo», me repetía, una y otra vez. Pero también había una segunda voz: «Aunque luego nadie pueda salvarte de ti misma».

—¿Arielle?

Escuché cómo Jem se daba la vuelta hacia mí; el sonido de los muelles cediendo a su peso.

—¿Te he despertado? —murmuré, tratando de no alzar la voz.

—Era otra una pesadilla, ¿verdad?

Mi silencio bastó para contestarle.

—¿Lucie? —preguntó.

—Lucie.

Me encogí más sobre mí misma, tratando de apartar los recuerdos. Jem suspiró y se deslizó entre las sábanas para acercarse más a mí. Empezó a acariciarme el pelo sin decir ni una palabra.

—No fue culpa tuya —susurró.

Apreté los labios.

—Jem…

—No fue culpa tuya —repitió—. No fue culpa tuya, Arielle.

Ojalá sus palabras bastaran.

—No quiero volver a dormir —dije en un susurro casi inaudible. Pasó un brazo por encima de mi cabeza, haciendo que fuera más fácil acomodarse en su pecho.

—Entonces me quedaré despierto contigo.

—¿Te apetece hablar?

Después de tantas semanas de silencio, noté cómo el corazón de Jem se aceleraba.

—¿De qué? —Tragó saliva—. Arielle, después de lo que ha pasado hoy… Quizás deberías… Deberíamos visitar a un médico o…

Sacudí la cabeza con fuerza.

—No, no quiero hablar de nada de eso.

—No podemos fingir que no está pasando, Ari.

—*Ahora* no está pasando. Por favor, solo… Solo hazme olvidarlo. Finjamos durante un momento que no tenemos nada de lo que preocuparnos,

que aún quedan detalles más importantes que conocer que todo lo que guardamos dentro. —Solté el aire que estaba conteniendo—. Cuéntame algo que no sepa de ti.

El pecho de Jem descendió lentamente y su brazo me acercó más a él. Con un suspiro, empezó a hablar:

—La primera novela que escribí se llamaba *Limón* —Arqueé una ceja. Por la suave carcajada del chico, supuse que la oscuridad no era tanta como para no verme—. Sí, *Limón*, como la fruta. Era el nombre de un pueblo mágico que volaba sobre las nubes. Tenía diez años, no me lo tengas muy en cuenta. —Su sonrisa se ensanchó—. Puede que no fuera el mejor novelista del mundo, pero imaginación no me faltaba.

La voz de Jem tenía la magia de poder calmarme. Sentí cómo el miedo iba abandonando mi cuerpo poco a poco, cómo mi respiración se ralentizaba y los brazos del joven me parecían cada vez más seguros.

—Ahora te toca a ti —dijo.

Respiré hondo, tratando de ordenar todas las palabras que se enredaban en mi mente. Salieron las únicas que oía con claridad:

—Siempre pensé que era una asesina, que todo fue mi culpa. —El silencio cayó sobre nosotros como una losa y el cuerpo de Jem volvió a tensarse—. Y ahora… —Volvió el nudo en el estómago y sacudí la cabeza—. Olvídalo, todo esto ya lo sabes. He dicho que no quería hablar de estas cosas, pero parece que traicionarme se me da demasiado bien.

Sus dedos volvieron a enredarse en mi pelo. Jem Favre era la única persona que conocía capaz de comunicarse usando el silencio. Algunos silencios suyos raspaban y dolían, otros parecían frenar el tiempo y abrir una ventana a su mente. Podías escuchar lo que no decía por no tener palabras, podías sentir lo que él sentía.

Aquel silencio primero fue un pésame, luego fue un beso.

—Siento mucho que estés sufriendo así.

Busqué su mirada en la oscuridad. No tendría que haber dicho eso. No tenía que fingir estar de una pieza, no conmigo.

—Me toca a mí todavía, ¿verdad? —dije, incapaz de contestarle. Si íbamos a fingir los dos, le demostraría que yo también podía.

Me quedé callada más tiempo del que debería. Traté de apartar los recuerdos que no me dejaban dormir y busqué en mi memoria aquello que me sacaba una sonrisa cuando era niña. No existían muchos recuerdos así.

—Me gustaba mucho escuchar *jazz*.

Niña de la guerra
1945-1955 - Muchos años antes de ella

Me gustaba escuchar *jazz*, quizás porque siempre me lo prohibieron.

Mi madre odiaba que me llamara así, pero siempre me consideré «hija de la guerra». Nací en medio de aquel infierno como un débil recuerdo de que los humanos todavía podían crear y dar vida. Nací para darle una razón a mi madre por la que seguir adelante; para que la lucha de mi padre llegara a los oídos de alguien, para recordarle. Para que la familia Larue no desapareciera.

Tenía solo cuatro años cuando la guerra acabó y no pasó un solo día en el que no diera las gracias por no recordar bien aquellos tiempos. Tenía suficiente con escuchar las historias que mi madre contaba y las amenazas de mi abuela. Mis recuerdos eran distintos. Recordaba el hambre que siguió a los meses de guerra, y cómo no supe lo que era el chocolate hasta que cumplí seis años. Recordaba a todos los padres, los tíos y los hermanos que nunca volvieron a casa. Recordaba el silencio sepulcral y herido de las calles, y cómo los llantos solo se escuchaban tras las puertas de las pocas casas que aún se mantenían en pie. Recordaba los hombres que volvían sin un brazo, o ciegos, o mutilados. Recordaba el vacío que dejaron los que no volvieron.

No recordaba a mi padre, pero mi madre se encargó de que él viviera en mi memoria. Me hablaba de cómo siempre le regalaba rosas blancas, de cómo merendaban juntos a escondidas, en una cafetería de Toulouse, y convirtió todas las historias en cuentos de hadas.

Pero para mí, mi padre siguió siendo inalcanzable. Era solo eso: un mito, una historia, un cuento. No era capaz de imaginar su rostro, por mucho que mi madre me recordara día sí y día también que tenía sus mismos ojos. «Los iris verdes son los menos comunes, ¿sabes?», decía. «Y más cuando son tan oscuros, como un bosque al anochecer. Tus ojos son un regalo».

Cuando crecí, mis ojos dejaron de ser un regalo y se volvieron una maldición. Mi madre nunca me veía a mí; veía a mi padre.

—¿Cuándo volverá papá? —le pregunté una noche.

Tenía cuatro años y a mi alrededor el mundo era cada día más retorcido. Veía a niños como yo llorando por un padre a quien no volverían a ver, a los huérfanos pedir comida en las calles y a mujeres abrazando a los hombres que volvían de la guerra. Cada mañana me preguntaba en quién de ellos me convertiría yo.

—No lo sé, Ari. Papá está siendo valiente por nosotras dos.

—Pero la gente está volviendo ya. ¿Por qué él no? —Mi pequeña cabeza no lograba comprenderlo. Solo sabía que echaba de menos a alguien a quien jamás había conocido—. ¿No tiene coche? ¿No podemos ir a por él?

—No, Ari, no podemos.

—Quiero que vuelva, *maman*.

—No puede volver —dijo mi madre, con la voz quebrada. Lloraba—. No va a volver.

Creo que aquella fue la primera vez que sentí el dolor de la pérdida. Mi padre jamás pisaría de nuevo nuestra casa ni llegaría a verme crecer. Nunca vería a su hija, no se reiría de las pecas que decoraban mi nariz como decoraban la suya, no volvería a preparar tostadas, no volvería a abrazar a su mujer. No regresaría.

A los cuatro años debería haberme preocupado por perder mi yoyó o hacerme una herida en la rodilla, pero los niños de la guerra no teníamos esa suerte.



Las noches de *jazz* y cuentos se acabaron el día que Edith Larue se instaló en nuestra casa.

Cuando mi abuela se enteró de la muerte de su único hijo, y sabiéndose viuda, decidió venir a vivir con mi madre y conmigo. Desde el primer día llenó nuestro pequeño hogar con aires de grandeza. Con el dinero que trajo desde París —donde había vivido los últimos años— nos compró vestidos nuevos y arregló algunos de los desperfectos de la casa. La herencia de mi abuelo la había dejado con una buena reserva de dinero —no podía considerarse la más adinerada de Arcueill, pero, por lo menos, ya no pasábamos hambre; al reparto de pan y arroz se le habían unido pequeños

caprichos, como legumbres o carne—, y prefirió invertirlo en el futuro de la familia Larue. Nunca confió en que mi madre fuera capaz de educarme sola.

Así, después de haber conocido únicamente la vida de la guerra, tuve que acostumbrarme a la paz y a la presencia de mi abuela. Mi familia se había reducido a nosotras tres: no quedaban hombres; no quedaban abuelos maternos, ni tíos, ni primos, ni hermanos.

Mi abuela fue la encargada de «educarme» como una verdadera señorita; falda por debajo de las rodillas, calcetines largos, barbilla erguida, libros sobre asuntos que no entendía que habían rescatado de entre los escombros, sonrisa forzada y gestos delicados. Ni un solo mechón suelto en mi peinado. Edith suspiraba porque su nieta fuera una copia perfecta de lo que entonces era ella: una mujer fría, dura como la piedra, con el cabello níveo siempre recogido y las manos entrelazadas sobre el abdomen.

En cambio, mi madre era la mujer que yo buscaba ser: profesora de primaria durante el día, cuentacuentos cada noche. Me traía chocolate para merendar y bailábamos a escondidas las tardes que la abuela salía de casa. Me hacía trenzas, me leía libros, me enseñaba canciones. Me daba vida.

Con el paso de los años, la paz se fue asentando en Francia, dándonos una nueva oportunidad de empezar de nuevo. Pero aún era normal tener pesadillas.

Aquella noche desperté con un grito y la frente empapada en sudor. Me llevé una mano al pecho y alargué la otra hasta encender la lámpara de la mesita. La fina línea entre la vigilia y el sueño pareció difuminarse cuando la luz inundó mi habitación.

Los pocos libros que llenaban mi estantería habían acabado por los suelos; el cristal de mi ventana estaba roto, las cortinas se balanceaban movidas por la brisa nocturna. Corrí hasta la ventana esperando ver el destrozo de las bombas, con el corazón palpitando en mi garganta. No se oían las sirenas ni las explosiones. Arcueill dormía. La guerra había terminado diez años atrás.

Retrocedí un paso.

—¡Ah! —Me mordí el labio al notar cómo un trozo de cristal se me clavaba en el pie. Pero cuando bajé la mirada me di cuenta de que esa no era la única herida que sangraba.

Tenía sangre en las manos.

La puerta de mi cuarto se abrió antes de que me diera tiempo a mirar de dónde venía. Mi madre ahogó una exclamación al ver el desastre de la ventana; los cristales brillando, los libros abiertos esparcidos por el suelo, la cama deshecha.

—Arielle, ¿qué ha pasado?

Corrió hacia mí y me obligó a darme la vuelta, con las manos en mis hombros. Sus ojos escrutaron los míos, llenos de miedo, y su mirada bajó por mi rostro como si intentara asegurarse de que cada peca seguía en su sitio.

Me esforcé por hablar sin que los labios me temblaran.

—Tenía una pesadilla y… Cuando me he despertado, todo esto… —Tragué saliva, tratando de poner en orden mis ideas—. Creo que alguien ha entrado por la ventana. No lo sé, no he visto nada…

—Ten, te está sangrando la nariz —dijo, ofreciéndome la punta de su camisón. Se dio cuenta del miedo con el que miraba mis manos—. La sangre no hiere, Arielle. Tranquila.

—Deberíamos llamar a la policía. Puede que sea un ladrón, que siga en casa…

Mi madre sacudió la cabeza, apartándome el cabello con cariño.

—Es un tercer piso, Ari, aquí no ha entrado nadie. Y si lo hicieran, no encontrarían nada de valor.

—Pero la ventana…

—Mañana lo arreglaremos todo, ¿de acuerdo? —Sonrió, pero no fue capaz de calmar mi miedo—. Si así te quedas más tranquila llamaré a la policía, pero creo que deberías dormir. ¿No estás cansada?

Bajé la mirada al suelo. Las manos todavía me temblaban y sentía cómo todo mi cuerpo luchaba por mantenerse en pie, pero el corazón seguía palpitándome demasiado rápido como para dormirme.

—No quiero dormir.

La sonrisa de mi madre se aflojó, acercándose más a una mueca triste.

—Entonces yo tampoco dormiré. —Me dio un beso en la frente—. Pero tenemos que irnos de aquí antes de que tu abuela se despierte, ¿vale?

—Ya estará despierta.

—No es la primera vez que gritas en sueños, a eso está acostumbrada. —Me acarició la mejilla con el pulgar—. No hace falta que se preocupe por nada de esto. Lo entiendes, ¿verdad?

Asentí con la cabeza y junté las manos, tratando de imitar a mi madre. No entendía cómo podía estar tan tranquila ante la amenaza de que un desconocido se hubiera colado en nuestra casa. Tenía a su hija temblando, con sangre en las manos y esquirlas de cristal a su alrededor. Cuánta desgracia habría visto en su vida para volverse inmune a esto, pensé.

—¿Por qué no tienes miedo? —pregunté—. Puede que haya alguien en casa, está todo destrozado y…

—No hay nadie en casa, Ari, y no hay nada que no se pueda arreglar. Lo importante ahora es que descanses. ¿Quieres dormir en mi habitación?

Eché un último vistazo a mi cuarto. La brisa todavía entraba por el ventanal, haciendo que unos tirabuzones de pelo cobrizo cruzaran mi cara y moviendo las cortinas como si fueran fantasmas.

Asentí débilmente y di un paso adelante, pero el dolor de la herida me frenó. Mi madre bajó la mirada.

—Primero te curaré eso. Venga, apóyate en mí —dijo mi madre, y yo le hice caso, tratando de obviar la marca de sangre que dejaba atrás—. Y, Arielle —añadió, una vez cruzamos la habitación—, la próxima vez que te veas teniendo una pesadilla, intenta despertar antes. Aférrate a la realidad.



Mi abuela llevaba más de once años en casa y no recordaba una sola semana en la que no discutiera con mi madre. Yo solía hacer oídos sordos; a los pocos minutos cada una volvería a sus quehaceres.

Pero la mañana siguiente a esa pesadilla, mi curiosidad fue demasiado grande como para no asomarme.

Mi madre estaba cruzada de brazos y con la mirada clavada en el suelo. Llevaba el pelo suelto, liso y largo cayendo hasta la mitad de la espalda, con el flequillo sobre los ojos y el delantal lleno de tierra. Seguramente había estado trabajando en el jardín antes de que mi abuela la encontrara.

—Denise, debes de pensar que soy muy tonta si esperas que me crea eso.

Mi madre puso los ojos en blanco.

—Al contrario. Pensaba que después de tanto tiempo tendrías un poco más en cuenta mi palabra. —Suspiró—. ¿Cuándo fue la última vez que te llevé la contraria en este asunto?

—No lo sé, eso tendrías que decírmelo tú. ¿Anoche, quizás?

Mi madre se puso de pie súbitamente, apretando los puños.

—Sabes que lo último que querría es hacerle daño a Arielle.

—Pero quién sabe qué es lo que quiere ese demonio tuyo.

Maman abrió la boca para contestar, pero se detuvo cuando vio que me asomaba por la puerta.

—Estaba buscando un lápiz —dije atropelladamente, notando cómo me ruborizaba—. Para dibujar.

—Ve al estudio, Arielle —contestó mi abuela, con una mueca de enfado —. Y no te metas donde no te llaman.

Mi madre levantó la cabeza y bajó los párpados con un suspiro. Era su manera de decirme «obedece a tu abuela, Ari, por el bien de todas». Notaba cómo la rabia que había ido hirviendo durante la discusión comenzaba a difuminarse, dando paso a la rendición.

Asentí con la cabeza y me volví, también cabizbaja.

Rosas marchitas
1956 – Tres años antes de ella

Mi madre comenzó a interesarse por la jardinería alrededor de 1946, cuando, gracias a la ayuda de Edith, pudimos empezar a vernos como una familia acomodada. Teníamos comida, un hogar y un techo bajo el que dormir y aun así sobraba algo de dinero para unos pocos caprichos. El suficiente para que yo pintara, mi abuela cosiera y mi madre empezara a plantar. En el barrio abrieron una pequeña floristería con la intención de devolver el color que la guerra había arrebatado a Arcueill. En cuanto las vio, mi madre no pudo resistirse a comprar semillas de rosa blanca.

Con el tiempo, nuestro jardín se llenó de rosas, geranios y lirios; y más tarde se amplió con un pequeñísimo huerto donde cultivábamos tomates y patatas. A mi madre le gustaba pasar el tiempo fuera, al aire libre, y disfrutar de la libertad, del silencio y de los colores. A veces la sorprendía contándole a mi padre —a las rosas, o quizás al cielo— cómo nos había ido el día. De pequeña pasaba muchas tardes acompañándola, hasta que crecí y pasé de ver a mi padre como un héroe a verlo como un mito.

Aun así, había noches en las que salía al jardín para asegurarme de que en el cielo solo había estrellas —no más bombas, no más pesadillas—, mientras el resto de la casa dormía. Primero hablaba con mi padre de todo lo que no habíamos vivido juntos, hasta que empecé a sentirme absurda. Mi padre no podía escucharme, pero quizás Dios sí lo hiciera.

El jardín se había convertido en un pequeño rincón de paz, sobre todo para mi madre y para mí. Aun así, el jardín tampoco se salvaba de ser escenario de las discusiones entre mi abuela y ella de vez en cuando.

Edith y Denise Larue eran tan distintas como el día y la noche; chocaban como lo hacen el mar y las rocas de la costa. Solo les unía el amor que sintieron por Ansel Larue y el que ahora compartían por su hija.

De nuevo, que la familia Larue no se disolviera dependía de mí.



—Arielle, ¿cuántas veces te he dicho que no quiero esos ruidos en mi casa?

«*Nuestra* casa», pensé. Pero mi abuela se encargaba de que cada día fuera un poco más suya. Estiré el brazo hacia la radio y cambié de emisora, todavía tarareando la melodía de «I Believe».

—Es música, abuela, no ruido.

—La buena música no necesita voces. ¿No has oído a los clásicos? ¿Saint-Saëns, Mozart, Beethoven…?

—¿Beethoven era el sordo? —No me dio tiempo a trazar una media sonrisa antes de que llegara la colleja de mi abuela. Al menos ella también sonreía (para Edith, no tensar los labios podía tomarse como una sonrisa).

—Un poco más de tacto, jovencita.

Los rizos que había dejado escapar de su moño delataban el buen humor con el que parecía haberse levantado. Estiró el cuello por encima de mi hombro para mirar qué estaba haciendo.

—¿Otro dibujo? —preguntó. Asentí.

—¿Le gusta?

Me habían regalado las pinturas por mi décimo quinto cumpleaños, junto con un libro de Claude Monet. Fue él quien me ayudó a despertar ese don que había pasado tanto tiempo dormido. Nunca había oído hablar del pintor, pero devoré el libro en solo un día y a la mañana siguiente empecé a ver el mundo distinto. Cada vez que mis ojos veían el verde del jardín por la ventana, mi mente lo transformaba en otra obra de Monet. La hierba se pintaba con trazos gruesos, descubría las diferentes tonalidades de azul en el cielo, las flores se volvían gotas de pintura.

—Me gusta más cuando estás haciendo los deberes —dijo mi abuela; yo puse los ojos en blanco y mi abuela empezó a trenzarme el pelo—. Y también cuando llevas el pelo recogido. ¿Cuándo fue la última vez que te lo cortaste? —Me encogí de hombros—. No sé cómo puedes peinarte el pelo con estos tirabuzones.

—No me lo peino.

—*Mon Dieu*. —No necesité verla para notar cómo suspiraba—. Vas a acabar hecha un desastre, como tu madre.

Apreté con más fuerza el pincel.

—*Maman* no es un desastre.

—Cariño, si hubiera aprendido a ser una buena señorita ya tendría un nuevo marido con el que mantenerte. Nos hubiera venido muy bien un hombre trabajador en casa, pero no, prefiere cargar con el título de viuda toda la vida —dijo. Estiró la trenza con demasiada fuerza, lo que hizo que me mordiera el labio—. ¿Cuándo fue la última vez que la viste arreglada? Siempre está en el dichoso jardín, siempre llena de tierra. Hecha un desastre.

—Quizás no todo en su vida gire en torno a buscar un marido, abuela. —Me gané otro golpe en la nuca.

—Mal que hace. No dirás lo mismo cuando estés en la miseria sin ningún hombre que te mantenga. Entonces te acordarás de mí y de cómo intenté que te convirtieras en una verdadera mujer. —Se colocó frente a mí y me hizo levantar la barbilla para mirarla a los ojos. Verdes, como los míos, como los de mi padre—. Ahora vente un rato a coser conmigo, ¿te parece? Esa bufanda está pidiendo a gritos que la arregles.

Apreté los puños y eché un último vistazo a mi dibujo, rendida. Mi abuela dio por acabado su discurso, se sacudió un poco la falda y se volvió hacia el salón.

Dejé el pincel a un lado y pasé el dedo índice por encima de la pintura, como una niña pequeña. Había humedecido demasiado el pincel y lo que debía ser el tallo de una margarita se había ensanchado hasta parecer un roble. Eché un vistazo atrás, al salón, donde mi abuela había empezado a sacar el material de costura. Todavía me daba tiempo a arreglar ese esbozo.

Pero me detuve en seco cuando mi dedo repasaba la última línea del tronco.

La acuarela todavía húmeda que formaba el centro de la margarita comenzó a deslizarse hacia fuera, sola. Pestañeé y sacudí la cabeza. De la pintura amarilla surgieron trazos finos, delicados, que se extendían despacio como si trataran de alcanzar los bordes del papel. En cuanto me di cuenta, aparté mi mano del dibujo, ahogando una exclamación. La pintura también se detuvo.

Me dio la sensación de que mi corazón también lo hacía.

¿Eran imaginaciones mías? Tenían que serlo. Quizás la mesa estaba coja. O quizás la pintura… Quizás…

Notaba un cosquilleo naciendo en mi estómago y moviéndose hasta la punta de mis dedos. Toqué la pintura otra vez.

El agua del pincel se extendió como si alguien acabara de derramar una gota, cada vez más rápido. La música de la radio cesó y comenzaron a

escucharse interferencias, cada vez más seguidas. Había voces y ruido detrás de mí, trazos de pintura delante y una carga inhumana naciendo dentro.

«Arielle, estás soñando».

—¿Pero qué demonios…? —dijo mi abuela, levantándose del sillón.

Y todo cesó.

De pronto sentí que se me hundían los hombros bajo un peso que no veía. La habitación comenzó a dar vueltas.

—Maldita radio, ¿qué narices te pasa? —Por fin encontró su emisora y la música clásica volvió a inundar la casa—. Arielle, ¿piensas venir algún día?

—Ya voy —dije, todavía mareada.

Cerré los ojos un segundo, esperando que al abrirlos el dibujo siguiera como lo había dejado minutos atrás. Tenía la educación y el sentido común suficiente para saber que la pintura no se estaba moviendo sola.

Pero la margarita seguía ahí, cada vez más parecida a un pequeño astro.

Si durante tanto tiempo se había creído en la magia debía de ser porque los niños tenían razones para hacerlo. Porque los adultos habían decidido hacerse los ciegos. Después de todo, no creía que hubiera otra cosa que explicara lo que había pasado con el dibujo.

A la mañana siguiente cerré la puerta de mi habitación, me senté con piernas cruzadas sobre la cama y abrí el cuaderno hasta llegar a la margarita. Los hilos de pintura seguían ahí.

Había sido real.

Quizás pudiera volver a serlo. Llevé las pinturas a la cama, aún a riesgo de mancharlo todo, y mojé el pincel antes de dejar caer una suave gota de pintura sobre una nueva página en blanco. Respiré hondo.

Quería creer que en un mundo en el que no había conocido más que guerra, había espacio para que los milagros pasaran. Quería creer que había suficiente magia escondida para que una parte de mí pudiera mover la pintura sin tocarla. Me daban igual todas aquellas leyes físicas que supuestamente quebrantaría. *Quería* hacerlo.

El cosquilleo de la última vez volvió a aparecer, erizándome el vello de los brazos. Me mordí el labio, apreté los puños. Sentí que la cabeza empezaba a martillearme, y entonces ocurrió. La pintura se abrió como una estrella, deslizándose en todas direcciones.

Ahogué una exclamación, pero no aparté los ojos del dibujo.

De la magia.

Las manos me empezaron a temblar pero la pintura siguió extendiéndose, marcando caminos sobre el papel. No cesó ni siquiera cuando cerré los puños de golpe, sobresaltada ente el ruido de los cristales a mis espaldas.

La fotografía enmarcada que descansaba sobre la cabecera de mi cama se había caído al suelo y el cristal que la protegía se había roto. El marco todavía temblaba.

—*Merde* —murmuré, agachándome para recoger las esquirlas. Uno de los cristales me rasgó la piel y ahogué un quejido, pasándome la herida a los labios. Fue entonces cuando me di cuenta de que esa herida no era lo único que sangraba. Una fina línea de sangre corría de mi nariz a mis labios, como la pintura que había conseguido guiar.

Sabía que una persona decente se asustaría y se prometería a sí misma que no volvería a arriesgarse así. Que quizás era una señal de que la magia no era tan inocente como pensaba.

Pero romper promesas como aquella era demasiado fácil. Sobre todo cuando el miedo se desvanecía y la mente decidía olvidarse del mareo, de los temblores, de la fatiga; y ahora solo veía la pintura, cómo se movía, cómo me escuchaba.

Por un momento pensé que estaba soñando, que todo eran alucinaciones mías. Quizás los rumores del pueblo eran ciertos y la pequeña Larue se había vuelto tan demente como su madre, la que se decía que hablaba con las plantas convencida de que su difunto marido podría escucharla así.

Pero esa idea tampoco me frenaría.



Leer también se volvió mucho más divertido una vez aprendí a mantener libros en el aire. Al principio me costó horrores levantarlos del suelo, como si tuviera que cargar con un saco de piedras. Pero una vez que flotaban, todo se volvía más sencillo. Pasar las páginas era tan fácil como pestañear y los libros se mantenían a la altura de mi nariz como si un hilo tirara de ellos. Temblaban un poco, como mis manos, pero no corría el riesgo de hacerlos pedazos. Cada vez sentía que podía elevarlos más, aguantar más.

—Increíble —murmuré, con los ojos brillantes.

Dejé caer el libro dulcemente sobre mi cama. Una vez que el silencio me devolvió a la realidad, las arcadas de mi madre en el baño de al lado hicieron que me sobresaltara.

—¿*Maman*? —pregunté, apoyándome en el marco de mi puerta. La del baño estaba entreabierta—. ¿Estás bien?

Podía ver sus brazos sobre el retrete y el pelo cayéndole a un lado como un velo. Se levantó, aún tambaleante, y fue a lavarse la cara sin mirarme.

—Tranquila, cariño. Me ha debido sentar mal algo del huerto. —Una débil sonrisa cruzó su rostro. Se había apoyado en el lavabo con una mano mientras que con la otra se sujetaba el abdomen.

—Tienes mala cara, *maman*. ¿Pensabas ir a trabajar hoy?

—Tengo que hacerlo. Hay gente en la escuela que me necesita. —Dio un paso hacia delante y se dobló con un gemido—. Por Dios, el estómago me está matando.

—Creo que será mejor que te quedes en casa. —Me acerqué a ella y le pasé un brazo por la espalda.

—¿Y enfadar más a tu abuela? No, no creo que sea buena idea.

Se irguió con un suspiro y cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió de nuevo trató de mostrarme su mejor sonrisa, pero tenía la piel y los labios demasiado pálidos para fingir.

—Te acompañaré a la puerta —dije.

Mi madre asintió sin quejarse. Rechazó mi ayuda con un gesto y caminó erguida, aunque de vez en cuando apoyaba su mano en mi brazo. Había crecido unos cuantos centímetros en los últimos meses y ahora le llegaba a la altura de las mejillas, así que era complicado que se apoyase en mi hombro. Noté que tenía el vello erizado.

—¿Seguro que te encuentras bien? —pregunté, pero ella se había detenido frente a mi puerta. Seguí su mirada hacia el montón de acuarelas que había dejado sobre la cama.

—Sí, cariño —mintió. Dio unos pasos más hacia delante, dejando atrás mi habitación—. ¿Y tú?

Parpadeé, pillada por sorpresa.

—Claro, ¿por qué?

—Tienes sangre seca en la nariz, Ari. —Se volvió hacia mí, colocándome un pulgar bajo la barbilla—. Ve a lavarte la cara. Y, por favor —en sus ojos no había fuerza ni súplica, solo miedo—, no me mientas tú también.

Sentí que cogía mi corazón entre sus manos hasta ahogarlo.

—Tú tampoco.

Quiero pensar que no fui una mentirosa toda mi vida. Pero quizás esa no fue más que otra de las mentiras que me repetía a diario. Como que aquella sería la última vez que utilizaría ese poder —por llamarlo de algún modo—, como que no estaba engañando a mi familia, que solo era un juego, que era muy inocente. Como que tenía los temblores bajo control, que los dolores de cabeza no tenían nada que ver, que las hemorragias nasales no eran más que coincidencias y no hacían daño a nadie.

Al día siguiente, *maman* decidió quedarse en casa, y ni siquiera mi abuela encontró una razón para quejarse. Estaba pálida, con los labios secos, y los retortijones no dejaban que se alejara del cuarto de baño. Cuando no estaba ahí se quedaba en la cama, tiesa como el tallo de sus plantas. Cerraba los ojos y buscaba a ciegas mi mano.

—¿Necesitas algo? —pregunté, sentándome a su vera sobre el colchón.

Ella negó con la cabeza, incapaz de abrir los ojos. Tenía los párpados hinchados, igual que las mejillas. La cubrí más con la manta al darme cuenta de lo fría que estaba.

—Háblame de tu padre. —Cerró los ojos y mantuvo la sonrisa, tirante—. Por favor.

—No le conocí, *maman*.

—Eso no es cierto. Tienes sus ojos, sus hoyuelos, sus pecas, su pelo. Nunca he conocido a nadie con el pelo tan cobrizo y el alma tan llena. Eres su reflejo, Arielle. Y estoy segura de que le conoces porque está dentro de ti, lo sé.

El corazón se me detuvo al escuchar sus palabras. Mi madre era una soñadora, había hablado de mi padre como si él le escuchara, pero siempre había separado el sueño de la realidad. Ahora esas barreras parecían difuminarse.

Me acerqué a ella, despacio. Abrió los ojos con cuidado pero entendí que no me veía a mí; veía a Ansel Larue.

Me pregunté si alguna vez me quiso como algo más que el recuerdo de su marido.

—Dentro de mí no hay nadie, *maman*. Solo yo. No soy papá, soy una persona totalmente distinta. Creía que después de quince años te habrías dado cuenta.

Ella seguía mirando a través de mí, como si estuviera hecha de cristal.

—Cuéntame cómo le conociste.

—*Maman*…

—Cuéntame cómo tocaba la guitarra y cómo reía. Hace mucho que no le oigo reír… —La cabeza le cayó a un lado de la almohada.

Antes de que me diera cuenta se había dormido; su pecho se alzaba débilmente con cada inspiración. Me acerqué a ella y le acaricié la mejilla con cuidado. A pesar de lo fría que estaba, su frente ardía. Quise creer que el delirio era obra de la fiebre.

—Descansa, *maman*.



Estaba limpiando los platos del lavadero mientras mi abuela cocinaba la cena, de espaldas a mí. El invierno empezaba a asentarse en Arcueill y la noche llegaba cada vez más pronto. Mi madre necesitaba cada vez más y más mantas para no pasar frío, y su estómago seguía sin ser capaz de retener comida. Sentía que cada día sus muñecas eran más pequeñas.

—Abuela, ¿no deberíamos llamar a un médico? —pregunté aquella tarde. Traté de concentrarme en el movimiento de mis manos al frotar la vajilla para no pensar en la mirada que seguramente me estaría echando mi abuela. Ella resopló.

—No creo que nos convenga perder el dinero en algo que se arregla con un par de infusiones. Arielle, tu madre está mal del estómago y punto. Una vez eche lo que tenga que echar se pondrá bien. —Dio media vuelta para acercarse a la nevera—. No le des más vueltas. No será la primera ni la última vez que le ocurra.

Fruncí los labios.

—Bueno, es que lleva ya un par de días sin apenas comer. Estoy preocupada.

Preferí pasar por alto los comentarios fuera de lugar que últimamente hacía mi madre, lo desorientada que se sentía. Mi abuela ya tenía suficientes razones para apartarnos —según ella— como para añadir una más.

—Más tiempo pasamos en ayunas durante la guerra.

—¿Y si fuera… tuberculosis? —Insistí, temiendo la respuesta—. Ha habido un nuevo brote cerca de Arcueill, y he oído que *madame* Du…

—Si fuera tuberculosis estaríamos las tres tosiendo como endemoniadas, así que puedes quedarte tranquila, *ma fille*. En vez de preocuparte por tu madre, preocúpate por mantener tus calificaciones —dijo, cerrando la puerta de la nevera con un portazo—. La salud de tu madre volverá, pero tú tendrás

poco futuro si te quedas ahí plantada sin hacer nada. Venga, espabila. —Me dio un empujón con la cadera y señaló los platos que aún tenía por lavar.

Después se marchó por donde había venido, aprovechando que la cena solo tenía que calentarse un poco más. Me quedé sola en la cocina, con las manos frías y el tictac del reloj resonando en mi cabeza. A través de la ventana veía el jardín cada vez más descuidado.

¿Podría mover las plantas desde tan lejos, sin tocarlas?

Sacudí la cabeza; lo último que quería ahora era hacer experimentos. Era mejor empezar por lo seguro. Una vez me hube asegurado de que mi abuela estaba lejos, decidí lavar los platos con un poco más de gracia.

Si alguien hubiera entrado en aquel momento, se habría encontrado con un plato en el aire y un paño moviéndose al ritmo que marcaban mis dedos. Me hubiera visto aguantándome la risa, mirando el espectáculo con los ojos brillantes. Empecé a tararear una canción y me acerqué a la vajilla ya lavada, alargando la mano para coger las piezas que volaban sobre mi cabeza.

Todo parecía tan fácil, tan sencillo, tan ligero…

Mi baile con la vajilla se detuvo abruptamente cuando escuché las arcadas de mi madre. Las cucharas que mantenía en el aire cayeron al suelo, a mis pies, y me maldije por no haber sido capaz de seguir concentrada. Por lo menos esta vez no había roto nada.

Me sequé las manos en el delantal y subí al piso de arriba para asegurarme de que *maman* estaba bien. A veces necesitaba ayuda para volver a la cama.

Abrí la puerta del baño y me la encontré arrodillada frente al retrete. Sus brazos parecían los de una niña, sus dedos temblaban. Cuando me acerqué más a ella, vi que había devuelto sangre.

Le tendí una toalla para que se secara los labios y apoyé la otra mano en su espalda. Me dolía verla tan frágil.

—*Maman*… —La palabra no fue más que un suspiro—. ¿Tienes arcadas? —pregunté. Ella negó débilmente con la cabeza—. Vamos, en la cama te encontrarás mejor.

Se puso de pie con cuidado y me dedicó una suave sonrisa. Sabía que pretendía calmarme, pero no volvería a respirar tranquila hasta que sus arcadas se volvieran risas y compartiera el desayuno con nosotras otra vez. La ayudé a acomodarse sobre las sábanas y le acerqué un vaso de agua. Se dejó caer sobre la almohada y se apartó un mechón de pelo de la cara. Una vez cerró los ojos, no los volvió a abrir. Toda ella temblaba.

Me di media vuelta para rellenarle el vaso.

—Ansel… —murmuró al escuchar mis pasos.

Suspiré.

—Soy Arielle, *maman*. Arielle —repetí—. Tu hija.

—Pero Ansel… —No llegó a terminar la frase. Giré la cabeza para mirarla; había arqueado las cejas y se le formaban arrugas en la frente.

—Ansel está muerto.

Era veinte años más joven que ella y a veces sentía que yo era la madre. Era yo quien la cuidaba, quien se preocupaba por ella; pero hacía muchos días que parecía que Arielle hubiera dejado de existir. Mi madre solo veía fantasmas. Vivía rodeada de ellos y fantaseaba con una vida que murió mucho tiempo atrás. Mi nacimiento no fue para mi madre más que la resurrección de una parte de Ansel; y estaba cansada, muy cansada, de que sus ojos no vieran en mí nada más allá de eso.

—No —respondió, convencida. Parecía que estuviera hablando en sueños —. No, no está muerto; volverá. Me prometió que volvería.

—Pues llega quince años tarde.

Le di la espalda y me volví hacia la cómoda para sacarle sábanas limpias. Sabía que mi madre no recordaría nada cuando la fiebre se le pasara, y una parte de mí se sentía agradecida. Por una vez podía decirle las verdades que ella no veía sin temor a enfadarla.

Que su marido no iba a volver.

Que las rosas blancas no tenían el poder de devolverle a la vida.

Que por más que hablara al cielo sus súplicas seguirían siendo inútiles.

Que no quería ser la hija de Ansel, quería ser Arielle. Solo Arielle. Quería que sus bailes conmigo, las tostadas que me preparaba y la forma en la que me trenzaba el pelo fueran reales, que fueran hechos y no solo recuerdos. Que los hiciera por mí, por nosotras, no por él.

—*Maman*, por favor, tienes que olvidarlo de una vez —dije, sin mirarla. Tragué saliva—. Sé que es duro, pero ya no está. Hace mucho que no está. Y no puede volver… Pero eso no te tiene que frenar, ¿lo entiendes? Él no querría eso. Él quiere que vivas, que vivas en el ahora y no te estanques en el pasado. La guerra terminó hace mucho, *maman*, y es hora de que tú la des por acabada también.

Sentí un tirón en el estómago un segundo antes de que una funda de almohada se alzara por encima de las demás piezas. La hice volver a su sitio, levantando una ceja. Eché un vistazo atrás para asegurarme de que mi madre seguía con los ojos cerrados.

El corazón empezó a latirme cada vez más deprisa, pero ella no había visto nada.

—Y… A veces me gustaría que lo que hago sirviera de algo, ¿entiendes? —Me tembló débilmente la voz y volví la vista al frente, esperando que la conversación desviara la atención de mi madre. Lo último que faltaba es que aquel poder empezara a actuar por su cuenta—. Un «gracias» bastaría. Sé que te encuentras decaída, pero una sonrisa, un apretón de manos, unas palabras de cariño… Con eso es suficiente, *maman*. No es excusa que te encuentres mal. La abuela sigue su vida como si nada y la única que se preocupa por ti soy yo. ¿Y para qué? Si piensas que soy un muerto.

La última palabra vino acompañada del tirón de una bajera que salió disparada del cajón. Sentí que me faltaba el aire, pero la sensación aflojó enseguida. La bajera se quedó suspendida unos cuantos centímetros por encima de mi cabeza.

—*Maman*, no…

Mi propio grito interrumpió la frase. El resto de las sábanas salieron del cajón como si se tratara de una bandada de pájaros; se movieron rápidas por toda la habitación hasta chocar contra el suelo, hasta golpear el techo y las paredes, para después quedarse tendidas en el aire como si fueran doseles.

La fuerza con la que habían salido hizo que tropezara y cayera hacia atrás. Me quedé respirando entrecortadamente, con las manos temblando. Sabía que todas aquellas mantas se habían alzado por mi culpa; notaba el tirón de estómago que las acompaña y los músculos tensos, soportando un peso que no tocaban. Corté mentalmente el hilo que las sostenía y cayeron al suelo con un estruendo. Me quedé sentada, jadeando, sintiendo la ola de náuseas que se acercaba.

Me apoyé en la cama para levantarme.

—*Maman*, sé que puedo explicártelo, sé… —dije, agachándome para recoger las sábanas. Los dedos todavía me temblaban—. Sé que puedo… Yo…

Me levanté con rapidez del suelo y noté cómo toda la habitación comenzaba a darme vueltas. Tragué saliva y me volví hacia mi madre. Solo entonces me di cuenta de que, por primera vez, sus manos ya no temblaban. Di un paso hacia delante, despacio.

—¿*Maman*?

Tenía un hilo de sangre cayendo desde la nariz a los labios, como lo había tenido yo días atrás. Los ojos cerrados, la tez pálida, la expresión relajada, el pelo oscuro contrastando sobre el blanco de la cama. Parecía que estuviera dormida.

La cabeza me dio una sacudida y me dejé caer a su lado. Me deslicé entre las sábanas hasta colocarme junto a su pecho. Y no escuché nada, no sentí nada.

—*Maman*… —murmuré. Noté el sabor salado de una lágrima en mis labios—. *Maman*, por favor…

No abrió los ojos, no contestó, no me abrazó.

Las personas dormidas respiran; su pecho se eleva y cae, su pulso se siente. Las personas dormidas sueñan.

Pero mi madre estaba muerta.

Todavía
1959 – Después de ella

La casa de Jem tenía un enorme jardín en la entrada.

O mejor dicho, *nuestra* casa. Nuestro jardín. Jem había sido muy claro cuando nos marchamos: aquel iba a volverse mi hogar. Íbamos a desterrar todos los recuerdos que dejábamos a nuestras espaldas, en Arcueill y Capelle, íbamos a mirar adelante y empezar de nuevo. Jem guardó todas las fotos de su familia en la biblioteca, donde empezaban a acumular polvo. Las paredes se quedaron desnudas, las estanterías vacías. «Las llenaremos, Ari», había dicho. «De nuevos recuerdos, de cuadros, pinturas, libros, poemas, fotografías. De nuestros sueños».

Fuera empezaba a anochecer y el cielo estaba en ese punto en el que el azul dejaba paso al naranja y después al rosa y al violeta, en el que las nubes se estiraban y se teñían al ritmo de un suave *crescendo*. Todo estaba en calma, en silencio. Hubiera creído que el tiempo se detenía de no escuchar los murmullos de la ciudad y el taconeo de mis pasos. Cada atardecer se convertía en mi recordatorio diario de que aún quedaba belleza en el mundo.

Ojalá con creer eso fuera suficiente.

—Creía que estabas en la biblioteca. —La voz de Jem a mis espaldas hizo que me volviera.

Se quedó a un metro de mí, con las manos en los bolsillos. Llevaba la camisa remangada y el aire de la tarde revolvía sus cabellos, tapándole la vista. Se apartó el flequillo con un gesto y me sonrió. Daría medio mundo porque su sonrisa dejara de tener ese tono triste.

—Estaba.

—¿Quieres venir dentro? —Se acercó un poco más a mí, obligándome a alzar la barbilla para mirarle—. Aquí hace fresco.

—Estoy bien, solo quería dar un paseo. Ya he pasado suficiente tiempo en casa.

Fijé la mirada en la hierba que crecía al borde del camino, en los árboles que todavía se mantenían firmes después de tantos años y una guerra de por medio. Me acerqué a uno de ellos y noté que Jem me seguía.

—¿No vas a entrar? —pregunté, alargando una mano para tocar el tronco del árbol. Sentí el roce de su brazo en mi espalda.

—Prefiero quedarme contigo.

No, Jem prefería entrar y quedarse sentado con un libro sobre las rodillas; prefería prepararse un café solo y escuchar música, prefería perderse entre las estanterías de la biblioteca y volver a la habitación horas más tarde. A mí no podía engañarme.

Sin embargo, se quedaría donde yo me quedara.

—No me tienes que seguir siempre a todos lados, Jem.

—No lo hago.

—De verdad. —Intenté sonar convincente, aunque su cercanía me hiciera flojear—. Sé cuidar de mí misma.

—Dijo la chica que hace dos días se apuntaba con una pistola. —Su voz se volvió más grave y aspera de lo que esperaba.

—¡Oh, venga! —Le golpeé el pecho para alejarlo de mí y di un paso atrás, cruzándome de brazos—. Eso fue… Fue un momento de debilidad, una tontería, ¡yo qué sé! Se me cruzaron los cables. Olvídalo, ¿quieres?

—¿Una tontería, Arielle? ¿Cómo puedes decir…?

—No tienes nada de lo que preocuparte ahora, ¿vale? —Inspiré aire, despacio, imaginando cómo se desplazaba por mi interior hasta llenar mis pulmones. Era un ejercicio que había repetido muchas veces en su momento, de la mano de Chardin—. De todas formas, la última pistola que toqué voló por los aires. No creo que sea una buena señal. —Sonreí con ironía y le miré de reojo, con la esperanza de aflojar la tensión, pero él se mantuvo con el ceño y los labios fruncidos.

—No sabía que ahora te fuera ese tipo de humor.

—Quizás no sabes tanto de mí como creías.

Jem se quedó callado, alzando entre nosotros el mismo muro que construimos cuando Lucie se marchó. Jem se volvió piedra; se apartó de mí y fijó la vista en el suelo. Solo entonces me di cuenta de cómo parecía haber cambiado en los últimos meses. Había desaparecido la brisa de inocencia que desprendía cuando lo conocí, y que todavía mantuvo al cumplir veinte años. Ya no quedaba nada del niño que fue.

Me coloqué a su lado con la cabeza gacha.

—No fue una tontería —murmuré. Guardé silencio, pensando cómo continuar—. Si te soy sincera, todavía no sé qué se me pasó por la cabeza. Creo que… Solo quería desaparecer. Solo quería terminar con todo este dolor, Jem. No pensé… —titubeé—. No quise pensar en lo que dejaba atrás.

—Desesperanza —murmuró él, tan bajo que no estuve segura de haberlo escuchado bien.

—¿Qué?

—Desesperanza —repitió—, eso fue lo que sentiste. Y lo entiendo. De pronto lo ves todo negro y no encuentras ningún motivo para seguir, solo quieres rendirte. Olvidas el presente y lo que está por venir, olvidas quién te espera, quién te quiere, quién te necesita. —Acarició mi mejilla con la punta de los dedos—. Lo olvidas todo y solo recuerdas tu dolor.

Cerré los ojos. No quería pensar que Jem también había sentido todo aquello.

—Pocas personas tienen una vida fácil, Arielle. Y sí, lo que te ha pasado…, lo que nos ha pasado… —bajó la mano hasta encontrar la mía— ha sido una desgracia horrible. Lo ha sido. Pero no estás sola.

—Lo sé —murmuré.

—Lo sabes ahora. Pero cuando la desesperanza vuelva, lo olvidarás. —Apretó mi mano con fuerza y me apartó un par de mechones de pelo de la cara con la que tenía libre—. Escúchame, Ari. —Jem habló despacio, cuidando cada una de las palabras que elegía—. Tienes que recordar que, pase lo que pase, vendrán tiempos mejores, y aferrarte a la idea de que lo mejor que te ha pasado todavía no lo has vivido. Recuerda a todas las personas que aún no conoces, todos los lugares que aún no has visto, las risas que no has oído, los besos que no has dado, las baladas que aún te quedan por escuchar. —Cogió aire—. Eres la esperanza de alguien, Arielle. —Se le quebró la voz mientras me acariciaba el rostro—. La promesa de todo lo que todavía está por llegar. Y, como habrás oído miles de veces, es la esperanza lo que nos mantiene vivos. —Se detuvo un instante, sin dejar de mirarme—. Te prometo que haré todo lo que pueda para que esto no sea simple palabrería y se cumpla. Para que un día des las gracias por haber tenido la oportunidad de seguir viviendo.

Me miraba de nuevo como lo haría un niño, un ángel de la guarda, un amante; todo al mismo tiempo. Sus pupilas volvieron a brillar como no lo habían hecho en meses.

—Me quedaría muy poco que agradecer si no fuera por ti —murmuré.

—No digas eso. Quedarías tú. —Jem alzó las comisuras y dejó caer su mano—. Vamos adentro, Ari. Tengo algo que enseñarte.

No cumplir años
1957 – Dos años antes de ella

Mi madre llevaba un día muerta y el sol salió como cada mañana. Mi madre llevaba una semana muerta y el cielo seguía despejado, los árboles seguían creciendo, el huerto seguía esforzándose por vivir. Mi madre llevaba un mes muerta y Arcueill no había cambiado. Los vecinos seguían saludándose al encontrarse, las colas para recoger el pan no menguaban, los niños seguían corriendo calle abajo y los pájaros aún se posaban sobre las ramas.

Todavía amanecían días perfectos.

Mi madre estaba muerta y la Tierra decidía seguir girando.

—Feliz cumpleaños, *maman*.

Dejé dos rosas blancas sobre la tierra. El espacio de tierra donde antes habían florecido lirios, rosas y geranios se convirtió en la nueva tumba de mis padres. Mi abuela no me dejaba visitar el cementerio; decía que no era lugar para pasar tiempo sola, que todavía era demasiado joven. Yo seguía pensando que los vivos hacían mucho más daño que las almas que descansaban en las criptas. Tenía dieciséis años pero sentía que cargaba sobre mis hombros treinta años más.

—Encontré estas rosas camino a clase. Te diría que estaban en medio de la carretera, pero ahora ya no puedo mentirte, ¿verdad? —Dejé escapar un amago de sonrisa—. Las cogí de un jardín. No sé quién vive en esa casa, pero seguro que no notará que faltan dos rosas. Y a ti te gustan más, lo sé.

Silencio.

Me senté sobre la hierba y alcé la mirada al cielo. Dentro de poco mi abuela se daría cuenta de que no estaba en mi habitación y me llamaría para ir a clase.

—¿Cuántos son? ¿Treinta y seis, treinta y siete? Nunca me acuerdo. Lo siento, *maman*.

«Lo siento».

«Lo siento».

«Lo siento».

—Le preguntaría a la abuela, pero ella no cree que los muertos cumplan años. Seguro que se acuerda de ti dentro de unos meses, porque hará un año que te fuiste. Eso sí que le importa. No entiendo por qué. Hay que celebrar que viviste. Siempre me decías eso en mi cumpleaños, ¿te acuerdas?

Más silencio.

—Claro que te acuerdas. Seguro que ahora te acuerdas de todo.

Suspiré y bajé la mirada a las rosas, acariciando sus pétalos. Eran muy pequeñas y tenían pocas espinas, aunque eso no había impedido que me dejaran pequeñas heridas en las manos. Ya no me importaba. Había cosas que dolían mucho más.

—Y también te debes acordar de que dejé de venir al jardín a acompañarte y que olvidé hablarle a papá. Te acordarás de cómo te dije que dejaras de ver fantasmas, que no te estancaras en el pasado, que el único que podía escucharnos era Dios. Y mírame ahora —suspiré—. Los vecinos dicen que he ocupado tu lugar, que ahora yo soy la loca que habla con los… muertos. —Se me encogió el corazón—. Pero *maman*, ahora me doy cuenta de que no estabas encerrada en un sueño; estabas triste.

Una lágrima fría acarició mi piel.

—Ojalá estuvierais aquí, tú y papá. Todo habría sido muy distinto. Sé que la abuela me quiere, pero… —Noté un nudo en la garganta y carraspeé, esforzándome por no llorar más. Habían pasado *meses*—. Echo de menos que me despiertes tú por las mañanas y que me cuentes historias sobre papá, una y otra vez. Me da igual que las hubiera escuchado antes. Me da igual que te las inventaras; todo me da igual, solo quiero volver a escucharte. Tengo miedo de que un día se me olvide todo lo que me contaste.

«Y de olvidarte», pensé, pero no me atreví a decirlo.

Una suave brisa de aire heló el jardín. Me abracé los codos, intentando que el vestido me cubriera y calentara. Debía ir a desayunar, pero prefería quedarme fuera, donde más cerca sintiera a mi madre. Era lo mínimo que podía hacer por ella.

—*Maman*, ¿estás enfadada? Sé que no puedes contestarme, pero… —Bajé la mirada de nuevo a las rosas—. Yo sí lo estoy, mucho. Si no estás aquí es por mi culpa.

No había vuelto a abrir el cajón de la cómoda desde la mañana que murió. De hecho, no había vuelto a intentar hacer *nada* desde el día en que murió. Mi

abuela no dudó en ningún momento de que la enfermedad se la había llevado, pero yo vi su sangre, la misma que caía de mi nariz. Sentí el cosquilleo de mis manos y supe que no solo había movido aquellas sábanas. También había parado su corazón.

—Te prometo que nunca quise hacerte daño, *maman* —gemí y me pasé la manga por los ojos—. Yo no quería esto… Lo siento, lo siento tanto…

Y de verdad lo sentía: sentía la ausencia de su cariño, sentía el odio que nacía dentro de mí, sentía el descontrol de esa maldición que una vez creí un don. Lo sentía todo a la vez. Cada mañana me despertaba y durante un segundo creía que todo estaba bien, hasta que el mundo me daba una bofetada y me devolvía a la realidad. Aquel sentimiento llegaba y me desbordada, me ahogaba, me hundía. Me llenaba de culpa y rabia.

«Lo siento».

«Lo siento».

«Lo siento».

No es magia

Tenía dieciséis años y me sentía una asesina.

Me sorprende cómo mi memoria decidió olvidar aquella noche, hace tantos años, en la que una pesadilla me despertó rodeada de cristales rojos. Para mí, mi «magia» —¿podía llamarla así?— había empezado con una gota de pintura. El paso del tiempo me dejó claro que no todo era tan bonito como una vez lo vi. Ya con mi madre aprendí que era un secreto que tenía que guardar bajo llave, no algo de lo que pudiera presumir. Y trataba de convencerme a mí misma repitiéndome que, quitando las veces que actuaba en contra de mi voluntad, había logrado mantenerlo a raya.

Pero una de aquellas veces maté a alguien. Pensé que repetirme que había sido un accidente, no un asesinato, serviría para aliviar un poco la culpa. Pero los días seguían sin ser fáciles. A veces el odio que sentía era demasiado fuerte y notaba el amor de mi madre demasiado lejos.

Había pasado meses sin utilizarla y, sin embargo, no había podido evitar que aquella energía saliera de mí. Tocaba una goma de pelo y se alzaba en el aire; lloraba y, al levantar la cabeza, me daba cuenta de que las cortinas se habían corrido para enseñarme que el cielo también lloraba.

Al final tuve que aceptar que aquello, fuera lo que fuera, formaba parte de mí.

Pero quería saber *qué era*. Necesitaba respuestas, y me decidí a buscarlas una noche cualquiera, durante la cena.

—Abuela. —Me quedé en silencio un momento, pero no se me ocurrió ninguna forma de preguntarlo que no le pareciera tan tonta—. ¿Usted cree que la magia existe?

Detuvo el tenedor a medio camino y alzó una ceja.

—¿Por qué preguntas esa tontería?

—Porque llevo tiempo pensando que quizás no sea una tontería. Hay muchas películas y libros que…

—Que mienten, Arielle —cortó—. Por eso son películas y libros, y no hechos reales. Es todo ficción.

No me iba a conformar con esa respuesta.

—¿Y las apariciones que la gente ve, abuela? ¿Las casas encantadas? ¿Todas esas leyendas que hablan de…?

—¡Tonterías! —me interrumpió de nuevo—. Las leyendas siguen siendo cuentos y todo lo demás es obra del demonio. No voy a permitir que se hablen de estas cosas en la mesa.

Pero yo no iba a permitir que la conversación acabara ahí.

—¿Obra del demonio?

—Exacto. —Se tomó un segundo para tragar agua—. El diablo siempre está tentándonos, Arielle. Se esconde en cada sombra, y a veces también en las personas. Se mete dentro de ellas, en lo más profundo de su ser, y hace que cometan locuras. Empiezan a ver cosas que no son y se vuelven terriblemente violentas. Las convierte en monstruos, como él. Esa «magia» de la que hablas no es más que una ilusión, un artilugio del demonio para que rechacemos a Dios y así arrastrarnos al Infierno.

La solemnidad de sus palabras me quitó el hambre.

—No existe la magia, *ma fille* —sentenció—; existe el Diablo.

Me quedé callada y bajé la mirada, interiorizando todo lo que mi abuela me había descubierto. Tenía demasiado sentido. Era la respuesta que buscaba, aunque no la que quería escuchar.

Ahí tenía mi nueva realidad: todo lo que podía hacer era obra del demonio. Lo que una vez creí un don nació del mismo Satanás. Quizás yo era uno de los suyos y por eso había acabado con la vida de mi madre.

Bastó esa sola conversación para que los cuentos de hadas con los que crecí se transformaran en trucos del Diablo.

Diciembre y Edith

Diciembre nos dio la bienvenida con una oleada de frío, las calles llenas de puestos de castañas asadas y mendigos, y luces en las casas que podían permitírselo.

Gasté la mayor parte de los ahorros que iba a destinar a futuros cuadros y pinturas para comprarle a mi abuela un collar de perlas por Navidad. Sabía que era una mujer coqueta y que cualquier joya le sacaría una sonrisa, más si sabía el esfuerzo que me suponía comprarla. Pero acabaría compensándome, pensé, si ella me regalaba a cambio algo relacionado con el arte.

Me equivoqué.

—¿Qué es? —Mi sonrisa se desdibujó a medida que fui desgarrando el papel de regalo.

Coloqué el regalo sobre mis rodillas una vez desenvuelto; era una blusa blanca de manga larga, una falda gris y una corbata azul oscuro. Los mocasines me esperaban en otra caja.

—El uniforme del internado para niñas de Sainte Geneviève —contestó ella con una sonrisa, sin mirarme.

Solo entonces me di cuenta de lo que intentaba decirme.

—¿Cómo?

—Sainte Geneviève, Arielle. Un internado en las montañas, casi rozando Normandía. Se encarga de formar a jóvenes día y noche para que salgan convertidas en verdaderas señoritas. —Aumentó su sonrisa, claramente orgullosa de su sorpresa—. Considérate afortunada por haber conseguido una plaza, eso sí que es un regalo.

—¿Me ha matriculado en un internado sin decírmelo?

Aparté la ropa con cuidado y tensé los brazos, todavía sin poder creerlo.

—Ha sido una suerte que te hayan admitido tras un trimestre en otro colegio, *ma fille*. —Parpadeó, con los ojos tan grandes como los de un búho —. Y más después de las notas que estabas sacando… Deberías estarme agradecida.

—¿Agradecida? ¿Por cambiarme de colegio así sin más, después de toda la vida en el de Arcueill? ¿Por encerrarme lejos de usted, lejos de mis amigos y lejos del mundo?

Las fosas de su nariz se agrandaron con su suspiro.

—Por darte un futuro —cortó.

—¡Oh, qué amable! —Me puse en pie con brusquedad—. Ahora tengo que despedirme de todo lo que tengo aquí porque, seguramente, un estúpido folleto le ha dicho que ese internado me educará de maravilla. Muchísimas gracias —dije, como si escupiera las palabras.

Edith Larue mantuvo su mirada serena.

—Cuida ese vocabulario, Arielle.

—¿Es eso lo que van a enseñarme?

—Deja de ser tan insolente. —Estiró el cuello y se le marcó la vena de la sien, como cada vez que la enfadaba—. No todo el mundo tiene la suerte de poder permitirse una educación así. La vida que tienes ahora no tiene nada que envidiar con todas las puertas que te abrirá…

—Las únicas puertas que quiero ver abiertas son las de la Escuela de Bellas Artes, abuela —la interrumpí, clavándole la mirada. Sus ojos me penetraban, su indiferencia caía sobre mis hombros como una losa, pero debía mantenerme firme.

—No seas cría —dijo, con las manos entrelazadas y el pecho alzado—. No quiero ver a mi nieta debajo de un puente, tratando de vivir con los veinte francos que le pagaron por un mísero cuadro. —Me atravesó con una mirada de desprecio—. Sainte Geneviève te formará en todo lo necesario para poder considerarte una mujer hecha y derecha.

Di un paso al frente, notando cómo la rabia hervía en mi estómago y se extendía por todo mi cuerpo. Primero por el tronco y el pecho, luego por los brazos y las manos hasta llegar a la punta de mis dedos. Otra vez el mismo discurso y el mismo argumento. Para mi abuela no era más que un trozo de carne que un día un buen hombre desposaría.

—Así que es eso, ¿eh? Todo es cuestión de estatus, de futuros maridos, de dinero. ¿Qué más da lo demás?

—No me hables con esa arrogancia, Arielle —contestó ella, alzando la voz—. A partir de hoy estás castigada, ¿me has oído? No volverás a salir al jardín ni cogerás un solo lápiz si no es para hacer tus deberes.

—Genial. Buena forma de acostumbrarme a la vida en el internado.

Su mano me cruzó la cara antes de que pudiera acabar la última palabra. Me quedé con el cuello girado y la boca entreabierta, notando cómo el ardor

de su bofetada se extendía por mi mejilla. Notando cómo el odio también lo hacía.

No iba a hacerme callar.

—¿Es así como debe comportarse una mujer, abuela?

—Es así como debe educarse a una niña indecente. —Se mantuvo firme, sosteniéndome la mirada—. Ahora ve tu habitación y deja de ser tan… insolente.

Rendida, apreté los puños y me di media vuelta. En el fondo casi prefería encerrarme y no verla durante unas cuantas horas.

Pero la rabia seguía bullendo dentro de mí. Me sentía incandescente, desatada, a rebosar de una fuerza que suplicaba salir. Antes de salir por la puerta le di una patada al remolino de ropa que formaba el uniforme. Para mi sorpresa, la patada vino acompañada del estruendo de todos los libros de la estantería cayendo al suelo.

Sentí que me vaciaba y caí de rodillas sobre el parqué.

Mis manos empezaron a temblar.

Giré la cabeza hacia mi abuela, temiendo su reacción. Miraba todos los libros que habían caído, movidos por mi rabia, y ahora se amontonaban unos sobre otros como piezas de dominó colocadas en hilera. Parecían seguir su propio patrón en medio del desorden.

El rostro de mi abuela no mostraba la expresión de sorpresa o miedo que había imaginado.

—Arielle… —comenzó, inclinando la cabeza. Dio un paso hacia delante.

—¡No, no te acerques!

«No quiero matarte a ti también».

Sentí de nuevo ese tirón naciendo dentro de mí y el florero que custodiaba la entrada del salón se hizo trizas, a espaldas de mi abuela. Me llevé los brazos al estómago, donde me daba la sensación de haber recibido un golpe. Apenas tenía fuerzas para levantarme.

—Ya es suficiente —murmuró mi abuela, casi para sí. Dio una vuelta y se marchó de la habitación con una calma desconcertante.

Me dejó tirada sobre el frío suelo de madera, rodeada de papel de regalo, libros caídos y el caos de mi maldición. Solo entonces me di cuenta de la fuerza con la que apretaba los puños. La marca de las uñas se quedó grabada en mi piel.

«Respira, Ari, respira», me dije a mí misma cerrando los ojos. «Está todo bien; la abuela está bien. Tú puedes controlar esto. Tú puedes, tú puedes, tú puedes».

Levanté la mirada hacia el lugar donde habían caído los libros, tratando de buscar una explicación. Era capaz de guiar la pintura por todo el lienzo sin que me temblaran las manos, con un dominio completo, eligiendo cada centímetro que volvía color. Podía levantar el pincel en el aire como si fuera un juego y soltarlo con un suspiro. Me sentía poderosa. Pero, de pronto, pasaban cosas como aquella y me asustaba no conocer quién era y qué era todo lo que podía hacer sin ser consciente. Primero venía la fuerza y el poder, luego la destrucción y el desaliento. Todo ocurría en un pestañeo.

Un jarrón hecho pedazos, libros volando por los aires.

Un corazón dejando de latir.

Eran demasiados riesgos.

Traté de ponerme en pie a pesar del temblor y la debilidad de mis brazos. Miré el desastre en el que había convertido aquella mañana de Navidad. Algo me decía que sería la última que pasaría en aquella casa.

Solo entonces me detuve a pensar en la extraña reacción de mi abuela. Cogí aliento y salí del salón, buscándola con la mirada a la espera de alguna respuesta. La encontré en la cocina, dándome la espalda. Sujetaba el teléfono entre sus manos.

—De acuerdo, Nicolas. Hasta ahora. —Colgó y dio media vuelta, deteniéndose al verme en el umbral de la entrada.

Pareció confundida por un momento, pero en menos de un segundo su rostro volvió a endurecerse.

—Abuela… —titubeé, sin saber cómo seguir.

Ella se dirigió hacia mí, me agarró con fuerza de la muñeca y me arrastró hasta la puerta de la casa.

—No quiero oír ni una palabra —advirtió, empujándome a la fría calle de Arcueill—. Nos vamos.

Agaché la cabeza y obedecí. Por una vez, la rebeldía quedaba eclipsada tras el miedo.

De nuestros sueños
1959 – Después de ella

Los pasillos de la casa olían a incienso. El contacto de la piel de Jem contra la mía hizo que un escalofrío me recorriera la espalda; tenía las manos heladas. De vez en cuando se le escapaba un suspiro o un «*merde!*» al tropezarse, que acababa por robarme una sonrisa.

Durante tres minutos, mi vida se redujo a eso. El resto era negro.

—Ven, yo te guío. —Rodeó mi mano con la suya y apoyó la otra en mi espalda.

—¿Era necesario vendarme los ojos?

—No. —No me hizo falta ver para adivinar su sonrisa—. Pero lo hace todo un poco más misterioso.

—No tengo tu memoria de pez, Jem, me conozco la casa.

—¿Ah, sí? ¿Dónde estamos?

Alargué las manos buscando una pared, sin resultado. Se oía el ruido de la calle, así que la habitación tenía las ventanas abiertas. Seguramente por eso había desaparecido el olor a café.

—Acabamos de cruzar la sala de estar, ¿verdad? ¿Por qué no quieres que vea a dónde vamos? —pregunté—. No creo que vayas a descubrirme una base secreta ni nada del estilo.

Tropecé al chocar contra la pata de una mesa. O quizás fuera una silla. O el pie de Jem.

—Déjate llevar un poco, Arielle. Solo es un juego.

Al final se detuvo, tras hacerme cruzar un pasillo y subir las escaleras. Debíamos de estar en alguna de las habitaciones de arriba. Se colocó a mi espalda y desató el pañuelo. Tuve que parpadear para acostumbrarme de nuevo a la luz.

Tardé dos segundos en darme cuenta de su regalo. Primero me fijé en las cortinas que cubrían las ventanas, en la moqueta del suelo y los sillones del

color del fuego. Me fijé antes en la cara de Jem, que tenía los ojos chispeando de ilusión.

Fue entonces cuando lo vi, colocado estratégicamente de cara a la única ventana que permitía ver el exterior. Parecía fuera de lugar rodeado de muebles tan elegantes. Sin embargo, ni los jarrones dorados, ni las lámparas de araña, ni las alfombras importadas de Asia que decoraban las habitaciones de la casa hubieran podido volcarme el corazón como lo hizo aquel simple caballete.

—Ayer por la tarde estuve paseando por Toulouse —dijo Jem, detrás de mí—. Encontré la tienda de un artesano; un pintor, como tú. Hacía poco que se había jubilado y tenía la tienda llena de sus obras. Me contó que ahora por fin podía dedicarse enteramente al arte, que era una de las pocas cosas que le hacían volver a sentirse joven, vivo. —Se detuvo un segundo—. Y entonces le hablé de ti.

Aparté la mirada del lienzo en blanco que sujetaba la madera y la volví hacia Jem.

—De ti —repitió— y de tus sueños. De *nuestros* sueños.

Tragué saliva. Jem bajó la mirada y agarró mis manos.

—Tenía como cinco caballetes y más de veinte lienzos, de todos los tamaños que puedas imaginar, y estaba pensando en comprar todavía más. En un principio pensé que, quizás, si te pasabas por ahí alguna tarde… —Suspiró y agitó la cabeza, sin saber cómo continuar—. Pero no tuve ni que proponérselo. Me regaló este caballete en cuanto acabé de hablar. Dijo que estaba muy viejo y que probablemente acabaría en la basura, pero que seguro que tú conseguías revivirlo. Que así estarías un poco más cerca de tu sueño.

Me mordí el labio para no dañarle con la verdad.

«Hace tiempo que dejé de soñar, Jem».

—Es precioso —dije en su lugar.

Hacía mucho que no le veía sonreír así. Me animó a acercarme al caballete, con el lienzo pidiéndome a gritos que le diera vida. Que volviera su vacío un río de colores, una escena que nunca hubiera ocurrido, un sentimiento encerrado en la pintura, algo que perdurara para siempre. Me costaba recordar la última vez que decidí arriesgarme, que decidí volver a jugar con las acuarelas, volver a crear belleza en medio de aquel caos que cargaba a mis espaldas.

Quizás era hora de darme una oportunidad.

Aquella última vez
1959 – Horas antes de ella

La poca luz que entraba por la ventana de la buhardilla comenzó a apagarse mientras el cielo se oscurecía.

No tenía lienzos. No tenía fuerzas, ni ganas, ni esperanza; no tenía razones, pero tampoco me importaba. No eran necesarios ni pinceles ni brochas, ni caballetes, ni delantales; ni siquiera luz. No me hacía falta ver. Las lágrimas se encargaban de nublarlo todo.

Nada iba a volver a ser como antes.

La buhardilla estaba casi vacía. En una esquina estaban amontonados un par de cuadros cubiertos por sábanas y todas aquellas obras que nunca terminé, llenas de sonrisas a medio crearse, mundos sin color y personas irreales. El suelo de madera chirriaba bajo mi peso conforme avanzaba hacia la otra punta de la estancia, donde almacenaba todos los botes de pintura que quedaban por estrenar.

Los abrí con las manos temblorosas, intentando contener los sollozos. Sentía que solo había una forma de calmar aquel torrente de emociones que me llenaba, y estaba escondida en aquellos colores.

Metí la mano en los botes, manchándome los dedos como cuando era niña, y empecé a deslizarlos por la pared. Caí de rodillas al suelo y me permití llorar, estremecerme, gritar, sabiendo que nadie me escucharía.

Quizás mi madre sí. Ella siempre me escuchaba. Hubiera preferido que aquella noche no me viera, que no sintiera mi dolor.

Mi vestido terminó lleno de motas de pintura, al igual que el suelo de la habitación. Acabé hundiendo ambas manos en la pintura y estampando los puños contra la pared. La noche iba cayendo como un telón sobre el cielo, haciendo cada vez más difícil poder distinguir los colores.

Utilicé el rojo para mí pero no solo porque imitaba el color de mi pelo. En el rojo veía la culpa, veía la rabia, veía el daño que causaba cada día.

Destrozaba como el ardor del fuego. Mi abuela siempre tuvo razón: era un títere del diablo.

A mi lado, Jem era azul. Como el color del cielo cuando está despejado por las mañanas, como un día que invitara a empezar de nuevo.

Y para ella utilicé el blanco.

Acabé con pintura sobre las mejillas, cubriendo mis brazos, cayendo en mis piernas. Las lágrimas llenaron mis ojos y me nublaron la vista. Los gritos desgarraron mi garganta. Y luego empecé a gemir, a respirar entrecortadamente, a encogerme cada vez más en mí misma.

Me quedé quieta sobre el suelo, hecha un ovillo. Quería hacerme tan pequeña que fuera fácil desaparecer.

A mi alrededor todo era un caos. Sabía que aquella podía ser la última vez que pintara y, como siempre que mis manos aferraban un pincel, solo intentaba liberar lo que guardaba dentro. El mismo desorden que ahora manchaba la habitación.

Aunque vinieran tiempos más oscuros, aquel dibujo se mantendría ahí, a salvo en la soledad de la buhardilla. Seguiríamos juntos.

Los tres.

Diciembre y Chardin
1957 – Un año y medio antes de ella

Tenía frío, pero supe que la falta de abrigo era un castigo muy pequeño en comparación con todo lo que merecía. Mi abuela se mantuvo callada como un condenado. Me guio por la acera hasta que consiguió parar un taxi. Le indicó una dirección desconocida al conductor e irguió la espalda en cuanto el coche se puso en marcha. No volvió a moverse en todo el trayecto. Si quería asustarme lo estaba consiguiendo.

Entramos en un pequeño pueblo cuando empezaba a oscurecer. Todas las casas estaban hechas de piedra, con los tejados cubiertos por una fina capa de nieve, y no se veía un alma en las calles. El taxi se detuvo y Edith me mandó salir con una sola mirada. Me puso una mano en la espalda, guiándome hasta la puerta que teníamos enfrente. No se diferenciaba de las demás más que en el número que la coronaba.

La puerta se abrió dos segundos después de que mi abuela llamara.

—Nicolas —saludó ella, inclinando la cabeza.

—Un placer volver a verla, *madame*. —El dueño de la casa dibujó una sonrisa que oscilaba entre la amabilidad y la picardía.

El supuesto Nicolas debía de rondar los cuarenta o cincuenta años, pero su postura le hacía parecer algo más joven. Miraba a los ojos de mi abuela sin miedo, desafiante. Su pelo era un contraste entre el negro de antaño y el gris de las canas que empezaban a predominar también en su barba, que debía haber sido tan oscura como sus iris. Sus ojos sonreían casi tanto como sus labios, que formaban arrugas sobre las comisuras.

Se apoyó sobre el marco de la puerta y clavó la mirada en mí.

—Y esta debe de ser la pequeña Arielle.

Mi abuela me colocó la mano en la espalda y me empujó hacia el interior de la casa.

—Vendré mañana a recogerla.

—¿Qué? —Me di la vuelta hacia ella, zafándome de la mano que el hombre colocó en mi hombro—. ¿Qué estás diciendo? —No me molesté en tratarla de usted; lo último que me importaba ahora era mostrarme educada. Solo quería una respuesta, una aclaración, algo.

Pero ella cerró la puerta sin dignarse a mirarme.

Sentí que el silencio de la casa me envolvía como si el aire estuviera cargado de plomo. Mis manos fueron directas al picaporte pero el dueño de la casa me hizo a un lado y se colocó frente a la puerta, haciendo tintinear sus llaves.

—¿Qué está haciendo? —chillé, agarrando su camisa para apartarlo—. ¡No puede encerrarme aquí! ¡Abuela! —Alcé la voz y golpeé la puerta, esperando que mi abuela fuera capaz de escucharme a través de ella—. ¡Abuela, por favor! —Di un paso hacia atrás, sintiéndome prisionera entre las paredes de piedra de aquel estrecho pasillo. Miré a los ojos de mi verdugo—. Apártese o…

—No te recomiendo gastar tus energías en amenazas, *petite*. ¿Por qué no vienes adentro y te lo explico todo?

—No quiero explicaciones. Quiero que me deje salir, ahora. No puede encerrarme como si…

—Escucha, tu abuela…

—¡A la mierda mi abuela! —Aparté al hombre de un empujón y embestí contra la puerta de nuevo, esperando que los golpes bastaran para que alguien me escuchara. Rodeé el picaporte con las manos y empecé a sentir un cosquilleo recorriendo mi estómago, mezclándose con la angustia de sentirme atrapada. Agotada. Mi corazón latía cada vez más rápido y la sombra de Nicolas se erguía frente a mí como una amenaza.

El picaporte no cedía. Mi abuela no me escuchaba.

Oí la risa de Nicolas a mi espalda.

—Muy bien, *petite*, justo lo que quería. Enséñame quién eres.

—¿Qué? —Giré la cabeza hacia él, cohibida. Tenía los hombros destensados y una sonrisa naciendo en las comisuras de la boca.

Tragué saliva. No sabía si mi abuela se había vuelto demente al dejarme aquí; si era un castigo o solo un mal sueño.

—Enséñame quién eres —repitió, con una leve inclinación de cabeza.

—Usted ya lo sabe. Y no estoy aquí para hacer amigos, así que ahora va a dejarme…

—He dicho que me lo enseñes, no que me lo digas —me interrumpió él, chasqueando la lengua—. Vamos, sé más avispada. Ya sé que te llaman

Arielle. No me pongas esa cara de corderito degollado. —Soltó una carcajada —. ¡Destensa esos hombros, mujer! Estás en tu casa, así que ve poniéndote cómoda.

Pero en mi casa no me encerraban a cal y canto. En mi casa no había desconocidos.

Nicolas dio media vuelta y fue hasta el final del pasillo, donde se detuvo para mirarme. Me hizo un gesto con la mano para que le siguiera hasta el salón. Y quizás fuera la curiosidad, quizás fuera la impotencia, quizás fueran las ganas de volver a romper cristales y huir por la ventana para volver con mi abuela, por mucho daño que ella me hiciera, pero acabé dando la espalda a la puerta y dirigiéndome hasta donde él se encontraba.

La habitación apenas estaba decorada, como si acabara de mudarse. Donde mi abuela tenía una estantería llena de cerámicas, el curioso desconocido tenía una mesa con un par de libros y una taza con restos de café. En el centro de la sala había un pequeño árbol de Navidad.

—¿Y bien? —preguntó, extendiendo sus brazos.

—¿Quién es usted?

—Nicolas Chardin a su servicio, *mademoiselle*. —Siguió luciendo su sonrisa—. A ojos de los demás seré tu profesor de literatura. ¿Se te da bien la literatura?

—¿Qué?

—Es una pregunta fácil: ¿se te da bien la literatura? ¿O mejor las ciencias? ¿Crees que lo de ser profesor de ciencias colará? —Se rascó la barba y negó con la cabeza—. Bueno, no importa. Si te preguntan, soy tu profesor particular. Después ruega al cielo para que no pregunten nada más.

Me mantuve callada, sin saber qué contestar. Tenía demasiadas preguntas hilándose y enredándose en mi cabeza.

—Te noto un poco confusa —continuó. Apreté los puños, retrocediendo en cuanto sentí su sombra sobre mi cuerpo—. Y tensa, además.

—Mi abuela me acaba de dejar en su casa sin decirme nada, *monsieur* Chardin. Quizás eso lo explique.

Su sonrisa se ensanchó más todavía.

—Tiene sentido.

—No me ha dicho todavía quién es usted.

El hombre mudó su expresión, crispándose por un momento.

—¿Cómo dices?

—Ha dicho «a ojos de los demás», así que debo suponer que su título es una pequeña farsa. No es profesor de literatura ni de ciencias, ¿verdad?

¿Quién es, entonces?

—Eres lista, *petite* —dijo, casi para sí—. Tu abuela me ha pedido ayuda y no he podido evitar aceptarla. Como iba diciendo, a ojos de los demás seré un profesor, un tutor, un tío lejano si se lo llegan a creer. —Rio, echando un vistazo al color de su piel, tan contraria a la mía—. A los tuyos, y solo a los tuyos… —extendió los brazos como si intentara abarcar toda la habitación—, seré tu tutor de telequinesis. Telequinesis, telequinesia, psicoquinesia, como prefieras llamarlo. ¿Ahora entiendes a qué me refiero cuando digo que me enseñes quién eres?

Tardé varios segundos en darme cuenta de que estaba poniendo nombre a lo que yo siempre había llamado mi maldición. Mi pesadilla. Mi don. Mi poder.

—No pienso… No pienso hacer nada. Nunca sale como espero que salga.

—Tarde o temprano tendrás que enfrentarte a ello, *petite*. Pero vale, vale, entiendo que estés cansada. Te he preparado una habitación, ¿quieres verla?

«Quiero huir», pensé, pero el miedo aún me tenía demasiado atrapada para decir nada. Lo que más me asustaba era sentir esa llama de confianza que decía que mi abuela no me dejaría en manos de cualquiera. Que Nicolas era alguien de quien fiarme, que de alguna manera, sus palabras eran sinceras.

Era la primera persona que le ponía nombre a lo que me atormentaba desde hacía años. Era la primera persona que lo *veía*, que me veía. Y no entendía cómo todas esas incógnitas terminaban en mi abuela.

Nicolas chasqueó la lengua al ver que no me movía.

—Tienes muchas preguntas, lo sé. Pero tu cabeza no está lo suficientemente despejada para entenderlas ahora. —Señaló una puerta de madera en la pared contraria al salón, con un carraspeo—. Ahí tienes tu habitación, pero siéntete libre de ir cuando quieras. Como te he dicho, estás en tu casa. Mañana hablaremos, *petite*. —Inclinó la cabeza a modo de despedida, antes de darme la espalda y dirigirse a la puerta paralela—. Y feliz Navidad.

No me moví hasta que oí el portazo a mis espaldas y la habitación se quedó en silencio. Las paredes volvieron a sentirse pequeñas, la sala cada vez más estrecha, el cuello de mi camisa cada vez más pequeño.

Al menos hasta que me atreví a asomar la cabeza por la puerta que había señalado y encontré el jarrón de rosas blancas.

El corazón se me detuvo por un instante.

—*Maman* —murmuré, casi un suspiro.

Tanteé la habitación con cautela. En el suelo se expandía una moqueta del color de las cerezas, el mismo tono que las cortinas. La cama estaba cubierta por un edredón níveo y coronada por una lámpara de pared que titilaba. Había una mesita de noche y un armario de madera; un espejo colgado con el marco ceniciento y un escritorio a mi derecha. Sobre él, las rosas blancas.

Todavía cohibida, cerré la puerta a mis espaldas —sin cerrojos, sin trampas— y me senté sobre la cama, acariciando las sábanas. No iba a ser capaz de dormir, no hasta que mi abuela volviera a aparecer en mi puerta y me diera explicaciones.

Entonces volvería a casa. A la casa sin flores, sin árbol de Navidad, sin risas.

A la casa que no me daba la bienvenida con las rosas de mi madre.



No sé cómo el sueño consiguió vencerme. A la mañana siguiente salí de la habitación todavía con el miedo a encontrarme la puerta sellada, pero tenía vía libre. Nada parecía distinto. Crucé los brazos sobre mi pecho y entré en el salón, cauta.

Nicolas Chardin me esperaba sentado junto a la mesa del salóncomedor, con una humeante taza de café entre las manos y la sonrisa más inocente en sus labios. En cuanto me vio entrar, empujó hacia mí la bandeja que tenía delante.

—Buenos días, Arielle —dijo. Di dos pasos hacia él—. Sírvete.

Había sacado magdalenas, pan tostado, mermelada, miel y unas cuantas galletas junto a un vaso de leche.

—¿Por qué haces esto? —pregunté, sentándome a una prudente distancia.

—Empezamos con energía la mañana, por lo que veo.

—Eso no es una respuesta.

Me enseñó las palmas de las manos a la altura de los hombros, en señal de defensa.

—Tranquila, *petite*. Ya lo viste: solo le hago un favor a tu abuela.

—¿De qué la conoces?

—Sé que odiarás que lo diga, pero es una larga historia. —Me dedicó una sonrisa y bajó la mirada a su café—. La conozco desde hace más de veinte años, a ella y a tu padre, pero hacía mucho tiempo que no la veía, para serte sincero. Se conserva bien, ¿verdad? Y mientras yo, aquí, haciéndome un poco

más viejo cada día. —Rio con desgana—. La última vez que nos vimos no tenía ni una sola cana.

—¿Cómo supiste…? —Comencé, sin saber cómo continuar. Quería pensar que se trataba de una coincidencia—. Lo de las rosas blancas —murmuré. Alcé un poco el tono de voz—: El jarrón de mi habitación, no sé si es una coincidencia o…

—Espero que te gustara el detalle. —*Monsieur* Chardin se inclinó hacia delante para darle un nuevo sorbo a su café. Alzó la mirada por encima de la taza—. ¿No tienes hambre?

Pero yo no le escuchaba.

—¿Conociste a mi madre también?

—Ya te lo he dicho, *petite*, fue hace mucho tiempo. Pero bueno, yo de ti me daría prisa en desayunar y arreglarme —dijo, mirando el reloj que colgaba de su salón. En mi cabeza comenzaron a bullir miles de preguntas que sospechaba que no quedarían contestadas—. Tu abuela es capaz de desmayarse en medio del salón si llega y te ve así de despeinada.

—¿Va a venir ya? No… No lo entiendo. No sé qué sentido tiene traerme aquí. Sé que… Sé que vio cómo esa… telequinesia de la que habló anoche se me escapaba de las manos pero pensé que se asustaría, no que… No pensé que haría esto. ¿Es que pretende meterme miedo con usted o…?

—No, quería *quitarse* el miedo. Es distinto. Tu abuela necesita tiempo para pensar y alguien que le asegure que tiene todo bajo control. Y Arielle, *petite*, haz el favor de tutearme. Vas a tener que acostumbrarte a estas escapadas, de todas formas. Por si lo dudabas, no tardaremos en volvernos a ver.

Eres lluvia

Mi abuela y yo no solíamos compartir mucho, pero de alguna manera siempre sentía que nuestros silencios eran cálidos. Seguros, como una manta que te cubre del frío. Ella siempre me demostraba más con todo lo que callaba.

Pero a partir de aquel 25 de diciembre, la manta de nuestro silencio pareció deshilarse. Sentía su mirada constantemente clavada en mi nuca, desconfiada, como si me hubiera vuelto una intrusa en mi propia casa. Lo sucedido aquella Navidad no volvió a nombrarse, pero tintó el aire que respirábamos de desconfianza. De todo aquello saqué una sola conclusión: mi abuela sabía más de lo que yo creía. Y también una segunda: odiaba saberlo.

—Te queda bien —dijo, mirándome de arriba a abajo, cuando me probé el uniforme de Sainte Geneviève por primera vez.

Habían pasado solo tres días desde el accidente y las dos demostramos ser unas actrices maravillosas cuando se trataba de fingir que seguíamos siendo una familia normal.

—Creo que la falda me queda un poco grande —comenté, bajando la mirada a mis pies.

—¿Qué esperas, ir con las rodillas al aire? —Puso los ojos en blanco—. Más vale que sobre que no que falte, Arielle. Pasarás menos frío en invierno. Ven, te ajustaré un poco la cintura.

Di dos pasos hacia delante, arrastrando los pies. Mi abuela comenzó a doblar la tela y a atravesarla con agujas sin levantar los ojos de la falda.

—Dentro de unos días volveré a llevarte a casa de *monsieur* Chardin. Para… controlar que todo va bien.

Asentí y me recogí el pelo por detrás de la oreja. Aproveché aquella pequeña grieta en nuestro silencio para buscar respuestas. Estaba harta de ver cómo un muro se forjaba entre nosotras, alejándonos cuando más cerca la necesitaba.

—Hace un tiempo me dijo que la magia no existía —murmuré, sin ser capaz de mirarla. Recordaba cada una de sus palabras.

Al ver que no añadía nada más, se limitó a contestarme con dos palabras:

—En efecto.

—Y ahora, ¿sigue pensando que todo lo que hago es obra del demonio?

Clavó sus ojos en mí, con el resto de su rostro sereno. Parpadeó una, dos, tres veces, antes de alzarse para ponerse a mi altura y colocar sus manos en mis hombros.

—No conozco el origen de lo que te atormenta, *ma fille*, pero te prometo que haré lo que esté en mi mano para librarte de ello. Lo que haga falta. Eso es lo único que importa. Me prometí que protegería a esta familia por encima de todo.

—Eso no es una respues… —protesté, pero el aumento de la fuerza en sus manos me hizo callar.

—Por eso te dejo a cargo de *monsieur* Chardin —continuó ella—. Confío en que él sabrá cómo arreglar todo esto.

—Suena a que intentará exorcizarme.

Me pareció ver una leve sonrisa cruzando su rostro.

—Interprétalo como quieras.

Para aquel segundo viaje a casa de Chardin, mi abuela y yo cogimos el tren. Descubrí entonces que nos dirigíamos a un pequeño pueblo al norte de París, rozando Normandía: la misma región donde me esperaba mi futuro internado. De hecho, siguiendo calle arriba desde la casa de Chardin y tras un paseo de veinte minutos por las afueras del pueblo, era fácil encontrarse con aquellas dos torres gemelas que custodiaban los internados.

La población de Capelle no debía de superar los mil habitantes. Solo se la conocía por ser el hogar de los «prestigiosos» —al menos para mi abuela— colegios vecinos de Saint Hugues y Sainte Geneviève. Ambos habían abierto sus puertas cuando restauraron los castillos medievales que el pueblo conservaba. Las clases se impartían donde, siglos atrás, la más alta nobleza de Capelle habían descansado y gobernado sus tierras. Pero a excepción de las torres, las columnas y las paredes de piedra cobriza, no quedaba rastro de la antigua vida de aquellas fortalezas.

En aquella época del año, Capelle estaba teñida de blanco. Una fina capa de nieve cubría sus carreteras y los tejados de las casas, confundiéndose con

el color níveo de algunas de sus paredes. Habían plantado un árbol de Navidad de tres metros en medio de la plaza, decorado con luces que parpadeaban y hacían pensar en luciérnagas.

Pero aún tardaría un tiempo en ver la tímida belleza de Capelle. Aquel día, lo único que vi fue la puerta de la casa de Chardin.

Una vez me hubo enseñado el camino hasta la vivienda, mi abuela se despidió colocándome un mechón de pelo por detrás de la oreja y dándome un apretón en el hombro. Era lo más parecido a un abrazo que podía esperar de ella.

Aquella vez entré en la casa de mi profesor con menos miedo y más curiosidad que la tarde de Navidad. Chardin emanaba la misma calma que el primer día; parecía que no se cansaba de sonreírme.

—¿Tú también piensas que estoy endemoniada? —pregunté a modo de saludo, dejando mi abrigo sobre el perchero. Él se giró hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Debería pensarlo?

—Hago cosas… raras. —Caminé cabizbaja hasta el salón, con la vista fija en mis zapatos—. No sé qué te habrá contado mi abuela pero no se reduce a hacer volar libros, de verdad. Creo que… Creo que puedo hacer mucho daño. Y lo peor es que ni siquiera sería consciente.

Chardin se dejó caer sobre el sofá e inclinó la cabeza, mirándome con una mezcla de ternura y compasión.

—Imagínate a una persona que ha vivido toda su vida encerrada en una cueva y sale al mundo exterior por primera vez —dijo entonces, inclinándose hacia delante—. ¿Cómo crees que se sentiría la primera vez que viera llover?

Enarqué una ceja.

—Eso no tiene nada que ver con…

—*Petite*, te quejas mucho de quien no contesta tus preguntas cuando tú eres la primera en hacerlo —me interrumpió él con una sonrisa.

Solté un bufido y me crucé de brazos.

—Bueno, supongo que la persona se sorprendería. O se asustaría.

—Pensaría que es raro —corroboró.

—Supongo.

—¿Es la lluvia rara? —preguntó. Titubeé un segundo antes de negar con la cabeza. Chardin se quedó en silencio unos instantes antes de continuar—: Oh, pero es que además aquel hombre vería cómo las tormentas desatarían desastres y destrozarían las cosechas. Pero tú, ¿crees que la lluvia quiere

hacer daño? ¿Crees que es mala, que es rara, solo porque para el hombre de la caverna lo fue?

Bajé la mirada de nuevo al suelo, esperando que aquella respuesta le sirviera.

—Eres lluvia, Arielle. La clase de lluvia que riega los campos y acompaña las tormentas. Pero no, *petite,* no hay ningún demonio en ti.

Ensanchó su sonrisa y dejó caer la espalda sobre el sofá.

—Pero hablas como si todo el mundo fuera como esa persona de la caverna —contesté, acelerada—, como si lo normal fuera poder hacer lo que yo hago.

—Lo normal para nosotros sería ver llover. Lo normal para el hombre de la caverna, ¿quién sabe lo que sería? No la lluvia, eso está claro. ¿No lo entiendes?

—Creo que sí, pero…

—Deja de buscarle más pegas. Los humanos somos muy insignificantes: pensamos que somos libres cuando solo salimos de una caverna para quedarnos atrapados en otra, quizás un poco más iluminada. El mundo es demasiado complejo para nosotros. Y estoy seguro de que hay mucho más ahí fuera de lo que jamás podremos llegar a conocer. Pondría la mano en el fuego por ello. Tendrás que estudiar más a Platón para entenderlo, me temo. —Perdió la mirada un segundo antes de continuar—: Pero solo hay que ver lo desconocida que es tu telequinesia. Que se esconda no quiere decir que tú debas hacerlo. Que alguna vez haya desatado el caos no quiere decir que tú seas malvada. Ni mucho menos. No estás maldita, Arielle.

Aquella última frase atravesó mi pecho y se clavó en mi corazón como una estaca. Sacó a relucir todas aquellas noches llorando hasta dormirme, sin ser capaz de abrazar mi cuerpo por más frío que tuviera. Todas las veces que me había negado unas palabras de cariño, que había maldecido el espejo por creer que estaba maldita. Esos pensamientos no los había compartido con nadie. Siempre había sido una piedra pesada en mi consciencia, que me hacía caminar cabizbaja y arrastrando los pies. Nunca hubiera imaginado el alivio que supondría saber que, a ojos ajenos, no estaba maldita. No lo estaba. Nunca lo había estado.

Me aparté una lágrima que amenazaba con resbalar por mis mejillas. No conseguía deshacer el nudo de mi garganta.

—¿Ahora lo has entendido? —preguntó Chardin, con la amabilidad y la paciencia que jamás había visto en mis profesores.

Asentí con la cabeza. El hombre me invitó a sentarme a su lado dando unas palmadas al sofá.

—Tu abuela solo quiere protegerte —dijo—, por eso me pidió que cuidara de ti. Todo el asunto de la telequinesis y la parapsicología la supera. Prefiere mantenerse al margen. —Se encogió de hombros—. Digamos que ella es como un hombre de la caverna que al ver la lluvia decide regresar a su cueva, donde todo está en orden, tal y como debe estar. Cualquier cosa fuera de lugar le parece incomprensible y, por tanto, peligrosa.

»Pero tampoco quería dejar a su nieta a merced de la suerte. No puede llevarte a un médico, porque lo que te ocurre no es patológico. Pero entiende que tampoco es algo normal. Y ahí es donde entro en escena: un hombre curioso y de confianza, con la mente tan abierta como para comprender que jamás llegaré a entenderlo todo, pero que no perderé nada por intentarlo. —Ensanchó su sonrisa—. El único hombre que ella conoce que no echará a correr cuando vea el poder de su nieta.

Me quedé en silencio con la mirada clavada en mis dedos, que jugaban a enredarse unos con otros.

—Es como si no quisiera tener que lidiar conmigo —murmuré—. Como si no quisiera tener nada que ver con esto… Como si quisiera apartarse de mí.

—No, *petite*, no —replicó Chardin, acompañando sus palabras con un leve movimiento de cabeza—. Tu abuela no comprende, por eso se asusta. Pero no tiene miedo de ti… Tiene miedo de lo que no conoce. Eso lo arreglaremos tú y yo. Le enseñaremos que no hay nada que temer.

«Estaría bien que primero yo misma lo creyera», pensé para mis adentros, recordando el episodio de los libros caídos, el jarrón hecho pedazos, el temblor de mis manos… Y, sobre todo, la muerte de mi madre.

—¿Cómo? —murmuré, abatida.

—Como ya te dije, seré una especie de «profesor» —imitó unas comillas con los dedos— para ti. Te enseñaré a ver la belleza en todo lo que eres capaz de hacer y a tener un poco más de control y conciencia sobre todo lo que te ocurre. Tendrás que venir a verme a menudo, pero espero que no te moleste. Quiero que te sientas aquí como en casa. De hecho, te aseguro que nunca faltaran tus galletas favoritas en la cocina y traeré rosas blancas a menudo.

Sonreí, y pensé que quizás sí habría una forma de volver aquellas paredes un hogar. Algo parecido al jardín que murió meses después de que lo hiciera mi madre, pero que cuando faltó se convirtió en el único rincón en el que sentía que ella seguía conmigo. Porque bastaría con plantar una nueva semilla de rosa para que creciera. Y podría marcharme, pero las rosas seguirían ahí,

feroces, sin importar las desgracias que azotaran al mundo. Como lo hicieron mis padres.

Quizás las rosas blancas siempre fueron su manera de decirme: «Aguanta un día más. Estamos contigo. Estás en casa».

Cuatro normas

Aquella tarde, Nicolas Chardin comenzó su lección sentándome sobre la mesa y obligándome a escucharle. Primero me recordó mi diagnóstico: telequinesia. También lo llamaban más comúnmente «telequinesis», palabra que proviene del griego, *tēle*, «lejos», y *kínēsis*, «movimiento». La palabra se define a sí misma perfectamente: ser capaz de provocar el desplazamiento de objetos desde la distancia.

Y desde entonces, ya no era solo Arielle. Era Arielle Larue, iba a cumplir diecisiete años y tenía telequinesis. No estaba enferma, no estaba maldita. Pese a los constantes intentos de Chardin porque lo viera como algo normal, no conseguía quitarme de la cabeza que en mí había algo inhumano.

—Arielle, ¿has hablado de esto con alguien? —me preguntó aquella primera semana. Negué con la cabeza—. ¿Sabes por qué no debes hacerlo? Los seres humanos están llenos de envidia y ambiciones. Si algún día esto llegara a los ojos o los oídos equivocados, te verían como la enemiga. Antes de ver todo el bien que puedes crear, verían todo el poder que ellos no tienen. Y no lo soportarían. Fingirían preocuparse por ti hasta que se dieran cuenta de que no pueden conocerte. No hay nada que frustre más a un sabio deshonesto que sentirse *no tan sabio*. Y temo que toda esa frustración y esa rabia la acaben volcando en ti. Cuando la envidia los carcoma, irán a acabar contigo.

Me dejó claro la regla número uno para sobrevivir a la telequinesis: «No se lo cuentes a nadie». Callar era la forma más fácil de protegerme.

La regla número dos parecía la más sencilla (pero nunca lo era): «Aprende a respirar». Aprende a respirar cuando el mundo parezca derrumbarse a tu alrededor. Cuando te sientas perdida, cuando todo se escapa de tus manos. Una mano en el pecho y la otra sobre el abdomen y dejar que el aire se filtre en tu boca hasta llegar a los pulmones, recordándote que sigues viva.

Sigues aquí.

La tercera norma consiguió arrancarme una sonrisa: «No olvides aquello que te hace sentir viva».

—No tiene mucho o nada que ver con la telequinesis —dijo Chardin—, pero siempre es bueno recordarlo. No hay nada más descorazonador que una persona que ya no tiene tiempo para disfrutar de los pequeños, y no tan pequeños, regalos que nos da la vida.

Le hablé de la pintura, de mis sueños, de lo que sentía cada vez que agarraba un pincel, de la manera en la que creaba escenas y personajes que me hacían más compañía que cualquier otro ser humano. Él me escuchó con una sonrisa y los ojos llenos de ilusión. Pero también me dejó claro que si necesitaba recordar esto es porque llegaría un momento en el que no lo vería. Que mi poder no solo traía cosas buenas. Habría días de culpa y de tristeza, de nostalgia y de impotencia. Tenía que aprender a refugiarme en las cosas que me recordaban que no estaba en este mundo por casualidad. Nadie pintaría aquel cuadro como lo haría yo. Nadie daría ese paso como yo, nadie podría sustituirme. Mi vida tenía un propósito, aunque no lo viera.

Ojalá hubiera interiorizado tanto sus palabras como para creerlas hoy. Después de ella.

Chardin no me desveló la cuarta regla hasta un tiempo después, cuando ya fue demasiado tarde. Fue la más desconsoladora y concisa de todas: «Por encima de todo, evita enamorarte».

Recuerdos de la mujer fría

Ahora a la derecha.

Le eché una mirada de reojo y levanté una ceja. Noté cómo los brazos empezaban a temblarme pero me esforcé por mantenerlos erguidos, señalando el plato que mantenía en el aire.

—Arielle, respira.

«Estoy respirando», quise decir, pero me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Dejé salir el aire, despacio, sin apartar la vista del plato. Estaba sentada en el suelo, vestida con una camisa de Chardin que me venía enorme y unos vaqueros, con el pelo recogido en una coleta. Él estaba de cuclillas a mi lado, alternando la mirada entre el plato flotante y mi rostro. En el salón todavía quedaban los restos de tarta de la noche anterior.

—Voy a romperlo —murmuré entre dientes, mientras desplazaba el plato ligeramente a la derecha—. Va a caerse y…

—Tengo más platos. —Soltó una suave carcajada—. Tienes que perder de una vez el miedo a romper las cosas, *ma petite*. En esta vida no encontrarás nada ni nadie que no corra el peligro de romperse.

Me dedicó una última sonrisa y se puso en pie. El corazón se me detuvo un instante y me contuve para no girar la cabeza y seguir con los ojos clavados en el plato.

—¿Adónde vas? —pregunté. Respiré hondo, notando cómo los brazos comenzaban a pesarme—. No me dejes sola con esto. Si no lo coges caerá y…

—Ahí está la gracia. —Me dio una palmada en la espalda antes de marcharse. Su voz sonó unos segundos después desde el salón—. ¡Pierde el miedo, Arielle!

—*Merde* —murmuré entre dientes.

El aire entró por mi nariz, bajó por mi tráquea, llenó mis pulmones. Era de color morado, salía de color azul. Tenía que verlo, tenía que sentirlo, tenía que olvidar todo lo demás.

Bajé los brazos lentamente, esperando que el plato me acompañara. Y por un momento lo hizo. Se desplazó vibrando hasta casi rozar la madera del suelo, pero canté victoria antes de tiempo. Sentí que el hilo que nos unía se rompía abruptamente, y el plato acabó cayendo de espaldas al suelo y haciéndose añicos.

Dejé caer los hombros y apoyé las manos en el suelo, tratando de controlar mi respiración. Al menos no estaba mareada y las articulaciones cada vez me temblaban un poco menos. Me puse en pie con algo de dificultad y me arreglé la camisa (Chardin me dejaba llevar su ropa, que sin duda era mucho más cómoda que la mía, a sabiendas de que a mi abuela le daría un infarto. No era de extrañar que cada vez me cayera mejor). Salí de la habitación en busca de una escoba y me encontré a Chardin encorvado sobre la mesa del salón, con un trozo de tarta de chocolate delante.

—¿No la terminamos ayer? —dije.

Los rizos de Chardin rebotaron en su cabeza en cuanto él se dio la vuelta, con un trozo de la tarta en su boca. Esperó a tragarla para hablarme.

—Bueno, puede que sobrara un poco. Felices diecisiete otra vez, Arielle —dijo, guiñándome un ojo.

Yo puse los ojos en blanco con una sonrisa.

—Con felicitarme una vez bastaba, pero gracias. —Me acerqué a él y le robé un trozo de bizcocho con el tenedor—. ¿Dónde tienes la escoba y el recogedor?

—En la cocina, en uno de los armarios. ¿Has roto el plato, *petite*? —Asentí con la cabeza, un poco cohibida. Chardin rio—. Así me gusta.

—Luego la rara soy yo…

La casa de Nicolas Chardin era mucho más pequeña de lo que había sido la mía, menos iluminada y mucho más vacía. No había cuadros en las paredes ni alfombras en el suelo ni cerámicas en las estanterías. A través de los cristales empañados de la ventana no se veía más que nieve, daba igual donde miraras; Capelle se había vuelto blanca.

La diferencia estaba en que la casa de Nicolas Chardin tenía cosas que Edith Larue nunca hubiera tolerado: música por las mañanas, *crêpes* para desayunar, días que podía pasar enteros en pijama, ropa para compartir, platos sucios apilados en el lavadero, cojines tirados por encima del sofá sin orden ni sentido, y un caos que cada vez parecía más acogedor.

Mi abuela había decidido que pasaría el resto de las Navidades en aquella casa, que de alguna forma cada día sentía más mía. Los días con Chardin estaban llenos de magia. Literalmente. No había un solo día en que no me

obligara a hacer levitar algo; a veces era una pequeña almendra y otras una pila de libros. «La telequinesia es como un músculo», decía; «hay que entrenarlo a diario para que se haga cada vez más fuerte».

Mi abuela llamaba a casa de vez en cuando, muy de vez en cuando. No comentaba nada acerca de la telequinesia; solo me recordaba los días que faltaban para empezar las clases en Sainte Geneviève y me pedía que me comportara. Yo le daba la razón en todo y le aseguraba que todo iba bien.

Porque por una vez, parecía que las cosas de verdad podían ir bien.

Cerré los cajones que habíamos dejado abiertos con un movimiento de cadera mientras cruzaba la cocina. Con un suspiro, guardé la tostadora y fui hasta la mesa para recoger las tazas del desayuno, una con restos de café, otra con restos de cacao en polvo.

Al pasar junto a la mesa reparé en el sobre que descansaba sobre ella. Dejé las tazas a un lado y le di la vuelta para ver el reverso. La dirección de la casa de Chardin y mi nombre; no había remitente.

—Chardin, ¿cuándo ha llegado esto? —pregunté de vuelta al salón, enseñándole el sobre. Él giró la cabeza para verme, limpiándose los restos de la tarta con una servilleta.

—¿A las ocho, nueve? Ha llamado el cartero cuando aún estabas en tu cuarto. Se me ha olvidado avisarte, perdona.

Me senté junto a él con el sobre entre las manos y lo abrí antes de darme tiempo a pensar qué contendría. Pero su interior, más que sorprenderme, me decepcionó. Sentí una punzada en el corazón y me quedé embobada, leyendo una y otra vez las palabras que habían escrito. Tenía la esperanza de que acabara apareciendo algo más. Unas palabras de cariño, un «te quiero, cuídate». Pero el resto de la tarjeta estaba vacía.

—¿Y bien? —dijo él.

Suspiré y me mordí el labio, pasándole la tarjeta.

«Feliz cumpleaños», decía. Era un estúpido dibujo de una tarta de cumpleaños, con las letras imitando globos de colores. «Firmado: Edith Larue». Por lo menos su nombre lo había escrito ella.

Nada más.

—No entiendo por qué se molesta en venir aquí para traerme el uniforme y volverse —dije, cabizbaja—, pero luego es incapaz de pasarse para felicitarme. Solo cumpliré diecisiete una vez, ¿es tanto pedir? Solo quería una visita, una llamada. Algo.

—Algo ha habido, Arielle. —Me devolvió la tarjeta—. Tu abuela es una mujer…

—Fría.

—Diferente. Pero «fría» también es un buen adjetivo.

Me hundí más en la silla con un bufido. Chardin me colocó una mano en el brazo.

—Esto no significa nada, *petite*. Tu abuela te quiere.

—Ya, claro. Por eso hace ya más de una semana que no la veo. Por eso ni siquiera me llama. —Me crucé de brazos e intenté apartar la mirada para no encontrarme con los ojos de Chardin—. No quiere saber nada más de mí, ya lo sé, lo he pillado, pero me da rabia que yo todavía quiera saber de ella.

—Arielle…

—Da igual —le interrumpí—. De verdad, da igual. Mañana empezaré de cero en ese colegio repipi y ella estará contenta. Tú tendrás una boca menos que alimentar y estarás contento. Mis amigos de Arcueill se olvidaran de mí a los tres días (total, si han llamado para felicitarme no tengo forma de saberlo) y también estarán contentos. ¡Todos contentos!

Su mano bajó hasta la mía.

—Solo faltas tú. —Le miré de reojo, hundiendo la barbilla en mi pecho. Él apretó mi mano—. No seas pesimista. Que las cosas vayan a cambiar no significa que vayan a ser a peores.

Suspiré y busqué en mi cabeza palabras con las que poder responderle, pero todas me parecían inútiles. Chardin acabó por ponerse en pie y colocarse a mi espalda para masajearme los hombros.

—Y, aprovechando que mañana empiezas las clases —dijo—, ¿recuerdas las reglas que te enseñé?

—No contárselo a nadie, no olvidarse de respirar… —fruncí los labios, buscando en mi memoria— y recordar lo que me hace sentir viva.

—Bien. —Me dio un apretón en los hombros—. Mañana vas a brillar, *ma petite*.


Segunda parte
Lluvia

When the spark turned into a flame,
and the flames grew much higher.
And my hope, faith and every last desire
It's just another thing that we lost in the fire.

—***Things We Lost in the Fire, Janet Devlin***

Chaquetas de lana

Llegué a Sainte Geneviève con un nudo en la garganta. Con el tiempo me daría cuenta de que el colegio no era más que un cordero disfrazado de lobo, que por debajo de sus techos altos y detrás de las paredes de piedra se escondía un hogar para niñas más flexible de lo que jamás sería la convivencia con mi abuela. No mucho más, pero al menos ya no sentía un par de ojos clavados en mi nuca a todas horas.

Me sentía disfrazada con aquel uniforme. Chardin había dedicado toda la mañana a enseñarme cómo anudar la corbata. También le había propuesto que me ayudara a recortar un poco la falda, pero cuando vi su poca habilidad con la aguja decidí que podría soportar llevarla por debajo de la rodilla. Era lisa, gruesa y oscura, como si me hubieran envuelto las piernas en una manta. El azul oscuro se combinaba con los calcetines y el verde bosque de la chaqueta de lana. Chardin había tenido el detalle de decirme que, por lo menos, el color de mi cabello me daba un poco de color.

Se despidió de mí en casa y fui arrastrando las maletas por medio Capelle. Llegué al internado un poco más tarde de lo previsto, cuando todas las alumnas iban y venían por los pasillos, cargando libros contra su pecho y arreglándose el pelo mientras corrían a la siguiente clase. Parecían un ejército: todas vestidas iguales, andando al mismo ritmo, con las pieles claras, corbata en su sitio, calcetines subidos.

Fue *madame* Bellerose quien me recibió en la entrada. Parecía que fuera uniformada también, con su falda ancha y larga, su blusa y el pelo oscuro recogido en un moño. Lo único que la diferenciaba de las estudiantes eran las arrugas en su frente y veinte años de más.

—*Mademoiselle* Larue. —Me saludó con una inclinación de cabeza—. Es un placer tenerla entre nosotras. El primer día solemos hacer una visita por las instalaciones con los familiares, pero *madame* Larue ya me informó de que hoy no podría asistir, así que, si no le importa, llamaré a su compañera de habitación para que nos acompañe por el recinto, ¿le parece bien? —Miró el

reloj de su muñeca un momento, sin perder la sonrisa—. Justo a tiempo para el cambio de clase. ¿Me acompaña, *mademoiselle*?



Agradecí los enormes ventanales que dejaban entrar la luz a los pasillos del internado, haciendo que la parte más antigua del recinto —aquella que en el pasado formó parte del castillo de Capelle— no pareciera una prisión. Las escaleras que subimos y los corredores por los que pasamos camino al aula me parecieron todos iguales: sillones de terciopelo rojo en las esquinas, luces de pared imitando candelabros y muchos bodegones. De vez en cuando nos cruzábamos con alguna chica que se había dormido y llegaba tarde, y *madame* Bellerose se encargaba de apurarla con unas palmadas en la espalda.

Finalmente llegamos al aula que *madame* Bellerose buscaba.

—Quédate aquí un segundo —dijo, sonriéndome. Siempre que lo hacía parecía estar dirigiéndose a una niña o a una extranjera que no entendiera sus palabras. Dio dos golpes a la puerta y asomó la cabeza—. *Madame* Leblanc, perdone que interrumpa. ¿Podría salir *mademoiselle* de la Fontaine? —Un murmullo que no llegué a oír y—: Sí, Claire de la Fontaine.

Cuando la puerta se abrió del todo la susodicha Claire se irguió junto a *madame* Bellerose. La chaqueta le caía por un hombro y se la colocó bien antes de que la viera. Su expresión osciló de la sorpresa a la curiosidad en un segundo. Tenía los ojos grandes y claros, haciendo honor a su apellido: parecían estar hechos de agua. Enseñó los dientes al sonreír y los ojos se le achinaron un poco. Yo le devolví la sonrisa. *Madame* Bellerose me colocó una mano en la espalda.

—Claire, te presento a tu nueva compañera de habitación: Arielle Larue.

—*Enchante* —dijo ella. Agachó la cabeza con un gesto y un par de mechones se le escaparon de detrás de la oreja. El pelo corto y oscuro hacía que sus ojos destacaran todavía más.

Nos pusimos las tres en marcha.

Claire de la Fontaine se balanceaba al andar, como si bailara al son de la canción que sonara en su cabeza. De vez en cuando hacía algún comentario: «lo mejor del desayuno son los domingos de *crêpes*», dijo en el comedor; «cuando empieza a hacer calor todos buscan un hueco a la sombra», dijo en el patio; «las luces se apagan a las once», dijo en uno de los muchos pasillos.

—Y esa torre gemela que ves ahí —señaló más allá de la ventana mientras cruzábamos un largo corredor, camino al invernadero—. Es Saint Hugues, el

internado de chicos.

Madame Bellerose le dio un golpe en el brazo con el cuadernillo que llevaba.

—Eso es irrelevante, *mademoiselle*. Estamos aquí para enseñarle Sainte Geneviève, ¿recuerda?

—Pensé que tendría curiosidad —contestó, cabizbaja.

—Usted más que de curiosidad está cargada de hormonas. Se le notan las intenciones —replicó la profesora, frunciendo el entrecejo. Claire puso los ojos en blanco en cuanto se dio media vuelta y tuve que contenerme para no reír.

El timbre que anunciaba el cambio de clases sonó a nuestro lado. *Madame* Bellerose estiró el cuello como un cisne, volvió a mirar su reloj y se dirigió a nosotras con un suspiro:

—*Mon Dieu*, creía que tendría más tiempo. *Mademoiselle*, ¿sería tan amable de acabar de enseñarle el colegio? —Claire soltó un soplido y asintió con la cabeza, con algo de desgana—. Aquí tiene el boletín de Sainte Geneviève, *mademoiselle* Larue. Le recomiendo una lectura exhaustiva. Dentro encontrará todas las normas y los horarios sobre el centro. —Se irguió y nos dedicó su mejor sonrisa—. Disfrute del día. Nos veremos mañana a primera hora.

Echó una última mirada de advertencia a Claire antes de marcharse. Esta esperó a que la profesora doblara la esquina antes de soltar todo el aire que retenía, y después se dio media vuelta y empezó a caminar sin mirarme. Tuve que aumentar el ritmo hasta alcanzarla, apretando el cuadernillo contra mi pecho.

—Déjame que te resuma el boletín, Adèle.

—Arielle —la corregí.

Se paró de golpe para mirarme, abriendo muchos los ojos. Cada vez que pestañeaba me recordaba a un pequeño búho, atento a cada uno de mis movimientos.

—¿*Ariel*? ¿Como la novela de Maurois?

—Acabado en «elle» —expliqué, negando con la cabeza. Nunca pensé que existiría alguien en Francia que confundiera mi nombre.

—Oh, bien. Yo soy Claire. —«Lo sé», quise decir, pero la chica siguió hablando, juntando las palabras como un torbellino—. C-l-a-i-r-e. Acabado en «ire». Como… Mmm, ¿te suena alguna novela con mi nombre? —Sacudió la cabeza y se puso en marcha de nuevo—. Bueno, lo de las normas. Básicamente se resumen en: nada de alcohol, nada de drogas, nada de

embarazos. —Echó un rápido vistazo a mi barriga, como si quisiera asegurarse—. Cuidar el uniforme, no faltar a clase y comer solo en la cafetería. En los dormitorios, como mucho, pero en ese caso nos toca limpiarlo a nosotras. Que tampoco es ningún drama, vaya. Oh, y ten cuidado con lo que digas. Nada de maldecir, ni *merde*, ni *baiser*, ni *putain*. Como te oiga una profesora se pondrá hecha una fiera.

—¿Solo eso? —Eché un vistazo al cuadernillo, de cincuenta páginas como mínimo—. No es nada a lo que no esté ya acostumbrada. —Puse los ojos en blanco con una sonrisa. Claire me la devolvió.

Salimos al patio exterior, a una zona amplia y despejada con la nieve acumulada en las esquinas. Un poco más adelante se erguían un par de edificios.

—Esos son los aularios uno y dos —dijo Claire. Soltó una carcajada—. Sí, supongo que te esperabas que todo el internado fuera místico y lujoso, todo ruinas del castillo. Lo convirtieron en el edificio principal precisamente por eso, para causar una buena impresión y mandar postales bonitas. Pero todo lo demás es… así de normal. Ese edificio de ahí son las habitaciones. Un piso por curso.

Era imposible distinguir los edificios desde fuera; todos tenían los ladrillos rojizos, las ventanas rectangulares y hiedra subiendo por las paredes.

No tardé en darme cuenta de lo enorme que era el internado. De camino a los dormitorios —o donde quiera que Claire me llevara, ya que se encargó de enseñarme hasta el último recodo del internado— cruzamos muchas clases y espacios vacíos o en desuso. El colegio parecía un pequeño laberinto, por lo menos para quien no tenía una guía o no llevaba ahí desde primaria. Claire misma admitió que no importaba los años que llevaras en Sainte Geneviève, perderse para llegar a clase era común hasta en los más veteranos.

—Este sitio es un gallinero —dijo Claire mientras cruzábamos el patio durante el descanso—. Un sitio donde centenares de padres pueden meter a las niñas revoltosas que no quieren tener en casa. Se quedan tomando champán en la bañera mientras esperan que volvamos a casa hechas unas señoritas, listas para casarnos con el empresario más adinerado que encontremos. —Claire soltó una risa amarga—. O con un médico. Los médicos les chiflan.

Me estiró de la manga de la chaqueta para que no la perdiera de vista mientras cruzábamos una marea de gente. Saludó a un par de chicas con la cabeza.

—No creo que sea así con todos —dije, frunciendo el ceño—. Con los padres, digo.

—¿Me vas a decir que los tuyos no son así?

«No tengo padres», quise decir, pero aquel recordatorio me provocó una punzada en el corazón y un nudo en la garganta. Era *huérfana*.

Nunca me había sentido huérfana; mi abuela llevaba conmigo desde que tenía memoria y no había dejado que me sintiera sola nunca. No había sustituido el papel de padre en ningún momento, y ahora tampoco sustituía el de mi madre. Era mi abuela y a veces, solo a veces, con ella era suficiente.

Claire interpretó mi silencio como una afirmación.

—Bueno —dijo—. Lo que los de fuera no saben es que aquí las profesoras también toman champán en la bañera cuando libran. Les importa una *mer*… —Su mirada fue directa a una de las profesoras que cruzaba el patio con las manos a la espalda— un carajo —se corrigió— lo que hagamos en nuestro tiempo libre, siempre que no nos metamos en líos y al día siguiente estemos en clase a primera hora, claro, con una sonrisa de oreja a oreja. Y si la lías, harán oídos sordos por unos cuantos francos. Tienen claro que aquí son profesoras, no madres. Y que si nuestros padres no quisieron tenernos en casa, ellas no van a molestarse en saber por qué.

Subimos los cinco pisos por las escaleras. Cuando llegamos al pasillo en el que estaban las habitaciones del undécimo curso, las dos resoplamos y nos quitamos la chaqueta.

—En definitiva —siguió Claire, apartándose un corto mechón de pelo de la cara—. La regla de oro en Sainte Geneviève es: «Ojos que no ven, corazón que no siente». Por fuera el internado puede parecer impotente y controlador, pero… Solo hay que saber pillarle el truco.

Claire se detuvo casi al final del pasillo, frente a la puerta número 517. Sobre la madera descansaba una pequeña pizarra con nuestros nombres grabados.

«Claire de la Fontaine y Arielle Larue».

—Bienvenida a nuestra habitación, Arielle —dijo, alzando las llaves con una sonrisa—. Estás en tu casa.

Transparencia

El resto del día me pareció irreal, como si todo formara parte de un sueño. Había pasado tanto tiempo acostumbrada a mi antiguo colegio, a mi casa, a ver las mismas caras cada día, que la burbuja en la que estaba Sainte Geneviève parecía onírica.

Dejé la maleta en la habitación, que parecía un espejo: dos camas pegadas a las paredes, dos escritorios, dos armarios, dos mesitas, dos estanterías y el montón de trastos (pósteres, una radio, libretas y papeles) que Claire había acumulado en su lado. A la hora de la comida bajamos juntas al comedor, y por el camino Claire saludó a un par de chicas.

—¿No quieres que nos sentemos con tus amigas? —pregunté una vez cargamos las bandejas. Claire analizó el comedor con los ojos entrecerrados y me cogió del brazo.

—Mejor que nos alejemos del jaleo. Además, conociéndolas solo querrán cotillear y no me apetece que estés incómoda.

—No creo que…

—Ya se unirán en la cena, tranquila. Y entonces me darás la razón. —Sonrió y se sentó en una de las mesas que había junto a la ventana—. Además, así puedo seguir contándote cosas.

Me senté delante de ella, que mantuvo su sonrisa y señaló con la cabeza el resto del comedor. Al girarme me di cuenta de la cantidad de chicas que bajaban la mirada cuando se encontraban con la mía, o que murmuraban mientras me observaban de reojo.

—Parece que no hayan visto una pelirroja en su vida —murmuré.

—Lo que pasa es que eres el juguete nuevo del internado. —Rio Claire, enrollando sus espaguetis en el tenedor—. Llegas de repente, en el segundo trimestre, cuando apenas recibimos nuevas alumnas, y menos en el penúltimo curso. Nadie sabe nada de ti, nadie sabe quién eres y eso… Bueno, descubrirlo es una manera de entretenerse.

Tragué saliva.

No parecía el mejor sitio para ocultar mi telequinesia. Chardin había sido muy claro con la primera norma: No contarle nada a nadie, bajo ninguna circunstancia. Absolutamente nada. Las veces que aquel poder se me fuera de las manos, las veces que llorara por no poder hacer nada para vencerlo, los problemas que me causara… Todo, absolutamente todo, tenía que quedarse conmigo. No podía dar explicaciones. No podía ponerme nerviosa. En los momentos de debilidad, tendría que elegir con cuidado cada palabra que dijera.

¿Cómo reaccionarían quinientas estudiantes si se enteraran de lo que era capaz de hacer?

—Ah, a las siete de la tarde celebran misa en la capilla —dijo Claire, aspirando los espaguetis—. Se me había pasado avisarte. ¿Recuerdas dónde está?

Asentí con la cabeza.

Y ahí tenía la respuesta.

Seguramente pensarían igual que mi abuela y volverían a deshacerse de mí.



Tenía el recuerdo de la primera noche que dormí en la cama de mi madre. De cómo volvieron a mi cabeza recuerdos que ni siquiera sabía que tenía: el sonido de las bombas —¿o eran mis latidos?—, las explosiones de la guerra —¿o era mi poder?—, el caos en las calles. Llenaban mis sueños y me despertaban con un sobresalto. Era entonces cuando me escurría de la cama y andaba hasta los brazos de mi madre. Ahí me sentía protegida.

También recordaba la primera noche que dormí sin mi madre. O que no dormí. Fue una noche larga y dura, llena de culpa, lágrimas secas. —«¿Por qué no lloras? Dios, Ari, deberías estar llorando. ¡Tu madre está muerta! ¡Está muerta!»— y nudos en la garganta. Y cada vez que me vencía el sueño, despertaba como si me hubieran golpeado el estómago. No quería estar despierta.

La primera noche que dormí en casa de Chardin todo pasaba demasiado deprisa, todo estaba cambiando y me costaba ver en qué momento había empezado a fastidiarlo, en qué momento mi secreto dejó de ser mío. ¿Fue cuando me arriesgué a pintar? ¿Cuando dejé la puerta abierta mientras practicaba mi magia? ¿Fue cuando me negué a ir al internado o cuando le dije

que quería estudiar Bellas Artes? Creía que aquella noche no dormiría, en una cama tan fría, tan nueva. Pero vi las rosas blancas.

La primera noche que dormí en Sainte Geneviève pensé que me costaría conciliar el sueño. Me quedé escuchando los grillos y el sonido de las hojas rozando la ventana. La luna pintaba una franja de luz sobre el suelo de la habitación, tiñendo cada mueble de claroscuros. Oía el tictac del reloj, la respiración de Claire, la mía propia.

Por primera vez, mi vida pareció calmarse.



Claire se dejó caer sobre el respaldo de la silla. Estábamos en una de las salas de estudio, viendo cómo la noche iba tiñendo el cielo a través de la ventana.

—¿Se te dan bien las matemáticas? —pregunté, borrando el ejercicio con el que llevaba más de media hora trabajando. Ella soltó una carcajada, levantando la vista de sus deberes.

—Ya me gustaría, pero soy más de letras.

—Ah.

Un par de chicas rompieron el silencio de la sala cuando la cruzaron entre murmullos, soltando risitas. Se giraron para mirarme descaradamente.

—¿Dicen algo de lo que deba preocuparme? —pregunté. Claire se encogió de hombros.

—Son Julie y Lara. —Hizo un gesto con la mano, como queriendo quitarle importancia—. Nadie se cree nada de lo que dicen a estas alturas, así que puedes quedarte tranquila.

—¿Qué dirían de ti?

—¿De mí? —Se volvió para mirarme.

—Sí. Me has hablado de todo el mundo, pero no me has dicho nada de ti.

—Bueno, ¿qué quieres saber?

Pestañeé un par de veces, sin saber qué contestar.

—No sé, ¿qué debería saber? ¿También corren rumores sobre ti?

La risa de Claire sonó forzada, cansada. Bajó la mirada a sus manos.

—No, me conocen demasiado como para inventarse nada. Nada bueno, por lo menos. Llevo en el internado prácticamente toda mi vida y… —Suspiró—. Supongo que eso es todo. Soy la única a la que le chiflan las gachas de avena. Soy la guía oficial para las nuevas, aunque no suele haber muchas. Paso las Navidades aquí, y los veranos ayudo también en la escuela. Las profesoras me conocen como si fuera su hija. *Madame* Leblanc me tiene

muy mimada. No ha habido un solo año en el que no me hayan cambiado de compañera de habitación por ser «incompatibles».

—¿Incompatibles? —La interrumpí antes de que continuará hablando. Ella levantó las cejas, picarona.

—Oh, no te preocupes. No muerdo. Es solo que me canso de la gente con facilidad e ir variando se hacía más divertido. Y la mitad de compañeras que he tenido se fueron al año. —Se encogió de hombros—. Pero tú me has caído bien, así que no te vayas. Por muy princesita que seas. —Ladeó una media sonrisa—. Y eso que aún no he empezado a preguntarte cosas a ti.

Oh, conque la curiosa era ella.

—¿Y cuánto más piensas esperar? —Mi respuesta debió de pillarla por sorpresa; abrió todavía más los ojos y tensó la sonrisa—. Pero tengo derecho a hacerte una pregunta por cada pregunta que tú me hagas.

«Y derecho a mentirte», también, pero eso ella no lo sabría.

Claire esperó unos segundos antes de decidirse:

—Hecho. ¿Tienes hermanos?

—No, ninguno. ¿Tú?

—Ojalá ninguno. Somos cinco, soy la única chica. Dos mayores y dos pequeños, los pequeños están en Saint Hugues. —Inspiró para coger aire—. ¿Por qué estás aquí?

—Mi abuela me matriculó a traición. —Pero sabía que con eso no sería suficiente; la curiosidad de Claire le haría seguir preguntando—. Dijo que la educación era mucho mejor. Y tú, ¿siempre has vivido en Capelle?

—Siempre he vivido en Sainte Geneviève, mejor dicho. ¿Qué harás cuando acabes los estudios?

Tardé en contestar más de lo que debería.

—No lo sé. Pero me gustaría mucho ir a la Escuela Superior de Bellas Artes, en París —dije. Claire levantó las cejas, formando un perfecto arco de sorpresa sobre sus ojos—. ¿Qué es del resto de su familia?

Su rostro se ensombreció.

—Mis padres viven muy ocupados como para preocuparse por mí. —Se encogió de hombros—. Pero no me importa, ya no. Es algo normal en el internado. No pongas esa carita de pena. —Bajé la mirada, notando cómo las mejillas se me enrojecían—. ¿Y tus padres?

—Muertos. —El rostro de Claire palideció—. La guerra. ¿Tu comida favorita?

—Eh… —Se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja. Era la primera vez que la veía evitar mi mirada—. Las gachas de avena con

chocolate. Sí, sin duda. Viviría de eso el resto de mi vida. También viviría de galletas, pero soy alérgica a los frutos secos, así que eso lo tengo un poco más complicado. —Hizo un esfuerzo por reír, pero se puso seria cuando le tocó preguntar—: ¿Tu mayor miedo?

El imparable temblor de mis manos cada vez que las cosas escapaban de mi control.

Los ojos vacíos de mi madre aquel último día.

Esquirlas de cristal lloviendo sobre mi cabeza y rasgando mi piel.

No volver nunca a casa.

No llegar a perdonarme.

Que realmente fuera la sangre de un demonio la que corriera por mis venas.

Respira, Arielle.

—Las arañas. No las soporto —contesté, con una sonrisa. Tampoco mentía—. ¿Cuándo fue la última vez que mentiste?

Claire ladeó una sonrisa y se acercó más a mí, como si fuera a susurrarme un secreto.

—Bueno, en ningún momento hemos dicho que teníamos que contestar la verdad, ¿no es así? Quién sabe. Quizás las gachas no son mi comida favorita. O quizás no tengo hermanos. O quizás no tengo padres. —Se encogió de hombros—. Pero ¿de qué me serviría mentir? Aquí todas saben todo. —Otra vez esa amenaza—. Te acabarías enterando tarde o temprano. Pero, eh… Creo que ha sido antes, cuando te he dicho que era más de letras. En realidad las letras también se me dan de pena. ¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Cuándo fue la última vez que mentiste?

«Ahora mismo».

—No me gusta mentir, así que… Probablemente ni siquiera me acuerde. Soy muy transparente con esas cosas.

—Buena chica.

Claire se volvió de nuevo hacia sus deberes. Sentí una puñalada en el pecho y un nudo en la garganta. Sainte Geneviève debía ser mi oportunidad para empezar de cero, para ser una nueva persona y dejar atrás todos los años en los que podía ser transparente, casi invisible. Ahora no era más que un cristal opaco capaz de resquebrajarse y cortar a todo aquel que se acercara. Era mejor que Claire no lo supiera.

Levanté la cabeza a tiempo de ver cómo la noche caía como un manto sobre el cielo. Las luces de la sala empezaron a encenderse, parpadeando.

—Arielle —dijo Claire, con la mirada fija en sus deberes. Apretó con fuerza el lápiz—. La próxima vez que juguemos, recuerda que esquivar la verdad también es mentir.

Fin de semana

Los fines de semana las alumnas del undécimo y duodécimo curso tenían permitido salir a Capelle, aunque no podíamos alejarnos demasiado del colegio sin autorización. Las alumnas que vivían lejos —o en cuya casa no se sentían a gusto, como Claire— aprovechaban esos días para pasear por el pueblo y llenarse las manos de patatas fritas en *Le petit Benjamin*. Capelle tampoco tenía mucho más que aportar, así que las chicas buscaban otra forma de entretenerse: la mayoría de escapadas tenían que ver con colarse en Saint Hugues o reunirse con los demás jóvenes en la plaza de Capelle.

O volver a casa.

Mejor dicho, a mi segunda casa. O tercera. Había dormido en tantos sitios diferentes en los últimos meses que ya no sabía qué se suponía que era un hogar.

Chardin me abrió la puerta con una sonrisa de oreja a oreja y dos besos en las mejillas. En ese momento me di cuenta de que cinco días sin él habían hecho mella: echaba de menos una casa sin normas, con platos voladores y *jazz* de fondo. Y aunque una parte de mí se sentía una traidora —después de todo, ¿cuánto hacía que lo conocía?, ¿un mes?—, también había echado de menos a *monsieur* Chardin.

Aproveché la vuelta a casa para llamar a mi abuela. Algo me decía que ella no iba a hacer el esfuerzo.

—¿Qué tal en la escuela? —preguntó nada más descolgar el teléfono.

—Bien, he hecho amigas. —Una amiga, en realidad. Empezaba a aprenderme el nombre de las demás, pero creo que ese no era requisito suficiente para considerarlas amigas.

—¿Estás estudiando?

—Sí, abuela, mucho. —«Mentira». Un carraspeo al otro lado del teléfono —. Pero te echo de menos. —Sacudí la cabeza; tutearla aún se hacía raro.

Casi podía ver cómo ella arrugaba la nariz al otro lado de la línea—. *La* echo de menos, abuela.

Silencio.

—Ya sabes que si necesitas cualquier cosa puedes llamarme. —Tardó lo suficiente en contestar como para que olvidara mi última frase—. Tengo un par de blusas más frescas para verano. Y te dejaste la bufanda burdeos aquí; puedo llevártela el próximo fin de semana.

—Está bien.

Más silencio.

—¿Qué tal con *monsieur* Chardin?

—Muy bien, se porta genial conmigo.

—No me refería a eso. Me refiero a…

—Ah. Bien.

—Me alegra.

La conversación no duró mucho más, y al colgar me sentí todavía más vacía que antes de llamarla. Quizás lo que me faltaba no era la presencia de mi abuela, quizás era su cariño lo que echaba de menos.

Chardin notó mis hombros caídos y se inclinó para verme los ojos. Si las pupilas pudieran sonreír, diría que las suyas lo hacían.

—¿Todo bien, *petite*?

—Supongo.

—Te compré algo para animarte. —Comenzó a rebuscar en el bolsillo de sus pantalones hasta sacar un pequeño broche. Lo colocó sobre la tela de mi blusa antes de que me diera tiempo a ver lo que era—. Tal y como imaginaba, te queda precioso.

Seguí con los dedos las líneas que la pintura había dejado sobre el broche, sintiendo el relieve de los pétalos.

—Una rosa blanca —murmuré.

—*Tout à fait*.

Fue en aquel momento cuando tuve claro que con Chardin sí podía ser transparente.



No conté los días que llevaba sin hacer uso de la telequinesia, al menos conscientemente. Chardin ya me había avisado de que era más que probable que ocurrieran cosas sin que yo me diera cuenta. Serían pequeños desplazamientos, nada demasiado grave. Al parecer toda la fuerza que

utilizaba para levantar objetos se almacenaba en mi cuerpo e iba creciendo cada vez más y más, como el hambre, hasta explotar. Esos pequeños «escapes» de fuerza eran una manera de evitar que, literalmente, todo estallara. Yo la primera.

E igual que el hambre, no utilizar la fuerza durante mucho tiempo me hacía sentir pesada, cargada, impulsada a dejarlo salir. Me había estado controlando para estar lo más calmada posible y mantener mis emociones a raya —euforia, enfado, tristeza, rabia—. Aprendí a respirar cada vez que notara el cosquilleo previo a la descarga. A cerrar los ojos sin importar si estaba en clase, en la habitación, en la cama o en el comedor, juntar las manos sobre el abdomen y concentrarme únicamente en el ir y venir del aire.

Volver a la casa de Chardin significaba que por fin podía dejar de contenerme. Era mi equivalente a comer en *Le petit Benjamin* después de una semana entera con antojo de hamburguesa, y Chardin era el único que lo entendía.

La mañana del sábado me levanté temprano para nuestro entrenamiento rutinario. Me recogí en pelo en una coleta y me encontré con Chardin en el salón, cargando dos enormes botes de pintura. Había vaciado la habitación donde entrenábamos y el suelo estaba recubierto de papel de periódico.

—¿Cuánto tiempo llevas sin pintar, Arielle?

—Más del que me gustaría. ¿Por qué?

Dejó los botes en el suelo y puso los brazos en jarras.

—¿Y cuánto llevas sin…?

—¿*Telequinesear*?

Chardin soltó una carcajada.

—Sin descargar tu fuerza, iba a decir.

—Más del que debiera, creo.

Las cosas nunca salían bien cuando me contenía, solo que entonces no me daba cuenta. Las veces que rompía jarrones o dejaba caer platos en mi antigua casa eran siempre posteriores a un periodo de abstinencia. Era una paradoja: por miedo a descontrolarme, aumentaba las probabilidades de que pasara. Como el día que murió mi madre. Su recuerdo seguía siendo una puñalada en el estómago.

Tenía miedo de dejar salir ese poder y tenía miedo de guardármelo. Solo encerrada entre cuatro paredes desnudas me sentía un poco más a salvo.

Chardin señaló la pintura con la barbilla.

—Adelante, haz lo que quieras. Mánchate. —Su sonrisa le iluminó el rostro—. Pero concéntrate, Arielle. Un grifo atascado durante mucho tiempo

suelta más agua de la que se espera.

Asentí con la cabeza y me arrodillé en el suelo. Metí la mano derecha en el bote, hundiéndola en la pintura espesa. Cuando la saqué tenía la mano completamente roja, muy oscura, como mi pelo. La otra mano acabó azul, muy claro, como los ojos de Claire. Me puse en pie y dejé caer ambas manos sobre la pared. Chardin se mantuvo en silencio, arrodillado en una de las esquinas de la habitación.

Con un pestañeo, la pintura fresca de mis huellas se expandió en todas direcciones, estirándose como si tratara de cubrir toda la pared. Lo observé con una sonrisa. Volvía a sentirme ligera, volátil, libre.

—Arielle, a tu espalda.

Giré la cabeza con las manos todavía extendidas hacia la pared, a tiempo de ver cómo la pintura salía a borbotones del bote como si una fuerza invisible la empujara desde dentro. Dejé de lado lo que tenía delante y dirigí ambas manos hacia el bote. Noté un tirón en mi pecho, como si un hilo me uniera a la pintura y estuviera empujándome hasta ella. Las palmas de mis manos eran la única barrera. Supe que a mi espalda la pintura seguía expandiéndose sin mi permiso, infundida de vida.

Chardin se mantuvo inmóvil.

«Huye, insensato», pensé en cuanto empezaron los temblores. No conseguía parar la ebullición de pintura, que iba extendiéndose más y más por encima de los periódicos, cubriéndolo todo. No conseguía concentrarme. Mi corazón latía cada vez más rápido y mi cerebro no respondía cuando le suplicaba serenidad. Mis cuerdas vocales también parecían fuera de servicio.

«Chardin, vete. Ya maté a alguien una vez».

Al final crucé los brazos sobre el pecho y me doblé hacia delante, incapaz de parar los temblores. Enseguida sentí los brazos de Chardin rodeándome por la espalda. Una parte de mí gritaba «huye», la otra suplicaba «no te vayas». Apreté con fuerza las manos y me encogí más en mí misma, cerrando los ojos.

Si no lo veía podía fingir que no estaba pasando. Podía pararlo.

Al final mi respiración fue ralentizándose. Inspiré y expiré con fuerza, como si tratara de apagar una vela. Supe que todo había acabado en cuanto caí al suelo con las palmas por delante, rozando la pintura con los dedos. La habitación pareció dar vueltas un instante antes de detenerse.

—Ya ha pasado —dijo Chardin, deteniéndose frente a mí. Me agarró de los hombros para que me irguiera—. Habías acumulado demasiada energía, pero ya ha pasado, *petite*. ¿Te encuentras bien? —Supuse que él también era

consciente de la rapidez con la que el color había abandonado mi rostro. Me pasé una mano por la nariz para comprobar que estaba sangrando.

—Un poco mareada —dije. Noté la garganta seca—. Necesito un pañuelo…

—Y una blusa nueva también. Mírate, estás llena de pintura. —Tuve que apoyar casi todo mi peso en él para ponerme de pie—. Ya verás cómo dentro de un rato te sientes mejor, solo es cuestión de que pase el tiempo y tu cuerpo vuelva a regularse. ¿Quieres que te prepare un té?

Negué con la cabeza.

Siempre que la telequinesia me vaciaba me prometía a mí misma que no volvería a utilizarla, que no volvería a ponerme en peligro.

Pero había tardado demasiado en darme cuenta de que era algo que llevaba dentro de mí. No podía dejar de sentir hambre o sed, igual que no podía inhibir toda aquella energía.

El constante tira y afloja con la telequinesis me dejaba agotada. Sentía que me mataba lentamente. Quién sabe, quizás sí lo hacía.

Y a pesar de todo, seguía sin poder deshacerme de ella.

Fiebre

Donde antes había blanco, ahora estaban los ojos azules de Claire. Estaba el brillo en sus pupilas, el hielo en sus iris, el contraste de un pequeño copo de nieve sobre el oscuro de sus pestañas.

—¿Queda mucho?

—Puedes moverte, Claire. Pero no demasiado —añadí, viendo cómo suspiraba y dejaba caer los hombros—. Estoy con la cara.

Claire hizo un esfuerzo por volver a alzar las comisuras.

—Quién me manda a mí… —dijo entre dientes.

—Te recuerdo que fuiste tú quien te ofreciste.

—Perdone usted, *mademoiselle* —levantó los ojos al cielo—, pero no sabía que serías tan… —Se mordió el labio.

—¿Tan…?

—Profesional. —Las mejillas se le ruborizaron ligeramente. Enjuagué el pincel en el agua, intentando memorizar el color de su piel. Un rojo difuminado, casi imperceptible.

Descubrí que la escuela ofrecía actividades extraescolares al poco tiempo de llegar: arte dramático, música, coro, pintura. Ante el desconcierto de Claire —«¿cómo te atreves a sacrificar así tu tiempo de hacer el vago?»—, me apunté de cabeza a las clases de pintura. Fue después cuando le dije que llevaba años pintando, dibujando, creando vidas sobre el papel. Que era la única forma que tenía de inhibirme y darle color a mi día a día. Le hablé todavía más de mi sueño de visitar el Louvre, de estudiar en París, de poder dedicarme a esto.

—¿No puedo ver cómo te está quedando? —insistió Claire. Estaba sentada en junto a la ventana de la habitación, con el sol de la tarde bañando la piel de su cara. La luz hacía que sus ojos parecieran todavía más cristalinos —. Llevo más de una hora aquí…

—Llevas veinte minutos —corregí, con una sonrisa. Seguí llenando sus pestañas de diminutos copos de nieve, que se engrandecían conforme

escalaban hacia la raíz de pelo oscuro.

—¿Y no puedo verlo? ¿Por favor? —Puso los labios en morros y pestañeó un par de veces.

El cielo empezaba a oscurecerse, así que tampoco tendría tiempo de adelantar mucho más. Quizás lo mejor sería dejarlo para otro momento.

—Vale, ven.

Claire se levantó como si hubiera saltado un resorte y se puso a mi lado para verse.

—¡Guau! —Acercó un dedo a la pintura, pero la aparté de un manotazo antes de que la tocara—. Ay, perdón —dijo—. Es que es precioso. Sabía que dibujabas bien, pero… no tan bien.

—Pero si todavía queda más de la mitad. —Sobre el lienzo descansaba la frente de Claire, parte de su cabello cayendo a ambos lados de su cara, sus grandes ojos, fijos en nosotras, y la nieve que acompañaba el retrato.

—Sigue siendo muy bonito. No me creo que sea tan guapa. —Cuando Claire reía parecía cantar—. Entonces, ¿seguimos mañana?

Asentí con la cabeza, sin dejar de mirar el cuadro. Claire se colocó bien la falda y se alisó el pelo con las manos.

—Bien, pues me voy un rato con Anne. ¿Tú qué vas a hacer?

Me encogí de hombros.

—Seguramente intentaré arreglar un poco el dibujo. O bueno… —Eché un vistazo a la habitación. Claire estaba esquivando papel de periódico arrugado del suelo para poder llegar hasta la puerta—, quizás me vendría bien recoger un poco esto.

—Por mí perfecto. —Me lanzó un beso desde la puerta—. ¡Luego nos vemos!

Dio un portazo al salir, haciendo volar un par de papeles. Yo me volví hacia la pintura, demasiado cansada para siquiera pensar en ponerme a recoger. Pero ¿cansada de qué, cansada por qué? En el pasado hubiera pensado que era culpa de llevar mucho tiempo sin pintar *manualmente*, pero no era cierto. Con las nuevas clases de pintura había escondido mi telequinesia y había vuelto a agarrar el pincel. Aunque seguía prefiriendo no mancharme las manos.

Di un paso hacia atrás para ver mi obra con un poco más de perspectiva y ladeé la cabeza. Todavía no parecía Claire; tenía los ojos más relajados, menos avispados. Alargué los dedos hacia ellos.

Los dos bandos de mi cabeza volvieron a discutir.

Ni lo intentes.

Puedo controlarlo, sé que puedo.

Puedes cuando está Chardin para pararte.

¿Y antes de conocerle qué? ¿Qué hay de las pinturas en casa?

¿Qué hay de los desastres en casa?

Tengo que dejar de tener miedo a romper cosas, ¿recuerdas? Es peor cuando me contengo.

Tú verás. Luego no te quejes.

La Arielle impulsiva ganó a la Arielle reflexiva. Mojé el pincel en la pintura y dejé caer unas cuantas gotas negras a ambos lados de los ojos de Claire. La pintura estaba tan aguada que se deslizó hacia abajo ella sola, hasta que mis dedos la obligaron a curvarse. Comenzó a fluir en forma de zigzag hacia abajo, siguiendo la dirección que indicaban mis manos, decolorándose a cada centímetro.

«Quizás podría…». Eché un vistazo a la paleta y me llevé las manos a la espalda, como si quisiera asegurarme de que no hacía trampas. Respiré, inspiré. Fijé la mirada en la pintura negra, entrecerré los ojos, apreté los puños, y la pintura se elevó, dejando caer gruesas gotas sobre la madera y el suelo.

—Vamos… —murmuré, imaginando el camino que la pintura debía recorrer hasta llegar al lienzo—. Solo un poco más…

Aquellas gotas pesaban como si estuvieran hechas de acero. Sentí que me fallaban las piernas.

«Por Dios, Arielle, solo es pintura».

Y llegó al dibujo, colocándose bajo los mechones de cabello oscuro de Claire. Suspiré cuando creí que lo había conseguido, pero aflojar la tensión no fue buena idea. No lo era nunca.

La pintura se extendió por todo el lienzo, más rápido que nunca, como si una bomba acabara de hacerla explotar. Cubrió el hielo de los ojos de Claire y tiñó los copos de nieve. Me impulsé hacia delante y rasgué la pintura con las manos, intentando apartarla del dibujo.

—No, no, no, ¡no! —El negro cubrió mis manos y siguió extendiéndose por todo el lienzo hasta hacerlo desaparecer. Aparté las manos de él y las sacudí, manchando la falda y el suelo—. ¡Basta, para!

Un temblor repentino me hizo caer de rodillas al suelo, que también estaba lleno de pintura, más de la que había en un principio, avanzando cada vez más y más rápido. Empezó a flotar desde el suelo hacia el techo, en todas direcciones, dibujando espirales en el aire. Consumiendo mi energía como si fuera una fuerza viva tratando de acabar conmigo.

—Basta —susurré, sin poder levantar la cabeza. Las espirales de pinturas me rodearon. La habitación comenzó a dar vueltas—. ¡Basta!

El caballete se alzó en el aire, chocó con el techo y volvió a caer. La pintura cayó con él como si fuera lluvia. Todo el cuerpo me vibraba.

—Basta…

Y todo paró.



Mi abuela siempre dijo que tenía que pensar un poco más antes de actuar. Pero a veces no tenía tiempo.

Cuando me encontré llena de pintura negra, con la habitación ahogada en más pintura negra —¿de dónde había salido tanta? Ah, los botes habían explotado también—, el caballete roto, el dibujo cubierto, mis manos temblando, mi cabeza palpitando con demasiada fuerza y un hilo de sangre cayendo desde mi nariz a mis labios, supe que las cosas habían ido demasiado lejos como para pararse a pensar. No podía esperar al fin de semana. Necesitaba que Chardin me dijera qué demonios había pasado, por qué cada vez era más difícil controlarlo todo.

Los temblores disminuyeron un poco después de ducharme, aunque tuve que agarrarme bien para no resbalar. El mareo no se me pasaba y sentía que la cabeza iba a estallarme. Me vestí con una nueva muda del uniforme y recogí todos los periódicos del suelo, ahora cubiertos con pintura seca. Los tiré junto con el dibujo. Todavía quedaron manchas de pintura en las paredes y unas cuantas astillas sin recoger en el suelo. Solo esperaba que Claire volviera tarde a la habitación.

Aquel primer día Claire había tenido toda la razón del mundo: a pesar del miedo que intentaban inculcarnos, las profesoras de Sainte Geneviève hacían su trabajo dentro de las aulas y lo que pasara fuera ya era otro asunto. Sobre todo con los dos últimos cursos. Se oían rumores de chicas que salían al pueblo por las tardes, durante el tiempo libre, y volvían a la hora de la cena. Siempre que volvieran, las profesoras hacían oídos sordos.

Yo podría ser una de esas chicas. Aquel día *necesitaba* serlo.

El truco estaba en no llamar la atención y salir por la puerta de atrás, rodear todo el campus y bajar la colina hacia Capelle. Si lo hacían tan a menudo no debía de ser tan complicado.

Fuera, el patio estaba cubierto de charcos y el cielo seguía nublado, anunciando lluvia. Y como esperaba, no fue difícil salir del colegio. Me

encontré a Giselle y compañía fumando a escondidas detrás del edificio de ciencias, donde estaban los laboratorios. Fueron ellas las que me enseñaron el trozo de valla que tenía los alambres rotos, tras unos matorrales, por donde solían salir a comprar tabaco.

El pulso me palpitaba en las sienes, mis manos seguían temblando y la vista se me nublaba cada minuto, como si estuviera a punto de desmayarme. Quería pensar que era debido a la brisa y a la noche que iba asentándose, pero no podía engañarme a mí misma.

Debería haber parado ya.

Llegué a casa de Chardin jadeando. Me obligué a descansar las manos sobre las rodillas y respiré profundamente, tratando de frenar mis palpitaciones.

—¿Arielle?

La luz que salía desde el interior de la casa oscurecía el rostro de Chardin, que se erguía como un guardia junto a la puerta. Dio un paso hacia delante para agarrarme por debajo de las axilas antes de que las rodillas me flaquearan.

—¿Se puede saber qué ha pasado?

—No… No me encuentro muy bien… —Me colocó una mano en la frente; ardía. Acomodó mi brazo tras su cuello para que le usara como apoyo.

—Ya lo veo, *petite*. Vamos, vente adentro.



Monsieur Chardin utilizó su mejor medicina: música clásica de fondo, un montón de cojines bajo mi cabeza y mucha agua. Me hizo mantenerme tumbada en el sofá, sin mover nada que no fueran los labios, hasta que el mareo desapareciera por completo. Le hablé del accidente con la pintura como si de alguna forma contarlo ayudara a aliviar lo que sentía.

—¿Necesitas una justificación para el colegio? —preguntó Chardin, escurriendo un paño mojado para colocármelo en la frente.

—No. —Tenía la garganta tan seca que raspaba—. He hecho un poco de trampa para llegar aquí.

—Ya veo.

Se inclinó hacia delante para comprobar si la fiebre había descendido.

—Chardin —murmuré. El cansancio empezaba a pesarme, como si tuviera cadenas ancladas a mis muñecas—. ¿Por qué…? —Cerré los ojos, buscando las palabras—. ¿Por qué ha pasado? No entiendo nada, yo…

—Es solo cuestión de práctica. Con el tiempo…

—Llevo años con esto —le corté—. El tiempo no tiene nada que ver. De hecho, sé que al principio podía pintar sin problemas.

—Sin problemas que *tú* vieras. No sabes si por dentro la telequinesia te estaba dañando. La única diferencia es que ahora también sale fuera, como una olla a presión.

—Fuera y dentro, genial. No sé si te das cuenta, pero estoy hecha polvo. —Quería abrir los ojos y mirarle, pero levantar los párpados era como levantar pesas.

—Lo veo.

—¿Entonces qué? —Sentí un nudo en la garganta, pero no quería llorar. No podía llorar—. ¿Qué pasa? Da igual todo lo que me concentre, ya no me… obedecen. Es como si se alimentaran de mí y me deshicieran. Les doy la mano y me arrancan el brazo.

—¿*Les*?

—Los objetos, la pintura, lo que sea. —Al abrir los ojos me di cuenta de que Chardin me miraba con escepticismo—. Ya, ya sé que no están vivos y que lo que digo es imposible. Pero es la sensación que me da. Todo escapa de mi control y… —Noté el trazo de una lágrima deslizándose por mi mejilla—. Estoy harta, Chardin. Harta. De agotarme, de que todo salga mal, de tener miedo. Un día no será el caballete lo que se rompa, será una persona.

Esta vez no contuve las lágrimas.

—Estoy aquí para evitar que eso pase, *ma petite*. —Noté el tono devastado en su voz.

Me aparté el paño de la frente y me erguí, apoyando las manos en el sofá. La habitación todavía parecía tambalearse, como si estuviera a bordo de un navío.

Chardin colocó sus manos en mis hombros, animándome a tumbarme de nuevo, pero negué con la cabeza. Empezaba a hacerse tarde.

—Tengo que volver al internado —dije, rodeando sus muñecas con mis dedos. Apoyé ambos pies en el sueño e inspiré, esperando que el mareo pasara.

Chardin se puso en pie y metió las manos en sus bolsillos.

—Estoy harta de todo esto —repetí, poniéndome en pie—. No importa lo mágico o especial que sea, yo… —empezaron a desfilar recuerdos ante mis ojos: el rostro pálido y muerto de mi madre, la habitación pintada de negro, los cristales rotos clavándose en mi piel, la rabia de mi abuela y el rechazo en su mirada— me lo arrancaría de cuajo si pudiera.

Me alisé la falda del uniforme y caminé directa a la puerta, pero la voz de Chardin me detuvo:

—Podrías.

—¿Qué?

—Bueno, existe una manera. No estoy seguro de que funcione, pero la teoría que lo plantea es lo verdaderamente interesante. —Me volví hacia él, con una mano todavía en el pomo de la puerta.

—¿Una manera de…? ¿Una manera de hacerlo desaparecer?

Chardin asintió; sus rizos pesados sobre la frente y su barba casi ocultando sus labios, fruncidos en una fina línea.

—Hace unos años me enteré de que un cirujano francés había estado investigando acerca de la telequinesia, aunque a su alrededor todo el mundo le tomaba por loco. —Se encogió de hombros—. Le seguí la pista un tiempo. Al parecer tenía una teoría que explicaba por qué pueden… por qué puedes mover objetos sin tocarlos. Se trataba de un proceso mental; un proceso que él consideraba reversible.

—¿A qué te refieres con «proceso mental»? —Entrecerré los ojos, escéptica—. Porque ya teníamos más que claro que mi mente lo controlaba todo.

—Es más complicado que eso. —Sus labios se curvaron en una sonrisa apagada que desapareció en cuanto dio la vuelta.

Di dos pasos hacia delante y le agarré la manga de la camisa.

—¡Eh! ¿Adónde vas?

—Voy al salón. Se suponía que la que se tenía que marchar eras tú. —Sonrió.

—No sin antes escuchar eso.



Aquel cirujano interesado en la parapsicología había acuñado el término «energía *psi*», haciendo referencia a la energía mental que prescinde de los sentidos. Él lo veía como un fluido, millones de partículas que la ciencia actual desconocía.

Para mí no era más que un tirón, una presión, un cuerpo pesado.

La teoría de la que hablaba Chardin consideraba la energía *psi* como un flujo concentrado y coordinado de ondas cerebrales. El cirujano —¿Doctor Grégoire? Nunca se me dieron bien los nombres— se apoyaba en el hecho de que se había demostrado que el cerebro producía distintas ondas

electromagnéticas, cuya intensidad dependía del estado de nuestra conciencia. Es decir, que variaba según nuestros pensamientos y emociones.

Igual que mi telequinesia.

Chardin me explicó que normalmente oscilamos entre las ondas delta, las más débiles, las teta, las alfas y las beta, dependiendo de nuestro estado de sueño o vigilia. Dependiendo de lo alterados o relajados que estuviéramos. Me tuvo que explicar los mismos conceptos por lo menos tres veces para que mi cabecita los comprendiera.

Al parecer, los científicos hablaban poco de las ondas gamma, por encima de las beta, ya que se asociaba a los estados alterados de la conciencia, a la meditación profunda, a trances de inspiración creativa o éxtasis y… a poderes psíquicos.

—Según el doctor Grégoire —explicó Chardin—, la telequinesia es la combinación explosiva de una actividad cerebral muy elevada, una coherencia entre las pulsaciones electromagnéticas de las distintas zonas del cerebro, una sincronía entre ambos hemisferios…

Hice un gesto de impaciencia con las manos.

—Es como si me hablaras en otro idioma.

Me miró con una mezcla de gracia y exasperación.

—La teoría plantea que en realidad tu mente no está operando directamente sobre el objeto… o los objetos —siguió—, sino que genera un campo magnético alrededor de ellos que aumenta la fuerza de repulsión de las superficies. —Sacudió la cabeza al darse cuenta de que aquello iba más allá de mis conocimientos en física—. Vamos, que es lo que hace levitar al objeto.

»El campo magnético se expande en todas direcciones, y por ello muchas veces pierdes el control de lo que estás moviendo. Porque no depende tanto de ti como de la dirección de las ondas. Por eso trabajo tanto tu concentración, Arielle —dijo, bajando el tono de voz. Que no me llamara *petite* sirvió para darme cuenta de la seriedad del asunto—. Para que seas capaz de enfocar toda esa energía donde tú quieras.

—¿Y cómo hacerla desaparecer? —murmuré, sin atreverme a mirarle. No me servía de nada saber el origen de la telequinesia si yo sola no era capaz de manejarla—. Dijiste que ese doctor…

—Sí, *monsieur* Grégoire también trabajó ese asunto. Llegó a la conclusión de que operando sobre la porción del cerebro que controla las ondas gamma podría hacer desaparecer la energía *psi*. O podía crearla. —Su mirada se ensombreció—. Tiene una clínica privada en Toulouse desde hace años, pero

no he leído ningún artículo que hablara del éxito de sus operaciones. El cerebro es un órgano demasiado complejo como para intentar manipularlo.

Levanté la mirada hasta encontrar la suya.

—Pero tampoco has leído nada que hablara de su fracaso, ¿no?

Chardin tensó los labios y se frotó el cuello.

—Arielle, no ha operado a nadie con telequinesia. Es solo una teoría. En cuanto empezó con sus investigaciones se desvinculó totalmente del mundo de la medicina. Quítate esa idea de la cabeza. No permitiría que pusieras tu vida en riesgo solo para que un cirujano retirado pudiera comprobar su tesis.

—Es la telequinesia la que pone mi vida en riesgo, Chardin. —Me acerqué un paso más a él—. Podría funcionar…

Alzó el cuello y fijó la mirada en la pared, evitando cruzarse con mis ojos.

—Arielle, esa operación podría matarte, ¿entiendes? Tu abuela te trajo para que te ayudara, no para que te llevara al matadero.

—Eres tú quien ha dicho que existía un remedio.

—He dicho que había una teoría. Y no voy a dejar que seas el conejillo de Indias de nadie. —Bajó la mirada a su reloj de muñeca, con un bufido—. Vas a llegar tarde a la cena, Arielle. No querrás que te pillen.

Ahora lo último que me importaba era Sainte Geneviève y sus normas.

Pero Chardin no parecía estar por la labor de decirme mucho más; se había cruzado de brazos y mantenía la mirada fija en la pared, con el ceño fruncido. Toda esa complicidad y ese brillo en los ojos que había mantenido a lo largo del día habían desaparecido. De pronto le vi diez años más anciano; se acentuaron los mechones grises de su pelo y las arrugas alrededor de los ojos.

—Está bien. —Tragué saliva y agaché la cabeza.

Abrí la puerta principal y me paré de cara a la calle, abrochando los últimos botones de mi chaqueta. A pesar de ser primavera, cuando oscurecía la brisa recordaba todavía al invierno.

—Chardin. —Me volví hacia él, con una mano colocada sobre el marco de la puerta—. ¿Cómo sabes tanto sobre la telequinesia? ¿Por qué me mandó mi abuela precisamente a ti?

Él se limitó a sonreír sin mirarme; una sonrisa cansada, vacía, vaga. Casi una mueca.

—No eres mi primera «alumna», *petite*.

Dentro somos niños

Merde, merde, merde, ¡merde!

Retrocedí un par de pasos antes de saltar de espaldas sobre mi cama, con la vista clavada en la enorme y repugnante araña que me amenazaba desde la moqueta.

«Vale. Nada de gritar», me dije a mí misma, con una mano en el pecho y la otra extendida hacia la araña, como si así evitara que se acercara a mí. Había llegado a la conclusión de que gritar solo serviría para dejarme la voz ronca antes de tiempo; tenía que reservarlo para cuando me despertara en medio de la noche y encontrara a esa asquerosa araña poniendo huevos cerca de mi almohada. Un escalofrío recorrió mi espalda.

Dios, cuánto odiaba a esos bichos de ocho patas.

—Vale —murmuré para mí—. Esto es lo que vas a hacer: irás hasta la puerta como si el suelo fuera de lava. Después, cuando Claire vuelva, le pedirás que acabe con esa cosa cual damisela en apuros. Y lo hará, porque te aprecia. Y porque tampoco quiere dormir con bebés de araña cerca de su oreja.

Respiré hondo. La araña se mantenía inmóvil en mitad del suelo, como si intuyera que estaba hablando de ella. Alargué un pie para bajar de la cama, con los puños aún apretados contra mi pecho.

La puerta se abrió antes de que diera el primer paso. Retrocedí de nuevo hasta la pared, hundiéndome en el colchón.

—¡Claire! Gracias a Dios…

—¿Estás saltando en la cama sin mí? —Dejó caer el peso de su cuerpo sobre un pie y se cruzó de brazos, con una sonrisa. Llevaba la corbata del uniforme torcida.

—No, esto… —Tragué saliva—. Una araña. Otra vez.

Claire siguió la dirección de mi mirada y soltó una carcajada. Me miró de soslayo mientras se quitaba un zapato.

—No temas, *mademoiselle*, Claire va al rescate.

Se acercó a la araña con el zapato en alto, sin pensárselo dos veces. Giré la cabeza antes de escuchar el golpe que ponía fin a la vida de mi pequeña —bueno, no tan pequeña— invasora.

—Ya está.

La miré de reojo para asegurarme de que el peligro ya había pasado. Solo cuando confirmé que no había rastro de la araña pude respirar tranquila de nuevo. Me dejé caer sobre el borde de la cama, extendiendo la falda a mi alrededor como si fuera un manto.

—Gracias —murmuré, con una sonrisa.

—Cuando me dijiste que tenías miedo a las arañas no pensé que sería tan exagerado. —Claire limpió su zapato con un papel (observé todo el proceso para asegurarme de que los restos de la araña acababan en el fondo de la papelera) y se lo colocó de nuevo, sentándose frente a mí.

—Es que… Dios, no las soporto. —Un escalofrío me recorrió el cuerpo solo de pensarlo—. Es algo que arrastro desde pequeña.

—Te enfrentaste a una *madame* Bellerose enfadada el otro día, te encaras con cualquiera que subestime las artes, serías capaz de estar en la misma habitación que un león si hiciera falta, pero eres incapaz de matar una araña. —Su risa acompañó la mía.

—Todo el mundo tiene sus miedos.

Claire acabó de sacudir la cabeza y después se inclinó hacia delante, con los ojos tan abiertos y expectantes como su sonrisa.

—¡Por cierto, tengo plan para esta noche! —Cogió mis muñecas y se mordió el labio, emocionada. Me eché para atrás, arqueando una ceja.

—¿Para esta noche? Mañana hay clase, lo sabes, ¿verdad?

Claire puso los ojos en blanco.

—¿Ahora te preocupan las clases? Vamos, Arielle, no me seas aguafiestas. Ni que fuera la primera noche que te escapas.

—Sería la segunda, en cualquier caso. —Claire le quitó importancia con un gesto de la mano—. ¿Qué quieres hacer?

—Verás, hoy es el cumpleaños del amigo de un amigo y lo están celebrando en el bloque residencial de Saint Hugues. —Se acercó todavía más a mí, como si fuera un secreto—: Son universitarios. —Intentó contener la sonrisa mordiéndose el labio.

—¿Y?

—¡Que nos han invitado a una fiesta de universitarios! Es una pasada, Arielle, no nos lo podemos perder.

Liberé mis muñecas de sus manos y levanté las palmas, haciendo un gesto para que se relajara.

—Espera, espera. ¿Nos han invitado? ¿Quién? No conozco a nadie de Saint Hugues, y menos si es ya universitario…

—Lo dices como si fueran unos viejos —dejó escapar una carcajada—. Solo nos llevan dos años, Ari.

—Eso da igual. ¿Es la primera vez que haces esto?

Claire alzó los ojos, rebuscando en su memoria. Sacudió ligeramente la cabeza.

—Bueno, más o menos. Es la primera vez que voy a ese bloque, pero… —Bajó la mirada hacia sus manos, que jugueteaban con el dobladillo de la falda— sé que son de fiar. Nos invita Nathan, es amigo mío desde hace muchos años. Lo conocí gracias a mis hermanos. Pero estate tranquila, ellos no irán a la fiesta. —Suspiró como si acabara de quitarse un peso de encima —. Y no sé, es una oportunidad para pasarlo bien. A las doce las profesoras están más que dormidas y estaremos de vuelta antes de que te des cuenta. — Volvió a cogerme de las muñecas y pestañeó, sin dejar de sonreír—. Venga, Arielle…

Claire sabía que cuando se empeñaba era imposible decirle que no.



Si mi abuela supiera la libertad que se me permitía tener en Sainte Geneviève, no me dejaría volver a pisar el internado. Seguramente me encerraría en la cárcel, o en el sótano. ¿No era ese su propósito al final, alejarme de ella? Ah, y la educación. También le importaba la educación que su única nieta recibiera. Quizás me encerraría en el sótano con una pila de libros y un profesor.

Pero no se le pasaría por la cabeza volverme a meter en un internado que permitía que sus alumnas se escaparan a medianoche. Siempre que no las pillaran, claro. Claire me explicó que las profesoras que hacían guardia por la noche solían ser antiguas alumnas y conocían bien estas escapadas, lo suficiente para permitirlas y hacer oídos sordos. No supe si creerla, pero era cierto que la parte trasera del colegio estaba desierta.

Me habían descrito Saint Hugues como un espejo de Sainte Geneviève: ambos internados pertenecían a la misma institución, ambos se habían construido sobre las ruinas del mismo castillo… Solo los separaban dos muros y unos cuantos metros.

—Claire —murmuré, tocándole el hombro y arrimándome a ella—. ¿No habrá profesores vigilando Saint Hugues?

—No en el bloque residencial. —Se giró para sonreírme, me cogió de la muñeca y me arrastró con ella al otro lado de unos matojos.

Y tenía razón.

Claire me explicó, de camino al apartamento de Nathan y compañía, que Saint Hugues tenía un edificio entero reservado para alquilar habitaciones y apartamentos a antiguos alumnos. Era una manera de seguir manteniendo el contacto con la institución desde la universidad, y una comodidad para las familias o los alumnos que vivían lejos de casa. Y era esa la razón por la que la vigilancia a esas horas era nula: ya no eran alumnos, solo inquilinos, y por tanto tenían la libertad de entrar y salir del colegio las veces que quisieran.

Claire se detuvo frente a la puerta del edificio y miró su reflejo, alisándose el pelo.

—¿Qué tal voy? —Era difícil verla con claridad a la luz de una única lámpara—. ¿Se nota que estaba en camisón hace dos horas?

Alzó el pecho y se ajustó el cinturón de su falda con una sonrisa nerviosa. Negué con la cabeza.

—Estás genial, Claire.

—Debería haberme vestido de azul, como tú. —Recorrió mi vestido con la mirada, sonriendo al detenerse en mi broche. Luego volvió la vista hacia su propia ropa—. Así llamo mucho la atención, ¿no? Ir de amarillo y rojo, ¿cómo se me ocurre? —Soltó un bufido—. Parezco la bandera española.

—¿Quieres llamar de una vez? —le dije, poniendo los ojos en blanco. Di un paso adelante, busqué en el telefonillo el nombre de Nathan («Nathan Pages y James Favre, apartamento 5B») y lo pulsé ignorando el «¡Ari!» desesperado de Claire.



Claire tenía que revisar la definición de «fiesta» en el diccionario.

El piso de Nathan era todo lo que podía esperarse de un apartamento de estudiantes. Habían colgado un par de serpentinas del techo y dos o tres globos botaban por el suelo, chocando con los invitados. Los cuatro o cinco invitados, debería decir. Dos chicas estaban sentadas en el sofá, apartando los miles de cojines y con los vasos en alto. El salón era pequeño y estaba lleno de trastos: botellas de cerveza vacías sobre las mesas, un montón de revistas, una papelera caída, una lámpara de pie que parecía del siglo pasado, un

calendario de pared con las hojas a medio caer y unas botas que habían visto tiempos mejores olvidadas en un rincón. No había mucho espacio para moverse, aunque se notaba que los propietarios del piso habían hecho todos los esfuerzos posibles por amontonar los muebles en las esquinas y dejar un enorme hueco en el centro, donde una pareja bailaba al son de la música del estéreo.

Nathan cruzó el salón hasta llegar a nosotras, cerveza en mano. Abrazó con fuerza a Claire.

—Ya pensé que no llegarías nunca, enana. —Se apartó de ella para dedicarle una sonrisa. Cuando se miraron me sentí una intrusa, como si no me correspondiera estar ahí. Los ojos de Nathan chispeaban, tan oscuros como su pelo.

Era como si el terremoto hubiera encontrado al huracán.

—¿Y perderme cerveza gratis? Venga ya. —Claire rompió el contacto con los ojos de Nathan, que pareció apagarse, y se volvió hacia mí—. He traído a una amiga.

Di un paso adelante y le tendí una mano, con mi mejor sonrisa.

—Arielle Larue.

Nathan hizo una suave reverencia antes de besar mi mano, levantando una ceja con gracia.

—Encantado de conocerla, *mademoiselle*. Nathan Pages. —Se irguió y dio un último trago a su cerveza—. Lisa, Pierre, subid el volumen de la música, ¡venga! —Agitó las manos en el aire, dirigiéndose a la pareja que se balanceaba en el centro del salón—. ¡Y cuidado con el tocadiscos!

Claire soltó una carcajada sin quitarle los ojos de encima, tapándose la boca con una mano. Empezó a mover los hombros al ritmo de la música.

—Bonita falda, de la Fontaine. —Nathan pasó por detrás de Claire y le guiñó un ojo, rozando con la mano el bajo de su espalda—. Me gustan los colores. Muy alegres.

Claire se mordió el labio y siguió a Nathan con la mirada hasta que alcanzó a Lisa, Pierre y las chicas del sofá. Después se volvió hacia mí con una sonrisa y me asió del brazo.

—Retiro lo dicho, ¡gracias a Dios que no he ido de azul!



A Claire se la veía tan alegre y feliz que temí decirle que la «fiesta» me estaba aburriendo. Nathan era divertido, sí, a pesar de contar unos chistes malísimos;

el *rock* que sonaba era bueno y no dañaba los oídos, el zumo que me sirvieron —la tal Lisa me miró como si fuera un extraterrestre cuando le dije que no me gustaba la cerveza— no estaba mal, y junto a dos globos deshinchados quedaban otros dos supervivientes, pero nada de eso impedía que se me empezaran a cerrar los ojos.

—Esperad, esperad, este es muy bueno. —Las dos chicas del sofá se acercaron todavía más a Nathan, apoyando la cabeza entre sus manos—. ¿Por qué cortan un matemático y una física? —Las chicas murmuraron entre ellas como si de verdad intentaran encontrar una respuesta—. Porque es obvio que no hay *química* entre ellos.

Un coro de risitas envolvió a Nathan, que se dejó caer sobre el sofá con una sonrisa de autosuficiencia, como buen macho alfa.

—Oh, por favor —murmuré para mí, alzando los ojos al cielo.

Me levanté del sillón y me dirigí hacia Claire, que se balanceaba con los ojos cerrados y una sonrisa congelada. La así del brazo y la atraje hacia mí.

—¿Se puede saber cuántas cervezas llevas? —Ella se encogió de hombros y siguió bailando como si yo no estuviera ahí.

—Un par, creo.

—Ya, claro.

Se detuvo un segundo y abrió un ojo para mirarme. Tenía las mejillas coloradas; no supe decir si era por el maquillaje o por el calor.

—¿No te lo estás pasando bien, Ari?

—Bueno. —Eché un nuevo vistazo a la habitación; Claire era la única que quedaba en pie. El otro chico, aparte de Nathan, se había dormido en uno de los sillones, y las chicas seguían alrededor del macho alfa mientras él las iluminaba con sus increíbles chistes—. Está bien, supongo.

Sobre la mesa, entre un montón de cervezas vacías, aún quedaban los restos de una tarta de chocolate junto a una pila de platos. Las velas (diecinueve, supuse) estaban torcidas.

—Nathan ha soplado las velas antes de que llegáramos, ¿verdad?

Claire siguió la dirección de mi mirada.

—¿Nathan? Oh, no, no es su cumpleaños. Es el de su compañero de piso.

—¿El que está durmiendo la mona en el sofá?

—No, ese no. —Claire rio más de lo que esperaba—. Se llama James. Estudia Medicina, como Nate. Supongo que estará dentro. —Señaló el pasillo con la cabeza.

—¿Estás diciéndome que no ha salido a su propia fiesta?

Ella se encogió de hombros.

—O que simplemente se ha cansado pronto. —Acercó los labios a mi oído, con una sonrisa—. Justo como *tú*. —Soltó otra carcajada y pegó un nuevo sorbo a su cerveza.

Me aparté de ella con un suspiro, lo que provocó todavía más risas por su parte. Alzó las manos por encima de su cabeza, cerró los ojos y siguió bailando arrítmicamente, sin importarle que la música sonara cada vez más suave y que los invitados estuvieran cada vez más dormidos. Eché una última ojeada a Nathan, Pierre y las chicas sin nombre antes de dirigirme al pasillo, todavía con el zumo en la mano.

El apartamento era minúsculo. Una vez descartados el baño y la cocina, solo quedaban dos habitaciones por abrir. La de Nathan tenía una enorme bandera en la puerta y una señal de *stop* a punto de caerse. La puerta de al lado estaba entreabierta.

Empujé la puerta con la mano libre hasta que esta chocó con algo. Bajé la mirada; había movido sin querer una torre de libros que había sobre el suelo. Respiré hondo y pasé al interior de la habitación de costado, con cuidado de no tirar nada más.

Tres enormes estanterías cubrían las tres paredes de la habitación, haciéndola parecer todavía más pequeña. Los libros se amontonaban en ellas unos sobre otros, como si hubieran sido lanzados y dejados tal cual caían. Y entre ellos había marcapáginas, pelotas de papel arrugado, lapiceros vacíos o bolas de nieve. Había mapas colgados de las paredes, un póster de Elvis Presley, un corcho con todavía más papeles y fotos. Era casi imposible dar un paso sin arriesgarte a pisar algo.

Al fondo de la habitación había un colchón tirado sobre el suelo, con las sábanas revueltas. Sobre él, un chico con la espalda apoyada en la estantería, una libreta entre las manos y un lápiz entre los labios.

Di un paso hacia delante, hasta que mi hombro chocó contra el hueso de un esqueleto de plástico. Me giré con un sobresalto y extendí las manos para evitar que se cayera, viendo cómo todos los huesos colgantes temblaban. Cuando volví la vista al frente, el chico me miraba.

James, supuse.

—Feliz cumpleaños —dije. Él se subió las gafas a la altura de los ojos y levantó una ceja. Mi piel se dio cuenta del ridículo de la situación antes de que lo hiciera mi cerebro: me puse roja tan rápido que me dolieron las mejillas—. Perdona por el ruido. No había visto el esqueleto. —Sonreí, pero él ya había bajado la mirada de nuevo a su libreta y tenía el lápiz en la mano. Había empezado a dar golpecitos al suelo con el pie, incómodo.

—La habitación de Nathan es la otra —murmuró, como quien habla del tiempo. El hecho de que pensara que Nathan me esperaba en la otra habitación hizo que enrojeciera todavía más.

—Oh, no, no le buscaba a él. Soy Arielle. —Salté una torre de libros para llegar hasta él, extendiéndole una mano.

Creo que fue en el momento en el que me miró desde el suelo cuando lo vi de otra manera. Era como ver el alma un niño encerrada en el cuerpo de un chico de diecinueve años.

Sus ojos eran más claros de lo que me habían parecido en un principio, del color de la miel, de las avellanas, del atardecer. Y me miraba como si quisiera ver más allá de mí. Como si leyera mi historia en mis pupilas, como si estuviera descubriéndome.

Como si hubiera dejado de ser invisible.

Su expresión no cambió: tenía los labios gruesos y tensos, las cejas ligeramente inclinadas hacia abajo, dejando entrever el niño asustado que llevaba dentro. Se apartó parte del flequillo de la cara y bajó la mirada al darse cuenta de que sus mejillas también se habían sonrojado.

—¿Quieres algo? —dijo, sin atreverse a mirarme.

Eché un nuevo vistazo a la habitación, tan caótica como debía de ser la cabeza de su dueño.

—¿Te importa si te hago compañía? Fuera están todos borrachos o dormidos. O contando chistes demasiado malos. —Me pareció ver el atisbo de una sonrisa—. Y me parecía raro no haber visto al cumpleañero todavía.

Escribió algo sobre el papel antes de contestarme.

—La idea de la fiesta ha sido cosa de Nathan, pero no creo que haya salido muy bien.

—Bueno, podría ser peor.

Él se encogió de hombros, todavía sin volverse hacia mí. Nos envolvió un silencio que debería haber sido incómodo, pero junto a él parecía ligero. Parecía una invitación. Un silencio que marcaba el lejano retumbar de la música, el sonido del lápiz contra el papel que tanto me recordaba a mis esbozos, el lento ir y venir del aire dentro y fuera de mi pecho. La habitación de James tan solo estaba iluminada por la luz de una lámpara de mesa, hundiendo el resto de la estancia en las sombras. Era aquel cálido contraste el que me daba ganas de parar el tiempo y retratar la escena. Quería inmortalizar el caos de la habitación y la calma del chico que frenaba las horas.

Pero entonces el tiempo volvió. James alzó la cabeza hacia mí.

—¿Vas a quedarte?

—No tengo nada mejor que hacer. ¿Te molesto?

Él bajó la cabeza, algo turbado.

—No, a no ser que estés ebria. No se me da bien lidiar con…

Alcé mi vaso antes de que continuara.

—Es zumo de melocotón —dije. A él se le escapó una sonrisa.

—Buena elección.

Me senté a su lado en el colchón, con cuidado de colocarme bien la falda. Entrelacé las manos alrededor de mis rodillas y levanté la barbilla para echar un vistazo a lo que escribía.

> *Cuando un fénix renace de las cenizas, primero tiene que arder.*
> *Por eso me encontrarás ardiendo.*
> *Ardiendo en habitaciones vacías, habitaciones llenas de fantasmas, habitaciones demasiado blancas y noches demasiado oscuras.*

James tapó el resto del cuaderno con los brazos antes de que pudiera continuar; lo cerró de golpe con las mejillas casi tan rojas como mi pelo.

—¿Lo has escrito tú? —pregunté, ladeando la cabeza. Me pareció que él también asentía, aunque escondió su mirada tras las gafas—. Es bonito.

—Gracias. Es… Es personal.

—¿Eres escritor?

Mi pregunta le hizo reír. Ojalá riera más y se escondiera menos.

—No, no… Estudio Medicina, como Nathan.

—Ya lo sé. Pero podrías ser escritor también.

—No es tan fácil.

Otra vez silencio, otra vez calma, otra vez parecía que en aquella habitación el tiempo se detuviera. James se pasó una mano por el cuello, alzando la mirada al techo.

—¿Qué se siente al tener diecinueve años? —pregunté, buscando sus ojos. El chico enseñó los dientes al sonreír.

—Nada. No sientes nada, al menos al principio. Ya lo sabes, supongo. Cuando cumples años pueden pasar días, semanas, meses incluso, antes de que contestes bien cuando te preguntan tu edad.

Me quedé mirándolo, consciente de que era la frase más larga que había dicho desde que había llegado. Apoyé la cabeza sobre una mano, dejando que mi pelo resbalara hacia un lado como un manto. James se volvió para mirarme a su vez, y el ámbar de sus ojos saludó los míos.

—¿Esperabas otra respuesta?

Abrí y cerré la boca un par de veces antes de contestar.

—Mmm, bueno. Esperaba que dijeras algo como «libertad» o algo así. Lo típico. Lo que nos separa a ti y a mí es la barrera de la edad adulta, así que…

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

James sonrió.

—Yo también.

Ladeé la cabeza, confusa.

—¿No cumplías diecinueve?

—Sí. Pero tengo diecisiete también. —Al parecer, algo en mi expresión le hizo reír. Noté que el rubor de sus mejillas había disminuido, aunque no desapareciera—. ¿Tan raro te parece? Si lo piensas, cuando tienes diecinueve años también tienes dieciocho, y diecisiete, y dieciséis, y quince, catorce, trece, doce, once… Hasta un año. Te pasas la vida despertando la mañana de tu cumpleaños esperando sentirte distinto, pero no. Todo sigue igual que ayer. Y no sientes que hayas cumplido diecinueve años, te sientes con dieciocho. Porque también los tienes.

Se recostó un poco más sobre el colchón y pasó una mano por los lomos de sus libros, con la mirada perdida y una sonrisa congelada en los labios.

—Por eso habrá días que dirás algo estúpido —continuó—, y esa será la parte de ti que todavía tiene diez años. O quizás algún día necesites buscar los brazos de tu madre porque estás asustada, y esa es la parte de ti que tiene cinco años. —Se me encogió el corazón. Ya no tenía una madre a la que abrazar—. Y por eso quizás, cuando seamos adultos, también necesitaremos llorar como si tuviéramos tres años. Y está bien. A veces necesitamos llorar porque nos sentimos niños.

Y quizás esa era la razón por la que había visto un niño encerrado en los ojos de James. Un niño por debajo de aquel chico de diecinueve años que escribía, o el joven de dieciocho que estudió Medicina, o el James de quince años que no llegué a conocer.

—Y a veces porque sentimos que ya no lo somos —murmuré. Se volvió hacia mí para sonreírme, solo un segundo. Era una sonrisa teñida de recuerdos, y no quise preguntar cuáles eran.

Esta vez el silencio fue cómodo para los dos.

James volvió a mirarme como si acabara de entrar; ladeó la cabeza y relajó los hombros.

—¿Seguro que no vas un pelín ebria? —preguntó, y yo solté una carcajada—. No todo el mundo me toma en serio cuando suelto lo de los años.

Me encogí de hombros.

—Habrás hablado con las personas equivocadas.

La puerta de la habitación se abrió antes de que me diera tiempo a añadir nada más, derrumbando la torre de libros que había tratado de mantener erguida al entrar. Claire entró con las manos por delante, tropezó con el esqueleto de plástico, pegó un chillido y se tiró encima de él para evitar que también cayera el suelo.

Cuando se aseguró de que se mantenía erguido se volvió hacia nosotros, tapándose los ojos con las manos.

—¡No he visto nada!

—Claire, ¿se puede saber que…? —Me puse en pie y di un paso hacia ella, con cuidado de no tirar nada por el camino.

—No abriré los ojos hasta que me digas que estás vestida.

—¡Claire! —El rubor estalló en mis mejillas. Me giré un momento para ver a James, que miraba a mi amiga con la boca entreabierta y una ceja alzada.

—Hola, Claire. —Suspiró.

La chica se tambaleó antes de abrir un ojo y dirigirlo hacia el colchón de James. Tenía las mejillas coloradas.

—Hola, Favre. Bonito pijama. —Se mordió el labio con una sonrisa y el chico le contestó poniendo los ojos en blanco.

—Venga, Claire, creo que ya va siendo hora de que volvamos al internado —dije. Se volvió hacia mí, cruzándose de brazos.

—Pero, Ari, me habías prometido que bailarías conmigo.

—Eso no es verdad.

—Pero…

—Anda, vamos. —La obligué a darse media vuelta y la empujé con cuidado hacia la puerta. Se tropezó con un par de libros antes de salir.

Me giré hacia James con una mano apoyada sobre el marco de la puerta. Él seguía cruzado de piernas sobre el colchón, de nuevo con la libreta entre las manos. Pero esta vez sonreía, y me miraba.

—Encantada de conocerte, James.

—Jem —dijo él, quitándose las gafas. Sonrió—. Puedes llamarme Jem.

El abrazo del silencio
1959 – Después de ella

Sentí el cálido aliento de Jem en mi oído. Sus brazos me rodearon por la espalda antes de que me diera cuenta, pero me mantuve inmóvil, tumbada de costado entre las sábanas.

—Ari, no puedes pasarte todo el día así. —Me apartó un mechón de pelo con una caricia. Sus dedos sobre mi piel se sentían fríos y suaves, capaces de erizarme el vello.

—Sí que puedo. —Respiré profundamente y coloqué ambas manos bajo mi mejilla—. Hoy no tengo ganas, Jem.

—¿De qué?

—De esforzarme. De hablar, de andar, de salir, de cuidarme. Solo déjame dormir. Solo hoy.

La presión de su cuerpo contra mi espalda desapareció, pero mantuvo una mano sobre mi brazo. Se dedicó a dibujar caminos en mi piel con la punta de los dedos, peca por peca.

—Ayer estabas bien —murmuró, irguiéndose. Seguro que se mordía el labio, seguro que tenía la cabeza gacha y los párpados caídos; seguro que el pelo le caía por la frente y que pestañeaba más de lo normal para enfocar la vista.

—Esto es así, ya lo sabes. Un día bueno, un día malo.

—«Esto» era así hace… Hace tiempo. Pero no sucedió ayer, Arielle. Tienes que empezar a moverte hacia delante o… —Me acarició el brazo de nuevo, con cuidado, como si quemara. Cuando colocó la palma entera sobre él me estremecí y la aparté con un tirón del hombro—. O, por lo menos, déjame consolarte.

—¿Consolarme? ¿Cómo? —Apreté con fuerza los labios, procurando que mi voz no temblara—. ¿Acaso puedes volver atrás en el tiempo? ¿Puedes arreglar todo esto?

Acabé de apartar su brazo de mí cuando me erguí y me di la vuelta para mirarle. El pelo me caía a ambos lados de la cara como dos velos de fuego, dándole luz a la sombra en la que se había convertido mi rostro.

Y él… Él tenía los ojos cansados, los labios agrietados, una mano débil extendida hacia mí. El broche de la rosa blanca en su pecho.

—Arielle. —Mi nombre sonó como una súplica, como un llanto—. Por favor. —Dejó caer la mano sobre las sábanas, sin apartar su mirada—. Solo vuelve. Deja de encerrarte. No tienes que ser de piedra, ¿no lo entiendes?

Le di la espalda y me abracé los codos, atacada de pronto por una ráfaga de frío que no venía de ninguna parte. De mi estómago, de mi corazón, quizás.

Con Lucie, todo lo que había sentido era cálido.

—Ojalá fuera de piedra.



La iglesia estaba prácticamente vacía.

Me sentí una extraña al entrar, como si después de todo lo que había hecho algo me impulsara a mantenerme lejos. Hacía mucho tiempo que no pisaba una capilla. Hacía mucho tiempo que no rezaba; mis súplicas sonaban estúpidas, simples ecos que nadie escuchaba. Hacía mucho tiempo que me sentía abandonada. Ni siquiera el cariño de Jem servía para compensarlo.

El silencio del interior de la capilla parecía un abrazo, una caricia, una invitación. Las llamas de las velas parpadeaban al fondo, iluminando el sagrario y el altar y proyectando sombras sobre el suelo. El resto del oratorio se mantenía a oscuras.

«¿Y ahora qué?».

Mi respiración pareció acompasarse. Alcé la mirada hacia la cruz que encabezaba toda la iglesia, como si fuera el faro que guiara a todos los creyentes perdidos. El corazón se me encogió. Sentía que no debía de estar ahí, que era el último sitio en el que sería bienvenida. Había pasado demasiados años siendo una endemoniada a los ojos de mi abuela, y ahora me sentía el Diablo en persona.

Pero el Diablo no llora ni sangra.

—Por favor, si me escuchas… —Pestañeé un par de veces para apartar las lágrimas—. Si alguien me escucha… Solo busco perdón. Solo quiero perdonarme, sentirme libre. Solo quiero dejar de destruir. —Frené y apreté con más fuerza los dedos, intentando deshacer el nudo en mi garganta.

El tiempo en la capilla parecía ralentizarse, pero pronto dejé de sentirme una extraña. Mis hombros se relajaron y me permití llorar, mirar a los ojos cerrados de Dios y susurrarle todo lo que había vivido. Como solía hacer de niña, en el jardín. Me senté en el banco y me alisé la falda, tratando de ahogar las últimas lágrimas que me quedaban.

—Necesito saber qué camino seguir ahora, Padre.

Apoyé los codos sobre las rodillas y hundí la cara entre mis manos, esperando como una ilusa que llegara mi respuesta.

Había llegado hasta aquí, por fin. Había huido de Capelle. Había empezado una nueva vida con Jem. Y después, ¿qué? ¿Cómo acabar el duelo, el dolor, la culpa? ¿Cómo arreglar todo el daño que había hecho?

La llama de una vela parpadeó a mi izquierda y me puse de pie de un salto, llevándome una mano al pecho. La luz se apagó y una parte de la iglesia se hundió en la penumbra. Me mantuve alerta, como siempre que la telequinesia actuaba sin mi permiso. Pero no vi nada elevándose, no escuché cristales rotos, no olía a quemado, no sentí ese tirón en el estómago.

Me obligué a respirar de nuevo y me acerqué a la vela, despacio. No había sido yo. Todo está bien, pensé, y lo repetí en mi cabeza hasta creerlo.

Junto a la vela había un paquete de cerillas. Hice encender una con fiereza, antes de que me diera tiempo a pensar en aquel accidente. O en Jem. Fui tan brusca que el movimiento produjo que una nota volara de los bolsillos de mi vestido.

Me agaché a recogerla tras encender la vela y me detuve un instante, releyendo la misma dirección una y otra vez. Entre tanto miedo me dio tiempo a sentir un atisbo de esperanza.

Monsieur Louis Grégoire
54, Rue Jonas,
Toulouse, Francia.

Los colores del bosque
1958 – Un año antes de ella

Madame Bellerose hablaba de la sociedad feudal en la Edad Media y Claire de la Fontaine luchaba por mantener los ojos abiertos.

—*Mon Dieu*, Arielle, despiértame como sea. —Me apretó el brazo, sin apartar la mirada de la pizarra. Nunca la había visto con tantas ojeras.

La profesora se quedó en silencio un segundo, con las manos extendidas sobre su mesa. Me erguí en cuanto pasó su mirada sobre nosotras. Alzó la voz para indicarnos que abriéramos el libro por la página 235 y la clase se llenó del sonido de las páginas al pasarse.

—¿No has tomado café esta mañana? —susurré, sin mirarla. Claire gruñó.

—¿De verdad piensas que el café va a solucionar algo?

Puse los ojos en blanco, aunque la única que me vio fue *madame* Bellerose.

—Yo qué sé, Claire. No he bebido en mi vida.

—Al menos te ahorras la resaca.

El golpe de un libro sobre la mesa de la profesora nos hizo dar un sobresalto. *Madame* Bellerose nos miraba con el ceño y los labios fruncidos, libro en mano.

—*Mademoiselle*, ¿tiene usted algo que compartir con el resto de la clase? —Trazó una sonrisa que era todo menos cordial.

Claire agachó la cabeza, dejando que un par de mechones oscuros le cubrieran los ojos. Aquella mañana ni siquiera se había molestado en peinarse; anudarse la corbata ya había sido toda una aventura.

—*Pardon, madame*.

Todavía pienso que la profesora se apiadó demasiado de nuestros rostros cansados y decidió no darle más vueltas al asunto. Nos dio la espalda y comenzó a trazar una línea del tiempo en la pizarra. Claire aprovechó para

dejar caer la cabeza sobre su libro, con un suspiro. La miré con la cabeza ladeada y una sonrisa en los labios.

—Y Arielle —dijo antes de cerrar de los ojos—, tenemos que hablar.



Después de comer, Claire abrazó su almohada como si acabara de reencontrarse con un amante. Abrí la puerta y no tardó más de dos segundos en pasar por delante de mí, descalzarse y dejarse caer sobre la cama. Solo cuando empezaron a cerrársele los ojos, agitó la cabeza y se irguió, buscando su cartera con la mirada.

—¿Buscas algo? —pregunté, cerrando la puerta tras de mí.

—La carta de mis padres —dijo ella, alargando una mano hacia mí—. La he metido en la cartera esta mañana y quería guardarla antes de perderla.

Le dediqué una sonrisa y me acerqué a su cartera, tirada en medio de la habitación.

—¿Es esta? —Agarré el papel que sobresalía de uno de los bolsillos. Claire le echó un vistazo y asintió—. Te la dejo en el escritorio.

Cuando me di la vuelta Claire estaba tendida de costado sobre la cama, apoyada en un codo y desanudándose la corbata con la mano libre.

—¿No te ha llegado nada a ti? —preguntó y yo negué con la cabeza—. ¿En toda la semana?

—Mi abuela no lo ve necesario. Me llama de vez en cuando, y el verano está cada vez más cerca así que… Prefiere ahorrar en papel.

—Eso es absurdo. —Claire frunció el ceño—. De verdad que no entiendo a tu abuela. Eres la única familia que le queda y te trata como si fueras un trapo viejo.

—No, no es… No es eso. —Me senté a su lado, hundiendo un poco más el colchón—. Es solo que no le gusta mostrar sus sentimientos, siempre ha sido una mujer muy orgullosa. Pero sé que me quiere y que quiere lo mejor para mí y… Con eso basta.

Aunque no podía negar que a veces me gustaría sentirme parte de una verdadera familia. Me gustaría ser como las demás chicas, que cada mañana van dando saltos a sus buzones, sabiendo que van a encontrar una carta, una postal, una nota al menos. A las más afortunadas les llegan paquetes. Las de primer año reciben correo casi a diario. Y yo seguía yendo una vez por semana, cuando nadie me veía, con la ilusión de encontrarme algo cada vez

más marchita. ¿Qué más le daba a mi abuela cómo me fuera? Mientras siguiera encerrada entre estas cuatro paredes, para ella todo iría bien.

Claire dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—Como veas —dijo, cerrando otra vez los ojos—. Por cierto, antes de que me duerma, ¿tienes algún plan este fin de semana?

—Duermo en casa de mi tío. En Capelle.

Chardin y yo habíamos llegado a la conclusión de que decir que pasaba los fines de semana en casa de mi profesor particular era, cuanto menos, extraño. Y mientras no nos vieran —un hombre fornido, de piel y cabellos morenos, y una joven pequeña, pecosa, con la piel clara y el pelo cobrizo—, decir que era mi tío parecía lo más razonable. Un tío muy lejano, en el mejor de los casos.

—Ah, bien. ¿Y qué te parecería venirte el sábado conmigo y con los chicos?

—¿Con los chicos?

—Nathan y James. —Su sonrisa se ensanchó—. Para pasar un poco el rato. Hay que aprovechar que aún no están de exámenes. Te cayeron bien, ¿no?

—Claro. —Siempre que no tuviera que aguantar un chiste más de Nathan, pensé—. Es solo que… Bueno, apenas los conozco. Se me hace un poco raro.

—¿Y cómo pretendes conocerlos? —Claire puso los ojos en blanco antes de fulminarme con la mirada—. Nada de excusas, Arielle. O vienes o no.

—Vale, vale, iré.

—Bien. El sábado a las cinco en la puerta de *Le petit Benjamin*. —Claire me empujó con suavidad, obligándome a ponerme en pie—. Ahora, si me lo permites, voy a recuperar unas cuantas horas de sueño.



«No debería estar tan nerviosa», pensé mientras echaba un último vistazo a mi reflejo en el espejo. Acaricié el broche de la rosa blanca que me había regalado Chardin, que contrastaba con el granate de mi vestido. Me deshice de la coleta y dejé que el pelo cayera sobre mis hombros, cada vez más largo. Hacía meses que no veía a mi abuela y no había otra persona que supiera cortármelo bien. Me pregunté qué pensaría si me viera ahora, con los labios carmines y zapatos de tacón alto, arreglada como si fuera a cenar con el presidente.

Quizás me mirara con una sonrisa ladeada y me dijera que mis ojos le recordaban cada vez más a los de mi padre. O quizás pensara en mi madre al verme. O en cualquiera, en realidad, porque todavía le costaba verme como una persona única, Arielle. Solo Arielle. No la hija de Ansel, no la nieta de Edith; solo quería ser Arielle.

Me arrepentí de haberme puesto medias y mangas hasta el codo en el momento en el que salí de casa de Chardin. El verano empezaba a asomarse en Capelle, a pesar de que todavía se intercalaba con días de lluvia. El sol brillaba todavía como si fuera mediodía, obligándome a hacerme sombra sobre los ojos con una mano para poder mirar al cielo.

Cuando llegué a la puerta de *Le petit Benjamin* solo encontré a Claire, mirando su reloj de muñeca y dando golpes en el suelo con impaciencia. El rostro se le iluminó al verme y me saludó con un abrazo.

—Puntual, así me gusta —dijo.

—¿Por qué *Le petit Benjamin*? —pregunté, levantando la mirada hacia el hombre sonriente del cartel y las letras parpadeantes de neón—. ¿Tienes antojo de hamburguesa para merendar?

—Tengo antojo de los mejores batidos del barrio. A no ser que a ti sí que te apetezca hamburguesa y nos pidamos una para compartir, ¿te apetece? —Claire y yo nos reímos a la vez. Su mirada se desvió a un punto más allá de mi espalda y agarró mi brazo con nerviosismo—. Mira, ahí vienen.

Cuando Nathan y James llegaron, los dos con las manos en los bolsillos de sus pantalones y camisas recién planchadas, me pregunté qué tenía Claire para que dos universitarios decidieran seguir sus planes e invitarla a sus fiestas. Entonces ella rio, como si cantara, y vi la respuesta ante mis ojos en cuanto la saludaron. Daba igual lo mucho que brillara el sol aquel día; Claire lo cegaba.

Al final sí entramos en *Le petit Benjamin*, porque Nathan no imaginaba una merienda mejor que un par de hamburguesas con queso.

La camarera nos miraba desde detrás del mostrador fingiendo que limpiada los platos. Pero notaba sus ojos en nosotros y la veía sonreír cada vez que nosotros reíamos. Seguramente pensaba que éramos una panda de amigos de toda la vida que se habían reunido para tomar algo en el restaurante, aprovechando que a esas horas aún no se había llenado. Por sus suspiros, la parsimonia con la que hacía sus tareas y la cantidad de veces que se acercaba

a preguntarnos si queríamos algo más, deduje que daría lo que fuera por estar en nuestro lugar. Por formar parte de esto.

La cuestión es que «esto» no era nada, al menos no todavía.

Se notaba que Nathan, James y Claire ya se conocían. Hablaban de anécdotas que yo no había vivido, de escapadas de un internado a otro, de los hermanos de Claire. Solo cuando se daban cuenta de que yo seguía ahí, sorbiendo mi batido con una pajita, intentaban cambiar de tema. Me preguntaban constantemente. «¿De dónde vienes?». «¿Arcueill, dónde diablos está eso?». «No se ven muchas pelirrojas por aquí». «¿Tienes hermanos, primos…? (¿Pero tienes a alguien?)». «Ah, ¿te gusta pintar? A mi hermana le gustaba también, hace años, pero no se le daba muy bien. Espera, me sé un chiste. (Nathan, no, otra vez no)».

—Entonces, ¿de qué color pintarías mis ojos? —Nathan se inclinó hacia delante, parpadeando y levantando las cejas para que viera sus iris.

Puse los ojos en blanco.

—Del color que son, sin más. Un tono intermedio entre marrón y verde, pero más oscuros. Pardos.

—Pardos. —Nathan repitió la palabra como si fuera la primera vez que la escuchara—. Suena bien cuando lo dices tú.

Sonreí. A mi lado, Claire contuvo una sonrisa y se agarró más del brazo de Jem, inclinándose hacia delante. Le miró a él, a sus labios, y luego se volvió hacia mí.

—¿Y mis ojos, Ari?

—Los tuyos ya los he pintado. Azules, muy azules, como si fueran dos lagos. —Claire pareció satisfecha con la respuesta.

—Parece que tenemos todos los ojos distintos —dijo, volviéndose para mirar a Nathan—: pardos, azules, marrones y verdes.

—Los de Jem no son marrones. —Ni siquiera tuve que mirarle para recordarlos. Sentí cómo el calor subía hasta mis mejillas y crucé los dedos para que mi rubor no se notara—. Es… Son ámbar. Entre el marrón y el avellana; a veces pueden parecer naranjas, otras veces dorados o con tintes cobrizos. No son solo… marrones. —Aparté mis ojos de los de Jem, que sonreía mientras me miraba. Lo hacía igual que la última vez que nos vimos: como si en mis ojos hubiera escrito todo lo que pensaba y solo él pudiera leerlo.

—Los tuyos son del color del bosque, ¿te lo han dicho alguna vez? —dijo Jem. Nathan y Claire se volvieron hacia él, ambos con una sonrisa pícara, pero Jem continuó hablándome como si no hubiera nadie más en aquel

restaurante—. Un bosque no es solo verde. Es el verde oscuro de algunos árboles, y el verde casi amarillo de las plantas a las que les da el sol. Es la luz que se cuela entre las hojas y la sombra de los matojos. Es la calma y la brisa de un día tranquilo, pero también puede ser fiero como un bosque en llamas. —Se detuvo un momento y dejó de sostenerme la mirada. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un susurro—: Tus ojos no son solo verdes.

Y todos callamos, hasta la camarera desde detrás de la barra. No se oyeron ni risas ni suspiros. Nada.

Me quedé en silencio, con la mirada clavada en Jem, como si fuera la primera vez que le viera. Tenía mechones de color chocolate cayéndole sobre la frente y las gafas, y los labios gruesos curvados en una sonrisa. En aquel momento no vi rastro de la timidez con la que me había encontrado días atrás. Quizás ahora estuviera mirando al Jem que sentía sus diecinueve años, aunque luego se sonrojara y bajara la mirada como si tuviera dieciséis.

Claire fue la primera en reír, suavemente, arrimándose más a Jem. Sus brazos estaban entrelazados.

—Qué intensito eres, Jem. Me encanta cuando te sale la vena de escritor. —Le plantó un sonoro beso en la mejilla—. ¿Sabías que escribía, Ari?

Sacudí la cabeza y me volví hacia ella.

—Sí, algo me dijo.

—No es para tanto… —Jem le lanzó una mirada asesina a su compañera, encogiéndose cada vez más.

Yo me volví hacia mi batido, jugando con el vaso entre mis manos. Nathan le dio un nuevo mordisco a su hamburguesa.

—Venga, tío, no seas tan modesto. Futuro médico y futuro escritor; solo *monsieur* Favre sería capaz de hacer tanto a la vez. No sé cómo sacas las notas que sacas, te lo juro. Tienes que enseñarme tu truco.

—No hay ningún truco, es… —Se detuvo un segundo y se encogió de hombros. En aquel momento estaba demasiado paralizada para darme cuenta de nada más—. Estudiar Medicina es mi deber, Nate. Ya lo sé. Es lo que se espera de mí. Lo demás es un pasatiempo y no va a ir más allá de eso.

—El día que una editorial acepte tu manuscrito verás cómo dejas de pensar así. —Nathan le dio una palmada en la espalda y se volvió hacia mí—. ¿A que sí, Arielle? Tú podrás ilustrar sus novelas.

Alejé las manos del batido, notando cómo mi respiración empezaba a acelerarse. Las escondí por debajo de la mesa para que nadie me viera temblar.

—¿Qué? —pregunté, sacudiendo la cabeza.

Y antes de que me diera cuenta, volví a sentir ese tirón en mi estómago. Eché un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que nada estaba levitando… o destrozándose.

La energía *psi* llevaba demasiado tiempo conteniéndose y haría todo lo que pudiera para escaparse.

—Que podrías ilustrar sus novelas. La portada o algo. No sé, la verdad es que no tengo ni idea de cómo funcionan esas cosas, pero haríais un buen equipo.

Le miré mientras él se acababa su hamburguesa, esperando que la atención de todos se desviara del batido que empezaba a tambalearse frente a mí.

—Seguro que sí. —Saqué las manos de debajo de la mesa con rapidez y le di un codazo al vaso, haciéndolo volcar. El batido que no había terminado se derramó sobre la mesa y me puse en pie, fingiendo un sobresalto—. *Merde!* —Las manos me seguían temblando, pero por lo menos ahora tenía una excusa—. Dios, soy un desastre. Perdonadme un momento, voy al baño a limpiarme.

Los dejé a los tres boquiabiertos, sin darles tiempo a hacer preguntas.



Abrí el grifo y dejé que el agua corriera, como si de alguna manera también pudiera llevarse aquel impulso. Esa carga que me cosquilleaba el estómago y cada vez me costaba más contener. Me apoyé contra la puerta y empecé a deslizarme hasta el suelo, con los ojos cerrados, hasta abrazarme las rodillas y enterrar la cabeza entre los brazos. Allí, en la oscuridad, oyendo el torrente del agua, intenté que mi respiración se sosegara. Tenía que imaginar el aire de colores entrando y saliendo de mis pulmones. Tenía que imaginar que mi corazón volvía a latir con normalidad, que mis manos dejaban de temblar, que tenía todo mi cuerpo bajo control.

Apreté con fuerza el broche que colgaba de mi pecho, aferrándome al recuerdo de Chardin y a la voz de mi madre. Ellos sabrían qué hacer. Ellos estarían aquí conmigo, cuidándome. No dejarían que volviera a hacerme daño. Ni a mí ni a nadie.

Cloc.

Sentí que el nudo en mi estómago desaparecía y el grifo se cerró. Una gota de agua cayó sobre mi frente, una segunda sobre mi espalda. Me deshice del abrazo y extendí las piernas, exhausta.

Sobre mi cabeza se mantenía una enorme balsa de agua, como si estuviera contenida en un globo invisible. Me puse en pie con cuidado de no rozarla, manteniendo toda mi atención en ella. Un despiste y el agua caería sobre mi cabeza.

Estiré una mano para mojarme los dedos y lavar la punta de mi falda, donde había caído el batido. Luego caminé de espaldas hacia la puerta, con la mirada fija en el agua. Respirando, inspirando. Haciéndome creer que podía conseguirlo.

En un segundo abrí la puerta, la crucé y la cerré de nuevo tras mi espalda. Me apoyé contra ella a tiempo de oír cómo una cascada chocaba contra el mármol del suelo. Las rodillas me temblaron un segundo.

Todo lo que vino después fue vacío. Bajé los hombros, solté el aire que estaba conteniendo, noté cómo aquella fuerza desaparecía. Empezó a colarse agua por debajo de la puerta y me volví hacia la entrada del restaurante, esperando que nadie me hubiera visto.

Sentí pena por la camarera de detrás de la caja. Quizás hoy se quedara hasta tarde fregando el suelo, y nosotros ya no estaríamos cerca para poder poner la oreja.



Cuando volví Nathan y Claire seguían echados sobre el sillón, con los restos de la merienda sobre la mesa. Él estaba haciendo gestos con una mano y exagerando la expresión de su cara, y ella, a su lado, se tapaba la boca, intentando contener la risa. En cuanto me acerqué lo suficiente a ellos se volvieron hacia mí, Claire intentando todavía calmarse. No pude pasar por alto el hueco vacío.

—¿Dónde está Jem?

—Se ha tenido que ir. Al parecer ha habido algún problema con su abuelo —dijo Nathan, arrugando la nariz—. Menuda putada.

—Y yo había pensado en volverme ya a Sainte Geneviève —añadió Claire, a pesar de la fingida cara de pena del chico—. Tengo unas cuantas cosas que hacer. —Dio unas palmaditas sobre la mano de Nathan antes de levantarse—. Tranquilo, Pages, nos veremos pronto. A ver si Jem se anima y nos lleva a Toulouse algún fin de semana.

Él se encogió de hombros.

—Mucha fe tienes. Pero hasta entonces, ya sabéis que mi piso está siempre abierto para vosotras.



Nunca supe si era cotilla o si era curiosa. Mi abuela siempre había insistido en que los asuntos de los demás les pertenecían solo a ellos, pero era la primera que se quedaba horas hablando en la cola de la frutería porque se enteraba de un divorcio inesperado, de infidelidades, enfermedades, hijos exasperantes o adultos con almas de niños.

Quería pensar que yo no era como ella. No quería criticar. No quería rebuscar en el pasado de las personas, o en el presente, para sacar todos sus trapos sucios y poder mirarlos por encima del hombro. Solo quería *saber*. Saber aquello de las personas que me importaban y conocer trazos de su historia.

Y si la palabra «Toulouse» formada parte de esa persona, las ganas de saber aumentaban.

Toulouse, la ciudad del doctor Grégoire y quizás también la de Jem. La ciudad donde podría empezar de nuevo, volver a nacer y ser una chica normal que no tenía que encerrarse en el baño para hacer volar agua.

O donde podría morir, según *monsieur* Chardin.

—¿Jem vive en Toulouse? —pregunté mientras acompañaba a Claire de vuelta al internado. Andaba cabizbaja, con una sonrisa impresa en los labios.

—No, no. Sus padres tenían una casa en Toulouse y ahora es suya, pero hace mucho tiempo que no va. Siempre le insistimos en que nos lleve algún verano. —Chasqueó la lengua, haciendo desaparecer parte de su sonrisa—. Pero dice que le trae demasiados recuerdos. Malos recuerdos.

—Ah. Entonces vive en Capelle también —deduje, rezando para que Claire siguiera hablando.

—Bueno, ya lo has visto, comparte con Nate el piso de Saint Hugues. En verano y de vez en cuando se va con su abuelo, que no sé exactamente dónde vive. Pero es… Es un padre para él. Los padres de Jem murieron cuando era muy pequeño.

—¿En la guerra?

—En un incendio. Es por eso que no quiere volver a Toulouse, supongo, porque pasaban los veranos ahí y hay demasiados recuerdos que duelen. No sé mucho más, la verdad, nunca he querido preguntarle sobre eso. —Bajó la mirada, ahora sin ningún rastro de la sonrisa de unos minutos antes—. Además, su abuelo está muy mayor y muy enfermo. No es el momento de hacerle preguntas.

—Vaya. No tenía ni idea.

—Porque Jem no habla de esto a no ser que piense que puede ayudarte saberlo. Y prefiere quedarse siempre con lo bueno, ¿sabes? Ver siempre el lado positivo. Es un chico muy fuerte. —La miré un segundo y me dio la sensación de que se cubría media cara con el pelo con la intención de esconder su rubor. Incliné la cabeza para asegurarme.

—Claire, ¿hay algo que no me has contado? —Sonreí y le di un codazo en el costado.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—¿Sobre Jem?

—Sobre ti y Jem. Sobre lo que piensas de Jem. Sobre la razón por la que en *Le petit Benjamin* todo eran risas y besos y roces.

Se volvió hacia mí y abrió y cerró los labios un par de veces, mientras el rubor seguía extendiéndose por sus mejillas.

—Habló la chica de los ojos del color del bosque.

—¡Oh, venga ya! Eso fue solo un brote de inspiración para su alma de escritor. Tú misma lo dijiste. Desembucha, Claire.

Claire recuperó la risa. Estábamos a punto de llegar al internado, pero la Arielle de quince años que guardaba dentro tenía ganas de saber quién ocupaba el corazón de su amiga.

—Bueno. Es un chico muy mono, ya lo has visto. Es muy inteligente, ¡no te imaginas la cantidad de libros que lee! Y muy valiente. Después de todo lo que ha vivido… —Su rostro se ensombreció—. Aunque, bueno, nosotros nacimos de la guerra, sabemos de sobra cómo a veces hay que volverse valiente a la fuerza. Es eso o hundirte. Y él podría haberse hundido tantas veces, Ari… Y sigue ahí, sigue riendo los chistes de Nathan y celebrando fiestas en su apartamento. No sé, me gustaría ser como él. —Llegamos a la escalinata que conducía al castillo y Claire comenzó a caminar más despacio —. Además, seguro que no te lo ha dicho, pero cocina de muerte.

—¿En serio? —Reí al ver cómo Claire se relamía los labios.

—Y los postres que hace… *Mon Dieu!* Lo que daría por merendar su bizcocho todas las tardes.

—La próxima vez que le vea le pediré que haga alguno. O mejor, —levanté la cejas con una sonrisa picarona—, pídeselo tú. No podrá decir que no.

Claire nunca decía que no y a Claire nunca le negaban nada.

A veces, ser un terremoto tenía sus ventajas.

Nubes y lluvia en tiempos de guerra

Monsieur Chardin me recibió de vuelta a casa con un abrazo. Me rodeó la cintura con sus brazos y apoyé la mejilla en su pecho, aspirando el olor a vainilla que le envolvía. Podría haberme dejado acunar por él durante horas.

La última vez que me sentí bienvenida en casa, mi madre seguía viva. Los abrazos y las muestras de cariño habían disminuido drásticamente desde su muerte, hasta el punto de que no supe cómo responder la primera vez que Chardin me abrazó. Me quedé paralizada, tiesa, hasta que me di cuenta de lo que hacía. Solo entonces relajé los hombros. Él se dio cuenta y pasó una temporada midiendo sus palabras y teniendo cuidado de no tocarme. Me daba las buenas noches desde la puerta de la habitación y esperaba a que yo me acercara por las mañanas para darme los buenos días. Solo cuando fui yo la primera en darle un beso para saludarle, la primera en abrazarle cuando lograba controlar la telequinesia, la primera en contarle las buenas noticias y hablarle de mis notas en el internado; solo entonces se dio cuenta de que había logrado tirar por los suelos el muro que la muerte de mi madre había forjado.

Sentía que, por una vez, tenía un hogar al que volver.

El ventilador achaparrado sobre la mesa de la cocina agitaba el aire de un lado a otro mientras cenábamos uno de los platos estrella de Chardin: albóndigas con patatas a lo pobre. A través de la ventana todavía se veía el sol, aunque ya empezaba a esconderse en el horizonte.

Dejé el tenedor sobre el plato y me eché hacia atrás en la silla, bajando la mirada hacia mi blusa.

—Chardin, mira —dije. Él siguió la dirección de mis ojos, parándose a mirar mi broche con una ceja alzada. Acabó de masticar antes de hablarme:

—¿Qué ocurre?

—Llevo manga corta. —Levanté los hombros—. ¿Sabes lo que significa?

—Supongo que tienes calor, *petite*.

—Exacto. Hace calor, dentro y fuera de casa. Por la noche empiezan a acribillarme los mosquitos y ya hemos enchufado el ventilador. Tengo exámenes en menos de un mes y Claire se pasa todos los fines de semana de fiesta en los bares de Capelle. —Me incliné hacia delante, como si estuviera a punto de confesarle un secreto—. Todo apunta a lo mismo: es casi verano. ¿Te das cuenta?

Chardin rio; sus ojos se achinaron.

—Todavía no estoy tan viejo, ¿eh? Y compro el periódico. Sé en qué día vivo.

—Ya, ya lo sé. Pero es que… —Suspiré y sacudí la cabeza, cogiendo el tenedor de nuevo.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta el verano?

—No me gusta lo que significa. Es que… Bueno, da igual.

Chardin inclinó el mentón y alzó una dubitativa ceja, con una albóndiga clavada a su tenedor.

—Arielle, si ocurre algo puedes decírmelo.

Levanté la barbilla para mirarle.

—Es solo que tendré que volver con mi abuela, ¿no? La última vez que me llamó… —«Arielle, tengo muchas ganas de que me enseñes todo lo que has aprendido en el colegio. He recogido la buhardilla de la casa para que tengas un lugar donde estudiar y he bajado todos los dibujos que hacías y los demás trastos al sótano», había dicho. Se me encogió el corazón al pensar que mi abuela reducía mi pasión a unos meros «trastos». Pero ya estaba más que acostumbrada. «Cuídate. Nos vemos en julio»—. Supongo que tendré que volver a casa algún día, ¿no? No puedo quedarme aquí siempre, ya… Ya he acaparado mucho. Y casi no te quedan platos de todos los que he roto. —Intenté sonreír, pero solo salió una mueca.

—Siempre se pueden comprar más, *petite*.

—No es eso. Y lo sabes. —Volví a suspirar—. Me siento mal por querer quedarme, ¿entiendes? Se supone que es mi familia, que es mi casa; Arcueill es el lugar que me ha visto crecer… Y sin embargo, me parece que la chica que se marchó del pueblo hace unos meses es distinta a la chica que está cenando contigo ahora. —Me mordí el labio—. No quiero volver. Quiero a mi abuela, de verdad, y agradezco todo lo que ha hecho por mí, pero…

«No quiero volver a una casa llena de normas, de recuerdos, de silencios, de canciones prohibidas y jardines marchitos. Quiero jugar con pintura, no tener miedo de explotar, poder romper platos y reír después; quiero tener alguien a quien prepararle *crêpes* para desayunar o que se ría cuando le

cuento las escapadas nocturnas con Claire. Quiero alguien que me vea. A mí, solo a mí».

Pero no me atreví a decirlo.

Chardin dejó de comer y volvió a mirarme, como si así pudiera descubrir las palabras que había callado. El ventilador dio una nueva vuelta y revolvió sus rizos.

—Tu abuela y yo somos distintos. —Llevé la mirada al cielo como si quisiera decir «oh, ¿no me digas?»—. Y por tanto, vivir con uno u otro es… diferente, lo entiendo. Pero no mejor o peor, solo distinto. No puedes torturarte por preferir una casa u otra, eso no lo eliges. Y eso no define cuánto quieres a tu abuela. De verdad.

—Conoces a mi abuela desde hace tiempo, ¿verdad? —pregunté. Chardin asintió—. ¿Siempre fue así?

—¿Así, cómo?

Arrugué la nariz.

—Arisca. Fría, altiva, orgullosa. Todo eso. En realidad no creo que lo sea pero… Es lo que le gusta aparentar. —Cuando levanté la mirada, Chardin seguía comiendo—. ¿Mi padre también era así?

Solo había oído hablar del Ansel de mi madre, de su amante, del chico de las rosas blancas. Quién sabe si sus historias eran reales o no eran más que cuentos. Cuando era pequeña las creía con fervor, con la misma fuerza con la que creía que Santa Claus venía cada Navidad a dejarme un regalo. Mi padre era un ser fantástico más y, como tal, no tenía defectos, no cometía errores, no era malo, no podía decepcionarme. Era exactamente como yo quería que fuera. Como mi madre quería que le viera.

Pero ella murió antes de que pudiera preguntarle cuánta verdad me había contado.

Sabía que Ansel Larue era francés, pelirrojo, que tenía los ojos verdes como los míos, que era alto y siempre sonreía en las fotos. Sabía que había muerto en la guerra, pero nunca pregunté cuándo ni cómo.

Y más allá de eso, no tenía nada seguro.

Pero Chardin sí. Dijo que lo conoció hace mucho tiempo. Quizás lo suficiente para conocerlo de verdad.

—En absoluto —murmuró, dejando que una fugaz sonrisa cruzara su rostro. Esperé a que continuara, pero no hizo más que masticar su cena.

—Podrías hablarme de él. —No era una pregunta, tampoco una obligación. Por la forma en la que arqueé mis cejas solo podía ser una súplica.

—¿Qué voy a decir que no sepas ya?

—Oh, te sorprenderías. Murió al poco de que yo naciera. O antes, la verdad es que no lo sé.

—Ya habías nacido. —La seguridad de sus palabras y la forma en la que evitaba mirarme fueron suficiente para despertar mi curiosidad.

—¿Cómo lo sabes?

Ya no sonreía. Por un momento parecía que había dejado de respirar, con la mirada fija en el plato, como si mirándolo pudiera volver a aquel momento.

—Estaba con él cuando murió. —Volvió a posar los brazos sobre la mesa y siguió comiendo, como si sus palabras no tuvieran importancia.

Parpadeé.

—¿Fuiste a la guerra?

La obviedad de mi pregunta le provocó una risa amarga. Se volvió para mirarme un segundo antes de bajarse la manga de la camisa, dejando su hombro al descubierto. Se removió en su silla hasta enseñarme parte de la espalda.

También el mapa de cicatrices blancas que se extendía sobre su piel.

—¿De dónde crees que viene esto, *petite*?

Sentí que la respiración se me cortaba un segundo, como cada vez que veía a un superviviente y sus secuelas. Ojos de cristal, piernas de madera, ríos de cicatrices o heridas que jamás sanarían. Mi madre nunca quiso que los viera. Cada vez que un enfermo cruzaba nuestra calle me tapaba los ojos o me hacía volverme para que no fuera testigo de la desgracia que la guerra traía consigo. Pero olvidaba que, pese a ser niña, mi inocencia se había perdido mucho tiempo atrás. Las cicatrices y la sangre eran tan comunes como las nubes y la lluvia.

Las heridas de Chardin fueron un recordatorio de que la guerra no quedaba tan atrás, y que aquellos se habían salvado no lo habían hecho intactos. Que muchos se guardaban las heridas más profundas para ellos mismos.

La culpa, el dolor, la desesperación, las pesadillas.

Los amigos caídos.

Chardin volvió a colocarse la camisa.

—Tu padre y yo luchamos codo con codo cuando llegó la guerra. Los dos nos tuvimos que despedir de Denise. —Sus comisuras se alzaron con un suspiro—. Le vi llorar cuando supo de ti, Arielle. Y también le vi caer e irse.

Se quedó en silencio, pero no me atreví a interrumpirle. El ventilador siguió moviéndose de un lado a otro entre nosotros y las albóndigas se quedaron frías. Chardin se mantuvo con la mirada perdida en un punto lejano,

reviviendo el recuerdo de mi padre. Al final frunció los labios, sacudió la cabeza y se volvió hacia mí.

—Tengo pruebas más que suficientes para asegurarte de que fue un gran hombre, Arielle. Nunca dejó de quererte.

Cosas que no sepas

Nicolas Chardin demostró ser un pintor de palabras: soltaba trazos de ellas, jugaba con su significado, las medía con cuidado antes de ponerlas en uso. Cuidaba todo lo que decía y todo lo que callaba.

La poca información que podía sacar de él, la conseguía solo a pinceladas. Pero por lo menos sabía que podía confiar en que era real; mi abuela no hubiera confiado en cualquiera.

Y mientras él jugaba con las palabras, yo lo hacía sobre los lienzos.

Pasaba toda la semana esperando a que llegaran los martes y jueves, y me pasaba todos los martes y jueves contando las horas que quedaban hasta la clase de pintura. Al ser una optativa la dejaban para última hora, justo antes de la comida. Pero ni siquiera el hambre era un inconveniente. Las diez alumnas que formábamos parte de la actividad nos colocábamos en círculo, cada una con un lienzo en blanco delante. La profesora apartaba las cortinas y abría las ventanas de par en par, dejando que la luz de fuera bañara todo el suelo del aula.

Cuando llegaba el turno de pintar, todas guardábamos silencio. Si aguzábamos el oído, llegábamos a escuchar a las chicas del club de canto, unas aulas más allá, entonando una canción de misa. Si estirábamos el cuello podíamos ver el paisaje que se veía a través de la ventana: los árboles que se balanceaban en el patio del internado, la pequeña muralla que marcaba sus límites, las montañas que separaban Capelle del resto del mundo, los colores de los que se iba tiñendo el cielo.

Aquellos momentos nos envolvían en una burbuja. Dejaba de existir el tiempo y solo quedábamos nosotras, las artistas, los pinceles y todo aquello a lo que diéramos vida.

La profesora siempre terminaba la clase mandándonos una actividad optativa para practicar. Desde imitar bodegones a mancharnos los dedos con pintura como niñas pequeñas. He de admitir que en esos momentos

aprovechaba para dejar salir mi telequinesia, cuando nadie miraba y sentía que todo estaba bajo control. Nada de emociones fuertes, nada de miedo, nada de contenerme demasiado, nada de dejar que me controlara a mí.

El último jueves nos pidió que dibujáramos alguna parte de la anatomía humana. Con o sin modelo, hombre o mujer. Suspiré mientras sombreaba el costado de la espalda de Chardin.

No lo tuve que pensar dos veces. Otras chicas habían ido directas a dibujar brazos fornidos, ojos bien abiertos, caderas con curvas. Yo tuve claro desde el primer momento que quería dibujar las cicatrices que hablaban del pasado de Chardin. Porque también hablaban de su fuerza.

Quería convertirlas en algo más que un mal recuerdo.

—¡Eh!

Arrugué la frente y miré por encima del hombro, buscando la fuente de esa voz. Me había puesto a pintar en el jardín delantero del internado, frente a la puerta. Tenía la espalda apoyada sobre el tronco del árbol que me daba sombra. Creía que no había nadie más a aquellas horas de la tarde; las alumnas más mayores aprovechaban los viernes para bajar al pueblo, las más pequeñas se refugiaban en las salas comunes, junto a los ventiladores.

Solo un loco saldría afuera con el calor que hacía.

Jem debía de estarlo, porque caminaba hacia mí con las manos en los bolsillos y la mirada perdida en algún punto del cielo. El sol se reflejaba en el cristal de sus gafas y tenía los primeros botones de la camisa desabrochados.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, mirando a ambos lados para asegurarme de que no había ninguna profesora cerca.

—Buscaba a Claire. Pensaba que estaría contigo.

Jem se quedó de pie frente a mí, pellizcándose el interior de la boca. Claire, claro. Siempre era Claire. Volví la vista de nuevo al dibujo y levanté el lápiz.

—No, se ha ido con Pierre y no sé quién más. No me sé sus nombres.

—Corin, Elliot, Alex, y seguramente también Nate. ¿No?

Me encogí de hombros.

—Supongo. Solo me ha dicho que habían traído… provisiones o algo así. —Suspiré, poniendo los ojos en blanco—. Quiero pensar que se refería a cerveza.

—Cuánta fe tienes. —Jem sacudió la cabeza y se sentó a mi lado, donde el árbol todavía hacía sombra—. Conociendo a Claire, la cerveza es lo más *light* que llevará. Tiene amigos en la gran ciudad con dinero de sobra para estas cosas.

No sabía qué me sorprendía más: que Claire considerara «amigos» a esa clase de personas o que hubiera tenido la oportunidad de acercarse a París.

—Allá ella, yo ya le avisé de que tuviera cuidado —resoplé—. No sé todavía cómo aguanta las clases de los lunes con tanta resaca…

—No le queda otra. —Cerró los ojos y se recostó sobre la hierba, descansando las manos sobre el abdomen.

—Jem, ¿se puede saber qué haces aquí? —pregunté de nuevo, esta vez con menos sorpresa y más curiosidad.

—Ya te lo he dicho: buscaba a Claire.

—No, digo *aquí*. En Sainte Geneviève, hablando conmigo. Si te ve alguien…

—Si me ve alguien no me dirá nada. No soy alumno de Saint Hugues ya, y estos jardines están, técnicamente, fuera del colegio. —Echó un vistazo al castillo que quedaba a nuestra espalda, unos metros más allá—. No es la primera vez que vengo.

—Ya veo.

—¿Te molesta que me quede aquí contigo? —preguntó, con una sonrisa que me hizo entender que trataba de imitar la noche que nos conocimos.

—Adelante, pero no esperes que deje de dibujar por ti.

—Ni se me ocurriría.

Me sorprendió que se quedara tendido, en silencio, sin molestarse por preguntar qué hacía, sin ni siquiera levantarse para verlo. Estuve a punto de poner una excusa y levantarme para dejarle tranquilo, porque quizás era lo que buscaba, pero un recuerdo me detuvo.

Toulouse.

Quizás Jem fuera el camino que me llevara hasta el doctor Grégoire… Si realmente quería ir con él. Todavía oía dos voces en mi cabeza: una, la de Chardin, repitiendo una y otra vez que la teoría de aquel científico no eran más que palabras y que no iba a arriesgarse a verme morir. Otra, la de mi abuela, llamándome endemoniada y apartándome de ella por miedo a lo que pudiera hacer.

A veces oía una tercera, muy lejana. La voz de mi madre diciendo mi nombre.

Todavía no sabía si quería arriesgarme a aquella operación o si merecía la pena seguir viviendo con un miedo constante a destrozar todo lo que tocara. Sabía que cuando tomara una decisión, Chardin no podría hacer nada para pararme. Encontraría mi manera de llegar a Toulouse. Y si Jem me abría las puertas de su casa…

Solo tenía algo seguro: Jem no volvería a Toulouse con una desconocida. Pero podía convertirme en algo más.

—¿No tienes clase hoy? —pregunté, sin atreverme a mirarle. Su voz me respondió desde atrás.

—He tenido esta mañana.

Dejé el cuaderno de dibujo a un lado y me acomodé en el tronco hasta ponerme cara a él. Descansé la cabeza sobre mis manos.

—¿Y cómo es estudiar Medicina?

—¿Y ese interés?

—Es curiosidad. Nunca he conocido a un futuro médico, pero me parece una profesión muy bonita.

—Lo es, supongo. Pero la hacen bonita las personas que quieren serlo.

Fruncí el ceño, confundida.

—¿A qué te refieres? ¿Es que tú no quieres…?

—No, no, no es exactamente eso. Es… —Bajó los hombros con un suspiro—. Es complicado. Simplemente siento que no tengo la vocación de mis compañeros. No importa las buenas notas que saque, sé que nunca seré un buen médico. Simplemente porque no quiero serlo. No podría serlo. —Sacudió la cabeza y se mordió el labio, como si de pronto fuera consciente de que le seguía escuchando—. Olvídalo, no lo entenderías.

—Claro que sí. Estás estudiando lo que no querías estudiar, ¿verdad? ¿Por qué?

Se volvió hacia mí y parpadeó un par de veces, como si mi pregunta le hubiera sorprendido. Quizás había sido demasiado brusca.

—Sí que quería estudiar Medicina. Pero no por las razones que debiera. No por mí. —Ladeé la cabeza y él siguió hablando—. Mi padre siempre quiso que yo fuera un gran hombre, y supe que se decepcionaría mucho si supiera que, realmente, lo que yo quería era estudiar literatura. Porque los grandes hombres no escriben, ¿verdad? No soy ningún Shakespeare. Él no querría eso. Y, además, sentí que tenía que ser médico, que quizás así curaba a mi abuelo, que quizás así sabría cuidarlo mejor. Pero… —Su voz se tornó cada vez más débil y los ojos se le ensombrecieron. Se rodeó las rodillas con los brazos, todavía buscando las palabras que quería decirme.

—No tienes que ser médico para ser un gran hombre, Jem. Es absurdo.

Él sacudió la cabeza.

—No es solo eso. Es una deuda que tengo que pagar. Quiero sentir que puedo sanar personas y salvar vidas.

Su vista se había quedado clavada en las cicatrices de mi dibujo. Sentí que se me encogía el corazón, como si en lugar de ver mi obra me estuviera mirando a mí, como si estuviera intentando descifrar lo que pensaba.

—Existen muchas formas de sanar a una persona —murmuré, alargando una mano para traer mi dibujo de vuelta—. Y las palabras son una vía muy poderosa, sobre todo cuando sabes cómo utilizarlas.

—Ya, bueno, las palabras no te salvarán de una quemadura. —Tenía el ceño fruncido, como si de pronto hubiera comenzado una guerra contra sí mismo.

Me estaba guardando demasiadas preguntas y no tenía la suficiente fuerza de voluntad para no dejarlas salir. James Favre era una de esas personas de las que necesitaba saber, y no me bastaba lo que Claire pudiera contarme. Quería escuchar su voz. Quería conocerle.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy críptico?

Jem sonrió y levantó una ceja.

—¿Críptico?

—Sí. A veces dices mucho, a veces apenas hablas y a veces dejas la mitad de las cosas en el aire, como si las hubieras soltado sin querer y quisieras fingir que no ha pasado. Como esa «deuda que tienes que pagar» o la enfermedad de tu abuelo o la forma en la que hablas de tu padre en pasado.

Sus ojos destellaban, y por un segundo temí que no llegara a responderme.

—Eres muy observadora.

Silencio, otra vez. Una suave brisa nos acarició la piel, sacudiendo su camisa, mis cabellos y los bordes de mi falda. La página del bloc de dibujo dio la vuelta y Chardin quedó boca abajo.

—¿Eso es todo? ¿No me vas a contar nada? —pregunté. Él se encogió de hombros, con una sonrisa divertida—. Vale, vale, entendido. Seguiré con mi dibujo, entonces.

Recuperé el bloc y lo coloqué sobre mis rodillas, apoyando la espalda recta contra el tronco. Pensé que Jem me llevaría la contraria, pero el chico se mantuvo callado, con la mirada perdida en el vacío. Cuando pensé que estaba a punto de marcharse, su voz me hizo dar un pequeño sobresalto:

—Cuéntame algo que no sepa de ti.

Me giré hacia él.

—¿Qué?

—Que me cuentes algo, cualquier cosa. Algo absurdo, profundo, íntimo o irrelevante. Lo que quieras. Las únicas condiciones son que yo no lo sepa, que sea sobre ti y que sea verdad.

Qué original. Aunque en aquel momento podría contarle cualquier cosa y sería muy probable que no lo supiera. Podría decirle que era una persona diurna, no nocturna. O podría decirle que nunca conocí a mi padre. Que quería estudiar Bellas Artes en París. Que siempre caminaba a la izquierda de la gente, que a veces me sentía mucho más adulta de lo que era, que seguramente maté a mi propia madre, que la falda que llevaba puesta era de Claire. Algo absurdo, profundo, íntimo o irrelevante.

Cualquier cosa.

—No me gusta el regaliz —dije, un poco avergonzada por lo estúpido que sonaba una vez dicho—. Sabe fatal, no entiendo cómo la gente se vuelve tan loca por él.

Jem respondió con una carcajada.

—Bien, es bueno saberlo. Nunca te compraré regaliz, entonces.

—¿Y tú? —Me acerqué un poco más a él—. ¿Qué puedes contarme que no sepa?

Seguro que por su mente fluyeron cientos de respuestas diferentes y que imaginó cada una de mis reacciones. Podría hablarme de su color favorito o de la muerte de sus padres. Podría hablarme de Claire o de su apartamento en Saint Hugues.

Podía abrirme su corazón o darme una vaga pincelada de lo que había en él. Pero fuera lo que fuera, sería verdad y sería su voz.

Entre todas las posibles respuestas, eligió una que le hizo sonreír, quitarse las gafas de montura negra, volverse hacia mí y clavar el ámbar de sus ojos en los míos. Sus palabras no podrían haber sonado más seguras:

—Me alegra no haber encontrado a Claire esta tarde y haberte encontrado a ti.

Verano

Claire llegó el domingo por la noche a la habitación, justo antes del toque de queda. Se tambaleó y tropezó con la alfombra antes de dejarse caer sobre la cama, con los brazos y las piernas extendidas como una estrella de mar. Salí del cuarto de baño, peinándome el pelo todavía húmedo, y la miré con el mentón inclinado. Supongo que esperaba alguna explicación. Alguna señal de que estaba bien. Pero antes de que me diera cuenta, había cerrado los ojos y su respiración se había vuelto más regular.

Apagué la lámpara del techo, dejando encendida únicamente la luz de la mesita de noche, y me acerqué a ella para taparla con la sábana. En breves llegaría alguna profesora para echar un vistazo a la habitación y encontrarla vestida desataría demasiadas preguntas.

Oí su voz, trémula, mientras me vestía con el camisón:

—Deberías haberte venido. —Soltó una suave risa y siguió hablando, arrastrando las palabras—. Son tan divertidos, Ari… Nos contamos secretos, bailamos, bebemos y nos reímos. No podría ser mejor.

Suspiré y me di la vuelta. Por muy bien que lo pasara, Claire cada vez desaparecía más y volvía más hecha polvo. Salía con pintalabios y un pañuelo en la cabeza, con los calcetines subidos y la falda por debajo de la rodilla, y volvía despeinada, con la blusa por fuera de la falda, con un solo pendiente y demasiado cansada para cambiarse o quitarse el maquillaje. Siempre con una sonrisa, hasta que volvía a amanecer. Entonces llegaba el dolor de cabeza, la falta de concentración y el mal humor.

—Ojalá hubiera estado Jem… —empezó a decir, ahogando su voz contra la almohada—. No lo conoces todavía como yo, pero es… Es tan buen chico, y tan mono. —Soltó una carcajada—. Tendría que venir a beber conmigo. Seguro que me diría que me quiere. Que aún me quiere. —Hizo un esfuerzo por dar media vuelta y se tumbó boca arriba, con los ojos cerrados. Su voz no era más que un susurro—. *Yo* le quiero.

Cuando me giré de nuevo hacia mi cama, Claire ya estaba dormida. Quizás sus palabras no habían sido más que delirios del sueño, o quizás estaba abriéndome su corazón sin darse cuenta. Quizás quería a Jem, o quizás solo quería jugar con él. Igual que Nathan y Pierre estaban jugando con ella.

Ojalá al despertar estuviera lo bastante lúcida como para escucharme. Escucharme, no solo oírme. Claire llevaba las últimas semanas haciendo oídos sordos a todo lo que dijera. Cuando vio que ya no quería acompañarla a la residencia de Saint Hugues teniendo clase al día siguiente, decidió que saldría sola. Y decidió también que la mejor manera de combatir la resaca era con un poco más de fiesta y un poco más de alcohol. De día era Claire de la Fontaine: una Claire cansada y de mal humor, pero Claire al fin y al cabo. De noche desaparecía. Se reducía, se destrozaba. Y yo era la única que estaba ahí para verlo.

Era una suerte que hubiera llegado sana y salva de vuelta al internado.

Me acerqué a ella y le aparté el pelo de la cara con una caricia. Arrugué la nariz; su ropa olía a orégano seco.

—Claire, ¿qué has hecho?



—¿Cuáles son vuestros planes para este verano?

La campana de *Le petit Benjamin* tintineó cuando entramos en el restaurante.

—Tengo exámenes hasta mediados de julio, así que… Todavía queda mucho para que mi verano empiece. —Claire rio como si las palabras de Nathan no fueran más que un chiste.

Nos sentaron en la mesa de siempre, junto a la ventana.

—A mí me tocará irme con la familia y morirme de calor.

—Saluda a tus hermanos de mi parte. Joder, hace siglos que no los veo. ¿Cómo le va a Anthony?

Nathan pidió dos hamburguesas con queso, Jem unas patatas fritas con kétchup, Claire y yo compartiríamos tortitas con sirope de arce.

—Bien, supongo. No te creas que tengo muchas noticias de él. Solo sé que está estudiando arquitectura en París, aunque ya habrá terminado las clases.

—¡París! Qué nivel.

El estómago me rugió justo antes de que llegara nuestra merienda. La camarera de siempre debía de estar de vacaciones.

—Arielle, ¿tú qué vas a hacer?

—Volveré a Arcueill con mi abuela.

—Ya somos dos —dijo Jem.

—¿Vas a Arcueill?

—Ah, no, no. Es que yo también me voy con mi abuelo. Vive a las afueras de Capelle.

—Es muy bonito lo que haces por tu abuelo, Jem. —Claire se inclinó un poco más hacia él, rodeando su brazo con las manos. Él se encogió de hombros.

—No es «bonito», es… Bueno, es mi familia. ¿Cómo no voy a ayudarle?

La sangre no es garantía de que vayan a estar ahí para ti, pensé. Edith Larue era el mejor ejemplo. Siempre dijo que su deber era proteger a su familia, pero prefería que la única familia que tenía se mantuviera lejos de ella, donde no le diera problemas. Hasta que se volvía inevitable y tenía que volver a verme, como dentro de una semana. No sé quién de las dos estaría más nerviosa.

—Oye, chavales, ¿qué os parece si montamos algo en mi cumpleaños? —Nathan se inclinó hacia delante, moviendo los hombros con entusiasmo. Fue Jem quien se encargó de hacer la cuenta.

—Pero estamos en junio, todavía queda más de un mes.

—Oh, ¿no me digas? —Ojos en blanco, codazo—. Pero os quiero pillar ahora que os tengo cerca, antes de que cada uno se vaya por su lado.

—¿Y qué plan tienes?

—Una fiesta, por supuesto.

Claire comenzó a aplaudir, sin dejar de rozar la piel de Jem con la suya.

—¡Sí! Será genial, Nathan. ¿Te encargas tú de la bebida?

Jem se giró hacia mí; fue el único en notar mi suspiro.

—Vamos, Arielle, puede ser divertido.

Sus labios se curvaron en una sonrisa y los míos no tuvieron más remedio que imitarlos.

—Sí. Puede.



El abrazo que Chardin y yo nos dimos al despedirnos duró más de lo necesario, pero a ninguno de los dos nos importó. Me hundí en los brazos de aquel que había sido un segundo padre, un tío lejano, mi amigo, durante los meses que habían pasado desde Navidad. La primera vez que entré en aquella

casa no había sentido nada más que miedo. Ahora, cuando la casa tenía unos cuantos trastos más y bastantes platos menos, la sentía un segundo hogar.

—Eh, *petite*, nada de caras largas. Volveremos a vernos pronto. —Me guiñó un ojo—. Las clases no han terminado todavía.

Me ajusté el pañuelo en la nuca, sonriéndole, y asentí. El peso de la maleta contra mi pierna me recordó que no podía alargar más aquella despedida. Edith había sido muy clara al ordenarme llegar a casa antes de las doce. Era lo único que sabía de ella.

—Pero no será lo mismo.

—Seguiré preparándote *crêpes* cada vez que vengas. Y compraré una nueva vajilla para practicar. —Sonreí, y Chardin dio un paso adelante para darme un beso en la frente. Mi mano fue a parar inconscientemente al broche de mi camisa.

—No pienso quitármelo. —Los ojos de Chardin se fijaron en él, y sus labios trazaron una sonrisa amarga.

Sabía que él veía mucho más que una rosa blanca, pero todavía no sabía por qué. ¿También le recordaban a mi madre?

¿Sería él el verdadero protagonista de las historias que ella me había contado de niña?

Aparté esa idea de mi cabeza; era absurdo. Mi madre había pasado años arrastrándose tras el recuerdo de mi padre, y era imposible confundir al Ansel de cabellos pelirrojos que había visto en las fotografías con el hombre moreno que ahora se despedía de mí.

—Puedes utilizarlo de ancla cada vez que…

—Que sienta que todo se me va de las manos, lo sé. —Suspiré, apretando con más fuerza el broche—. Espero que no llegue a ese punto.

—No pasará, tranquila. Tu abuela te traerá aquí a menudo. —Alcé de nuevo la mirada a él, que señaló su reloj de muñeca con aprensión—. Creo que deberías… —dijo, pero sus palabras se vieron interrumpidas por mi abrazo.

—Gracias por todo —le dije.

Y fue el «gracias» más sincero desde la muerte de Denise.

—Gracias a ti, *ma petite*. —No aflojó el abrazo—. Gracias a ti.

También fue el suyo.



En casa no se oía el ronroneo del ventilador; el único aire que nos refrescaba entraba por la ventana de la cocina, atravesando los mosquiteros.

En casa no se encendía la radio mientras cenábamos; el único sonido era el tintineo de los cubiertos al chocar contra el plato.

En casa tenía cuatro cubiertos y una copa, debía sentarme erguida y no comer más rápido que los demás comensales, tenía que comportarme como una reina aunque lo que me sirvieran no fueran más que gachas de avena para desayunar.

En casa me sentía más una marioneta que una humana.

Me sorprendió cuando mi abuela me recibió con un abrazo después de tantos meses, aunque no fui capaz de devolvérselo. El primer día se limitó a observarme, sin preguntarme nada, sonriendo y asintiendo con la cabeza cada vez que me veía comportarme con educación, como a ella le gustaba. Como si antes de pisar Sainte Geneviève hubiera sido una salvaje.

Una parte de mí se reía al pensar en el susto que se llevaría mi abuela si conociera la realidad de la escuela. No me habían vuelto una señorita, pero me habían enseñado a actuar.

Sentía que ya no podía hablarle como antes; mis frases sonaban forzadas, mis historias parecían absurdas y las risas de mi abuela eran solo cordiales. Sus preguntas eran superficiales, como si se hubiera limitado a leer un folleto titulado «Qué decirle a alguien cuando ha estado un tiempo fuera». ¿Es el internado muy grande? ¿Cómo es la gente? ¿Son las clases difíciles? ¿Qué tal está la comida? ¿Has tenido mucho frío? ¿Y calor?

Nada de preguntarme cómo estaba, si me había sentido sola, si la había echado de menos, si era feliz.

Me pasé la primera mañana caminado por el vestíbulo de la entrada, deslizando los dedos por la barandilla de la escalera al subir, entrando en cada una de las habitaciones como si tuviera que saludarlas. Una pequeña parte de mí no paraba de susurrarme: «Aquí es donde solías pintar con *maman*», «Aquí es donde papá preparada el desayuno», «Tus padres amaron este lugar», esperando que una ola de cariño me arrollara, que reconociera en aquellas paredes lo que una vez consideré un hogar.

Pero ya no había forma de volver atrás, y el muro que mi abuela había forjado a su alrededor se había erguido por toda la casa.

«Aquí es donde destrozaste el primer jarrón, aquí donde comenzaste a sangrar, aquí donde *maman* murió».

—¿Y bien?

Sacudí la cabeza para apartar aquellos pensamientos de mi cabeza y volví la vista al frente, donde mi abuela me miraba con una ceja alzada.

—¿Qué? —dije, pestañeando.

Ella suspiró y dejó que la cuchara tintineara sobre el plato. Se apartó de la frente el único mechón níveo que se atrevía a salirse de su perfecto moño.

—*Mon Dieu*, tienes la cabeza en las nubes. Las clases, Arielle; te he preguntado cuál era tu favorita.

—Ah. —Mastiqué el trozo de pollo que tenía en la boca—. Arte y pintura, sin duda.

Mi abuela parpadeó y abrió muchos los ojos. Le faltó atragantarse y llevarse una mano al pecho para exteriorizar del todo su sorpresa.

—Pintura —repitió; su sonrisa desentonando con el ceño fruncido—. No sabía que seguía interesándote.

—¿Por qué iba a dejar de hacerlo?

—La edad, supongo. —Si no hubiera sido mi abuela, que ponía la educación por encima de todo, estaba segura de que se hubiera encogido de hombros—. Creía que eran… tonterías de niña.

—No es ninguna tontería. —Apreté con más fuerza el cubierto al ver cómo mi abuela aguantaba la risa—. Lo digo muy en serio. Quiero estudiar Bellas Artes, abuela.

—Oh, por favor. ¿Es que no te han enseñado nada útil en esa escuela?

—¿Qué tiene que ver eso?

—Fui muy clara la primera vez que lo dijiste, Arielle, y mi opinión no ha cambiado lo más mínimo. Pensé que los años te darían un poco más de cordura.

—No estoy…

Mi abuela me interrumpió alzando una mano para callarme.

—Estudiar Arte en la universidad es una pérdida de tiempo y dinero, ¿lo entiendes? Haz algo de provecho, Arielle, como instruirte en las virtudes femeninas. Deja la pintura para tus ratos libres. —Sacudió la cabeza—. Por el amor de Dios, nadie se casa con un artista a menos que quiera pasarse la vida viviendo debajo de un puente.

Esa era la verdadera razón, cómo no. Mi bienestar no importaba lo más mismo siempre que me convirtiera en el mejor producto para los hombres. Una joven dócil y callada, que sepa coser y cocinar; inteligente pero no demasiado, ¡no querrá poner en ridículo a su marido! Tendré que graduarme, claro, pero el título será una carrera que me dé estatus y prestigio. Aunque,

otra vez, que no sea demasiado. Nada de Derecho o Ingeniería, esos son trabajos de hombres. Nadie querrá casarse con una mujer que le haga sombra.

Me sabía sus discursos de memoria. Y me tenían harta.

—*Quiero* estudiar Bellas Artes, abuela —repetí, apretando los dientes—. No voy a pasar el resto de mi vida lamentando haber dejado de lado mis sueños. Sé que valgo para esto y sé que es algo que me hace feliz. Con eso es suficiente.

—Los sueños no alimentan la boca de nadie, Arielle. Y mientras sigas viviendo en esta casa, no estudiarás Bellas Artes, ¿lo has entendido? —Estrechó la mirada. Apreté la mandíbula y le sostuve la mirada—. Soy yo la que paga para que tengas algo con lo que llenar tu cabeza, ¡y tú lo desaprovechas con esas tonterías! *Mon Dieu*, Arielle, a estas alturas te creía más inteligente.

—No puede decidir por mí, abuela —dije entre dientes—. Me pagaré yo los estudios si hace falta.

Soltó una carcajada más sonora de lo que siempre había considerado correcto.

—Ni siquiera el sueldo de un año de tu madre hubiera servido para pagarte una universidad en París. No me seas ilusa, niña.

Un súbito temblor en mis dedos me obligó a callarme la respuesta. Sentí un burbujeo en el estómago, la tensión cargando mis músculos como si estuviera preparándome para darle un puñetazo a alguien. Y aunque en aquel momento no me hubiera venido mal, sabía que lo que saldría no sería solo fuerza. No podía arriesgarme a que la telequinesia se descontrolara; no aquí, no ahora.

Respiré, inspiré, ignoré las palabras de mi abuela, quise creer que no eran ciertas. Empecé a tragar el pollo sin dirigirle la mirada. Ella sonreía como si hubiera ganado una batalla.

Pero su nieta no iba a darse por vencida. Sus palabras hacían daño pero no significan nada. Seguiría luchando por ello, por mí.

Pero no aquí, no ahora.



Antes, la buhardilla había sido mi proyecto: pensaba instalarme ahí con todos mis lienzos y pinturas y llenar las paredes de cuadros y espejos. Pero mi abuela no me lo habría permitido. Ella tenía otros planes. Aprovechó mis meses en el internado para arreglar aquel pequeño habitáculo y amueblarlo

con un triste escritorio. Los últimos rayos de la tarde formaban franjas sobre el suelo de madera, atravesando la ventana que había frente al escritorio. El techo se inclinaba sobre mi cabeza. Las paredes eran tan blancas que podía contarse cada mota de polvo. Era un rincón frío, pequeño, útil. Como mi abuela quería.

Pero estaba decidida a convertirlo en mi nuevo hogar.

Aproveché que mi abuela andaba ocupada cosiendo y escuchando a su amadísimo Bach para bajar al sótano y recoger el único caballete que me quedaba, cada vez más desgastado, el lienzo que guardaba para una ocasión especial y los blocs de dibujo. Anudé todos los pinceles como si formaran un ramillete y rebusqué por todas las estanterías hasta encontrar el último bote de pintura, que ya empezaba a secarse. Cargué todos los «trastos», como mi abuela los llamaba, y los subí con cuidado hasta la buhardilla. Por el camino rescaté de mi habitación a mi muñeca de trapo y a una maceta que había albergado una flor mucho tiempo atrás. Quizás era hora de darle un nuevo inquilino, una vez instalada en su nuevo hogar. Pegué a la pared del escritorio alguno de los dibujos que había conseguido recuperar.

Con aquel toque de color, con los lápices y la futura plantita sobre el escritorio, con mi muñeca apoyada contra el caballete y un lienzo en blanco susurrándome que lo pintara, aquel rincón se convirtió en refugio. Mi abuela no se atrevería a subir; ella misma admitía que había sido una locura bajar y subir aquella escalera de mano tantas veces. Ahora sería mío.

En aquel rincón, a la sombra, dibujar se volvió una vía de escape. Noté cómo se destensaban todos mis músculos, cómo mi mente se relajaba y el tiempo pasaba volando. Era un estado tan parecido a la meditación que no me extrañó encontrarme un par de lápices levitando sobre el escritorio.

Los dejé de nuevo en la mesa, con un suspiro.

—Ni emociones fuertes ni nada demasiado tranquilo —dije para mí, poniendo los ojos en blanco—. Entendido.

Pero no servía de nada decirlo en voz alta. Acabé por rendirme y dejar que toda aquella energía saliera de mí como si fuera un grifo abierto. A mi alrededor empezaron a flotar lápices, pinceles, hojas de papel. Se mantenían en el aire girando como si un hilo invisible las sujetara del suelo.

Fue la primera vez que dejó de importarme. Me sentía segura, bajo control, a pesar de estar rodeada de objetos flotantes. Al menos hasta que el bloc escapó de mis manos para unirse al baile en el aire. Cuando alargué la mano para acercarlo a mí de nuevo, me di cuenta de que no era el único que había empezado a flotar.

Ahogué una exclamación.

«Respira, Arielle, por lo que más quieras, no olvides respirar».

No podía dejar que lo desconocido me asustara o la armonía que llenaba toda la buhardilla se desgarraría como una tela.

Aquello no significaba nada. Si fuera peligroso ya estaría mareada, con el corazón desbocado, sudando o sangrando por la nariz. Pero nunca antes me había sentido tan bien. Tan libre. Tan a gusto con lo que era.

Descrucé las piernas y me coloqué boca abajo, con los codos y las rodillas apoyadas en el aire como segundos antes lo habían estado en el suelo. Mi coleta se deshizo lentamente y una maraña de pelo cobrizo se extendió alrededor de mis hombros. Era como si estuviera debajo del agua, solo que a mi alrededor no había nada más que aire.

Eché un vistazo abajo, al suelo que se mantenía a cinco centímetros de mi cuerpo.

—Increíble —murmuré. La voz se me quebró con la última sílaba.

Me desplacé por el aire, como si buceara, hasta alcanzar el bloc de notas. Coloqué de nuevo las piernas cruzadas, con más lentitud de la que quisiera. Notaba la energía de la telequinesia haciendo fuerza sobre mí, como si quisiera evitar que me moviera. Y a la vez también parecía querer evitar que bajara al suelo.

No pude evitar reír, como la primera vez que descubrí que podía pintar sin tocar el lienzo.

Terminé aquel dibujo en el aire, y cuando mis pies volvieron a tocar el suelo, todos los objetos que flotaban a mi alrededor se unieron. Cayeron sobre la madera como si alguien acabara de cortar las cuerdas que los sujetaban. Caí de rodillas al suelo con las manos por delante. Fue entonces cuando noté el corazón martillando mi pecho y cuando los jadeos fueron tan grandes que no me dejaron hablar. Pero el cansancio de después no me importaba.

Hacía mucho tiempo que no me sentía tan mágica. Ni tan libre.



Echaba de menos Capelle. Echaba de menos pasear por las calles de piedra y ver cómo los vecinos plantaban nuevas flores en sus cestos. Echaba de menos *Le petit Benjamin* y los camareros con caras largas, echaba de menos la fuente de la plaza y las farolas que parpadeaban, incapaces de alumbrar el pueblo de noche. Echaba de menos a los ancianos que paseaban encorvados y murmuraban acerca del supuesto desmadre que montábamos los jóvenes.

Echaba de menos ver la casa de Chardin, el número diecisiete sobre su puerta. Echaba de menos el vapor de la estación y las escapadas a Saint Hugues. Incluso echaba de menos el internado; sus clases, sus interminables escaleras y pasillos, las riñas de las profesoras y los purés que servían para cenar.

Mi cuerpo entero parecía suplicarme que volviera, solo una vez más.

No costó convencer a mi abuela. Todavía no se había acostumbrado a que siguiera revoloteando por la casa e incluso pareció sorprenderse cuando me vio aparecer por el comedor mucho antes de la hora de comer. Parpadeó un par de veces antes de bajar el libro que tenía entre las manos y esperó a que hablara, escondiendo su sorpresa en una sonrisa.

—Me preguntaba si podría pasar el día en Capelle. —Tragué saliva.

—¿Para qué?

Para tomar el aire, para escapar de las paredes de aquella casa, para poder correr sin que nadie se escandalizara. Pero ninguna de esas razones era suficiente para mi abuela. Me froté el codo y bajé la mirada a mis zapatos, con la esperanza de que mi abuela fuera incapaz de detectar las mentiras.

—Necesito ver a *monsieur* Chardin. —Hice hincapié en la primera palabra, siguiéndola de una pequeña pausa: *lo necesito*.

No le costó entender el verdadero significado de mis palabras. Se removió en la silla, inquieta. Cuando volvió la mirada me escaneó de arriba abajo como si esperara verme volar en cualquier segundo.

—¿Va todo bien?

Abrí y cerré la boca un par de veces, incapaz de encontrar una respuesta que la tranquilizara.

—No lo entendería.

—Ya. Adelante, pues. —Me di media vuelta hacia la puerta antes, pero su voz me detuvo un instante—: Te espero para cenar, aun así. No te retrases.

Verdades

Mi plan inicial incluía pasarme fugazmente por la casa de Chardin, volver a ver las rosas blancas de mi habitación y compartir con él unos buenos postres. El resto del día lo pasaría de parque en parque, buscando la sombra y con el bloc de notas bajo el brazo. Quizás fuera a *Le petit Benjamin* a la hora de la comida —me había vuelto una catadora experta de sus batidos, pero aún no había probado sus famosas hamburguesas —. O quizás no; quizás me perdiera más allá del castillo, en las colinas verdes que aún no había tenido tiempo de conocer.

Mis planes se vieron destrozados en el momento en el que un claxon sonó a mi derecha, sobresaltándome. Un Peugeot 403 redujo la velocidad hasta llegar a mi altura, donde casi se detuvo. Cuando bajó la ventanilla me encontré con el rostro de Jem sonriéndome.

—¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?

Reí y me acerqué un poco más al coche, con las manos entrelazadas sobre la falda.

—Podría decirte lo mismo.

Los rayos de sol incidieron sobre Jem, tintando de dorado sus mechones castaños. Él hizo visera con una mano para verme.

—Voy de camino a casa de mi abuelo. ¿No se suponía que ibas a Arcueill?

—Estoy en Arcueill. —Resoplé; él sabía de sobra cuánto hubiera deseado que no fuera verdad—. Solo he venido a pasar el día.

—¿Sola?

Me encogí de hombros.

—Bueno, un chico ha aparecido con su coche y ha interrumpido mi paseo. Así que, ¿quién sabe? Quizás no acabe el día sola.

Alzó una ceja y su sonrisa se acentuó. Mantuvo las manos al volante y echó un vistazo atrás, asegurándose de que la calle seguía vacía.

—¿Qué insinúas?

—¿Necesitas ayuda con tu abuelo?

Él abrió los ojos, sorprendido.

—Solo iba a estar un rato, Arielle. No hace falta que…

—Mejor me lo pones, entonces.

Jem suspiró y volvió la vista al frente, dando toques con los dedos sobre el volante.

—Bueno, de acuerdo. A mi abuelo le gustan las visitas. Luego podemos dar una vuelta, si quieres.

—Me encantaría.

Se volvió hacia mí, escondiendo una sonrisa tras la seriedad de su mirada. Parecía dudar si seguir hablando o callar.

—Lo de mi abuelo… —Se mordió el labio y continuó tras una breve pausa—. Será solo un rato, ¿vale? No quiero que estés incómoda.

—No lo estaré.

Sonreí, sonrió. Señaló el asiento del copiloto con la cabeza.

—Anda, entra.



Hubiera esperado encontrarme con un pequeño piso o con una residencia para ancianos, cualquier cosa, menos el «lujoso» apartamento que nos dio la bienvenida. Bueno, quizás lujoso no era la palabra. Excesivo. Soberbio. Peculiar. Una mezcla de sensaciones tan contrarias a la idea de Jem que tuve que preguntarle dos veces si no se habría equivocado de puerta.

El abuelo de Jem, *monsieur* Oliver Favre, vivía en un apartamento a las afueras de Capelle, en la zona del pueblo donde se encontraban las casas más modernas y las calles más anchas. Las amplias ventanas de la casa estaban cubiertas por cortinas de color carmesí que tintaban el interior de la habitación de tonos rojos, como si siempre estuviera atardeciendo. Las habitaciones parecían todavía más pequeñas de lo que eran debido a la cantidad de figuras, cuadros y decoraciones que llenaban cada esquina. Plantas exóticas creciendo en mitad del pasillo, como si trataran de rozar el techo, enormes alfombras del mismo color que las cortinas cubriendo el suelo que pisábamos, centenares de caras mirándonos desde las fotografías que colgaban de las paredes. El resto de los muebles parecían haber salido de una tienda de antigüedades, como si la casa hubiera querido modernizarse a base de *souvenirs* extraordinarios y colores chillones.

Por otra parte, *monsieur* Favre era todo lo contrario a su casa. Descansaba en un sillón de cuero marrón, con las manos arrugadas y temblorosas alrededor de una pipa. Tenía una manta de lana sobre su regazo, cubriéndole de la cadera a los pies, a pesar del calor que hacía fuera. Apartó los ojos de la pipa en cuanto nos oyó entrar, pero su expresión no cambió al verme.

—Buenos días, abuelo. —Jem se quitó las gafas y se limpió los cristales con su camisa. No vi si le sonreía—. He traído a una amiga.

Me coloqué a su lado y saludé a Oliver Favre con una sonrisa y una inclinación de cabeza. Entrelacé las manos por delante y me alisé la falda, tal y como mi abuela me había enseñado.

—Soy Arielle Larue, *monsieur*.

—Encantado, muchacha. —Su voz sonó ronca y cansada, a pesar de la sonrisa en sus labios—. ¿Has venido a cuidar de este viejo loco?

—Abuelo… —Jem suspiró y se acercó para acomodarle mejor la manta —. Usted no es ningún viejo loco.

—Permíteme discrepar, James. He vivido unos cuantos años más que tú y sé diferenciar cuándo alguien está del todo cuerdo y cuándo no.

Su risa fue seguida de una tos ronca. Jem le dio unos suaves golpes en la espalda antes de volver a erguirse.

—Voy a prepararle un té.

Él asintió con la cabeza, hundiéndose un poco más en el sillón. Me di media vuelta para acompañar a Jem a la cocina, pero la voz de *monsieur* Favre me detuvo:

—¿Denise no se va a quedar conmigo?

Abrí los labios y pestañeé, volviéndome otra vez hacia él.

—¿Cómo me ha llamado?

—Déjalo, Arielle. —Jem me colocó una mano en el hombro y me empujó en dirección a la cocina.

Di un traspiés antes de seguirle.

—Tu abuelo no está loco —murmuré, todavía con la vista clavada a mis espaldas. Él soltó un bufido.

—Tiene sus días buenos y sus días malos. Pero te recuerdo que acaba de llamarte Denise.

—Mi madre se llamaba Denise.

Jem abrió la nevera y se detuvo para mirarme. Sacudió la cabeza.

—No le hagas caso.

—Pero quizás…

—Mi abuelo tiene más de noventa años y se niega a dejar su casa. Lleva décadas así, y soy el único que está ahí para asegurarse de que tenga su cena todas las noches. Le conozco, Ari, por eso te digo que no le hagas más caso.

—Pero se le ve bien para tener noventa.

Él sacudió la cabeza y volcó el agua fría en un vaso.

—Su vista está comenzando a fallarle y sus oídos no son de lo mejor, precisamente. Ahí tienes dos posibles razones por las que has podido confundirte. ¿Quieres agua?

—No, gracias.

Denise, Arielle, Denise. Era imposible confundir esos dos nombres, y si la causa de su error era un fallo en la vista, ¿no significaba eso que había conocido a mi madre? Pero no tenía sentido. Mi madre era todo lo contrario a mí: tenía el pelo castaño cuando yo lo tenía rojizo, los ojos oscuros donde yo los tenía verdes. Si alguna vez había estado en Capelle, yo no lo sabía. Para mí, Arcueill siempre fue su pueblo.

Sentí una punzada en el corazón al darme cuenta de todas las cosas de ella que no conocía.

Jem se sobresaltó al escuchar un ruido proveniente del salón, y dio dos pasos atrás para asomarse al pasillo. Observó a *monsieur* Favre por encima de sus gafas, encogiéndose al ver cómo su abuelo tropezaba con la alfombra al intentar levantarse. Se volvió hacia mí y me tendió el vaso de agua.

—¿Podrías quedarte un rato con él mientras pongo la tetera? Me siento más seguro si hay alguien cerca evitando que se caiga. A veces pienso que todavía cree que tiene veinte años.

Asentí con la cabeza y regresé hacia el salón, donde Oliver volvía a reclinarse sobre el sillón con un resoplido, como si acabara de correr una maratón. La manta de lana había caído al suelo.

Me acomodé en una silla de respaldo rojo, junto a su sillón, y dejé el vaso de agua sobre la mesita que tenía enfrente. Me anudé el pelo con un lazo para que no me diera más calor.

—Jem… James —rectifiqué— está preparándole un té.

Oliver sonrió y cerró los ojos un segundo. Después alzó la vista de la —¿segunda?— pipa que estaba preparando y asintió para sí.

—Veo preguntas en sus ojos, pequeña Larue.

—¿Y puede responderlas?

Me erguí más sobre el asiento, tensa. Oliver tardó en contestar, como si el tiempo fuera lo que menos le importara en aquel momento.

—Pregúnteme cualquier cosa —dijo— y le diré lo que sé.

El corazón comenzó a martillearme en el pecho, como si sus palabras hubieran sido una declaración de amor. Miré atrás solo un segundo para asegurarme de que Jem seguía en la cocina. Oliver siguió esperando, paciente, moviendo levemente los pies sobre la alfombra.

Me aclaré la garganta, sin saber por dónde empezar. No tenía sentido darle más vueltas.

—Antes me ha llamado Denise, como mi madre. —Hice una pequeña pausa. La cerilla que Oliver había prendido chispeó y él aspiró con fuerza su pipa—. Denise Larue… Bonnard, mejor dicho. Denise Bonnard. Era su apellido de soltera. Murió hace un par de años y me preguntaba si por casualidad la conocía. Hasta hoy no la había relacionado en ningún momento con este sitio, Capelle.

—Denise Bonnard —dijo, saboreando cada sílaba—. Oh, sí, la recuerdo. Una jovencita muy agradable, sin duda. Perdone la confusión, ya debe de saber que está tratando con un viejo loco.

Exhaló el humo. Yo me incliné más hacia delante, animándole a continuar.

—No sabía que vivía en Capelle —insistí.

—Claro que sí, mucho antes de la guerra. Desde que era pequeñaja. —Su risa sonó hueca—. Se parecía mucho a usted a su edad, de hecho.

—No me lo suelen decir.

Siempre me había creído la copia de mi padre. Oliver apretó sus pálidos labios en torno a la pipa.

—Entonces, ¿mi madre vivió mucho tiempo aquí?

—Toda su vida, jovencita, hasta que se casó con ese tal… ¿Cómo se llamaba? —Arrugó la frente y después sacudió la cabeza—. Es igual. En definitiva, verla ha sido como encontrarse con un fantasma del pasado. Su madre era muy conocida en el pueblo: por aquel entonces aquí vivíamos cuatro gatos y todos hablábamos de los niños que no nos dejaban dormir por las noches con sus gritos y sus travesuras. —Volvió a reír, atragantándose con el humo de la pipa—. Todos rezábamos para que crecieran de una vez y los internaran en los castillos.

—Sainte Geneviève y Saint Hugues —murmuré.

—Correcto. —Inspiró profundamente y volvió a cerrar los ojos, como si quisiera ponerle punto y final a la conversación.

Pero yo no podía dejarlo estar.

—¿Cómo recuerda a mi madre, *monsieur* Favre? —Mi pregunta sonó como una súplica. Él entornó los ojos y miró a algún punto más allá de mí;

quizás a las máscaras importadas de África o a los barcos embotellados que tenía expuestos tras una vitrina.

O quizás solo estuviera perdiéndose en sus recuerdos.

—Como una niña muy traviesa que volvía loca a sus padres y a la que le gustaba inventar cuentos. Y como a una joven muy hermosa, después. Había algo en ella, una intensidad en la mirada, en la forma de estar, en el volumen de su risa… Tenía la habilidad de hacerte sentir como que no habría otro sitio ni otra persona con la que prefiriera estar. La mirabas y sentías que estaba cargada de vida. Siempre iba con ese muchacho… —Arrugó la nariz e hizo una mueca—. ¿Cómo se llamaba?

—Ansel.

—No, no. Nicolas, eso es —dijo. Abrí mucho los ojos, observando su expresión de desagrado. Empezó a negar con la cabeza—. Ese jovencito…

—¿Habla de Nicolas Chardin?

No podía ser él. Chardin debía de haberse criado en Arcueill, donde conoció a mis padres. Donde se suponía que habían crecido mis padres, aunque ahora empezaba a dudarlo. *Monsieur* Favre se encogió de hombros.

—Hablo del muchacho que casi arruina el matrimonio de tu madre, el Don Juan descarado que no paraba de merodear tras ella como una polilla. —Soltó un bufido—. Manchó el buen nombre de los Bonnard.

—¿A qué se refiere? ¿Qué pasó?

Oliver inhaló vigorosamente su pipa. Jem entró en la habitación con una bandeja entre las manos, pasando su mirada de mí a su abuelo, una y otra vez.

—Hora del té —dijo. Se puso de cuclillas junto a la mesita, dejando la bandeja frente a nosotros. *Monsieur* Favre apartó la pipa de sus labios y sonrió como un niño pequeño.

Me mordí el labio, maldiciendo el nombre de Jem. Le coloqué una mano en el brazo para detenerle. Pero cuando me miró solo fui capaz de abrir los labios, sin poder decir nada.

—¿Todo bien, Arielle?

Miré de reojo a Oliver Favre, que se inclinaba hacia delante con sus grandes y callosas manos en dirección a la taza de té. Aquel anciano con alma de niño sabía más de lo que quería decirme.

Y, al parecer, Chardin ocultaba más de lo que decía. O mentía.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Claro. —Sonreí con los labios apretados y me serví mi propia taza de té.

Nos despedimos de Oliver Favre media hora después; yo con una educada inclinación de cabeza, Jem con un abrazo encorvado desde el sillón de cuero. Al verle sentí una punzada en el estómago que reconocí como envidia; una envidia agridulce que me hizo mantener una guerra interna durante cinco minutos para intentar apartar aquellos pensamientos de mi cabeza. Me gustaba la forma en la que el rostro de Jem se iluminaba al ver a su abuelo, como la llama de una cerilla, y me gustaba que el de Oliver se iluminara de la misma forma. Que estrechara los ojos e intentara verle a pesar de su vista cada vez más deteriorada, y que Jem le rodeara las manos con las suyas cada vez que empezara a temblar. Jem quería a su abuelo y él quería a Jem, y lo demostraban con cada centímetro de su cuerpo.

No pude evitar compararlo con mi abuela. La quería, la quería de verdad, pero sabía que sus abrazos eran un bien escaso. Sabía que ella sonreiría más ante una buena nota que cuando le preparara una taza de té. Sabía que me quería, o que alguna vez me quiso, pero no notaba su cariño por ningún lado. Su manera de quererme era intentando convertirme en lo que ella quería ser.

Mi madre había sido todo lo contrario; ella me cuidó dejándome ser libre.

Oliver Favre me había confirmado que mi madre siempre fue así, que sus últimos días fueron los únicos en los que su llama se apagó. Y también me había hablado de Chardin… Del Chardin que él recordaba. De un Chardin que había estado jugando con mi madre desde que los dos eran niños. Pero *maman* nunca me habló de él, él nunca me habló así de ella. Se habían conocido hacía años: Chardin, Denise, Ansel y mi abuela. No se veían desde entonces.

¿O no?

—Me ha gustado hablar con tu abuelo.

Jem tenía un brazo en el respaldo de mi asiento; la otra mano haciendo girar el volante mientras aparcaba.

—¿Lo dices en serio? —Asentí con la cabeza—. A saber qué te ha contado.

—Viejas historias.

—¿Reales?

Hice un mohín con los labios.

—Eso creo.

—No te fíes demasiado de lo que dice; la memoria empieza a fallarle. —Jem tiró del freno de mano y el motor del coche se silenció.

La luz del sol fue directa a nuestros ojos, cegándonos. Jem agachó la cabeza y parpadeó un par de veces antes de indicarme con un gesto que le siguiera a la parte de la acera donde daba sombra. Me recogí el pelo en una coleta para pasar menos calor, dejando escapar un par de tirabuzones.

—Tenía razón, ¿sabes? —dije. Jem se giró hacia mí, alzando una ceja—. Cuando me llamó Denise lo hizo por mi madre. Conoció a mi madre.

—No sabía que tu familia era de Capelle.

—Yo tampoco. —Fruncí el ceño—. Tu abuelo siempre ha vivido aquí, ¿verdad?

Él asintió.

—Y mis padres después de él.

Se le quebró la voz al decir «mis padres». La frase entera sonó como un susurro, como un suspiro, como si las palabras hubieran escapado de su garganta sin su permiso. Sonó sombrío, triste y roto, como cada vez que yo hablaba de *maman*. E igual que yo lo haría, Jem frunció los labios y estrechó los ojos, sorprendido y avergonzado a partes igual por el tono de su voz. Luego alzaría el mentón, se metería las manos en los bolsillos y fingiría que sus palabras no tenían importancia. Aunque en el fondo sentiría rabia al darse cuenta de que su subconsciente no podía engañarle, de que la herida todavía estaba abierta.

Había estado en su lugar tantas veces…

—Lo siento —murmuré, agachando la cabeza. Me arrepentí enseguida; ¿de qué servía dar el pésame ahora? Él me miró extrañado—. Por… lo de tus padres. Claire me contó…

Se detuvo abruptamente en mitad de la acera.

—¿Qué te ha dicho Claire?

—Solo me dijo que tus padres habían fallecido y que…

—Claire tiene la lengua demasiado larga, por Dios. Qué, ¿también te contó cómo murieron? —Estrechó más los ojos. El enfado empezó a extenderse por todo su rostro como si fuera agua hirviendo—. ¿Cuál de las dos versiones? —Abrí la boca para contestar, pero Jem no parecía querer una respuesta—. Porque estoy seguro de que ella no se cree ninguna de las dos. *Putain*…

—No fue culpa de Claire, fui yo. —Murmuré, acercando una mano a su hombro. Él se alejó un poco más de mí y sacudió la cabeza—. Yo…

—No me has contestado, ¿qué te contó? —Clavó sus ojos en los míos, con tanta rabia que su voz pareció un ladrido—. ¿Que mis padres murieron en

la guerra o que murieron por mi culpa? ¿Te habló también de mi hermano o no le pareció lo suficientemente importante?

—¿Qué?

Entonces vino el silencio, pero Jem mantuvo su mirada sobre la mía. Y de nuevo fue como si me atravesara con ella y encendiera una llama dentro de mí, tan ardiente como la rabia que empezaba a bullir en él. Yo le miré esperando que mis ojos fueran capaces de hablar por mí. Que viera en ellos mi ignorancia y mi miedo. Nunca le había visto tan alterado.

Al final, Jem se obligó a relajar los hombros. Sacudió la cabeza y dio media vuelta para seguir caminado, con el paso acelerado.

Di un traspiés al llegar a su altura.

Por un momento pensé que no volvería a hablarme.

—Perdona —murmuró, sin frenar ni mirarme—. Es un asunto que me pone muy nervioso.

Me acerqué a él con cuidado, como si se tratara de un animal herido.

—¿Estás bien?

Él solo frunció los labios.

—No lo sé.

—No tendría que haber sacado el tema, lo siento.

Jem sacudió la cabeza y echó la mirada al suelo. Juraría que los ojos le brillaban, como si se esforzara por contener las lágrimas.

—No es tu culpa. De todas formas, prefiero que conozcas la verdad por mí que un rumor por otros. Mi familia murió en un incendio. Todos, mis padres y mi hermano. —Suspiró e hizo una breve pausa antes de continuar—: Fue aquí, en Capelle, hace doce años. Cuando empecé la facultad, Nathan me convenció de que era mejor mentir y contarle a todo el que preguntara que mis padres habían muerto en la guerra, que así sería un huérfano más, como tantos otros. La gente no me echaría miraditas de pena, porque seguramente ellos hubieran vivido lo mismo. Me dijo que tanto dolor nos anestesiaba, que la gente se había acostumbrado a escuchar «murieron en la guerra», y que diciéndolo me salvaría de dar lástima. —Rio con sequedad—. No sé por qué le hice caso. Me sentí un mentiroso, un crío. Peor aún, me sentí un asesino tratando de encubrirse.

Alcé una ceja, pero Jem no llegó a verme. Tenía la mirada perdida en algún punto en el horizonte, aunque su mente vagaba mucho más lejos. Doce meses atrás, quizás. O doce años.

—No digas eso —dije, colocándole una mano en el brazo. Esta vez no se apartó—. Es… —titubeé, pero no supe como continuar—. En realidad Nathan

tenía razón. No tienes que ir por ahí pregonando la muerte de tus padres, pero si te preguntan no tienes por qué obligarte a contestar algo que te duele o que te molesta o que te recuerda lo que querrías olvidar. Solo era una manera de protegerte, no de… No de encubrirte. —Me mordí el labio—. Sé lo que pueden cansar las miradas de pena. Y tú no fuiste asesino de nadie.

Él sacudió la cabeza.

—¿No, Arielle? Éramos cuatro en casa, mi hermano tenía quince meses. Me levanté en medio de la noche por culpa de una pesadilla. Lo siguiente que recuerdo es el salón en llamas y cómo salí corriendo al jardín. —Se mordió el labio—. Fui el único que salió. El único que estaba despierto, el único que bajó al salón, el único que pudo encender alguna cerilla. Solemos olvidar aquellos recuerdos que nos hacen más daño y parece que a mi cerebro le pareció bien borrar todo lo que hice aquella noche. Solo recuerdo el antes y el después. La pesadilla y el fuego.

—No puedes culparte si no sabes lo que pasó.

—¿Y no te parecen suficientes pruebas? —Otra vez aquel tono sombrío en su voz.

—Jem. —Frené en seco, cogiéndole de los codos con las manos. Le obligué a mirarme—. No te tortures más, por favor. Ahora no puedes hacer nada, ¿lo entiendes? Y no fue tu culpa. Eras un niño…

—¿Crees que dejaré de pensarlo porque tú lo digas? —No lo dijo con brusquedad, solo con pena—. Pero tranquila, Arielle. Vivo con ello. Estoy siendo lo que mis padres querían que fuera, estoy cuidando de mi abuelo, que es la única familia que me queda… No puedo purgar de ninguna otra manera lo que hice.

—No tienes que purgar nada.

—Sigues sin entenderlo. —Jem resopló y apretó los puños—. ¿Qué, tus padres murieron en la guerra? Sabes al menos que murieron luchando, enfrentándose al enemigo. Sabes que tú no estuviste ahí para poder evitarlo. No tienes ni idea de lo que es sentirse culpable de algo tan grande, Arielle.

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas y giré la cabeza para que no me viera. Sus palabras eran las que mi cabeza repetía día tras día, las que recordaba cada vez que rompía un plato o hacía estallar un cristal. Era yo quien de la misma forma había arrebatado la vida a mi madre. Rompiéndole el corazón, quizás, o destrozándole los pulmones.

—Quizás sí.

Jem se volvió hacia mí; mirándome como si se preguntara si había escuchado bien.

—Mi padre murió en la guerra. De verdad —recalqué—. Pero no mi madre.

Con eso fue suficiente. Jem sabía cuándo tenía que callar y cuándo alguien no podía seguir hablando. Entendía lo que significaban mis silencios porque él era el primero en protegerse con ellos.

—Tú no tienes la culpa —dijo al cabo de unos segundos, con la vista clavada en sus zapatos. Sus palabras sonaban seguras, como si hubiera estado presente en la muerte de mi madre y pudiera negar lo que yo vi. Pero en realidad solo eran las palabras de alguien que sabía lo que era dañar a quien amas.

—El día que tú creas que no la tuviste quizás yo también lo haga.

Volvió a nacer ese silencio tan perfecto y tan cargado, volvió a mirarme como si leyera mi historia, y volvimos a frenarnos en medio de la acera.

Jem fue el primero en darse cuenta de la conversación que habíamos tenido y de la forma en la que había abierto su corazón. Sus mejillas se volvieron rojas en un instante y se pasó la mano por el pelo, apartándose el flequillo de la frente. Señaló hacia su derecha con el mentón.

—¿Te apetece algo de *Le petit Benjamin*?



A ninguno de los dos se nos pasó por alto la nube de incertidumbre que se cernió sobre nosotros. Las historias que habíamos dejado a mitad nos alejaban y el sentimiento que compartíamos nos volvía a juntar. Cada vez que su piel rozaba la mía, un escalofrío me recorría la espalda, como si Jem estuviera cargado de energía. Nuestro silencio era una forma de pedir perdón por habernos expuesto así. Por haber acabado diciendo lo que preferíamos guardar para nosotros solos.

Aunque tenía que admitir que Jem había conseguido que no me sintiera tan sola, tan incomprendida. Había visto en sus ojos el reflejo de mi propia culpa y había entendido sus palabras como si hubieran salido de mi boca. Él me entendía.

La única diferencia era que yo sí era una asesina.

En *Le petit Benjamin* descubrí que se me daba mejor que a Jem fingir que nada había pasado. No es que nuestra conversación fuera algo de lo que tuviéramos que avergonzarnos, pero notaba lo incómodo que se sentía. No estaba acostumbrado a alterarse y algo me decía que no había muchas

personas que conocieran la verdad acerca de la muerte de sus padres. Aunque todo dependía del autocontrol que tuviera Claire a la hora de guardar secretos.

No pude evitar sentir una especie de alivio al darme cuenta de lo bien que había cumplido la primera norma de Chardin: «No se lo dirás a nadie». A nadie. Ni siquiera a quienes se habían convertido en mis mejores —y únicos — amigos. Ni siquiera aunque ellos me abrieran el corazón. Un latigazo de realidad me recordó que, en todo lo referido a la telequinesia, estaba condenada a quedarme sola. Y era mejor que fuera así.

—Como vuelvas a pedirte el batido de plátano empezaré a pensar que te has vuelto adicta.

La voz de Jem me ancló de nuevo al restaurante. A las butacas de cuadros rojos y blancos, las luces de neón en las paredes y el olor a carne recién hecha y salsa barbacoa.

Le contesté con una sonrisa ladeada.

—No, hoy toca el de fresa. O el de chocolate. O… —Alargué el cuello para ver el tablón que colgaba detrás de la caja—. Eh, ¿has visto esa oferta?

Jem siguió la dirección de mis ojos.

—«¿Por qué esperar a San Valentín? ¡Celebra el amor con nosotros! Ven con tu pareja y consigue un dos por uno en nuestras deliciosas tortitas al más puro estilo americano» —leyó en voz alta, subiéndose las gafas con el dedo índice.

Solté una suave carcajada.

—Servirías para locutor de radio.

Él sonrió y estrechó más los ojos, como si tratara de encontrar un mensaje oculto en aquel cartel.

—¿Era esa? —preguntó.

—Ajá.

Parpadeó, intentando poner en orden sus ideas.

—Así que piensas traerte a tu pareja a comer tortitas.

—Sabes que no hay ninguna pareja. —Crucé los dedos para que mis mejillas no enrojecieran—. Pero… Ellos no lo saben.

Di un pequeño saltito en el sofá para acercarme un poco más a Jem. Le miré con una sonrisa picarona, pero él no parecía entenderme. Resoplé y me mordí el labio para contener la risa —o los nervios— antes de colocar mis manos sobre el puño cerrado de Jem. Su rostro se volvió rojo en cuestión de segundos.

—¿Quieres decir que…? —Pasó la mirada de nuestras manos a mis ojos, abriendo mucho los suyos. Sacudió la cabeza—. No, Arielle, es una tontería.

—Venga, no me seas puritano. —Le di un suave codazo en el brazo—. No tenemos nada que perder, solo la vergüenza. —Reí al darme cuenta de cómo Jem trataba de esconderse tras el flequillo, incapaz de frenar su rubor.

—Pero…

—Solo es una pequeña actuación, Jem. Será divertido.

Él dejó salir todo el aire que había estado conteniendo. Sus hombros se relajaron, aunque el taconeo de sus zapatos sobre el suelo me hizo pensar que no estaba tan tranquilo como le gustaría. Solté su mano y le pasé el brazo por debajo del suyo, enganchándome a él. Hice un movimiento de cabeza en dirección a la caja.

—Además estamos de suerte: hoy no trabaja la camarera cotilla.

Jem sonrió, todavía sin atreverse a mirarme.

—¿Cuál es tu plan, entonces?

—Conseguir un dos por uno en tortitas. Tranquilo, Jem, no voy a robarte ningún beso. Solo me pegaré mucho a ti y pondré ojitos de enamorada. Tú haz lo mismo.

Él sacudió la cabeza.

—Estás loca, Arielle.

—Y ahora tienes que fingir que eso es lo que hizo que te enamoraras de mí. —Me puse en pie y le animé a levantarse, cogiéndole de la mano para atraerle hacia mí.

Su rostro no había dejado de sonrojarse, pero detrás de esa capa de vergüenza había un gesto divertido. Puso los ojos en blanco antes de aceptar mi propuesta. A él también se le escapó una sonrisa.

Le miré de reojo mientras caminábamos hasta la caja. Las manos habían empezado a sudarle y se le veía un poco nervioso, aunque una parte de él trataba de calmarse. Me pregunté si alguna vez habría estado saliendo con alguna persona, si la habría llevado a cenar a *Le petit Benjamin*, si la habría besado delante de todos sin ponerse colorado.

Él podría estar preguntándose lo mismo sobre mí. Hasta yo misma me daba cuenta de la seguridad con la que cogía su mano, como si fuera algo que hiciera todos los días. Cuando solo quedó una persona por delante de nosotros en la cola, le cogí del brazo y le obligué a pasarlo por encima de mi hombro. Apoyé la cabeza en su pecho y sonreí.

Desde ahí noté cómo todo el cuerpo de Jem se tensaba y el corazón comenzaba a palpitarle más rápido.

—Vamos, *mon amour* —le dije, sin que nos oyera la cajera—. Suéltate un poco. —Jem estrechó los ojos un segundo antes de dirigirle una sonrisa

radiante a la camarera.

—Hola —dijo, después de aclararse la garganta—. Queríamos un… Unos…

—La oferta de las tortitas —acabé yo, rodeándole la cintura con una mano y acercándome más a él. Le miré a los ojos con una sonrisa y pestañeé una, dos, tres veces, antes de volverme de nuevo a la cajera—. Es nuestra merienda favorita, ¿verdad que sí, *chéri*? —Le pasé los dedos por el pecho.

Con una mirada supe que Jem intentaba contener el rubor, los nervios y la risa a la vez.

—Sí. —Agarró mi mano, luciendo otra vez su sonrisa de presentador de televisión.

La camarera nos miró alternativamente de arriba abajo. Me esforcé por poner la cara de tonta más creíble que encontrara y pellizqué la espalda de Jem para que me abrazara más fuerte. La chica acabó por resoplar y se giró hacia la cocina.

—Dos de tortitas, Mike —gritó antes de volverse a nosotros. Me dio tiempo a lanzarle una mirada de ilusión a Jem—. Serán veinte francos.

Jem me adelantó y dejó las monedas sobre la mesa antes de que me diera tiempo a sacar la cartera. Él se encogió de hombros, mirándome mientras la cajera buscaba el cambio.

—¿Qué clase de novio no invita a su novia?

Le di un codazo.

—Uno que es ficticio, bobo.



Las tortitas sabían mejor cuando las compartía con Jem; nuestras risas sonaban mejor cuando horas antes solo había rabia y pena.

A pesar de su constante rubor, no me soltó la mano hasta que se vio obligado a coger los cubiertos, una vez en la mesa. No puso pegas cuando seguí mi actuación de espaldas a la cajera, y se atrevió a sostenerme la mirada. Un mordisco a las tortitas bastó para admitir que el espectáculo había merecido la pena.

—Chst —le llamé, poniéndole una mano en el hombro—. No hay nadie haciendo cola.

—¿Y?

—Que la camarera tiene vía libre para vernos. Vamos, sé cariñoso.

Él frunció los labios.

—Arielle, estoy comiendo. —Se llevó un nuevo trozo de tortita a la boca, ocultando su sonrisa.

—Ya me encargo yo —contesté, divertida.

Agarré la servilleta y le limpié los restos de chocolate de la comisura, acercando mi rostro al suyo. Desde ahí podía ver la peca que le nacía bajo el labio, los levísimos hoyuelos que surcaban sus mejillas cuando sonreía, los rizos que se le formaban en la nuca. Cuando me di cuenta, la que tenía el rostro ruborizado era yo.

—¿Es así como miras los lienzos?

—¿Qué?

—Te has quedado embobada con la servilleta en el aire. Me preguntaba si te pasaba lo mismo cuando pintabas.

—Ah. No, no. Más que embobada, estoy… concentrada.

O bailando, saltando, moviendo las manos en el aire como si fuera la directora de una orquesta. A veces deslizaba los dedos como si estuviera tejiendo un telar invisible.

—¿Estabas concentrada ahora?

—Estaba actuando.

—Ya lo sé, *idiote*. —Pinchó un trozo de tortita y se lo llevó a la boca. Esta vez tendría que quitarse el chocolate él solito.

—¿Y tú? —pregunté. Arqueó una ceja, sin entender mi pregunta—. Cuando escribes… Estarás concentrado también, ¿no?

Jem tragó y dejó caer los hombros con un suspiro.

—Arielle, olvida que escribo. En serio. Lo único que hago es perder el tiempo.

—Eso no es verdad. Estoy segura de que…

—No digas nada. —Negó con la cabeza; los ojos se le ensombrecieron—. No puedes comparar lo que es para ti pintar con lo que significa escribir para mí. Yo no… —Frunció los labios, buscando cómo explicarse—. Escribo todo lo que callo, todo lo que sueño y espero. Pero escribirlo no me hace libre, al contrario. Me hace sentir culpable; siento que estoy traicionando a mis padres, que estoy perdiendo el tiempo creando historias que nadie leerá. Que nadie entenderá. Cuando tú pintas te sientes feliz, sin ataduras ni normas, te sientes bien… Cuando yo escribo me siento extraño. Una parte de mí se martiriza por no ser suficiente, por no ser lo que mis padres querían que fuera; la otra siente que escribir es la única forma que tiene de escapar.

Me miró de nuevo como si acabara de darse cuenta de que seguía ahí. Arrugó la nariz y agachó la cabeza.

—Lo siento, me he ido por las ramas.

—No, no te preocupes. —Mi mano se movió antes de que mi cerebro le diera la orden, y apretó su brazo con cuidado—. Sé lo que quieres decir.

El murmullo de los demás clientes pareció reducirse.

—Es complicado —murmuró, casi para sí.

—Lo sé. Si no quieres que vuelva a decir nada sobre el tema, yo…

—No, da igual.

—Sigo creyendo que tus padres solo querrían que fueras feliz.

—Tú no los conociste.

—Y tú no sabes qué pensarían ahora.

Vi cómo mis palabras le apuñalaban, haciendo que se encogiera.

—Déjalo, Arielle.

Y lo dejé.

Me volví con resignación de vuelta a las tortitas, hundiendo en chocolate el último trozo que me quedaba. El silencio volvió a pesar sobre nosotros, y de nuevo era yo la única culpable. Con dos frases había conseguido que la mente de Jem se distanciara de mí, que volviera a alzar su escudo.

Pero quizás otras dos frases volverían a remediarlo.

—¿Y los postres?

Él frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿Te concentras mucho cuando cocinas o te sale solo? Claire me habló de tus habilidades culinarias.

El rostro de Jem se coloró en medio segundo, y por un instante creí que iba a escupir lo que llevaba en la boca.

—Maldita Claire… —Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—¿Y bien? ¿Cuál es tu especialidad?

Jem soltó una carcajada y sus hombros se destentaron.

—Bueno, los rollitos de canela se me dan bastante bien. ¿Los has probado alguna vez?

Negué con la cabeza.

—Tienes que preparármelos un día de estos. Pero tengo que estar presente cuando los hagas, ¿eh? Quiero verte en acción, *chef*. —Le guiñé un ojo, divertida.

La sonrisa de Jem se ensanchó.

—Ven a verme cuando quieras, Ari. El verano es largo.

Más vacía
1959 – Después de ella

Antes de que me diera cuenta, Jem estaba haciéndome reír.

Fue una carcajada sincera, de esas que parecen burbujearte en el estómago y son imposibles de contener. Las que te achinan los ojos, hacen que te dobles por la mitad y que te sientas ese tú de cinco años. Ni siquiera recuerdo qué me hizo reír, y seguramente no fuera tan gracioso como ahora lo veo. Pero ese era el poder de Jem: transformarme.

Algunas personas tenían el don de llenar la vida de los demás con su presencia. Otras, como yo, la vaciaban.

Pasamos una tarde tranquila en el comedor, rodeados de música y libros. Sentía el peso de aquella nota en mis bolsillos, cada vez más difícil de ignorar. Pero no le conté nada. No quería estropear aquel momento ni acallar nuestras risas.

Subimos temprano a la habitación. La alegría de las últimas horas dejó marca en mis sentidos, volviendo los colores más intensos, los sonidos más agudos y el tacto de Jem más electrizante. Un roce suyo bastaba para provocarme ese cosquilleo que solía sentir justo antes de besarle. Cuando me dejaba perderme en su mirada. Cuando nuestro mayor problema era que nos descubrieran juntos.

Ahora la situación se había invertido: estar juntos era lo único que me mantenía viva.

Bastó un solo gesto de Jem para que volviera a recordarme que *nada* iba tan bien como creía. Que no podía cegarme ahora.

Jem acortó la distancia que nos separaba, me rozó la mejilla con su mano, fijó sus pupilas en las mías, entreabrió los labios, se inclinó hacia mí.

Me aparté de él.

Puse los pies de nuevo en la tierra.

—Lo siento —murmuré, sin ser capaz de mirarle a los ojos.

Su sonrisa se desvaneció. Suspiró y se dejó caer sobre la cama, con los hombros caídos. Nos quedamos callados durante lo que me pareció una eternidad, mientras él se entretenía desabrochándose los zapatos. No recordaba una sola vez en la que el silencio entre nosotros hubiera pesado tanto.

—Sigo sin entender por qué no te permites ser feliz —murmuró al cabo de un rato, cabizbajo.

—¿Ser feliz? —Tracé una sonrisa cargada de ironía—. ¿De verdad crees que después de todo lo que ha pasado, podemos…?

—Basta —me interrumpió, negando con la cabeza—. Basta, Arielle, deja de torturarte. Deja de recordar lo que pasó cada maldito día. Tenemos esta oportunidad para poder empezar de nuevo, para olvidar todo lo que ocurrió y…

—¡No puedo olvidarlo, Jem! —Apreté los puños. Casi un segundo después, volví la mirada al techo y respiré hondo, tratando de calmarme—. No puedo olvidarlo si en cualquier momento puede volver a pasar. Lo que pasó en Capelle, en mi casa, en…

—Olvídalo, Ari. Olvídate de Arcueill, de Capelle, de Sainte Geneviève, olvídate de todo. —Se puso de nuevo en pie para apoyar las manos en mis hombros—. Tenemos la oportunidad de dejarlo todo atrás de una vez. Estamos juntos en esto, Ari. Y es por eso por lo que no llego a entender… —Otra vez aquella expresión de cansancio—. No entiendo por qué te alejas de mí cuando más cerca nos tenemos. Creía que esto era lo que queríamos…

Las lágrimas corrieron por mis mejillas antes de que me diera tiempo a detenerlas. La felicidad de minutos antes parecía haberse desvanecido con un solo recuerdo.

—Jem… —Empecé, tratando de explicarle lo que en el fondo ya sabía—. Me he enamorado dos veces y a los dos os he hecho daño. Un daño que no merecíais. Eres lo que más quiero en este mundo, Jem, y no puedo… —Respiré, buscando las palabras—. No quiero que sufras. No quiero que me quieras más, no quiero que quieras besarme, no quiero que ansíes estar conmigo ni que estés cerca de mí. Lo he estado pensando mucho estos días. Desde el… accidente. —Hice una pequeña pausa—. Mereces una chica normal, una chica que no pueda matarte en cualquier estúpida discusión de pareja.

—Sabes que eso no funciona así.

Negué con la cabeza, tratando de, por lo menos, ser capaz de contener el sollozo.

—Eres la misma chica de la que me enamoré, la misma chica que sé que amaré toda mi vida —dijo entonces, con la voz quebrada. Sus ojos también se humedecieron—; pero mientras sigas alejándote del mundo, seguirás desapareciendo. Siento que estás reduciéndote, volviéndote más pequeña, más fría, más vacía. —Esta vez le permití que me acariciara la mejilla, no sin miedo. Sentí que dejaba mi corazón en sus manos—. Quiero recuperar a mi Ari —suplicó, con lágrimas en los ojos—. Demuéstrame que sigue ahí.

Finales de julio
1958 – Un año antes de ella

El verano era largo, había dicho Jem. Y por primera vez lo único que deseaba es que no tuviera razón.

Aquella noche volví a Arcueill arrastrando los pies, habiendo apurado el tiempo en Capelle hasta el último minuto. Las últimas horas con Jem se habían vuelto más fáciles y frescas, como una brisa de aire. Como si al principio hubiéramos tirado de los lados contrarios de una cuerda y hubiéramos acabado rompiéndola. Su timidez se iba evaporando conforme pasaba las horas conmigo. Y, para su desgracia, yo iba perdiendo la poca vergüenza que tenía.

Fue en uno de esos descansos entre risas, con los restos de chocolate y tortitas todavía frente a nosotros, cuando recordé la razón por la que había empezado a acercarme a él.

Toulouse.

Jem ya había empezado a hablarme de su familia. Primero con rabia, luego con pena, poco a poco con indiferencia. Era cuestión de tiempo que la incomodidad quedara atrás y comenzara a hablar de su pasado con la facilidad con la que hablaba de sus recetas.

Después de aquellos momentos tan cálidos con él, volver al lado de mi abuela fue como entrar una cueva oscura y fría. Ella me recibió con una sonrisa, sin separar las manos de la cuchara con la que removía el caldo. Se había recogido el pelo en un moño alto y vestía un delantal sobre la falda de cuadros. Me miró por encima de las gafas e hizo un gesto con la cabeza para que me acercara a la cocina.

Me desanudé el lazo que me sujetaba la coleta conforme me acercaba, dejando que mis cabellos cayeran en capas sobre mis hombros. Me senté con un suspiro.

—He preparado caldo de pollo —dijo mi abuela, volcando el contenido de la olla en un plato.

—Sopa caliente, genial. Lo mejor para refrescarse en verano.

—Da gracias a Dios por tener algo que llevarte a la boca, Arielle. Por cierto —dijo, sentándose a mi lado en la mesa, sin levantar la mirada de su plato—, no me has dicho cómo te ha ido con *monsieur* Chardin.

—Ah, sí. Fue bien, abuela. Nada de lo que preocuparse.

Volvió la mirada a mis manos, como si en lugar de sujetar un tenedor estuviera cargando un arma invisible. Su rostro se mantuvo tenso, los labios fruncidos.

—Hace mucho que no… —titubeó—. Que no…

—*Monsieur* Chardin me ayuda a tenerlo bajo control.

Dejó escapar un suspiro.

—Pensé que a estas alturas estaría aniquilado.

Aniquilado. Como si fuera un monstruo que habitara dentro de mí, alimentándose de mis entrañas. Chardin había insistido tanto en que no era una maldición (a pesar del dolor, a pesar del descontrol) ni un ente; en que era una parte de mí tanto como lo eran mi voz o mi fuerza, que las palabras de mi abuela me afectaron como si estuviera hablando de mí misma.

Pero también entendí su impaciencia. Sabía lo que era tener miedo.

Y a veces, perdida entre pinturas que levitaban, pinceles que bailaban y colores que explotaban sobre el lienzo, se me olvidaba que igual que creaba, aquella energía destruía con la misma facilidad. Se me olvidaba que tendría que estar tan asustada como mi abuela, que tendría que estar deseando arrancarme aquel monstruo de mí.

A largo plazo, pensaba hacerlo. Tenía que llegar a Toulouse. Pero los buenos momentos me nublaban la voluntad y me hacían olvidar que mi poder seguía siendo peligroso. También mortal.

—Existe una manera, abuela —dije, encogiéndome un poco más en mi asiento—. No tenemos por qué esperar a que se debilite él solo. —«Si alguna vez lo hace», pensé—. Chardin… *Monsieur* Chardin —corregí— me comentó que existía un cirujano en Toulouse, *monsieur* Grégoire, especializado en la telequinesia y… otras ciencias parapsicológicas —añadí, aunque no estuviera del todo segura—. Con una sencilla operación podría… podría liberarme de esto. Solo tendríamos que ir a Toulouse.

Mi abuela dejó el tenedor en el aire, juntó los labios en una fina línea y clavó su mirada en mí.

—¿Un cirujano, dices? —preguntó, y cuando asentí con la cabeza, estalló en una carcajada tan inesperada que me hizo echarme atrás en el asiento—. ¿Y piensas que un cirujano va a operarte sin ánimo de lucro? ¿Piensas que algo tan peculiar será barato, Arielle? —Puso los ojos en blanco—. No seas ilusa, niña. Después de arruinarnos para ir hasta Toulouse, ese *cirujano* —casi escupió la palabra— nos exprimiría hasta sacarnos el último franco. ¿Y luego qué? ¿Vivimos en la calle con tal de que tú no puedas hacer ninguno de tus trucos? Arielle, *ma fille* —Sacudió la cabeza y se inclinó hacia delante, hablándome como a una niña pequeña que hubiera pedido demasiado por Navidad—, ten paciencia y pon los pies en la Tierra. En esta casa apenas entra dinero, y ya tengo bastante con pagar Sainte Geneviève.

—Yo no le pedí que me llevara. —La fulminé con la mirada, aunque ella parecía inmune. Mordió un trozo de pollo con una ligera sonrisa.

—Es una inversión a largo plazo. Lo entenderás cuando seas adulta.

También era una forma de apartarme de ella, pensé. ¿Esa era su forma de… curarme? ¿Mantenerme lo suficientemente lejos como para que mi poder no la afectara?

—El dinero no es un problema, abuela. Yo… —Me mordí el labio, debatiendo si debía decírselo o si callándome me ahorraba más burlas—. He comenzado a vender pinturas en la plaza. Es donde voy cada tarde, antes de comprar el pan.

Mi abuela alzó las cejas, dejando su cena a mitad.

Entrelazó las manos sobre la mesa.

—¿Cuántos días llevas haciendo eso? ¿Tres, cuatro?

Tragué saliva.

—Empecé ayer.

—Oh, ya veo. ¿Vendiste muchas obras? —Estrechó los ojos; su tono de voz distaba mucho de la curiosidad. Casi parecía buscar una excusa para reírse de mí.

—Solo una, abuela. —Bajé la mirada a mi falda.

—Hmm. —Se recostó atrás en su silla—. ¿Por cuánto? ¿Doscientos francos?

Sentí que me daba un vuelco el corazón. Mis manos fueron instantáneamente al bolsillo de mi falda, donde todavía pesaban las monedas que me había ganado la tarde anterior.

—Veinte.

—Con veinte francos apenas te llega para comprar un billete de autobús. ¿Ese es tu plan para ir a Toulouse? ¿Para ir a la universidad? *Ma fille*, deja de

soñar despierta.

Con su tono de voz me hizo entender que había puesto punto final a la conversación. Me recosté en el asiento, resignada, y empecé a comer para tragarme las palabras. No iba a conseguir nada hablando con ella, mucho menos ahora. Mi abuela tenía mi vida planeada al milímetro, de forma que fuera lo menos molesta para ella y lo más apetecible para el sexo opuesto. Me había enseñado a coser, a cocinar, a limpiar, a ser el ama de casa perfecta. La futura mujer perfecta.

Había olvidado que yo tenía mi propia vida, mis gustos, mis sueños y mis ilusiones. En mis planes estaba hacerme feliz a mí antes que a cualquier hombre.

No iba a dejar de vender mis cuadros. Cada vez estaba un franco más cerca de conseguir entrar en la Escuela Superior, y después de tantos años viviendo bajo el mismo techo que Edith Larue, paciencia no me faltaba. En enero cumpliría dieciocho años y mi abuela dejaría de tener poder sobre mi vida. Ella no sería la que firmara mi entrada en la universidad.

Hasta entonces, iba a hacer todo lo que estuviera en mi mano para que el nombre de París encabezara la matrícula.

Mi abuela detuvo el flujo de mis pensamientos.

—¿Cuándo vas a volver a casa de *monsieur* Chardin? —dijo, sin apartar la mirada de su cena.

—Creía que hasta septiembre no me iba a mover de aquí.

—No me refiero a… de esa forma. —Sacudió la cabeza. Por lo que veía no volvería a dormir en mi cama de Capelle en mucho tiempo—. Digo que cuándo volverás para que te controle. No puedo tenerte aquí todo el verano y arriesgarme a que acabes destrozando la casa.

—Pues… —Arrugué la frente, contando los días en mi memoria que llevaba sin ver a Chardin—. Me vendría bien la semana que viene. El viernes, quizás.

Mi abuela dirigió su mirada al techo.

—El día 23, si no me equivoco. ¿No?

Asentí con la cabeza. ¿Iba a ser ya 23 de julio?

23 de julio.

El día que Nathan Pages cumplía diecinueve años, el mismo día que tenía pensando montar una fiesta en su casa, de esas que hacían que Claire pegara saltitos y se volviera todavía más niña. El día que habíamos quedado en volver a vernos. Quizás lo de ver a Chardin podría esperar, aunque mi abuela

no tendría por qué enterarse. Para ella solo sería un día más, o dos como mucho, sin su nieta molestando por casa.

—Sí. —Le dediqué una breve sonrisa—. El 23 de julio. Quizás me tenga que quedar a pasar el sábado también. Es una época difícil.

El rostro de mi abuela se ensombreció, pero se esforzó para mantenerse serena. Asintió lentamente con la cabeza.

—Por supuesto —dijo.



Pasé la tarde del 23 de julio con un bloc de notas sobre las rodillas, dejando correr las horas hasta que llegara la noche.

En verano, Capelle se volvía una ciudad fantasma. La humedad y el calor la convertían en un horno, y la gente escapaba a la costa o a las montañas buscando brisas de aire que les mantuvieran frescos. En el pueblo no había nada más que calles desiertas, tiendas cerradas y parques vacíos. Los pocos habitantes que se quedaban pasaban el tiempo en las piscinas de sus casas o buscando la sombra bajo los árboles.

Y sin embargo, el calor no me parecía nada comparado con el infierno que suponía pasarme el resto del verano encerrada en casa con mi abuela.

Había elegido el parque más solitario y alejado de la plaza, a medio camino entre el centro del pueblo y los dos internados. Por lo que tenía entendido, Nathan y Jem pasaban la mayoría de fines de semana en su apartamento a no ser que tuvieran algún compromiso familiar. Nathan llegaba y volvía cuando le venía en gana, y preguntarle qué había hecho o dónde había ido era tan absurdo como preguntarle a Claire qué tal llevaba matemáticas. Reiría, esquivaría el tema o se marcharía a su habitación dando un portazo, furioso consigo mismo.

Jem, en cambio, pasaba la mayor parte del tiempo en casa de su abuelo. En *su* casa, al fin y al cabo. En Capelle no era ningún secreto que la salud de Oliver Favre seguía tambaleante; había días en los que se levantaba con ganas de comerse el mundo y le hablaba a Jem de su abuela, de sus padres, de la vida que había existido antes de que aquel incendio acabara con la mitad de los Favre. Pero nunca mencionaba el fuego. Tampoco al niño que sobrevivió entre las llamas y que ahora le preparaba el té, con el mismo cuidado con el que arroparía a un recién nacido.

Había cogido la costumbre de escribirle cartas a Jem; no tanto para contarle cómo iba mi verano («Esta semana mi abuela ha comprado sandía.

He pensado que podría hacer unos sorbetes deliciosos, pero mi abuela insiste en que invierta el tiempo en cocinar algo más… *útil*. Como cocido o caldo de pollo. Porque ¿a quién no le apetece cocido a finales de julio?»), sino para dejarle caer que me hablara de él. De cómo estaba. No quería que me contestara un «bien» o un «sobreviviendo». Quería escuchar la verdad, quería que abriera su corazón, que volcara en sus cartas todo lo que volcaba en sus novelas. Pero mis preguntas seguían siendo esquivadas.

«Aquí todo bien; mi abuelo me ha enseñado a jugar a las damas. Bueno, me enseña a jugar cada tarde, porque olvida que ya me enseñó lo mismo la tarde anterior. En realidad agradezco que eso sea lo único que se le olvide. Al menos por ahora. Y además, las damas no me aburren tanto. ¿Y a ti, Arielle? ¿Te gustan las damas? ¿O eres más de ajedrez?».

En sus cartas Jem nunca me pedía a que volviera a ayudarle, y yo no tenía suficiente coraje todavía para preguntarle o presentarme en la casa, sin avisar. Las respuestas que Oliver Favre guardaba tendrían que esperar, aunque una parte de mí temía que cuando volviera a verme fuera demasiado tarde. No se acordaba de haberle enseñado a su nieto a jugar a las damas, ¿cómo iba a recordar bien el pasado de Chardin? ¿Cómo me aseguraba de que realmente hablara de mi madre, y no de una chiquilla cualquiera con su mismo nombre?

Sacudí la cabeza y volví la vista al dibujo: un simple boceto del parque que tenía delante. Aunque me permití incluir un par de personajes sentados en los columpios, mirándose con el rostro ladeado y una sonrisa de oreja a oreja. Se hizo de noche. Ni siquiera entonces supe si los protagonistas del dibujo éramos Jem y yo, o Nicolas Chardin y mi madre.

La fiesta

Esperaba encontrarme un barullo desenfrenado de universitarios en la casa de Nathan, esparcidos por los sofás con vasos a medio beber o cantando las canciones de Elvis Presley a pleno pulmón, mientras animaban a los demás a unirse al baile. Esperaba que los cojines hubieran acabado tirados en el suelo, junto a un par de platos llenos de migas. Y esperaba que Nathan estuviera en el centro de la habitación, con una corona de papel en la cabeza y los ojos brillantes mientras miraba la tarta de queso sobre sus manos.

Solo acerté el detalle de la tarta de queso, la favorita del cumpleañero. Cuando llegué, media hora antes de lo previsto, Jem todavía llevaba puesto el delantal. Al abrirme la puerta se sacudió las manos sobre los muslos y me invitó a entrar con un movimiento de cabeza y una sonrisa. La cocina entera olía a mermelada de frutos rojos.

—Te aseguro que nunca probarás una tarta de queso mejor —dijo Jem, acercándose a la tarima.

—Qué modesto —sonreí.

—Es lo que siempre dice Nathan. Y créeme, no conozco a nadie que haya probado más tartas en su vida. Bizcocho de chocolate, tarta de manzana, de zanahoria, pastel de carne… —Ahogué una carcajada y Jem se giró para mirarme—. Sí, él considera el pastel de carne un producto de repostería, así que imagina sus postres. No hay nada que se le resista.

—Debe de tener un metabolismo envidiable.

Jem se encogió de hombros con una sonrisa y volvió la vista a la tarta.

—¿Ari? —Una cabeza se asomó por la puerta de la cocina—. Joder, qué puntual. Llegas cinco minutos antes y me encuentras en calzones.

Mi risa se ahogó en el abrazo de Nathan. El chico dio un paso atrás, todavía con las manos sobre mis hombros, para mirarme como si hubieran pasado años desde la última vez.

—Los diecinueve te sientan bien —dije.

—No hace falta que lo jures, pequeñaja. —Me sacudió el pelo antes de volverse hacia Jem, que acababa de chuparse los dedos con los restos de mermelada—. ¿Es tarta de queso? —Jem asintió, cubrió la tarta con papel de aluminio y la metió en la nevera—. Tío, eres el mejor. —Puso los brazos en jarras e inspiró hondo, como si en lugar de mermelada respirara aire de montaña. Suspiró y bajó los hombros—. Vodka y tarta, no puedo pedir más.

—¿Necesitáis que os ayude con algo? —pregunté.

Jem se acercó a nosotros, desanudándose el delantal.

—Está todo listo, ¿no, Nate? Solo nos falta Claire.

—¿No viene nadie más?

—¿Para qué? —Nathan puso los ojos en blanco. Se acercó a mí y me rodeó los hombros con un brazo—. Ya me has oído antes: no puedo pedir nada más.

Quizás fuera la calidez con la que hablaba, el cabello revuelto de Jem, el olor a mermelada o el ya familiar murmullo de la radio —eternamente sintonizada en la cadena de *rock*—, pero un simple vistazo a la habitación me hizo darme cuenta del hogar que Nathan y Jem habían construido. De cómo un lugar cambiaba de blanco y negro a color cuando las personas correctas lo habitaban.

Los chicos me condujeron al salón. Habían apartado la mesa del centro y la habían cubierto de patatas fritas, cacahuetes y refrescos. Y en el centro, tras la tarta de queso, tres botellas de alcohol. Mis pobres conocimientos sobre la materia hicieron que solo reconociera el vodka, y no me paré a leer la etiqueta de las otras botellas. Me dejé caer sobre el sofá y contemplé las serpentinas que cruzaban el techo, moviendo los pies al ritmo de la música. Nathan dejó encendida una única lámpara de pie, hundiendo el salón en una cálida semipenumbra.

A los diez minutos llegó Claire, llevando una cuarta botella como regalo. Se había pintado los labios de un rojo muy chillón, del mismo color que sus tacones. El maquillaje y la blusa que llevaba la hacían parecer más adulta, pero el chillido que pegó al verme y los saltitos que dio hasta abrazarme la devolvieron a sus tiernos diecisiete años.

Nathan se colocó en el centro del salón y extendió los brazos a ambos lados.

—¡Que empiece la fiesta!

La fiesta empezó con una versión roquera de «Cumpleaños feliz» y el soplo de Nathan al apagar las velas. Repartió un trozo de tarta a cada uno, sin cubiertos, animándonos a comerla sin las manos. A bocados. Él fue el primero en hundir la cara en el plato y levantarla con los labios cubiertos de mermelada, relamiéndose. Tras uno de esos ataques de risa que te provocan dolor en el estómago, Claire le siguió, Jem también, y yo acabé por poner los ojos en blanco y morder la tarta como si se tratara de un pedazo de carne. Jem tenía razón: no había probado un pastel mejor. Cremoso y ligero, tierno y con un pequeño toque de limón, contrastando con la crujiente base de galleta de mantequilla.

A la tarta le siguió el aumento del volumen de las canciones, Nathan agarrando su guitarra acústica y tratando —sin resultado— de seguir las notas de la canción. Cuando se dio por vencido y vio que Claire comenzaba a bostezar, empezó a servirnos la bebida.

Noté que me ardían las mejillas en cuanto rechacé el primer vaso.

—¿No quieres?

—Es que… No me gusta el alcohol —dije. Nathan abrió mucho los ojos —. En serio.

Los labios de Claire se curvaron en una sonrisa al tiempo que se cruzaba de brazos.

—Pero, Ari, ¿lo has probado alguna vez?

Mi rubor contestó por mí. Claire me dio una palmada en el brazo y se acercó a mí, riendo.

—¡Oh, venga! —rio—. Cuando lo mezclas con el refresco sabe a piruleta, te lo prometo. Está bueno. Y te pondremos poco vodka, princesita. —Me sacudió el cabello, dejando caer unos mechones pelirrojos sobre mi cara—. ¿Qué me dices?

Eché un vistazo a mi alrededor antes de contestar. Nathan ladeó la cabeza y alzó levemente la botella, Jem me miró con una sonrisa desde el sofá y levantó su vaso hacia mí, Claire me rodeó los hombros y me empujó con cuidado hacia Nathan.

—Vale —dije, con un suspiro—. Pero que sea poco.

—No te preocupes por eso —contestó Nathan, acentuando su sonrisa.

Quizás fue ahí cuando la fiesta empezó.

O por lo menos, puedo decir que aquel fue el momento en el que la música empezó a sonar más alta, más animada, en que mis piernas y mis hombros empezaron a encontrar el ritmo de las canciones y se movieron sin que yo les diera permiso. Fue cuando los chistes de Nathan empezaron a tener

más gracia, o quizás la gracia estaba en las sonoras y contagiosas carcajadas de Claire.

La chica tenía razón; la bebida sabía a piruleta.

Acabamos tirados sobre la moqueta del suelo —en algún momento nos pareció mucho más cómoda que los sofás—, con los cojines esparcidos a nuestro alrededor, las piernas extendidas hacia el centro y un montón de cartas amontonadas en el hueco que nos separaba. Habíamos empezado a jugar al mentiroso, pero Nathan se reía cada vez que mentía, como Claire, y Jem empezaba a perder los nervios. A cada sorbo que tomaba lo sentía más lejano, más serio, con la mirada más perdida. Tenía los hombros caídos, como si fuera una marioneta a la espera de que la pusieran en pie.

Dejé el vaso a un lado y gateé hasta Jem, que ni siquiera se esforzó en devolverme la mirada. Le di un suave codazo.

—Eh, ¿a qué viene esa cara larga? —El volumen de la música me obligaba a subir el tono de voz hasta casi gritar. A los demás no parecía importarles; seguían cantando como si quisieran eclipsar la voz del cantante con la suya.

Los labios de Jem se curvaron en una suave sonrisa.

—No estoy poniendo ninguna cara.

—Estás muy quieto.

Se encogió de hombros. A nuestro lado, Nathan y Claire pegaron un bote y rieron al chocar contra la moqueta. Estaban empeñados en bailar sin despegar las piernas del suelo.

—Y muy callado —añadí, apartando la mirada de los demás.

—No hay mucho que decir.

—¿Qué? —Me tapé la oreja más alejada de Jem, tratando de escucharle mejor. Él apartó su vaso y rodeó su boca con las manos.

—¡Que no hay mucho que decir!

—¡Vale, vale! —Me dejé caer a su lado, soltando una carcajada. Él siguió lánguido y tranquilo, como si sus oídos escucharan un solo de piano en lugar de la estridente canción de *rock*. Daba pequeños toques al vaso con los dedos —. Es mi primera vez, ¿sabes? En una fiesta.

Arqueó una ceja.

—Te conocí en una fiesta.

—Pero en esa no participé. Eso no cuenta. —Estiré el brazo hasta agarrar mi bebida con sabor a piruleta y se la enseñé a Jem—. *Esto* es participar. —Tragué un sorbo—. Y bailar. Y sentirme a gusto. En la última fiesta no fui más que una mujer florero.

Jem se quedó callado, con la mirada fija en la otra pareja. Por un segundo pensé que no iba a decir nada.

—Solo he entendido la palabra «florero» —murmuró, tan bajo que tuve que arrimarme para escucharle—. ¿Qué mierda pasa con los floreros, Ari?

Le contesté con una de esas carcajadas que nacen en el estómago y hacen vibrar todo el cuerpo.

Claire abrió los ojos como si mi risa hubiera sido una alarma. Frenó el baile de Nathan colocándole la mano sobre el brazo y sacudió la cabeza; todo su pelo ondeó en capas como si se tratara de un anuncio de champú.

—Eh, eh —dijo, señalando a Jem con un dedo acusador. Su mirada fue saltando de su cara a la mía—. No quiero veros así de aburridos. ¡Se supone que es una fiesta, chicos! Tenéis que soltaros un poco, divertiros y bailar.

Estiró el brazo hacia el tocadiscos, por encima de su cabeza, y bajó el volumen hasta que la voz de Nathan entonando (mejor dicho, *desentonando*) la canción inundó todo el salón. Me mordí el labio para contener la risa. Nathan dejó de cantar en cuanto se dio cuenta de que su voz era el único ruido de la habitación.

Suspiré y me recosté más contra la pared.

—Tenía entendido que para bailar había que estar de pie.

—Ya has visto que no. —Claire me devolvió la sonrisa—. Pero no os veo con muchas ganas, ¿eh? Cumpleañero, ¿cómo les animamos? —Se volvió hacia Nathan y le dio un codazo en el costado.

Él pestañeó tres veces, como si necesitara el doble de tiempo para pensar.

—Juguemos a algo —dijo finalmente. Echó un vistazo a su alrededor y fijó los ojos en la mesa que tenía a su espalda. Agarró una botella con la mano, bebió el último sorbo y la tumbó frente a nuestros pies, vacía—. A verdad o reto.

Claire empezó a bailar con los hombros, como una niña pequeña. Se acercó más al centro.

—¿Qué, os animáis? No me digáis que no, que jugar solo dos es muy triste.

Suspiré y puse los ojos en blanco. Guardaba muchas verdades que no saldrían a la luz, nunca, preguntaran lo que preguntaran. Y supuse que ellos también. Aquel juego me parecía una pérdida de tiempo: nadie estaba obligado a contar la verdad, ¿y qué gracia tenía escuchar mentiras? Los retos eran otra cosa. Algo absurdo y sin sentido, pensando para que el otro se disfrazara de mono de feria durante un rato. Para que hiciera lo que otros no se atrevían a hacer.

Aun así, jugar a contar mentiras me pareció una forma divertida de amenizar la fiesta.

Me giré hacia Jem y señalé la botella con un movimiento de cabeza.

—¿Vamos?

Él se encogió de hombros.

—La otra opción es quedarme mirando. Es tentadora —se acabó su bebida con un rápido forma—, pero también injusta.

Se sentó con las piernas cruzadas y se arrastró un poco hacia delante hasta colocarse frente a Claire, con la botella entre ellos. Yo me senté a su lado, mirando a Nathan.

—Bien, ¿quién gira la botella? —preguntó Jem, con un tono de voz más apagado e insípido que de costumbre.

—Menos preguntar y más actuar, Favre. —Claire le sonrió y se tiró hacia delante, haciendo girar la botella. A sus espaldas todavía se oía la voz de Frankie Lymon y el saxofón de fondo, sonando a través del tocadiscos.

—Nathan —sentenció, con una sonrisa ladeada, justo cuando la botella se paraba apuntando al chico—. El cumpleañero primero, como siempre. ¿Verdad o reto?

Sentí la garganta seca. Volví a mirar a mi alrededor, sin moverme del suelo, como si no supiera lo que iba a encontrarme —platos de plástico con restos de tarta a mi derecha, la puerta que conducía a la cocina un poco más a mi izquierda—, esperando que un vaso de agua apareciera mágicamente a mi lado. Pero lo único que iba a aparecer a ese paso serían un par de serpentinas del techo.

Bueno, siempre podía hacerlo venir desde la cocina.

—Verdad.

—Cobarde —contestó Claire, sacándole la lengua. De nuevo fue ella la que tomó la iniciativa—. Vale, está bien. Háblanos de tu mayor miedo.

Era una oportunidad preciosa para contar uno de sus chistes, para soltar una carcajada y librarse de la pregunta hablando de su miedo al Jem gruñón de las mañanas. O su miedo a las arañas, si quería ser más tradicional. Yo sí que podía hablar de mi miedo a las arañas sin soltar ni una sola mentira. Claire era testigo.

Pero el rostro de Nathan se oscureció. La cálida luz de la lámpara le iluminaba media cara, resaltando las líneas rectas de sus facciones: la dureza de su mandíbula y la porte propia de un rey egipcio; la barba incipiente y el color pardo de sus ojos, algo más verdes al darles la luz. Pero una sombra los

cubrió como si alguien acabara de apagar una vela. La sonrisa de Nathan desapareció, nubló la vista y tragó saliva.

—Tengo miedo de que una vida dependa de mí. De que la posibilidad de que una persona muera esté en mis manos. —Agitó levemente la cabeza antes de mirarnos a nosotros—. Es una putada, ¿verdad? Un futuro médico con miedo a no saber curar. A fallar. A matar. —Se encogió de hombros—. Pensé que a estas alturas se me habría pasado ya. Total, tendría que ver la muerte como una parte más de la vida. ¿No era eso lo que nos enseñaban? Naces, creces, te reproduces y mueres. En los libros de la escuela siempre ponían una foto de pollitos y gallinas para ilustrarlo. Ya podrían haber puesto un pollo muerto, un dibujito al menos. En plan cena de Acción de Gracias. Quizás así la muerte no me asustaría tanto. —Arrugó el ceño—. Así que sí, Claire, soy un puto cobarde. ¿Quién coño tiene miedo a la muerte hoy en día? Nacimos rodeados de ella. La vemos en las noticias cada puñetero día. La gente muere, punto. Y por mucho que un día sea médico, nunca seré Dios. Pero eso no hace que me dé menos miedo.

Nathan carraspeó y todos esperamos a que continuara hablando, absortos en la seriedad de sus palabras. Esto era un juego, joder. Solo un juego. No debería hundir a nadie. Ahora Nathan diría «¡que es broma, tíos!» y soltaría un chiste sobre zombis.

Pero en su lugar se mantuvo callado, con los labios fruncidos en una fina línea y la vista clavada en el contenido de su vaso.

Tenía más que claro que cuando me tocara no diría nada más que mentiras.

—Nate… —Jem inclinó la cabeza hacia él, pero este se recompuso antes de que diera tiempo a decir nada más.

—Eh, no, nada de miradas tristes. No es que tenga un pasado traumático ni nada por el estilo. Es solo un miedo, ¿vale? Un miedo más. Soy humano, al fin y al cabo. —Suspiró un río de aire—. Y queríais la verdad, ¿no? Ahora toca seguir jugando. Claire, anda, sube el volumen.

Claire obedeció, Nathan hizo rodar la botella de nuevo. La música consiguió devolvernos a todos un poco de chispa. Que Claire se levantara y nos trajera vasos llenos de sustancia *sabor piruleta* (había dejado de preguntar qué contenía) también ayudó a avivarnos. La sed que tenía me hizo beberlo más rápido de la cuenta, mientras la botella frenaba frente a Claire.

—Oh, venga ya —dijo ella, sin dejar de sonreír. Volvió a sentarse con las piernas cruzadas—. Verdad.

—Cobarde —replicó Nathan, siguiendo la broma—. ¿Alguien se anima? ¿Nadie? —Jem seguía completamente inhibido, como un muñeco al que habían olvidado darle cuerda. Por mi parte, no podía ni siquiera pensar en una pregunta decente. La cabeza empezó a darme vueltas, como cada vez que me pasaba con la telequinesia—. Bien, entonces. Preguntaré yo. ¿Has hecho algo técnicamente ilegal, Claire? —Esta alzó una ceja—. Ya sabes, aún tienes diecisiete años. En teoría no puedes conducir, ni tener sexo… No espera, eso sí. Creo que la mayoría es a los quince.

Jem soltó una suave carcajada.

—Mejor para ella.

—Ni conducir, ni beber ni consumir drogas —siguió Nathan, ignorando el comentario de Jem. Solo tenía ojos para la chica—. *En teoría*.

Claire no apartó la mirada de Nathan, como si tratara de desafiarle. Pegó un nuevo sorbo a la bebida; la que yo había terminado en cinco segundos y me había dejado con un mareo increíble.

Maldita sed.

—Debo de ser una chica legal, ¿no? Nunca se me ocurriría conducir sin carné. —Acentuó su sonrisa.

Y ahí estaba, Claire diciendo verdades sin decirlas. Nathan se dio por satisfecho y volvió a acomodarse en su sitio, Jem levantó ligeramente las comisuras. A nadie pareció preocuparle su respuesta. Excepto a mí.

La botella volvió a girar, y me pareció que la habitación entera giraba con ella. Tuve que desenredar las piernas y enterrar la cabeza entre mis rodillas para intentar que el mareo cesara. Cuando volví la mirada hacia los chicos, el pico de la botella me apuntaba. Claire empezó a aplaudir; su risa era tan aguda como el tintineo de sus pulseras.

Solté un suspiro de resignación antes de decir:

—Reto.

Nathan levantó las cejas y sonrió de esa forma que parecía decir «qué sorpresa, pequeñaja; me siento orgulloso». Pero ¿qué esperaba? ¿Que dijera «verdad» y me contentara con llenarles la cabeza de mentiras? Prefería ahorrarme el mal trago. Prefería ver cómo ellos se estrujaban el cerebro pensando qué hacer conmigo, tratando de encontrar un reto que estuviera justo en el punto medio: nada demasiado fácil ni excesivamente humillante. Y mientras sus cabezas trabajaban, les devolví una sonrisa, esperando que mi rostro no reflejara el mareo que llevaba encima. Quería demostrarles que no era tan enana y cobarde como ellos pensaban.

—Dejadme a mí —dijo Claire, antes de que los chicos abrieran la boca. Juntó los hombros hacia delante, acentuando su escote, como una tigresa a punto de saltar sobre su presa—. Atrévete a besar a Nathan. En los labios, claro, que ya somos mayorcitas.

He de admitir que sus palabras me pillaron por sorpresa.

Mi mirada fue directa al rostro de Nathan. Me pareció que sus mejillas se encendían, pero era imposible. Nathan conocía a una chica nueva cada día y conseguía que todas, absolutamente todas, cayeran directas a sus brazos. ¿Quién podría resistirse a un hombre tan guapo y gracioso? ¡Y además era un futuro médico! Bebés guapos y dinero asegurado; era el paraíso de cualquier futura ama de casa que se preciara. Casi podía ver a su madre detrás de él, como un fantasma, guiñándome un ojo y diciéndome lo buen partido que era.

El caso es que Nathan estaba más que acostumbrado a los besos. O eso decía. Seguramente el rubor en sus mejillas no era más que el reflejo del mío. Puede que fuera el alcohol. Aunque dudaba que un par de copas fueran suficientes para dar paso a las alucinaciones.

—¿Cuántos años tienes, Claire? ¿Doce? —dijo Nathan, aunque su sonrisa destilaba nerviosismo.

—¿Qué pasa? ¿Ahora eres tú el que no te atreves?

Jem se mantuvo en silencio, inmóvil. Tenía la vista clavada en el suelo, como si ahí se escondieran todos los secretos del universo.

Gateé hacia delante con un suspiro.

—Ya has oído a Claire, Pages. —Se me hizo raro llamarle por su apellido. Aun así me mantuve con la barbilla erguida; una sonrisa congelada en los labios—. Menos preguntar y más actuar.

Le agarré del cuello de la camisa, con cuidado, me incliné hacia él por encima de la botella y le besé.

Fue un beso húmedo y torpe, con sabor a caramelo. Nathan tardó un par de segundos en darse cuenta de lo que pasaba, y solo entonces sus labios consiguieron acomodarse a los míos. Noté cómo una ola de calor nacía en nuestras bocas y se expandía por todo mi cuerpo.

Me separé de él de un tirón, cortando el beso como quien cierra un grifo de golpe. Nathan pestañeó un par de veces, todavía con los labios entreabiertos.

—Bien —carraspeé, volviendo a mi sitio. Recé a Dios para que la semipenumbra lograra cubrir mi rubor. Aparentaba más seguridad de la que sentía—. Seguimos, ¿no?

Fingí que no veía el rostro de los tres, Jem y Nathan todavía en *shock*, Claire con una sonrisa de madre orgullosa. Supuse que ninguno se esperaba que la pequeña Arielle fuera capaz de llevar las riendas.

Si supieran…

La botella paró frente a Jem. Él se limitó a entrecerrar los párpados y clavarle una mirada acusadora.

—Elijo reto también. —Sus palabras parecieron desinflarle—. Ya era hora de que esto se arriesgara un poco más.

Claire lanzó una mano al aire e irguió la espalda, mordiéndose los labios como una colegiala.

—¿Puedo sugerir yo algo? —preguntó. Nathan se encogió de hombros, yo callé. Vía libre para la reina de la fiesta—. Te reto a leernos algo que hayas escrito. Concretamente… —Hizo una pausa para aumentar la tensión y el dramatismo de sus palabras. No parecía darse cuenta de que ella era la única con la energía suficiente para apreciar su teatro—. Algo que escribiste sobre mí. El año pasado. Nunca me lo llegaste a leer, pero sé que lo escribiste. No digas que no te acuerdas.

El chico se mantuvo inmóvil, obligándome a buscar el lento ir y venir del aire en su pecho. Por un segundo pensé que se iba a quedar así el resto de la noche, con la mirada fija en los ojos de Claire. Ella se había echado hacia delante y jugaba con un mechón de pelo entre sus dedos, luciendo su sonrisa más coqueta.

Jem se levantó y fue directo a la habitación, dejándonos a los demás tirados en el suelo. Mis oídos todavía no se acostumbraban a esos tonos de voz tan bajos, a la música tan leve, a los pequeños sonidos de la habitación. Necesitaba la voz desgarrada de Nathan cuando intentaba llegar a las notas más altas, la risa infantil de Claire o el taconeo de los zapatos de Jem sobre la madera. Pero Jem se fue, y en el salón reinó el silencio.

Me acerqué a mi amiga arrastrándome por el suelo. Mi vestido no podía ensuciarse más.

—¿De qué va eso? —le pregunté. Ella arqueó una ceja, confundida—. Lo de Jem. ¿Cuánto haces que lo conoces?

—Toda la vida. ¿Es que no lo sabías?

—¿*Toda* la vida?

Ella asintió vigorosamente con la cabeza.

—Desde que éramos unos críos. Capelle no es un pueblo muy grande, ¿sabes? Y los veranos se hacen muy largos cuando tus padres deciden encerrarte en un puto internado para tenerte lejos. —Soltó una risa brusca y

pegó un sorbo a su bebida—. Yo iba a ver a mis hermanos a menudo. Conocí a Nathan, Jem, Pierre y todos estos en una de mis excursiones, cuando tendría… Yo qué sé, siete años. Ocho. Era muy espabilada. —Sus labios se curvaron en una sonrisa felina. ¿Cómo era posible que todavía conservara el pintalabios?

Oh, cierto. Ella no había tenido que besar a nadie.

—Tenemos mucha historia juntos, Ari. —Sus ojos centellearon—. Tú te has unido en los últimos capítulos. Pero, tía, lo estás gozando, ¿eh?

Señaló a Nathan con el mentón, que estaba dando cabezadas con la vista clavada en el suelo.

—Ha sido solo un beso —contesté, con más dureza de la que esperaba—. Solo un juego.

—Ya. —Otro sorbo más, otra sonrisa más—. Así empezamos Jem y yo.

Miré a Claire, buscando la mentira en sus ojos. Pero solo me encontré con una de sus risas cantarinas e infantiles, con una de esas miradas que parecían decir «te he pillado, pedazo de tonta». Aparté la mirada de vuelta a la puerta, con los labios fruncidos y un rubor inesperado tiñendo mis mejillas. Esperé que Claire lo asociara con el calor, si es que se atrevía a comentarlo. Pero no.

—Oh. Oh, *mon Dieu*. —Soltó una carcajada—. ¡No me digas que estás celosa!

—¿Qué? Yo no…

Claire levantó los ojos por encima de mi cabeza y supe que Jem había vuelto. Se sentó de nuevo a mi lado, con las piernas cruzadas y un trozo de papel entre las manos. No esperó a que nos acomodáramos para leer. Carraspeó un par de veces, buscó las gafas en su bolsillo, se las colocó bien sobre el puente de la nariz y, sin mirarnos ni una sola vez, llenó el salón con su voz.

—«Hoy he imaginado mi vida sin ti. He pensado en qué hubiera pasado si, hace ya más de nueve años, no te hubieras acercado al muro de Saint Hugues ni hubieras asomado la nariz por encima de las enredaderas. Nunca me habrían dado aquel beso. Nunca habría aprendido que no se termina de conocer a las personas. Ni que jamás acabaré de conocerme a mí…».

Jem siguió hablando, pero mi cabeza creó un muro invisible a su alrededor hasta que sus palabras hicieron eco. No quería escucharle. No quería escuchar cómo describía su historia; una historia en la que yo no existía, una historia en la que el mundo de Jem se reducía a los ojos azules de Claire. Una historia que hubiera acumulado polvo en los cajones de Jem si no fuera porque ella quería recordarla. Quería recordárselo.

Quería recuperarlo.

En algún momento, Jem acabó su relato:

—«… Ojalá tenga la oportunidad de pasar el resto de mis días contigo, porque no quiero volver a imaginarme mi vida sin ti».

Ojalá alguien me quisiera así.

Jem calló, pero sus palabras siguieron impresas en el aire.

Y en mi cabeza.

Una y otra vez, día y noche. Sus palabras se siguieron repitiendo en mi mente durante todo el verano, aunque en aquel momento pensé que no era más que un efecto del alcohol. A algunos les hacía olvidar las cosas; a mí me haría recordar hasta el último detalle de aquel relato. Las frases bailarían por mi cabeza, aparecerían en los momentos más inoportunos y me obligarían a forzar la sonrisa; se extenderían, gritarían, se deformarían hasta que no supiera diferenciar lo que había escrito Jem de lo que yo había inventado.

Hoy he imaginado mi vida sin ti.

Mi vida sin ti.

Toda mi vida. Toda, sin que tú estés.

Sin ti.

La vida *de Jem* sin *Claire*.

Me sentí como una niña traviesa que robaba el diario de su hermano. Como si no debiera estar en aquel lugar, en aquel momento; como si aquellas palabras debieran haberse reservado para que solo una persona las escuchara. La misma que sonreía con lujuria, mirando al chico de arriba y abajo, con los ojos acristalados y las mejillas ruborizadas a causa del alcohol.

Nathan no parecía haber atendido. No parecía estar presente, de hecho. Desde mi beso, su atontamiento había ido a más, y la euforia inicial había dado paso al cansancio.

Y Jem… Jem seguía con la vista clavada en el papel mientras lo doblaba por la mitad. Lo había leído como quien leía la lista de la compra y ahora tampoco parecía conmovido. Seguía siendo una estatua, mirando el relato con el rostro estoico.

—¿Seguimos? —dijo, alargando la mano hacia la botella.

Yo me puse en pie como si hubiera saltado un resorte. La habitación entera empezó a dar vueltas y tuve que dar dos pasos atrás hasta apoyarme de espaldas a la pared, buscando un punto de apoyo. La botella giraba y giraba y giraba.

—Disculpadme un momento —dije, justo antes de salir corriendo (o flotando, arrastrándome o tropezando, no lo sé) por el pasillo.

Mis pies me llevaron a la habitación de Jem. Era el único cuarto que conocía del apartamento, además del salón, la cocina y el baño. La habitación de Nathan era lo poco que me quedaba por descubrir, pero no tenía ningún interés. Me imaginaba una gran bandera de la universidad cruzando la puerta, pósteres pegados a las paredes y una cama que llevaría días sin hacerse.

Los libros apilados de la habitación de Jem formaron sombras grotescas que fueron alargándose conforme abría más la puerta y dejaba entrar la luz. Encendí la bombilla que pretendía sustituir una lámpara de mesa. Era curioso que me hubiera sentido como una intrusa escuchando el relato de Jem, pero que meterme en su habitación ahora me pareciera lo más normal del mundo. Después de todo, aquí nos habíamos conocido. No le había importado entonces, no le importaría ahora.

Recogí automáticamente todos los papeles —incluidos los arrugados y desechados— que corrían por el suelo y los amontoné sobre el escritorio; el lugar donde nacían las palabras de Jem. Acaricié las portadas de sus libretas como una sonámbula. Quería pensar que dentro contaba la historia de dragones, héroes y heroínas; o quizás escribía sobre detectives y asesinatos. Sobre vikingos, sobre piratas, sobre un banquero en el siglo XIX, sobre los robots del futuro. Quería pensar que Jem escribía acerca de todo… Excepto de Claire.

«Hoy he imaginado mi vida *sin ti*, Claire».

Quizás hubiera escrito algo sobre mí. Sobre la chica que se acercó a su cama solo para observar por encima del hombro lo que escribía. La chica a la que se encontraba pintando bajo el sol, la que siempre pedía batidos en *Le petit Benjamin*. La amiga pelirroja de su amada.

Quizás solo fuera eso. La eterna «amiga de».

Aparté la mano de las libretas como si quemaran. Fui directa a la cama de Jem, me tumbé sobre las sábanas revueltas y quise cerrar los ojos y escuchar la música que sonaba en el salón, pero algo me hacía mantenerme alerta. Todo mi cuerpo estaba en tensión.

—¿Qué haces aquí?

La puerta de la habitación se abrió de par en par. Jem me miraba desde la entrada, con el pelo revuelto y el ceño fruncido. Se había vuelto a quitar las gafas y parte de su camisa salía por fuera del pantalón. Era el retrato perfecto de un universitario postfiesta. Solo le faltaba un vaso vacío en una mano y una chica risueña y cantarina en la otra.

—Pensaba que estarías en el baño, pero estabas tardando mucho. Así que he venido a buscarte —siguió él, al ver que no respondía.

Volví la vista al techo.

—¿Por qué?

Tardó en contestar. Supuse que su alma de escritor le obligaba a elegir las palabras más acertadas, incluso cuando la ebriedad le entorpecía.

—Estaba preocupado por ti.

—¿Preocupado *por mí*? —Reí con sorna—. No soy una damisela en apuros, Jem. No lo estés.

Y otra vez se quedó en silencio, inmóvil junto al marco de la puerta.

—Puedes acercarte, ¿eh? —dije—. Aunque también puedes dar media vuelta y volver con tu amada Claire. —Solté una risa que contenía todo menos humor.

—¿Qué?

—«Hoy he imaginado mi vida sin ti». —Me enderecé sobre el colchón y clavé mis ojos en los suyos. Un tirabuzón rebelde caía sobre mi frente, dividiendo la habitación en dos—. He imaginado cómo ahora estaría encerrada en mi casita con mi abuela, triste y sola. —Me puse en pie, me acerqué más a él—. Cómo nunca habría aprendido ese truco para diferenciar el cúbito del radio. —Me detuve delante de él, sin dejar de mirarle. Tenía que alzar la cabeza de lo cerca que nos encontrábamos—. Nunca hubiera usado la expresión «hoy me siento como si tuviera tres años». O veinte o cincuenta o diez. Nunca vería mis ojos como si fueran dos bosques. —Empecé a deslizar mis dedos sobre el pecho de Jem, que subía y bajaba, subía y bajaba, acompasándose al ritmo de mi respiración—. No estaría *aquí*. Literalmente. No estaría aquí, contigo, porque no te habría conocido. —Sus labios se mantuvieron tensos, su mirada férrea. No pude evitar volver a estallar en una carcajada—. Y, *mon Dieu*, no habría probado nunca el alcohol. Una pena.

Dejé caer la cabeza sobre su pecho, pero noté cómo sus manos me agarraban de los hombros antes de que llegara a rozarle.

—Eso lo explica todo. —Suspiró—. Vuelve al salón, Ari. Quizás te venga bien un poco de agua.

—Oh, venga ya. ¿Ahora vas a tratarme como a una borracha?

—Yo no…

Me zafé de sus brazos con un movimiento de hombros.

—Como si tú no hubieras bebido nada. Cuando estás sobrio no nos enseñas ni la fecha de tus relatos, y ahora has declarado tu amor a Claire a los

cuatro vientos. No soy tonta, Jem. Aunque tampoco se necesita ser un experto para descifrar lo que escribiste, ¿eh?

El estoico rostro de Jem se había teñido de rabia. Ahora tenía el ceño ligeramente fruncido, los ojos duros como el metal. Casi podía ver cómo las palabras le bombardeaban la cabeza y cómo él se contenía para no estallar.

—Lo de Claire…

—Claire, Claire, Claire —le interrumpí, sacudiendo la cabeza como una niña pequeña—. Siempre Claire. Todos detrás de Claire, todos babeando por ella. Y ella detrás de todos, pero eso os da igual. Es Claire. Es especial, es única, y tiene una amiga pelirroja que no hace más que estorbar.

—Arielle, ¿qué estás diciendo?

—¿Es que no me oyes? —Me alejé un paso de él, apartándome como si tuviera la peste—. ¿Por qué no me contaste tu historia con Claire, eh? ¿Por qué no me la contó ella? No, no hace falta que contestes —dije, al ver cómo abría la boca—. Sé la repuesta. No soy importarte, no soy más que una mancha de tinta en el libro de vuestra vida. Y como escritor que eres, lo último que quieres es alguien que estorbe.

El rostro de Jem empezó a difuminarse conforme los ojos se me empañaron. Hice un esfuerzo para contener las lágrimas, me mordí el labio, apreté los puños. Aparté la mirada de Jem.

—Déjame sola —dije, antes de que a él le diera tiempo a decir nada. Pero mis palabras solo sirvieron para hacer que Jem se acercara más a mí, con los brazos extendidos como si fuera a caerme—. ¡Déjame sola!

Sus ojos ascendieron y se quedaron clavados en algún punto a mi espalda.

No necesitaba darme la vuelta para imaginar que estaba viendo, pero aun así lo hice. Sentí como si un alambre me estuviera atravesando cada uno de mis huesos, como si mi peso se hubiera duplicado en un segundo. Las rodillas me temblaban. Empecé a sudar.

Frente mí, las torres de libros bailaban. Los volúmenes vibraban como si un pequeño terremoto hubiera sacudido la habitación. Quizás lo había hecho; el terremoto llevaba mi nombre.

Al temblor le siguió un estallido de hojas; la papelera cayó al suelo con un estruendo, los papeles que contenía empezaron a rodar y a flotar, se alzaron hasta el techo y chocaron contra las paredes. Un par de libros se abrieron sobre la mesa y las páginas empezaron a pasarse, veloces, como si estuvieran en el ojo del huracán. Caí de rodillas al suelo, con la respiración entrecortada. Y Jem seguía a mi espalda.

Me aparté el sudor con la manga, antes de dejar caer los codos al suelo.

—Jem… —murmuré, haciendo un esfuerzo por volverme hacia la puerta.

Pero él ya no estaba.

Tosí y me arrastré por el suelo, entre papeles flotantes y libros vibrantes, hasta dejarme caer sobre el colchón.

«Basta».

Mi pecho se alzaba con desesperación, buscando un aire que parecía haber desaparecido.

«Basta, basta, basta, basta».

El peso que sentía sobre mis párpados era demasiado grande. El tirón que sentía en las extremidades no cesaba, el palpitar en mi sien era cada vez más potente. Oía el rugido de las hojas contra las estanterías de madera y el leve murmullo de la radio en el salón.

«Basta», supliqué, antes de derrumbarme.

La mañana después

Supe que la habitación de Jem tenía ventana cuando llegaron los primeros rayos de sol. El pico de una estantería tapaba parte del la ventanilla, pero aún dejaba espacio para que la luz se alargara hasta la cama. Parpadeé un par de veces antes de enfocar la vista en las minúsculas motas de polvo que cruzaban la luz, cayendo hacia el suelo con suavidad y acumulándose como nieve en las montañas.

Un par de bolas de papel resbalaron de mis cabellos cuando me erguí. A mi alrededor reinaba el caos: libros caídos unos sobre otros como piezas de dominó, hojas de papel recubriendo el suelo, las sábanas enmarañadas sobre mis piernas.

Aparté las sábanas y me puse en pie, sujetándome a una de las estanterías. Pensaba que la noche barrería el dolor de cabeza, pero el mareo no había hecho más que intensificarse. Di un par de pasos hacia delante, con cuidado de no derrumbarme.

Pegué un sobresalto al notar una presencia a mi derecha, pero no fue más que el reflejo emborronado que me devolvió el espejo de Jem. Alargué la mano para apartar las motas de polvo de las esquinas, con la mirada fija en la chica que me miraba desde el otro lado. Casi costaba reconocerla. *Reconocerme*. Tenía el pelo enmarañado y enredado, mucho más rizado que de costumbre; los labios pálidos, la blusa arrugada, el cinturón suelto. Tenía una gota de sangre seca debajo de la nariz.

—Maldita… —¿Telequinesia? ¿Energía? ¿Arielle? No sabía quién tenía la culpa del caos de anoche. O quizás sí, pero me dolía admitir que toda aquella destrucción era culpa de mi falta de control. Que todavía, *todavía*, después de meses y meses en casa de Chardin, después de muchos platos rotos y muchas horas encerrada en aquella habitación, después de tantos cuadros secretos en la buhardilla, un cabreo y un poco de alcohol bastaran para echarlo todo a perder.

Incluido mi silencio. Jem había estado ahí, a mis espaldas. Había visto cómo las torres de libros empezaban a vibrar aunque el suelo se mantuviera firme. Había visto la rabia en mis ojos y el leve hilo de sangre que descendió de mi nariz.

Tenía que encontrarle. Con suerte, Jem habría bebido lo suficiente para que se le emborronara la memoria.

Al final del pasillo se veía una esquina del salón: los cojines y los platos seguían en el suelo, tal y como los habíamos dejado la noche anterior. Desde donde estaba podía verse el pico de la botella asomando. Los recuerdos del juego me invadieron como si fueran instantáneas: los ojos de Nathan teñidos de miedo, el beso que compartimos, húmedo, suave y con sabor a caramelo; las risas infantiles de Claire, su manera de morderse el labio cuando Jem hablaba, sin mirarnos, sin moverse, con el rostro serio.

¿Y después?

Después las instantáneas se desgarraban y los pedazos volaban por los aires, en círculos, presos en el ojo del huracán.

—¿Jem?

Pegué la oreja contra la puerta de la habitación de Nathan, pero no escuché más que silencio. Comprobé que no quedaba más sangre seca en mi cara justo antes de abrir.

—¿Jem…? —Me quedé con los pies clavados en el suelo, paralizada. Apreté el picaporte con más fuerza de la que pretendía.

—Chsss. Déjale dormir.

Claire giró la cabeza hacia mí, haciendo rebotar el cabello sobre sus hombros. Sonrió, con los labios tan carmines como si acabara de pintarse, y se subió el tirante de su sujetador con una caricia. Se quedó quieta sin dejar de mirarme, ladeando la cabeza de un lado a otro. Parecía que lo hiciera a propósito, que quisiera darme tiempo para analizar la escena.

Quería que me fijara en su espalda al descubierto, en el remolino de sábanas que había a sus pies. Quería que la viera a ella, sentada en el borde de la cama, erguida y delicada como una rosa. Quería ver mi cara al darme cuenta de que el bulto que había a su lado era Jem, dormido de costado, con el pelo cayendo sobre sus ojos.

—Chsss —repitió Claire, colocándose un dedo sobre los labios. Acarició la mejilla de Jem y se puso en pie con un saltito. Se acercó a mí—. Pasa, pero no hagas ruido.

Hubiera sido absurdo que apartara la mirada; estaba acostumbrada a ver a Claire en ropa interior. Pero siempre que veía a Claire en esas condiciones

ella estaba embobada, torpe, a medio camino entre el camisón y el uniforme. Ahora actuaba como si formara parte de una sesión fotográfica. Movía las caderas y los hombros al andar, se detenía para acariciar las sábanas. Se sentía bella. Dominante. Victoriosa.

Y Jem era el trofeo.

Claire estiró los brazos hacia arriba, ahogó un bostezo y se agachó para subirse la falda. Se puso de cuclillas para buscar el resto de su ropa bajo la cama y fue vistiéndose mientras tarareaba. Recolectaba sus prendas de todos los rincones de la habitación, como si fuera una caza del tesoro: la blusa, la cinta del pelo, un pendiente, las medias, un zapato.

Yo no tuve más remedio que quedarme en la puerta, con las manos entrelazadas a la espalda, sintiéndome más pequeña que nunca. En todos los sentidos. «Espérame porfa, ya termino», dijo Claire, cinco minutos antes de terminar de vestirse. Ella *quería* que me quedara. Quería una testigo para cuando hablara de la noche que pasó con James Favre. Y yo fui tan tonta que me quedé en silencio, viéndole dormir, hasta que Claire me cogió de la muñeca y me empujó fuera de la habitación.

—Quería hablar con… —empecé, pero ella siseó para callarme y siguió conduciéndome hasta el salón.

—Déjale dormir, en serio. Después de lo de anoche estará agotado. —Sonrió y alzó las cejas.

No pregunté, no quería conocer la respuesta.

Nathan se había dormido en el sofá, con las manos y las piernas extendidas como si fuera una extraña estrella de mar. Claire fue esquivando los trastos del suelo hasta llegar a él. Le cogió de la muñeca y ladeó la cabeza, mirando su reloj.

—Las once menos veinticinco —dijo, y dejó caer el brazo de Nathan. Él no pareció inmutarse—. ¿A qué hora tenías que estar en casa?

Sentía un martilleo en la sien; lo último que me importaba ahora era la hora a la que supuestamente debía estar en casa. En casa de Chardin, además. Se suponía que tendría que haberme ido anoche, antes de las doce; Chardin me habría abierto la puerta con una ceja alzada, le hubiera explicado mi escapada y la fiesta, se hubiera reído y me hubiera dejado dormir en su casa. A la mañana siguiente, mi abuela esperaría la llamada que le confirmara que todo estaba bien. Volvería a Arcueill a la hora de cenar, si no antes.

Bien, solo tenía que cruzar los dedos para que a mi abuela no hubiera llamado antes a Chardin, impulsada por un brote de su casi inexistente instinto maternal.

—Hace tiempo ya —contesté, con los ojos fijos en el desorden del suelo.

—Bien, entonces vámonos. Te acompaño.

—Eh, espera. —Claire se había dado media vuelta y ya tenía una mano sobre el picaporte—. ¿No deberíamos ayudar a recoger todo esto?

—Es la casa de Jem y Nathan. Cuando hagamos fiesta en la tuya, recoges lo que quieras. —Fruncí los labios, pero ella me ignoró por completo—. Vamos, Arielle, yo también tengo prisa.



—¿Vas a contarme de qué iba todo eso?

Claire de la Fontaine alzó una ceja y fingió estar confundida, pero su sonrisa la delató. Siguió caminando con el paso acelerado, cruzando las calles de Capelle como si alguien nos siguiera. El pueblo estaba desierto; no pasaba ni un solo coche, ni un solo peatón. La mitad de las tiendas habían colgado el cartel de «cerrado por vacaciones». A la luz del mediodía, Claire parecía más desaliñada, más niña. Por más que lo intentara, no podía arreglar el remolino de su pelo ni las ojeras bajo los ojos.

—¿Todo el qué?

—Anoche dejaste caer que habías hecho… cosas —dije. Claire volvió la cabeza hacia mí, con una sonrisa picarona. Noté que las mejillas se me coloraban sin quererlo—. No, no me refiero a eso. Quería decir… No has conducido, y obviamente has bebido alcohol…

—Hemos.

—Ya, no me lo recuerdes —suspiré—. Pero… ¿drogas, Claire? Dime que solo querías hacerte la interesante.

—Oh, venga ya. —Rio y me dio la espalda de nuevo para seguir caminando por su cuerda floja—. Un porro por aquí, otro por allá… Unas pocas pastillas. Nada grave, Ari. No te pongas en plan madre, ¿quieres? Ya tengo una, y gracias a Dios todas estas cosas le importan una mierda. —Volvió a reír.

Yo seguía sin verle la gracia.

—¿Es por eso por lo que faltabas a clase? ¿Las profesoras saben…?

—¿Cómo coño van a saberlo? Si lo supieran se unirían a mí, fijo, y lo último que quiero es ver a *madame* Bellerose fumada.

—Deja de tomártelo todo a broma, Claire. Hablo en serio.

Claire se detuvo, suspiró y bajó los brazos. Se volvió hacia mí, con la cabeza inclinada sobre su hombro.

—Qué tierna, *habla en serio*. Has visto muchas películas, Arielle. No va a pasarme nada, ¿no me ves? —Abrió los brazos y dio una vuelta sobre sí misma, haciendo volar la falda a su alrededor—. Estoy perfectamente. Solo me lo paso bien, desconecto un poco, me río, y vuelta al mundo real. Deberías probarlo.

Negué con la cabeza.

—Tú te lo pierdes.

Claire volvió a darme la espalda y continuó la marcha, invadiendo el silencio de la calle con el taconeo de sus zapatos. Solté un bufido antes de seguirla. No quería sonar como una madre preocupada, como una tía aburrida, pero no podía fingir que Claire no me importaba. La chica a la que conocí el primer día en Sainte Geneviève tenía un brillo inocente en los ojos que ahora había sido sustituido por arrogancia y lujuria. La Claire de entonces me hacía reír, me contaba sus aventuras, y ninguna de ellas incluía alcohol… o algo peor. No lo necesitaba.

Y entonces empezó a llegar más tarde a la residencia, a atender menos en clase, a dormirse sobre el pupitre, a suspender exámenes. Se volvió irascible y arisca, esquivó mis preguntas, me dio la espalda como si yo no fuera más que un molesto mosquito.

Igual que ahora.

—¿Te acuerdas de mis primeros días en el internado?

Ella frunció el ceño, sin apartar la vista del suelo.

—Claro. ¿Intentas ver si me ha afectado a la memoria o qué? Arielle, no soy una maldita adic…

—Podríamos volver a jugar —la interrumpí, antes de que se revolviera. Últimamente los enfados de Claire parecían no terminarse; solo se difuminaban. Los dejaba en segundo plano hasta que tuviera la oportunidad de hacerlos más grandes, hasta que consiguiera más razones para enfadarse—. Al interrogatorio, ¿recuerdas? Una pregunta a cambio de otra pregunta, diciendo siempre la verdad.

—La *verdad* —repitió Claire, estrechando los párpados. Parecía estar jugando con la sonoridad de la palabra en sus labios—. ¿Ya empiezas pensando que voy a mentirte?

—Es un juego, Claire.

—Ya, un juego. Muy divertido.

—¿Por qué estás tan borde? Hace cinco minutos…

Claire levantó un dedo, obligándome a callar.

—Porque estoy de resaca y solo quiero dormir. Mi turno. —Tragué saliva y me coloqué a su lado. Había empezado a andar más lento, lo suficiente para que pudiera seguirle el ritmo. Nos habíamos desviado hacia las afueras de Capelle, más cerca del internado que de la casa de Chardin, pero no me atreví a corregirla—. ¿Te gustó besar a Nathan?

Dejé escapar un bufido y me contuve para no poner los ojos en blanco. Claire se portaba como una niña pequeña.

—*Mon Dieu*, fue una tontería. Déjalo estar, ¿vale?

—Vale. ¿No sentiste nada?

El rubor se extendió por mis mejillas antes de que a mi cerebro le diera tiempo a racionalizar nada. Claire me enseñó una sonrisa victoriosa y siguió caminando, con el mentón en alto. Lo que ella no entendía es que Nathan no despertaba nada en mí. Él no.

Sí, anoche sentí algo. Quise pensar que fue el efecto del alcohol, que no me estaba desviando del camino que debía seguir. Mi plan era sencillo: «Acércate a Jem, hazte su amiga, ve a Toulouse con él, cúrate. Entre tanto, aprende de una puñetera vez a controlar la telequinesis, y que no sea ella la que te controle a ti. Habla con el abuelo de Jem, sabe más de lo que cuenta. Habla con Chardin, cuenta menos de lo que sabe. Evita que tu única amiga se vaya a la mierda. Observa, aprende, calla. Vende cuadros, recuerda que quieres ir a París. No dejes de pintar».

Pero ¿enamorarse? ¿Quién tenía tiempo para eso? Cada vez que se me coloraban las mejillas me llenaba de rabia por no ser capaz de frenarlo.

«Solo va a hacerte daño, Arielle. Ya tienes bastante».

—Me toca preguntar a mí —dije. Ni siquiera tuve que pararme a pensar qué decirle—. ¿Qué ha pasado con Jem?

Claire soltó una carcajada infantil. Cada vez las aguantaba menos.

—Ari, lo sabes de sobra. Hemos pasado una noche divertida. No me sorprende, después de toda la historia que llevamos detrás. —Se pasó el pelo por detrás de la oreja—. Ya sabes todo lo que dicen, ¿no? Que el primer amor no se olvida y que la primera vez une mucho a las personas. Solo que él no fue mi primero en nada. Pero bueno, ya lo oíste, hubo un día en el que no pudo imaginar una vida sin mí. No es tan difícil que vuelva a pensarlo. ¿Estás celosa?

La pregunta me pilló desprevenida.

—¿Qué? No, claro que no.

Claire se detuvo en medio de la acera y clavó sus ojos en mí, escrutándome como si así pudiera escuchar mi mentira. Sus labios se fueron

deslizando en una leve sonrisa.

—Arielle, la gracia del juego está en no mentir.

Nada
1959 – Después de ella

Sabes por qué necesitas perdonarte?

Porque ya no eres la Arielle que habita en tu cabeza, ni aquella niña que fuiste en el pasado. No eres la que cometió errores. No eres, tampoco, aquella mujer que huyó, aquella que intentó desaparecer.

A cada segundo que pasa te estás creando de nuevo, Ari. Cada segundo es una oportunidad de redescubrirte. Y eso, la persona que eres en este mismo instante, es todo lo que debe importarte. La persona en la que puedes convertirte, también.

No sé cómo será ella, pero he conocido quien has sido durante estos últimos años y cada día logras sorprenderme un poco más. Ahora sé que a aquella frase que una vez me dijeron no le faltaba razón: "Nunca terminas de conocer a alguien". Tampoco terminas de conocerte. Eres un constante cambio, un constante cúmulo de momentos, experiencias, recuerdos y sueños. Eres lo que tú quieras ser.

Aún tienes mucho que descubrir, Arielle. El pasado no es más que una huella sombría de lo que un día fuiste, pero no puedes dejar que te defina y te esclavice. Tienes que dejarlo marchar, ¿lo entiendes? Ya no eres esa chica.

Tendría que seguir dándote muchas más razones para perdonarte, pero… Me parece que tienen muy poco peso en comparación con esta. Es tan sencillo, tan obvio: eres tú. Eres tú, Arielle… No eres tu poder. No eres lo que hiciste. No eres el dolor, ni el odio, ni la rabia, ni el pasado.

Tienes que perdonarte para ser capaz de creer estas palabras. Para ver la verdad que hay en ellas.

Tienes que perdonarte porque el daño que te estás haciendo ahora es mucho más grande que todo aquel que un día hiciste.

Hoy tienes una nueva oportunidad de empezar otra vez.

No la desperdicies odiándote.

—Jem».

Las palabras de Jem sobre el papel desaparecieron de mi mente al segundo de leerlas, como las olas se llevan las palabras en la arena. Sonaban huecas, resbaladizas. Él ponía todo su corazón en aquellas notas, esperando poder activar de nuevo el mío.

Pero era inútil.

Recuerdo que al principio me sentía ahogada. La tristeza era la más grande que había sentido nunca; mucho mayor que la muerte de mi madre. Ahora era una clase distinta de muerte, una en la que una posible parte de mí

había muerto. La Arielle ilusionada e inocente desapareció aquella noche de junio.

Fue sustituida por una chica con los ojos rojos de tanto llorar, con un hueco en el corazón que no hacía más que agrandarse. Los primeros días fueron horribles, pero al menos estaba calmada. Era como un robot: me alimentaban, me tumbaban en la cama, y yo seguía con aquella expresión vacía en los ojos. Dentro solo sentía tristeza. Una tristeza que dolía tanto que sentía que ni siquiera las lágrimas servirían para aliviarla. Me fui llenando de desesperanza, día a día.

Y entonces exploté. Vinieron los gritos, los días de ayuno, el llanto continuo. No había *nada* que no me recordara a ella. No había forma de calmarme. Llegó un punto en el que ni siquiera supe por qué lloraba: llevaba tanto tiempo sintiendo aquella humedad en los ojos que era incapaz de seguir funcionando sin ella. Me cansaba de sentir, de *estar viva*. Solo quería coger toda esa tristeza, esa rabia y esa desesperanza y hacerlas desaparecer.

Jem iba a la inversa: se había pasado llorando los primeros días, pero había levantado la cabeza y se había anclado a la realidad. Dejó su dolor en un segundo plano y se encargó de cuidarme a mí, a la Arielle de los sentimientos mudos. «¿Estás mejor, Ari?», preguntaba cada mañana.

«No».

Cuando volqué todo lo que sentía hacia fuera, Jem no llegó a entenderlo. Se suponía que debía ir a menos, que el tiempo debería sanarme. Se suponía que ya había tenido tiempo de llorar y rebelarme antes, cuando la herida todavía estaba reciente. ¿De qué servía ahora?

Lo que él no entendía es que el dolor no se atenuaba, solo cambiaba de forma. Los días se hacían largos. Vacíos. No tenía un objetivo, no veía una razón para seguir adelante.

Sí, huir había sido un acto muy romántico. Una preciosa oportunidad de empezar de cero.

Pero sin ella, no quería. No podía. No servía de nada.

Lo peor era ver los inútiles esfuerzos de Jem por animarme, la esperanza en sus ojos cada mañana, cuando me daba los buenos días. Siempre creía que lo serían. Y llegó un momento en el que tantas ansias por verme bien me dolían.

—¿Por qué no me dejas estar mal? —estallé, una de esas primeras semanas. Jem apartó el chocolate caliente que con tanta insistencia había intentado que tomara—. Joder, no estoy hecha de piedra, Jem. Por muchas

atrocidades que haya hecho… Sigo siendo humana, sigo sintiendo. Déjame romperme.

—Pero Arielle, ¿te estás oyendo?

Aparté mi mano de la suya.

—¿Que quieres que diga? «Oh, sí, Jem, de esto saldremos mucho más fuertes». Es que me da igual, ¿lo entiendes? Esto no me hará mejor persona. Esto no me ayudará en *nada*. Por Dios, acéptalo de una vez. Es lo único que te pido. ¿No puede esto romperme? Todo el mundo espera que me recupere enseguida, todos quieren hacerme creer que sentirme derrotada me hace débil. Pero no, Jem; me hace humana. —Las manos empezaron a temblarme y supe que pronto volvería a llorar—. Joder, déjame sentir, es lo único que te pido.

Jem se quedó en silencio, con el ceño fruncido. Solo entonces me di cuenta del cansancio en sus ojos, del peso que había perdido, del corte de pelo que necesitaba.

—Solo quiero que estés bien —dijo Jem.

—No lo estoy. Y a diferencia de otros, tapar la herida no me sirve de nada. No me cura. Estoy cansada de ponerme la máscara, Jem, de no permitirme estar mal. Tendré días mejores y peores, pero no estoy bien. —Los labios me temblaron, pero alcé la barbilla y me esforcé en mantener la compostura—. Solo te pido que por un momento dejes de intentar arreglarlo todo. Déjame sufrir, ¿vale? Porque fingir que no duele no servirá de nada.

—Dejarte sufrir casi acaba contigo la última vez. Trataste de matarte, Arielle. —Su voz se quebró y sus ojos empezaron a humedecerse.

—¡Solo quería estar con ella! Solo quería… Solo… —Quería seguir hablando, pero la vista se me empañó y de mi garganta solo salieron gemidos. Me cubrí la cara con las manos, dejando salir las lágrimas. Cuando volví para mirar a Jem, él también lloraba—. Solo quería evitar más dolor…

Jem se acercó con cuidado, como si yo fuera un animalillo asustado. Rodeó mi mano con las suyas.

—Ari —dijo, mirándome a los ojos—. El dolor no dura para siempre.

Si seguía mirándole no dejaríamos de llorar. Bajé la cabeza a nuestras manos.

—Este sí.

Jem todavía no lo comprendía.

No podía hacerle frente a lo que me pasaba con palabras bonitas, abrazos y esperanza, porque lo que me pasaba ni siquiera era *algo*. No era nada. No sentía nada, no quería nada, no vivía por nada. Y no puedes combatir contra

nada. No puedes llenar ese hueco, no puedes taparlo. Es simplemente algo que está ahí, quitándole el significado a todo lo que te rodea.



Aquella noche fui yo la que le escribí una carta a Jem:

> *«Siento haberte hecho creer que estaba mejor ese día que reí contigo. El día que me quedé dormida hasta tarde, el día que sonreí después de cogerte la mano y el día que merendamos* crêpes. *Incluso en aquellos momentos, ellas dos seguían en mi mente.*
>
> *Sé que esta es nuestra oportunidad de empezar de cero, lo sé, me lo has dicho mil veces, pero ahora mismo no quiero empezar nada. Porque no siento nada, Jem. Me he quedado vacía.*
>
> *Dame tiempo, por favor. No sé cuánto durará esto y tampoco sé si terminará, pero ahora lo único que me queda es el tiempo.*
>
> *Siento que tengas que vivir todo esto.*
>
> *Te quiere,*
>
> *—Ari».*

Quién fue ella
1958 – Un año antes de ella

Llegué a casa de Chardin con el pulso acelerado, quizás por la carrera que había corrido para llegar hasta allí —el tiempo iba en mi contra—, quizás por el peso de las mentiras. Había intentado hacer callar a mi cabeza, convencerla de que Claire seguía siendo la primera y única amiga que había conocido en años. Pero las amigas no se mienten, no se ocultan nada, no se drogan a espaldas de la otra ni pasan el rato jugando con los sentimientos de los demás.

Qué ironía, pensé. Si eso es lo que definía una buena amistad, yo no era quién para hablar. No mentir y no ocultar nada nunca estuvo en mis planes.

—¿Arielle? ¿Qué haces aquí? —Nicolas Chardin apareció en su puerta, mirándome de arriba a abajo. Se hizo a un lado para invitarme a pasar.

—¿Ha llamado mi abuela? —Entré en la casa sin pensarlo dos veces, desabrochándome el cinturón a la vez. Quería deshacerme de toda la ropa que llevaba, de la dichosa falda y los zapatos que no habían dejado de dolerme en toda la noche. Una parte de mí pensaba que así conseguiría también deshacerme del dolor de cabeza.

—No. ¿Te has metido en líos, *petite*?

—No mucho. —Me dejé caer sobre el sofá y me quité los zapatos, con un suspiro—. Le dije a mi abuela que pasaba la noche contigo, y tenía miedo de que hubiera llamado para asegurarse. —Dejé escapar una risa seca—. Qué idiota. Como si le importara.

—Veo que está siendo un verano entretenido. —Me encogí de hombros. Chardin se acercó hasta el sofá y se sentó a mi lado, con las manos entrelazadas sobre las rodillas—. ¿Qué hiciste anoche, entonces?

Noté cómo el rostro se me acaloraba.

—Nada malo. —Carraspeé—. Era el cumpleaños de un amigo. Claire y yo fuimos a su piso, en la residencia de Saint Hugues.

—Suena bien.

—¿Qué tal tu verano, *profesor*? —Me eché hacia delante, apoyando la barbilla sobre mis manos. Él rio.

—Nada que destacar. Mucho ventilador, mucho calor y muchos batidos de fresa. He limpiado la sala de prácticas y me he preguntado mucho por ti.

—¿De verdad?

—¿Te extraña?

Fruncí los labios.

Yo también me había preguntado por él, pero no de la misma manera. Me había preguntado si el Chardin que conocía no era más que una máscara, si sus palabras no serían mentiras, si Oliver Favre podría contarme más acerca del verdadero Nicolas. Si era cierto que había intentado acabar con el matrimonio de mis padres. Si quizás la muerte de mi padre no fue tan fortuita como él contaba.

Me había preguntado durante cuánto tiempo podría utilizarle —al menos para escaparme de la casa de mi abuela, como anoche— hasta que descubriera quién era de verdad.

—Creo que me vendría bien una ducha —dije, tragando saliva.

—Ya sabes dónde está el baño. —Sonrió, se puso en pie y me dio un rápido beso en la frente—. Prepararé *croissants* a la plancha para cuando salgas, ¿te parece?



No había sido consciente de lo mucho que echaba de menos los sonidos de la casa de Chardin hasta que volvieron. El ruido de la vieja cafetera, el ventilador arrastrando el aire de un lado a otro sobre la mesa, la calma de aquel rincón de Capelle, donde apenas pasaban coches.

La cocina se inundó del dulce aroma de los *croissants* y la risa de *monsieur* Chardin.

—… Y entonces empezó a contar chistes. *Mon Dieu*, nunca pensé que algo tan absurdo pudiera hacerme tanta gracia.

—Ese chico sabe cómo conquistaros —contestó Chardin, bebiendo un sorbo de zumo.

Yo le pegué un nuevo bocado al *croissant*, echándole toda la fuerza de voluntad que me quedaba. Cuando levanté la mirada noté que Chardin también se había dado cuenta de mi esfuerzo.

—¿Cómo llevas la resaca?

—Yo no…

—No intentes engañarme, anda. Mírate: estás cansada, no paras de fruncir el ceño y tienes demasiado orgullo como para decirme que te duele la cabeza. Pero venga, Arielle, casi puedo ver la lentitud con la que se arrastran las palabras por tu cabeza. —Soltó una carcajada y yo acabé por enterrar la cabeza entre mis manos—. Yo también tuve diecisiete años, hace ya un tiempo.

—No bebí tanto…

—Te creo, te creo. Pero con lo pequeñita que eres debió de ser una bomba para tu cuerpo. ¿Hiciste alguna tontería?

Recordé las risas, la música demasiado alta, los bailes en los que no paraba de tropezarme y los restos de tarta sobre la mesa. Recordé también los giros de la botella, su boca apuntándome, la de Nathan sobre la mía. No podía colorarme más de lo que ya estaba.

—Nada grave. —Cerré los ojos con fuerza, como si así consiguiera librarme del dolor de cabeza. La negrura enseguida se convirtió en la habitación de Jem. Volví a sentir su voz a mi espalda, enmudecida por el ruido de las hojas al pasarse, de los libros al caer de sus torres.

«Nada grave».

—Lo recuerdas todo, ¿verdad? —insistió él.

—Sí, sí. Te he dicho que no bebí mucho. Es una pena; me hubiera gustado olvidar algunas cosas. —Fruncí el ceño, tratando sin resultado de apartar la escena de aquella mañana de mi mente.

Chardin corrió la silla hacia delante y colocó su mano sobre la mía.

—¿Quieres hablar?

—Por favor. —Una parte de mí respondió antes de que me diera tiempo a pensar la respuesta. La parte de mí que no podía seguir fingiendo que no le molestaba el comportamiento de su amiga, que no le había dolido la carta de Jem, que sus planes se estaban yendo a la mierda—. Es… Es Claire. Claire y Jem. Creo que pasó algo entre ellos… anoche.

Chardin me escrutó con la mirada.

—Y no te ha sentado bien. ¿Claire te está dejando de lado? —Dudé unos instantes antes de negar con la cabeza—. ¿Y Jem?

—Tampoco.

—¿Entonces qué es lo que te molesta, *petite*? —Abrí la boca para contestar, pero el rubor se adelantó. Chardin ya lo había dicho: él había tenido mi edad, y parecía recordarlo como si fuera ayer—. Oh, ya lo veo. —Sus labios se curvaron en una sonrisa—. El *amor*.

—No, esto no es…

—No intentes engañarte, Ari. Se te ve en la cara.

Negué con la cabeza con más efusividad de la que pretendía, pero no fui capaz de encontrar las palabras para defenderme.

—¿No te hablé de las normas de la telequinesia? —preguntó él. Levanté una ceja.

—Claro. ¿A qué viene…?

—Repítelas.

Apreté los labios. El rostro de Chardin se había endurecido, la sonrisa le flaqueaba.

—No contárselo a nadie. Que lo he cumplido, Chardin, incluso borracha. —No enseñárselo a nadie era otro asunto, pero aún tenía la esperanza de que Jem se hubiera dado la vuelta a tiempo—. Eh… No olvidar lo que me hace feliz —«Pintar, Jem, mi buhardilla, los domingos de *crêpes* en Sainte Geneviève, Jem, las rosas blancas, el libro de Monet, Jem, despegar los pies del suelo en todos los sentidos, Jem»— y aprender a respirar. —Solté el aire de manera exagerada—. ¿Ves? Todo perfecto.

Chardin no rio mi gracia. Siguió con el rostro serio, la sonrisa apagándose y el *croissant* a medio comer.

—La cuarta norma —dijo.

—¿Qué?

—La cuarta norma, Arielle. No llegué a decírtela porque pensé… —Apartó sus ojos de los míos y sentí que algo se rompía, como si su mirada me hubiera mantenido atrapada.

—No pasa nada, Chardin —dije, ladeando la cabeza—. Soy una buena alumna, siempre lo dices. La cumpliré también.

—¿Estás a tiempo aún? —Fruncí el ceño, confusa. Él hizo una pequeña pausa, chasqueó la lengua y se dejó caer sobre el respaldo de la silla—. Tienes que evitar enamorarte, Arielle.

Hubiera soltado una carcajada si no fuera por la seriedad en los ojos de mi profesor.

—¿Por qué?

—Para empezar, porque el amor te ciega, te hace creer que puedes confiar en la otra persona. Tienes que recordar que tu poder tiene que mantenerse oculto de todos, y el chico que te hace sentir mariposas en el estómago no es una excepción. Si descubren lo que puedes hacer, Arielle… Querrán utilizarte. Querrán aprovecharse de ti. Venderte al Gobierno, usarte como arma, llevarte al extremo para ver hasta dónde puedes llegar, como si no

fueras más que una rata de laboratorio. —Sacudió la cabeza. Toda su alegría se había desvanecido, y me encontré mirando a un hombre al que no reconocía como Nicolas Chardin—. Todo empieza queriendo a alguien. No pongas tu secreto en las manos de nadie, Arielle. Te arrepentirás.

«Ya está en las tuyas», pensé, y, por un instante, sentí que me inundaba el miedo. A Chardin ya le quería. Ya había corrido el riesgo con él, pero todavía había momentos en los que no le reconocía.

Traté de sacarme aquella idea de la cabeza. Si Chardin hubiera querido utilizarme o manipularme, habría tenido oportunidades de sobra.

—Y también hay una segunda razón. —Relajó la expresión de su cara y volvió la atención a su desayuno. Pegó un bocado al *croissant* antes de continuar—. El sexo.

—¿Qué?

Debía de haber escuchado mal.

Chardin me miró de nuevo y dejó salir una carcajada, seguramente a raíz de mi rubor. Sentía que me ardía la cara de vergüenza.

—A este paso vas a tener las mejillas del color de tu pelo, *petite*. —Me cubrí la cara con las manos, inútilmente—. No pensé que tendría que decírtelo aún pero, qué narices, tienes diecisiete años. Casi dieciocho.

—Aún me quedan seis meses.

—Por eso, casi. —Se cruzó de brazos sobre la mesa—. Verás, Arielle… Ya sabes que la telequinesia se activa con las emociones fuertes, ¿verdad? Fue lo primero que descubriste. Una pesadilla podía acabar destrozando tu habitación, una pelea podía romper más de un plato… —«Un estúpido cabreo podía matar a tu madre», pensé, con un nudo en la garganta—. La ansiedad, el estrés, el enfado y la rabia alteran las ondas electromagnéticas de tu cerebro, porque tu conciencia está alterada. Por eso te enseñé a respirar con el diafragma, a mantener la calma, a centrar tu atención en lo que estás haciendo. —Asentí con la cabeza, todavía dudando que tenía todo esto que ver con enamorarse o tener sexo—. Pues bien… Imagina cómo de alterado está tu cerebro cuando tienes sexo. Está siendo bombardeado por un millón de estímulos nerviosos al mismo tiempo y de repente… ¡Bam! —Abrió los ojos y las manos de golpe. Curvó los labios en una sonrisa y volvió a dejarse caer sobre la silla—. Un orgasmo para ti puede ser tan desastroso como la peor de tus pesadillas, Arielle.

—*Mon Dieu*. —Cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia atrás, no tanto por el impacto de la noticia como por el hecho de que estuviera hablando de

eso con Chardin—. Lo… lo he entendido. Tampoco estaba en mis planes, así que…

—Solo te digo que tengas cuidado. Protección física y mental, *petite*. —Se señaló la sien con un dedo.

—Vale, vale, cambiemos de tema. —Me revolví en mi asiento, incómoda. El *croissant* ya se me había enfriado—. Es que es muy raro, ¿sabes? Nunca pensé que hablaría de esto con nadie. Yo qué sé, la gente no le cuenta estas cosas a sus padres… —Me detuve un instante, consciente de mis palabras—. Ni a nadie, ya sabes a qué me refiero.

Chardin asintió lentamente con la cabeza.

—Tenía que prevenirte.

—¿Tu antigua alumna tenía las mismas normas?

Se quedó paralizado; sus dedos alrededor del vaso de zumo y la mirada perdida en algún punto a mi espalda.

—Me dijiste que yo no fui tu única… alumna. —Continué, haciendo caso omiso a su silencio—. Sabías lo del doctor Grégoire, sabías perfectamente cómo funciona mi poder, sabías lo que decirme. Mi abuela supo a quién acudir, no se lo pensó dos veces. —Me eché hacia delante. Todo el sopor de la resaca parecía haberse difuminado, y sentía mis pensamientos más afilados que nunca—. ¿Quién era ella?

Los labios de Chardin se curvaron durante medio segundo. Se puso en pie y cogió su plato con una mano, el vaso con la otra.

—¿No vas a decir nada?

—Deberías ir recogiendo, Arielle —dijo, dándome la espalda—. Tu abuela te estará esperando.

—¿Sigue viva? —Me puse en pie, con las manos todavía sobre la mesa—. ¿O acaso la cogieron? —Más silencio, y el sonido de los platos al chocar contra la pila—. ¿La estás escondiendo, Chardin?

—*Monsieur* Chardin, Arielle —remarcó. Se dio la vuelta, cruzándose de brazos.

—No vas a contestar.

—No te sirve de nada saberlo. —Su rostro volvió a endurecerse—. Pero si tanto te interesa: murió, Arielle. Estoy tratando de evitar que a ti te pase lo mismo.

Salió de la habitación antes de que me diera tiempo a preguntarle nada más, dejando a sus espaldas mi *croissant* a medio comer. Me dejé caer sobre la silla. La jaqueca regresó con una oleada de dolor.

Cada vez tenía más preguntas y me negaban más respuestas.

Quizás era hora de volver a ver a Oliver Favre.

No mires

Volví a Arcueill, saludé a mi abuela, hice mis tareas y me encerré de nuevo en la buhardilla. Di una vuelta a la pequeña habitación, de esquina a esquina, pasando la mano por cada uno de mis dibujos. Los retratos a medio terminar y los bocetos expuestos me devolvían la mirada desde el otro lado del papel. Faltaban los que más esfuerzo y trabajo me habían costado, mis mejores obras; las que había vendido en la plaza por unos cuantos francos.

Les di la espalda con un suspiro. Por mucho que las echara de menos, ahora ya no podía recuperarlas. Tenía que verlas como los pequeños sacrificios que me asegurarían un futuro rodeada de más arte, más pinturas, más oportunidades.

Pero el frasco vacío de mermelada que contenía mis ahorros no llegaba todavía a los cien francos.

Empecé a deslizarme por el suelo. *Literalmente*. Mis pies dejaron de rozar la superficie de la madera y comenzaron a patinar sobre ella, en el aire. Al principio sentía que con cada paso iba arrastrando barro; el aire se volvía más denso y espeso a mi alrededor, como si anduviera bajo el agua. Y como si alguien rompiera el hilo que me ahogaba, me liberé. Flotar en el aire se hizo más fácil, más ligero. Nadé por encima del suelo como si no fuera más que un juego.

Antes de que la telequinesia me agotara, me deslicé hasta el teléfono sobre el escritorio e hice girar el disco hasta dar con el número de Jem.

—¿Sí?

—¿Jem? Soy Arielle.

Me di la vuelta, de espaldas al suelo. Al otro lado de la línea no se oía más que silencio y las molestas interferencias del teléfono.

—¿Estás ahí?

—Sí, sí. —Esperó un segundo—. ¿Ha pasado algo?

—Eh… No. Me preguntaba si podía pasar a verte, nada más. —Enrollé el cable del teléfono entre mis dedos y me acomodé la falda, que caía hacia abajo como una cascada.

—¿Hoy?

—Sí, hoy. ¿Algún problema?

—Iba a ir a casa de mi abuelo.

—Puedo acompañarte.

—Arielle, no creo…

—No me importa, de verdad. Estoy a gusto con tu abuelo. Y luego puedo invitarte a algo en *Le petit Benjamin*, si te apetece.

Más silencio al otro lado del teléfono. La voz de Jem sonaba insegura, cortada, como si tuviera a alguien midiendo sus palabras.

—Está bien. ¿Paso a recogerte?

—No hace falta, cogeré el tren a Capelle. Estoy en una hora.

—Bien.

No sonaba bien. Di la vuelta en el aire, apoyándome sobre la nada como si estuviera tumbada en mi cama. Me aparté el pelo de la cara mientras iba bajando hacia el suelo.

—Jem, ¿va todo bien?

—Claro. —Un carraspeo—. Nos vemos dentro de una hora, Ari.

Colgó antes de que me diera tiempo a despedirme. Yo colgué antes de que el teléfono comenzara a elevarse conmigo.

Acabábamos de entrar en agosto, y el estrecho pasillo que llevaba al apartamento de Oliver Favre parecía una cámara frigorífica. Llamamos al timbre y me quedé tiesa frente a la puerta, abrazándome los codos. A mi lado, Jem se balanceaba hacia delante y atrás, con las manos en los bolsillos y la mirada clavada en su polo.

Él también parecía estar frío. Cansado, quizás. En el tiempo que había pasado desde que nos habíamos visto había cruzado mi mirada dos o tres veces, y la había evitado trescientas veces más. Hablaba poco, sonreía poco.

Ding, dong.

El timbre volvió a sonar y nadie respondió al otro lado.

—Cada día está más sordo —dijo Jem, con un suspiro. Rebuscó en sus bolsillos hasta dar con las llaves y abrió la puerta.

Entramos en la casa con los pies de plomo. Se oía el murmullo de la radio al fondo, en el salón. Desde la entrada podían entreverse las filas de plantas exóticas que decoraban la sala, los rayos de sol que se filtraban a través de las cortinas rojas y la espalda de la butaca, mirando hacia la ventana.

—Abuelo, soy yo. Ha venido Arielle conmigo —dijo Jem, elevando la voz hacia el pasillo. Se guardó las llaves en el bolsillo y empezó a caminar hacia el anciano, que se mantuvo en silencio.

Le seguí. La casa estaba helada, como si alguien hubiera olvidado cerrar las ventanas.

—¿Abuelo?

El taconeo de mis zapatos sonaba demasiado alto, molesto. Vi cómo Jem fruncía el ceño antes de adelantarme unos pasos más.

—Abuelo, ¿me oye? —Se detuvo a dos metros del salón y se volvió hacia mí, extendiendo una mano. Juraría que le temblaba—. Arielle, quédate ahí. —Me detuve al instante y crucé las manos sobre el pecho—. Quizás… Se ha debido de quedar dormido. O puede que tenga miedo, no lo sé. A veces es como un niño pequeño. —Me dedicó una sonrisa trémula antes de volverse hacia el salón—. Abuelo…

Sentía que el corazón empezaba a latirme cada vez más fuerte, que el silencio de la casa se hacía más pesado, que la emisora de la radio sonaba más lejana.

Me quedé de pie junto a la entrada, con los puños apretados y los ojos fijos en la espalda de Jem, hasta que dio la vuelta a la butaca y desapareció.

Pum.

Oí el sonido de algo robusto cayendo contra el suelo. Di dos pasos hacia delante, con los latidos martilleando en mi cabeza, pero enseguida me detuve. «Quédate ahí».

—¿Jem? —Silencio. El volumen de la radio descendió—. Jem, ¿está todo bien?

Oí sus pasos. A los dos segundos, Jem Favre apareció con el rostro inclinado, la barbilla pegada a su pecho, la mandíbula temblando. Una mano con el puño cerrado, la otra contra la pared.

Alzó la cabeza y sentí que se me rompía el mundo.

—No mires —dijo, con la voz quebrada y los ojos cerrados. Dio dos pasos hacia mí y me di cuenta de que todo él estaba temblando.

Casi podía ver la tristeza que le embargaba y le desgarraba la piel desde dentro. Oía los gritos que Jem callaba, sentía su dolor en el pecho, veía cómo apretaba los labios y los puños tratando de contenerse.

Si se destensaba, la tristeza acabaría con él.

—Jem…

—No… No mires allí… Él… —intentó acabar la frase, pero las lágrimas le hicieron atragantarse. Abrió los brazos y se acercó hasta mí.

No necesitó decirme nada.

Me atrajo hacia su pecho y me rodeó con los brazos; una mano contra mi espalda y la otra en mi nuca. Hundió el rostro en mi cabello y noté cómo su cuerpo entero temblaba.

—No quiero que lo veas —consiguió decir—. No así.

Me aparté un poco de él hasta poder mirarle a los ojos. Él seguía conteniendo el llanto.

—Se ha ido. —La última palabra se convirtió en un gemido.

Le acaricié la mejilla con una mano, sin saber qué decir.

Esta vez fui yo la que le abracé. Él se encorvó sobre mí, comenzó a llorar sobre mi hombro, sin parar de temblar ni un solo momento. Y yo no le solté.

Su mano seguía apretando la mía cuando llamé al médico.

Su mano seguía apretando la mía cuando esperamos a que se llevaran el cadáver, sentados en las escaleras del portal.

Su mano seguía apretando la mía cuando llego el primer pésame. Cuando volvieron los recuerdos. Cuando le preguntaron si había algún familiar al que avisar y él contestó que ya no quedaba nadie.

Y yo no le solté.

Triunfo

Jem Favre sabía que su abuelo moriría algún día, pero quería pensar que aún le quedaba tiempo. Tenía esa estúpida idea de que su abuelo se iría yendo lentamente, suspiro a suspiro, hasta apagarse.

Y a veces sucedía así. A veces.

Otras veces el corazón dejaba de latir sin avisar, sin dejar notas de despedida.

Claire no apareció en el funeral, porque los cementerios «le daban mal rollo». Cuando hablé por teléfono con ella no me pareció que fuera totalmente consciente de lo que decía. Arrastraba las palabras. Luego intentó encubrirlo diciendo que se encontraba mal.

Nathan nunca había estado tan serio. No se apartó de nuestro lado, pero no dijo nada. Aparecieron unos ancianos del pueblo que aseguraban haber pasado tardes y tardes jugando al dominó con *monsieur* Favre. Llegaron también un par de profesores de Saint Hugues, que no dejaron de darle palmaditas en la espalda a Jem. Por lo demás, el tanatorio estaba desierto, y al entierro llegaron tres personas.

Nathan llevaba el control de la situación; era él quien saludaba a los vecinos y daba las gracias a quien venía a despedir a *monsieur* Favre. Él tendía su mano, asentía a los pésames y seguía a Jem allá donde su amigo fuera. Llegaron a confundirle con un nieto del que no habían oído hablar.

Jem, por su parte, no se deshizo de la máscara con la que se había despertado. Se mantuvo con el rostro sereno y la mirada fija en el vacío, como si alguien lo hubiera apagado. Como si le hubieran arrancado el corazón y hubiera olvidado cómo sentir. Nathan andaba siempre por delante de él, con la barbilla alzada, como un guardaespaldas. Y yo me mantenía a su lado. Mi mano no había dejado de rozar los dedos de Jem, mi hombro no se había separado de su brazo. Era mi manera de hacerle entender que seguía ahí. Que podía contar conmigo.

El cementerio se fue vaciando, dejándonos solos mientras caían los últimos montones de tierra. El enterrador se apartó el sudor de la frente antes de volver a hundir la pala en el suelo, miró a los pobres que se despedían del difunto con escepticismo y siguió con su trabajo hasta que cayó el último gramo de tierra.

Y Jem siguió con los hombros caídos, la mirada perdida y la corbata inclinada. En cuanto el entierro acabó se dejó caer sobre la acera del suelo y apoyó los codos en sus rodillas. Nathan se sentó a su derecha; yo a su izquierda.

El silencio cayó sobre el cementerio con la misma fuerza con la que lo había hecho la tierra sobre el ataúd, minutos antes.

—Cuéntame algo que no sepa de ti —dije.

Jem ladeó lentamente la cabeza hacia mí, como si no estuviera seguro de lo que había dicho. Su rostro seguía inexpresivo.

—Algo absurdo, algo profundo, algo irrelevante —continué. La cabeza de Nathan asomó por detrás de la de Jem—. Lo que sea.

Él pestañeó y se quedó en silencio.

—Nunca veo películas de miedo —dijo Nathan, con una sonrisa—. He visto tres en mi vida y con esas han sido más que suficientes. Soy un cagueta.

Si no hubiéramos estado en un cementerio, donde descansaban miles de almas y habían llorado miles de familias, quizás hubiéramos reído. Si no estuviéramos consolando a nuestro amigo, quizás habría espacio para alguna broma, para un codazo en el costado, para un «¡bu!» inesperado y un sobresalto.

—A mí me dan miedo las arañas —añadí, arrimándome más a Jem—. Mi madre siempre decía: «Pero vamos a ver, Arielle, ¿quién es más grande: tú o ella?».

Nathan sí se atrevió a sonreír, y me pareció que el rostro de Jem cambiaba. O quizás solo había sido la brisa. El sol empezó a esconderse y el cielo comenzó a teñirse del color de los ojos de Jem, ahora nublados por la falta de su abuelo.

—Si abro una bolsa de pistachos no la suelto hasta que no queda ninguno —siguió Nathan. Me animé a acompañar su sonrisa.

—Entre el mar y la montaña, prefiero el mar —dije.

—Me gusta el número trece, aunque digan que supuestamente da mala suerte —dijo.

—Siempre me echan menos edad de la que tengo.

—Soy alérgico al melocotón.

—¿Al melocotón?

Nathan se encogió de hombros.

—Me dio una reacción alérgica a los dieciséis y casi no vivo para contarlo.

Fruncí los labios; Nathan también se dio cuenta de lo desafortunadas que eran sus palabras.

—Yo adoro la fruta —seguí, con un carraspeo—, absolutamente toda. Bueno, excepto el coco.

—¿Por qué? ¿Te dijeron que vendría a por ti si no te dormías?

Cuando pillé el malísimo chiste del chico fue demasiado tarde como para contener la risa. Para mi sorpresa, el cuerpo de Jem también tembló a mi lado, más de risa que de frío.

—De pequeño me asomaba a la ventana cuando no podía dormir. —Nathan y yo nos volvimos hacia él como si su voz fuera un milagro. Jem seguía con la mirada clavada en el vacío y las manos entrelazadas sobre las rodillas, pero en sus labios se adivinaba el nacimiento de una sonrisa—. Contaba las estrellas hasta que me entraba el sueño, aunque muchas veces no me daba tiempo a volver a la cama.

Jem calló, el viento frío comenzó a colarse entre las lápidas del cementerio y el sol siguió descendiendo. Nos pasamos las horas compartiendo recuerdos, momentos y cosas que no sabíamos. Y cuando terminamos, todo se quedó en silencio.

Nos quedamos los tres solos en la necrópolis. Tres jóvenes de piernas cruzadas y miradas perdidas pensando en lo que era el amor y lo que era la vida, en todas las personas rotas y todo el dolor que los rodeaba, en cómo aquella desesperanza podía también ser un triunfo. Solo teníamos que sobrevivirla.

Cuando la curiosidad quema

Me levantaba con el único alivio de saber que quedaba un día menos para que las clases volvieran. La rutina de estar en casa, constantemente vigilada por mi abuela, me parecía letal. Sobrevivía a base de chocolatinas escondidas en los cajones y tardes enteras con los dedos manchados de pintura.

Por las mañanas las tareas variaban: algunas veces me tocaba ayudar a limpiar la casa, otras tenía que hacer repaso de las asignaturas o tenía que salir a comprar. Mi abuela se encargaba de que no tuviera ni un segundo libre para ir a la plaza con lienzos bajo el brazo. Vender cuadros le parecía una pérdida de tiempo, un gasto de energía. Nunca la había visto tan confiada en mi fracaso.

—Cariño, ¿podrías traerme los alfileres? —Me miró por encima de sus anteojos, colocándose una blusa sobre las rodillas. Me estaba acortando las mangas del uniforme para evitar que me ahogara de calor cuando volviera al internado.

Me levanté del sofá, dejando a un lado el libro que estaba leyendo. Tampoco hubiera aguantado mucho más sentada.

—¿Están en su habitación, abuela?

Negó con la cabeza.

—He dejado el material de costura en el cuarto de Denise. No me gusta llenar el mío de trastos.

—Ah.

—Los alfileres, Arielle. *Allez!*

Hice una inclinación con la cabeza antes de salir del salón, camino a la habitación que aún me parecía llena de fantasmas.

No es que no la hubiera visitado antes. Habían pasado más de dos años desde la muerte de mi madre y, aunque el dolor seguía reciente, me había visto obligada a entrar a la habitación más a menudo de lo que me gustaría. Mi abuela no quiso recoger nada («No tengo por qué encargarme de todos sus

trastos»), así que fui yo la que volvió a hacer la cama, aireó las sábanas, cerró los cajones y vació el vaso de agua que mi madre nunca llegó a beber. Mientras, sentía un puñal clavado en mi espalda; el constante recordatorio de que el vacío de aquella habitación era mi culpa.

Nada había cambiado. La cama seguía tal cual la había dejado años atrás y el polvo se empezaba a acumular sobre la mesita de noche.

Respiré hondo, como si me preparara para enfrentarme a un ejército invisible.

—Alfileres —repetí para mí misma—. Primer cajón, caja de costura.

Solo que en el primer cajón de la cómoda no estaba la caja de costura.

Abrí todas las cajas que la abuela había dejado sobre el mueble: una llena de toallas, otra de los vestidos que me habían quedado pequeños años atrás, otra de rulos. Con un suspiro, me puse de cuclillas y empecé a buscar en los cajones de abajo. Excepto en el último, aquel que estaba lleno de sábanas. Si tan solo hubiera controlado mi ira, si hubiera ido a otro cuarto…

Sacudí la cabeza. El segundo cajón estaba lleno de cajas, de todos los tamaños y colores, de cartón y de metal. Solté un suspiro.

—Malditos alfileres.

Primera caja: bolígrafos (¿para qué necesitábamos tantos?) y plumas que no había visto en mi vida. Segunda caja: pequeños bolsos de lana y bufandas que nunca vieron la luz. Seguramente los primeros intentos de costura de mi abuela, o de mi madre. Al menos sabía que estaba cerca. Tercera caja, la más ancha y plana: cartas.

Arqueé una ceja. La caja estaba llena de hojas amarillentas y arrugadas, sobres abiertos y sellos sin usar. Los folios se amontonaban unos sobre otros, llenando el interior de la caja sin un orden en particular. Y en ellos reconocí enseguida la letra de mi madre. Había cartas sin destinatario (¿cartas a la guerra?), fechas que no significaban nada para mí y nombres sin caras.

Excepto uno.

«Queridísimo Nicolas».

—¡Arielle! —La voz de mi abuela desde el piso de abajo rompió con todo mi ensimismamiento—. ¿Cuánto rato más vas a tenerme esperando?

Cerré el cajón con un estruendo y me puse en pie, dejando las respuestas atrapadas en aquella cómoda.

—*Merde*.

Una de las normas no escritas cuando mi abuela y yo cenábamos juntas era no interrumpir la cena a menos que fuera totalmente necesario. Pero el silencio del comedor no hacía más que engrandecer mi curiosidad y mis dudas, hasta que estas se hicieron un hueco entre mis labios.

—Tengo ganas de volver a ver a *monsieur* Chardin —murmuré. Ella arqueó una ceja.

—Bien. —Volvió su atención al plato. Había vivido esta escena demasiadas veces como para no darme cuenta de que estaba intentando evitar la conversación.

—Se porta muy bien conmigo, ¿sabe? Y la verdad es que me ha enseñado mucho. —Hice una pausa, a la espera de que añadiera algo, pero la única respuesta fue el tintineo de su tenedor contra el plato—. Me preguntaba cómo os conocisteis. —Tragué saliva y continué hablando antes de que las palabras de espanto mi abuela me frenaran—. Él me contó que ya la conocía, y antes conoció también a mis padres. O después, no lo sé. La verdad es que me parece curioso; *monsieur* Chardin no está casado, no tiene hijos y no forma parte de nuestra familia. ¿Cómo es que lo conoció, entonces?

En ningún momento me atreví a mirarla a los ojos, pero pude sentir perfectamente cómo clavó su mirada en mí. Mantuvo el tenedor en el aire, a medio camino entre su boca y el plato.

—Un día la curiosidad acabará contigo, Arielle. —Soltó un bufido y se metió el tenedor en la boca.

—Eso no es una respuesta.

Esperé pacientemente a que la abuela acabara de masticar. El tictac del reloj hacía eco en mi cabeza y me contuve para no empezar a dar toques contra el suelo.

—Es simplemente un conocido de la familia.

—¿Y por qué sabe tanto sobre la telequinesia?

Mi abuela levantó la cabeza como activada por un resorte. Frunció el ceño y los labios ante la última palabra.

—*Mon Dieu*, ¿telequinesia? ¿Así lo llamas? La telequinesia no es más que ciencia ficción, y lo que te ocurre es… Es… —Me miró de arriba a abajo con una expresión que se balanceaba entre el asco y la pena—. Es una desgracia, Arielle.

—Sí, abuela —carraspeé—. Pero sigo sin entender cómo llegamos hasta *monsieur* Chardin.

Ella puso los ojos en blanco.

—No vas a parar hasta saberlo, ¿verdad? —Dejé salir una levísima sonrisa mientras negaba con la cabeza—. Tu madre y *monsieur* Chardin se conocían desde niños y mantuvieron el contacto durante muchos muchos años más. Siempre estuve al tanto de que Nicolas era un joven diferente, muy en contacto con esta clase de… desgracias infernales. Fue el primero en quién pensé cuando…

—Pero *monsieur* Chardin ya había tenido un caso como el mío antes —la interrumpí—. ¿Es por eso que contactó con él? ¿Conoció usted a la otra chica?

Mi abuela se quedó mirándome fijamente a los ojos, como si estuviera en trance. Sacudió la cabeza antes de contestar.

—No; Dios la tenga en su gloria.

—Entonces, ¿cómo sabe que murió?

Inclinó ligeramente el mentón.

—He supuesto que de seguir viva seguiría necesitando los servicios de *monsieur* Chardin.

—Los mismos que usted conocía. ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho: era amigo de tu madre.

—Pensaba que antes lo había sido de Ansel.

Su rostro se ensombreció ante el recuerdo de su hijo.

—Te equivocabas, pues. —Se irguió en el asiento y volvió a clavar el tenedor en la carne—. Ahora hazme el favor de seguir comiendo. *Mon Dieu*, menudo interrogatorio. Guarda tu curiosidad, Arielle, sin importar cuánto te arda la garganta, porque un día le harás preguntas a quien no quiere escucharlas y juro por Dios que no será tan benévolo como yo lo he sido. Aprende a callar si no quieres acabar con un ojo morado.

Siguió comiendo, como si sus palabras no hubieran sido más importantes que decir que el mar es salado.

—Sí, abuela.

Las respuestas

Me vi deseando que el calor diera paso al invierno y que las hojas empezaran a desprenderse de los árboles. Me costaba sobrevivir a la convivencia con mi abuela, a pesar de tener años de práctica a la espalda. Pero entonces era distinto. Antes no tenía un embrollo de preguntas quemando mi garganta ni unas ganas insanas de ver a nadie. Tampoco se acercaba mi último año de instituto; mi última oportunidad para convencer a mi abuela de que mi futuro estaba en la universidad, no en los brazos de un hipotético marido.

Dejé que las horas pasaran entre la buhardilla y el comedor, entre dedos manchados de pintura y cenas en silencio. Le escribí cartas a Jem; muchas más de las que mandaría. En las semanas que no nos vimos, no contestó ninguna.

El día que mi abuela decidió que era hora de volver a ver a Chardin casi me dio un vuelco en el corazón. Él me recibió con una sonrisa de oreja a oreja y un abrazo, como si hubiera olvidado completamente la cantidad de preguntas que me había dejado sin responder la última vez que nos vimos. Me había preparado zumo de naranja y había movido el ventilador de mesa al salón.

Esta vez no iba a callarme hasta que consiguiera respuestas.

—No sabes las ganas que tengo de empezar las clases. —Me dejé caer sobre el sillón y pegué un sorbo a mi zumo.

—Creo que eres la primera estudiante a la que oigo decir eso.

Me encogí de hombros.

—Es que… No imaginas lo lentos que pasan los días en casa, Chardin. Mi abuela no hace más que repetir lo que hizo el día anterior, día tras día, y no permite que encienda la radio ni que salga a dar una vuelta a menos que sea estrictamente necesario. Como si aún estuviéramos en guerra. —Suspiré—. Además, tengo que dejar salir todo… todo esto —hice un gesto hacia mi pecho, buscando las palabras, y acabé por abrazarme los codos— de alguna

forma, pero nunca delante de ella o empezará a santiguarse como si estuviera endemoniada. Siempre tengo que estar encerrada en la buhardilla. Es agotador.

Chardin asintió con la cabeza y se deslizó por el suelo con pies de plomo hasta sentarse a mi lado.

—No has dicho nada que me sorprenda aún. —Rodeó su zumo con ambas manos, como si fuera un tazón de leche caliente.

—Mi abuela es *muy* aburrida. Pero al menos ya no está todo el rato pendiente de mí, como antes. Puede que me tenga miedo.

—Tampoco me extraña.

—Le pregunté sobre ti.

Él no mudó de expresión, solo parpadeó.

—¿Sobre mí?

—Solo quería saber cómo llegué hasta aquí. Sí, ya, los dos contestáis siempre lo mismo: «Es una larga historia, nos conocemos desde hace años». Pero eso no era lo que preguntaba. Solo quería saber qué te conecta con ella, y, sobre todo, qué te conecta con la telequinesia. Conmigo.

Solo cuando callé me di cuenta de la rapidez con la que hablaba, como si temiera que volvieran a interrumpirme. Pero Chardin se mantuvo inmóvil, tranquilo, con las pupilas clavadas en sus manos.

—¿Y lo conseguiste?

—Conseguí que me dijera que eras un chaval rarito que iba con mi madre. ¿Es cierto?

Su sonrisa se tensó.

—Supongo que sí.

Se levantó y me dio la espalda para andar camino a la cocina. Fue en aquel momento cuando supe que Chardin tenía algo más que decirme. Lo reconocí en su gesto, en la sonrisa tensa y la manera de evitarme la mirada. Me quedé plantada en el sofá. Él desapareció por el pasillo, con las palabras aguardando en su garganta.

Y cuando volvió y me encontró todavía sentada, esperando, me dio tiempo a mirarle a los ojos. Sentí que la marea de conversaciones encriptadas del pasado se retiraba, quedándose en el aire durante un segundo, antes de estrellarse otra vez sobre nosotros.

Pero el agua no llegó.

—Estoy cansada de verdades a medias, Chardin —dije, casi como una súplica—. Mi madre te mandaba cartas, pero nunca me habló de ti. Creía que

eras amigo de mi padre, pero él llegó después. No entiendo qué narices tienen que ver ellos dos en todo el asunto de la telequinesia, y…

—Y no tendría por qué importarte nada de esto, *petite*.

—Pero lo hace. —Me puse en pie de un salto, con los puños apretados—. Dios, Chardin, cada vez siento que conozco menos a mi familia, que hay algo oscuro que se me está ocultando. Y me duele. Me duele que mi abuela se aparte de mí y que me mire como si pudiera romperle el cuello en cualquier momento. Y me duele que la única persona que, supuestamente, iba a tratarme como una adulta no sea siquiera capaz de explicar qué narices hago aquí. —Cogí aire—. No soy una niña, Chardin. Tengo derecho a saber…

—No, no lo tienes. —Su rostro se endureció—. Fue la vida de tu madre, no la tuya. Y tú solita has encontrado respuestas; las únicas que te quedan las tienes delante de tus narices.

—¡Pues no las veo!

—No estoy aquí para hablarte de mi vida.

Me dio la espalda de nuevo, pero le cogí del brazo antes de que le diera tiempo a dar media vuelta.

—No preguntaba por la tuya. Pero mis padres… —Titubeé—. Mi madre…

—Tu madre fue una persona muy importante para mí, Arielle. Y nunca le ocultó a Ansel ni a tu abuela el secreto que arrastraba. Era la única familia que le quedaba. Así es como Edith supo de mí. ¿Contenta?

Chardin hizo un movimiento brusco de hombros y se apartó de mí, tirante. Nunca le había visto con el rostro tan serio. Le hacía envejecer muchos años más.

—¿Qué secreto?

Él esquivó mi mirada y empezó a caminar.

—¡Chardin! Por Dios, ¿puedes dejar de actuar como si todo esto fuera un misterio?

—¿Puedes tú dejar de actuar como si no te dieras cuenta? —Su voz era dura, cortante. Escuché sus pasos alejarse por el pasillo.

—¿Cuenta de qué? —Me dejé caer sobre el sofá; la falda de mi vestido se extendió a mis costados—. Mi madre… Mi madre nunca…

Pero él ya no me escuchaba. Tampoco tenía intención de que lo hiciera.

Quizás la única que había estado ocultando la verdad había sido yo misma. Puede que fuera mi culpa. Puede que me hubiera empeñado en no ver la verdad aun estando delante de mis ojos; quizás una parte de mí se esforzaba, casi con dolor, por hacer que las piezas encajaran de otra forma.

Porque claro, mi abuela y mi madre siempre peleaban, pero seguro que se debía a que ella era arisca y altiva, dura como un tronco; y mi madre era toda brisa. O puede que fuera porque mi abuela seguía pidiéndole que exorcizara su propio demonio.

Porque mi madre había actuado siempre con templanza y serenidad cuando las pesadillas me despertaban. Nunca llamaba a la policía cuando amanecía con cristales rotos, porque no quería preocuparme. O porque sabía perfectamente que la policía no podría detenerme. *Detenernos*.

Porque Chardin conocía a mi madre mejor que nadie que yo hubiera conocido. Desde el sonido de su risa hasta el número de rosas blancas de su jardín. Habían compartido cartas, años, sueños. Y seguramente, secretos.

Porque Chardin sabía tratar mi telequinesia, pero nunca la había vivido en primera persona. Fue su *alumna* quien se la mostró. La chica —la mujer— que murió.

Si la entrada al salón hubiera tenido puertas, *monsieur* Chardin las habría abierto con un portazo. En su lugar solo dio tres zancadas hasta colocarse a un metro de mí, con la espalda erguida y un puñado de folios contra el pecho.

—Toma tus respuestas, Arielle.

Dejó los papeles sobre la mesa y volvió a marcharse. Ni siquiera me miró.

Los papeles

17 de septiembre de 1955

Nicolas:
No sé cuánto tiempo más voy a poder con esto.
Te necesito.

Denise



23 de junio de 1933

Querido Nico:

Por el amor de Dios, no puedo más con el calor de la montaña. Creo que moriré aquí, Nico, moriré de ganas de volver al pueblo. Este «viaje» «familiar» (podría poner ambas entre comillas, pero prefiero hacerlo por separado: pasar de un pueblo a otro pueblo, y además mucho más caluroso, no puede llamarse viaje; y ver cómo mi madre pasa las horas tejiendo y cómo mi padre se lleva a mis hermanos de excursión, solo a ellos, es todo menos familiar) me está hartando, y solo llevo dos días.

He escrito cuatro cartas antes de esta. En serio. No creo que las leas, porque al acabar me daba cuenta de que te había utilizado más como diario que como amigo. Y no quiero hablar de mí. ¿Cómo estás tú? ¿Qué tal tu verano?

Sácame de aquí, Nico. Ojalá pudieras.

Además, me ha pasado algo que… En fin, debería contártelo en persona. Estoy un poco asustada. Tengo miedo de que no me creas, y tengo miedo de estar asustándote con mis palabras. Tengo miedo de muchas cosas, Nico… Y solo tú me quitas el miedo. Te echo de menos.

Un beso,

Denise



4 de abril de 1934

Querido Nico:

Gracias por seguir escribiéndome. No sabes la ilusión que me hace ver tus cartas en el buzón, o debajo de la puerta, o en el pupitre. Solo espero que no seas torpe y monsieur *Tolbert no te pille con esta nota en clase*.

Pero eso, gracias. Eres el mejor.

Denise



Nico: ¿has visto tú también la tiza de madame *Dubois? ¿Crees que ha podido ser…? Dios, cada vez estoy más paranoica. Lo hablamos en el recreo*.



3 de junio de 1935

Mi madre apenas me deja salir de casa. Aquel desmayo la asustó mucho y no para de murmurar que Dios quiere llevarme con Él, que los niños mueren pronto y las niñas mueren más. Es siniestro. Si estás leyendo esto es que he conseguido escaparme hasta tu puerta, y espero que con las prisas no me haya equivocado y haya colado la nota en una casa ajena.

Si no eres Nico: ¿podrías darle esto? Seguramente es tu vecino. Un joven muy simpático, siempre con una sonrisa. Con el pelo rizado y revuelto, tan frondoso como la copa de un árbol. Bromeo mucho con eso, y él lo odia. Pero te caería bien. Es un amigo fiel. Estoy segura de que cuando lea esto vendrá a verme a casa, y mi madre le dejará pasar porque sabe que viene de buena familia y que es un buen partido para el futuro. Una reserva. Él y yo siempre nos reímos de la idea loca que tienen nuestros padres de comprometernos. Nico y yo, marido y mujer. ¡Já! ¡No soportaría esos rizos rebeldes todos los días!

Nico, si lo lees, es mentira. Menos lo de casarme contigo. Nada de casarnos, ¿prometido? Soy una chica pobre, no te convengo. Y además, todo lo que está pasando… Me sorprende que no te alejes de mí.

Mon Dieu, *he escrito más de lo que pretendía. Debe de ser la fiebre.*

Nico, ven a verme.

Estoy cansada de estar cansada.

D



2 de septiembre de 1936

Querido Nico: Sé que hace demasiado que no te escribo.

Esto es lo bueno de que nuestras cartas no sean necesarias, que te tengo a dos puertas y puedo hablarte cuando lo necesito. Las noches que me levanto con el corazón en un puño y todo está mal. Los días, los interminables días, en los que me doy cuenta de la ausencia de mis hermanos. Y de mi padre. Siguen siendo una astilla clavada en el corazón, Nicolas, pero no te estoy diciendo nada que no hayas visto.

Gracias por estar a mi lado, ¿te lo había dicho? Lo agradezco de corazón. Ojalá estuvieras aquí.

La fábrica huele a humo y a heces de rata. Sí, es tan desagradable como suena, incluso más. No sé cómo el hilo sale tan deslumbrante y limpio a las tiendas, viendo la condición en la que llega a nuestras manos. Pero allí, y en casa, me muerdo el labio y pongo mi mejor sonrisa: es un orgullo poder aportar dinero a la familia. Estoy haciendo un trabajo que solo podría hacer yo. Eso dice mi madre. Ella también podría trabajar, claro, pero la pena la consume. En ese aspecto me siento más fuerte.

Luego me encuentro llorando sobre la mesa, con las manos llenas de pinchazos de aguja y polvo y un enorme nudo atravesándome la garganta. Nunca sé si lloro por los estudios que nunca tendré, por la familia que he perdido, por el peso de la responsabilidad sobre mis hombros o por tenerte lejos. Acabo convenciéndome de que es solo el humo en mis ojos.

Haré caso a lo que me dijiste: trataré de calmarme. Lloraré menos. Gritaré menos. O cuando lo haga, me aseguraré de que no haya nada a mi alrededor. No quiero ver volar más cristales.

Quizás esta carta no ha hecho más que alarmarte. Lo siento, Nico, no era lo que pretendía. Estoy bien. O lo estaré.

Lo estaré. Solo espérame hasta entonces.

Escríbeme pronto, por favor.

Denise



Cosas a recordar y conclusiones para la Denise del futuro:

1) ¡NADA de llorar! ¡Ni gritar! Mantente tranquila. Mente tranquila = todo bajo control.

2) Si pesa más, cansa más. Si está más lejos, cansa más. Cuando la cabeza empieza a palpitar tienes que parar YA.

3) Olvídate de que lo tienes y quizás dejará de molestarte. (Ojalá).

4) Llama a Nico para cualquier cosa.



26 de diciembre de 1937

¡Tú le dijiste lo de las rosas blancas! ¡Lo sabía, lo sabía!

Le dijiste que eran mis flores favoritas, ¿verdad? Solo tú lo sabrías. Mon Dieu, *¿por qué no me dijiste que tenías un amigo tan caballeroso?*

Oh, Nico, me palpita el corazón cada vez que pienso en él. Ansel, Ansel, Ansel. Hasta su nombre suena suave como la lluvia, cálido como una chimenea encendida.

¿Quedaremos los tres esta Navidad? Estoy segura de que Ansel también tiene muchas ganas de verte. Me ha hablado muy bien de ti, pero nada que yo no supiera ya.

Sin embargo, hay algo que él sí que no sabe de mí… O de nosotros. Me has ayudado tanto que no sé si ya es algo que debería llamar «nuestro», porque yo lo empiezo y tú siempre me ayudas a acabarlo. Tanta belleza, tanta destrucción… Y sin ti no sería más que miedo.

¿Cómo van tus vacaciones? ¿La familia bien? ¿Llevas los deberes al día? ¡Seguro que sí!

Casi se me olvida, ¡feliz Navidad!

Con amor,

Denise



23 de marzo de 1940

Querido Nicolas:

Sé que ha pasado mucho tiempo y que no es el momento idóneo para retomar nuestras cartas. Las cosas han cambiado mucho. Hemos crecido. Te hice daño y ahora tengo que veros marchar.

No te imaginas la forma en la que me duele el corazón, Nicolas. La pesadilla de la guerra es cada día más real y siento que abandono a las personas que más quiero a los brazos del diablo. Hasta hoy, siempre pensé que había un demonio dentro de mí, pero que era lo bastante dócil para controlarlo.

Ya lo has visto: con el tiempo todo ha ido a menos. Menos accidentes. Más control. Menos destrozos. Más vida.

Y de pronto todo cambia de sentido.

Ahora veo más accidentes, más muerte, más dolor, menos control. Más destrozos, más rabia, más desesperanza, menos vida.

Quería escribirte para recordarte que aún estoy aquí para ti. Que aún quiero ese futuro en el que tú les enseñes a mis retoños qué es el amor, qué es la paz, qué es la amistad. No se me ocurre una persona que pudiera sustituirte en aquel hipotético futuro. Jamás.

Cuida de Ansel, por favor. Él cuidará de ti.

Y yo os estaré esperando en Arcueill, con los puños sangrando de tanto rezar y lágrimas secas en los ojos. Os esperaré sabiendo con firmeza que volveréis a mis brazos. Valientes, fuertes. Ojalá pudiera marcharme yo en vuestro lugar. Moriría mil veces por vosotros, así que por mí, no se os ocurra morir.

Ten fuerza.

Con un amor infinito,

Denise

26 de junio de 1940

Amado Ansel:

Han venido los alemanes a casa. Habrás oído las noticias, espero. Estoy bien. Tengo un soldado en casa, Herr Müller, y aunque es arisco y obsceno, podría haber sido mucho peor. Me permite quedarme arriba, en la

buhardilla. Le preparo la comida —lo poco que nos queda— y le limpio la casa y con ello consigo que me deje en paz, por ahora. Otras vecinas no tienen la misma suerte. Han decidido instalar a alemanes en todos los rincones de la comarca, como si así quisieran recordarnos que estamos a punto de pertenecerles. Es mucho más fácil controlar la población desde dentro. Asegurándose de que nuestros hogares dejan de serlo.

Cuido de mí lo mejor que puedo, y del hijo que siento en mi vientre cada día más. Te marchaste dejándome el recuerdo de que una parte de ti siempre permanecerá conmigo, y confío en que verás a tu hijo nacer. Le veremos crecer, juntos.

Respóndeme pronto, amor mío. Te añoro.

Y te amo. Siempre.

Denise



26 de junio de 1940

Querido Nicolas:

Por favor, responde a mis cartas en cuanto las recibas. No hay un día en que no piense en ti y en Ansel, en las atrocidades que deben de estar viendo vuestros ojos y en la impotencia de no poder hacer nada por haceros volver. La presencia de Herr Müller en mi casa es un constante recordatorio de la clase de personas que tenéis que encontraros ahí fuera.

No sé si Ansel te habrá dado las noticias, pero estoy embarazada, Nicolas. Ansel y yo vamos a ser padres. Lo sé desde hace meses, pero el miedo a que el embarazo no siguiera adelante era demasiado grande y no quería desalentar a Ansel en su misión. No quería preocuparle. Quería darle esperanzas. Y ahora creo que ya puedo confirmar que estoy esperando un hijo.

Debería haberlo supuesto meses antes, pero pensé que la falta de comida y el miedo habían sido los culpables de mi amenorrea. Ahora estoy segura. Sé que es el pequeño rayo de esperanza que Dios me envía para prometerme que volveréis. Este niño tendrá un padre al que abrazar. Llegarás a ver al retoño de tus mejores amigos, Nicolas.

Solo sed fuertes. Y volved.

Con cariño,

Denise

4 de junio de 1947

Querido Nicolas:

Ha pasado mucho tiempo. Hoy encontré una antigua carta, de la época en la que trabajaba en la fábrica, perdida entre los calcetines de mi cajón. Solo Dios sabe qué hacía ahí. Quizás era Su manera de indicarme que hace mucho que no sé de ti.

Sé que volviste a dar clases. Estoy orgullosa, Nicolas, no te imaginas cuánto. Me hace muy feliz que hayas podido retomar tu vida y volverla un mundo de luz. Por eso quería saber de ti. Quería recuperar al amigo que una vez me importó tanto. A aquel que estuvo conmigo noche y día cuando mi padre y mis hermanos murieron. Al que se escondía conmigo en una callejuela y tenía la paciencia para verme levantar cosas en el aire, cansarme, caer rendida al suelo; a aquel que me secaba el sudor de la frente y pasaba horas en la biblioteca investigando lo que yo no me atrevía a conocer. Me salvaste la vida, Nicolas, estoy segura.

Y con ello salvaste la vida de mi pequeña Arielle.

Sufrí muchísimo durante el embarazo, temerosa de que aquel oscuro poder encontrara una manera de arrebatarme a mi niña. Pero no lo hizo. Tenías razón: pasan los años y siento que cada vez es más débil, igual que la vista se hace más cansada conforme crecemos. ¿Acabará algún día? Todavía hay accidentes. Y debo admitir que muchas veces yo misma me fuerzo, por curiosidad. Me creo confiada en que, por una vez, no me traerá nada malo.

Arielle tiene ya seis años y cada día me recuerda más a su padre. Tiene sus ojos, su boca, sus pecas, su pelo. A veces pienso que no la creería hija mía de no haber estado presente en el parto. Luego la veo reír a carcajadas y pasar el tiempo corriendo en el jardín, contemplando las flores con ojos maravillados y chispeantes, y veo en ella esa tierna curiosidad que yo tenía de niña. Esa manera de ver flores y prados donde una vez solo vimos cadáveres. Esas tremendas ganas de vivir.

Ojalá la conocieras, Nicolas. Una parte de Ansel vive en ella.

Sería maravilloso recibir noticias tuyas pronto.

Un ferviente abrazo,

Denise

Querido Nicolas:

¿Podemos fingir que no he cambiado? Quiero volver a ser la chica que conociste. Quiero volver a ser la chica que un día yo conocí.

Quiero apartar esta capa de miedo y muerte que nos ha cubierto, quiero derribar los muros del rencor y la distancia.

¿Podemos volver a ser los niños que un día fuimos?



20 de mayo de 1955

Nicolas:

Está volviendo a pasar.

Por favor, ven a verme a la escuela. Salgo a las cinco de la tarde. Arielle estará en casa con su abuela.

Te necesito,

D

A oscuras

Qué es todo esto?

Entré en el salón con el montón de folios entre las manos, con cuidado de que los papeles más pequeños no se escaparan. Había cartas que todavía conservaban el sobre que las envolvía, había notas y bordes arrancados de las libretas de clase, papeles tan viejon que parecía que podían romperse con un roce y postales de Arcueill destinadas a mi madre.

Había una historia que nunca conocí.

Chardin se mantuvo inmóvil, con las manos entrelazadas sobre la mesa de comedor y un café frío a su lado. Golpeó la madera con la punta de sus dedos antes de volverse hacia mí; un par de rizos oscuros rebotaron sobre su frente.

—Te creía más inteligente, *petite*.

Apreté los dientes, tragándome un «no me vengas ahora con *petite*».

—¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Tan secreto era que mi madre y tú erais tan amigos?

Chardin dejó salir el aire con una exhalación, despacio, como si tratara de vaciar todo el peso que sentía en su pecho.

—Ese no era el secreto, Arielle. Si no te dije nada era porque tu madre… —Se mordió el labio y apartó la mirada, buscando qué palabras elegir—. Tu madre no quería que supieras lo que le pasaba. Cuando lo descubrió, a los trece años, yo fui la única persona en la que confió para contárselo. Y seguí siendo esa persona durante los siguientes seis años. Seis años en los que nos reuníamos constantemente para experimentar con su poder, años en los que recorrí tierra y aire para encontrar una explicación sobre lo que le pasaba. Sobre lo que te pasa también a ti. —Chardin se dejó caer en el respaldo de su asiento y cerró los ojos. Una arruga de preocupación surcó su frente—. Tu madre perdió el contacto conmigo cuando supo que me había enamorado de ella. —Alzó los ojos hacia mí—. Lo peor es que pareció sorprenderle. Yo me maldije, y me maldeciré siempre, por haber callado durante tanto tiempo, por no haberle mandado las mil cartas en las que le confesaba cuánto la quería.

Por no haber encontrado una cura a lo que ella odiaba y amaba a partes iguales. Por haber visto cómo mi amigo la conquistaba y no haber tenido la suficiente fuerza para odiarle por ello. —Suspiró y volvió a colocarse de cara a su café—. ¿Era ese el secreto que querías oír?

Tragué saliva. Las cartas que acababa de leer se volvieron más pesadas en mi mano, como si ahora cargaran el peso de todo lo que Chardin sintió al leerlas. La impotencia, la rabia, el nudo en la garganta que parecía gritar «¿no te das cuenta de lo que siento por ti?».

El silencio cayó como un muro sobre nosotros. No me atrevía a decir nada más.

Sobre todo al darme cuenta de que el dolor que Chardin sintió debió de parecerse mucho a lo que yo sentía ahora.

—Hay cartas enviadas a mi padre. —Hice una pequeña pausa, sin apartar la mirada del hombre que no solo escondía cicatrices en su espalda—. ¿Por qué las tienes tú?

Él ni siquiera me miró.

—Ya te dije que le vi morir, Arielle. También fui un cobarde en ese aspecto. No me atreví a decírselo a tu madre… No tan pronto. No con un bebé en camino.

—No son más que excusas.

Dejé caer los papeles sobre la mesa, a su lado, y me di media vuelta sin echar la mirada atrás. La cabeza no dejaba de darme cuentas y sentí que en aquel momento ninguna persona viva sería capaz de darme explicaciones. Busqué con mis dedos el broche de la rosa blanca y cerré los ojos en torno a él.

«¿Qué más me ocultaste, *maman*?».



No quería volver a casa de Chardin, no quería estar cerca de mi abuela, no quería encerrarme en la buhardilla donde ahora sabía que mi madre había pasado horas encerrada. Solo que su miedo era mucho más grande que el mío.

Me pregunté si yo también pasé ahí mis primeros años de vida, hasta que los alemanes abandonaron Francia. No tenía ni recuerdos ni fotografías de aquellos años, nada más que una muñeca desgastada y sucia y una cuna de madera que hacía tiempo que vendimos. Un par de vestidos que no recordaba haber llevado. Vagas imágenes en mi cabeza sobre las noches sin luz, frías, sobre gachas de avena y hambre, sobre mi madre pegada a la radio con

lágrimas en los ojos, sobre los vecinos que un día dejaron de aparecer por sus casas.

Había crecido escuchando las atrocidades que los alemanes habían hecho a nuestro pueblo. Me costaba creer que *Herr* Müller hubiera sido tan amable como mi madre decía en sus cartas. Quizás lo único que había conseguido que mi madre y yo sobreviviéramos a la convivencia con el general había sido el poder de ella. Una caída desafortunada de *Herr* Müller, un cristal roto a sus pies… Mi madre habría hecho cualquier cosa por impedir que se acercara a nosotras.

Pero no se le ocurrió otra cosa que callar cuando se dio cuenta de que yo estaba siguiendo sus pasos.

Salí de aquella casa antes de que las preguntas continuarán persiguiéndome.

Una mentira a mi abuela —otra—, un billete de tren, un paseo tranquilo, dos pisos, una llamada al timbre.

Jem apareció en la puerta con el pelo enredado sobre la frente, como si acabara de despertarse, y las gafas resbalándole por la nariz. La forma en la que pestañeó y me miró me hizo creer que estaba viendo un fantasma.

—¿Interrumpo algo? —pregunté, ladeando la cabeza para echar un vistazo al interior de la casa. Él sacudió la cabeza y se puso las gafas en su sitio.

—Buenos días a ti también.

Sonreí.

—Perdona por no decirte que venía. ¿Os pillo ocupados?

—No, qué va. —Se puso una mano sobre los labios para ahogar un bostezo—. Solo en pijama, pero dudo que te sorprenda.

—Son las doce de la mañana.

—Es verano. Y domingo, además. El día del Señor no se trabaja, Arielle. —Jem dejó escapar una tímida sonrisa y abrió la puerta.

Las ojeras bajo sus ojos hablaron por él: la muerte de su abuelo seguía haciendo mella en su día a día, por mucho que a veces el dolor se difuminara. Me pregunté si la muerte de *maman* había dejado también una marca en mi piel.

El apartamento de Nathan y Jem era la definición perfecta de «universitario». Cajas de cartón a modo de mesillas en el salón, cojines desordenados sobre el sofá, los restos de la *pizza* de la noche anterior fríos sobre la mesa. Vete tú a saber qué encontrabas si mirabas debajo del sofá. O peor, de la cama.

—Nathan sigue durmiendo. —Jem se puso las manos en los bolsillos y me miró desde la entrada al salón—. ¿Quieres que le despierte?

—No hace falta.

Jem asintió y se balanceó sobre los tobillos. Con los pantalones anchos de pijama y el pelo enrevesado parecía un niño recién levantado la mañana de Navidad.

—Yo voy a volver a la habitación, si quieres venir. Estaba escribiendo.

—¿De verdad? —Me acerqué a él y empecé a seguirlo por el pasillo—. ¿Cuánto hacía desde la última vez?

—Llevo unos días en los que lo difícil es no encontrarme escribiendo.

Me abrió la puerta a su habitación, totalmente envuelta en penumbra. Tenía la persiana de la ventana bajada y una única bombilla dando luz al escritorio, sobre el que reposaba la máquina de escribir. El resto de su cuarto no era más que los contornos de libros apilados, papeles y sombras.

Jem no me esperó en la puerta; saltó un montón de ropa desparramada en el suelo y cruzó la habitación hasta llegar al escritorio.

—¿Sabías que era de día antes de que yo llamara?

—No era algo que me preocupara.

—*Mon Dieu*, esto es un poco claustrofóbico. ¿No vas a encender ninguna otra luz? —pregunté, palpando la pared con las manos.

—¿Para qué?

Puse los ojos en blanco, aunque dudaba que la oscuridad le permitiera verlo.

—Para verte, por ejemplo.

—Ah, no. Escribo mejor así. —Me dedicó una rápida sonrisa antes de dirigirse a la máquina de nuevo.

—¿A oscuras?

Asintió con la cabeza.

—¿Cuándo sueles pensar mejor, Arielle? —Solté un suspiro y tracé una media sonrisa. Jem no podía imaginar lo que daría por saber la respuesta, por tener un momento o un lugar especial que me asegurara que las decisiones que tomara allí no iban a ser catastróficas.

Podría ser la buhardilla.

O las noches.

—La mayoría de la gente contesta que justo antes de dormir —continuó él, girándose para verme la cara. Me dejé caer de espaldas sobre su cama; el pelo cayó a ambos lados de mi cara como si se tratara de un halo—. Dicen que es en la oscuridad cuando lo ven todo mucho más claro. Cuando se

escuchan mejor. ¿No es eso lo que hace la gente? Cerrar los ojos para que fluya mejor lo que piensan. —Apoyó la barbilla en su mano—. Me parece lógico imitar ese entorno, esa oscuridad, cuando quieres que todos esos pensamientos salgan a la luz. Es como si te metieras de lleno en tu cabeza. —Curvó los labios en una sonrisa.

A mi alrededor no había más que sombras, pero sabía que la luz del día nos dejaría ver los apuntes de medicina, los libros desperdigados por la habitación, los papeles raídos, un cactus, un esqueleto para estudiar anatomía, las sábanas blancas con un bordeado de flores. ¿Eso era lo que encontraría si me metiera en la cabeza de Jem?

—Deberías ordenarla un poco, entonces —contesté con sorna—. Es imposible llegar hasta ti sin tropezarse con algo.

—Porque todavía no conoces el camino.

No me hizo falta mirarle para sentir que sus ojos se habían quedado fijos en mí. No me hizo falta preguntarle para saber que esa frase hablaba de algo más allá de su habitación.

—¿Qué tal con la familia, Ari? —La lámpara brillaba frente a Jem, resaltando la forma de su espalda con el contraluz.

—Mi abuela sigue igual que siempre. Aburrida. Apenas me deja salir de casa y se enfada cuando paso demasiado tiempo pintando. —Me encogí de hombros, con una media sonrisa—. Mi único rato de libertad son momentos como este.

—¿Sabe que estás aquí?

—Por supuesto que no.

Escuché la risa de Jem.

—De verdad que no entiendo cómo puede tenerte encerrada todo el verano. Sal a la calle, tú que puedes.

—Eso hago, aunque no le haga mucha gracia. ¿Y cómo que «tú que puedes»? No es que a ti te vea encadenado a ninguna parte, precisamente.

—¿Estás segura? —Jem cogió el foco de la lámpara y apuntó directamente al esqueleto de plástico que vigilaba la puerta—. Un estudiante de Medicina no tiene vacaciones. No si quiere asegurarse un buen comienzo de curso, al menos. Hay demasiadas cosas que recordar. —El volumen de su voz fue disminuyéndose hasta transformarse en un suspiro.

—Creía que estabas escribiendo, no estudiando.

—Eso hacía, pero no es lo que más me conviene.

—¿Y Nate qué? —Me incorporé en la cama, cada vez más cargada de energía. Sabía en qué desembocaría esta conversación—. Él estudia lo mismo

que tú, pero sé que no diría nunca que no a la oportunidad de salir de fiesta ni se negaría un rato de descanso. Mírale, va a ser la hora de comer y sigue durmiendo, y no creo que sea porque anoche se quedara estudiando hasta las tantas. —Conseguí que la boca de Jem volviera a formar una sonrisa.

—Pero con él es distinto…

—¿Por qué? —Jem se quedó callado, con la mirada en el suelo, como un niño pequeño al que le han pillado robando un caramelo—. ¿Vas a decirme que él no tiene que ser un médico perfecto y que tú sí? ¿Por qué? ¿Y *a costa de* qué?

—Arielle, déjalo.

—No quieres estudiar esto, Jem, quieres escribir. Lo sé porque nunca me has hablado de la medicina con una sonrisa, y sin embargo… Sin embargo cuando hablas de escribir veo una lámpara en medio de la oscuridad que da luz a tu cabeza. Te brillan los ojos, Jem. —Me mordí la lengua, maldiciéndome por no ser capaz de elegir unas palabras mejores—. ¿Y sabes qué ocurre cuando apagas la luz?

Me puse en pie y desenchufé la lámpara del escritorio con un tirón. La bombilla se apagó abruptamente, tiñendo de negro los últimos rincones de la habitación que podían reconocerse. La luz que se filtraba por la persiana pintó rayas blancas sobre el suelo.

—Que no ves nada. Te paralizas. Te atrapa. —Retrocedí unos pasos, buscando a tientas la esquina de la cama donde antes me había sentado. En su lugar, encontré las rodillas de Jem—. Sé lo importante que es estudiar Medicina para ti, Jem, lo sé, pero… —Tragué saliva.

¿Pero qué? ¿Quién era yo para hundirle los estudios a Jem, cuando ni siquiera había terminado la frase? Quizás no había hecho más que equivocarme, quizás las cosas no eran tan… dramáticas. Estudiar en verano, bien. No escribir, bien. Jem estaba bien.

Solo que una parte de mí estaba convencida de que no era verdad. Si lo fuera, Jem hubiera vuelto a encender la luz. En su lugar se las apañó para rodear una de mis manos con la suya y acariciar mi piel con el pulgar.

Y por un segundo me pareció que dejaban de oírse mis latidos.

—Tus padres querrían que hicieras lo que te hace feliz, Jem —susurré. Escuché su voz más cerca de lo que esperaba.

—Los tuyos también. Pero aun así tu abuela no quiere que estudies Bellas Artes, ¿verdad?

Suspiré.

—Cambiará de opinión. Tiene que hacerlo.

—¿Y si no lo hace? La vida no es justa.

—La vida es justa precisamente porque es injusta para todos. —La fuerza con la que Jem había agarrado mi mano fue disminuyendo, aunque notaba todavía la cercanía de su cuerpo—. Mi abuela siempre lo decía.

—Pero no es cierto. —Por un momento el silencio fue tan profundo que pensé que Jem no volvería a hablar—. Para algunos es más injusta que para otros.

Deslizó los dedos sobre los míos hasta apartar la mano, dejando tras de sí un cosquilleo que parecía pedir más. Más contacto, más palabras, más secretos.

Se oyó un chasquido y la lámpara del escritorio se encendió, formando un arco de luz a nuestro alrededor. Jem levantó la cabeza y me dedicó una sonrisa, con un par de mechones rebeldes cayéndole sobre la frente.

—Voy a seguir estudiando Medicina, Arielle —me dijo, dejando caer las comisuras—. Quizás sea solo cabezonería, pero no puedo parar ahora.

—Existen otros grados, ¿lo sabes, verdad? No tienes por qué dejar de estudiar.

Puso los ojos en blanco.

—Dejemos de hablar de estudios, por favor. Me recuerda a mis padres. —Hizo una mueca—. Cuéntame algo que no sepa de ti.

Quería pensar que nuestra conversación no acababa ahí, que volveríamos a hablar de los sueños que dejamos a medias: de su escritura, de mis pinturas. Y en aquel momento solo quería saber cosas de él. Quería conocer qué se le pasaba por la cabeza, y saber de una vez qué sentía por la medicina, por Claire, por la escritura, por mí. Quería saber si estaba mejor o solo escondía su dolor bajo máscaras. Quería saber si seguía pensando en Claire o si su abuelo había ocupado todos sus pensamientos. Si sus padres estaban tan presentes en su vida como mi madre lo estaba en la mía.

—Suelo marcharme de aquí con la curiosidad de qué descubriré a la mañana siguiente.

—¿Qué descubrirás, dónde?

—En ti. Algo. —Tragué saliva—. Siempre hay algo nuevo. Me cuentas más de ti de lo que piensas.

«Aunque hubo una mañana en la que hubiera deseado no descubrir nada», pensé. Pero él se limitó a devolverme la sonrisa, con las manos entrelazadas sobre las rodillas.

—Ya va siendo hora de que me devuelvas el favor, Ari.

Podría haber abierto mi corazón a aquel rincón oscuro que sabía que solo le pertenecía a él, y haberle hablado del miedo a quedarme sola, de cómo maté a mi madre, de cómo ella nunca fue quien me dijo ser, de cómo las personas en las que más confiaba me habían mentido, de cómo mi abuela no me aceptaba —no me quería—, de cómo echaba de menos a la Claire que conocí, de cómo odiaba y amaba al mismo tiempo querer sentirle cada vez más cerca.

Pero en su lugar, le conté algo tan absurdo como que odiaba dormir destapada.

A oscuras con él
1959 – Después de ella

Sentí la caricia de los dedos de Jem subiendo por mi brazo, guiando la tela de la sábana para cubrirme con ella. Escuché cómo él contenía la respiración e intenté hacerme la dormida, pero el temblor de mis párpados me delató.

—¿Estás despierta? —Su voz fue tan solo un susurro.

Abrí los ojos y asentí con la cabeza, con una sonrisa todavía somnolienta. Las sombras fueron transformándose en siluetas conforme mi vista se acostumbraba a la oscuridad, y las siluetas, en figuras conocidas. La máquina de escribir de Jem sobre el escritorio. El último vestido que me había comprado, tendido sobre la silla como un fantasma. Una bola de nieve que había pertenecido al abuelo de Jem, traída desde Capelle. El libro de Monet que rescaté de Arcueill. La estantería de madera, más vacía de lo que a Jem le gustaría.

Y si volvía la mirada al frente, el rostro de Jem rozando el mío con su nariz. Tenía sus ojos tan cerca que podía contar cada una de sus pestañas. Sus labios se curvaron hacia abajo.

—Perdona, no quería despertarte. —Buscó la curva de mi cara con su mano, con cuidado. Aún temía que le apartara. No le culpaba—. Tenías la piel de gallina y la sábana no te cubría bien.

—Siempre he sido friolera.

—Lo sé.

Jem curvó los labios en una sonrisa y cerró los ojos, buscando volver a perderse en los brazos de Morfeo. Yo fui incapaz de dejar de mirarle. Los últimos meses habían dejado marca en su piel, y de pronto parecía haber crecido cinco años más. Había pasado de niño a adulto en un parpadeo. De nieto a nadie. De médico a fugitivo. Le había arrastrado conmigo y había acabado llenándole de rasguños, también a él.

Antes de que pudiera dormir para detenerlas, las lágrimas empezaron a inundar mis ojos. Un escalofrío me recorrió la espalda y me encogí más sobre mí misma.

—Arielle —Jem había vuelto a mirarme, aunque se notaba que estaba luchando por mantener los párpados abiertos—, ¿en qué piensas?

Me apartó una lágrima con la yema de su dedo.

—En que este mundo te ha cambiado —contesté, con un hilo de voz.

—Te ha cambiado también a ti, solo que no de la forma que esperábamos.

Apretó los labios en una sonrisa que, a pesar de los esfuerzos, no pudo parecerme más triste. Dejé que las últimas lágrimas se deslizaran por mi mejilla hasta llegar a las manos de Jem.

Él tenía los ojos cerrados de nuevo, pero los oídos alerta. Lo supe por la forma en la que contuvo la respiración cuando me oyó decir, con la voz quebrada:

—Creo que quiero ir a ver al doctor Grégoire.

Miedo y mentira
1958 – Nueve meses antes de ella

Empecé mi último año de estudios antes de empezar la universidad con una blusa manchada de pintura y los calcetines de colores distintos.

—El de la derecha es azul marino, pero el de la izquierda tira más a índigo. ¿En serio no lo ves? —Puso los ojos en blanco y los brazos en jarras —. Menuda artista estás hecha.

—Gracias por la bienvenida, Claire.

Lo empecé también con clases de repaso de matemáticas con Claire, desde el primer día, porque ella «ni siquiera recordaba cómo se multiplicaban fracciones» (siempre fue muy exagerada). Lo empecé despidiéndome de mi abuela en el tren con un abrazo y tratando que no se notara lo incómodo que se me hizo ese «visita a *monsieur* Chardin pronto». Lo empecé ordenando mi habitación y colocando el bote de cristal en el que guardada los pocos francos que me había ganado vendiendo cuadros. Al otro lado, Claire llenó su pared de pósteres otra vez.

Pensé que las cosas mejorarían una vez empezaran las clases. Que tendría un lugar en el que refugiarme, una manera de huir de la telequinesia, del pasado de mi madre, de la historia de amor de Chardin, de los bocetos que acababan en la basura, de Jem.

Pero en lugar de alejarme de todo aquello, septiembre no hizo más que añadir preocupaciones.

—¿Dónde narices te habías metido?

A pesar de sus intentos por no despertarme, Claire no era especialmente silenciosa cuando se colaba en la habitación a las tantas de la noche.

—Ya sabes, por ahí —dijo. Escuché cómo lanzaba los tacones al suelo, seguidos de una carcajada.

—No me has dicho que te ibas.

—No sabía que tenía que hacerlo, *maman*. —La chica se dejó caer sobre su cama, sin ni siquiera quitarse la ropa—. ¿Te molesta que me haya pasado por el forro la hora de vuelta?

—Me molesta que ni siquiera hayas intentado hacer menos ruido. Algunas aquí sí que queremos ir mañana a clase.

—Ah, cierto. Dile a *madame* Bellerose que me duele el estómago, ¿vale? —Su risa se fue convirtiendo en una tos ronca.

No ganaría nada hablando con ella en ese estado. Y seguramente mañana tampoco estaría lúcida. Tendría suerte si la pillaba algo más espabilada algún día de estos.

Me volví de espaldas a ella y hundí la cara en la almohada. Sainte Geneviève nunca me pareció tan frío como aquel otoño.



Me sentía sola.

Había intentado ocultarlo, me había engañado a mí misma, había reído con las bromas de Claire y había hablado con algunas compañeras entre clase y clase. Me había encerrado en mi cuarto cuando Claire desaparecía y había practicado el control de la telequinesia. Había escrito una carta a Jem y otra a Nathan. No se las había mandado. Había vuelto al internado al notar las primeras gotas de lluvia cayendo sobre mi nariz, y entonces me había dado cuenta: estaba sola.

Completamente sola.

No quería ver a Chardin; quizás por rabia (el hombre al que había considerado un padre me había ocultado el secreto de mi familia) o por vergüenza (el hombre al que había considerado un padre estuvo enamorado de mi madre). Claire cada día estaba más distante. Pasaba las mañanas durmiendo, sin importarle si estaba en clase o en la habitación. Durante las tardes intentaba ponerse al día con los estudios y entonces sí que acudía a mí. De noche volvía a irse.

No tenía noticias de Nathan o Jem desde que había vuelto a empezar el curso en la universidad. Seguramente ellos ni siquiera se acordarían de mí. Seguramente yo les importaba mucho menos de lo que ellos me importaban a mí.

Creía que el invierno traería de nuevo la paz que se llevó el verano, pero las cosas no hacían más que empeorar.

—¿Qué vas a hacer este finde? —Claire se inclinó hacia delante en su asiento, echando un vistazo al libro de geografía que tenía entre mis manos.

—No lo sé.

—¿Quieres venirte a…? —Un siseo la obligó a bajar el tono de voz. Estábamos en la biblioteca del internado, alejadas del resto de las alumnas en una esquina que hacía días que llevaba mi nombre. Claire puso los ojos en blanco y se dejó caer en el respaldo de su asiento—. Hay una fiesta en Capelle el sábado, en Caverna. ¿Conoces el *pub*?

Negué con la cabeza, sin apartar la vista de los mapas.

—Pues es una pasada. Además siempre está lleno de universitarios y…

—No me apetece ir, Claire.

—¿Tienes algo mejor que hacer? Como me digas estudiar…

Sentí una punzada en el corazón. Eso era ahora para Claire: la chica que se pasaba los días en la biblioteca o en la habitación, sin otra cosa que hacer que estudiar. Y estudiar. Y estudiar. Y pensar. Y comerse la cabeza. Y sentirse sola.

—Voy a pasar el fin de semana con mi tío. —Mi voz tomó la decisión más rápido que mi cerebro—. Hace tiempo que no le veo.

Claire volvió a poner los ojos en blanco.

—¿Cuánto hará, dos semanas?

—Para mí es demasiado. —Y sobre todo, era demasiado para toda la energía que llevaba días tratando de contener.

—Ya. Ya me gustaría a mí tener una familia que se preocupara por mí después de dos semanas sin noticias. —Dejó escapar una risa breve y cortante —. Pero oye, he encontrado otra más guay. En Caverna.

—Me alegro. —«Mentira». Levanté la mirada y le sonreí, aunque ella tenía la vista perdida en algún punto a mi espalda. Nunca la había visto tan mermada de energía; la falta de sueño se notaba en sus ojeras y en sus ojos, demasiado abiertos como para que pareciera un gesto natural. Tenía los labios secos y quebrados—. Espero que te cuiden bien.

—Por supuesto —contestó, con otra sonrisa.

«Mentira».



Llamé a la puerta de Chardin tres veces antes de dar un paso para atrás y asegurarme de que el número que había sobre ella era el correcto. Era un sábado por la mañana, pero demasiado tarde para que Chardin se hubiera ido a comprar. Demasiado tarde para que siguiera durmiendo. Tenía entendido que la escuela en la que trabajaba cerraba los sábados y que los fines de semanas los tenía totalmente a su disposición. Si tenía que preparar clases o corregir exámenes, lo hacía desde su salón.

—¿Chardin?

Las ventanas tenían las persianas bajadas. No se oía nada en el interior, pero eso no tenía por qué significar que no hubiera nadie. A Chardin le gustaban los rompecabezas.

Volví a golpear la puerta sin obtener respuesta. Dejé caer los brazos y di un par de pasos hacia atrás. Parecía que por fin había llegado el momento de usar las llaves de la casa que me dio casi un año atrás.

—¿Chardin? ¿Estás aquí?

Abrí la puerta despacio y la cerré tras de mí, sin apartar la mirada del fondo del pasillo. Las persianas bajadas y las cortinas corridas hundían toda la casa en una especie de semipenumbra propia de las películas de terror. Como si se hubiera ido a la fuga.

«O quizás solo se ha ido de vacaciones, ahora que todo el mundo ha vuelto a casa».

Ajusté la cinta de la bandolera a mi hombro y fui en dirección a mi habitación. Comencé a tararear una canción, molesta por el peso del silencio y la semioscuridad que invadía la casa. Pasé por el salón y subí una de las persianas, dejando que la luz bañara la moqueta. Un suspiro y fui a mi cuarto, totalmente a oscuras, todavía con la canción resonando en mi cabeza. Dejé la bandolera sobre la cama, me quité la chaqueta. Abrí el armario para coger una de las camisas de Chardin.

Grité.

Tardé medio segundo en reconocer que lo que se movía por la madera del armario eran arañas. Arañas del tamaño de mi uña y del tamaño de mi puño. Arañas subiendo por mi ropa, escalando por las paredes del mueble, colgando de sus telas en las esquinas.

Empecé a retroceder hasta la pared, con la vista clavada en las sombras que supuestamente eran las arañas. Di un traspiés contra la esquina de la cama y me mordí el labio para no chillar otra vez. Palpé la pared de la habitación hasta dar con la cinta de la persiana y la subí, esperando que la luz me

ayudara a ver con claridad a cuántos bichos me enfrentaba. No llegué a subirla de todo.

El nudo en la garganta se hizo más y más fuerte, y las lágrimas empezaron a acumularse en mis ojos. Me apreté las manos contra el estómago para evitar las náuseas.

Había más arañas de las que podía contar, más grandes de lo que creía, con las patas enormes estirándose hacia mí. Empezaron a salir del armario como si se tratara de una cascada negra. Se unieron las arañas que colgaban del techo, las que acababan de asomar por debajo de la cama, las que tenía a un metro, a mis pies.

Un grito desgarró mi garganta.

Corrí hacia la puerta de la habitación, evitando pensar en las minúsculas arañas que debía de estar pisando por el camino. Había demasiadas para contarlas. Demasiadas para que mi cabeza pensara con claridad.

Rodeé el picaporte de la puerta con ambas manos y tiré hacia mí. La puerta no se abría.

—¡Chardin! —Golpeé la puerta con los puños cerrados—. ¡Por Dios, abre la puerta!

El corazón empezó a latirme cada vez más rápido, amenazando con desbocarse. En mi mente solo existía una cosa.

Arañas cubriendo el suelo y bajando desde el techo. Arañas tiñendo de negro la madera y el blanco de las sábanas. Arañas deslizándose por la habitación como una marea silenciosa.

Empecé a golpear la puerta con desesperación, acompañando cada uno de los golpes con gritos.

—¡Ayuda! ¡Abre la puerta! —Un nuevo tirón del picaporte confirmó que la puerta seguía cerrada. No me había dado cuenta hasta ahora de que Chardin me había asignado una prisión como cuarto—. ¡Abre la puerta!

Fue entonces cuando vino lo peor: dejé de mentirme. Ni el ejército de arañas ni la puerta cerrada estaban así por casualidad. Dios no quería castigarme. Chardin sí.

Cerré los ojos con fuerza, todavía llorando, y sentí el tirón en el estómago que precedía a la telequinesia. Nunca antes se había manifestado con la fuerza y con la rabia con la que lo hizo aquel día.

Unas ondas invisibles se extendieron por toda la habitación, haciendo temblar las patas de la mesa, tirando la lámpara al suelo, empujando todas las arañas hasta la pared contraria, dejando un círculo vacío a mi alrededor.

Caí de rodillas al suelo, incapaz de mantenerme en pie. La puerta se tambaleó hasta caer, plagada de astillas donde antes se unía a las bisagras. Giré la cabeza con dificultad, todavía con la respiración acelerada y un sudor frío empapándome la frente. Las arañas retomaron la marcha y empezaron a deslizarse hacia mí.

Pero no tuve fuerzas para llorar siquiera.

Luego todo fue negro.



Primero pensé en Jem. En la maravillosa, caótica y misteriosa cabeza de Jem, y en cómo la oscuridad que me embargaba podía ser parte de ella. Empecé a ver luces, o algo que se le parecía. ¿Serían eso los sentimientos de Jem? ¿Sería ahí donde cabeza y corazón se unían? Esa era la única luz que Jem encendía al escribir, la que volvía visible todo lo que pensaba, todo lo que sentía, todo lo que esperaba.

La que fue transformándose y ampliándose, volviéndose cada vez más ancha y potente, hasta cegarme. Pestañeé un par de veces antes de darme cuenta de que no eran más que los rayos de sol que se colaban por la ventana. Y la oscuridad que permanecía eran los rizos morenos de Chardin.

La vista se me enfocó del todo y sacudí la cabeza, como si así pudiera desprenderme del mareo que me mantenía tumbada.

—Buenos días, *petite*. —Chardin se dio la vuelta, volviéndose hacia mí con una bandeja entre las manos—. ¿Has descansado…?

—¡Apártate! —Me erguí en el sofá con una fuerza que no sabía que tenía y me acerqué las rodillas al pecho, alejándome lo máximo posible de él. Chardin ladeó la cabeza con el ceño fruncido y una pregunta asomándole en los labios—. He dicho que te apartes.

Dio dos pasos atrás, sin apartar la vista de mí.

—Solo era zumo. —Dejó la bandeja de nuevo sobre la mesa—. El azúcar te vendrá bien, no quiero que…

—¿Pero quién te crees…? —le interrumpí. Tenía la garganta seca—. ¿Cómo puedes actuar como si no hubieras hecho nada? ¡Eres un…! —Noté un nudo en el estómago y tragué saliva—. ¡Eres un asqueroso! ¡Un asqueroso! ¡Estás loco, Chardin! —Agarré el cojín sobre el que había descansado mi cabeza y se lo lancé, aunque el impacto no pareció dolerle demasiado.

Tampoco mis palabras. Chardin se mantuvo con la espalda erguida y los labios fruncidos, mirándome como si estuviera alimentando a un vagabundo.

Me volví de espaldas a él para que no me viera llorar. Desde ahí, y aun con la cara hundida entre mis brazos, pude ver la puerta de mi antigua habitación tumbada en el suelo. Chardin había barrido las astillas, y algo me decía que también se había deshecho de las arañas.

O no. Quizás solo estaba esperando para volver a castigarme. Quizás era su manera de ponerme a prueba. Quizás a la próxima no me recogería del suelo y dejaría que las arañas me atacaran. Quizás daba un paso más y empezaba a jugar con vidas en lugar de arañas.

—Arielle… —Aparté mi hombro de él nada más sentir el roce de sus dedos, con un movimiento brusco—. Arielle, escúchame.

Negué con la cabeza y hundí el rostro en la funda del sofá. Las lágrimas me impedían hablar, además de nublarme la vista.

—Te he hecho levantar cajas de diez quilos, cerámicas de veinte, y todos esos muebles que pensabas que no serías capaz de mover. Te he enseñado a controlar la telequinesia en cuanto peso y distancia, te he dicho cuándo debías parar y cómo podías mantenerte a salvo. —No subió el volumen de su voz. Se limitó a hablar como si estuviera recitando la lista de la compra—. Has destrozado mis platos, has pintado sobre más pintura en la habitación, has hecho lo que has querido con tal de aprender a controlarlo. ¿Y es ahora cuando te vuelves contra mí?

Negué con la cabeza, todavía incapaz de hablar. Por si fuera poco, la telequinesia me había dejado sin energía. Aún necesitaría dos noches enteras de sueño para reponerme de aquel desmayo.

—Tienes que enfrentarte a tus miedos, *petite*. Es ahí cuando tu poder te jugará las peores pasadas. Si esto hubiera ocurrido en cualquier otro sitio, no hubiera habido nadie para bajarte la fiebre. ¿Sabes qué hubiera sido de ti?

—¿De verdad crees que voy a acabar alguna vez en un nido de arañas? —Tragué saliva—. ¿De verdad piensas que me acercaría siquiera a uno de esos… asquerosos bichos? ¡Nada de esto hacía falta! —La voz se me desgarró la garganta en la última sílaba—. Me has metido en una pesadilla. Miles y miles de arañas, ni un solo aviso y la puerta cerrada. ¿Qué clase de entrenamiento es ese? ¿Qué mierdas se te pasaba por la cabeza? —Volví a llorar; las manos no dejaban de temblarme.

Chardin siguió quieto como una estatua.

—El miedo solo se supera pasando miedo —dijo, con la mirada de hierro.

—No estaba preparada para…

—Las desgracias no avisan, Arielle —cortó—. Lo sabes bien. Por eso no podía avisarte de esta prueba.

—¿Una prueba? ¡Podría haber muerto! Tú mismo has visto cómo se ha descontrolado la telequinesia y esas arañas… Esas enormes arañas…

Chardin dejó salir una carcajada breve y seca.

—Vamos, no te infravalores tanto. Te recuerdo que eres la chica que puede hacer explotar botellas con un chasquido de dedos.

—Eso no me hace inmortal.

—Pero te hace *especial*, Arielle. —Se dio media vuelta para agarrar el zumo de la mesa—. Este es el precio a pagar. Tienes que aprender a controlar el don que tienes en cualquier situación. Sin excusas.

Miré con desconfianza el zumo que me tendía y lo aparté de mí, a pesar de las quejas de mi estómago.

—Puedo aprender sin ti.

La sonrisa de Chardin se tensó.

—¿Eso crees?

Me mordí el labio para no hablarle de mi mayor progreso: él me había visto levantar muebles, hacer caer puertas, explotar cerámicas, pero no me había visto *volar*. Era capaz de levantar todo mi peso en el aire, sumándole la fuerza y la energía que desprendía. Pero él no debía saberlo. Quizás fuera lo único que me salvara la próxima vez que me pusiera «a prueba».

Si es que había una próxima vez.

—Trata de descansar esta noche. —Se alejó de mí con las manos tras la espalda—. Mañana tienes clase.

Dio un portazo antes de salir.

La calma de dentro

Aquella noche dormí en Sainte Geneviève, a pesar de que los alumnos de último curso teníamos permiso para volver la mañana del lunes. No encontré a nadie de mi curso en los pasillos ni en la sala de descanso. Solo estaba yo. Y lo agradecí.

No quería estar con nadie más, por puro miedo.

Miedo a que la idea que tenía de ellos se resquebrajara en pedazos como lo había hecho la de Chardin. Miedo a que su confianza no fuera más que una máscara. Miedo a que en cualquier momento volvieran a utilizarme para una de sus «pruebas».

Miedo a quedarme sola.

Totalmente sola.



Claire llegó pasadas las once de la noche, cuando las luces del patio ya se habían apagado. Fue la primera vez que su llegada no me despertó; no había podido dormir, de todas formas. Su manera de dejar la chaqueta sobre el escritorio y de quitarse los zapatos me hizo pensar que era una de las pocas veces en las que Claire llegaba al internado sobria (a pesar de que *siempre*, siempre me negaba haber bebido, el olor a orégano que desprendía y la forma en la que tropezaba con sus propios pies la acababan delatando). O serena, por lo menos. Dejó salir todo el aire que guardaba en los pulmones y se acercó a la cama arrastrando los pies.

Yo me encogí más en mí misma, acercando las sábanas a mis hombros. Intenté que mi llanto siguiera siendo silencio y cerré los ojos, a la espera. Pero Claire no se dejó caer en la cama, como tantas otras veces.

—Ari —me rozó la espalda con una mano y pegué un respingo, como si me hubieran tocado con hierro caliente—. ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza, rezando para que las lágrimas quedaran ocultas bajo mi pelo.

Sentí el peso del cuerpo de Claire al sentarse junto a mi espalda, al borde de la cama. Me pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—No lo parece.

—¿Por qué lo dices? —Era yo quien preguntaba siempre si estaba bien. Era yo la que le recogía el pelo las noches que no podía parar de vomitar. Era yo la que le preguntaba si necesitaba algo, si volvería pronto, si alguien le estaba haciendo daño.

Era ella la que mentía y decía que todo estaba bien. La que se largaba cuando me creía dormida para evadirse a otro mundo. Uno donde ella era la protagonista, donde le hacían creer que formaba parte de una familia.

Pero me había dado cuenta —quizás demasiado tarde— de que ya no podía hacer nada por ella.

Igual que ella no podía hacer nada por mí.

—Por esto. —Me recogió una lágrima con cuidado—. ¿Ha pasado algo? —Negué con la cabeza. Por un segundo pensé que se daría media vuelta hacia su cama, pero Claire se mantuvo ahí, con la mano acariciándome la curva de la cintura—. ¿Es Jem?

Abrí los ojos.

—¿Jem?

—¿Ha pasado algo con él? ¿Os habéis enfadado?

—No… No. —Sacudí la cabeza, como si la simple idea me pareciera impensable—. Es otra cosa. Es… complicado.

—Ya, eso dicen siempre. —Claire chasqueó la lengua y se colocó las manos sobre los muslos—. ¿Seguro que…?

—Eres tú la que está con Jem, Claire.

—¿Perdona? —Dejó escapar una risa seca, pero se cortó al darse cuenta de cómo el volumen rompía el silencio de la habitación—. No me digas que lo dices por lo de la fiesta. Ari, ya te expliqué…

—Da igual.

—No estoy con Jem.

—*Da igual* —repetí, con un nudo en la garganta.

—¿Lloras por eso?

—¡No estoy llorando! —Subir el volumen de voz solo consiguió avivar las lágrimas, y la fuerza con la que intenté contenerlas hizo que me temblaran las manos.

—Perdona —susurró Claire. Se levantó de la cama, dejando un espacio frío junto a mi espalda—. No quería enfadarte.

Solo entonces me di cuenta de que los temblores eran demasiado exagerados para ser parte del llanto. Apreté los puños y cerré los ojos con fuerza, como si así pudiera atrapar la telequinesia y mantenerla dentro de mí.

Claire apartó las sábanas de su cama y se dejó caer sobre la almohada con un suspiro.

—No te preocupes —murmuré, con un nudo en el estómago.

El aire entraba en mis pulmones de color azul, salía de color rojo. Solo tenía que pensar en él, únicamente en él.

—Lo digo en serio… No sé qué nos pasa últimamente, pero no me gusta ser así. —Escuché a Claire revolverse entre las sábanas—. De verdad.

La fuerza que había tensado los músculos de mis brazos empezó a aflojarse. Los dedos dejaron de temblarme y empecé a sentir el peso de todo mi cuerpo contra el colchón.

«Entra azul, sale rojo, entra azul…».

—Te creo.

—Cuando nos conocimos jugamos a intercambiar preguntas, diciendo siempre la verdad, ¿recuerdas? —preguntó Claire. Asentí con la cabeza, aunque dudaba que Claire estuviera mirándome—. ¿En qué momento dejamos de jugar?

Me aparté las últimas lágrimas secas de los ojos y volví a acomodarme en la almohada, demasiado cansada para pensar una respuesta. O una excusa.

—No lo sé.



Fue como si la noche del domingo se hubiera borrado de nuestra memoria. Claire se despertó radiante, se vistió con su mejor sonrisa y bajó a desayunar conmigo a su vera. Yo fingí que no notaba el cansancio de los últimos días ni las ojeras que las lágrimas habían dejado bajo mis ojos, y bajé a desayunar sin ganas de nada.

Afuera había empezado a hacer fresco; el cielo de Capelle estaba cubierto de nubes y no parecía que el tiempo fuera a mejorar. Agradecí ese ambiente tan grisáceo, tan apagado, tan otoñal. Iba a conjunto con el tema de mis cuadros.

Me dije a mí misma que, por lo menos, lo que yo creaba no podía engañarme. Solo yo sabía qué significaba cada trazo y cada figura, solo yo

entendía por qué estaban ahí. En mis cuadros yo era la diosa, no la marioneta. No había malentendidos, ni miedos, ni muerte, ni engaños, ni cartas, ni rosas, ni arañas, ni lágrimas. No había colores ni vida si yo no quería que la hubiera.

Cuando Claire se ausentaba, aprovechaba para jugar con los colores (que cada vez se volvían más fríos) en la soledad de la habitación. Hacía que la pintura saliera de los botes al aire, y que de ahí cayera al lienzo. Sin pinceles, sin manos, sin cuidado. Y sin darme cuenta, eran mis pies los que acababan acompañando el baile de pintura en el aire.

Era tan sencillo como dejarse llevar, echar la cabeza hacia atrás y dejar que el resto de mi cuerpo se levantara en el aire, como si flotara en el mar Muerto.

Y de pronto, Claire llamaba a la puerta y la magia se rompía.

Los días fueron pasando en Sainte Geneviève, cada mañana igual a la anterior. Cada noche igual que la anterior. No me atreví a volver a casa de Chardin y no contesté a las cartas de mi abuela, que solo se interesaba por mis notas o por el número de calcetines limpios que me quedaran. Dejé de preguntarle a Claire adónde iba cada noche. Dejé de recordarle los trabajos que tenía pendientes. Dejó de molestarme que *madame* Bellerose la llamara a su despacho día sí y día también. Dejó de extrañarme que no se presentara en clase. Dejé de inventarme excusas por ella.



Un año en Sainte Geneviève me había servido para dejar de perderme por las numerosas escaleras y los pasillos que parecían no terminar, y también para saber dónde tenía que estar en cada momento. Las tardes en la sala común, las mañanas en el patio, las noches en la biblioteca. Cuando menos gente había.

Aquella tarde tuve la suerte de compartir el salón común con solo dos chicas más, que decidieron pasar las horas frente a la chimenea, poniéndose al día. Su murmullo no me molestó. De hecho, agradecí que me ignoraran: se estaba mucho más en paz cuando no tenías una barbilla por encima del hombro preguntándote cada cinco minutos qué dibujabas.

Acabé acostumbrándome al tono de su voz y a la manera en la que murmuraban cuando el relato se volvía más oscuro. Por eso me extrañó tanto el silencio que vino de pronto.

Levanté la cabeza justo cuando las suyas se volvían hacia la puerta, donde me esperaba un rostro conocido.

—Ari —dijo Nathan.

Tenía el pelo oscuro alborotado y se apoyaba con una mano sobre el marco de la puerta, la otra contra su pecho. Parecía que acabara de correr una maratón.

Me puse de pie con brusquedad, tirando por la mesa los lápices que estaba utilizando. Maldije por lo bajo y me encorvé para recoger el material antes de que cayera rodando al suelo. El murmullo de las dos chicas volvió a su cauce y escuché los pasos acelerados de Nathan, acercándose a mí.

Cuando levanté la cabeza me encontré con su pecho a escasos centímetros de mi nariz, casi como la noche de su cumpleaños.

De pronto fui consciente de lo extraña que era la situación.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —murmuré, esperando que nadie nos escuchara. Tuve que levantar la barbilla para poder mirarle a los ojos.

—Pensaba que estarías en el patio, pero después de pasar diez minutos dando vueltas he decidido que sería mejor colarme… —Se encogió de hombros—, y *voilà*.

—Tiene que ser una broma.

—¿Tengo pinta de estar bromeando? —dijo, aunque su sonrisa se transformó en una mueca en medio segundo—. No contestes, ha sido una pregunta muy tonta.

Creo que aquella fue la primera sonrisa sincera de la semana.

Eché un vistazo al salón, donde el par de chicas se dedicaba a lanzarnos miradas nada disimuladas y a ocultar risas bajo el velo de su pelo.

—Sea como sea, no pueden verte aquí. —Recogí el resto de los materiales con una mano y cogí la muñeca de Nathan con la otra—. Vamos a mi habitación.

—Vaya, Ari, ¿no nos estamos precipitando un poco? —Levantó las cejas con una sonrisa torcida y yo sacudí la cabeza, empujándole hacia la salida.

—Idiota.

Ya en el dormitorio, Nathan me explicó la razón de su venida, pero sus palabras me sonaron propias de otra persona. De Jem. Pensaba que Jem era el único al que yo le importaba.

Pero Nathan se había colado en Sainte Geneviève solo para verme, para asegurarse de que estaba bien, para sacarme una sonrisa. Se había encontrado con Claire en el piso de un compañero la noche anterior, y a ella se le escapó —entre copa y copa, entre cigarro y cigarro— lo «rara y distante» que me

notaba esos días, y los «terribles lamentos» que escuchaba cada noche. Nathan se mostró un poco reacio con esa información, viendo de dónde venía. Aun así, entró en la cueva de Jem para preguntarle si sabía algo de mí. Le pareció raro que, después de proclamar a los cuatro vientos las ganas que tenía de volver a la rutina, la vuelta al internado me hubiera afectado de ese modo. Y vino para verlo con sus propios ojos.

—No me he colado *exactamente* —dijo, conteniendo la risa al verme bajar todas las persianas—. ¿De verdad piensas que Sainte Geneviève es tan poco seguro? ¿Que cualquiera puede entrar y alegrarse la vista con las colegialas?

—Bueno, Claire suele salir a menudo y nadie le dice nada. Es lo mismo.

—Y tiene la misma explicación. —Se dejó caer de espaldas sobre la cama de Claire—. No sé a quién conocerá ella, pero si estoy aquí es porque tengo contactos. No hace falta que nos encerremos como si estuviéramos en la guerra.

Tragué saliva. Nathan también se dio cuenta de lo desafortunadas que eran sus palabras. Nadie quería recordar la guerra, por más que fuéramos solo unos niños. Y mucho menos cuando se viven otras guerras por dentro.

Carraspeé para deshacer el nudo de mi garganta.

—Conque contactos, ¿eh? —dije.

Nathan levantó las cejas y me dedicó una media sonrisa.

—No quieres saber de quién hablo.

—Oh, eso significa que es una profesora, ¿verdad?

Nathan soltó una carcajada ante mi cara de espanto y levantó las palmas de las manos a la altura de la cabeza.

—Tranquila, Ari, juro que tiene menos de treinta años.

—Prefiero no saber más —dije antes de que le diera tiempo a decir su nombre.

—Haces bien.

Los ojos de Nathan centellearon al mirarme, todavía con los labios curvados en una sonrisa.

—Por cierto, te he traído algo —dijo entonces, incorporándose sobre la cama. Se colocó la bandolera sobre las rodillas y sacó una botella de ella. La agitó antes de tendérmela—. Batido de fresa y plátano. Es el que siempre pides en *Le petit Benjamin*. Pensé que te animaría.

Abrí y cerré la boca un par de veces, sin saber qué decir.

—Gracias —murmuré.

—Pero —añadió él, volviendo la atención a su bandolera— en el caso de que no te animara, también he traído esto. —Sacó una bola peluda del interior, y solo al acercarla a mí me di cuenta de que se trataba de un pequeño peluche; un oso doblado sobre sí mismo con bigote y boina francesa.

No pude evitar soltar una carcajada.

—¿Qué se supone que es eso?

—¿No lo ves? Un osito pintor. —Le dio la vuelta para mirarle a los ojos —. Vaya, he debido de perder su pincel por el camino. —Se encogió de hombros y lo lanzó sobre mis piernas—. Ahora es tuyo.

—Yo… —Pasé la mirada del batido al peluche, de la falda de mi uniforme a la camisa de Nathan. Del temblor de mis manos a la seguridad de su sonrisa—. Nada de esto hacía falta.

—Te he sacado una sonrisa. ¿Ves? Solo por eso merece la pena. Estaba preocupado por ti.

—¿De verdad?

—¿Por qué lo dudas?

Sacudí la cabeza. Nathan no esperaba una respuesta; empezó a entretenerse contando los pósteres de la pared de Claire con la boca entreabierta. Había estado tan ocupada creyendo que le conocía, basándome en sus chistes malos y en los rumores, que no me había parado a conocerle de verdad.

—Háblame de esa chica —dije, irguiéndome—. Chica, chico… Lo que sea.

Nathan rio con suavidad, a sabiendas de que estaba al tanto de sus últimas aventuras.

—Venía aquí a ayudarte, Ari, no a cotillear.

—Pero esto me ayuda —insistí. Dejé el batido a un lado y apreté con más fuerza el peluche—. De verdad. A veces es mejor pensar en otras cosas. Y si no te importa…

—Está bien, está bien. —Él también se sentó en la cama, su rostro frente al mío—. Todo sea por ayudarte. —Sonrió—. Para empezar, se llama Eleanor. Y no es ninguna madurita, tiene solo un par de años más que yo —rio—. Llegó a Sainte Geneviève el año pasado y trabaja como profesora auxiliar. Y es la sobrina de la directora, creo que con eso lo digo todo. Aquí están al tanto de mis idas y venidas, porque siempre me presento como su primo.

—Porque supongo que si supieran cuál es vuestra relación no estarían tan contentas con que te colaras en los dormitorios, ¿no? —pregunté, con una

media sonrisa. Juraría que las mejillas de Nathan se tiñeron de rojo—. Nunca me habías hablado de ella. Aunque bueno, sé más de tus ligues por los rumores que por lo que me cuentas tú.

—De lo que oigas, créete la mitad, Ari. Eleanor es… es algo reciente. Y no quería… No quería que la gente pensara que no es más que otro nombre en la lista. —Su expresión se ensombreció—. No lo es.

—No hace falta que lo jures, solo hay que verte.

Él se ruborizó, con una sonrisa. Nunca pensé que le vería tan retraído, tan niño, con una ilusión tan sincera.

Envidiaba su suerte.

—¿Cómo es estar enamorado, entonces? ¿Muchas mariposas en el estómago? —murmuré, con la vista clavada en el peluche. No me atreví a mirarle a los ojos, por miedo a ver la risa o la burla en ellos.

Pero entonces descubrí otra parte de Nathan que aún no conocía.

—No exactamente. No siempre, al menos. Me hace sentir en calma, ¿sabes? Cada vez que estoy con ella es como si algo dentro de mí se tranquilizara. Algo que antes ni siquiera sabía que estaba inquieto. Lo silencia.

—¿Es solo eso?

Nathan siguió con el ceño fruncido.

—Yo… —Agitó la cabeza—. No lo sé, Ari. Me estás pidiendo que defina algo que nadie ha sabido explicar nunca. —Dejó salir una risa breve y llevó los ojos al cielo—. ¿Que cómo sé que estoy enamorado de ella? Porque estando con ella, el insomnio desaparece. Porque con ella descanso. Es eso. —Sus labios se curvaron en una sonrisa—. ¿Por qué lo preguntas?

—Nada.

La mentira fue tan pesada que los dos miramos a la nada en silencio. Empecé a tamborilear los dedos sobre la colcha.

—¿Es la razón por la que estás mal? —preguntó, ladeando la cabeza.

—Ojalá todo se resumiera en un mal de amores, Nate.

Octubre y un cactus

Si pudiera volver la mirada atrás a la chica que fui aquellos días, me abofetearía la cara para espabilarme. Me gritaría que me levantara, que las arañas nunca me hicieron daño y el secreto de mi madre tampoco. Que encerrándome en Sainte Geneviève no hacía más que perder días y perder vida.

Pero todavía no existen las máquinas del tiempo, y temo el día en que se construyan. La Arielle de aquel octubre no querría saber lo que yo sé. No le hubiera servido de nada.

Después de aquella tarde con Nate, que se extendió hacia las primeras horas de la noche, cuando Claire llegó a la habitación, decidí que si seguía lamentándome nunca llegaría a sentir lo que él sentía. No viviría lo que él estaba viviendo. No encontraría ánimos para querer vivirlo.

Volví a pasar muchas tardes en el apartamento de Nathan y Jem; muchas adelantando deberes, otras muchas perdiendo el tiempo en el sofá, unas cuantas viendo a Jem escribir e hipnotizándome con el baile de sus dedos sobre la máquina, y más de las que quisiera limpiando y ordenando la cueva de los estudiantes.

Jem había empezado a pasar más tiempo delante de sus manuscritos que de sus apuntes. Y se le veía feliz. Nathan pasaba más tiempo en algún rincón de Sainte Geneviève, con Eleanor, que el que antes había invertido en irse de fiesta, noche tras noche. Y se le veía más feliz.

A Claire apenas la veíamos.

—¿No te da pena? —le pregunté a Jem, la tarde que decidimos pasar el tiempo entre acuarelas y papeles.

Estábamos sentados en el suelo del salón, con los lienzos esparcidos a nuestro alrededor como si formaran parte de la moqueta. Había colocado todos los botes de pintura en fila frente a nosotros. Jem se había animado a ser mi aprendiz por un día.

—¿Claire?

—No, ella no. —Mojé el pincel en la pintura roja—. La situación. Que ya no se la vea por aquí.

—Viene a veces. —Él me imitó.

—Sí, a pediros fuego o un lugar donde pasar la noche. Eso no cuenta. —Empecé a trazar una línea sobre el papel, pero la mano de Jem me rodeó la muñeca.

—Eh, espera, ¿no se suponía que tenía que dibujarlo yo?

—¿Te atreves desde cero?

—Así te reirás más.

Me aparté del lienzo y dejé que Jem se acomodara frente a él, sentándose sobre sus piernas. Alzó el pincel con mucha delicadeza, como si temiera romperlo.

—Prueba a dibujar lo que ves. Lo que ves, no lo que sabes que está ahí, ¿entiendes?

Él levantó una ceja, curioso.

—¿Eso, por ejemplo? —Señaló con el mentón el cactus solitario que Nathan y él habían adoptado meses atrás—. No creo que me lo esté imaginando.

—No me refiero a eso. Sabes que es un cactus, vale. Pero no quiero que dibujes un cactus, quiero que dibujes lo que ves. —Me agaché hasta ponerme a la altura de su rostro, su mejilla a un par de centímetros de la mía—. El cactus es mucho más que eso; son líneas y formas, curvas y sombras. —Cerré un ojo y seguí el contorno de la planta con un dedo—. Tienes que ver más allá. Tienes que darte cuenta de que lo que tu cabeza está creando, separarlo en partes y aprender a volver a montarlo sobre el papel. Tienes que ver cómo los colores sirven para ocultar y revelar imágenes, todo al mismo tiempo. —Dejé caer la mano y bajé la mirada al pincel de Jem, todavía con una sonrisa —. Aunque, bueno, podrías empezar viendo que la pintura roja no será muy útil a la hora de pintar un cactus.

Él rio.

—Buen apunte. —Mojó el pincel en agua—. Me encanta escucharte hablar de estas cosas, Ari.

Mis labios se curvaron en una sonrisa antes de que él lograra acabar la frase. Recé para que el rubor en mis mejillas no fuera tan obvio.

—A mí me encanta tener a alguien que quiera escucharme.

—Lo dices por tu abuela, ¿verdad? —Asentí. Jem hizo una pausa antes de continuar—. Un día cambiará de opinión, ya lo verás. Tiene que ver tu talento.

Dejé salir una risa breve y seca.

—Lo que ella ve no es talento.

Jem se inclinó sobre el papel y empezó a trazar líneas curvas, tratando de imitar el contorno del cactus.

—Por cierto, ¿crees que me pasa algo con Claire?

Parpadeé un par de veces, dudando si había escuchado bien la pregunta. Él siguió concentrado en su dibujo, sin ni siquiera volverse para mirarme.

—¿Qué?

—Me has preguntado por ella como si tuviera que dolerme que no viniera a verme. Como si tuviera que dolerme especialmente *a mí* —hizo hincapié en esa última palabra—, y como si ella solo quisiera verme *a mí*.

—¿Es que no te duele?

—Me molesta, sí. Pero igual que te molesta a ti e igual que le molesta a Nate. Y el curso pasado también me molestó, y lo intentamos hablar con ella, y puedes ver que no sirvió de mucho. —Se encogió de hombros—. Mientras se lo pase bien…

—Mientras se lo pase bien que se joda la vida, ¿no? —Puse los ojos en blanco.

—No me refería a eso. Pero no somos sus padres, Arielle. No podemos obligarla a elegir. Por eso me extraña tanto que me hablaras como si… Como si yo tuviera alguna influencia sobre ella. Como si a mí tuviera que hacerme caso. —Sacudió la cabeza—. Quizás solo me estoy liando…

—No, no —le interrumpí, con un suspiro. Me froté el codo con una mano antes de responder—. Es solo que… El día de la fiesta…

—¿Es por la carta? ¿Piensas que algo de lo que pasó…?

—Es por la noche. —Tragué saliva. No me atrevía a mirarle a los ojos—. Yo… Cuando me desperté a la mañana siguiente os… Os encontré. Pensé que…

—¿Nos encontraste?

Sentí las mejillas ardiendo.

—No fue mi intención, pero…

—Espera, espera, ¿qué crees que pasó? —Si el ser humano podía ponerse todavía más rojo de la vergüenza, yo era la prueba—. Vale, nada, no hace falta que contestes. —Soltó una carcajada—. *Mon Dieu*, Ari, no bebí tanto como para dejar que nada de eso pasara. De hecho ni siquiera recuerdo que Claire durmiera conmigo. Yo me metí en el cuarto de Nathan suponiendo que sería él quien dormiría ahí, obviamente. —Puso los ojos en blanco.

—¿Por qué no dormiste en tu habitación?

—Te recuerdo que había alguien ocupando mi cama.

Me mordí el labio.

—Ya, yo… Lo siento. Pero podrías haberme despertado… —Jem negó con la cabeza con tanta fuerza que me sentí incapaz de seguir hablando.

—Daba lo mismo —dijo, aunque el silencio que vino después decía lo contrario. Había otra razón más allá de la simple cortesía por la que Jem no había querido volver a su habitación—. Pero de verdad, aquella noche no pasó absolutamente nada con Claire —siguió él, después de inclinarse sobre el dibujo, con los codos apoyados en el suelo—. Nada. Y el relato que oíste… Pasó hace un par de años, pero ya está olvidado. Era un crío.

—¿Un crío de diecisiete años? —Puse los ojos en blanco—. Vaya, gracias.

Él rio.

—Un crío de quince con las hormonas demasiado revueltas. —Me miró de reojo—. No me mires así. Jamás se me ocurriría llamarte «cría» a ti. A veces se me olvida la edad que tienes.

—En unos meses cumpliré dieciocho.

—Lo sé. —Entrecerró los ojos, concentrado en el movimiento del lápiz sobre el papel—. El diecisiete de enero.

No pude ocultar mi sorpresa.

—¿Te sabes mi cumpleaños?

—Tengo buena memoria para algunas cosas. —Su sonrisa se ensanchó. Dejé caer los hombros y me permití relajarme, siguiendo con la mirada el vaivén de su mano. Todo el salón había empezado a oler a pintura—. ¿Cómo te sientes sabiendo que te quedan solo unos pocos meses para los dieciocho?

Me encogí de hombros.

—No cambia nada. Seguiré viviendo con mi abuela, y seguirá impidiéndome estudiar lo que quiero. *C’est la vie*.

—Bueno. Sumas un año y unos cuantos sueños más.

—¿A ti se te hizo diferente?

—¿No te acuerdas?

Sonreí; le conocí el día de su cumpleaños, cuando decidió que la mejor manera de pasarlo era escondiéndose de sus invitados entre montones y montones de libros.

—Eran tus diecinueve.

—Lo mismo da. Ya te lo dije, ¿recuerdas?

Se humedeció los labios y giró la cabeza para mirarme a los ojos. Fue como si su mano hubiera soltado el pincel y hubiera entrado en mi pecho

hasta rozarme las cosquillas y acariciarme el corazón.

Pocas miradas hablaban tanto.

—Hay días en los que me despierto soñando tanto y viviendo tan poco que vuelvo a tener cuatro años. Siento lo mismo que cuando soñaba con ser bombero o policía, pero me quedaba en casa de brazos cruzados, esperando a que el sueño cayera del cielo. Y al día siguiente me despierto y siento que tengo cien años, y que mis sueños no son más que caprichos de niños. ¿No te pasa a veces lo mismo? —Estrechó los ojos—. ¿No hay días en los que sientes que tu vida acaba de empezar, y otros en los que te parece que cargas con cientos de años a la espalda?

Cuando apartó su mirada de la mía, fue como si un hechizo se rompiera a nuestro alrededor. El salón volvió a parecer mundano. El dibujo volvió a parecer mediocre. Su voz volvió al tono de siempre. Pero el cosquilleo que sentía en el estómago se quedó ahí.

Por una vez no era la telequinesia.

—Por eso es una suerte tener diecinueve años… o diecisiete —añadió, mirándome de reojo para dedicarme una sonrisa—. Porque no somos tan niños como para quedarnos quietos y esperar a que pasen las cosas, ni tan ancianos como para rendirnos y esperar a que pase el sueño.

Le miré, con la cabeza ladeada y una sonrisa permanente en los labios, antes de inclinarme hacia él y besarle suave en la mejilla.

—Adoro tu vena de escritor.



Encontré a Claire en la sala común, sentada sobre el reposabrazos de uno de los sillones y con la mano apoyada en el hombro de Julie, que a duras penas era capaz de acabar de contar su anécdota, entre risa y risa. Junto a ellas, en el suelo, dos chicas más que no me dio tiempo a reconocer. Fui directa hasta Claire, preparada para estirarle de la manga si hiciera falta. Todo con tal de alejarnos de las demás, de los cotilleos, de las miradas incómodas, de todo.

Pero toda la valentía y la rabia que hervía en mi interior desapareció en cuanto las chicas se volvieron hacia mí, sobresaltadas por la forma en la que había entrado en el salón. La risa de Julie se fue atenuando.

—Hola, Ari —dijo Claire, los ojos todavía achinados a causa de una sonrisa—. ¿De dónde vienes? Pensaba que estabas en la biblioteca.

—Estaba con Jem. ¿Tienes un minuto?

No se me escapó la mirada que Julie echó al resto. El fuego de la chimenea empezó a trazar sombras sobre el rostro de la Claire; el reflejo de las llamas ardía también en sus pupilas.

—Claro —dijo, tensando los labios. Se puso en pie, se alisó la falda y se despidió de las chicas con un gesto.

La así del brazo con la intención de salir de la sala común, pero Claire se deshizo de mí con un movimiento brusco.

—Me has hecho daño, bruta —se quejó, acariciando el lugar donde segundos antes había estado mi mano—. ¿Se puede saber qué te pasa? Nadie diría que vienes de casa de Jem.

—¿Podemos hablar en otro sitio?

Claire trazó una sonrisa cargada de sarcasmo.

—¿Has venido a contarme secretos, Ari?

—Estoy hablando en serio. —Fruncí los labios—. Si pudiéramos ir a las habitaciones… O al pasillo, por lo menos…

—Me has pedido un minuto, ¿no? Y me están esperando. —Señaló con la cabeza hacia la chimenea—. ¿A qué viene tanta prisa?

—No creo que quieras que nos oigan.

Esta vez no intentó esconder la risa.

—Vamos, ¿tengo que recordarte que esto es Sainte Geneviève? Todas lo saben todo.

«Todas saben lo que tú quieres que sepan», pensé.

—No todo. No te acostaste con Jem, ¿verdad?

No sé cómo escuchaba aquella frase en mi cabeza pero, sin duda, no esperaba que saliera con ese tono tan… Triste. Sonaba a rendirse, a volverse vulnerable, a dejar entrever que era él quien me preocupaba. Que la verdad había sido un alivio y, al mismo tiempo, una traición.

A ella solo le pareció un chiste. Sacudió la cabeza.

—Espera, ¿tengo que sentirme ofendida o algo?

Las palabras salieron sin que me diera tiempo a medirlas:

—¿Por qué me mentiste? ¿Por qué me hiciste creer…? Aquella mañana, en la habitación de Nate…

—¿Por qué piensas que *yo* te mentí? —Puso los brazos en jarras, midiendo el tono de voz. El murmullo de Julie y las demás se había apagado abruptamente—. No te dije nada, absolutamente nada. ¿Qué pasa, que Jem te ha dicho que no nos acostamos? —Soltó un bufido—. Quizás es él quien miente, ¿no lo has pensado? Quizás es él quien se avergüenza de haber

pasado una noche conmigo, de aceptar que vuelve a sentir algo por mí. Pero claro, ¿cómo vas a creerme a mí antes que a *él*?

Parpadeé un par de veces, tratando de procesar sus palabras. El silencio a nuestro alrededor se hizo demasiado pasado.

—No puedes hablar en serio. Él no…

—Él no pero yo sí. Entiendo.

Sentí que los oídos me zumbaban, y fue la primera vez que deseé que fuera la telequinesia y no el barullo de mis pensamientos, que atravesaban mi mente como si fueran flechas ardiendo. No estaba preparada para que Claire volviera mi acusación contra Jem.

—Cada vez que le dices a *madame* Bellerose que sales a ver a tu familia estás soltando una mentira —le espeté—. Cada vez que Julie me pregunta qué tal lo pasamos anoche, sé que a ella también le mentiste. Cada vez que me gritas que deje de preguntarte cómo estás…

—¡Se supone que eres mi amiga! —gritó en un susurro, apretando los puños. Se acercó más a mí con la intención de que nadie más en la sala nos escuchara—. Se supone que ni siquiera tendrías que preguntármelo. Se supone que ni siquiera tendrías que dudar de…

—Oh, no, Claire, tú nunca has querido a una amiga. Tú has querido que sea tu muñeca. Alguien que esté siempre para ti, sin importar todo lo que le ocultes y todas las veces que le engañes, alguien que te escuche siempre, alguien que pase desapercibido y deje de existir en el momento en el que ya no le necesites. ¿Y sabes qué? ¡Estoy harta de ser esa persona!

El silencio podría haber hecho temblar el suelo con su peso.

Claire respiró. Eso fue lo único que vi: que Claire soltaba el aire que estaba conteniendo como si con ello pudiera hacerse pequeña, como si pudiera renovarse, como si así pudiéramos volver a empezar.

—No… —murmuró—. No sabía que te sentías así.

—Sí, bueno, no creo que sepas mucho sobre mí. Seguramente porque tú ni siquiera preguntas.

Cuando di media vuelta y salí de la sala común, el tocadiscos seguía sonando y las cortinas formaban fantasmas junto a la ventana abierta.

«Es mentira, es mentira, es mentira», pensé, mordiéndome el labio con tanta fuerza que pronto lo haría sangrar. «No quiero ser una muñeca, Claire, quiero ser tu amiga. Quiero poder ayudarte. Quiero poder entenderte. No te quería hacer sentir mal, y quiero pensar que tú tampoco lo querías. Quiero pensar que sabremos cuándo nuestras palabras son sinceras y cuándo son fruto del cansancio. Que pronto dejaremos de hacernos daño».

Pero no había forma de volver atrás. Ya no.

En voz alta

No pude pasar mucho tiempo más escaqueándome de mi abuela aunque, conforme pasaban las semanas, las razones por las que me había negado a visitarla me parecían cada vez más difusas.

Solo tuve que poner un pie en la casa para recordarlas.

—Te has manchado, *ma fille*. —Se inclinó hacia delante en la mesa y me colocó su servilleta sobre la comisura de los labios.

—Puedo limpiarme yo sola.

Ella rio; pero por una vez su risa no fue irónica, no fue seca, fue sincera.

—Pensé que al estar tanto tiempo llena de pintura habrías olvidado la sensación de tener algo en la cara. —Volvió la vista a su plato y pegó un sorbo a su sopa—. ¿Van bien las clases de Arte? —Asentí con la cabeza. Lo último que quería era darle más cuerda a la conversación, solo para que ella terminara echando todos mis sueños por los suelos—. ¿Qué otras optativas ofrecían?

Arrugué el ceño.

—Repaso de Matemáticas, Teatro y Electricidad. —Preferí callarme la asignatura «Labores del Hogar». Ya tenía suficiente con quince años de prácticas a manos de mi abuela.

—Visto lo visto, supongo que has escogido bien.

—Gracias —murmuré con una sonrisa—. Ahora estamos aprendiendo a hacer sombreado, ¿sabe? A mi profesora le gustan mucho mis obras.

Esperé a que mi abuela hablara, pero el único sonido que llenó la habitación fue el replicar de la cuchara contra la sopa.

—Me alegro —contestó finalmente, con una sonrisa que quise creer real. Carraspeó un poco antes de añadir—: ¿Cómo van las cosas con *monsieur* Chardin?

Otra punzada en el corazón.

—¿Quiere una demostración? —Coloqué un codo sobre la mesa y alcé un dedo, como si de él pudieran salir chispas. La cara de espanto de mi abuela

me provocó una sonrisa—. Era broma, abuela. Va bien.

—Pero ¿aún…? ¿Aún puedes…?

El tenedor empezó a bailar en el aire antes de que ella terminara la frase. Se llevó una mano al pecho y se levantó del asiento, con los ojos abiertos como platos. Como si en lugar de ver un tenedor estuviera conociendo al mismísimo Diablo. Su reacción fue tan brusca que no pude evitar reír.

—¿Se puede saber de qué demonios te ríes? —dijo, esforzándose para que no le temblaran los labios. Su mirada se alternaba entre el tenedor y mi rostro. La mía no se apartaba de ella—. ¡Baja eso inmediatamente antes de que…! —Tragó saliva, pero ni siquiera hizo falta que acabara la frase.

Dejé que el tenedor se deslizara de nuevo hasta la mesa y apoyé una mano en mi mejilla, todavía con la risa floja. Levantar algo tan ligero y pequeño como un tenedor se me hacía tan sencillo como levantar el brazo, pero para mi abuela resultaba algo increíble. Y espantoso también, por la manera en la que se sentó de nuevo a la mesa, mirando el tenedor como si en cualquier momento pudiera atravesarle la garganta.

—Bien. —Trató de serenarse y se recogió un par de mechones que caían por su frente—. Eso no ha tenido ninguna gracia.

—Perdone —contesté, aunque no lo sentía en absoluto. La sonrisa todavía permanecía en mis labios cuando tragué el primer trozo de carne y empecé a ahogarme.

El trozo se fue directo a mi garganta sin que lo masticara, y se quedó ahí, estancado, impidiendo que el aire me llegara hasta los pulmones. Me encorvé hacia delante e intenté toser, sin conseguir nada. De mi boca no salían más que gemidos y los ojos se me empezaron a llenar de lágrimas.

Y el aire no llegaba, y mi voz no salía, y sentía que no era solo ese maldito trozo de carne lo que obstruía mi garganta. Que quizás jugar con tenedores no era tan seguro como antes.

Empecé a darme golpes contra el pecho, casi con desesperación, acompañando cada uno de un grito silencioso. Porque toda mi cabeza parecía gritar. Miré a mi abuela a través de la capa de lágrimas, pero solo fui capaz de distinguir su figura, inmóvil, con ambos manos sobre la mesa.

Me dejé caer sobre el suelo de rodillas y seguí arqueándome, temblando, hasta que logré toser. El trozo de carne volvió a mi lengua y lo escupí, asqueada.

Cogí aire como si fuera la última vez que pudiera hacerlo. Podría haberlo sido. Estaba convencida de que ahí se acababan mis días, y la única pregunta que cruzaba mi mente era: «¿Por qué no haces nada, abuela?».

Apoyé una mano en la mesa y me puse en pie, temblando. Tenía la respiración agitada. Mi abuela seguía sentada en la mesa, con la espalda recta y la barbilla en alto, masticando con la mirada perdida en su plato. El espanto de hace unos minutos se había desvanecido para dar paso a una indiferencia que podría haberme matado.

Me senté sobre la mesa, ella siguió comiendo.

—¿Por qué no has hecho nada? —murmuré.

Y ella siguió comiendo.

—¿Por qué no has hecho nada? —repetí, alzando la voz. Las lágrimas secas de antes se mezclaron con las que prometían venir—. ¿Por qué?

Apartó la vista del plato con lentitud y me miró a los ojos, pero no dijo nada.

—¿Por qué no me has ayudado?

Hubiera preferido no saber la respuesta.

—Estaba dejándolo en manos de Dios. —Sus palabras dolieron como un puñetazo. Cerré los ojos, en un vano intento de controlar las lágrimas.

—¿De verdad piensas que Dios querría matarme?

—A veces Dios actúa de formas que no entendemos. —Se encogió ligeramente de hombros—. Quizás viera conveniente llevarse a quien puede hacer tanto daño.

Bajé la mirada y apoyé ambos puños en la mesa. Los hombros me temblaban del esfuerzo por contener el llanto, por fingir que sus palabras no dolían.

—Un Dios tan bueno querría llevarse antes a quien es capaz de matar a su propia familia —murmuré, pero no tardé en alzar la voz—. ¡Yo no soy ningún monstruo! ¡Soy tu nieta, maldita sea!

—Y casi acabas contigo —dijo, como si esa fuera razón suficiente. Como si yo hubiera decidido atragantarme. Como si todo lo que hiciera, cada movimiento que diera, todo, estuviera controlado por el demonio de la telequinesia.

—Casi me dejas morir —suspiré, antes de apartar la silla y salir de la cocina. No quise ver su reacción, fuera espanto, indignación o indiferencia.

Una vez llegué a mi habitación, pasé el pestillo y me apoyé de espaldas a la puerta, con la mirada hacia el techo. Tenía la sensación de que el corazón se me iba a desbocar y que las lágrimas no se acabarían nunca. Quería pensar que era todo un sueño, una broma pesada de mi subconsciente. Quería que la cena hubiera sido tranquila. Que hubiera hablado de técnicas de pintura, que le hubiera preguntado acerca de Chardin, que le hubiera explicado que me

siento muy sola. Ella me habría arropado entre sus brazos como cuando era niña y me habría recordado que tenía una familia.

O no. Quizás no conocía a mi abuela. Quizás era capaz de poner sus supersticiones por encima de su cariño. Quizás el miedo y la culpa a estar viviendo con una hija del infierno la estaban ahogando.

Y la única manera de aliviar esa carga era viendo cómo yo me ahogaba. En todos los sentidos. Cómo destrozaba mis sueños, mis ganas de pintar y de volver a ser una familia. Para ella, cada día era menos Arielle y más Telequinesia.

Y había días en los que yo pensaba lo mismo.



Fui de una prisión a otra.

Empecé la mañana del lunes con clases de Química y dejé que mi cabeza se perdiera en ese tipo de problemas. Claire me saludó al entrar en clase, diez minutos después de que empezara. Como si no hubiera pasado nada. Como si nuestras palabras se hubieran esfumado en el aire, como si intentáramos protegernos de las verdades que escondían. Empezó nuestro ya tradicional intercambio de mentiras: «¿Qué tal estás?». «Bien, ¿y tú? ¿Cómo ha ido el fin de semana?». «De maravilla, como siempre». «Mi abuela te manda recuerdos».

Ojalá pudiera desgarrarme y que viera todo lo que me pasaba. Ojalá tuviera la confianza para volver a contarle la verdad, sin miedo a que la proclamara a los cuatro vientos en una de sus noches sin final.

Había pensado en pasar la tarde del lunes en la biblioteca, pero no logré aguantar más de quince minutos sin darle vueltas a lo ocurrido. Y solo se me ocurrió una forma de dejar de pensar.

Jem me abrió la puerta del apartamento, con una bata azul oscuro y un par de mechones cayéndole sobre las gafas. Se los apartó con un soplo.

—¿Uniforme de escritor? —pregunté, señalando la camisa de pijama que asomaba por debajo de la bata.

—Exacto. —Abrió un poco más la puerta—. ¿Vienes a pasar la tarde?

—Exacto.

Él sonrió.

Cinco minutos después apareció en el salón con dos tazas cargadas de chocolate caliente. Las dejó sobre la mesa y se sentó a mi lado en el sofá, con una pregunta en los ojos.

—No estás bien —dijo. Negué con la cabeza—. ¿Has dormido?

—Apenas.

—¿Quieres hablar?

Sí, sí quería. Quería hablar y llorar y gritar y romper una de las reglas de Chardin. Quizás ya había roto una antes. Quería dejar salir mis secretos para que dejaran de pesarme, y quería que él me entendiera, que me diera una solución, que me hiciera sentir que pertenecía a alguna parte.

Pero no quería que tuviera miedo. No quería alejarlo de mí, como había pasado con mi abuela. No podía arriesgarme.

—Si hablara me daría cuenta de lo estúpida que estoy siendo —dije, con una sonrisa triste.

—No te voy a obligar a decir nada, ya lo sabes. Pero si necesitas alguien que te escuche, me tienes aquí. Y si no, tienes chocolate.

Sonrió; se le había quedado un bigote de cacao sobre los labios. Lo aparté con un dedo, sin darme cuenta de lo íntimo que parecía el momento desde fuera.

—Gracias —murmuré, apartando la mirada.

—Y que sepas que no eres estúpida.

—Quizás sí. Todavía no me has oído.

—Adelante, pues. Decir las cosas en voz alta es siempre útil. Cuando te oyes te das cuenta de lo que ha ocurrido es real, de que es importante… O todo lo contrario. A veces es entonces cuando comprendes que lo que piensas no es cierto, que no lo sientes, y lo dejas marchar. —Ladeé la cabeza y levanté una dubitativa ceja. La sonrisa de Jem se ensanchó—. Por ejemplo —dijo, después de un carraspeo—: quiero ser médico. Quiero ser un gran médico y pasar los próximos años estudiando para ello.

Cerró los ojos y se quedó en silencio, escuchando sus latidos. O su respuesta. Algo en sus palabras y en su postura me obligó a mantenerme callada, atenta, mirándole como si se tratara de una especie en extinción.

—¿Lo has notado tú también? —preguntó, abriendo un ojo—. El peso de la mentira. Si hubiera sido cierto no hubiera sentido esa sensación en el estómago… Ni la incomodidad de estar engañándome.

Suspiró y sus labios se curvaron en una sonrisa triste. Relajó los hombros al mismo tiempo que se dejaba hundir en el sofá.

—Te toca a ti —dijo. Tragué saliva.

—Estoy enfadada.

Y apareció esa sensación en el estómago.

—¿De verdad?

—No. —Suspiré y me acerqué un poco más a él; su rodilla contra la mía —. Estoy decepcionada. Cansada. Confusa.

—No suena bien.

—Siento que no tengo ninguna casa a la que volver. —Arrugué mi falda con los puños—. Que todos aquellos que creía que me querían han acabado ocultándome cosas, engañándome, contándome verdades a medias. Y ahora tengo miedo, mucho miedo, a que las personas que creía que eran no sean más que una máscara. Tengo miedo de no conocer a nadie. De no tener nunca a nadie.

Su mano se deslizó sobre la mía como una caricia.

—A veces mentimos para proteger a quien queremos —dijo en un susurro apenas audible.

—¿De verdad, Jem? —Me volví hacia él, clavando mis pupilas en las suyas—. ¿Tú también me has mentido?

Busqué una respuesta sincera en sus ojos, aunque los míos suplicaban lo contrario. No quería saberlo. No quería que él también me doliera.

Cuando habló, le brillaron los ojos.

—¿Y tú a mí?

Me mordí el labio antes de darme cuenta de que había empezado a llorar. Era solo una lágrima, pero sabía que en cuanto la dejara salir la seguirían mil más. Y ya había llorado suficiente.

No le contesté. Porque, a veces, cuando dices las cosas en voz alta, te das cuenta de que no son reales.

Y ojalá no tuviera razones para mentirle. No a él.

Aroma a canela

Sólo necesité dos pañuelos y un abrazo para hablarle a Jem de Chardin.

De él, no de la telequinesia. No de lo que había detrás. No de la mayor mentira y la mayor tragedia de mi vida.

Le conté medias verdades: que Chardin era un amigo de la familia y que lo conocí al llegar a Sainte Geneviève. Mi abuela vio conveniente que tuviera algún conocido en la zona. Él se convirtió en un padre para mí, un amigo al que acudir, una persona que escuchara mis historias con interés y que celebrara los logros conmigo. Un hogar lejos de casa.

Pero nunca me habló de mi madre. Nunca me habló de lo enamorado que estuvo de ella. Jem no llegó a entender del todo mi decepción. Pero, claro, si callaba que Chardin no me contó que mi madre tenía telequinesia (dato crucial para entender de dónde venía la mía) y que decidió poner a prueba mi poder encerrándome en una habitación plagada de arañas, la historia cambiaba bastante.

En su lugar, le dije que me hizo daño. Que me golpeó. Que hizo algo que nunca pensé que haría y que eso me hizo temerle.

Hubiera necesito el don de las palabras de Jem para poder describir su expresión de espanto al oírme. Puso la mano que tenía libre bajo mi barbilla y me hizo girar la cabeza a un lado y otro, como si así pudiera encontrar algo que no había visto antes.

Pero mis heridas eran internas.

Le rodeé la muñeca con una mano y la bajé con cuidado.

—No vas a encontrar nada —dije, acompañándolo de un intento de sonrisa—. Fue… Fue poca cosa, pero me asusté.

—No fue «poca cosa», Arielle. Si no te sientes segura a su lado, si te hace daño…

—No me hace daño —insistí—. ¿No decías que decir las cosas en voz alta ayudaba? Pues ahora me doy cuenta. No me ha hecho nada…

—Y sin embargo… —dijo, como si quisiera acabar mi frase. Inclinó la cabeza para poder encontrarse con mis ojos—. No estarías así si no te doliera.

—Te dije que era una estúpida.

—Y yo te dije que no era cierto.

Agarró mis manos con las suyas y apretó con fuerza. Levanté la cabeza al notar el roce de sus labios en mi mejilla. Dos segundos después, su aliento me cosquilleó en el oído.

—Tienes abiertas las puertas de nuestro piso siempre que necesites un refugio, Arielle. Estás en casa.



Cuando Claire entró en la habitación, un libro volaba sobre mi cabeza con las tapas extendidas como si fueran alas. Alargué los brazos y me lo llevé al pecho, con el corazón latiéndome como si acabara de correr una maratón. Me di la vuelta en la cama y crucé las piernas en el aire.

Por suerte Claire estaba de espaldas a mí, colgando su abrigo y con una mano sobre la frente. La oí suspirar.

—Buenas tardes —dije. Noté el cosquilleo de las páginas del libro contra mi pecho, todavía impulsadas por la energía que no había podido apagar. Apoyé la cabeza en el colchón para ocultarlo del todo.

—Hola.

Claire estaba cansada. Lo supe por la forma en la que se dejó caer, no con el habitual tambaleo de la resaca ni las risas tontas de las tardes alegres. Se sentó sobre la cama como si su cuerpo pesara toneladas. Se miró las manos como si arrastrara cadenas.

—¿Un día difícil?

—Un día muy largo. Michelle ha tenido problemas.

—Ah. —Ni siquiera recordaba quién era Michelle, pero supuse que hablaba del grupo de «amigas» con las que pasaba las noches de sábado—. ¿Qué clase de problemas?

—Primero sus padres le pillan la hierba, luego le da un chungo y… Joder, se ha metido en un buen lío. Y por poco nos mete a todos los demás.

Se tiró hacia atrás hasta caer en la cama; los muelles del colchón crujieron bajo su peso.

—Podría haberte pasado a ti…

—No, qué va. Me podría fugar del país y mis padres no se enterarían. Siempre y cuando les mandara una carta al mes y apareciera en casa por

Navidad, claro. —Cerró los ojos; tenía las ojeras más oscuras y la piel más pálida que había visto nunca—. Y ya me han dado chungos antes. No les tengo miedo.

—Quizás deberías.

—Venga, son solo mareos, dolores de cabeza, temblores. Nada que no te dé una buena mañana de resaca. —Suspiró, todavía con los ojos cerrados—. Nada que no pueda soportar.

Hasta que un día tu cuerpo se rinda, pensé.

Claire se dio la vuelta en la cama y hundió la cabeza en la almohada, justo después de descalzarse con un movimiento de pies.

—*Mon Dieu*, estoy tan cansada…

—Vete a dormir, entonces —dije—. Yo te prepararé el material de mañana si lo necesitas.

Ella negó con la cabeza.

—Mañana no iré a clase.

—Claire, a este paso…

—A este paso voy a repetir curso; muy bien, lo sé. ¿O ibas a decirme que nadie se casará con alguien con tan malos estudios? También lo sé. Que todo se va a fastidiar; lo sé y no me importa. Nada me importa, te lo juro. Solo quiero que este dolor de cabeza desaparezca otra vez y poder largarme y fumarme un buen porro. —Resopló—. Todo lo demás me da igual, Arielle. —Alargó el brazo y apagó la luz de su mesilla.

Aquella noche la oí gruñir y llorar; la vi dar vueltas en la cama y pegar golpes a la almohada. La vi levantarse en medio de la noche, salir, y volver media hora después. Y siempre caminaba encorvada, vacía, con los dedos estirados y tensos en busca de lo único que la llenaba; con papel de liar en los bolsillos y los labios entreabiertos buscando un cigarro, otros labios, un trago, una botella, una respuesta.

Algo que le devolviera vida.

—¿Estás bien, Claire? —Le pregunté una de esas mañanas, igual que lo había hecho la anterior. Siempre esperando una respuesta sincera.

Ella apartó la mirada de sus apuntes, con el ceño fruncido.

—Estoy —dijo—. Ya es algo. ¿Por?

Estiré el brazo por encima de la mesa hasta encontrarme con su mano. Tenía heridas en los nudillos; la piel seca y pálida. Las cubrí con mis dedos como si así pudiera sanarlas.

—Me preguntaba si podía ayudarte… —Me mordí el labio; sin saber cómo continuar. Cuando conocí a Claire las conversaciones fluían sin

dificultad, y ahora me daba la sensación de que cada palabra que dijera iba a ser juzgada. Un paso en falso, y lo que quedaba de nuestra amistad se destruiría—. Ya sabes, con todo el asunto de… De Michelle. De lo que le pasó. No quiero que te pase a ti.

Dos días después de contarme que a Michelle le había dado un «amarillo» cuando fumaba, se enteró de que la habían llevado al hospital. Conducía a 120 kilómetros por hora con la mente nublada por culpa del éxtasis. Hubo un derrape. Un frenazo. Un airbag saltó, se rompieron los cristales, Michelle perdió la conciencia, su acompañante empezó a chillar.

Ni Claire ni sus amigos llamaron a la ambulancia. De hecho, ni siquiera fueron a visitarla al hospital. A ellos no podían verlos, no podían relacionarla con ella, no podían admitir —no querían admitir— que podrían haber sido ellos quienes ahora estuvieran en la cama, debatiéndose entre la vida y la muerte por culpa de un par de pastillas y unos cuantos porros.

Lo peor es que a muchos no les importaba. Era justo lo que buscaban.

Claire apartó la mano con brusquedad y se encogió en sí misma, volviendo la vista a su libro.

—No necesito ayuda —murmuró. Sus palabras me sentaron igual que si las hubiera escupido en mi cara.

Un siseo cercano me obligó a agachar la cabeza de vuelta al libro, como si de verdad estuviera estudiando. Nadie más que Claire podía ver que debajo de él asomaban papeles arrugados llenos de esbozos. La mayoría eran retratos de la chica que tenía en frente. La que conocí cuando el pelo le llegaba por la mandíbula, y ahora iba más allá de los hombros. La que conocí con los ojos muy abiertos y las sonrisas muy amplias, y ahora las ojeras habían ganado terreno y sus labios siempre estaban fruncidos. La que conocí cuando vestía de amarillo y rojo, y ahora se escondía debajo de jerséis de cuello alto y pañuelos en el pelo.

—Nathan y Jem me han preguntado por ti —dije. No quería apartar la conversación. No quería que todos nuestros encuentros acabaran en silencio, que ya ni siquiera intercambiáramos las buenas noches.

—¿No se atreven a preguntármelo en persona o qué? A Nathan le hemos invitado mil veces a venirse a fumarse algo y pasa de nosotros.

—Quizás tiene otras cosas mejores que hacer.

—¿Esa es tu manera de decirme que ya se ha cansado de mí? —contestó ella, con sorna. Lamió su dedo índice antes de pasar la página.

—No. Se ha cansado de una vida que no es más que una ilusión.

Soltó una carcajada antes de que las chicas de la mesa de al lado le sisearan.

—Anda, *amore*, si no sabes de lo que hablas. El día que lo pruebes podrás decir lo que quieras —dijo. Puse los ojos en blanco—. No, en serio, diría que agradezco tu preocupación pero sería mentira. Deja de actuar como si fueras mi madre. No lo eres. Y no servirá de nada. Estoy contenta con mi vida, Arielle. Quizás estás tan empeñada en «arreglarme» porque eres tú la que está harta de la suya.

Me podría haber doblado por la mitad con la fuerza de sus palabras.

Claire se puso en pie y se llevó los apuntes al pecho.

—Paso de todo esto. —Corrió la silla con un chirrido y se marchó.

Me quedé sola en nuestra esquina de la biblioteca, dejando que los minutos pasaran como horas, y con el miedo a que sus palabras fueran ciertas ardiéndome en el pecho.



—Ya no la reconozco —dije, con un suspiro. Decidí que probar la masa del bizcocho aliviara mis penas, pero Jem le dio una palmada a mi mano en cuanto vio que acercaba el dedo al bol.

—Eh, que te veo. —Se sacudió las manos en el delantal—. Todavía no la pruebes; te sabrá mal.

—Estaba hablándote de Claire.

Entonces fue él quien suspiró. Detuvo un instante su frenético ir y venir de la cocina para mirarme a los ojos.

—Lo sé. Y yo estaba intentando enseñarte a hacer un bizcocho. Pero pareces más interesada en el resultado que en el proceso.

—Obviamente, *mon chéri*. —Aproveché que se dio media vuelta para hundir el dedo en la masa y llevármelo a los labios. Él me pilló justo en el momento en el que el sabor agrio de la masa llegaba a mi lengua. Intenté contener la mueca de asco, pero mi actuación no fue demasiado buena—. Creo que le falta azúcar.

—Le falta mucho más que eso —contestó Jem, riendo. Alargó la mano hacia los estantes y empezó a sacar bolsas de ingredientes. Desde fuera todo me parecía igual—. Y dijiste lo mismo de Claire hace un mes.

—Ahora es mucho peor.

—¿Peor?

—Antes salía solo los sábados, volvía contenta al internado y se saltaba algunas clases. Ahora hay días que ni siquiera vuelve, pasa más tiempo fuera que dentro del colegio, y siempre está… —Fruncí el ceño. Intentaba seguir los movimientos de Jem con la mirada, pero iba demasiado rápido—. Eh, más despacio, me he perdido cuando has puesto leche. ¿Cuánto era la medida? ¿Una taza?

Él dejó caer los hombros, con una sonrisa.

—Ari, no puede ser que te pierdas haciendo un bizcocho.

—No me retes.

—Pásame el azúcar, anda. En el segundo armario. —El chef se apartó el pelo de la frente con un movimiento de cabeza y siguió la receta.

—Zombi. Claire siempre está como si fuera un zombi. Mirada perdida, ojos rojos… —Me puse de puntillas para llegar hasta el estante—. Da miedo, Jem. Nunca la había visto así.

Cuando le tendí el bote de azúcar, rocé sus dedos con los míos; un solo segundo bastó para provocarme un cosquilleo en el estómago.

O quizás era culpa de la dichosa masa cruda.

—¿Tú sí? —le pregunté. Él frunció el ceño.

—¿Por?

—La conoces desde hace mucho tiempo. —Jem se apartó para dirigir su atención al bizcocho, aunque yo solo tenía ojos para él. Parecía que en lugar de cocinar estuviera tocando el piano; agarraba los sobres con la delicadeza con la que presionaría las teclas y dejaba que el azúcar resbalara entre sus dedos como si fuera nieve—. Y la conoces mucho mejor que yo. Pensé que esto ya había pasado antes.

Él se quedó en silencio. Tenía la costumbre de hilar bien las palabras antes de decirlas, algo que no había día que yo no envidiara. Relajó los hombros con un suspiro.

—Qué va. Además, ni siquiera estoy seguro de que sea cierto eso de que la conozco mejor.

—¿Por qué lo dices? —Él se encogió de hombros, pestañeó y se puso en marcha de nuevo.

Me mordí el labio para no añadir nada más, aunque la curiosidad me quemaba por dentro. Otra vez. Tenía que aprender a hablar más de algunos temas y a callarme más en otros. Quizás ahí estaba la razón por la que siempre me equivocaba.

Me recosté en la silla de la cocina y apoyé la cabeza en la palma de mi mano, no sin antes empujar con el codo uno de los boles que había sobre la

mesa. Di un respingo y volví a colocarlo erguido, maldiciendo mi torpeza entre dientes. Cuando me giré, Jem me miraba con una media sonrisa en el rostro.

—Era por la carta, ¿verdad? —dijo. Le brillaron los ojos.

—¿Qué?

—Lo de Claire, sobre conocerla mejor. Lo dices por la carta que le escribí hace años. —No era siquiera una pregunta.

—«Hoy he imaginado mi vida sin ti» —murmuré para mis adentros, como si quisiera asegurarme de no haber olvidado sus palabras.

—Justo. —Su sonrisa se tensó—. Qué memoria. —Jem se dio la vuelta y siguió removiendo la mezcla, dándome el espacio que necesitaba para ruborizarme tranquila—. Quiero que sepas que eso… No fue nada más que las palabras de un niño que no tenía ni idea de lo que era estar enamorado.

—Ya me lo dijiste —recordé—. «Con quince años yo era un crío y blablablá».

—Ya, pero no parece que me creyeras si aún piensas que… —Sacudió la cabeza, con un suspiro—. No conocía apenas a otras chicas. Claire era la única a la que podía considerar amiga, la única que me hacía reír y, bueno… La única de la que podía enamorarme. —Sonrió con nostalgia—. Pero no lo hice. No fue más que una ilusión. Ella «jugó» conmigo, de la manera en la que todos los niños juegan con otros niños a quererse, cuando en verdad solo tienen curiosidad. Solo quieren saber lo que es un beso, lo que es mentir a sus padres para tener un encuentro romántico con su amante, lo que es recibir una flor por San Valentín. Esas cosas. —Jem se dio la vuelta; cogía el bol con una mano, apoyado en la cintura, y con la otra sujetaba una cuchara—. Ten, prueba. Se supone que tiene que saberte mejor.

Me puse en pie y me acerqué a él, como un gato que acababa de oler la comida. El (futuro) bizcocho emitía un suave aroma a canela. Jem me sujetó la cuchara mientras yo abría la boca, y la apartó con brusquedad justo cuando iba a rozar mi lengua. Fruncí los labios, tratando de controlar la sonrisa, y agarré la cuchara para evitar que volviera a apartarla. Mi mano rodeó la suya.

—Buenísimo. —Me relamí los labios—. ¿Y dices que de verdad hace falta meterlo en el horno?

Él rio antes de apartarse de mí y volverse hacia la encimera.

—Como iba diciendo… —Dejó el bol y se limpió las manos en el delantal —. Los dos jugamos a ser amantes, aunque ninguno pensó que estaba jugando. A mí me tocó ser el del corazón roto, y ella, desde entonces, se convirtió en la chica que todos deseaban. O así se veía. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí.

—A Claire le encanta remover esos asuntos del pasado porque nunca llegó a darse cuenta de que fueron solo cosas de niños. Le hacen sentir deseada aunque hayan pasado años. Y a mí no me importa enseñar lo que escribí porque… —Chasqueó la lengua—. Bueno, porque es lo que sentí, al fin y al cabo. Aunque sea muy distinto a lo que siento hoy.

—Pero quizás ella no lo veía como un juego de niños —dije, y Jem se encogió de hombros—. La mañana del cumpleaños de Nate… ¿La recuerdas?

Jem asintió con la cabeza. Luego dio un paso atrás, casi tropezando conmigo, y se cruzó toda la cocina para meter el bizcocho en el horno.

—Ella quiso darme a entender que había pasado algo entre vosotros. Habló de forma muy ambigua, sin afirmar ni desmentir nada. *Merde*, si hasta se vistió delante de mis narices. —Jem abrió mucho los ojos.

—¿Y yo estaba…?

—Dormido, sí. Como un bebé.

Jem entrecerró los ojos.

—Aquella noche me pasé un poco con el alcohol —confesó, con una sonrisa—. No me extraña que no me enterara de nada.

Intenté que mi sonrisa no pareciera tan falsa como la sentía, pero no paraba de darle vueltas a lo mismo. Y recordar su estado de ebriedad no ayudaba.

—Jem, ¿estás seguro de que…? —No me atreví a mirarle a los ojos—. ¿Estás seguro de que aquella noche no pasó nada? Quiero decir… Habías bebido, Claire también, y puede que…

Jem sacudió la cabeza y me colocó una mano en el brazo para detenerme. La sonrisa de su rostro había sido sustituida por una mueca; tenía el ceño fruncido.

—No, no, no sigas por ahí. Recuerdo esa noche perfectamente. Jugamos a verdad o reto. Retaron a Nathan. Te retaron a ti. Le besaste. Hablamos de política, de arte, de los amigos de Claire, de la guerra. Llevabas un vestido azul precioso y el pelo recogido con un gancho, pero a medianoche ya te lo soltaste. Llevabas carmín en los labios. Preguntaste si habíamos comprado zumos. ¿Necesitas algún detalle más?

Negué con la cabeza.

—Lo he entendido.

—Bien. Así que olvídate de que pasara algo entre Claire y yo. Recuerdo aquella noche perfectamente. —Perdió la mirada en el horizonte un segundo,

antes de soltar una suave carcajada—. De hecho, me parece que tengo recuerdos de más.

—¿Recuerdos de más?

—Si te lo cuento creerás que estoy loco.

—¿Más todavía?

—Ja, ja —contestó, con sorna—. Digamos que aquella noche… —Entrecerró los ojos—. Recuerdo cosas que no pudieron ser, así que he llegado a la conclusión de que el alcohol me jugó una mala pasada. Pero te juro que todo lo demás lo tengo intacto.

—Ya, claro. Viste cosas «que no pueden ser» pero luego dices que el alcohol no te afectó a la memoria.

Él se encogió de hombros.

—Si te sirve, no me había pasado nunca algo parecido. Lo de las… alucinaciones y eso. Porque debió de ser eso, ¿no? O quizás es que vi algo mal y mi cabeza decidió inventarse una historia fantástica para explicarlo.

—Pero ¿qué es lo que viste?

—Estabas tú también. —Estreché los párpados y levanté una ceja, confusa —. En mi habitación. Empezaste a gritar y…

—Ah, sí. —Me di un golpe en la frente con la palma de la mano—. Qué tonta fui.

—… Y mis libros empezaron a… ¿Volar? ¿Tiene algún sentido? —siguió él, a pesar de que ya conocía cómo acababa la historia.

Me hubiera lanzado por un precipicio si eso sirviera para revertir el tiempo, para evitar que lo que Jem vio fuera cierto. Pero decirle a la Arielle de diez segundos atrás que no le preguntara qué vio. Que se callara. Que, por una vez, fuera la curiosidad de los demás la que ardiera, y no la suya.

Pero Jem siguió hablando:

—Fue como si de pronto un huracán cruzara la habitación: se cayeron de las estanterías, empezaron a agitarse, a levantarse del suelo… —Se apartó el pelo de la frente—. *Mon Dieu*, estoy diciendo tonterías. Seguramente tropezaras con una pila de libros y ya.

Bajé la cabeza, tratando de forzar una sonrisa.

—Tienes razón: estás loco —dije, pero no me atreví a mirarle.

«Tonta, Arielle, tonta. Te delatas tú sola».

Él se inclinó y colocó un dedo debajo de mi mentón, con delicadeza.

—No pareces muy convencida —dijo. Levanté las cejas—. Tropezaste con los libros, ¿verdad?

—No lo recuerdo.

Sentí su aliento cada vez más cerca. Sus palabras escondían una súplica.

—Ari, es tan fácil como decirme que lo que vi no fue real.

Pero no podía mentirle; ya no. Me había cansado de llevar la cuenta de las mentiras con las que me tocaba cargar cada día. Prefería huir. Era lo que hacía siempre, al fin y al cabo: huía de mi abuela y me refugiaba en Sainte Geneviève, huía de los problemas de Claire y me refugiaba en la casa de Chardin, huía del pasado de Chardin y me refugiaba en el apartamento de Nathan y Jem. No quería tener que huir de ellos también.

—No lo recuerdo, Jem —repetí, y esta vez me atreví a mirarle a los ojos. Al menos, no era una mentira tan descarada. Pero no soportaría una pregunta más—. Voy a poner la mesa en el salón; ya hemos ensuciado bastante la cocina.

—¿Perdona? ¿«Hemos»?

Me encogí de hombros y di media vuelta.



Quince minutos después, los trastos de la mesa habían sido sustituidos por el mantel especial de Nathan y Jem (el que solo sacaban en ocasiones muy importantes, estampado con piñas) y un par de platos. Tuve el detalle de encender una vela y poner en marcha el tocadiscos.

Jem entró en el salón con el bizcocho entre las manos como si se tratara de un trofeo. Se había quitado el delantal, las gafas y los guantes de cocina, pero todavía tenía un poco de harina sobre la mejilla.

Ni siquiera me saludó al entrar. Quince minutos después de su última pregunta, dijo:

—Soy tan cobarde que no he vuelto a entrar en la casa de mi abuelo. —Se sentó a mi lado y dejó la bandeja entre los dos platos—. Igual que todavía no he vuelto a visitar la casa en la que viví con mis padres. Ni siquiera cruzo esa calle. Ni siquiera veo fotos. Ni siquiera me he atrevido a visitarlos en el cementerio.

Agarró el cuchillo y empezó a cortar el bizcocho. No me miraba, no sonreía; era como si hablara con un fantasma. O como si el fantasma fuera él.

—Recuerdo perfectamente la primera vez que oí a mi padre gritar. Estaba discutiendo con mi abuelo, se estaban echando mierda encima el uno al otro. Pero, a través de mis ojos de niño, lo único que vi es cómo mi padre se transformaba en un monstruo. Lo peor es que los gritos luego fueron dirigidos a mí, durante años. Gritos, reproches, insultos, amenazas. Hasta que acabó

todo. Recuerdo que ni siquiera sentí pena por la muerte de mi padre, hasta que me di cuenta de que era real; que él no iba a volver y que yo no podía marcharme. Que siempre había estado equivocado: el monstruo era yo. Solo un monstruo se sentiría tan… indiferente, casi libre, al enterarse de la muerte de un padre. Esa fue la razón por la que decidí estudiar Medicina. Sabía que era lo que él había esperado siempre de mí y, por una vez, quise ser un buen hijo. Quise enmendar de alguna manera el dolor de haber sido siempre basura para él. —Hizo una breve pausa y tragó saliva. Tenía los ojos llenos de esperanza y de miedo del niño que dejó atrás—. Sé que él me veía como una carga. Nunca llegamos a conocernos bien, pero siempre pensé que tendría el resto de mi vida para hacerlo. Y luego le arrebaté la suya. Lo mínimo que podía hacer era seguir el camino que él quería.

Como si acabara de explicarme la receta del bizcocho, cogió uno de los trozos que había partido y se lo llevó a la boca. Se quedó en silencio, esperando que yo hablara. O no. No había nadie mejor que Jem para soportar los silencios.

Y yo no sabía cómo rellenar aquel.

—Jem, ¿qué…? —Empecé, pero él me interrumpió.

—Es tu turno. —Acabó de tragar el bizcocho—. Dime algo que no sepa de ti.

Parpadeé un par de veces, cogida por sorpresa.

—¿Todo esto es…?

—Algo que no sepa de ti, Arielle —insistió.

Yo dejé caer los hombros y me volví hacia el bizcocho con un suspiro. Sabía que Jem no me dejaría decir nada que no contestara a su pregunta. Ni siquiera un «Lo siento», un «¿Estás bien?», un «¿Por qué me lo cuentas?».

¿Por qué ahora?

—Eh… —titubeé—. Me hubiera gustado tener un hermano o una hermana mayor. Alguien que se quedara siempre.

Abrió la boca como si quisiera añadir algo, pero desechó la idea con un gesto.

—Ari, tendrás que trabajártelo más.

—¿Cómo?

—Dime algo que no sepa de ti —repitió—. Algo *grande*.

No lo pensé demasiado.

—Quiero morir sintiéndome libre. —Y para mí, «libre» significaba demasiadas cosas. Libre de culpa, libre de miedos, libre de la telequinesia (o, por lo menos, de todo lo malo que me traía), libre de dudas, libre de errores

—. Poder saborear esos instantes de caída al saltar de un edificio. Esa clase de libertad.

Jem se giró hacia mí y rodeó mis muñecas con sus dedos. La intensidad con la que clavó su mirada en mis ojos hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

—Confiesa algo.

—Confiesa algo tú —contesté, burlona.

—Nunca me gustó la medicina.

—Nunca me gustó tu corbata favorita —repliqué. Él siguió su juego.

—Confiesa algo más grande, Ari.

—Creo que no me gusta el bizcocho. Demasiada ralladura de limón.

—Te haré tarta de queso para mañana. Dime algo más. Algo que no sepa.

Me miraba tan adentro que me daban ganas de llorar. Parecía que fuera capaz de conocer lo que iba a decir antes de que yo lo pensara. Sentía que me estaba suplicando que, por una vez, le hablara de la verdad.

—Me siento sola.

—Me tienes a mí.

—No del todo.

Bajé la mirada, pero él acercó su rostro a mí y me obligó a alzar el mentón de nuevo. A seguir mirándole.

Pedía todavía más verdad.

—Dímelo, Ari. Dilo. —Hubiera jurado que le lloraban los ojos—. Por favor.

Le sentía tan cerca, dentro y fuera, que no pude esconderme más detrás de una mentira.

—Te quiero, Jem.

Latidos

Recuerdo el primer día que me animé a regar el jardín de mi madre. Hacía apenas un mes que había muerto y los pétalos de las flores estaban marchitos. Pero yo seguía convencida de que todo se arreglaría en cuanto cayeran un par de gotas; el agua las reviviría. Y con ellas, parte de mi madre volvería.

Me armé de valor para salir de nuevo al jardín, un mes después, cuando me di cuenta de que iba a llover. Casi podía olerlo; el suave aroma a tierra mojada, la humedad fría y electrizante rodeándome como un fantasma. En el jardín ya ni siquiera crecía la hierba. Me senté sobre la tierra y vi cómo las nubes se acercaban, grises y tristes, pesadas. Pero no me daban miedo. Ya no. Tenía la sensación de que la lluvia venía a salvarme. Así que me quedé esperándola, quieta, hasta que cayeron las primeras gotas. Levanté la barbilla hacia el cielo, cerré los ojos y dejé que la lluvia me calara.

Aquello fue el beso de Jem.

Él era la lluvia que me acariciaba, que prometía hacerme nacer otra vez. La que me calaba hasta los huesos. La que desde fuera parecía solo tormenta.

Un escalofrío me recorrió la espalda en cuanto sus labios se separaron de los míos, todavía calientes. Mi mano se deslizó hacia él, suplicando que se quedara; la suya aún descansaba sobre mi mejilla. Tenía el gusto a canela en los labios, dos pequeñas lágrimas en los ojos y nuestros corazones como banda sonora.

Abrió la boca para decir algo, pero su «yo también te quiero» se redujo a un leve susurro por culpa de su sonrisa. Me miró directamente a los ojos, como si buscara constelaciones en mis iris. Sus dedos acariciaron mi mejilla, siguiendo la línea de la mandíbula.

Y antes de que le diera tiempo a decir nada más, me incliné sobre él y volví a besarle.

La bruja

Tengo miedo de no volver a sentirme así nunca» fueron las palabras que inspiraron la primera obra que logré terminar en la buhardilla. Hasta entonces, todo lo que había creado eran esbozos y dibujos rápidos; llevaba meses reservando los lienzos para una situación especial. Para un momento en el que mi corazón me pidiera a gritos que volcara su voz en la pintura.

Con ese cuadro lo reviviría todo: el suave toque de canela; la caricia de sus dedos; el beso en medio de su sonrisa; la forma en la que agarró mis manos y susurró: «Tengo miedo de no volver a sentirme así nunca».

—¿Así cómo?

—Así de vivo. —Un beso—. Así de cerca. —Otro beso—. Así, contigo.

La pintura se extendió sobre el lienzo en todas direcciones, siguiendo el camino que mi mente marcaba. Y, al mismo tiempo, agarré un rotulador fino y empecé a soplar sobre la pintura para que se secara. Sobre ella tracé la silueta de dos rostros; sobre las líneas escribí nuestras palabras. El resultado fueron dos almas anónimas unidas por sus manos, a punto de juntarse en un beso, formadas por minúsculas letras. Letras que eran recuerdos. Bajo la tinta, las manchas de pintura se sobreponían unas sobre otras; se veía el azul sobre amarillo formando verde, el naranja y el rosa, un par de toques rojizos. La pintura siguió extendiéndose hacia fuera como una explosión… La misma que nació de aquel beso.

—¡Arielle! —La voz de mi abuela se oía lejana y débil por culpa de la música. Giré sobre mis talones para bajar el volumen de la radio.

—Adiós, Sinatra —murmuré, con un suspiro. Me senté de rodillas en el suelo y me asomé por el hueco de la escalera. Al apoyar las manos sobre la madera me di cuenta de cómo me temblaban los dedos—. ¿Qué pasa? —grité, con la esperanza de que así mi abuela me oyera.

Enseguida escuché sus pasos acercándose por el pasillo. Di un respingo, como si me hubieran tocado con fuego, antes de notar cómo el hilo invisible

que sostenía la pintura se cortaba. Las últimas gotas cayeron sin gracia sobre el lienzo.

Mi abuela llegó hasta la escalera y echó la mirada al techo, con los brazos en jarras. Vista desde arriba se la veía ridículamente inofensiva.

—Menos gritar y más venir cuando te llamo, *mademoiselle*.

—Lo siento. Tenía la radio demasiado alta.

—¿Cuántas veces te he dicho…?

—Lo sé, lo sé. —Hice un gesto con la mano para quitarle importancia.

—¿Eso que tienes ahí es pintura? —preguntó. Bajé la mirada a mi blusa y a la diminuta mancha que asomaba cerca de la cintura—. *Mon Dieu*, ¿otra vez jugando?

—No estaba jugando.

Mi abuela se frotó el cuello y puso una mueca.

—Anda, haz el favor de bajar. Tengo algo que darte. —Eché un último vistazo a mi cuadro antes de colgar las piernas por el hueco de la escalera—. Ten, entrega esto a *madame* Bellerose. —Sacó un sobre del interior de su rebeca y me lo tendió, antes de dar media vuelta.

—Espera, ¿qué es?

—Tú dáselo.

Hoy era uno de esos días en los que no le apetecía hablar. Solían superar con creces a los que sí, más desde que era consciente de que mi telequinesia seguía latiendo. Más desde que yo me había dado cuenta de lo poco que haría por mí.

Por eso no tuve ningún reparo en abrir el sobre en cuanto su figura desapareció por el pasillo.

«AUTORIZACIÓN DE REGRESO DURANTE EL PERIODO VACACIONAL - NAVIDAD, 1958».



Tiré el sobre abierto por encima de la mesa, hasta que la inercia lo detuvo a menos de un metro de mi abuela. Esta apartó un momento el libro que leía y miró por encima de sus gafas; primero al sobre, luego a mí. Soltó un bufido y cerró la novela sobre sus piernas.

—Puede quedárselo —dije. Me crucé de brazos, fingiendo más seguridad de la que sentía.

—He firmado donde tocaba, ¿no es así? —Se inclinó sobre la mesa y echó un vistazo al papel, colocándose las gafas de nuevo—. Exacto. Justo ahí.

¿Hay algún problema?

—No quiero… —«Así empiezas mal, Arielle», pensé. Sacudí la cabeza y volví a intentarlo—. Me gustaría quedarme en Sainte Geneviève estas Navidades, abuela.

—¿Quedarte? —Asentí con la cabeza—. ¿Hay alguna razón en especial?

Jem.

Poder pintar sin tener que esconderme.

Poder visitar Capelle cuando encendieran las primeras luces.

Tener el internado casi para mí.

Jem.

No tener que compartir la mesa con *ella*.

Aprovechar el material del aula de bellas artes.

Poder soñar despierta y leer libros sin que ella me soltara lo inútil que era.

Estar con Claire. Quizás arreglarlo.

Estar con Jem.

Poder jugar con la telequinesia sin que nadie me observara. Poder aprender por mi cuenta, sin que Chardin estuviera por medio.

Los batidos y las hamburguesas de *Le petit Benjamin*.

Y Jem.

Jem, Jem, Jem.

—He pensado que es un ambiente más adecuado para estudiar. En casa me distraigo mucho… Ahí tengo la biblioteca, con todo lo que necesito a mano. Y he oído que organizan actividades especiales en Navidad, también. Puede ser interesante.

Soltó otro suspiro y apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Intentas decirme que prefieres quedarte en Sainte Geneviève en lugar de pasar las Navidades con tu familia? —Mi abuela se quitó las gafas y me clavó la mirada, como si así pudiera cambiar de opinión—. Está bien —dijo, para mi sorpresa. Se volvió hacia su novela—. Espero que por lo menos aproveches el tiempo.

Parpadeé un par de veces, inmóvil como una estatua. Había imaginado miles de reacciones por su parte, pero ninguna tan tranquila y con tan poca resistencia como aquella. Aunque, bueno, no era de extrañar. Le estaba ahorrando tener que cocinar para dos.

—Sí, *madame* —murmuré. Me di media vuelta, despacio, con la idea de volver a la buhardilla.

—¿Qué esperabas que te dijera? —Su voz me detuvo a medio camino. Levanté la mirada por encima del hombro, con miedo, pero mi abuela apenas

se había movido. Agarraba la novela con ambas manos; sus ojos saltaban con velocidad de línea en línea, aunque su mente debía hallarse en otra parte. Y entonces se volvieron hacia mí—. ¿Crees que soy la bruja de Blancanieves? ¿Que te secuestraría en contra de tu voluntad? A veces se te olvida que solo quiero verte feliz, Arielle. Quiero asegurarte el futuro que yo no tuve la suerte de tener.

—Nunca sabe qué puede pasar, abuela.

—Claro que no. Solo Dios sabe si en lo que me queda de vida me dará tiempo a ver una tercera guerra o si mañana lloverá. —Soltó una carcajada amarga—. Pero la vida te enseña trucos para evitar las peores cosas, *ma fille*. Para asegurarnos que tendremos un techo bajo el que dormir y algo que llevarnos a la boca. Para protegernos de todo lo malo que llevamos dentro. Todo lo que te digo, lo que te mando, lo que te pido… Todo lo hago por ti. Aunque todavía no lo veas.

No sé si fue el tono de su voz, la forma en la que me cogía o lo inesperado del momento pero, después de años habiéndole declarado guerra, me creí sus palabras. Vi algo de amor en ellas. Sentí que Edith Larue se deshacía de su máscara y volvía a ser la mujer que debía proteger a su familia. Por encima de todo.

—¿Vendrás en Nochebuena, por lo menos?

—Sí, abuela.

—*Très bien*. Será mejor que llame a *monsieur* Chardin para que esté al tanto de las novedades. Quiero que sigas visitándolo.

—Oh, no hace falta —dije; el corazón me dio un vuelco—. Él daba por hecho que pasaría las Navidades en Capelle.

—Perfecto, pues.

Qué fácil era a veces mentir, y cómo complicaba las cosas cuando me decidía a decir la verdad. A veces no distinguía una cosa de la otra. A veces, la verdad era tan clara que dolía.

No iba a visitar a Chardin aquella Navidad; no si podía evitarlo. Sentía pánico solo de pensar cuál sería la siguiente prueba, ahora que levantar vasijas y muebles le parecía tan mundano. Tenía miedo de que se diera cuenta de que había roto una de sus normas y decidiera remediarlo.

Y, en el fondo, tenía miedo de que el Chardin que creía conocer no hubiera existido nunca.

Entonces recordé que había una forma de comprobarlo.

Madre

19 de mayo de 1955



uerido Nicolas:

Sé que no esperabas una carta mía ahora. Ni ahora ni nunca, en realidad. Quizás soy lo último que quieres ver. O quizás no. Quizás me des una segunda oportunidad.

Yo vengo a arrancarme el dolor del pecho, librarme del orgullo y arrodillarme a tus pies. Te necesito, Nico. Porque ha vuelto a pasar.

El miedo que me embarga es más grande que París, más grande que Francia. Si pesara aplastaría ciudades. Mi niña, mi pequeña… No quiero que ella sufra. No quiero que ella me tenga miedo pero ¿cómo no va a tenerlo? ¿Cómo, Nico, si ni siquiera yo sé de lo que soy capaz?

Son brotes que llegan y se van sin avisar. Brotes que no controlo o, por lo menos, no al principio. Quiero ponerle fin de una vez. Pero no solo te necesito por eso…

Me siento terriblemente sola, Nico.

La telequinesia cada vez me controla más, y la nostalgia hace lo mismo. Porque algo dentro de mí grita con desesperación que vuelvas a coger mi mano, que me hagas sentir visible.

Sé que, sin importar el tiempo que pase, sigues siendo mi Nico. Quiero seguir siendo tu Denise.

Quizás no tenga el coraje de mandarte esta carta nunca. Quizás sí, y sea la primera página de nuestra historia. O quizás acabe consumida por las llamas.

Dios lo verá.

Con amor,

Denise

—O quizás tu hija acabe encontrándolo en la habitación que ya no ocupas —murmuré, doblando el papel por la mitad.

Eché un vistazo al interior del cajón, buscando con la mirada más sobres con el nombre de Chardin. La luz de la lamparilla que había sobre la cómoda no llegaba muy lejos y no había subido las persianas del dormitorio, como si la oscuridad pudiera esconderme de mi madre. Como si ella continuara dormida en la cama.

Como si pudiera oírme.

Me acerqué a la ventana y subí las persianas. La luz del atardecer se coló en la habitación, bañando las tablas de madera del suelo y dejando al

descubierto todas las motas de polvo que bailaban a mi alrededor. A través de los cristales se veía el jardín; o por lo menos lo que quedaba de él. Años atrás solo hubiera visto flores, luz, colores, esperanza, y la figura de mi madre inclinada sobre la tierra. Si no estaba plantando algo nuevo o regando los brotes, estaría con las manos entrelazadas y la mirada directa al cielo, con una sonrisa en los labios y el convencimiento de que su amado Ansel la escuchaba. La hubiera convertido en un cuadro precioso.

—Ojalá estuvieras aquí para guiarme. —Noté cómo se me quebraba la voz por culpa de las lágrimas—. Ojalá supiera de quién he de fiarme y de quién no. Ojalá entendiera qué tengo que hacer con… —Volví a bajar la mirada a mis manos, pero la penumbra de la habitación no me dejó ver más que el contorno—. Con esto. Con la universidad. Con la abuela. Con Chardin.

Mis pasos fueron directos a la puerta, aunque mi mente buscaba quedarse en aquella habitación, a pesar de saber que estaba vacía. No había nadie. Mi madre no podía oírme y, si lo hacía, seguramente no le hacía gracia encontrarme en el lugar donde ella se fue.

—Ojalá estuvieras aquí —murmuré.

Hasta entonces, no había pronunciado palabras más sinceras que aquellas.

Diciembre y Claire

 ainte Geneviève en Navidad era solo una versión más calmada y vacía del internado durante el resto del curso. Los docentes habían llenado los pasillos con guirnaldas y los salones comunes de velas, y habían decorado uno de los árboles del patio con luces y adornos. En la capilla habían instalado un nacimiento, y por las mañanas se oía a las chicas del coro cantando villancicos.

Era agradable.

Podía levantarme a la hora que quisiera (siempre y cuando no llegara tarde al desayuno), podía ponerme los suéteres mullidos y estrenar las bufandas de mi abuela, podía pasearme por el internado sin que las profesoras me miraran con desconfianza. A nadie le extrañaba que paseara sola; las estudiantes que se quedaban en Navidad en el internado estaban acostumbradas a la soledad.

Claire era una de ellas.

—Al quinto día empezarás a aburrirte como una ostra —me advirtió al tercer día—. Total, ya no te queda nada que ver en la escuela. Además, no esperes que las profesoras se vuelvan más benevolentes con los permisos. Las vacaciones para ellas son sinónimo de vigilancia extrema. A los que nos quedamos nos ven como a unas pobres niñas necesitadas de un hogar, así que se asegurarán de que estemos donde debemos estar en cada momento, que no faltemos a ninguna misa y que todas estemos felices y arropadas en la cama a la hora que ellas marcan. —Soltó un bufido—. Se portan como madres. O bueno, peor. Supongo que es porque las profesoras que se quedan tampoco tienen ninguna casa a la que volver.

Lo peor de todo era que yo sí que me sentía una niña necesitada de un hogar. Quizás por eso no me importó que las campanas sonaran con más frecuencia y que las puertas del internado se mantuvieran cerradas entre semana. Siempre y cuando siguiera teniendo algo que llevarme a la boca, una chimenea encendida y un papel en blanco, no necesitaba nada más.

Pero quizás sí que necesitaba a *alguien* más. Eso era lo único que hacía que los días se volvieran más pesados. Claire tenía razón en cuanto a las normas para Navidad: las escapadas al pueblo solo estaban permitidas los fines de semana, también para las alumnas de último curso. Y, para desgracia de ambas, habían contratado a un conserje para que vigilara los patios de noche. Claire cada día estaba más irascible; se ponía nerviosa por cualquier cosa y se mordía el labio hasta hacerlo sangrar. Su frase más utilizada pasó a ser un «Joder, qué bien me sentaría un cigarro ahora».

—Claire —la llamé; ella levantó la mirada por encima de una montaña de apuntes que no había empezado a leer—, ¿qué vas a hacer cuando salgas de aquí?

—Ir a comer algo, seguramente. Me rugen las tripas.

—No, no me refiero a eso. —Cogí aire—. Digo al acabar el curso. Al salir de Sainte Geneviève. ¿Qué plan tienes?

Me miró profundamente, como si esperara encontrar reproche en mis ojos. La ausencia de él pareció confundirla y bajó la mirada al suelo.

—¿Qué plan tienes tú? —preguntó; apenas un susurro.

Responder con evasivas ya era una respuesta.

—Quiero estudiar en la Escuela Superior de Bellas Artes, en París. He estado ahorrando para poder pagar la matrícula. Y también necesitaría dinero para el transporte, para la residencia… —Yo también agaché la cabeza; la verdad de mis palabras pesaba demasiado—. Por eso pintaba tantos cuadros y luego no veías ninguno en la habitación; los vendía.

—Así que vas a estudiar… —Se volvió hacia mí, apoyando los codos sobre la mesa—. Qué valiente. No todas tienen esa suerte.

—No sé aún si la voy a tener. A mi abuela no le hace gracia que estudie Bellas Artes y no va a darme ni un solo franco. Y, aunque he vendido casi todo lo que tengo, no creo que sea suficiente… —Dejé salir al aire—. ¿A quién quiero engañar? No es suficiente, en absoluto. Seguramente acabe trabajando en alguna fábrica donde mi abuela tiene contactos, al menos hasta que me presente a mi futuro marido. —Solté una carcajada amarga—. Porque buscarlo por mi cuenta sería una locura, claro. Pondría en peligro la reputación de la familia.

Puse los ojos en blanco. Para mi sorpresa, Claire también rio.

—Veo que tu abuela es una de las chapadas a la antigua.

—Creía que ya lo sabías.

—Bueno, no sabía que lo era *tanto*. —Se recostó sobre el respaldo y entrelazó ambas manos sobre el vientre—. Así que, en realidad, tu plan no es

un plan; es un sueño. —Me encogí de hombros—. ¿Quieres saber mi plan o mi sueño?

Claire tenía un brillo en los ojos que no veía desde que la conocí, cuando su mayor problema era no maldecir delante de las profesoras. Pero su sonrisa seguía triste.

—Lo que quieras —contesté.

La vi echar un vistazo al salón antes de contestar, como si esperara que alguien entrara justo en ese instante. Como si tuviera miedo, o vergüenza, de que alguien la escuchara. Pero aquel día de invierno, la única compañía de la sala común era el calor de la chimenea y los libros abandonados sobre las mesas.

Claire se volvió hacia mí y levantó las comisuras, en un intento de sonreír.

—Siempre quise ser periodista.

—¿«Quise»? ¿En pasado?

—He aprendido que lo que *quiera*, en presente, es irrelevante. —Apretó los labios—. Así que sí, siempre quise ser periodista. Me inventaría un pseudónimo, algo como «C. Dela», para que la gente pensara que soy un tal Claude y que no tengo relación alguna con la familia de la Fontaine. Y escribiría artículos cargados de verdad. Buscaría las noticias más importantes y las injusticias más devastadoras y abriría los ojos a la gente. —Empezó a juguetear con la punta del papel—. Pero… Conocí a Jem y me di cuenta de que escribir no era lo mío. Luego crecí y me di cuenta de que, como mujer, estudiar no era lo mío. Crecí un poco más y me di cuenta de que la verdad no puede contarse, o corre el peligro de que la gente empiece a pensar por sí misma. —Sonrió—. Nadie me lo permitiría, ni aunque fuera hombre y escribiera como los ángeles. Los medios no quieren eso.

—¿No crees que es una visión un poco extremista? —No acababa de creerme que todo lo que leyera en los periódicos y todo lo que escuchara en la radio fueran mentiras. Por desgracia, las catástrofes dejaban huellas difíciles de ocultar o moldear. Ya no había tiempo para dar buenas noticias—. No creo que absolutamente todos los periódicos…

—No lo sabes, Arielle. —Claire seguía con el ceño y los labios fruncidos —. Pero algo está claro: hace mucho que el periodismo dejó de ser una opción.

—¿Por qué? —Me había estado mordiendo el labio sin darme cuenta. Sabía lo que era que te dijeran que tu futuro nunca sería el que tú querías, sabía lo que era que te impusieran un papel solo por ser mujer. Pero también sabía lo que era luchar por no conformarse. Yo todavía no me había rendido.

No iba a hacerlo. Y no podía soportar que Claire se quedara de brazos cruzados—. ¡Es tu vida! Es lo que tú quieres. No puedes abandonar solo porque…

—¿Abandonar? No, Ari, lo que he hecho es ahorrar esfuerzos y dejar de perder el tiempo. Hace mucho que sé lo que va a ser de mi vida. Ya te lo he dicho: *quise* ser periodista. Quise. En pasado.

Me mordí la lengua para no soltar lo que pensaba: Claire hablaba de no perder el tiempo cuando la mayoría de sus noches las pasaba huyendo de él. Hablaba de su vida como si la poseyera, cuando el tic de sus dedos hacía pensar que había algo que la controlaba a ella.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Da igual lo que quiera.

—No, no da igual. Venga, ¿cuántas veces te habré oído decir «quiero un maldito cigarro» o «quiero que sea sábado de una vez»? Quieres cosas, y las quieres porque son importantes para ti. Esto es lo mismo. —«No, esto es mucho más», pensé; pero temía que Claire se lo tomara como una ofensa—. Te estoy preguntando *qué quieres*. Qué es lo que realmente quieres para ti.

Claire se apartó un mechón de la frente y solo entonces me di cuenta de que tenía los ojos húmedos.

—Arielle, déjalo. —Su voz no fue más que un susurro.

—No es tan difícil…

—Te he dicho que da igual.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué le das tan poca importancia?

—Porque no importa.

—Sí importa.

—Ya no. —Se mordió el labio, como si así evitara que las palabras escaparan sin su permiso.

—No te entiendo. ¿No vas a decirme nada…?

Silencio.

Ella lo rompió.

—Estoy prometida.

—¿Qué?

—Es por eso por lo que no importa: ¡porque estoy prometida! —Se puso en pie súbitamente, corriendo la silla a su espalda—. ¿Era eso lo que querías saber? Estoy prometida —lo repitió por ella, para que su voz se rompiera en

un gemido, y por mí, para que acabara de entenderlo—. Hace tiempo que tengo la vida planificada. Soñar con otra no sirve de nada.

Despacio, fue deslizándose hasta caer de nuevo sobre la silla, dejando que el flequillo le cayera sobre la frente y tapara parte de sus ojos. Miraba al suelo para ocultar las lágrimas, pero el temblor de sus hombros la delataba.

—No preguntes nada —murmuró, y se inclinó hacia sus apuntes como si nada hubiera pasado—. Por favor. Ahora no.

Yo estaba demasiado sorprendida como para hacerlo, aunque el efecto duró solo unos segundos. Las preguntas que Claire quería evitar martillearon mi cabeza al mismo tiempo, buscando respuestas que no tenía.

Si tuviera que pintar lo que habitaba en el corazón de Claire, no usaría más que el negro.



Aquella noche Claire no bajó a cenar, aunque se había pasado toda la semana recordándome que hoy servían calabaza asada. Compartí mesa con un libro de historia y me acabé la sopa en cinco minutos. Acabé de cenar en quince. Era la ventaja de no tener nadie con quien conversar, nadie con quien hablar del frío, nadie con quien quejarse de los deberes de Navidad o de lo difícil que era encontrar el regalo perfecto. En el comedor había algunas caras conocidas; de nuestro curso, solo un par. El resto tenía una familia a la que volver.

Luego estaba Claire, que tenía una familia que la olvidaba. Y yo, que no quería volver.

Envolví el postre en una servilleta y lo guardé en la bandolera cuando nadie miraba. Tampoco es que hubiera nadie tan aburrido como para pillarme.

Llamé dos veces a la puerta de la habitación, pero Claire no contestó. Con un suspiro, saqué mi llave, abrí la puerta y asomé la cabeza.

El dormitorio estaba totalmente a oscuras. La franja de luz que entró desde el pasillo dividió el suelo en dos y proyectó mi sombra sobre él. Un gruñido proveniente de debajo de las sábanas me indicó que Claire seguía despierta.

—Te he traído algo —murmuré, empujando la puerta a mis espaldas.

—¿Un cigarro? —Su cabeza asomó por encima de la manta—. Por Dios, Arielle, dime que es un cigarro.

—¿De dónde crees que voy a sacar uno? —Palpé la pared a ciegas, buscando el interruptor.

—Ah, cierto. —Otro gruñido y el revuelto de las sábanas—. Se me olvidaba que eres una chica buena.

Cuando encendí la luz, Claire pegó un grito y se hizo un ovillo en la cama, huyendo de la lámpara del techo como si ella fuera un vampiro al que le estuviera dando el sol.

—Agh, apaga eso —murmuró, aunque la sábana ahogó la mitad de sus palabras.

—¿Quieres que vuelva a tropezarme?

—Mientras no te lesiones…

Llegué hasta la cama y me quité los zapatos con un movimiento de tobillos. Claire se atrevió a asomar la cabeza por encima de la sábana, pestañeó un par de veces y me miró, con el ceño fruncido.

—¿Decías que me habías traído algo?

—Calabaza asada —contesté, con una sonrisa. Saqué el trozo de calabaza envuelta de la bandolera—. Me dijiste que tenías antojo.

El olor a calabaza bastó para despertarla del todo. Claire se apoyó sobre el colchón con un codo y se apartó el pelo de la cara con la mano que le quedaba libre.

—¿Intentas sobornarme para que te lo cuente? —Aunque pretendía ser una broma, noté un leve temblor en su voz.

—No. —Desenvolví la calabaza con cuidado—. Intento que no te vayas a dormir con el estómago vacío.

—No sería la primera vez.

Claire agarró la calabaza y el tenedor que le tendía; yo me quedé con las manos apoyadas sobre los muslos. El silencio empezó a hacerse cada vez más pesado.

—Quizás acepto tu soborno —dijo tras relamerse los labios.

—No era un…

—Da lo mismo. Quiero contártelo. Quiero poder contárselo a alguien.

Sus palabras fueron estocadas directas a mi estómago. Sabía lo que era querer contar algo solo para compartir el peso que suponía, solo para dejar de sentir que estaba prohibido. Pero lo estaba. Ya había roto una de las normas de Chardin, no podía romper también la más importante.

Al menos Claire tenía la suerte de poder aligerar sus miedos.

—Cuando dices las cosas en voz alta te das cuenta de que son reales, de que te importan y de que te hacen daño —dije, recordando las palabras de Jem—. Guardarlas es dejar que te arañen por dentro.

—Qué poética, Arielle. —Claire sonrió y se limpió los labios con la palma de la mano—. Pero, según lo veo, cuando dices las cosas en voz alta solo intentas explicarte a ti mismo lo que realmente sientes. Y a mí me vendría bien saberlo. Engañarse a uno mismo es agotador.

Apartó los restos de calabaza que quedaban en el pañuelo y se dejó caer sobre las sábanas, con un suspiro. No separó la mirada del techo.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

—Nada que no quieras decirme. —Ella se encogió de hombros—. Pero… ¿Prometida? ¿Con quién?

—Con *monsieur* Eugène Toussaint. —Giró la cabeza sobre la almohada para mirarme. Algo en mi expresión le hizo reír—. No te asustes todavía, Arielle. Vale que mis padres se quedaran estancados en el siglo XVIII, pero no han llegado a tanto. Eugène está acabando la universidad; es ingeniero. O lo será en unos cuantos meses. Nada de viejos verdes adinerados. A mis padres solo les importó la parte de «adinerado».

—¿Le conoces?

Otro suspiro.

—Más o menos. Es amigo de la familia, pero sabes que nunca he sido una chica muy familiar. Y no porque no quiera. Mis padres sabían que yo no iba a molestarme en salir a cazar maridos y no podían permitir que la pequeña de los de la Fontaine manchara su reputación. ¿Solución? Presentarme a un amigo de la familia como «mi futuro marido» y dejarme un par de años para hacerme a la idea. —Sacó la mano de debajo de las sábanas y miró su dedo anular, ahora vacío.

—¿Y lo has conseguido?

Volvió a encogerse de hombros.

—Me he repetido día sí y día también que es lo que me hará la vida más fácil y que podría ser peor. *Mucho* peor. Eugène es simpático. Seremos buenos amigos, y tendré la vida resuelta. Tendré una casa preciosa y acabaré convirtiéndome en un ama de casa admirable. Aprenderé a doblar las camisas de mil maneras distintas y mis seis hijos llevarán los suéteres que yo misma habré tejido y los zapatos que Eugène habrá comprado. Me reuniré con mi familia en Navidad y mis padres se sentirán orgullosos de la persona en la que me he convertido. —Claire cerró los ojos, y solo entonces me di cuenta de que el brillo que me había parecido ver en ellos era el reflejo de las lágrimas —. Pero a veces dejo de mentirme y me doy cuenta de que no quiero ser un ama de casa admirable ni vivir encerrada entre cuatro paredes ni rodearme de dinero a costa de perder lo que de verdad me importa. —Apretó los puños—.

Por eso me puse tan nerviosa en la biblioteca, Arielle. Porque no *quiero* pensar en lo que quiero que sea mi vida. Quiero recordar que estoy tomando la mejor decisión.

En aquel momento Claire parecía tan vulnerable, tan deshecha, tan pequeña, que no encontré palabras para alentarla. No sabía qué decirle, porque yo era la primera que comprendía lo que era ser la oveja negra de la familia. Sabía cuánto pesaba la reputación. Pero yo había elegido que mi pasión era más importante, aunque, como mi abuela se encargaba de repetirme siempre, puede que fuera ella la que me llevara hasta debajo de un puente.

Todo el mundo lo sabía: un marido te proporcionaba refugio, dinero, trabajo y una bonita postal para mandar en Navidad. Una mujer que a los veinticinco seguía soltera corría el riesgo de acabar convirtiéndose en la tía abuela a la que nadie visitaba. Nuestro trabajo era evitarlo.

Claire lo había aprendido mejor que yo.

—¿De verdad es la mejor opción? —pregunté, inclinándome hacia delante. Ella rehuía mi mirada.

—Dímelo tú. Opción uno: acabo los estudios y me caso; lo que significa que mi familia volvería a hablarme, que nunca más pasaría hambre y que viviría sin tener que preocuparme de lo que los demás pensaran. U opción dos: me niego a casarme y me gano el odio de mis padres y el de la familia de Eugène, no estudio ninguna carrera porque no puedo pagarme los estudios yo sola y mis padres se negarán a hacerlo, y acabo viviendo en la calle. —Abrió muchos los ojos—. ¿Ahora lo ves?

Solté un suspiro. Ojalá tuviera palabras de ánimo para decirle pero, visto de esa manera, sus sueños no eran más que cadáveres.

—Siento mucho que estés pasando esto.

—Oh, no. —Se frotó los ojos para apartarse las lágrimas de la cara—. Si… en realidad he tenido mucha suerte. Hay gente que se pasa años buscando lo que a mí me han dado en bandeja.

—Pero ellos pueden elegir.

—Ya. No podía ser todo perfecto. La diferencia es que si yo no tuviera esto, yo… No podría elegir, ni aunque quisiera. Ya lo has visto. La opción dos no era muy apetecible, así que mejor pasar al plan C.

Levanté una ceja.

—¿El plan C?

Claire levantó los dedos índice y corazón y se los llevo a la boca, como si estuviera sujetando un cigarro invisible.

—Vivir la poca vida libre que me queda y cruzar los dedos para que un día me dé un síncope. —Rio con sequedad—. Por eso me da igual acabar como Michelle. Quizás ella está huyendo de lo mismo que yo. La vida de la esposa y ama de casa infeliz no me hace mucha ilusión, aunque creo que ya te has dado cuenta.

—¿Y preferirías morir antes que vivir eso?

—No lo entiendes. —Claire sacudió la cabeza, sin dejar de sonreír—. Simplemente, no me importa. Los dos caminos acaban en lo mismo: un vacío enorme. —Estiró los brazos hacia el techo para representar sus palabras—. Puestos a elegir, al menos ahora paso un buen rato.

No creía que las noches abrazada al váter y las mañanas sin poder levantarse del suelo fueran pasar un buen rato. No creía que los enfados y los temblores y la rabia lo fueran. No creía que Claire se lo pasara bien viendo a sus amigos rodeados de tubos y sábanas blancas en el hospital.

—No siempre —murmuré, por miedo a contarle todo lo que pensaba.

Ella se quedó en silencio y dejó que nuestras respiraciones fueran las únicas protagonistas de la conversación. La suya, cada vez más relajada, iba dando paso al sueño de aquella noche. Se colocó otra vez de lado y apoyó la cabeza sobre una mano para mirarme.

—Pero ya me da igual. —Clavó la mirada en mis ojos y sentí un escalofrío; los suyos eran puro hielo. Como si fueran unos cristales empañados en diciembre, a través de ellos no se podía ver nada. Estaba vacía, y su sonrisa fingida no hacía más que remarcarlo.

Una parte de ella pedía ayuda a gritos, pero estaba demasiado lejana, demasiado profunda. Su voz solo se oía cuando tenía un cigarro en los labios.

—Solo vivimos una vez, princesita, y sabemos que todo lo bueno en esa vida se paga. —Cerró los ojos y volvió a colocarse de cara al techo—. Sabemos lo que nos hace daño y aun así seguimos haciéndolo, porque hay algo dentro de nosotros que no nos deja ser *buenos*. —Dejó escapar una risa breve—. Tú debes de ser la excepción.

—No lo soy —respondí, sin dudarlo medio segundo. Sus palabras eran tan aplicables a las drogas como a la telequinesia.

Aunque quizás hablara de la confianza. De quererse. De soñar.

—Ah, supongo que tanto tiempo cerca de mí te ha corrompido. —Se cubrió los hombros con la sábana—. En fin. *C’est la vie*.

Fantasmas de fuego

El sábado vino acompañado de mucho sol y muchas mariposas en el estómago.

Nunca pensé que sería la chica que utilizara esa dichosa expresión, «mariposas en el estómago». Lo que yo sentía tenía que ser algo distinto. A veces la sensación era tan poderosa como una tormenta y hacía que el corazón se me desbocara; a veces era solo un tintineo acompañado del recuerdo de ese beso. Una sonrisa tonta. Sentir que, por un momento, todo estaría bien. Tener ganas de agarrar un pincel y dejar salir lo que sentía, despegar los pies del suelo, tumbarme en el aire y dejarme mecer.

Todo eso lo provocaba un Jem que no estaba.

Aquel sábado no me dio tiempo a llamar a la puerta; Jem la abrió justo cuando levantaba el puño. Tenía los labios entreabiertos en un suspiro, el pelo desenredado cayéndole sobre las gafas y la manga de la chaqueta a la altura de los codos. Se detuvo con un sobresalto y me miró, a solo un palmo de distancia. Sus labios se curvaron en una sonrisa, su ceño se relajó, su brazo encontró el final de la manga.

—Hola —murmuró—. Menos mal que eres puntual.

No, no sentí mariposas en el estómago. Sentí un huracán.

El rostro de Jem, en cambio, estaba tranquilo. Me agarró de la mano y me arrastró hacia las escaleras.

—Necesito que vengas conmigo.

—¿Adónde?

Abrió y cerró la boca un par de veces, sin saber qué decirme. O sin saber cómo decírmelo. ¿Sentiría también ese huracán? ¿Era eso lo que le estaba haciendo dudar?

No; mi huracán me mutaba y me hacía grande, pero sus ojos estaban tintados de pena.

—A casa de mi abuelo. —Tragó saliva—. Por favor. No quiero ir solo.

Rodeé la mano que me cogía con la otra.

—Vamos.



James Favre no había visitado aún la casa de su difunto abuelo, y no porque no pudiera. Las llaves del apartamento habían acabado en sus manos nada más morir él. Le habían aconsejado limpiar la casa, guardar todo los objetos de valor sentimental y envolver los muebles para protegerlos del polvo. Le habían dicho que vendiera la casa o que se mudara a ella, que hiciera algo de provecho. La habían tratado como si fuera un objeto más que Oliver Favre hubiera dejado al marcharse: como si fuera un botón, un llavero, un zapato viejo. Algo que tenía que recogerse o cerrarse. Algo que tenía que aprovechar.

Pero para Jem la casa de su abuelo era un fantasma, y él siempre fue un niño muy asustadizo.

—Si estás cerca no tengo tiempo de pensar en quien no está —había dicho mientras conducía—. Solo te veo a ti.

Su tono de voz me recordó a la forma en la que hablaba de sumar años, contar cosas que no supiéramos o escribir a oscuras: como si para él fuera tan normal como preguntar la hora. Como si no le removiera nada dentro.

Yo, en cambio, sentía que iba a partirme en dos si mi corazón seguía latiendo con tanta fuerza. Tenía mil preguntas que hacerle («¿recuerdas que nos besamos?, ¿recuerdas que te dije que te quería?, ¿de verdad sientes lo mismo? ¿*Y ahora qué*?») pero no encontraba el momento ni el lugar. Esperaba que fuera él quien sacara el tema, quien diera la primera muestra de que lo que pasó significó tanto para mí como lo hizo para él.

Si no fuera por un par de cosas, hubiera creído que lo había soñado. Pero Jem me miraba más, sonreía más, se acercaba más, me tocaba más. Se mordía el labio continuamente, me lanzaba miradas, me dejó elegir la música en el coche.

Cuando llegamos al apartamento, su ilusión se nubló. Me acerqué por detrás y le rodeé una mano entre las mías. Sacudió la cabeza y se llevó la mano libre al bolsillo, donde hizo rebotar las llaves.

—Subamos —dijo.

Subimos.

No le solté la mano.

Jem contuvo la respiración un segundo antes de abrir la puerta, como si aún esperara que su abuelo girara la cabeza para verle entrar. La casa nos recibió con un silencio absoluto, solo interrumpido con el gruñido de la puerta

al moverse y el tintineo de las llaves. Jem las dejó sobre una mesa, sin apartar la vista de las cortinas rojas del fondo. Encendió una lámpara.

—Tengo que… —La mirada se le escapó a la maceta más cercana, con su planta ya marchita. Tragó saliva y se volvió hacia mí—. Tengo que recoger todos los objetos de valor y meter los que no lo son en cajas. —Hizo un amago de sonrisa—. No creo que yo sea el más objetivo para medir qué vale y qué no, así que… Quería tenerte aquí.

Asentí con la cabeza.

—¿Quieres empezar ya?

Él inspiró profundamente y dejó escapar el aire mientras se giraba hacia el salón.

—Sería lo mejor, creo. ¿Te he fastidiado el plan del sábado?

—Claro que no. Quería estar contigo.

—Pero no aquí.

—Quería estar contigo —repetí—; todo lo demás me da igual. De todas formas, no hubiera dejado que vinieras solo. ¿Por dónde quieres que empiece?

Jem estaba de espaldas a mí, con la mirada perdida en algún punto de los estantes. Una foto. Un recuerdo. Una punzada en el corazón.

Conocía demasiado bien esa sensación. Era la misma que sentía cada vez que veía una rosa blanca; mi broche incluido. Y sabía que la única forma que tenía de amainar el dolor era seguir mirándola, una y otra vez, hasta darme cuenta de que los recuerdos no iban a devolverme a mi madre.

—Puedes empezar por vaciar las estanterías, si quieres.

—Claro.

—Y… voy a encender la chimenea, ¿vale? Empieza a hacer frío.

Media hora más tarde éramos dos jóvenes guardando libros en cajas, con una chimenea encendida dándonos la luz y el calor que el sol hoy no podía. Dejamos que el tiempo pasara en silencio. Jem estaba sentado en el suelo con la mirada perdida en los libros, como el día que lo conocí.

Tragué saliva antes de sentarme junto a él, con cuidado de que la falda no se manchara con las cenizas. Tenía el fuego de la chimenea encendido a mi izquierda, dándole un tono dorado a la piel de Jem. Las sombras que formaba sobre su rostro eran dignas de un retrato. Me contuve para no seguir el contorno de su mandíbula con la punta de mis dedos, como si fuera un pincel.

—¿Cómo estás?

—Bien. Casi he acabado con la estantería, ¿y tú?

—No me refería a eso. —Incliné la cabeza hacia un lado, buscando encontrarme con sus ojos—. ¿Estás bien, Jem?

—Estoy orgulloso de no seguir llorando —contestó, con una sonrisa sarcástica. Al ver que no le reía la gracia, cogió mi mano entre las suyas—. Ari, en serio, estoy bien. Es duro pero… El dolor no se pasa de otra manera. No puedo hacer nada. —Tragó saliva—. Y tú ya haces bastante estando aquí conmigo.

—Ojalá pudiera hacer más.

—¿Más todavía? No seas tan caprichosa, *chérie*.

—*Chérie* —repetí para mí, acompañando la palabra de una sonrisa—. Estaba esperando a ver cuánto tardabas en ponerte cariñoso conmigo.

Él parpadeó, sonriendo un poco más. Apretó mi mano.

—No he dejado nunca de serlo.

Me miró, y la niebla que cubría sus ojos pareció dispersarse. El crepitar del fuego a su lado y el latido de mi corazón se oían más altos de lo que yo quisiera. Él seguía sonriendo, seguía esperando, seguía mirándome.

«Bésame, bésame, bésame».

Y entonces me soltó la mano y apartó la mirada, volviéndose hacia la caja de cartón.

—Debería seguir con esto; no quiero tenerte aquí hasta muy tarde. —El silencio que siguió pesó demasiado para los dos, y Jem lo rompió en apenas dos segundos—. ¿Tenías planes para hoy?

—Estar contigo.

—Me refiero a planes *de verdad*.

—Estar contigo —repetí, con una sonrisa—. El dónde, cómo o cuándo me daba lo mismo. Podemos hablar igual.

—En *Le petit Benjamin* estarías más cómoda, seguro.

—En *Le petit Benjamin* estarías más cómodo *tú* —corregí, y le di la espalda para volverme hacia el fuego. Las manos habían empezado a temblarme otra vez, pero quise pensar que era a causa del frío—. Además, ahí no se puede hablar bien. Demasiado ruido. Y te pasarías media tarde con la boca ocupada… —enrojecí en medio segundo al darme cuenta de cómo habían sonado mis palabras—… llena de patatas fritas.

Sentía que todo el calor del fuego se había mudado a mis mejillas. Jem rio a mis espaldas.

—Puede. —Una pausa. Respiré profundamente, esperando que mi piel volviera a su tono normal—. ¿De qué quieres hablar?

—¿De qué crees?

Se quedó en silencio, otra vez, y me dio tiempo de sobra para pensar en todas las posibles maneras en las que podía haberlo fastidiado. No era el lugar

para hablar de amores. No era el momento. Su corazón aún lloraba por la ausencia de su abuelo, y el mío era demasiado egoísta como para pensar en otra cosa que no fuera él.

Que callara decía más que cualquier palabra.

—Puedes contarme algo que no sepa de ti —murmuró entonces, tan suave que pensé que lo había confundido con el sonido del fuego.

—¿Otra vez?

—¿Ya te has quedado sin ideas, Ari?

—No me retes. —Busqué en lo más profundo de mi memoria una historia absurda para Jem, una manía, algo que todavía no hubiera visto en mí. Era la primera vez que me alegraba de no encontrar la respuesta fácil a algo—. Mmm… Nunca visto de negro. Puede que vista oscura en invierno, de gris quizás, pero nunca me verás negra del todo. A no ser…

«A no ser que alguien muera», me callé, porque Jem no necesitaba que acabara la frase.

Podría haberle contado cualquier otra cosa; algo tan importante como «tengo telequinesia», algo tan sencillo como «quiero que me beses». Algo tan profundo como «me siento una niña cuando estoy contigo, y olvido que con mi vida he roto la de otros».

Pero no. Le dije que nunca vestía de negro, cuando meses atrás le acompañé al funeral de su abuelo de ese mismo color.

Seguí refugiándome de sus ojos mirando las llamas.

—Te toca —murmuré.

Y Jem volvió a tomarse su tiempo para hablar.

Cuando lo hizo, sentí el calor de su aliento colándose en mi oído. Su voz me erizó el vello de los brazos; tan suave, tan dulce, tan suya.

—No podría haber hecho esto sin ti.

—Eso es mentira.

—No lo es. De verdad. Has estado ahí en los momentos más duros de este verano y has hecho que el dolor pesara un poco menos. Pensé que ahora podrías hacer lo mismo. Y tenía razón.

Se quedó mirándome a los ojos, tan fijamente que tuve miedo de que pudiera escuchar lo que pensaba. Mi cabeza estaba demasiado ocupada siendo una adolescente como para darse cuenta de sus palabras.

«Bésame, bésame, bésame».

—Es un placer. —Me encogí de hombros sin apartarle la mirada—. ¿Sabes ya qué harás con la casa?

—No.

Esperé a que dijera algo, pero se quedó en silencio, mirando el reflejo de las llamas en mis ojos. No sabía a qué estaba esperando. No sabía qué se suponía que tenía que decirle. No sabía nada, pero mis labios fueron más rápidos y se abrieron para decir algo que yo aún no conocía.

—Jem… —No duraron mucho tiempo abiertos.

Jem volvió a besarme. Sentí un escalofrío al notar el contraste del calor y la suavidad de sus labios con el frío y la dureza de su piel. Le rodeé el cuello con las manos; él subió las suyas de la cintura al cuello, del cuello a la cara.

Y fue exactamente como si mi dibujo se hubiera vuelto real, otra vez. De nuestros corazones salieron fuegos artificiales y su calor nos recorrió todo el cuerpo. Nuestros labios se separaban y se volvían a unir en segundos, como si no soportaran estar demasiado tiempo separados.

Pero Jem dejó de besarme con la misma intensidad con la que había empezado a hacerlo. Separó sus labios, sus manos, su piel, y echó todo su cuerpo hacia atrás.

—¿Jem, qué…? —pregunté, pero encontré la respuesta en mi ropa.

El calor que sentíamos no había nacido en nosotros.

Pegué un grito al encontrarme las llamas de la chimenea ardiendo en mi falda y me arrastré hacia atrás, en un estúpido intento de alejarme de ellas. Solo cuando sentí el tirón de mi estómago me di cuenta de que el fuego no se había avivado solo.

Jem alargó una mano hacia los estantes, se apoyó en ellos y se puso en pie, mirándome con los ojos desorbitados. El fuego de la chimenea se había acrecentado y amenazaba con salir; las lenguas de fuego eran cada vez más largas. El fuego de mis faldas no quemaba. No ardía. Solo decoraba mi falda como un fantasma. Pasé la mano por encima de él, temblando, pero no me quemó. Tampoco se apagó. Solo conseguí que las llamas (¿era fuego si no quemaba? ¿Era real, siquiera?) se extendieran alrededor del borde de mi falda, rodeándome como un halo.

Intenté ponerme en pie pero caí de rodillas al suelo, mermada de energía.

—¡Ari! —gritó Jem, pasando la mirada de mi rostro al fuego, del fuego a mi rostro. Dio un paso hacia delante al verme caer.

—¡Para! —dije, y las llamas acompañaron mi grito, avivándose todavía más. Salieron de la chimenea como si quisieran alcanzar la pared de enfrente y obligaron a Jem a dar un paso atrás—. Vete —susurré. La voz empezaba a flaquearme—. Vete antes de que te quemes.

Un tirón en el estómago me llevó a rodearme el abdomen con los brazos. Como si del dolor creciera la telequinesia, las llamas del fuego se extendieron

igual que lo hacía la pintura, llenando la habitación de luz y calor. Como si estuviera vivo. Como si fuera un monstruo.

El monstruo que hizo que cayera sobre mis propias cenizas. El monstruo que se curvó hacia el techo y lo tiñó de negro. El monstruo con lenguas de fuego que me rodeó como si quisiera acunarme.

—¡Arielle! —Oí la voz de Jem con eco. No supe si era un grito, un gemido o una mezcla de los dos.

Cuando abrí los ojos solo vi una columna de fuego separándonos. Vi la figura trémula de Jem a través de las llamas, acercándose a mí, cubriéndose los ojos con una mano y la boca con otra.

«Para», quise decirle, pero ya no me quedaba voz. Estiré los dedos hacia el velo de fuego, con el resto del cuerpo pegado al suelo, pero solo conseguí quemarme.

Había olvidado que el fuego quemaba, con o sin telequinesia. La energía que había utilizado para protegerme una vez ahora ya no funcionaba. Dejé caer el brazo, con la respiración acelerada y la convicción de que mi propio poder iba a dejarme morir entre las llamas.

Jem seguía acercándose sin darse cuenta de que él no podía protegerse.

Yo tampoco podía.

—Llama a Chardin… —murmuré, entrecerrando los ojos. Las lágrimas y el fuego no me dejaban ver nada. El humo no me dejaba respirar. El aire ardía. Mi fuerza se agotaba.

Cuando cerré los ojos, todo se apagó.

El fuego se disolvió en el aire como si fueran las velas encendidas de una tarta de cumpleaños, y yo me fui con él.

Bésame
1959 – Después de ella

Jem había tratado de esconder el nerviosismo de aquellos días detrás de muchas tazas de té caliente y periódicos que se pudrían en la entrada de la casa. No había querido comentar nada. Recordármelo era para él un peligro, una posible forma de hacerme cambiar de opinión. No quería intervenir. No quería que yo supiera lo que él pensaba, a no ser que le preguntara. No quería que mi cabeza se llenara de voces que impidieran escucharme.

Jem siempre me dejó ser mía, en todos los sentidos. No había un solo capítulo en nuestra historia que no me hubiera dejado escribir. Él me quería, me quería libre, quería ser libre conmigo.

La única decisión que Jem me ayudaba a no tomar era la de quedarme paralizada. Eran sus brazos los que me recogían del suelo cuando el dolor era demasiado grande, y eran sus dedos los que apartaban las lágrimas de mi rostro, aunque yo luego decidiera que no podía sentirle tan cerca. Porque no *podía*. Me traía recuerdos de los tiempos en los que los besos recordaban al amor y no a las despedidas.

Jem estaba acostado en la cama, con las sábanas cubriéndole el pecho y los brazos por fuera, sujetando un libro. La cálida luz de la lámpara solo llegaba a alumbrar el lado de la cama de Jem; el mío estaba oscuro, hundido en la penumbra. Los ojos del joven se deslizaban veloces a través de la página y una pequeña sonrisa asomaba en sus labios.

Dio un sobresalto al escuchar mi voz.

—Bésame —dije. A pesar de ser imperativo, no había rastro de dominio en mi voz. Era una súplica, un suspiro, un deseo fugitivo.

Jem levantó los ojos del libro y se volvió hacia mí, con la cabeza ladeada.

—¿Qué? —Sacudió la cabeza, confuso—. Perdona, Arielle, creo que no te he…

—Bésame —repetí, un poco más alto. Di un nuevo paso hacia él y dejé que la bata siguiera resbalándose. Jem se incorporó en la cama; dejó el libro sobre la mesita e irguió la espalda. Sus mejillas se habían teñido de rojo, como antes.

Y yo volvía a estar nerviosa, como antes.

—Bésame. —Un paso más y coloqué una rodilla sobre la cama, hundiendo el colchón bajo mi peso. Los ojos de Jem brillaban, pero no se movió—. Jem, bésame. Por favor.

Coloqué las manos sobre la colcha y me acerqué cada vez más a él, hasta que nuestros rostros estuvieron a un palmo de distancia. La bata cayó por el camino. Vi las sombras que la luz creaba en el rostro de Jem, la manera en la que ocultaban la mitad de sus pecas y cómo la luz llegaba a atravesar solo un iris. Vi sus labios entreabiertos y cómo sus manos rozaron mis dedos, con miedo.

Él vio mi súplica.

Y me besó con cuidado, como si temiera que fuera a romperme en sus brazos. No le culpaba.

—No sabes las ganas que tengo de amarte hoy —susurró.

Después de tantos días de duelo, Jem y yo volvimos a encontrarnos.

Chocolate negro
1958 – Seis meses antes de ella

Prefería seguir teniendo pesadillas en sueños antes que encontrar el rostro de Chardin en el presente. Aun así, una parte de mí había olvidado el miedo y la rabia y se había dado cuenta de que él era el único que podía explicarme *por qué*. Por qué el fuego, por qué así, por qué con Jem.

Y aún tenía la esperanza de que al despertar solo estuviera Jem.

No me equivoqué. Abrí los párpados a una semioscuridad propia del crepúsculo, cuando el sol ya casi ha marchado y las primeras luces de la casa se encienden. Me hubiera gustado no reconocer aquel techo, pero había pasado demasiadas tardes tumbada en aquel mismo suelo, fruto de la fatiga, y solo conocía una casa con los tablones de madera pintados de blanco.

Me incorporé con cuidado, apoyando los codos en el sofá. Mi gruñido no despertó a Jem, que dormía con la cabeza apoyada sobre la mesa del comedor, en una postura que parecía todo menos cómoda. Antes de que su nombre saliera de mis labios, la oscuridad volvió a vencerme.

Me desperté por segunda vez y reconocí la mano de Jem rodeando las mías. Las de Chardin se hubieran sentido más grandes, pesadas y rugosas. Chardin atrapaba, Jem acariciaba. Había tardado demasiado tiempo en darme cuenta.

—Te dije que no te enamoraras. —La voz grave de quien había sido mi tutor me sobresaltó, despertándome por completo. Parpadeé un par de veces antes de enfocar la vista en Chardin, que estaba apoyado en la puerta de la cocina, con los brazos cruzados. Mi mirada fue enseguida al rostro de Jem, que tenía las mejillas sonrojadas. Su presencia no impidió que Chardin

continuará—: Demasiadas conexiones neuronales al mismo tiempo, una bomba de hormonas y…

—Cállate —murmuré, con la voz más débil de lo que esperaba.

Tosí un par de veces e intenté incorporarme con la ayuda de Jem. Verle en aquella casa se me hacía tan raro como ver un pingüino en el desierto.

—James, ve a la cocina y trae algo dulce, ¿quieres? —El tacto de Jem desapareció y volví a sentir frío—. Algo de chocolate servirá.

Sus pasos se alejaron por el pasillo. El sofá se hundió a mis pies cuando Chardin se sentó en él.

—¿Te duele la cabeza, *petite*?

—Me duele todo.

—James me ha contado el asunto del fuego.

—¿Y le has dicho…?

—No. Quiero que se lo digas tú. Aunque el chico no es tonto; seguro que saca sus propias conclusiones.

—Me dijiste que no podía contárselo a nadie.

Chardin enseñó los dientes al sonreír.

—Y me sorprende gratamente que me hayas hecho caso. Pero, *petite*… —Tragué saliva, aunque él no debió darse cuenta—, ese chico te ha traído en brazos desde Dios sabe dónde, después de verte rodeada de fuego. No tienes ninguna quemadura grave, solo en la punta de los dedos, y, según él, «la chimenea se volvió loca». No ha querido decirme nada más, pero no se ha separado de ti en las… —echó un vistazo al reloj de su muñeca e hizo una mueca—… en las *muchas* horas que llevas inconsciente. Sabe que no ha sido un simple incendio y que tú has tenido algo que ver. Y también sabe que no ha sido culpa tuya.

No quería que sus palabras fueran verdad, pero no había manera de escapar de ellas. Aparté la mirada e hice que el pelo me cubriera los ojos y ocultara parte de mi cara. Todo mi cuerpo temblaba debido a la fuerza que suponía no llorar.

—No quiero que lo sepa —murmuré. Incluso yo misma me sorprendí. Tanto tiempo deseando aligerar la carga de la telequinesia, poder hablar con alguien sin miedo; todas las veces que había soñado con hacer volar patatas fritas y escuchar risas en lugar de gritos… Todo se desvanecía cuando la posibilidad estaba tan cerca. Cuando parecía que no había marcha atrás—. No quiero que me tenga miedo, Chardin.

Oír su nombre pareció avivarle. Sonrió, y tuvo cuidado al apoyar una mano en mi rodilla.

—Yo nunca temí a tu madre, *petite*. Al contrario.

El recuerdo de *maman* bastó para liberar las lágrimas. Me doblé sobre mí misma y dejé que la cabeza reposara sobre mis brazos, encima de mis rodillas.

—Voy a decirle que venga. —Los cojines del sofá se alzaron al librarse del peso de Chardin. Seguí con el rostro escondido entre los brazos—. Y, por cierto, tu chico es listo. Se ha dado cuenta de que esta charla era más importante que el chocolate.

Cuando levanté la cabeza, Jem esperaba de brazos cruzados junto al marco de la puerta, mordiéndose el labio. Chardin se cruzó con él antes de salir y le dio una suave palmadita en el hombro.

—¡Ah, chocolate negro! —dijo, con una sonrisa. Jem desenredó los brazos para tenderle la tableta—. No, no, ella lo necesita más que yo. Pero buena elección.

El eco de sus pasos fue perdiéndose conforme se alejaba. Durante esos segundos, ni Jem ni yo movimos un solo músculo, pero no dejamos de mirarnos. Él tenía las cejas inclinadas y la arruga en el entrecejo que le salía cuando estaba preocupado. Me pregunté qué cara tendría yo.

—¿Te encuentras mejor? —dijo al fin, acercándose a mí con el chocolate por delante. Me aparté las lágrimas de los ojos, aunque no había manera de ocultarle que había llorado—. Qué pregunta más tonta.

—Debería preguntártelo yo a ti —respondí. Jem se sentó a mi lado y me tendió la barra de chocolate—. ¿Cómo estás? —La partí en dos y le devolví la mitad.

—Eso no es importante, Ari. Solo estoy preocupado.

—¿Y asustado? —El chocolate hizo *crac* al separar las onzas—. ¿Confuso? —*Crac*—. ¿Arrepentido?

—¿Arrepentido? ¿Arrepentido de qué?

—De… de mí. —Abrí y cerré la boca un par de veces, buscando las palabras que pudieran explicarle lo que sentía, la rabia que suponía ponerle en peligro y la impotencia de no ser quien él creía que era—. De haberte metido en este embrollo solo por conocerme un poco más.

—Nunca terminas de conocer a nadie —dijo, encogiéndose de hombros.

—Pero seguro que no te esperabas… *esto*.

Él rio; una risa breve y corta, más cargada de pena que de alegría.

—¿Que seas capaz de… controlar el fuego? Pues no, Ari, eso era lo último que esperaba.

—No puedo controlar el fuego. No exactamente. Digamos que puedo «controlar»… *todo*. Pero… «controlar» no es la palabra. —Tragué saliva,

recordando los platos y los huesos rotos, las llamas de fuego y las sábanas viejas—. Muchas veces lo último que tengo es el control.

Jem escuchó el resto de la explicación con la mirada y el rostro serio, los labios fruncidos y una barrera en los ojos que me impedía ver qué pensaba. Me dio la mano cuando empecé a llorar, y dejó que me apoyara en su pecho cuando la rabia y la pena fueron demasiado grandes.

Fue así como quebré la primera norma de Chardin, después de haber destrozado la cuarta, olvidado la segunda y aplazado la tercera.

Algo grande

Tendrás que compensarme esto.

—¿El qué?

—Te he contado algo que no sabías de mí. Algo muy grande; lo que me guardaba cada vez que preguntabas.

—Yo también me guardaba algo muy grande, al menos para mí. Pero no creo que te sorprenda tanto.

—¿Qué era?

—Que te quería, Arielle. Te quería y te quiero como no pensé que lo haría nunca.

Tercera parte

Fuego

Ashes fall just like snowflakes
That are warm against my skin.
You say that we could rebuild this,
Wouldn't know where to begin.

—***Things We Lost in the Fire, Janet Devlin***

Materia

No me atreví a volver a besar a Jem, aunque mi cuerpo me pedía todo lo contrario. Solo dejé que mis labios acariciaran los suyos. Me dejé querer y cuidar, sin poner nada de mi parte.

No porque no quisiera, sino porque no *podía*. No quería arriesgarme a que todo lo que Jem despertaba en mí despertara también la telequinesia. El episodio del fuego no tendría que haber pasado nunca. Ni siquiera sabía que podía controlar algo tan poco palpable, pero Chardin tenía razón:

—Es materia, *petite*. Materia como tu pintura, como la sangre, como los libros. Tu energía no distingue entre lo corpóreo, lo líquido y lo gaseoso; tampoco entre lo que quema y lo que no. No tendría que sorprenderte.

Pero lo hacía, porque cuando pensaba que estaba mejorando, un simple beso lo echaba todo por los suelos.

Tuve que tragarme el orgullo para pedirle ayuda.

—No puedo seguir así, Chardin. No puedo permitir que se me escape de las manos.

Él ladeó la cabeza, mirándome con pena.

—¿Qué quieres hacer? —dijo. Sabía que había dos, quizás tres posibles respuestas a esa pregunta, y le contesté la última que él quería.

—Podría ir a Toulouse. A la clínica del doctor Grégoire. Una operación y…

—Una operación y te quedas como un vegetal toda la vida. —Chardin meneó la cabeza con fuerza, cruzándose de brazos—. No, Arielle, no lo permitiría. Hablarte de Grégoire fue un error…

—¿Y qué hago entonces?

—Seguir practicando y seguir adelante. Como todos.

—Seguir practicando, ya. —Solté un bufido—. Llevo más de un año…

—Y sigue habiendo accidentes, lo sé, lo sé bien. Pero también sé que cada vez están más espaciados. Sé que con un poco de práctica conseguirás controlarlo, Arielle. Confía en mí.

Me estaba pidiendo que confiara en él después de haberme encerrado con mi peor pesadilla, después de haberme ocultado el secreto que llevó a mi madre a la tumba. Y aun así sentía la necesidad de hacerlo. De, por una vez, dejarme caer en los brazos de alguien sin pensar en si me haría daño o no. Después de todo, iba a ser difícil dañarme más. Sola era más peligrosa.

—De acuerdo —dije.

Él sonrió, rebuscó algo en los bolsillos de sus pantalones y luego dejó el puño de su mano sobre la mía. Oí el tintineo de las llaves cayendo en mi palma.

—Las puertas de mi casa están abiertas, *petite*. Ven cuando quieras. Y cuanto antes.

A las puertas de Sainte Geneviève

Claire y yo llegamos a Sainte Geneviève el domingo por la tarde, casi al mismo tiempo. Ni siquiera sabía que ella se había marchado; me había quedado con la imagen de Claire echa un ovillo en su cama, con las sábanas hasta la nariz y los ojos cerrados. Solo cuando dormía parecía tranquila.

Nos encontramos en el patio principal, a unos cuantos metros del colegio. Claire llevaba los labios pintados de color carmín, un pañuelo del mismo color recogiéndole el pelo y unas gafas de sol, aunque el día empezaba a apagarse. Sonrió al verme.

—No sabía que este finde te marchabas —dije, después de saludarla. Ella se encogió de hombros.

—¿Estar encerrada aquí o estar encerrada en la casa de mis padres? No hay mucha diferencia. Pero en casa de mis padres había tarta.

—¿Algún cumpleaños?

—El de Eugène. —Claire rio, secante—. Sí, mis padres me obligaron a volver a casa para celebrarlo. Le organizaron una fiesta y todo. *Mis* padres, a mi prometido. ¿Adivinas dónde celebré yo el mío? —Extendió los dos brazos hacia la fachada del castillo y las puertas principales del internado—. Justo aquí. Como siempre. En lugar de tarta comí lentejas.

Chasqueé la lengua.

—Lo siento —dije, a falta de un consuelo más grande. Ella sacudió la cabeza.

—Da lo mismo, una se acostumbra. ¿Tu finde qué tal?

Fui a contestarle, pero el único sonido que salió de mi boca fue un suspiro.

—Ya veo —dijo ella, asiéndome del brazo mientras cruzábamos las puertas del internado—. Otra pasada de finde, ¿no?

Gracias a Claire mi tono sarcástico mejoraba a pasos agigantados.

—Ni te lo imaginas.

Como un hada sin alas

No me atreví a volver a ver a Jem hasta que hubiera visto a Chardin, por más que mi corazón se quejara.

«Esperaré», me había dicho él, acompañándolo de un beso en la frente. «Pero no tardarás mucho, ¿verdad? No quiero que se me acabe la tinta de tanto escribirte».

Le prometí que no tardaría.

No quería tener que romper ni una promesa más.

Y así fue como sacrifiqué el sábado siguiente, víspera de Navidad, para pasarlo en casa de Chardin en lugar de en el hogar de Nathan y Jem. Vi la primera nevada del año a través de su ventana; los copos caían despacio, como motas de polvo, acumulándose sobre las farolas y los carteles con letras de neón que había al final de la calle.

Me giré hacia la puerta cuando Chardin entró en el dormitorio, ahora tan vacío de detalles que bien podría haber sido la habitación de un hospital. La cama estaba perfectamente hecha, las cortinas corridas, el armario cerrado a cal y canto por miedo a que volvieran a aparecer las arañas. Antes de aquel día, no hubieran faltado envoltorios de chocolatinas sobre la mesilla, una pintura a medio empezar junto a la ventana y un par de blusas al pie de la cama.

—Feliz Navidad, *petite* —dijo Chardin, cargado con guirnaldas de abeto y bolas de vidrio.

—¿Dónde piensas poner todo eso?

—Donde tú digas.

Antes de que me diera tiempo a preguntar, lanzó una de las guirnaldas hacia mí. Solté una exclamación y la atrapé una vez rebotó en mi pecho, doblando las rodillas. Tuve que apartarme unas cuantas ramas de abeto de la boca antes de hablar.

—Eh, bueno… —titubeé, con una ceja alzada. Chardin dio dos zancadas hacia mí y me rodeó las muñecas con sus dedos, obligándome a abrir los

brazos como si fuera a abrazarle. La guirnalda cayó al suelo.

—Sin manos. —Dio un paso hacia atrás y se cruzó de brazos—. Considéralo un pequeño entrenamiento. Venga, enséñame quién eres.

El recuerdo de aquel primer día me sacó una sonrisa. Con un suspiro, le pasé la guirnalda de nuevo a Chardin, pero dejé que diera un par de vueltas a la habitación antes de caer en sus manos.

El sudor en mi frente era mínimo, aunque mi respiración empezó a volverse más pesada. Por una vez, no se debía a la telequinesia.

Chardin sonrió, alargó la mano y se hizo con la guirnalda antes de lanzar las bolas de vidrio al aire, confiando en que no las vería romperse.



—Es que podría jurarte que no me miró en ningún segundo, Jem. Me sentí como una rata de laboratorio sufriendo mientras el científico se dedica a tomar notas.

Jem bajó los hombros y dio dos pasos hacia atrás, alzando el cuello para contemplar su obra.

—¿Tomó notas de verdad?

—No. Pero le faltó poco. —Hice un mohín con los labios y señalé la tira de luces que acaba de colgar—. Creo que está torcida.

—Hace una curva, Ari, ¿cómo va a estar…? —Anduvo hacia atrás hasta chocar con el sofá, desde donde yo lo veía—. Vale, he subido un lado más que el otro.

Sonreí al oír el bufido de Jem, que se dirigió hacia la pared con los hombros caídos. Era la tercera vez que intentaba colgar la tira de luces navideñas, con la intención de que atravesaran una de las paredes del salón y taparan los trozos de pintura caída.

En el apartamento de Nathan y Jem la Navidad se vivía diferente. Ahí no escondían corazones llenos de rencor y egoísmo detrás de decoraciones caras —campanas de plata, árboles que llegaban hasta el techo y belenes de porcelana—, sino que llenaban la casa de las pequeñas cosas que hacían su corazón tan grande. Ponían más luces en el salón, una corona de Adviento y un par de calcetines mullidos colgando de una cuerda. Su árbol de Navidad era un bonsái de plástico que Nathan trajo de su casa decorado con bolas de papel. Aquel año compraron una pequeña estrella para la copa del árbol. La cocina estaba siempre llena de chocolate y bombones, y recibían a los invitados con la más humilde de las sonrisas y los brazos abiertos.

Ellos no necesitaban fingir que tenían corazones puros; eran Navidad todo el año.

—Ari, ¿puedes hacerme un favor? —dijo Jem, con las manos en lo alto.

—No llego a las luces —contesté, antes de que especificara nada. Sin verle, pude imaginar cómo ponía los ojos en blanco.

—Ya, ya lo sé, tranquila. No iba a pedirte nada que no estuviera a tu altura. —Rio ante su propio chiste y dejó caer los brazos—. ¿Puedes encender las velas que hay sobre la mesita? Creo que Nathan tiene cerillas en su cuarto.

—Voy.

Nathan era uno de los afortunados que pasaba las vacaciones en una familia que le quería, sin prometidas ni celebraciones incómodas, sin recuerdos de difuntos y sin ataques de telequinesia. Todo un lujo.

Aun así, el chico estaba haciendo un esfuerzo por ir y volver de Capelle todas las veces que pudiera para no dejar a Jem más de dos días solo. La casa se sentía muy vacía cuando no estaba. Jem insistía en que no le importaba la soledad, pero la muerte de su abuelo aún estaba reciente; cada hora que pasaba solo en aquel apartamento era un recordatorio de que no tenía ningún otro lugar al que ir.

Los postres que se amontonaban en la cocina y el montón de folios que había escrito eran la prueba de cómo intentaba apartar esa idea de su cabeza con desesperación. Si escribía, dejaba de pensar. Si cocinaba, olvidaba que nadie iba a meter un dedo en la masa cruda. Jem había sido siempre una persona solitaria, sí, pero tanta soledad acababa por hacerle daño.

A mí me había pasado lo mismo.

—¿No las encuentras? —Jem entró en el dormitorio con el pulso acelerado y me pilló sentada en el borde de la cama, pasando los pies descalzos por el terciopelo de la alfombra.

—Oh, sí, perdona. —Me puse en pie de inmediato, con una sacudida.

—Te has quedado embobada, ¿verdad? —rio. Los ojos le brillaban—. ¿En qué pensabas?

—En nada. En lo de Chardin, ya sabes.

Él suspiró y cambió su peso de una pierna a otra.

—¿Qué te enfada más, Ari? ¿Que algo no te saliera o que él no te ayudara? Lo digo porque lo primero puede arreglarse. Puedes volver a intentarlo.

Pasé la mirada alternativamente del colchón a él, que sonreía como si fuera el mismísimo Diablo tentándome.

—Estás loco.

—Creía que estaba loco cuando me pareció ver libros volando en el cumpleaños de Nathan. Pero ¿ahora? Dios tendrá que ponerme muy a prueba para hacerme enloquecer. —Rio, destensando un poco el ambiente de la habitación—. Vamos, ¿qué te preocupa?

—Volver a provocar un incendio, por ejemplo.

—No hay fuego cerca.

—Romper los cristales —insistí.

—Compraría otros.

—Hacerte daño.

—Me curaría. De algo tiene que servirme estudiar Medicina. —Jem se encogió de hombros y se balanceó sobre los talones, con las manos metidas en los bolsillos.

—Jem, es más peligroso de lo que crees.

—¿Prefieres vivir toda la vida con miedo? —Una pausa; una puñalada a mi corazón. En el fondo solo significaba vivir el resto de mi vida como lo había hecho los últimos años—. Puedes hacerlo, Ari. Chardin lo sabe. Yo lo sé. Pero el control no lo ganarás de la noche a la mañana.

Fruncí los labios. Maldito Jem y su manía de tener la razón.

—Aun así, no quiero tener que meterte en todo esto. Volveré a casa de Chardin y…

—Y él te hará practicar hasta la extenuación para luego dejarte tirada. —Soltó un bufido—. Puedes intentarlo conmigo, Ari. En cuanto vea que no te encuentras bien…

—¿Entonces qué? ¿Saltarás sobre la cama y me bajarás? ¿Sujetarás los cristales con tus manos hasta que las esquirlas te abran la piel? No quiero que pases por esto.

—Ya es tarde —susurró, con la mirada clavada en el suelo. Tragó saliva antes de girarse hacia mí—. Y por eso no pienso seguir como si no viera lo que está pasando, Ari. Así que, ya sabes —extendió los brazos a ambos lados, como si buscara un abrazo—, me tienes aquí. Pero al final eres tú la que decides qué hacer. Es tu vida.

Esperó a que contestara con la mirada clavada de nuevo en el suelo, en algún punto entre sus zapatos. Yo me acerqué con lentitud, repasando con cada paso si estaba segura de lo que quería hacer. Pero sentía una corazonada, un impulso, unas manos invisibles que me empujaban hacia él. Y si ya no podía fiarme de mi control y de mi mente, de mis hormonas y mi dichoso cerebro, lo mínimo sería que hiciera caso a mi corazón.

Me puse cara a cara a Jem, puse ambas manos sobre sus mejillas y le besé. No necesité ponerme de puntillas; él no tuvo que agacharse. Como si hubiera detenido un salto en el último instante, su beso me hizo volar.

Sentí un cosquilleo recorriéndome la planta de los pies y una sonrisa naciendo en los labios de Jem. Se separó un par de centímetros de mi rostro, mirándome con los ojos brillantes, y me cogió de las manos. Poco a poco, subí las piernas hacia atrás, dejando caer todo mi peso sobre el abdomen.

—¿Estás bien? —preguntó Jem cuando todo mi cuerpo se mantuvo en el aire en horizontal. No se atrevió a soltarme. Asentí con la cabeza y le sonreí, demasiado concentrada en no pensar en nada que no fuera el peso de mi cuerpo—. Lo estás consiguiendo, ¿verdad? Era esto lo que querías.

—Más o menos… —Tenía que cerrar los ojos. Tenía que mantenerme quieta. Tenía que conseguir que a mi alrededor no se moviera nada más. Tenía que fingir no escuchar el martilleo de mis latidos.

Por ahora, todo lo que había conseguido era elevarme, pero no me atrevía a ir más allá. No teniendo a Jem tan cerca.

—No puedo —dije, soltando sus manos.

Intenté dejarme caer con cuidado sobre la cama de Nathan, imaginando que mi cuerpo se volvía una pluma. Pero acabó siendo un ladrillo y caí con los brazos abiertos sobre las sábanas, como si alguien hubiera cortado los hilos que me sostenían.

Jem se acercó con rapidez y soltó una exclamación al ver las gotas de sangre que había sobre la cama.

—No es nada, estoy bien —aseguré, incorporándome. Me aparté el resto de la sangre de la nariz—. Es normal.

Él se sentó a mi lado y dejé caer mi peso sobre su pecho con una exhalación. Solo entonces me di cuenta de las vueltas que daba la habitación; un poco más lentas que la última vez, pero seguían siendo molestas.

—¿Chocolate? —preguntó Jem, como si fuera la cura a todos mis males. Sacudí la cabeza.

—Te he dicho que estoy bien. Es solo que… No quería llevar todo esto al límite.

—Ha sido precioso.

Solté una carcajada, que sonó pobre y cansada.

—¿Precioso? En mi vida se me habría ocurrido llamar a la telequinesia algo… precioso. Solo destruye.

—Mentira. —Se palpó el pecho—. ¿Ves? Estoy de una pieza, y tú también. No ha destruido nada. —Señalé mi nariz con ironía—. Eso no es

destruir, boba.

—Ya, bueno. Tampoco es precioso.

—No lo entiendes. Verte ahí arriba, en el aire… Parecía un sueño. Un cuento. Era mágico, Arielle; toda tú eras magia. Como un hada sin alas. Como si en cualquier momento fueras a abrir la ventana para marcharte a Nunca Jamás. —Jem rio al escucharse y sacudió la cabeza, sin dejarme contestar nada—. Olvida lo que he dicho; la vena de escritor, ya me conoces. —Pero no iba a olvidarlo; era la primera vez que para alguien era magia y no un peligro, un hada y no un demonio—. ¿No quieres seguir practicando un ratito más?

—No podría aunque quisiera —mentí—. Y, la verdad, eso del chocolate ahora me suena mucho mejor.

—¿Te preparo unos *crêpes*? —dijo, apretándome hacia él. Me dio un rápido beso en la frente.

—*S'il te plaît*.

De regalo

Mi abuela se pasó toda la mañana del veinticuatro de diciembre cocinando una cena para dos: compró el mejor queso y el mejor *foie gras* que pudo permitirse, preparó pavo asado y lo acompañó de legumbres, abrió una botella de vino blanco y me dejó pegar un par de sorbos. Para terminar, e ignorando toda la comida que había sobrado, sacó un delicioso *bûche*.

—Dos horas enteras para prepararlo, *ma fille* —dijo al dejarlo sobre la mesa—. Así que espero que no quede nada en cinco minutos.

Pero mi estómago no me permitió más de un trozo.

Y mi cabeza no paraba de compararlo con la primera Navidad que recordaba; mi madre me trajo un trozo de queso envuelto en un pañuelo sucio. Fue la primera vez que supe lo que era el queso. La primera vez que lo probé. Tenía cinco años, y todo lo que me había alimentado hasta entonces era pan y gachas de avena. Las tripas me rugían de hambre y parecía que fueran ellas las que me fueran a devorar a mí.

Era pequeña, pero entonces ya pensaba que no viviría para otra Navidad.

—¿Te va bien en la escuela? —preguntó mi abuela, devolviéndome al presente. Se limpiaba unas motas de chocolate con la punta de la servilleta.

—*Oui*. El castillo está precioso con toda la hiedra y las luces. Y nos dejan mucho tiempo libre.

—Me alegro.

Por su ceño fruncido supe que lo que en verdad quería decir era «aquí también tendrías tiempo libre». Gracias a Dios, no lo dijo. No quería contestar con ironía que teníamos dos ideas diferentes de lo que era la libertad.

Hablamos de detalles que no nos interesaban, como que ella había empezado a acudir más de seguido al club de lectura de la biblioteca, como que mi tema favorito en biología era genética. Antes de acabar la noche, nos dimos nuestros regalos. Ella me dio la última bufanda que había tejido y unos cuantos francos, que fueron directos al bote en el que guardaba los ahorros

para la universidad. Yo le regalé otro collar. Ambas nos dimos algo ordinario, nada especial; porque cada vez nos conocíamos menos y nos olvidábamos más.

—No te olvides de ir a misa —me dijo a la mañana siguiente, cuando vino a despertarme con el maletín en la mano.

—Sí, abuela.



—Me da igual cómo lo cuentes, Arielle, no me creo que tu Nochebuena fuera peor que la mía —dijo Claire, dejándose caer de espaldas sobre la cama. Su pelo se extendió a ambos lados de su cara como un mar de tinta.

—Fue incómoda. Fue *muy* incómoda y muy aburrida.

—Yo me pasé mi Nochebuena durmiendo. —Rodó sobre su espalda y apoyó la cara en sus manos—. Cené pollo frito acompañada de las cocineras y las hermanas huérfanas de primero y a las diez ya estaba en la cama. Esta mañana nos han despertado a las siete para ir a misa. —Se encogió de hombros—. Ha sido una noche más. La familia está sobrevalorada.

Con un suspiro, se incorporó entre las sábanas de su cama y cruzó las piernas. Parecía cinco años más pequeña, con el pelo despeinado, la camisa del pijama y los pies inquietos. Estiró los brazos hacia su mochila y empezó a rebuscar algo en los bolsillos.

—¿Sabes lo que no está sobrevalorado? —Siguió—. Las joyas. No tanto por lo que son en sí, sino por lo que significan. Si llevas joyas es que tienes dinero para poder pagarlas. Si tienes dinero es que tienes prestigio. Nadie se atreve a mirarte por encima del hombro. —Sacó la mano de su mochila con un brazalete de brillantes alrededor de su muñeca—. ¡Mira! Fue un regalo de la familia de Eugène. Me llegó ayer. —Sacudió el brazo, haciendo tintinear las piezas de la pulsera—. Las demás chicas se morirán de envidia.

Tenía un brillo en los ojos que bien podría haber sido el reflejo de su pulsera, demasiado intenso. La cegaba. Más que una niña, Claire en aquel momento parecía una máscara cansada, una muñeca de trapo a la que vestían con ropa nueva para que no se viera lo rota que estaba.

—Nunca te había visto tan ilusionada por una pulsera —sonreí, sin saber bien qué decirle.

—Porque nunca me han importado. Pero, *mon Dieu*, mira esta. Pesa una barbaridad, tiene que ser buena. ¿Tu abuela te regaló algo?

—Me dio dinero. —Me encogí de hombros—. Oh, y una bufanda. En realidad creo que la bufanda iba a ser para ella, pero decidió en el último momento que no regalarme nada quedaría muy pobre.

Claire rio.

—Ojalá mis padres pensaran así. Me mandaron una postal de Navidad para que me acordara de que siguen ahí. —Puso los ojos en blanco—. Qué tiernos.

Otra vez vino el silencio que quería decir «lo siento, aunque sé que tú no lo sientes». Claire no aguantaba los silencios mucho tiempo, y menos cuando se despertaba cargada de energía, como aquella mañana.

—Podríamos ir a Capelle —dijo, pegando un saltito sobre las sábanas.

—¿A qué?

—Bueno, ¿le has regalado algo a Jem?

Parpadeé un par de veces, repasando en mi memoria si en algún momento le había contado lo que pasó entre nosotros.

—¿A Jem?

—Seguramente tenga algo para ti. —Rio—. Es muy detallista, ¿no te has dado cuenta? Siempre nos regala algo a Nathan y a mí por Navidad, aunque sea algo pequeño, aunque le haya dicho mil veces que no hace falta. —Soltó un suspiro—. Pero le gusta la tradición. Es muy romántico, ya lo sabes.

—Sí —murmuré, cruzando los dedos detrás de mi espalda para no ruborizarme. «Su vena de escritor».

—Por eso, supongo que este año también tendrá algo para ti. Y yo estoy harta de devolverle siempre un simple abrazo. —Se puso de pie de un salto y alargó la mano hacia mí—. Venga, Ari, vámonos de compras.



A la mañana siguiente no fue Jem quien me abrió la puerta. Antes de que me diera tiempo a darle los buenos días, Nathan se abalanzó sobre mí con una sonrisa, rodeándome la cintura con los brazos.

—*Bonjour*, Arielle! *Joyeux Noël!* —Se separó de mí con el rostro y las orejas rojas, luciendo sus dientes en una amplia sonrisa.

—*Bonjour*, Nathan. ¿Cuántos cafés llevas?

Se llevó una mano al pecho, fingiendo sentirse ofendido.

—No necesito cafeína para estar activo, *petite* —dijo. La sonrisa se me crispó al oírle llamarme así, pero nadie se dio cuenta—. ¿Qué te trae por aquí?

—Una visita más. Vengo a robaros un poco de chocolate.

Nathan dio un paso hacia atrás y me invitó a pasar, extendiendo el brazo al interior del salón.

—Estás en tu casa.

Y de verdad sentía que lo estaba.

Escondí la bolsa en la que llevaba el regalo de Jem tras la espalda, juntando las manos. Ver a Nathan tan contento y feliz me provocó una punzada en el corazón: ni siquiera había pensado en él a la hora de comprar regalos. ¿Cómo serían sus Navidades? ¿Echaría en falta alguien que pensara en él?

Pero solo hacía falta verle para darse cuenta de que Nathan era feliz. Tenía a Eleanor, tenía una familia que quería verle en Nochebuena y tenía ganas de ver el tiempo pasar. Tenía humor, y gracia, y fuerzas, y energía, y la despensa cargada de chocolate. Algo me decía que no había ningún regalo que esperara. Él no necesitaba parar o retroceder el tiempo.

—Jem está en su habitación, por cierto —dijo, cerrando la puerta a mi espalda—. Anoche se pasó hasta las tantas escribiendo. Creo que él será el que necesitará café hoy.

—¡Ya voy! —Se oyó el eco de la voz de Jem en el pasillo.

Unos minutos después apareció en el salón, con un par de mechones cayéndole sobre la frente y los labios entreabiertos. Llevaba una taza de café en una mano y el batín que acababa de quitarse doblado en la otra.

Sus ojos titilaron al verme.

—Arielle —dijo. Se acercó a saludarme con un tímido beso en la mejilla, bajo la atenta mirada de Nathan. Me contuve para no cogerle de la mano, para no darle el beso que quería, para no darle a mi telequinesia una oportunidad de salir.

¿Por qué nos escondíamos? ¿*De qué* nos escondíamos?

—Feliz Navidad, Jem. —Sus comisuras se alzaron en una sonrisa, dejando ver un hoyuelo.

—Feliz Navidad a ti también. —Me rodeó la muñeca con una mano y estiró de mí hacia el pasillo—. Ven, tengo algo para ti.

Jem me hizo cerrar los ojos antes de entrar en su habitación y, después de oír cómo apartaba un par de trastos con las manos, me cogió la mano para llevarme adentro.

—Ahora. Abre los ojos.

Las montañas de libros que solían ocupar el suelo de su habitación habían desaparecido, igual que los papeles que se habían caído camino a la papelera, igual que su muñeco de anatomía, *monsieur* Huesitos; igual que el escritorio en el que solía escribir. Solo quedaban las estanterías que rodeaban las paredes, todavía más cargadas, y la cama de Jem al fondo.

—¿Qué has hecho?

—No era la reacción que esperaba, la verdad —dijo, riendo—. He reorganizado mi habitación para que se convierta en… Bueno, en *nuestra* habitación. —Tragó saliva y juntó las manos—. La he adaptado para que te sientas lo más cómoda posible cuando quieras practicar con tu… poder. —La palabra todavía le parecía demasiado grande, demasiado irreal—. Así no tendrás miedo a romper nada. Así tendrás espacio para practicar y para moverte, o para mover otras cosas. Lo que quieras. Podemos encerrarnos y nadie nos verá. Es como la habitación que tiene *monsieur* Chardin para que practiques, ¿no? Solo que con una cama y unos cuantos libros de más. Sé que desde lo que pasó con Chardin… Lo de las arañas… No te sientes tan segura allí. Y es normal. Pero no voy a dejar que sea así en todas partes, y mucho menos en mi casa.

No supe qué contestarle. Mi cerebro todavía intentaba ordenar todo lo que acababa de pasar, desmontar las historias que había creado en mi cabeza y sustituirlas por una mejor.

El regalo que Jem me había hecho era un hogar.

—¿Dónde has metido… todo? —pregunté, girando sobre mí misma para ver toda su habitación—. Tu escritorio, la lámpara de pie, el baúl, la silla… La máquina de escribir. ¿Dónde está todo?

—No te preocupes. Nathan me ha dejado un hueco en su habitación.

No pude contener una carcajada de incredulidad.

—¿Lo dices en serio? ¿Y cabe todo en un espacio tan pequeño? ¿No le molestará que te pases hasta las tantas con la luz encendida, escribiendo?

Él se encogió de hombros.

—Por ahora no se ha quejado.

—¿No ha llegado esta mañana?

La sonrisa de Jem se ensanchó.

—Por eso.

Sacudí la cabeza, todavía incrédula.

—No hacía falta que hicieras nada de esto…

—Pero quería hacerlo, Ari.

Sus intenciones eran buenas, pero se olvidaba de un pequeñísimo detalle: por mucho que practicara en su casa, por muy segura que volviera la habitación, el mayor peligro no era caer sobre un par de libros o tirar la lámpara; era que él estuviera cerca. Él era lo que descontrolaba mi telequinesia, sin que yo me diera cuenta, y era él quien corría el riesgo de acabar roto. Pero por más que se lo dijera, seguía sin darse cuenta.

—Yo… —titubeé. Bajé la mirada hacia la bolsa que traía conmigo—. Tengo algo para ti. Por Navidad.

Jem parpadeó un par de veces, pero no dijo nada más. Se quedó inmóvil viendo cómo sacaba la caja envuelta de la bolsa. Se quedó callado mientras se la tendía. Pasó la mirada del regalo a mí, buscando una explicación en mis ojos.

—Esta tampoco es la reacción que esperaba —le imité, con una risa suave. Jem sacudió la cabeza.

—Perdona, es que… No tenía ni idea.

—Esa es la gracia.

—¿Qué es?

—Por Dios, Jem, ¡ábrelo!

Jem desenvolvió el regalo con mucho cuidado, abrió la caja y ahogó una exclamación. Vi al Jem de seis años en la curva de su sonrisa y en el brillo de sus ojos.

—*Mon Dieu*. —Sacó la máquina de escribir de la caja como si fuera un recién nacido y la ahuecó sobre sus piernas—. Dios, Arielle, es… Es preciosa.

Alcé la barbilla con orgullo. Después de haber cruzado toda la avenida con Claire, cuando los pies me dolían de tanto andar, encontrar aquella pequeña máquina de escribir azul oscuro en el escaparate de la librería me pareció una señal. Había estado dándole demasiadas vueltas a un regalo sorprenderte y perfecto, a uno que dejara a Jem con la boca abierta, tan increíble que ni siquiera podía imaginarlo. Pero no existía.

Aquella máquina de escribir era suficiente: delicada, pequeña, útil, bonita. Del color favorito de Jem, con las teclas más claras. Ya no tendría que usar la vieja máquina que ocupaba demasiado espacio en su mesa, pesaba mucho para transportarla y tenía las letras de los botones emborronadas de tanto pulsarlas.

—¿Te gusta? ¿Aunque ya tengas una?

—Me gustaría aunque tuviera trescientas, Ari. —Sonrió y me miró, con la cabeza ladeada—. No tenías por qué… ¿Sabes cuánto cuesta esto?

—Pero quería —repetí, igual que había hecho él—. Y tengo ahorros, Jem. He estado vendiendo cuadros en la plaza y…

—Y querías ese dinero para la universidad, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Sabía que esto te haría ilusión. Así que deja de buscarle pegas, ¿quieres?

Y antes de que le diera tiempo a replicarme, le besé, esperando acallar a la Arielle de cinco años que soñaba con príncipes azules; a la de trece años que quería ser la protagonista de aquellas novelas románticas; y a la de casi dieciocho que no soportaba tener lejos a Jem.

—¿Chicos? —La voz de Nathan siguió a unos golpes al otro lado de la puerta—. Cuidado con lo que hacéis, pillines, que tengo la habitación al lado. ¿Os interrumpo?

Jem le abrió con un suspiro.

—Te lo perdonaré si es por una buena razón.

—Iba a prepararme un café pero no lo encuentro. ¿Lo has cambiado de sitio?

—¿Esa es una buena razón? —Jem rio y sacudió la cabeza—. Si no hay es que no queda, Nate. Los botes no se rellenan mágicamente, ¿lo sabías? Es necesario que alguien salga de casa y vaya a comprar.

—Espera, ¿cuánto hace que no queda? ¿Te has pasado escribiendo hasta las tantas sin una gota de café? ¿Cómo?

Jem se encogió de hombros.

—Luego me duermo y recupero las horas de sueño. —Dio unos toques impacientes sobre la puerta con la punta de los dedos—. ¿Algo más, Nate? ¿Estás esperando a que te invite a pasar?

—No, tío. —Otra carcajada—. Me voy a comprar café, entonces. Pero tardaré bastante, no te preocupes. ¿Con media hora te va bien? Venga, os dejo una hora, que no quiero que luego te quejes de dolor de hu…

—Eres idiota —le cortó Jem, un segundo antes de cerrar la puerta de un portazo. Sacudió la cabeza con una sonrisa en los labios. Aún se podía oír la carcajada de Nate alejándose por el pasillo—. Es idiota —repitió, colocándose a mi lado—, pero me ha recordado que no te he invitado a tomar nada. ¿Te apetece algo? ¿Té? ¿Café? ¿Te preparo un batido?

—¿Café? —pregunté, levantando una ceja—. ¿No acabas de decirle que no quedaba?

Jem soltó una carcajada.

—Tengo unas cuantas provisiones guardadas para situaciones de emergencia. —Se encogió de hombros—. Y no le iba a quitar a Nathan las ganas de ir al mercado…

—Ya, claro. —Puse los ojos en blanco—. Un café estará bien, entonces.

—Media taza de leche y dos cucharadas de azúcar, ¿no?

—*Oui*.

—Enseguida te lo traigo.

Se alejó dos pasos hacia la puerta, pero mi voz le detuvo.

—Jem, espera —dije, con un carraspeo—. ¿Nathan…? ¿Nathan sabe…?

—¿Qué?

El calor subió hasta mis mejillas.

—Ya sabes. Lo… lo nuestro. —¿Qué era «lo nuestro», al fin y al cabo? ¿Un par de besos y unos cuantos secretos? ¿Miradas cómplices y habitaciones con pestillo? ¿Todos esos «te quiero» que guardábamos dentro, aquellos que le habíamos confiado al otro?—. ¿Sabe que nos besamos?

Que nos besamos. Sí, mucho mejor.

Jem dejó caer los hombros y me miró con una sonrisa ladeada, como miraría a un niño que creyera en las hadas.

—Nathan es el hermano mayor que no tuve, Ari. Y los hermanos no necesitan contarse esas cosas. Por ejemplo… Nate empezó a centrarse más en los estudios e intentó aprender a tocar la guitarra hace unos cuantos meses. Un día le vi despierto a las dos de la madrugada, escribiendo. Le dije: «Es ella, ¿verdad?», y él solo asintió. —Hizo una pequeña pausa, con la misma sonrisa y mirada que aquella noche—. Hace unos días, Nathan me despertó a las ocho de la mañana porque me había quedado dormido sobre el escritorio. Entonces me preguntó: «Es ella, ¿verdad?».

Cruzó la distancia que nos separaba y se inclinó hacia mí. Sus labios se posaron en los míos, fugaces.

—Es ella —dijo.

No quisiste que fuera real

Volver a casa de Chardin me llenaba la cabeza de disonancias.

Me había cuidado como no lo hacían desde que murió *maman*; me había dado techo, alimento y cariño; y me había ocultado el secreto de mi madre. O de mi familia. Quizás supiera mucho más sobre la telequinesia de lo que quería decir. Quizás no me estaba enseñando a controlarla, solo estaba preparándome para un experimento mayor. Como el de las arañas, pero todavía peor.

Y, sin embargo, Chardin hacía que fuera fácil olvidarse de todas esas macabras teorías acerca de él. Bastaba con el eco de su risa resonando por toda la habitación o con alguno de sus pequeños detalles —como comprarme una estufa para la habitación, como dejarme las camisas que le quedaran pequeñas, como poner mi música favorita en el tocadiscos para despertarme — para que todo lo que hubiera pasado quedara muy lejano. Para que considerara una estupidez pensar en él como alguien diferente al Chardin que conocí, un año atrás.

A veces me parecía increíble que solo hubiera pasado un año.

—¿Qué hay de mi madre? —le pregunté, el día que me cansé de dejar interrogantes en el aire.

Había sido un buen día. Comimos sopa de fideos y Chardin lavó los platos mientras yo se los pasaba, *sin manos*, como siempre. Jugamos a las cartas en el salón. Me ayudó con los deberes de Navidad, y luego yo le ayudé a corregir los trabajos de sus alumnos. Pasé la tarde corrigiendo bes que tenían que ser uves y poniéndoles tildes a las palabras.

—¿A qué te refieres? —preguntó Chardin, sin apartar la vista del montón de folios con el que estaba trabajando.

Pero yo quería que me mirara para que no pudiera esconderme la verdad. No quería quedarme con la historia que contaban las cartas, sin más. Quería saber qué fue realmente lo que vivió. Lo que vivieron. Quería conocer a la

Denise Larue —Bonnard— que él había conocido. Y quería creer que podía fiarme de sus palabras. Pero, por encima de todo, necesitaba escucharle.

No podía con tanto silencio.

—Solo quiero… Solo quiero que por una vez no necesite preguntar nada. Que seas tú quien rellene los huecos de tu historia, voluntariamente. Pero parece que estás empeñado en actuar como si tu pasado fuera un secreto de Estado.

Sus labios se tensaron en una sonrisa. Se suponía que mis palabras debían revolverle el estómago, pero solo le hicieron gracia.

—Quizás lo es.

—Hablo en serio.

—Yo también.

Pero no era verdad.

Me dejé caer sobre el asiento, con los brazos cruzados como una niña a la que le han quitado el postre.

—¿Qué quieres saber? Ya lo conoces todo —insistió, volviendo a centrarse en la corrección de sus niños.

Mentira.

—Sigo sin entender por qué no me pudiste decir simplemente «Conozco a tu abuela porque siempre fui un amigo de la familia. De tu madre, concretamente, y después de tu padre. Fuimos juntos a la guerra». ¿Por qué ocultármelo? ¿Qué más daba que yo lo supiera?

—Porque desde el primer día has estado empeñada en querer saberlo todo, Arielle —dijo, no con desdén o burla, sino con el mismo tono de voz que emplearía para corregir a sus alumnos—. Y la paciencia tiene que ir desarrollándose. Llenarte la cabeza de información el primer día no hubiera servido de nada.

—No lo sabes. Tampoco sirvió de nada ir diciéndome cosas con un cuentagotas, y ocultarme las más importantes sirvió de mucho menos.

—Las más importantes para ti no lo son tanto para mí.

Arrugué el entrecejo.

—¿Que mi madre tenía telequinesia? ¿Que fue la alumna a la que enseñaste? ¿De verdad te pareció prescindible?

—¿Por qué lo ves tú tan importante? —Apartó los folios a un lado y me miró, con los codos apoyados sobre la mesa—. ¿Qué cambiaría? Saberlo no haría que tu madre volviera. No serviría para ayudarte a controlar la telequinesia, solo para asustarte más. No ha traído nada bueno, Arielle. Desde que te enseñé las cartas… —Sacudió la cabeza y se mordió el labio.

—No culpes a las cartas de todo lo que callaste.

—Es que no tenía por qué decirte nada. —Su mirada se endureció—. No nos une ningún contrato.

—¿No lo entiendes, verdad? —Sentí cómo se me tensaban los músculos del brazo—. No entiendes lo importante que es para mí conocer a mi familia… Mi madre fue lo único que tuve durante mucho tiempo. Nunca conocí a mi padre, y solo puedo fiarme de los cuentos que *maman* me contaba sobre él. Solo Dios sabe si alguno era real. Por lo menos, ahora sé que las rosas blancas no eran parte de sus… inventos. —Sacudí la cabeza—. Saber que ella pasó por lo mismo que yo… Es una manera de entenderla. Y eso es lo único que tengo ahora. —Me mordí el labio—. ¿No te gustaría llegar a conocer a tu familia, Chardin, aunque hubieran pasado años desde su muerte?

Él endureció la mandíbula, pero no dijo nada.

Cuando pensaba que no iba a volver a hablarme, abrió ligeramente los labios para decir:

—No te conté nada por la misma razón por la que tú no me contaste que te fuiste enamorando de Jem. Porque no te diste cuenta, y porque cuando lo supiste ya era demasiado tarde. No querías meterle en líos. No querías que fuera real, y, obviamente, no querías admitir que alguien podía ser tu debilidad. —Con un suspiro, apartó las hojas a un lado—. Cuando supieras que Denise fue la mía entenderías que tú, por herencia, lo eres también. Y no quería que fuera real. Quería que fueras una alumna más, no una…

—Una hija —terminé yo, y la sonrisa apenada de Chardin confirmó mis palabras.

Entenderlo todo desde ese punto de vista me encogió el corazón. De pronto me sentí egoísta; egoísta y llena de rencor. Me había estado fijando en todo lo que Chardin no me había contado, en lo que no había hecho, en lo que no había querido enseñarme; en lugar de preguntarme el porqué. En lugar de centrarme en todo lo que había hecho por mí.

Si hubiera maldad en él, nunca me habría liberado de las arañas. No habría curado mis heridas. No habría permitido que el secreto llegara a los oídos de Jem.

No me costó volver a reconocer en él al hombre que una vez deseé que fuera mi padre.

Una idea loca cruzó mi mente y salió de mis labios como un torrente de agua:

—No serás tú mi padre, ¿verdad?

La seriedad de mis palabras hizo que el rostro de Chardin se rompiera en una carcajada.

—Oh, ¡por favor, Arielle! —Otra carcajada, tan sonora que no pudo evitar contagiarme—. Si solo tienes que verte. Eres el vivo reflejo de tu padre. —Suspiró antes de volverse a recostar sobre el asiento—. Pero ¿quieres que deje de ocultarte cosas, *petite*? Entonces te diré que ojalá lo fuera. Ojalá lo fuera —repitió, más despacio, como si quisiera asegurarse de que entendía cada una de sus palabras. Sus ojos miraban a un punto lejano, perdido más allá de aquel salón. Más allá de aquel tiempo—. Hubiera dado mi vida porque tú y Denise fuerais mi familia.

Caída

La noche de Fin de Año dejaron las luces del internado encendidas hasta las tres de la madrugada. Por lo demás no se diferenció del día anterior. La última hoja del calendario de 1958 cayó al suelo y la Tierra siguió rodando; nada cambió en mi rostro, no recibí una carta de mi abuela, mis preocupaciones y mis miedos siguieron siendo los mismos.

La única diferencia era un número que cambiaba en las cartas, en las postales, en los periódicos y en los calendarios.

Nathan y Jem pasaron la noche de Fin de Año con los demás estudiantes de Medicina; Claire desapareció. No sabría decir si se marchó con su familia y su futuro marido o si se perdió en los callejones de Capelle con Michelle y sus amigos.

Sí, Michelle se había recuperado. No, no había aprendido la lección. Había decidido que si la vida le había dado una segunda oportunidad era para marcharse por la puerta grande.

Claire volvió a aparecer unos días más tarde en el internado con unos nuevos pendientes de perlas y el bolso cargado de chicles.

Empezaron las clases, y los pasillos por los que solo se oía el susurro del viento se llenaron de murmullos y pasos, de chicas apretándose las bufandas al cuello y escondiendo barritas de chocolate en los bolsillos de sus chaquetas. La biblioteca ya no era solo silencio, era silencio y pasar de hojas y libros cerrándose y suspiros exasperados. Volvieron las tardes de deberes en el salón común, las lecturas obligatorias y el apagado de las luces a las diez.

Claire se llevaba bien con las demás chicas. Le gustaba su compañía y disfrutaba sintiéndose parte de un pequeño grupo, como si de verdad ellas fueran a ayudarla cuando tuviera pesadillas o cuando se derrumbara ante las exigencias de una familia que cada día la quería menos. Le gustaba esa falsa amistad. Ese falso apoyo. Esos momentos de risas y cotilleos y contar qué habían hecho este invierno —todo edulcorado para que sonara mucho más apetecible de lo que en realidad había sido.

Cuando me rodeaba de ellas me sentía diez años mayor.

—No me extraña —dijo Claire, una de las primeras noches que nos quedamos en vela—. Después de todo, ¿cuánto queda para tus dieciocho? ¿Nueve días?

—Ocho —la corregí.

—Ocho —repitió, con un sonido entre el suspiro y la carcajada—. Ocho días y serás una adulta hecha y derecha.

Había pocos días en los que cumpliéramos el toque de queda. Claire era como un pequeño búho: se pasaba todo el día arrastrando los pies y quejándose del sueño que sentía, y llegaba la noche y empezaba a revolverse en la cama como si no fuera capaz de estarse quieta. Solía hablarme hasta que oía que mi respiración sustituía mi voz, y seguro que incluso entonces seguía hablando un poco más. Solo por gusto. Solo para sentirse escuchada.

Después de todo, decir las cosas en voz alta te ayuda a hacerlas reales.

—Si te oyera mi abuela… —murmuré, imitando su risa. Giré sobre mí misma para ponerme de costado y colocar una mano bajo la almohada—. Es de las que piensa que no eres mujer hasta que no tengas un anillo en el dedo. Estaría orgullosa de ti.

Esta vez, la risa de Claire sonó triste.

—Como si dejarse vender tuviera algún mérito.

Tener dieciocho años no haría más que aumentar la presión de la sociedad para que empezara a buscar a un futuro marido. Significaría que cada vez se me hacía más tarde, que mi noviazgo tendría que ser más corto para poder correr hacia el altar. Significaría despedirme de los amores «adolescentes» y de los bailes y del *rock and roll*, y aprender a preparar cenas perfectas y arreglar medias rotas. Significaría esconder mi vida con Jem.

Porque él no era válido. Era huérfano, sin reputación, sin prestigio. Para mi abuela no sería suficiente.

La vuelta a las clases le robó todo el tiempo que tenía libre. De un día a otro, Nathan y Jem desaparecieron bajo un montón de apuntes y dibujos de Anatomía. Las tardes que antes aprovechábamos para reunirnos se llenaron de prácticas. Yo llené las mías de dibujos y pinturas. Claire se vació.

Fue desvaneciéndose con tanta lentitud que no se dio cuenta hasta que se hizo demasiado tarde. Primero fue la rabia de no comprender las clases, la frustración de fallar en las asignaturas. Sus paseos para airearse y olvidarse de

lo que ella consideraba fracasos se alargaron cada vez más. De una hora a tres, a cinco, a no verla marcharse y no verla volver.

A veces, por las noches, me contaba su día: una comida con Eugène para intentar derribar la incomodidad que sentían, una tarde en la casa de Julie para ver su televisión nueva, compras en la gran avenida. Me guardaba para mí el alivio de saber que no se había pasado la tarde tirada en un callejón oscuro, con la única compañía de un cigarro encendido.

No se me ocurrió pensar que Claire mentía.

Las arcadas de Claire me despertaron en mitad de la noche, cuando el cielo estaba tan oscuro que parecía una mancha de tinta. La única luz era una fina franja que cruzaba la moqueta del suelo, proveniente del cuarto de baño. Aparté las sábanas de un tirón y salí de la cama, esperando que el contacto frío con el suelo bastara para despertarme. Abrí la puerta del baño y me encontré a Claire encorvada sobre el váter, con un brazo apoyado en el borde de la tapa. Tenía el flequillo pegado a la frente, bañada en sudor. Su espalda se arqueó con un movimiento brusco y volvió a curvarse sobre el retrete, aguantando las arcadas.

—Claire —la llamé. No para que contestara, no para que dijera nada, no para asegurarme de que estaba bien; era obvio que no lo estaba. Su nombre no era una llamada, era un lamento. Corrí hasta su lado y me senté de rodillas junto a ella.

Le dio tiempo a echarme una mirada antes de volver a abrazar la taza del váter con las manos temblorosas. Tenía el rostro níveo y los labios secos. Tosió, y me acerqué más a ella para colocarle una mano en la espalda.

No parecía que fuera a devolver más. Le acaricié la espalda con cuidado, mientras ella se tomaba un tiempo para volver a respirar con normalidad. No sabía si era la luz de la habitación o el contraste con las mangas rojas de su vestido, pero el rostro de Claire nunca había estado tan blanco. Tan demacrado.

—¿Te encuentras un poco mejor? —pregunté.

Juraría que la mueca de sus labios era un intento de sonrisa.

—Ya no… —Carraspeó para deshacer el nudo en su garganta, pero su voz siguió sonando ronca y rota—. Ya no tengo ganas de vomitar.

Asentí con la cabeza, sin atreverme a apartar la mano de su espalda. Era el único apoyo que podía darle ahora.

Claire se arrastró hasta la pared del baño, extendió las piernas —las medias blancas no hacían más que aumentar su palidez— y se apoyó de espaldas a los azulejos. Cerró los ojos, con el ceño fruncido.

—Qué mierda de noche —murmuró.

Me levanté sin apartar la mirada de ella, cogí la toalla del lavabo y la coloqué bajo el grifo para humedecerla. Después me puse de cuclillas al lado de Claire y le pasé la toalla por la frente para quitarle el sudor. Era lo que Chardin hacía cada vez que la telequinesia me consumía.

—Ten, límpiate —le dije. Claire obedeció.

Tenía la mirada distante, los ojos vacíos; las ojeras le daban el único toque de color a su rostro y parecía haber envejecido diez años. Y, al mismo tiempo, me recordaba a una niña indefensa. Perdida. Confusa. Una niña a la que había que cuidar porque era demasiado frágil, demasiado curiosa; porque le gustaba jugar con los enchufes y abrir la nevera descalza.

Una niña que buscaba desesperadamente unos padres, un cariño, un consuelo. Algo.

—Soy idiota —murmuró, tosiendo para recuperar la voz—. No se me ha ocurrido pensar que ya no tendría la misma tolerancia.

Claire acabó de limpiarse la cara y dejó caer la toalla sobre su vestido, que llevaba arrugado y sucio. Tenía un agujero en las medias, se había quitado los zapatos al entrar en el baño y el pañuelo que llevaba al cuello estaba tirado junto a la ducha. Tenía una línea negra surcando la base de sus ojos; seguramente los restos del maquillaje.

Y las manos le seguían temblando, el sudor seguía cayendo.

Claire seguía presa.

—Has vuelto a caer, ¿verdad? —No se lo estaba recriminando. No era una reprimenda, ni siquiera era una pregunta. Era miedo hecho palabras.

Ella agachó la cabeza y sus hombros empezaron a convulsionarse, hasta que me di cuenta de que estaba riendo. Era una risa silenciosa, rota.

—¿Cuándo se supone que estuve en pie?

Y siguió riendo, sintiéndose vacía, hasta que su rostro se rompió en una mueca y la risa se convirtió en llanto.

Dieciocho

Feliz cumpleaños, Ari —dijo Claire, revolviéndose entre las sábanas. Parecía que estaba a punto de salir de la cama, pero se encogió sobre sí misma y se subió la sábana hasta la nariz.

—¿Irás a clase hoy? —pregunté desde el otro lado de la habitación, mientras me ponía los calcetines. El bulto en el que se había convertido Claire gruñó—. Ya veo.

—Tú no tendrías por qué ir, ya eres mayorcita.

—Eso no cambia nada.

—¿Y a qué edad dices que nos dejan ser libres?

Sacudí la cabeza y me ajusté el broche de la falda antes de ponerme en pie. Mi reflejo me devolvió la mirada al pasar por la puerta abierta del baño, aunque a él cumplir años le importaba tan poco como a mí.

—Pásalo bien —dijo Claire, un segundo antes de que cerrara la puerta—. Los dieciocho solo se cumplen una vez.

Que cumpliera dieciocho años no me libró de ir a clases en las que sentía que no aprendía nada más que paciencia. No me libró, tampoco, de darle mil vueltas al hecho de que la universidad estaba cada vez más cerca y mi hucha cada vez más vacía, si eso era posible. No hizo que desapareciera la telequinesia, que aún bombeaba debajo de mi piel. Lo notaba cada vez que a los nervios se les unía un cosquilleo en el estómago, o un tirón en los músculos de los brazos.

Claire seguía mal, seguía ausente, seguía en un hoyo. Y cumplir dieciocho no me daba el poder de hacerle cambiar de opinión. «Es mi vida, Ari», había dicho días atrás. «No cargues con más piedras a la espalda. Por más que te frustres, las decisiones las tomaré siempre yo». No lo decía con rebeldía ni

con maldad, sino con pena. Algo me decía que una parte de Claire deseaba desesperadamente que alguien le diera la voluntad que a ella le faltaba.

Madame Moreau me detuvo a la entrada del internado, cuando iba camino al jardín.

—*Mademoiselle* Larue —me llamó, sin ni siquiera mirarme. Sus manos regordetas buscaban un papel entre un montón de folios—. Ha recibido una carta esta mañana.

«Jem», dijo una corazonada.

Madame Moreau desordenó los papeles hasta dar con un pequeño sobre y me lo tendió, colocándose las gafas por encima del puente de la nariz.

Pero no era de Jem; era de mi abuela. Tampoco merecía llamarse «carta». Había hecho lo mismo que el año pasado: comprar una postal con un dibujo simpático y añadirle una firma. Esta vez, por lo menos, me había dedicado unas palabras: «Felices dieciocho, *ma fille*. Nos vemos el sábado de la semana que viene, a las cuatro en casa. Con amor, Edith».



Era viernes, lo que significa que Jem tenía un hueco para respirar y que yo contaba con la libertad de poder cruzar las puertas de Sainte Geneviève y bajar al pueblo. Le pregunté a Claire si quería venirse a tomar algo con nosotros, pero contestó con una carcajada demasiado nerviosa y un levantamiento de cejas, que querían decir que sabía más de lo que yo le había contado.

Jem tocó el claxon dos veces antes de que yo saliera por la puerta del internado, con la bufanda de lana subida a la altura de la nariz. Me la coloqué bien y le mostré una de mis sonrisas más sinceras.

—¿Dónde piensa llevarme, *monsieur*? —pregunté, dándole un beso en la mejilla al entrar en el coche.

—Donde la señorita decida. —Sus labios se curvaron—. He oído que en *Le petit Benjamin* tienen una oferta de tortitas para parejas.

No pude evitar soltar una carcajada.

—¿Eso no era en San Valentín?

—Menuda memoria de pez que tienes. —El coche emitió un ronroneo antes de arrancar—. El lema es «No esperes a San Valentín», Ari. Precisamente para poder aprovechar la oferta el resto del año.

Hice un chasquido con los dedos.

—Cierto. En San Valentín todavía no nos conocíamos.

—Nadie lo diría.

Me giré hacia él con las cejas arqueadas, aun sabiendo que con la vista clavada en la carretera no podía devolverme la mirada.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno… —Una pausa; sus manos girando el volante hacia la derecha —. Siento que a ti te conozco mucho más que a personas con las que llevo años compartiendo clase.

—Será que hemos compartido mucho más que clases, Jem —murmuré, y agradecí que no pudiera mirarme: mis mejillas se encendían con demasiada felicidad.

—*Touché*. ¿Y bien? ¿Adónde te llevo?

—Llévame a casa. Al apartamento.

Él frunció el ceño.

—Podría llevarte a la otra punta del mundo si me lo pidieras, ¿y eliges ir al apartamento?

—Podría ir a la otra punta del mundo y echaría de menos la sensación de estar en casa. Eso es lo único que quiero ahora, Jem.

«Un hogar», pensé. «Un sitio al que volver, un rincón al que escapar. Donde no tenga que vigilar quién me mira y quién me escucha, donde pueda ser yo: con mis miedos, con tus besos, con mis ganas. Con todo. Podría dar la vuelta al mundo si quisiera, y solo serviría para querer volver a casa».



Siempre he odiado las cosquillas. De pequeña mi abuela me asustó diciendo que era posible morir por un ataque de cosquillas, y a partir de ese momento ese gesto dejó de tener gracia para pasar a darme miedo. Sentía que la risa era tan incontenible que acabaría conmigo.

Y a Jem le gustaba hacerme cosquillas, como un crío. Como si los dos fuéramos niños. Y yo se las devolvía, obviamente. Hasta que los dos acabábamos con lágrimas en los ojos, el pelo despeinado, hechos un desastre sobre el sofá, con los brazos y las piernas enredados. Cuando la risa empezó a aflojar y a volverse un jadeo débil, me quedé tendida sobre el pecho de Jem, donde su corazón bombeaba como si tratara de atravesarle la piel. Él me abrazó por la espalda para evitar que me cayera.

Incliné la cabeza y estreché los párpados, dejando caer un mechón de pelo sobre su mejilla.

—¿Qué crees que diría mi abuela de esto?

Jem parpadeó un par de veces antes de echar un vistazo a la escena: mi cuerpo pegado al suyo, mi falda cubriéndole como una manta, mis manos a sendos lados de su cara.

—Creo que te desheredaría, Ari. —La seriedad de su cara me hizo reír.

—No me refiero a *esto*, tonto. —Me incorporé con cuidado y me puse en pie junto al sofá, dejándole el cuerpo libre—. Me refiero a nosotros. Tú y yo. Nunca… Nunca le he presentado a nadie.

Jem se apoyó sobre los codos y ladeó la cabeza, sonriendo.

—¿Quieres presentarme a tu abuela?

—¿No debería?

Esta vez fue él quien rio. Se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Yo tampoco he tenido nunca a nadie; no sé cómo funcionan estas cosas.

Me apoyé en el borde del sofá, mirándole con ternura.

—Creo que simplemente tenemos que querernos. Sin jerarquías, sin normas, sin miedo, sin secretos. Solo querernos. —Tenía el mismo brillo en los ojos que las noches en las que no lograba apartarse de la máquina de escribir—. Iré a verla este sábado. Pero no creo que sea buena idea que vengas… aún. Sería muy vergonzoso que llegaras y me encontraras con un jersey naranja lleno de dieciochos bordados, o con una *Guía de la buena esposa*.

Jem puso los ojos en blanco y después se irguió, sentándose a mi lado.

—Ah, los dieciocho. Yo también tengo algo para ti. No pongas esa cara —rio. Antes de que pudiera preguntarle más, se puso en pie y empezó a rebuscar algo en los cajones de la cómoda—. Es una tontería.

—James Favre —dije, con el tono de voz más amenazador que pude. Me puse en pie e intenté contener la sonrisa—. Te dije que no quería nada. Nada de gastarse dinero, nada de regalos solo porque cumpla años, ¿recuerdas? No tiene ningún mérito. —Me dio la espalda en cuanto me acerqué a él, impidiéndome ver lo que sujetaba—. ¿Ves? Ahora mismo no sé si quiero darte una bofetada por idiota o… —Se giró, pegándose contra el pecho el sobre que había sacado—… o un maldito beso. Quizás uno de cada.

Él meneó la cabeza.

—Si puedo elegir me quedo con la segunda opción.

—Idiota. —Me puse de puntillas para llegar a él, pero su mano se colocó en mi hombro y me detuvo.

—Mi regalo después del tuyo —dijo, tendiéndome el sobre.

Lo abrí con la impaciencia y la ilusión con la que solía despertarme la mañana de Navidad. Jem estaba dándome un amor que no había sentido en mucho tiempo. Algo que me recordaba a ese hogar, a ese cariño, pero que a la vez se sentía muy distinto. Algo nuevo.

Algo que no podía perder.

Hoy no he imaginado mi vida sin ti.

Hay algo dentro de mí que me lo impide.

No soporto la idea de borrarte del mapa como si nunca hubieras existido. Contigo no puedo. No quiero.

Podría vivir mil veces hasta que mi alma envejeciera, y no encontraría nunca a nadie como nosotros. Porque no hablo solo de ti, Arielle, ni hablo solo de mí. Hablo de lo que nos mueve. De lo que nos une. Algo demasiado grande para explicarlo sobre el papel, demasiado complejo. Es esa sensación de «estar en casa» que siento cuando estoy contigo. Es poder mostrarte mis máscaras, hablarte de mis secretos, llorar en tu hombro, y tener la suerte de que permanezcas.

Me quedo aquí, contigo, y dejaré que seas la persona que tú quieras ser. Dejaré que vueles. Que sueñes. Que les demuestres a los demás el corazón de oro que yo he visto.

Lo único que no voy a permitir es imaginar una vida sin ti.

Quiero que imagines todas mis vidas contigo.

Doblé el papel por la mitad, con el pulso acelerado y la telequinesia a flor de piel. Alcé la mirada a sus ojos. Me tragué un «adoro tu vena de escritor», porque él ya lo sabía.

—No esperaba esto.

—Te dije que haría lo que quisiera…

—No, no. No esto —repetí, alzando un poco el papel—. Nosotros. Cuando te conocí, no lo esperaba. No lo quería. No te quería a ti, porque no quería a nadie. Chardin tuvo razón cuando me dijo que notaba mi miedo a que… A quererte, a querer a alguien, a admitir que lo que sentía era cierto, que ahora tenía una debilidad todavía más grande. Alguien a quien no había elegido. No esperaba nada de esto —admití, con un susurro, llevándome su regalo al pecho.

Él se quedó en silencio durante unos segundos que se me hicieron más largos de lo que en realidad fueron. No me atreví a mirarle; temía que se sintiera decepcionado. Si una parte de mí era incapaz de definir lo que sentía, no podía imaginar cómo debía de sentirse él. Quizás no me entendía. Quizás esperaba que le quisiera más, o que le quisiera de otra manera. Que no tuviera miedo. Que fuera como él.

Cuando mi mente ya estaba imaginándose la forma en la que Jem me cerraba la puerta de su casa, sus dedos acariciaron mi mejilla. Enrolló un mechón de pelo en su índice antes de dejarlo caer y colocármelo tras la oreja.

—Cuando vivían mis padres, era solo un niño —murmuró—. Cuando murieron, me convertí en un niño que temía sentir. Le tenía miedo a la culpa, pero también al amor. Le tenía miedo a todo lo que pudieran quitarme. Y pasé diez años de mi vida con ese miedo al que yo llamaba coraje. No sabes lo que me he arrepentido, Ari; las cosas que he dejado de hacer por esa mierda. La de oportunidades que he dejado pasar. —Sus palabras estaban teñidas de rabia —. Querer a alguien y no permitírtelo es lo peor que puedes hacerte. Así que por favor, por favor —se agachó hasta juntar su frente con la mía y pasó sus dedos por mi pelo—, no tengas miedo de querer, Ari. No tengas miedo a mañana. Lucha por lo que tú quieres, no por dejar de querer. No merece la pena.

«¿Qué es lo que quieres, Arielle?», me pregunté; pero la forma en la que clavé los ojos en los de Jem y cómo mis labios se abrieron buscando los suyos bastó para contestarme.

Quería dejar de tener miedo. Dejar de pensar en la telequinesia, en mi abuela, en el futuro, en la universidad, en Jem, en el pasado de mi madre, en Chardin, en Claire, en las drogas, en las clases, en todo lo que no tenía.

Ahora le tenía a él.

Y aunque llegara el día en que me faltara, como faltó mi madre, nunca dejaría de tenerme a mí.

Elegir

Mi abuela hubiera considerado una completa «falta de decencia» que acabara aquel fin de semana en un apartamento desconocido para ella, en la compañía de dos hombres que no buscaban desposarme. Pero después de un día con ella, necesitaba recordar ese mundo que era un poco más libre. Un poco más mío.

—No puedo creer que de verdad te regalara eso —dijo Nate, soltando una carcajada—. ¿Todavía venden esas guías absurdas? Eres más que una futura esposa, Ari.

—Da gracias que no apareció con un pretendiente. No todavía, al menos.

Sonreí, lanzándole a Jem una mirada cómplice.

—Si pasara te veo capaz de envenenarle la bebida.

—Idiota —le dije, dándole un codazo en la cadera. Jem seguía mirándonos en silencio, pero sus labios habían empezado a curvarse en una leve sonrisa.

Nathan echó un vistazo al reloj de su muñeca y se puso de pie de un salto.

—*Merde*, un poco más y llego tarde. —Resopló—. He quedado con Eleanor a las seis. Jem, ¿me prestas tu coche?

—Adelante. Tienes municiones en la guantera, si lo necesitas —añadió, con una sonrisa burlona. Nathan soltó una carcajada.

—Gracias, tío. —Le dio una palmada en el hombro y se agachó para darme un rápido beso en la mejilla—. *Au revoir*, chicos. Portaos bien.

La puerta del apartamento se cerró a nuestras espaldas y Jem y yo nos quedamos en silencio, uno frente al otro. Él se inclinó hacia delante y se entrelazó las manos sobre las rodillas.

—¿Municiones? —pregunté, levantando una ceja. Algo en la expresión de mi cara le provocó una risa dulce, y se acercó un poco más a mí para darme un beso en la frente.

—Ay, Ari, cosas de mayores.

—¿Te crees que soy tonta? —Puse los ojos en blanco y le sonreí—. ¿Que una señorita como yo no sabe nada de esas cosas? Porque te sorprendería ver todo lo que sé, Jem.

Su sonrisa se quedó congelada y noté cómo el color de su cara cambiaba del blanco al rojo en un segundo.

—Eres una caja de sorpresas —dijo, seguido de un carraspeo. Jem se acercó más a mí, me rodeó el cuello con un brazo y me dio un beso en la frente—. Así que tu abuela está empeñada en buscarte marido, ¿eh? ¿Y cuándo me la presentas?



No hubo presentaciones. De hecho, no le hablé de Jem a mi abuela y ella no me habló de ningún pretendiente, gracias a Dios. El tema de conversación pasó a ser una Claire ficticia que todavía reía y se acostaba temprano, con la que supuestamente pasaba todas las tardes. En realidad, las pasaba en las clases de pintura, en la biblioteca o en la sala común; donde quiera que me encontrara a menos gente. Claire estaba desaparecida, aunque de vez en cuando volvía a aparecer en alguna clase, fugaz, con la piel cada vez más enfermiza y la mirada más cansada.

Por no llevarle la contraria a mi abuela, cada fin de semana se convirtió en una visita de vuelta a Arcueill.

Mi abuela empezó a aficionarse todavía más a la cocina; cuando llegué encontré la cocina plagada de bizcochos —de chocolate, de yogur, de plátano —, galletas de jengibre, tarta de manzana y pastas con canela.

—Es todo para ti —dijo, ante mi sorpresa. Todas nuestras conversaciones hasta ahora habían sido forzadas y cortas, llenas de silencios incómodos y vacías de sentimientos. Solo caras largas. Sonrisas fingidas. Algún que otro refrán—. El lunes escuché un programa de cocina en la radio y me dieron ganas de probar nuevas recetas. —Se quitó los guantes—. También hay tarta de queso en el frigorífico, y flan, aunque dudo que puedas llevártelo a Sainte Geneviève. A menos que tengas nevera en la habitación. Pero no es el caso, ¿verdad?

—¿Pretende que me lleve todo esto? —pregunté, pasando la mirada por encima de los bizcochos y las bandejas de galletas que ocupaban la pequeña mesa de la cocina.

—Claro. Con mi edad no estoy para descuidar mi dieta.

Fruncí los labios y me contuve para no poner los ojos en blanco.

—¿Hay alguna galleta que lleve nueces?

—Las de la esquina, *cœur*. ¿Por qué?

Chasqueé la lengua.

—Claire es alérgica a los frutos secos.

—Oh. —Estuve segura de que a ese «oh» le seguía un «*merde*», pero mi abuela se mordió la lengua—. He olvidado a Claire por completo. Será mejor que no le ofrezcas nada; no estoy segura de cuáles llevan y cuáles no… Y ya sabes cómo son las alergias; nunca se sabe qué puede afectarte.

—Tranquila, ella es la primera que lo tiene en cuenta. —De todas formas, no creía que fuera a interesarse por ningún dulce; últimamente apenas come.

No tardé en descubrir que el creciente interés de mi abuela por la repostería no era más que su manera de sustituir los ratos que antes ocupaba tomando té en la casa de *madame* Dugés. La pobre mujer había fallecido unas semanas antes, pero mi abuela no parecía muy afectada, a pesar de haberla llamado «amiga» durante años. Supuse que para ella no era más que unos oídos a los que bombardear con sus historias y una manera de no pagar el té de los domingos.

—«Lunes, cuatro de la tarde» —leí en voz alta—. «*Rue du Stade* número 4.» —Cogí la nota que asomaba debajo del calendario de la nevera. Estaba escrita con prisa, arrugada, casi oculta—. ¿Ha quedado con alguien, abuela?

Alargó el cuello para verme, levantando una ceja. En cuanto se dio cuenta de lo que sujetaba dejó la masa que tenía entre menos y corrió a arrancarme la nota.

—Es de la semana pasada —dijo, arrugándola—. El funeral de *madame* Dugés.

—Ah. Por un momento pensé que… —Sacudí la cabeza—. Da igual.

Pero mi abuela era casi tan curiosa como yo.

—¿Qué creías que era?

—Tenía miedo de que fuera a… A quedar con algún chico. Con algún hombre, quiero decir —me corregí—, para… invitarle a casa. Cuando me regaló esa *Guía de la buena esposa* me asusté un poco, pensé que las cosas iban muy rápido, que iban muy en serio. Sé que es importante para usted… —A esa frase le seguía un «pero» que no me atreví a pronunciar.

El rostro de mi abuela se endureció. Rehuyó mi mirada y volvió a centrarse en su receta. No entendía cómo todavía tenía espacio en la encimera para un plato más.

—Puedes estarte tranquila. No está en mis planes por ahora. No te veo por la labor.

Noté el tono apagado en su voz, cargado de miedo.

—Solo quiero ser capaz de elegir, abuela.

—Y yo quiero darte la oportunidad de que puedas elegir al correcto, Arielle. Un hombre que te trate bien. Con valores y una buena familia; alguien que no te vea como un trozo de carne. Pero eso no importa, ¿verdad? —dijo, con ironía—. Mientras tengas la oportunidad de elegir al hombre más ruin, irrespetuoso y soberbio que te encuentres, todo estará bien. Luego llorarás en el baño de tu casa, porque será el único lugar en el que te sentirás segura, y ya no tendrás a tu abuela para ayudarte.

Apreté los puños, tentada de marcharme sin decir nada. Quería creer que debajo de todo aquel circo lo que mi abuela sentía era preocupación, no ansias de poder. Que de verdad quería mi felicidad y no su buena reputación.

Pero las palabras bonitas no eran prueba de nada.

—La cuestión es que ya he elegido, abuela —murmuró. Ella se giró hacia mí, despacio—. Y ni siquiera me he dado cuenta de cómo ha pasado porque… No ha sido ningún trato. No ha sido un producto que tuviera que valorar. Ha sido algo tan sincero que… —Mi voz se fue apagando al no encontrar unas palabras que la siguieran.

Ella arqueó una ceja con escepticismo.

—Elegir es rechazar las cosas que dejamos atrás, ¿no? Pero con Jem no he hecho más que ganar. —Aparté la mirada antes de que me diera tiempo a ver la suya—. Eso es todo lo que necesita saber. No quiero ninguna cita concertada. No haga que empiece con las amenazas.

Me marché sin dejarle decir nada más.

Lo que no sabía en aquel momento es que la amenaza sería ella.

Le temps passe vite

El tiempo es lo primero que ganamos y lo último que perdemos. Y, a la vez, cada instante es tiempo perdido, cada segundo es tiempo regalado. No hay nada más efímero; nada que se le parezca.

El tiempo es lo que hizo que la nieve de invierno fuera desapareciendo, que las luces de Capelle se descolgaran y que las primeras hojas de la primavera comenzaran a asomar en los árboles. Que los libros de texto se fueran acumulando en mi escritorio y que las medias se cambiaran por calcetines. Que Claire fuera deshaciéndose como si la vida se le desprendiera; llegaba a las cinco de la mañana de Dios sabe dónde y no salía de la cama hasta que daban las tres, el mal humor la obligaba a morderse la lengua, y no tenía ganas de nada que no incluyera una copa o un cigarro.

El tiempo me unió poco a poco a mi abuela, hizo que recobrara la fe en Chardin y curó parte de mis heridas —los moratones, el mareo, el miedo a que Jem huyera de esa nueva parte de mí—. Los pequeños bizcochos desaparecieron, pero mi abuela continuó cocinando. Cada semana llegaba con un paquete nuevo de galletas bajo el brazo. Jem dejó de preparar calabaza asada y Nathan por fin quitó las decoraciones de Navidad, con dos meses de retraso.

El tiempo con Jem era un paréntesis. Un descanso. Los relojes se detenían con un beso —aunque los atardeceres iban sucediéndose, los días amanecían de nuevo, la noche caía— y no volvían a ponerse en marcha hasta que giraba la puerta del apartamento a mi espalda.

Mis dibujos se llenaron de colores cálidos.

(Diría que mi corazón también).

El cactus de Jem sobrevivió, aunque sus hortensias no tuvieron la misma suerte.

Eleanor y Nathan se veían a escondidas en el cine de Capelle, aprovechando la oscuridad.

Jem y yo lo hacíamos en el parque, junto a *Le petit Benjamin*, aunque dejamos de escondernos.

Me enseñó a cocinar; no como mi abuela lo había hecho, sino a su manera: manchándome mucho las manos y aprovechando cualquier fracaso para llenarme las mejillas de harina.

Él escribía y yo leía, con la cabeza apoyada en su regazo.

Nos escapábamos de noche para buscar un rincón en Capelle donde se vieran las estrellas.

Me dejaba su chaqueta cuando pasaba frío. Le dejaba mi diadema cuando el pelo se le caía sobre la cara. Me ponía sus gafas y estrechaba los párpados para enfocar la vista, y él se reía, y me reía, y nos reíamos.

Discutíamos sobre qué cenar, sobre Claire, sobre si usar o no la telequinesia, sobre mi miedo. Él nunca levantaba la voz. Se quedaba cruzado de brazos, aguantaba mis gritos y mis rabietas, y, cuando todo se quedaba en silencio, se acercaba a mí y me abrazaba, dejándome hundir el rostro en su pecho. A veces le golpeaba con el puño cerrado, presa de la rabia. Pero él no se inmutaba, no intervenía. Se mantenía firme hasta que la rabia desaparecía.

Me calmaba.

Me acariciaba el pelo mientras me contaba historias, tumbados en su sofá. Sentía que no podía dejar de mirarle. Y en mi cabeza se repetía siempre el mismo secreto: «Estoy tan tan tan enamorada de ti».

Risa tras risa, beso tras beso, el tiempo fue sumando. Pero no fue lo único.

Primero fue pillarle mirándome de reojo, con el labio mordido. Después subía la mirada a mis ojos y ambos conteníamos las ganas de besarnos, hasta que dejamos de hacerlo. Mi voz se juntó con la suya, mis dedos encontraron los suyos. Puso la mano la base de mi espalda para guiarme hasta la habitación, y luego me besó, sin soltarme. Sus dedos recorrieron mi pelo, los míos el suyo, y la espalda, y los hombros, y la piel. Sus besos dejaron de ir directos a mis labios.

Me quedé sin aire, sin voz.

Pero no dejé que el miedo me frenara.

Héroes

Cuando desperté con la mejilla apoyada sobre el pecho de Jem y mis cabellos acariciándome la espalda, creí que todavía estaba soñando.

Los recuerdos de la noche anterior —y de todas las de antes— regresaron a mi mente y me despertaron como una ducha fría. Eché un vistazo alrededor para asegurarme de que todo seguía en su sitio. Los cojines que habían salido disparados en el último momento descansaban, inmóviles, sobre el suelo; los libros que habían caído de las estanterías no habían sufrido daños y las sábanas no se habían roto (por esta vez). Me acurruqué más cerca de Jem, nos cubrí con el edredón y volví a cerrar los ojos, tratando de sincronizar mi respiración con la suya.

Volvió a aflorar *esa* sonrisa. Me sentía orgullosa, feliz… Una heroína.

Casi podía imaginarme el rostro de Jem cuando se lo contara: «¿Pero qué tiene esto de heroico, Ari?».

Todo.

«Aquí el malvado monstruo son mis miedos, mis dudas, mi culpa.

»Nadie me ha visto tan vulnerable, tan indefensa y tan expuesta como tú lo has hecho. Te estoy dando mi alma con todo mi cuerpo, y no te das cuenta. La tienes en tus manos y podrías herirla si quisieras. Corro el riesgo de que mi abuela nos descubra —de que cualquiera nos descubra—, de sentirme culpable —¿cuántas veces me avisaron de que esto abría las puertas del infierno?—, de perderte y sentir cómo se me desgarran las entrañas, de arrepentirme de haberme acercado tanto a ti.

»Y sin embargo, estoy aquí. Contigo. No me importa todo lo que pueda perder.

»Tú eres más importante.

»¿Lo entiendes ahora? Somos héroes».

Todos los que quieras

Existen dos clases de personas: las que creen que a un evento bueno siempre le sigue uno mejor, y las que esperan una desgracia a la vuelta de la esquina que lo compense.

En aquel momento yo me consideraba de las primeras. A pesar de la lista de asuntos que aún no había resuelto, de la telequinesia, de las conversaciones evasivas con mi abuela; a pesar de todo, era feliz. Volvía a ver cuadros en los paisajes y a fijarme en los pequeños detalles.

Rodeada de gente tan mundana, casi me sentía normal. Rodeada de Jem, me sentía amada. Rodeada de Nathan, me sentía cargada de energía y optimismo. Y Claire… De ella no sabía nada. Nuestras conversaciones eran siempre superficiales y morían al primer silencio incómodo. A veces se saltaba las clases, y cuando venía se sentaba en la última fila, alejada de todos. Me preguntaba sobre los deberes que luego no hacía, sobre las clases a las que no atendía y sobre la gente a la que no se atrevía a ver. Luego se dormía y volvía a despertarse cuando el resto del mundo soñaba. O no se despertaba. Nunca lo sabía. Dejé de preocuparme el día que me gritó que nada de lo que dijera la haría cambiar de opinión.

«Es mi vida» era su frase favorita.

¿Y cuánto de su vida había dejado de ser suya?

Eran las diez de la mañana de un sábado, por lo que no me extrañó que Claire llamara a la puerta del dormitorio. Siempre se dejaba las llaves cuando salía con prisa.

Eché una mirada a su cama, perfectamente hecha, antes de levantarme del escritorio con un suspiro. Solo esperaba que no me obligara a marcharme para que ella pudiera dormir a gusto la siesta.

Pero cuando abrí la puerta, no fue a Claire a quien me encontré.

—Arielle —dijo Julie, una de nuestras compañeras. Tenía una mano apoyada en el marco de la puerta y la otra sobre el pecho—. Tienes que venir a recepción, ya. Es Claire.



Era Claire, la policía local de Capelle, *madame* Bellerose y un par de profesoras más; todos reunidos a las puertas de Sainte Geneviève. *Madame* Moreau asomaba la nariz por encima de la mesa de recepción. Un par de estudiantes cuchicheaban a la vuelta de la esquina, asomándose por detrás de una columna para ver qué estaba pasando. Julie y yo cruzamos el vestíbulo y nos detuvimos a unos metros de la entrada; *madame* Bellerose nos daba la espalda.

Claire se sacudió el brazo en cuanto el policía la soltó, y se tambaleó ligeramente hasta sentarse sobre un banco. Apoyó la espalda y la cabeza en la pared y cerró los ojos, dejando que el flequillo resbalara por su cara. Llevaba el uniforme del colegio algo más desarreglado que el día anterior: la blusa arrugada, la chaqueta resbalándole por el hombro, la corbata suelta y los calcetines bajados.

Una fugaz sonrisa asomó por sus labios antes de desvanecerse.

—Muchas gracias, agente —dijo *madame* Bellerose justo cuando llegamos—. No volverá a ocurrir.

—Eso dependerá de la jovencita, *madame*. —El policía hizo una leve inclinación de cabeza, con la mirada clavada en Claire—. Que pase un buen día.

Dieron media vuelta. La profesora se dirigió a Claire y la obligó a levantarse cogiéndola del brazo. Cuando se giró no supe definir la expresión de su cara. Cualquiera hubiera esperado encontrarla enfadada, pero los rasgos de su cara eran suaves.

La palabra que mejor la describía no era «furiosa», sino «decepcionada».

Recordé el día en que Claire me dijo que ellas, las profesoras, la conocían como si fuera su hija. Pasaba más tiempo en sus clases que en el salón de su propia casa. Eran ellas las que celebraban sus cumpleaños y las que la reñían cuando la veían correr por los pasillos. Cuando llegué al internado, todo el mundo confiaba en Claire de la Fontaine. Y fue así hasta el día que ella dejó de confiar en sí misma.

Entonces empezó a convertirse en un «caso perdido».

—*Mesdemoiselles*, ¿qué están mirando? —exclamó *madame* Bellerose; su rostro de niña marcado por una mueca—. Aquí no hay nada que ver. Venga, ¡marchando! Y usted, *mademoiselle* Larue —dijo, señalándome con un dedo —, venga a recoger a *mademoiselle* de la Fontaine al despacho de la directora dentro de media hora. No sé si ella estará en condiciones de encontrar sola el camino de vuelta.

Echó una mirada tan potente a la susodicha que podría haber atravesado su piel. Se acercó más a ella y la arrastró, con el paso acelerado, a través del vestíbulo, apartando la marea de estudiantes que se acercaban como si se tratara del mar Rojo.

Julie suspiró a mi derecha.

—¿Se puede saber qué diantres ha pasado?



Eso fue precisamente lo primero que le pregunté a Claire cuando cerramos la puerta de la habitación a nuestras espaldas. La chica se tambaleó camino a su cama, tropezó con la alfombra y acabó apoyándose en el escritorio, con una risita nerviosa.

—No ha sido más que la típica charla de director de instituto —dijo Claire, poniendo los ojos en blanco. Se dejó caer de espaldas sobre la cama—. «Estamos muy decepcionados con tu comportamiento», blablablá, «esto va en contra de los valores que enseñamos», y más blablablá…

Me acerqué a ella con los brazos cruzados.

—¿*Esto*? ¿Qué se supone que has hecho?

Ella levantó una ceja, divertida.

—¿De qué me crees capaz?

Solté un suspiro de resignación y le di la espalda, tratando de buscar paciencia en la pared. No quería saber lo que había hecho, solo quería asegurarme de que estaba bien.

—Claire, hablo en serio.

—Y yo también. Venga, dime, ¿qué rumores corren ahora? ¿Que soy una ladrona? ¿Una asesina? ¿Me he liado con un agente de policía que me dobla la edad? Va, mójate.

—No lo sé, Claire. He estado esperando como un perro abandonado para que ahora me cuentes la verdad.

Ella alzó las cejas. Tenía la sonrisa congelada, como si sus labios hubieran olvidado cómo destensarse.

—La verdad —repitió, saboreando las palabras en sus labios—. ¿La verdad? La verdad es que se me cruzaron los cables. Sin más. Como siempre. No debería sorprenderte. La única diferencia es que esta vez me pillaron. Pero no te preocupes, Ari, les llegará una multa a mis padres y todo solucionado. Ellos pondrán los ojos en blanco y clamaran: «¡Gracias a Dios que ya nos hemos librado de ella!». —Dejó escapar una carcajada seca.

—¿Te han pillado con la…? —La droga, quería decir, pero una parte de mí aún no se atrevía a confirmar que su amiga era una adicta. A pesar de todas las escapadas y las noches sin sueño, a pesar de su mono, de sus caídas, a pesar de todo… Seguía siendo una palabra prohibida.

Porque las cosas se vuelven reales cuando las dices en voz alta, y yo no quería que fuera real.

—Con las manos en un reloj de plata, concretamente. —Cerró los ojos, como si su confesión la hubiera llenado de cansancio—. ¿Ves? Nada catastrófico. Solo he sido un poco… —hizo una pequeña pausa— *mala*. Pero ni siquiera tenía malas intenciones; al contrario. ¿Para qué voy a querer yo un reloj?

Claire bajó la mirada y empezó a acariciar su anillo con cuidado, dándome la respuesta.

—Para Eugène, ¿verdad?

Otra vez esa sonrisa congelada, falsa; los labios de una muñeca cosida y deshilachada.

—No… No podía con la vergüenza de que él me diera tanto y yo no le devolviera nada. Quería que por una vez se hablara de mí. De lo ideal que soy y de la suerte que va a tener Eugène de tenerme como esposa, y no al revés. Una joven que le hace regalos a su prometido incluso antes de casarse, y de su propio bolsillo, ¡quién pudiera tener eso! ¡Una mujer con dinero que decide gastarlo en satisfacer a su marido! ¡Es una maravilla! —Rio sin alegría; por dentro lloró sin llanto—. ¿Ahora lo entiendes?

—Entraste en una tienda y saliste con un reloj de más. —Ella asintió—. Pero ¿por qué…? ¿Por qué molestarte? ¿Por qué no simplemente regalarle algo hecho por ti, o…?

—No tengo ni un centavo, Arielle. Todo el dinero que me dan mis padres cada mes se evapora en cuanto piso la calle. —Soltó una carcajada, abatida.

Se encogió sobre sí misma en la cama, dándome la espalda. Quería evitar mirarme. Quería evitar que viera más y más mentiras en sus ojos.

—Hay una razón más, ¿verdad? —Tanteé, acercándome a ella—. Corrígeme si me equivoco, pero pensaba que no le tenías mucho aprecio a

Eugène, solo a su dinero. Y nunca te ha importado lo que pensaran los demás.

Quizás me arriesgaba a que Claire me cruzara la cara por lo que le estaba diciendo, pero mis palabras no la alteraron. Inspiró profundamente y se giró hacia mí. Se quedó en silencio, sopesando si ya era tarde para confiar en mí.

Pero no tenía nada más que perder.

—Me prometieron más droga si conseguía el reloj.

—¿Quién?

—¿Qué más da? —Sacudió la cabeza—. La cuestión es que no dudé en aceptar el trato. No tengo dinero, no tengo droga, no tengo ganas ni fuerzas, ni una familia, ni un futuro. Nada. Ese trato al menos me daría algo con lo que entretenerme. Pero no sirvo ni para eso. —Hizo un sonido entre el suspiro y la risa.

Yo tenía un nudo en la garganta, una impotencia demasiado grande y las manos vacías, sin un consuelo que ofrecerle.

—Claire, no… —titubeé, porque no sabía cómo continuar. No, ¿qué? ¿No sigas este camino? ¿No desesperes? ¿Qué iba a decirle ahora que cambiara su manera de verse, que lo diferenciaría de todo lo dicho antes? Nada. Pero aun así no podía callar lo que sentía—. No soporto verte así. Lo que piensas no es cierto, y la dichosa droga no va…

—No va a solucionar mis problemas, no hará que las cosas mejoren… ¿Qué más? ¿Algo nuevo? —Puso los ojos en blanco—. No fumo para solucionar nada. Fumo para olvidarme a mí misma y para ser capaz de obviar toda la mierda que me rodea. —Otra vez esa sonrisa afilada—. Y ya está, no es ningún drama. Piénsalo: si Jem se marchara ahora, ¿no te pasarías el resto de tu vida besando a extraños e imaginando que es él? —Ni siquiera me dejó tiempo para contestar—. Yo hago lo mismo. En mi caso, lo que se marchó fueron mis oportunidades. Y las quería tanto como quise… Como quieres a Jem. —Tragó saliva—. Así que ahora no tengo más remedio que pasar el resto de mi vida besando cigarros y botellas. O, al menos, hasta que mi vida le pertenezca a Eugène y tenga que seguir haciéndolo a escondidas. Para cuando me pillen y las viejas del pueblo se escandalicen, ya será demasiado tarde.

Parpadeé, muda por la crudeza de sus palabras. A ella mi rostro le pareció cómico; soltó una risa y escondió su cuerpo por debajo de las sábanas, hasta el cuello.

—Cómo me alegra que te sorprendas —murmuró—. Aprovecha y vive, Arielle, ahora que la vida aún no te ha jodido.

Aquella noche me acosté furiosa. Furiosa porque Claire no dejaba de hacerse daño, porque no quería ver que había una vida más allá de los callejones oscuros y las botellas de alcohol. Furiosa porque se había rendido mucho tiempo atrás, y yo no había sido lo suficientemente perspicaz como para alentarla a tiempo. Furiosa porque durante mucho tiempo fue mi única amiga (¿era eso a lo que llamaban «mejor amiga»? No creía que nadie pudiera suplantar a mi madre en ese puesto). Y, aunque me dolía admitirlo, también me enfadaron sus últimas palabras.

¿Quién era ella para pensar que la vida no me había «jodido»? Ella tenía a sus dos padres vivos, felices y a salvo en su gran casa de tres plantas. No era consciente de lo que yo daría por un segundo más con mi madre, aunque eso significara el resto de la eternidad en el infierno. Ella tenía un futuro seguro. Nunca pasaría hambre ni dormiría debajo de un puente. Ella tenía un cerebro normal, uno que no ponía en riesgo a todo aquel que se le acercara. A quien la tocara. A quien la quisiera.

No tenía razones para quejarse.

Al día siguiente, Jem solo aguantó al teléfono quince minutos, y colgó en cuanto mi rabia me dejó incapaz de hilar frases con sentido. Quince minutos después, su coche apareció en la puerta de Sainte Geneviève. Oí los pitidos de su claxon desde la otra punta del campus; era él, sin duda.

Un vestido de topos rojos y una excusa a *madame* Moreau después, salí a encontrarme con Jem, que me esperaba en el interior del coche con un libro sobre los muslos. Lo cerró al verme llegar y lo dejó sobre la guantera.

—¿Para cuándo el carné de conducir? —dijo, después de saludarme con un beso. Me acomodé en el asiento del copiloto y busqué el cinturón con las manos.

—Mi abuela no me lo permite. Cosa de hombres. —Sabía que con esas tres palabras lo explicaba todo. Sin necesidad de mirarle, también supe que había puesto los ojos en blanco.

—Las mujeres también pueden conducir, lo sabe, ¿verdad? No está prohibido por la ley.

—Pero no lo ve algo femenino, además de ser «tremendamente peligroso» —contesté, imitando su voz—. No importa, Jem, de verdad. Tú arranca.

Jem obedeció, no sin antes poner en marcha la radio. El ronroneo del motor se fundió con los sonidos graves de un bajo.

—¿Estás mejor? —preguntó.

Fruncí los labios antes de contestar, con la mirada perdida en el paisaje que iba acelerándose a través de las ventanas.

—No.

—Estupendo —dijo, para mi sorpresa—. Entonces tengo un remedio.



Aquella tarde, Jem me llevó al autocine de Capelle. Me prometió una película de ciencia ficción con unos efectos especiales que harían que saltara sobre el asiento. En cuanto me despisté, Jem ya estaba pidiendo palomitas.

—Había traído galletas de jengibre.

—¿Galletas de jengibre? —repitió, con una sonrisa. Se metió una palomita en la boca.

—Son las sobras de la casa de mi abuela; ahora le ha dado por la repostería.

—¿Y están mejor que las mías?

Se me escapó una carcajada.

—Eso nunca. Disfruta de tus palomitas, anda, yo me encargo de esto.

Aparcó en una de las primeras filas, aunque el escampado estaba prácticamente desierto. Un par de coches se habían colocado al final del recinto, y otro par a nuestra derecha, a una prudente distancia. El autocine fue llenándose más y más una vez hubo empezado la proyección, aunque todos se mantenían separados unos de otros, como si fueran a contagiarse de gripe.

Estaba más pendiente del movimiento de la gente en la oscuridad que de la película. Ellos me parecían más peligrosos. O quizás era que me recordaban más a Claire, y a sus sombras, y a sus palabras, y a la rabia que Jem había intentado que olvidara.

—Eh —dijo él, pasándome una mano por encima del hombro. Me acercó más a su pecho—. ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza y me metí una galleta en la boca para no tener que hablar. Sentí el suspiro de Jem junto a mi oreja.

—Venga, vamos afuera.

—¿Afuera?

—Al capó. Así te dará un poco más el aire.

Pero el aire no sirvió para espantar mi mal humor. Me senté sobre el capó del coche con cuidado, aunque Jem no lo trató con la misma delicadeza: se dejó caer sobre él, se echó las manos por detrás de la nuca y se tumbó en el cristal. Me hizo un gesto con la cabeza que parecía decirme «ven, tengo un espacio en mi pecho que lleva tu nombre». La luz del proyector se levantaba sobre nuestras cabezas como un rayo, descubriendo a su paso todas las

pequeñas motas de polvo que atravesaban el aire. El reflejo de la pantalla llenaba la cara de Jem de contrastes. Los ojos le brillaban, totalmente inmerso en la historia.

Yo había perdido el hilo mucho tiempo atrás, y cada vez que volvía a intentar ver la película me encontraba distrayéndome con pensamientos que se entrometían sin permiso. Siempre los mismos. Siempre igual, una y otra vez. Hasta yo me aburría.

Jem se irguió y se acercó a mí hasta que nuestros hombros se tocaron. Me susurró al oído, haciéndome cosquillas con su aliento.

—Parece que estás en otro mundo. —Se separó ligeramente para sonreírme—. Y no precisamente en el de la película. ¿Qué ocurre?

—Solo me he distraído.

—Vamos, Ari —insistió, con un suave golpecito en el hombro—. Estoy preocupado por ti.

—No lo estés.

—Ah, claro, es así cómo funciona, ¿no? —Sacudió la cabeza—. Me dices que no me preocupe, mi cerebro lo capta perfectamente y obedece. Arreglado.

Consiguió sacarme una sonrisa.

—¿No sería genial que fuera así?

—No. —Rodeó mi mano con las dos suyas y se la llevó a los labios—. Y ni se te ocurra utilizar tu telequinesia para intentarlo.

Rio, dando a entender que estaba bromeando. Pero lo último que necesitaba era recordar que sus palabras tenían algo de sentido.

Volví la vista al frente, a la película, pero Jem no se rindió.

—¿Es todavía lo de Claire?

—Claro que es lo de Claire. Está muy mal, Jem.

—Lo sé.

—No sé qué hacer.

—No es cuestión de lo que hagas, Arielle, sino de lo que *puedas* hacer.

Carraspeó y bajó el tono de su voz. Jem estaba haciendo un esfuerzo para que sus susurros fueran lo suficientemente altos como para escucharse por encima de la película, pero sin llegar a molestar a los demás espectadores.

—Puedo ayudarla —insistí.

—¿De verdad? ¿Puedes obligarla a quedarse en el internado? ¿Puedes saciarle el mono, puedes apartarle cada botella de alcohol que le ofrezcan? ¿Puedes abofetear a su familia hasta que les importe lo que le pasa? Porque lo saben, Arielle. Están al corriente de todo.

—¿Y por qué no hacen nada? ¡Ellos pueden…! —Me quedé con las palabras atragantadas—. ¡Pueden hacer algo! Pueden llevarla a un médico, a un centro, a lo que sea. Pueden darle cariño. Darle un sitio en el que se sienta segura. —Tragué saliva—. Pueden hacer lo que yo no puedo, pero…

Pero no querían, recordé.

—Todo eso supondría aceptar que su hija tiene un problema muy gordo —dijo Jem, con un suspiro—. Una vez la llevaran al médico, todo el mundo se enteraría de la «desgracia» de los de la Fontaine. Y no pueden permitirlo. Perderían demasiados contactos, demasiados tratos. El negocio de su padre podría verse afectado, igual que la vida profesional de sus hermanos. Nadie querría acercarse a una familia manchada por las adicciones.

—Malditas apariencias. Ni que Claire hubiera querido acabar así —murmuré, tan bajo que ni siquiera estuve segura de que me hubiera oído.

Porque si algo tenía claro era que Claire, la Claire que conocí cuando llegué al internado, no quería volverse una adicta. Quería pasarlo bien. Quería *probar*, y arriesgarse, y evadirse. No quería perderse a sí misma. No quería llorar por un par de gramos más, no quería que su único deseo fuera una pastilla más al mes; nunca pidió los besos de extraños ni las manos ajenas en su piel. Pero ahora era demasiado tarde para volver a levantarse, decía.

Cuando me di cuenta, una lágrima había resbalado desde mis pestañas a mi mejilla. Jem la vio antes que yo y la apartó con cuidado de mi cara, acariciando mi piel a su paso. Algo en aquel gesto me recordó a la muerte de su abuelo y a la manera en la que yo había intentado sostenerlo cuando se derrumbaba. Ahora los papeles se habían invertido.

La única diferencia era que mi dolor, comparado con el suyo, no era más que una rabieta de niña pequeña. Claire también era su amiga, de hecho, y llevaba siéndolo durante mucho más tiempo. Y sin embargo, la que lloraba ahora era yo.

—¿Cómo consigues que ya no te duela? —La voz me quebró en la última sílaba, pero conseguí mantener mi mirada clavada en la pantalla.

—Me duele, Arielle. —Tragó saliva, sin dejar de acariciarme—. Claro que me duele. Pero lo extirpo. Lo escribo. Dejo que el dolor se vuelque hacia fuera, de la manera que sea, hasta que me quede vacío.

—¿Y lo consigues?

Una sonrisa triste. Sus labios se apretaron sobre los míos, fugaces.

—A veces. Pero me repito que no es mi culpa, que no depende de mí, que la vida es mucho más que un problema. Y si no llego a creérmelo, lo vuelvo a

escribir. Una y otra vez, hasta que se me cansan los dedos. Te asustaría ver mi papelera.

Me aparté con la manga la única lágrima que había sobrevivido y me esforcé por sonreírle.

—Últimamente escribes mucho, ¿no? ¿Y la universidad?

—¿Qué pasa con ella?

—Cuando te conocí te pasabas *todos* los días debajo de un montón de libros. ¿Se están portando mejor este curso?

Él hizo una mueca.

—No, en realidad soy yo el que se está portando peor.

Solté una carcajada que se cortó ante el siseo impaciente de uno de los conductores a nuestra derecha. Agaché la cabeza, como si evitar que me vieran ayudara a que tampoco nos oyeran. Jem siguió el juego y se dejó caer sobre el capó, de lado, con una mano sujetando la cabeza y la otra a través de su pecho.

—¿No vas a ver la película? —pregunté. Al menos él había estado más pendiente que yo—. Creo que los protagonistas van a besarse.

—Me niego a estar de brazos cruzados viendo cómo dos personas se besan sin recibir yo nada a cambio.

Me giré hacia él, imitando su postura.

—¿Me estás pidiendo un beso?

—¿Me lo darías?

Solté una suave carcajada, acercándome más a él. Su rostro aparecía y desaparecía en la oscuridad con cada fogonazo de la pantalla.

—Todos los que quieras —susurré, antes de apoyarme sobre mis codos para llegar a sus labios.

Sonó la música que anunciaba el clímax de la película; el piano y los violines tocaron *in crescendo*, cada vez más intensos, cada vez más fuertes. Como nosotros. Como sus manos en mis hombros y en mis brazos y en mi cintura. El apasionado beso de los protagonistas quedó en segundo plano, pobre y falso, frente al cariño que se escapaba de nuestros labios. Los suyos aún tenían el suave regusto de las palomitas.

Las puertas de un coche al cerrarse y el leve *tic* de una gota al chocar contra el cristal hicieron que mi mente se desviara, aunque a Jem no le frenaron. Empezó a sonar la música de los créditos y el recinto se oscureció. Los motores ronronearon. Las gotas fueron cada vez más numerosas y, en medio segundo, el chispear del agua se transformó en lluvia. Jem separó el

rostro de mí y miró al cielo, cerrando el ojo en cuanto cayó la primera gota. Tenía las mejillas ruborizadas.

—Creo que deberíamos refugiarnos dentro, *ma chérie* —dijo, riendo. Se incorporó y limpió las gafas en su camisa antes de saltar al suelo.

—Espera —dije, todavía sentada sobre el capó. Tenía la falda salpicada de gotas de lluvia y sentía que el rostro me ardía. Bajé del capó con un jadeo y me acerqué a Jem, humedeciéndome los labios—. Dime que todavía tienes municiones en la guantera.

Le rodeé la cintura con un brazo, acercando la mía. Él soltó una carcajada antes de besarme.

—Todas las que quieras.

Nuestro coche fue el último en salir.

C’est la vie

Volví a Sainte Geneviève con el convencimiento de que si el coche de Jem había sobrevivido a nosotros, yo también sobreviviría a una noche más sin sentirme culpable por el asunto de Claire. O por haberle dado el susto de su vida a Jem al encender la radio sin quererlo, por culpa de la telequinesia.

Chardin tenía razón; las hormonas eran peligrosas. Pero con Jem perdía el miedo a todo. Lo que antes me hubiera dejado con el corazón en la garganta, ahora solo hacía que me doliera el estómago de tanto reír.

Abrí la puerta de la habitación con cuidado de no despertar a Claire; las horas con Jem pasaban volando y hacía mucho tiempo que habían apagado las luces del patio. Debían de ser alrededor de las dos de la mañana. Daba gracias a Dios porque en aquel internado dieran más libertad a las alumnas de último curso de la que me daría mi abuela si estuviera con ella. Aunque algo me decía que en aquel momento ni el más estricto de sus castigos lograría hacer que se me desvaneciera la sonrisa.

La misma sonrisa que duró tres segundos en cuanto entré en el dormitorio.

Otra vez, todo volvía a estar a oscuras, a excepción de la franja de luz que se colaba por la puerta entreabierta del baño. Todo volvía a estar en silencio, hasta que la arcada de Claire lo rompió.

Tiré el bolso al suelo y corrí al encuentro de la chica, que estaba encorvada sobre el váter, con las manos rodeándolo como si fuera el cuello de un amante. Su espalda se arqueó antes de que ella se hundiera más en el retrete. Luego cogió aire, ahogada; el pecho subiendo y bajando frenéticamente. Para entonces yo ya estaba a su lado, con una mano agarrándole el cabello y la otra en su espalda.

Tenía el pelo pegado a la frente y el rostro cubierto de sudor, pero ella estaba helada. Más blanca todavía que la última vez que la encontré en esas condiciones. Ya ni siquiera se me ocurría preguntarle si estaba bien, si se encontraba mejor; era obvio que no lo estaba. Utilizó todo el esfuerzo que le

quedaba para buscar mi mano con la suya y apretarla, con los dedos temblando. Luego se echó para atrás y apoyó la cabeza en mi pecho, todavía con la respiración entrecortada.

Abrió los ojos despacio, como si los párpados le pesaran, y buscó mi mirada. Me dedicó la sonrisa más rota y triste que había visto.

—He vuelto a caer, Ari —dijo, con la voz ronca. Le aparté el pelo con cuidado para darle un beso en la frente.

Estaba fría. Muy fría.

—Vamos, voy a llevarte a la cama. Se te cierran los ojos.

Y ella no replicó.



El aire estaba cargado de una extraña quietud; el tipo de silencio que avecinaba que algo iba a ir terriblemente mal. Sentía un peso muerto sobre mi pecho, como si respirara cemento. Casi podía escuchar cómo la telequinesia palpitaba bajo mi piel, al acecho. «Altérate durante un solo segundo y me maldecirás todo el día», susurraba.

Estiré los brazos para desperezarme (y librarme del miedo), me froté los ojos y giré hacia el otro lado de la cama. Alargué la mano hacia el reloj de mesa.

—*Merde*.

Empezar un lunes llegando tarde a clase era una catastrófica forma de comenzar la semana. Y menos cuando la noche anterior no había descansado nada —en parte por culpa de Claire, en parte por culpa de Jem—. La chica me debía una buena taza de café para compensar la escena de anoche. Si es que despertaba. No me extrañaría que apareciera en el comedor un par de horas más tarde, con el rostro descompuesto y la mirada cansada.

Aunque juraría que Claire quería cambiar. Llevaba una buena semana; apenas había faltado a clase. Si ahora iba a quedarse en la habitación, no sería porque yo no la hubiera avisado.

—Claire, hay clase con *madame* Bellerose a primera hora, ¿recuerdas? —dije, pasándome el camisón por encima de la cabeza—. Y estamos dando un tema difícil, la verdad. Seguro que cae en el examen. ¿Vas a venir?

Me abroché la blusa, me saqué el pelo por fuera del cuello de la camisa, me agaché para buscar uno de mis zapatos debajo de la cama.

—Vale, entendido, «solo cinco minutos más», ¿no? —Suspiré. Me puse en pie de nuevo, sin haber encontrado mis zapatos y con la falda resbalando

por mi cintura. Me la ajusté y busqué el broche de la rosa con la mirada—. Claire, venga —insistí, cruzando la habitación a zancadas—, que no se diga que no te he avisado. Oh, aquí estás.

El broche había caído al suelo, junto al armario. Lo coloqué con cuidado en el jersey antes de ponérmelo y, una vez vestida, me giré hacia el bulto de la cama, desenredándome el pelo con las manos.

—Claire, a este paso tendré que traerte el desayuno. Sé que me escuchas.

El silbido del aire contra los cristales de la ventana.

Un pájaro piando a lo lejos; unos pasos al otro lado de la puerta, en el pasillo.

El deslizar de mis dedos a través de mi pelo, hasta quedarse atrapados en un nudo. El taconeo de mis zapatos dando golpes impacientes contra el suelo.

Y nada más.

—Claire —volví a llamarla, ahora más despacio.

El latido de mi corazón, cada vez más potente.

Ni las sábanas de Claire moviéndose, ni un murmullo, ni un gruñido, ni un suspiro.

—No, Claire —supliqué. Una única idea empezó a dar vueltas en mi cabeza, llenándola de gritos que solo yo podía oír. Las lágrimas empezaron a nublarme la vista—. Por favor…

Tiré de la sábana y me encontré con el rostro de mi madre el día que murió. Sus ojos abiertos, sus cuencas vacías, sin vida; la piel tan blanca que podría confundirse con el colchón.

Di dos pasos hacia atrás y tropecé con la alfombra. Me apoyé en el respaldo de mi cama para recobrar el aliento antes de acercarme de nuevo a Claire.

Porque era Claire. Mi madre murió solo una vez. Ahora no era más que polvo. Sus ojos nunca estuvieron abiertos, y el fantasma que había visto no era real.

No lo era, no lo era, no lo era.

Todo era un mal sueño, una pesadilla, una ilusión. Todo era mentira. No era real, no podía serlo.

No *quería* que lo fuera.

Pero en mi cabeza aún escuchaba el eco de mis gritos, aquel día. Las sábanas que ya no cubrían a Claire podrían haber sido las que acabaron con mi madre.

Volví a acercarme, aparté más la sábana, le quité el pelo de la frente con cuidado y dejé de respirar.

O por lo menos, esa fue la sensación que tuve. Al cabo de un segundo cogí aire como si hubiera estado ahogada durante horas; inhalé y exhalé, una y otra vez, cada vez más rápido, cada vez menos consciente. Las rodillas me vencieron y caí el suelo, las lágrimas cubrieron mis ojos y mi cabeza no dejo de chillar: «No, no, no, no, no».

«No».

«*No*».

«**No**».

El fantasma de Claire me trajo el recuerdo de su sonrisa pintada de carmín y la forma en la que una vez susurró: «*C'est la vie*». Ahora sus labios eran azules. Su piel estaba fría. No sonreía, no lloraba, no…

—No, Claire, por favor —gemí, arrastrándome hasta la cama. Le cogí la mano entre las mías pero ella no reaccionó—. Claire, despierta. —Sabía que no estaba dormida. Lo sabía—. Despierta. Por favor, Claire, despierta. ¡Despierta! —Le di una sacudida que no sirvió más que para remover sus cabellos, como si fuera una muñeca de trapo. Vacía—. ¡Despierta! ¡*Putain*, Claire! ¡No puedes irte, no puedes dejarme, no…!

Las lágrimas ahogaron mis palabras y la pena se hizo demasiado grande. Volví a coger el rostro de Claire entre mis manos, frío, esperando que un suave suspiro asomara de sus labios. Solo uno.

Esperé hasta que los llantos se oyeron en toda la residencia. Hasta que me encontraron abrazando a Claire, con la oreja en su pecho, buscando un corazón que no latía. Hasta que *madame* Bellerose chilló de espanto, se desplomó y mandó llamar a todo el servicio.

Abracé a Claire hasta que me sacaron a rastras de la habitación, a pesar de mis chillidos y mis patadas. La cubrieron con una sábana igual que ella hacía las mañanas que no «quería» levantarse. Pero Claire siempre quería. Aunque cayera, aunque perdiera la esperanza, ella quería volver a intentarlo. No quería morir; por más que tonteara con la muerte, nunca quiso. Claire de la Fontaine quería vivir desesperadamente.

Y ahora estaba muerta.

Como mi madre, como el abuelo de Jem, como todo lo que se acercaba a mí.

«*C'est la vie*», dijo la chica que ya no vivía.

¿Y ahora?

Existe un breve espacio de tiempo nada más despertarse en el que dejas de ser. Por un momento no tienes recuerdos, no sientes nada; estás flotando en el vacío. Eres un lienzo en blanco. Pero no dura demasiado y de pronto recuerdas perfectamente dónde estás, quién eres, y qué es todo aquello que intentabas olvidar.

Estaba en la habitación de Sainte Geneviève y la cama a mi izquierda estaba vacía, perfectamente hecha. La pared desde donde días antes me saludaban Elvis y demás celebridades, también vacía. El armario, los cajones, el escritorio. Ni un papel, ni una foto, ni un recuerdo.

Me encogí sobre mí misma y hundí el rostro en la almohada.

«No puedo, no puedo, no puedo, no puedo».



Cuando vi a Jem me mordí la lengua para no preguntarle de nuevo «¿cómo haces para que no duela?» porque veía en su rostro cansado, en sus ojeras, en los hombros caídos y en los puños apretados que él aún no había encontrado la respuesta. Lo había escrito, pero no lo había extirpado. Todavía miraba al vacío como si nada fuera real.

Como si la iglesia no se estuviera llenando de rostros que lloraban. De los que conocían a la Claire niña y a la Claire que dejó de serlo. De Eugène, luciendo un reloj mucho mejor que el que ella intentó robar, y el resto de su familia fingiendo dolor. Ellos habían perdido una inversión, no un ser querido.

Nathan llegó tarde porque no quería llegar nunca. Cuando le contaron la noticia, rio hasta que le juraron que no estaba bromeando. Pero siguió riendo. Siguió riendo para no llorar, hasta que el dolor rompió su garganta.

A Eleanor la conocí como pareja de Nate y no como profesora auxiliar en el funeral, aunque también venía con el profesorado. *Madame* Moreau, *madame* Bellerose, el conserje, la directora; todos vinieron a despedirse de la joven que habían visto crecer en sus patios.

Los hermanos de Claire eran iguales que ella: el mismo pelo, los mismos ojos y la misma postura inquieta. No conseguí distinguirlos entre ellos.

Lo peor de la ceremonia fue el peso del silencio incómodo que se formaba cuando todos callaban. También después de dar el pésame. Después de oír el nombre de Claire. Cada vez que alguien tenía miedo de pronunciar la palabra «sobredosis». Era ese silencio que parecía gritar «bueno, ella sabía dónde se metía». Era el silencio de los desconocidos que ahora fingían duelo, el silencio detrás de cada mirada lasciva, el silencio que transformó mi pena en rabia.

En cuanto la ceremonia se dio por terminada, una multitud de personas fue acercándose lentamente al ataúd, ahora abierto, para darle el último adiós a Claire de la Fontaine. Mis piernas fueron automáticamente en dirección contraria, pero choqué con el pecho de Jem. Una vez ahí no vi ninguna razón para retroceder. Le rodeé la cintura con los brazos como una niña pequeña después de una pesadilla y dejé que me acariciara el pelo.

—No puedo —murmuré.

—No pasa nada.

—Debería ir. Deberíamos ir. Tenemos que decirle adiós. —A mi lado, oí el lamento ahogado de Nathan. Eleanor le cogía la mano con fuerza.

—Le diré adiós el día que decida no volver a recordarla, Ari. —A Jem se le quebró la voz, pero alzó la barbilla para ocultarlo—. No estás obligada a verla así.

«Otra vez», pensé, con el corazón encogido. Jem debió de notar el escalofrío que recorrió mi espalda, porque me apretó más contra él.

—No puedo creerlo —repetí por décima vez aquel día.

—Lo sé.

—¿Qué se hace ahora, Jem?

Me besó en la frente, no dejó de abrazarme, y empezó a llorar en silencio. Estuve un minuto esperando una respuesta que no iba a llegar.

Los primeros días fue fácil desaparecer de Sainte Geneviève. Las profesoras y los docentes estaban demasiado ocupados dando charlas y hablando con

padres preocupados, ahuyentando a las miradas curiosas, como para preocuparse de la compañera de habitación de la difunta. Nadie entraba en nuestro cuarto, como si se hubiera convertido en un velatorio. Nadie se atrevió a quitar el nombre de Claire de la Fontaine de la placa de la habitación 517. Por eso nadie se preguntó, tampoco, dónde pasaba las noches Arielle Larue.

Pero yo no lo dudé ni un segundo.

Aproveché esos primeros días de caos para refugiarme en uno de los pocos lugares en los que me sentía a salvo.

A pesar de mi insistencia, Jem durmió esa noche en el sofá y me dejó su habitación. Gracias a Dios conseguí convencerle para que no durmiera en el suelo, a mi lado, porque no quería dejarme sola. «Tranquilo, Jem» le dije, «si te necesito iré».

Y eso hice.

Cuando el rostro muerto de Claire se apareció en sueños, cuando sus manos rodearon mi cuello hasta ahogarme, cuando sentí que me faltaba el aire y me levanté con la respiración entrecortada y un nudo en la garganta, puse los pies contra el frío suelo y caminé como una niña sonámbula hasta el salón.

Jem estaba hecho un ovillo en una esquina del sofá, con las rodillas dobladas y la cabeza apoyada sobre sus manos. Cuando me acerqué a él me di cuenta de que llevaba un rato despierto.

—Te necesito —murmuré, porque estaba desesperada por sentir algo que fuera real.

Jem no dijo nada; solo hizo un hueco en el sofá, destapó la manta con cuidado y estiró el brazo hacia mí. Me tumbé a su lado y le rodeé el torso con los brazos, aferrándome a su cuerpo, a su calor, a su respiración. Estaba vivo. Estaba vivo, estaba bien, estaba conmigo. Me besó la frente y me acarició el pelo hasta que cerré los ojos.

No volví a tener pesadillas.

Hasta cien

La lámpara del techo parpadeó un par de veces antes de alumbrar toda la sala. Sacudí la cabeza, desorientada. Aún sentía la presión invisible de mi mejilla contra mis brazos.

—Arielle, ¿qué haces aquí?

Me aparté unos mechones de la cara y me erguí, estirando los brazos por encima de aquel libro. *Madame* Bellerose se detuvo a mi lado, con las manos entrelazadas encima del abdomen.

—Me he dormido.

—Eso ya lo veo. —Echó un vistazo al reloj de su muñeca—. Doce menos cuarto. Va siendo hora de ir a la habitación, ¿no?

Y entonces la realidad me cruzó la cara con una bofetada. Volvió ese vacío en el estómago, esa culpa y esa rabia; volvió el recuerdo de la piel fría de Claire y de la voz trémula de sus padres en el funeral. Por unos instantes parecía que todo iba a ser más fácil. Que ya no dolía. Por unos brevísimos segundos, no había sido más que una alumna cansada frente a sus libros.

Eché un vistazo a mi alrededor: no quedaba nadie en la sala común. Las pocas estudiantes que trasnochaban se habían retirado a la biblioteca o a sus propias habitaciones. Los libros se habían cerrado y ahora descansaban en montones sobre los escritorios. Ya no había nadie en los sillones, la chimenea estaba apagada; las cortinas, corridas.

—Arielle, venga.

La profesora me puso una mano en el hombro y di un respingo, como si me hubieran tocado con hierro caliente. Me aparté de ella con brusquedad y me crucé de brazos.

—No voy a subir, *madame*.

Ella suspiró, pero no preguntó por qué.

—Está bien —murmuró, paciente. Se sentó en la silla que había a mi lado y me sonrió—. Te haré compañía hasta que te entre el sueño.

—¿Y luego me subirá al dormitorio en brazos? —Puse los ojos en blanco, pero mi humor sonaba forzado y roto—. *Madame*, de verdad que no quiero… —«no llores, no llores, no llores más»— no quiero subir. Puedo dormir en el sofá, si lo prefiere. Le prometo que a las seis estaré despierta.

—No está permitido dormir en las zonas comunes, cariño. —Puso una mano sobre mi brazo, y esta vez me contuve para no apartarme—. Te prometo que pronto te conseguiremos una nueva compañera de habitación y así no dormirás sola.

No puede evitar soltar una carcajada escéptica.

—¿Pronto? La graduación es en unos meses. ¿Van a esperar a que llegue milagrosamente una estudiante que se anime a cursar aquí los últimos meses de su último año o van a echar a suertes a ver a quién le toca dormir en la cama de una muerta?

Los ojos de *madame* Bellerose se abrieron como platos.

—Arielle… Estamos haciendo todo lo que podemos y… Sé que la situación es dura. A todos nos afectó mucho. Pero ella querría que siguieras adelante.

Que me negara a dormir en una habitación cargada de recuerdos, donde solo conseguía tener pesadillas, no significaba que no quisiera seguir adelante.

Pero no quería seguir discutiendo algo que *madame* Bellerose no entendía. Ella no había compartido con Claire lo mismo que yo.

—De acuerdo —dije, obedeciendo como un perro bien amaestrado. La profesora trazó una sonrisa para ocultar el cansancio que la embargaba y me tendió el brazo.

Me acompañó por las escaleras hasta el quinto piso, me siguió por el pasillo mientras yo arrastraba los pies, cabizbaja; se paró frente a la puerta 517, donde alguien ya se había encargado de borrar el nombre de Claire, y esperó a que entrara.

Eso hice. Entré. Entré, encendí la luz, cerré la puerta, cerré los ojos, apagué la luz. Apoyé la espalda en la puerta y fui resbalando hasta sentarme en el suelo. No abrí los ojos, no encendí la luz. Me abracé las rodillas, hundí la cabeza entre los brazos y conté hasta cien.

En el número diecisiete vi a la Claire que salía de la ducha con una toalla enroscada en la cabeza.

En el número veintitrés vi a la Claire que alzaba un zapato, desafiante, para defenderme de una araña.

En el número cuarenta y seis vi a la Claire que miraba embelesada mis dibujos, con un brillo infantil en los ojos. Seguía el trazo del pincel con la mirada e iba deslizando la cabeza de sus manos a sus brazos, hasta apoyarse completamente en la mesa. Sin dejar de mirarme. Sin dejar de sonreír. Decía que la delicadeza con la que trataba las pinturas la hacía sentir en paz, tranquila.

En el número setenta y dos vi a una Claire que aun estando rota me quería ver reír. Quería comprarme un regalo de Navidad, pero yo me negué. Quería volver a ver a Nathan y a Jem, pero algo en su pecho se lo impedía. Quería acabar aquel curso, vestirse con la toga y el birrete, ver a sus padres aplaudiéndola.

Quería invitarme a su boda, no a su funeral.

En el número cien, con las mejillas húmedas por las lágrimas, me puse en pie y abrí la puerta del dormitorio. Bajé los cinco pisos por las escaleras a contrarreloj, sin apenas mirar dónde pisaba, y llegué a la sala común con la respiración entrecortada. Todo estaba oscuro. *Madame* Bellerose ya estaría en su cama; no volvería a buscarme.

Aquella noche dormí en el sofá, lejos de Claire.

Bienvenida y despedida

Tienes mala cara —dijo mi abuela, sujetándome el rostro entre las manos—. Túmbate, cielo, voy a prepararte una infusión.

Apartó el equipaje de la entrada y las dejó junto a la escalera.

—Estoy bien, abuela. Es mi cara.

Ella frunció los labios, pero no replicó. Las infusiones nunca faltaban en aquella casa, hubiera o no caras enfermas.

«Aquella casa» que aún era mía, aunque mi buhardilla se hubiera llenado de polvo y en mi habitación no se conservara nada más que el par de peluches de mi infancia. Tenía trozos de hogar repartidos entre Capelle y Arcueill: el dormitorio en la casa de Chardin, donde tenía la almohada más cómoda y un armario repleto de vaqueros; la cama de Jem, que me había visto al descubierto, sin máscaras ni secretos; la sala de arte en Sainte Geneviève donde me había despedido de todos los lienzos y los cuadros que nunca acabé; y el lugar donde antes crecía el jardín de mi madre. Si tenía que creer que ella seguía conmigo, sabía que ese era el único rincón de la casa donde la encontraría.

Miré la pobre maleta con la que había entrado en Sainte Geneviève, y con la que ahora salía. No llevaba mucho: en el internado solo necesitábamos el uniforme y un par de conjuntos para el fin de semana. Me había traído también el material de pintura. El resto —mis libros, mis apuntes, algunos de mis cuadros— se había quedado en el colegio, resguardado por *madame* Moreau, para que los recogiera cuando hiciera falta.

—Han sido muy amables al hacer esto por ti —dijo la abuela, con una sonrisa, mientras dejaba una taza de humeante té sobre la mesa—. Les diste las gracias, ¿verdad?

Asentí sin mucho entusiasmo.

El colegio también se había quitado un peso de encima al librarse de la niña que ensuciaba los sofás porque se negaba a entrar en la habitación y que lloraba cada vez que tocaba calabaza asada.

—¿Tendrás problemas para coger el tren por las mañanas? —Mi abuela me indicó con un gesto que me sentara a su lado, en los sillones—. Yo suelo despertarme alrededor de las siete. Puedo despertarte antes, si lo necesitas.

Negué con la cabeza y me senté en el sillón.

—Jem se ha ofrecido a recogerme los días que me venga mal.

Su rostro se contrajo en una mueca durante un segundo antes de recobrar la sonrisa perfecta.

—Oh, Jem. ¿Sigues…?

—Sí.

—Vaya.

Esta vez fui yo la que se sorprendió.

—¿Vaya, qué? ¿No me creyó cuando le hablé de él?

Removió su té con la cuchara, incapaz de mirarme a los ojos.

—Hubiera preferido que no fuera cierto. O, mejor dicho, que no me lo ocultaras. —Arrugó el entrecejo, pero no parecía molesta. Solo decepcionada.

—¿Cómo iba a contárselo, abuela? —Resoplé—. Si ya… Casi le da un infarto cada vez que le hablo de estudiar Bellas Artes. Y de la telequinesia. De Chardin, de mi madre, de todo lo que me importa. ¿Cómo no iba a pensar que con él sería igual?

Ella se quedó en silencio, cohibida. Hubiera dado todo el dinero que acumulaba en mi hucha para saber lo que pasaba por su cabeza en aquel momento.

—Da lo mismo. Ya eres toda una mujer, y yo…

«Tú no lo ves, y sigues tratándome como una niña, y sigues creyendo que puedes decidir sobre mi vida, y sigues mirándome con pena cada vez que te miento y te digo que estoy bien», pensé, pero me obligué a desmentirlo.

No quería tener razones para odiar a mi abuela. Por una vez, no quería estar en su contra. No quería, ni debía, pagar con ella la rabia de la muerte de Claire.

—En fin —resopló mi abuela, dando un suave golpe sobre sus rodillas—. Voy a ir a prepararte la habitación y a ponerte sábanas limpias. ¿Necesitas algo?

Fruncí los labios. Mis manos aún no habían tenido tiempo de entrar en calor y todavía tenía el pelo encrespado por la lluvia que había acompañado mi entrada a Arcueill, pero la respuesta estaba clara:

—Necesito salir.

El sol empezaba a ponerse, dándole un tono dorado a las ondas del agua del lago. Tendría que haber sido una escena colmada de calma, pero sentía que la sangre se me helaba por momentos.

Hacía mucho que la primavera se había asentado; ese frío era mío. Y a pesar de ello notaba las manos entumecidas y torpes, y aún me sorprendía si no salía vaho de entre mis labios. Caminaba encogida sobre mí misma, sintiendo cómo la sangre se me helaba por minutos y mi rostro palidecía.

Ni siquiera tenía que ver mi reflejo en el agua para darme cuenta de ello.

«Respira.

Inspira.

Respira».

¿Por qué nadie consideraba el duelo una enfermedad?

Me dejaba sin aire, me sentía débil, mareada. Sentía que nada de lo que hiciera, ni estar viva ni estar muerta, serviría de algo. Me contentaba con andar de un lado a otro como un fantasma, frustrada conmigo misma por no ser capaz de reponerme.

Pero quería terminar ese duelo de una vez. Nunca me despediría de Claire si no me libraba de lo último que me había dejado.

Había sido aquella mañana de invierno, cuando fuimos a la avenida en busca del mejor regalo para Jem. Ella se empeñó en regalarme algo —«¡Un vestido, al menos! ¡Venga, Ari, con lo bonito que este quedaría con tu pelo!»— pero yo me negué, una y otra vez, insistiendo en que no necesitaba nada más. Llegó mi cumpleaños y Claire volvió a insistir. Le arrebaté el dinero de la mano antes de que se metiera directa en la tienda y, mirándola a los ojos, insistí en que los regalos no significaban nada.

—Pues tendrás que joderte, porque tengo uno —dijo.

—¿Qué?

Ella soltó una carcajada ante mi sorpresa. Era siempre tan niña… Aun cargando con el peso de demasiados daños sobre los hombros.

—Sí, desde Navidad, de hecho. El problema es que no lo encuentro por ningún lado. Así que para compensar, seré más lista esta vez y te lo compraré ahora mismo.

—Oh, no. —Le rodeé las muñecas con mis manos—. Ni se te ocurra. Si ya tienes uno…

—¡No lo tengo!

—Has dicho que no lo encuentras, ¿no? Pues ya aparecerá. El dormitorio no es tan grande y…

—Tengo que buscarlo en el armario.

—Mejor me lo pones.

—Vale, el armario no será grande, pero, definitivamente, mi desorden sí que lo es, y mucho. Igual que mi cabeza. ¡Venga, Ari, vamos a comprarte algo!

Aquella tarde acabamos gastándonos la paga mensual de Claire en un par de zapatos para ella, que juró que llevaría la próxima vez que viera a Eugène, para impresionar a la familia. Mi supuesto regalo se quedó en el olvido, perdido entre las miles de prendas y el agujero negro que Claire tenía por armario.

Hasta que lo vaciaron junto con todo lo que le pertenecía. Arrancaron los pósteres de las paredes. Hicieron la cama de nuevo, deshaciéndose de la colcha de colores que Claire había traído de casa. Los libros y los cómics de su estantería fueron reemplazados por una solitaria y desgastada Biblia. Claire de la Fontaine desapareció, pero encontraron un sobre con mi nombre en su armario.

Lo había guardado en el fondo de mi maleta desde aquel día, con miedo a abrirlo. Ya me dolía bastante pisar todos los lugares en los que ella ya no estaba como para ver algo que ella había hecho, o escrito, solo *para mí*.

Pero quizás en aquel parque encontraría la calma para enfrentarme a ello. Para dejarlo ir. Y quizás, si así vaciaba todo el dolor que me oprimía el pecho, conseguiría que también desapareciera el mareo, la apatía, las náuseas.

Solo quería que todo volviera a estar bien.

Abrí el sobre con cuidado para no romper lo que contenía. Cerré los ojos. No quería ver ni una sola palabra, ni un solo trazo de tinta. No quería que mi corazón se resquebrajara para luego ir rompiéndose cada vez un poco más a medida que sacara el contenido del sobre. Si quería dolerme, que me doliera de un solo tajo.

Y eso hizo, cuando abrí los párpados y no me encontré con ninguna carta.

Claire me había dibujado. Había encontrado algún momento del día para robarme mis acuarelas y experimentar con ellas, aunque alguien tendría que haberle dicho que no las aguara tanto. Mi pelo era más naranja que caoba, y apenas se distinguía la piel del fondo blanco del papel. Pero por debajo de todo la acuarela aún se notaban los trazos del lápiz, trémulos. Se notaban los que habían sido borrados. Se notaban los muchos intentos, las arrugas del papel al pasar la goma por encima con frustración, las gotas de pintura que habían caído donde no debían.

Y abajo, la fina caligrafía de Claire:

No sé qué esperabas encontrarte pero… Siento si te ha decepcionado. Gracias a ti he descubierto que la pintura no es lo mío. Pero también que lo que tú consigues crear tiene mucho más trabajo y mérito del que yo pensaba. Tú sí que tienes talento, Ari. Ojalá acabes estudiando Bellas Artes y dejes a los profesores bocabiertos cuando se den cuenta de que eres tú quien tendría que enseñarles a ellos.

Bueno, esto no será ninguna obra de arte, pero me pediste que saliera de mí, y aquí tienes. Ha salido de tus pinturas, vale (¡siento si te las he mezclado un poco!), pero, sobre todo, ha salido de mí. No he utilizado ninguna fotografía para retratarte (sí, esa cosa eres tú, pero soy tan desastrosa que no me extrañaría que no te reconocieras), ni siquiera estabas presente cuando lo dibujaba: eres tú según mis recuerdos. Eres tú saliendo de mí. Es como yo te veo, princesita.

Solo que más guapa. Y con mucha más luz.

Bueno, lo he intentado.

Con mucho cariño,

Claire (acabado en «ire»).

No quería estropear ese dibujo, pero las lágrimas desbordaron mis ojos sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Sentí que me rompía en dos, que las piernas me temblaban, que las palabras de Claire hablaban con su voz y me recordaban que ya no estaba, que no iba a volver a escucharla.

Me dije que aquella carta —aquel regalo— tenía que ser una despedida, pero solo había servido para sentir a Claire más cerca que nunca.

—Maldita Claire —murmuré, con la voz quebrada—, ¿por qué tuviste que irte? ¿Por qué?

Apreté con fuerza el dibujo contra mi pecho, esperando que así, de alguna manera, todo lo que había salido de ella pudiera entrar de nuevo en mí, como si estuviera a mi lado.

Como si aún siguiera aquí. Como si su muerte no hubiera sido más que una pesadilla.

Pero no desperté.



—Así que de vuelta a casa.

—Exacto. Aunque… No lo siento así.

Enrollé el cable del teléfono en mi dedo y suspiré, con la mirada perdida en algún punto del suelo. Balanceé mis piernas en el aire y las crucé, apoyada sobre mis codos. Hubiera sido el perfecto retrato de una adolescente si no fuera porque en lugar de estar tumbada bocabajo en una cama, estaba en el aire, en la misma posición, con las faldas de mi vestido cayendo hacia abajo como una cascada y el cable del teléfono estirándose cada vez más.

—¿Por qué lo dices? —dijo Jem, al otro lado del teléfono.

Hubiera sido el retrato de una adolescente normal si hablara con mi novio en una habitación llena de colores, música y pósteres de grupos de *rock* que escandalizaran a mis padres; pero estaba encerrada en la buhardilla, flotando en medio de la nada, rodeada de cuatro paredes blancas y de varios lienzos amontonados en los que se veían todos mis proyectos sin acabar.

—Ya lo sabes: desde mi cumpleaños mi abuela y yo estamos un poco más… distantes. No es tan exagerado como otras veces, pero… Sigue siendo incómodo. Me siento una intrusa en mi propia casa.

Se oyó su suspiro al otro lado de la línea.

—Te dije que te vinieras al apartamento. Yo no tengo ningún problema en dormir en el sofá y tú…

—Jem, estás loco si crees que mi abuela me dejaría.

—Ya eres mayor, ¿no? Pues ya está. No dependes de ella.

—Dependo de ella hasta que pueda vivir de mis propios ahorros.

—Pero si ella es la primera que no te deja vender nada. —Jem bufó—. De verdad, no la entiendo.

—Ya serás abuelo… —contesté, poniendo los ojos en blanco. Aunque no me lo creía.

Jem fue a contestar pero se quedó en silencio en cuanto notó cómo yo ahogaba una exclamación. De pronto sentí un nudo enorme en el estómago, como si alguien hubiera cogido mis órganos y los hubiera anudado entre ellos sin importarle cuánto me desgarrara. Me llevé los brazos al abdomen, el teléfono cayó de entre mis dedos y chocó contra el suelo casi al mismo tiempo que mis rodillas. Estiré las manos hacia delante segundos antes de caer y volví a callarme un grito.

Las rodillas me ardían, el corazón me palpitaba, notaba el calor de la sangre en la nariz.

Y el eco de la voz de Jem llamándome al otro lado del teléfono.

Apreté los dientes, ignoré el escozor de la palma de mis manos y busqué con la mirada el aparato. Me lo llevé a la oreja de inmediato, sentándome sobre mis rodillas.

—Jem —le llamé, interrumpiendo su último «¡Ari!».

—¿Se puede saber qué ha sido eso?

—Nada, me he tropezado. —Me pasé la manga por debajo de la nariz, inconscientemente. Seguía sangrando—. No te preocupes.

—Eres una torpe, Arielle Larue.

—Dime algo que no sepa —contesté, con una sonrisa que trataba de cubrir toda la preocupación acerca de lo que acababa de pasar.

No entendía nada. Estaba totalmente concentrada y tenía un perfecto control de mi cuerpo. No era la primera vez que levitaba con un objeto en la mano. Era algo que creía que tenía superado.

Y siempre que la telequinesia terminaba, lo hacía como una ola. Venía, suave, arrastraba todo lo que había en la costa, y después desaparecía. Pero siempre la veía venir. Siempre avisaba. Con un tirón de estómago, con un temblor en las manos, con un ligero traspiés.

Aquello había sido como si me hubieran apagado el cerebro de golpe.

—¿Y cómo lo lleva tu abuela? —preguntó Jem, ajeno a todo.

Busqué entre mis cajones un papel con el que limpiarme la nariz mientras le contestaba:

—Bien, supongo. Le ha dado por la repostería. Ya te lo dije, ¿verdad? —Su risa al otro lado me bastó como respuesta—. Pero bueno, no me quejo; prefiero que me hable de recetas y galletas antes que de pretendientes y costuras. Y a veces me deja echarle una mano, aunque se pone muy nerviosa.

—Tiene que aprender de mí. Solo hay que saber darte el utensilio adecuado para que no hagas un desastre. Nada de batidoras, por ejemplo.

Reí de manera automática; mi cabeza estaba demasiado preocupada intentando parar la hemorragia sin que él fuera consciente de que algo iba mal.

—¿Crees que estás mejor que en Sainte Geneviève? —Siguió.

—Sin duda. Ya tengo bastante con tener que ir a clase.

—Queda poco.

—Lo sé, aunque prefiero no pensarlo. —Suspiré—. No sé lo que vendrá después.

—Siempre será mejor que lo de ahora, Arielle. Siempre. Ten fe.

«Sí, claro», pensé. «Ten fe. Ten fe de que todo irá bien, como si tus manos no estuvieran llenas de sangre, como si tu única amiga no hubiera muerto, como si tu abuela te dejara ser libre.

Ten fe…».

Volverse lienzos

Me sentí culpable cuando me di cuenta de que cada vez dolía menos. Como si no me estuviera permitido sanar, como si eso significara que ella nunca me importó. A la alegría de volver a tener ganas de hacer cosas, ganas de salir, de pintar y de ver colores en el mundo; se le unía la culpa de sentir que todavía tenía que estar de luto. No era normal sentirse así, ¿verdad? Me volvía un monstruo. No estar sufriendo me transformaba en un monstruo.

Pero todavía sentía el cansancio y las náuseas del duelo, recordándome cómo debería sentirme. No combinaban bien con los síntomas de la telequinesia —o de la ausencia de, mejor dicho— y juntos acabaron provocando que me quedara un día guardando reposo. Mi abuela siguió cocinando, casi obsesivamente, y me llevó una sopa calentita a mi cuarto. Las galletas se las reservaba para cuando mi estómago estuviera mejor, aunque llevaba semanas sin mejorar.

Apenas me atrevía a jugar con la telequinesia. Había tratado de volver a dibujar, pero la energía se seguía cortando con brusquedad. Sin explicación. Sin remedio. No llamé a Chardin porque supe que no tendría una respuesta y porque todavía esperaba que solo fuera un mal momento. Las cosas volverían a ir bien.

Ya había pasado demasiado tiempo.

Demasiado tiempo desde la muerte de Claire, demasiado tiempo desde la última vez que reí a carcajadas, demasiado tiempo desde que…

Sacudí la cabeza y salí de la cama de un salto, en busca del calendario más cercano. Me llevé un brazo al abdomen como si eso sirviera para frenar el malestar, pero solo sirvió para aumentar todavía más mis dudas. No podía ser.

Era el duelo; tenía que serlo. La telequinesia. La ansiedad. Cualquier otra cosa menos eso.

Pasé la mirada por las semanas del calendario, saltando un par de meses hacia atrás. Conté los días una, dos, tres veces. Busqué en mi memoria algo que lo desmintiera, pero…

Él dijo que no me preocupara.

Cerré los ojos y me dejé caer sobre el asiento. Mi cuerpo de pronto se sentía más pesado. Mi cabeza no paraba de rumiar. La única manera de acallarla era respirando, recordándome que el aire seguía llegando a mis pulmones. Eso era lo único que importaba, lo único en lo que debía centrarme ahora. Después ya me encargaría de enfrentarme a todo lo demás.

«Respira, inspira, respira».



Maldije a Jem por hacer que todos sus cumpleaños fueran especiales, de una forma u otra. No podría ser un día cualquiera, no. Abril siempre era el mes en el que mi vida cambiaba.

Me alisé la falda con las manos, tensa. Notaba mi mirada ausente y sentía que estaba viviendo aquel momento en tercera persona, como si no fuera más que un fantasma observando mi nerviosismo. Riéndose ante la incoherencia de haber estado veinte minutos eligiendo qué zapatos ponerme cuando tenía problemas mucho más grandes de los que preocuparme.

Pero quizás al final la vida era eso: esconder lo que dolía y distraerse creando problemas que sí podían solucionarse.

Respiré hondo, me puse un mechón de pelo detrás de oreja y alcé el puño para llamar a la puerta.

No llegué a tocar la madera; Jem la abrió en medio segundo, con una sonrisa de oreja a oreja. Se había arreglado para la ocasión: llevaba lentillas, una corbata carmesí y pantalones de cintura alta. Cogió mi rostro entre sus manos y se inclinó para besarme, con todavía el regusto de mermelada en sus labios. Fue un beso tan suave, tan lento, tan cálido, que por un momento olvidé todo lo que venía a decirle.

—Hola a ti también —le dije, entre beso y beso. Jem se separó de mí y bajó sus manos a mis hombros, recorriéndome con la mirada.

—Qué bien te sientan los colores, Ari. —Su sonrisa se tambaleó un poco —. Hacía mucho que no te veía vestida de otra cosa que no fuera negro.

Tragué saliva, consciente de las palabras que no decíamos. Luego bajé la mirada hacia mi vestido y di una vuelta sobre mí misma.

—¿No te suena? —Extendí los brazos—. Lo llevaba cuando nos conocimos.

—¿Me perdonarás si te digo que no recordaba el vestido? Pero sí que me acuerdo del zumo de melocotón. De lo que estaba escribiendo justo cuando llegaste. *Mon Dieu*, no hace tanto tiempo. —Puso un dedo bajo mi mentón y se acercó con la intención de volver a besarme—. Me da la sensación de que te conozco desde siempre.

—Quién sabe. —Me encogí de hombros y me aparté con picardía de sus labios, pasando por su lado para entrar en el apartamento.

Jem cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Crees en la reencarnación, Arielle?

—No. Pero no me refería a eso.

—Sorpréndeme. —Jem se adelantó unos pasos en el salón, pero se detuvo a mitad camino—. Ah, Nathan ha salido un momento al supermercado, y luego vendrá Eleanor, también.

—¿Y los chicos de la universidad?

—Más tarde. ¿Quieres una cerveza, Ari? —Tragué saliva y negué con la cabeza—. Eh, ¿un zumo de melocotón?

—Tengo el estómago un poco mal estos días —repliqué, bajando la vista al corpiño que cada vez sentía más ajustado.

Pero eran solo imaginaciones mías, tenían que serlo.

—Está bien. —Jem suspiró y se sentó en el sofá—. ¿Qué ibas a decirme antes?

—Que no creía en la reencarnación, pero sé que la materia ni se crea ni se destruye, solo se transforma. ¿No es así? —Él asintió—. Pues quizás vengamos de la misma… materia. Quizás en el momento en el que todo se dividió, al principio del tiempo, tus átomos eran los míos. Quizás han estado todos estos años buscándose, como dos imanes. Quizás por eso parece que nos conozcamos desde siempre. Porque en el fondo, nos conocíamos incluso antes de existir.

Me senté a su lado en el sofá, con la espalda erguida. Jem tuvo que parpadear un par de veces antes de entenderlo. Sus labios se curvaron lentamente hacia arriba, en algo que no acababa de ser una sonrisa. Desde la muerte de Claire todas parecían muecas, como si su ausencia no nos permitiría volver a ser felices.

Y cuando no era el recuerdo de Claire, venían otros problemas a hacernos tambalear.

—Casi prefería que creyeras en la reencarnación. —Se inclinó para darme un beso en los labios, pero se detuvo a medio camino, consciente de mi rigidez.

—Tengo que contarte algo… —empecé.

—¿Puede esperar? Quiero enseñarte algo antes y… No puedo esperar más. Además, soy el cumpleañero, ¿no me da preferencia?

—Claro, puede esperar.

Jem me llevó de la mano hasta su dormitorio, que desde que había pasado a ser nuestra sala de prácticas había dejado de merecer ese nombre. Solo había una cama y muchos libros. Una cama y mucho espacio. Un lugar para descansar y otro donde arriesgarnos.

Sin embargo, cuando Jem abrió la puerta di un pequeño sobresalto y me llevé la mano al pecho. Él rio ante mi reacción y me colocó una mano en la espalda; la otra señalando al interior. En medio de la habitación se alzaba el esqueleto que Jem utilizaba para estudiar anatomía, al que había bautizado como *monsieur* Huesitos. Sus piezas estaban unidas por finísimos hilos, y se mecían de un lado a otro como si fuera el móvil de una cuna. Un móvil algo siniestro.

A un lado del esqueleto, un par de batas blancas. Al otro lado, tres botes de pintura: magenta, cian y amarillo. Delante, un boletín de notas.

—¿Se puede saber qué…?

Jem dio un paso hacia delante y soltó el aire, con las manos cogidas por la espalda.

—Quiero empezar los veinte por todo lo alto, Ari. Y para ello, necesito despedirme de todo esto de una vez. Sin remordimientos, sin vuelta atrás. Quiero soltar todo lo que llevo dentro, todo lo que me contentaba con volcar en mis escritos, sin más.

Incliné el mentón y alcé una dubitativa ceja.

—No te entiendo.

—Ven. —Me hizo un gesto con la mano y me acerqué a él, cauta. Jem se metió una mano en el bolsillo y rebuscó hasta sacar un papel arrugado—. He dejado la carrera. —Me tendió la prueba.

—¿Qué?

—Ya no estudio Medicina, Ari. —Soltó una carcajada y, esta vez, con Claire o sin ella, nadie podía negar que era real—. Lo he dejado. Es una carrera preciosa, sí, pero no… No es para mí. No quería ser médico. Nunca quise serlo.

—Pero… —Miré el folio con los ojos como platos. Ahí estaba su firma. Era real—. Creía que… —Sellé los labios; no sabía qué decir—. ¿Qué harás ahora?

—Seguir adelante, como siempre. El año que viene me matricularé en Filología. O Periodismo, quizás. Es lo que siento que estoy llamado a hacer, ¿lo entiendes? —Asentí con la cabeza, despacio. El folio se me hizo pesado entre los dedos—. Durante mucho mucho tiempo, he estado atrasando esta decisión por miedo a la culpa. Por miedo a pensar en cómo me sentiría, en cómo sería notar la decepción de mis padres a mi espalda. Pero me he dado cuenta de que nunca sería peor que vivir con la carga de no haber elegido por mí mismo. No quería ser médico, Arielle —repitió—. No voy a serlo.

Me contuve para no llorar; sabía lo que era quedarse paralizado por miedo a la culpa. Era lo que estaba sintiendo ahora. Era lo que me impedía abrir los labios y decírselo, en mitad de un beso, en mitad de un abrazo, en cualquier momento. Lo suficiente rápido como para que él no tuviera tiempo de asustarte.

El miedo llegaría después.

Sus brazos me rodearon y me apretó contra su pecho, me besó en la frente y, de nuevo, fui demasiado cobarde para hablar.

—Es… es estupendo, Jem —titubeé—. Pero sigo sin saber…

—Todo esto es una despedida y un regalo de cumpleaños, los dos a la vez. Quiero que destruyamos mis notas, que pintes mis batas, que destroces a *monsieur* Huesitos… —No pude evitar reír al oír el nombre del esqueleto saliendo de sus labios—. Que volvamos a ser niños, Arielle.

Deslizó la mano hacia abajo hasta encontrar la mía.

Jem se vistió con una de sus batas y me ayudó a anudarme la otra. Le seguí hasta los botes de pintura y hundí una mano en cada uno, notando la densidad y el frío pegándose a mi piel. Él fue el primero en atacar: agitó las manos sobre uno de los primeros boletines de notas y lo llenó de salpicaduras amarillas. De ahí fue directo a mí.

—¡Jem, no, no seas crío! —dije, con una media sonrisa.

Mi mejor defensa fue mi arma más fatídica.

La pintura se detuvo en el aire como si alguien hubiera detenido el tiempo. Jem se quedó observando cómo empezaban a caer las primeras gotas, un segundo antes de que yo hiciera un gesto con la muñeca para volverlas hacia él. Su bata se tintó de amarillo sin que pudiera defenderse. De amarillo, de cian, de magenta, de naranja, de verde, de violeta. Pronto nuestros cuerpos se volvieron lienzos.

Jem tuvo que recubrir con periódico sus estanterías, después de que me tocara desviar la pintura del camino por quinta vez. *Monsieur* Huesitos se balanceaba de un lado a otro impulsado por los salpicones de pintura, las notas del suelo se habían arrugado, roto, destrozado. Pronto lo único que quedó de pie en la habitación fuimos Jem y yo, con las batas cubiertas de manchas y la cara llena de pequeñas salpicaduras de colores; las suyas parecían pecas. Se oyó la primera carcajada y, como si fueran fuegos artificiales, pronto no quedó ni un segundo de silencio. Jem me agarró de la cintura y me impulsó hasta el techo, yo estiré la mano y moví los trazos de pintura con un baile de dedos. Giraba a nuestro alrededor, como si ella también estuviera viva. Y Jem lo miraba todo con los ojos ilusionados de un niño que ve una estrella fugaz por primera vez.

Hasta que volvió a pasar.

Fue como si me retorcieran el brazo y el estómago, todo al mismo tiempo. Caí de rodillas al suelo y me llevé las manos al abdomen, con un nudo en la garganta tan grande que sentí que me faltaba el aire. Toda la pintura que bailaba en el aire cayó al suelo. Jem gritó mi nombre. Corrió hacia mí. La mirada se me nubló durante unos instantes, justo antes de que él se colocara a mi lado y me sostuviera.

Cuando quise darme cuenta estaba llorando.

Había vuelto a pasar.

Jem se limpió las manos en la bata y me apartó el pelo de la cara, con cuidado de que mis lágrimas no se juntaran con la pintura. Me pasó un brazo por la espalda y se arrodilló a mi lado.

—Ari, Ari, tranquila. Estoy aquí.

Hundí el rostro en su pecho y dejé que las lágrimas corrieran. Ya ni siquiera sabía por qué lloraba. Solo quería encontrar una forma de escapar de esa pena, esa impotencia y ese miedo.

Jem me dio un suave beso en la frente, justo donde nacía el pelo, me rodeó con los brazos y me apretó más hacia él.

—¿Qué te pasa, *chérie*? —susurró, casi con miedo.

Me agarré de su camisa y busqué su mirada con la mía. Era ahora. Era ahora o no sería.

Mi voz sonó como un gemido.

—Creo que… —Tragué saliva; respiré, inspiré, respiré—. Jem, creo que estoy embarazada.

Lo que se olvidó

Hay estudios que demuestran que el cerebro tiende a olvidar los sucesos más traumáticos de nuestra vida como mecanismo de defensa, pero, o bien yo tenía una memoria prodigiosa, o bien a mi cerebro le gustaba joderme.

Quizás fuera culpa de la telequinesia y de todas las alteraciones que la habían provocado. El hecho fue que mi cerebro no olvidé el cadáver de Claire, pero sí el rostro de Jem cuando le confesé que estaba embarazada. Sus preguntas, sus titubeos, el tiempo que pasó desde mi confesión y la primera palabra de Jem. Todo estaba emborronado. Aquel cumpleaños se convirtió en pequeños fragmentos que aparecían en mi memoria a fogonazos.

—No puede ser. —«Sí, sí puede, y los dos lo sabemos»—. No puedo creer que…

Espacio en blanco. ¿Jem lloró? Yo no dejé de llorar, de eso estaba segura. Primero con desesperación, casi sin poder hablar; luego pasó a ser un llanto silencioso. Las lágrimas acabaron por calmarme con sus caricias. ¿O fueron las de Jem?

—¿Estás segura, Arielle?

Nunca había tenido nada tan seguro, y eso era lo que más me asustaba. Ojalá haberme dado cuenta antes. Aunque… ¿Para qué? ¿De qué hubiera servido?

—¿Y ahora qué?

—Ahora vivimos. ¿Qué vamos a hacer sino?

—Ahora viviremos *tres*, Arielle.

En algún momento nos duchamos y nos quitamos la pintura. Puede que ahí dejara de llorar. Puede que la idea empezara a acomodarse en mi cabeza; que dejara de ser un mal sueño para ser una realidad.

Porque era real.

Estaba embarazada del hijo de Jem.

—¿Has pensado en…?

—¡No! No, Jem, yo no… No podría. Sabes lo peligroso que es, para los dos. Sabes lo horrible que…

—Lo sé, lo sé —me cortó.

Creo que entonces volví a llorar. Creo que él me abrazó todavía más fuerte, y siseó, y me calmó. Me pregunté cómo conseguía estar tan entero.

—Mi abuela me va a matar. Te va a matar *a ti*.

—No es nada nuevo, Arielle.

Estábamos en el mismo salón por el que había entrado una hora antes y todo parecía distinto. Éramos distintos. A cada instante descubríamos una nueva parte de nosotros: de ese «nosotros» que eran dos hecho uno, que tenían miedo, que se sentían dos niños calzando unos zapatos demasiado grandes.

—No voy a conseguirlo, Jem. No voy a ser capaz de hacer frente a todo esto. No voy a poder…

«… sobrevivir. Soportarlo. Superarlo. No voy a poder alimentarlo, cuidarlo, verlo crecer».

Dios.

Estaba embarazada.

—Arielle, estoy contigo. No pienso dejarte sola nunca, ¿me oyes? Nunca.

Pero no eran más que palabras.

—Ahora vivimos.

Su mano apretaba la mía tan fuerte que sentía que la sangre no llegaba a mis dedos.

—Quizás… ¿Quizás deberíamos casarnos? —Su voz fue un susurro trémulo.

—¿Qué?

—Casarnos. Estamos a tiempo, Arielle. Así no…

—No, ni se te ocurra. —Aparté mis manos de las suyas, como si me acabara de dar un calambre—. Quiero casarme algún día, sí, pero bajo mis propios términos y no… No para encubrir un embarazo. No es justo. No es así como quería que fueran las cosas. Lo que dices es serio, Jem.

—Sé que es serio. Joder. —Se llevó las manos a la cara. Nunca le había visto tan nervioso, nunca le había visto hablar así—. No quiero que te… No quiero que esto te cierre puertas. Sabes lo mal visto que está ser madre soltera, Ari. Has oído las historias. Las mandan lejos, a otras ciudades, a conventos, a cualquier sitio donde poder esconderlas de la gente… Solo por no tener un anillo en el dedo. Las obligan a dar a sus hijos en adopción. No quiero imaginar lo que te podría pasar a ti si…

—Pues no lo imagines. No lo hagas, ¿vale? En un mes me graduaré. Luego… —Fruncí el ceño.

Luego, ¿qué? ¿Dónde iría? ¿Qué querría mi abuela de mí?

¿Cuánto tiempo podría ocultarle esto?

—Luego pensaré lo que hacer. Pero no quiero casarme *así*.

Jem se quedó en silencio, con la mirada clavada en el suelo y los labios cortados. Estaba cansado. Asustado. Decepcionado, quizás.

Una parte de mi cabeza encontró una escapatoria a todo aquel caos y se permitió pensar en que, quizás, Jem sí que quería casarse. Quizás no era una excusa. Quizás apareciera en casa de mi abuela para pedirme la mano, algún día.

Y quizás mi abuela decidía apedrearlo por haberle arrebato la virginidad a su única nieta.

El tiempo pasó en un pestañeo, aunque, en aquel momento, cada frase tardaba décadas en salir de nuestros labios.

Jem fue a lavarse la cara. Trajo un trozo de tarta de queso de la cocina, pero los dos teníamos el estómago cerrado. Me abrazó y creo que volvimos a llorar. Él me sostenía. Él era todo el apoyo que necesitaba en aquel momento, y de pronto sentí que el peso a mi espalda se aligeraba un poco. Permanecimos así, tan juntos que parecíamos querer ser una sola persona otra vez, hasta que Nathan llamó al timbre.

Y entonces cantamos el «Cumpleaños feliz». Nos obligamos a reír otra vez y a tomar tarta. Cerramos la puerta de la desastrosa habitación de Jem, llena de colores.

No hubo más preguntas ni más llantos.

Y si los hubo, los olvidé.

La lista de Jem

Tierra llamando a Arielle. ¿Me estás escuchando?

Sacudí la cabeza, como si así lograra librarme del martilleo en las sienes. Del mareo. De las náuseas. De las ganas que tenía de quitarme la chaqueta y desabrocharme el vestido (¿me estaba apretando la cintura? No, era imposible. Era imposible, ¿verdad?) para librarme del calor.

Chardin colocó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante, mirándome con una ceja alzada.

—Perdona, ¿qué decías?

—Tienes mala cara. —Puso una mano en mi frente y chasqueó la lengua —. ¿Te encuentras bien? ¿Quieres que te prepare algo? Me parece que aún me queda chocolate caliente en la cocina.

—No, por favor. —Me llevé las manos a las sienes—. A mi abuela le ha dado por la repostería y solo oír hablar de chocolate me revuelve el estómago.

—Sí, eso ya me lo habías contado. ¿Todavía sigue con eso?

—¿Que si sigue? Encuentro una tarta nueva en la nevera cada puñetero día.

Chardin rio, con esa carcajada suya que siempre lograba contagiarme. Excepto aquella vez. Mi frente y mis labios siguieron fruncidos, y mi mente obvió que lo que acababa de decir era algo gracioso, supuestamente. Chardin estaba tan acostumbrado a escuchar mi risa acompañando la suya, que no tardó en darse cuenta de que algo iba mal. Se sentó a mi lado con un suspiro.

—*Petite*, ¿recuerdas las normas de las que te hablé?

Resoplé, ladeando una sonrisa.

—Por supuesto. —Chardin hizo un gesto con las manos como animándome a continuar—. Regla número uno: No contárselo a nadie; algo en lo que he fracasado drásticamente. —Puso los ojos en blanco.

—Pero fue algo necesario. Continúa.

—Regla número dos: No te enamores, en la que también he fracasado. Pero me va bien, creo. —Las comisuras de Chardin se alzaron un poco más

—. Número tres: Aprende a respirar. Y, gracias a Dios, esa la llevo bastante bien. Me anima pensar que no soy un absoluto desastre. Y la última era no olvidar lo que te hace feliz.

—¿Has fallado en esa también, *petite*? —Descansó la barbilla sobre una mano.

—Claro que no.

—¿Seguro? ¿Cómo ves tu vida ahora mismo?

Puse los ojos en blanco, pero sentí cómo mi cuerpo entero se ponía en tensión para intentar cubrir la verdad. Jem me hacía feliz. Pintar me hacía feliz. Pero a veces sentía que ninguna de esas cosas eran suficientes para compensar todas mis desgracias: la telequinesia, el cansancio, la sangre, las náuseas, el bebé, la muerte, mi abuela, mi futuro.

Ahora mismo no veía mi vida. Me sentía en medio de la nada, en una tierra de nadie. Había una parte de mí que cada día me ayudaba a levantarme y me recordaba que tenía razones para vivir —la más clara vivía ya conmigo —, pero aún escuchaba esa segunda voz que no dejaba de preguntarse por qué a mí. Por qué esto. Por qué todo se veía tan negro, tan gris, tan… corto. No podía pensar en un futuro a largo plazo. No quería, porque no tenía ni idea de qué iba a ser de mí. Solo tenía claro una única y aterradora verdad: sería madre.

Sentía que había dejado de llevar las riendas de mi vida. Ahora todo consistía en controlar la telequinesia, controlar el embarazo, controlar el duelo, controlar todos los secretos que guardaba… Y, por el camino, asegurarse de no ser una carga más para nadie. Sobre todo para Jem.

Chardin colocó una mano sobre la mía y la apretó con cariño.

—Ahora te toca empezar a pensar en cómo te gustaría que yo la viera, *petite*, En cómo te gustaría que fuera. El resto no son más que pequeños pasos que te acerquen a lo que te falta. —Me dio un suave beso en la frente—. Y no olvides todo lo que ya has conseguido por el camino.



Podría haber ido a comprar pan a la panadería que quedaba a cinco minutos de mi casa, en Arcueill, junto a la librería. O podría coger un tren hasta Capelle, ir a la panadería de la plaza, aquella que huele a rollitos de canela y que tiene panes de todos los tipos, formas y tamaños —de centeno, de cereales; pan dulce, pan de chocolate—, comprar ahí una *baguette* calentita y luego salir para encontrarme a Jem en la plaza.

Hablaríamos hasta que se hiciera tarde. Él haría que las horas pasaran demasiado rápido, y cogería el tren justo a tiempo para llegar a casa a la hora de comer.

Mi abuela ni siquiera se daría cuenta de que la *baguette* estaba un poco más fría de lo que debería.

No me costó elegir la segunda opción. Salí de la panadería con una sonrisa de oreja a oreja, justo cuando Jem salía de la oficina de correos, al otro lado de la plaza. Nos encontramos con un beso; sus manos cálidas en mi rostro, las mías en su cintura, una sonrisa tímida naciendo en nuestros labios.

Al separarnos, Jem mantuvo mi rostro cerca del suyo. No apartó la mano de mi mejilla.

—Me alegra que hayas podido venir —murmuré.

—Ya sabes que ahora me sobra tiempo.

Di un paso atrás.

—¿Cómo estás? —dije. Su expresión se crispó medio segundo.

—Mejor —contestó, recomponiéndose—. ¿Y tú? ¿Te encuentras bien?

Reí; supuse que mi apariencia ahora no hacía justicia a la cara con la que me había despertado aquella mañana. Apenas podía dormir, aunque agradecía que se debiera a los vómitos y no a las pesadillas. Al menos lo primero se solucionaba rápido.

—Sí. Pero quería hablar contigo.

Jem asintió, solemne, y me tomó de la mano para sentarnos en uno de los bancos de la plaza, de cara a la fuente. No hizo ningún comentario. No se puso nervioso. ¿En qué momento habíamos crecido tanto? ¿En qué momento nos habíamos deshecho de aquellos niños de dieciséis años para poder cargar con tanto peso, tanta culpa, tanta responsabilidad?

—He estado pensando y no quiero hacer de todo esto un… funeral. Ya hemos tenido suficientes este año. —Solté todo el aire que estaba conteniendo sin darme cuenta—. No te voy a pedir que te quedes conmigo…, con nosotros, si no es lo que tú quieres. No quiero atarte a mí. Y entendería que quisieras desentenderte de todo esto. Pero… Es mi hijo ya, y no puedo… No puedo ni siquiera concebir la idea de deshacerme de él. Voy a seguir adelante con esto, con o sin tu ayuda. Lo entiendes, ¿verdad? —No le di tiempo a contestar; sacudí la cabeza y seguí hablando—: Y no quiero hacerlo con la cabeza gacha, avergonzada, como si esto no fueran más que cadenas.

—Arielle, escucha. —Se giró hacia mí y me cogió de nuevo la cabeza entre sus manos. Las pupilas le bailaban de un lado a otro al mirarme—: Te dije que no quería imaginar una vida sin ti. Y no eran palabras vacías. No eran

cadenas. No me *estás* atando a ti ni a nadie; me diste la opción de pasar este momento de mi vida contigo y yo la tomé. Y cada día me despierto más seguro de que mañana quiero seguir contigo. Y al siguiente… —un beso en una mejilla—, y al siguiente… —un beso en la otra—, y al siguiente. —Un beso en los labios. Sabían a sal. Jem había recogido mis lágrimas con sus besos, antes de que yo misma me diera cuenta de que estaba llorando—. *Yo* lo decido. Y lo que siento por ti no es ninguna niñada. Ha sobrevivido a… a exámenes, a horas sin sueño, a secretos, a incendios, a muertes. Sobrevivirá también a esto. Quiero estar contigo, Arielle. —Cogió mis manos entre las suyas y se las llevó a los labios—. Quiero a mi hijo.

Aquella última frase consiguió romperme. Pero no como aquellas veces en las que el dolor me dejaba rota, tirada en el suelo. Esta vez fue distinto. Sentí mi corazón lleno de ternura. De ilusión. De agradecimiento. Me llevé las manos a la boca en un intento fallido de contener las lágrimas, que ya habían empezado a bañar mis mejillas.

Jem era increíble, pero no encontraba palabras para decírselo.

—Eh, *chérie*, no llores. —Me acarició una mejilla, bajando la cabeza para mirarme—. Todo irá bien, ¿me oyes? Después de todo lo que nos ha pasado… Estoy seguro de que esto es un regalo. Una nueva etapa. —Levanté el rostro hacia él dos segundos antes de hundirme en su pecho, dejando que él me abrazara por la espalda. Las últimas lágrimas empaparon su camisa, pero él no dejó de susurrar—: Todo irá bien. Todo irá bien. Lucie estará bien.

Sorbí la nariz antes de incorporarme de nuevo.

—¿Lucie?

—¿He dicho Lucie? Perdona. Es que… —Se mordió el labio; parecía un niño pequeño al que le han pillado metiendo mano en un tarro de galletas—. Siempre he sido muy soñador. Llevo pensando en el nombre de mis hijos desde los diez años, si no antes. Y quizás le he estado dando más vueltas todavía desde que me lo contaste…

Parpadeé un par de veces.

—¿Has estado pensando nombres… *ya*?

Él asintió, algo cohibido.

Y otra vez me azotó ese sentimiento que creía tan abandonado. La ternura. El saberse querido. Jem había estado pensando en mi embarazo no como un impedimento, no como un problema, no como algo que rompía nuestros esquemas. Mientras yo lloraba por la impotencia de guardar un secreto más, él ponía cara a su hijo… A *nuestro* hijo. Mientras me maldecía en mitad de la

noche por el dolor de estómago, él pensaba en nombres. En una vida. En nosotros. Cuando me miraba, veía a dos personas.

De pronto me sentí tremendamente egoísta.

—¿Qué ocurre? ¿No te gusta?

La preocupación en el tono de su voz me sacó una sonrisa, que pareció calmarle.

—No, no. Lucie… está bien. —Me llevé una mano al vientre inconscientemente. Todavía estaba plano, y una parte de mí esperaba que todo fuera un sueño y nunca llegara a extenderse. Pero dentro de mí ya estaba *ella*. O él—. Aunque creo que Lucie se enfadará un poco si resulta ser un niño. ¿Le llamarás Lucian?

Jem soltó una carcajada que me hizo sentir liviana.

—Oh, no. Si es niño tengo otra lista de nombres. ¿Te gustaría oírla?

Asentí con una sonrisa; no porque me interesaran los nombres, no porque me preguntara si sería niño o niña, solo porque quería seguir escuchando a Jem. Quería ver cómo su ilusión se escapaba entre palabra y palabra, cómo los ojos le brillaban, cómo todo su rostro parecía iluminarse cada vez que se le escapaba una sonrisa.

Quería imitar su forma de verme, de vernos. De verlo todo.

El primer paso era verle a él.

Uno detrás de otro

Mi abuela colocó un plato de pollo con patatas al horno delante de mí. Se sentó a mi lado en la mesa, encendió una vela aromática y se puso la servilleta sobre los muslos. Con una sonrisa, se inclinó para servirme agua.

—Que aproveche —dijo, antes de volverse de nuevo a su plato.

Arrugué la frente y me llevé el puño a la boca, aguantando una arcada. Esta vez, a mi abuela no se le escapó mi gesto.

—Arielle, ¿te encuentras bien?

—Podría estar mejor. —Empujé el plato para alejarlo de mí. Ella resopló.

—Podrías haberme avisado antes de que preparara el pollo. Lleva unas cuantas horas en el horno.

—Siento no poder predecir estos dolores, abuela. —Quise poner los ojos en blanco pero mi rostro se rompió en una mueca al sentir una punzada en el vientre. La acidez empezó a subirme por la garganta—. Pero no te preocupes —insistí, llevándome una mano al abdomen—, haré un esfuerzo.

Ella asintió con la cabeza y volvió a tenderme el plato. Despacio, como si quisiera darle tiempo al estómago para reponerse, pinché el pollo con el tenedor y lo acerqué a mi boca. Aguantó en el aire medio segundo, antes de que una arcada me obligara a abrir el puño. Me llevé las manos a los labios y me puse en pie con un movimiento brusco.

Incapaz de decir nada más, negué con la cabeza segundos antes de correr hacia el baño.

Caí de bruces al suelo, junto al retrete, pero pronto el dolor de mis rodillas fue sustituido por el rastro de acidez que me desgarraba la garganta. Una arcada más, una convulsión más; los nudillos blancos de hacer tanta fuerza.

Cuando sentí que no me quedaba nada más por echar, me separé del váter con las manos temblorosas. Casi podía notar cómo el color iba abandonando mi cara. Me apoyé en la pared del baño y me llevé las manos al vientre.

Ahora no había forma de confundir el pequeño bulto que empezaba a asomarse con un abdomen hinchado por la comida.

—Eres peleona, ¿eh? —murmuré, ahogando la última sílaba en una tos ronca.

Me puse en pie a duras penas. Tiré de la cadena. Me lavé las manos, intentando evitar la chica que miraba desde el otro lado del espejo. Me alisé la falda, me desenredé el pelo con las manos. Levanté la barbilla y me pellizqué las mejillas para darme un poco de color.

Era imposible que mi abuela no me hubiera oído; esta vez había sido demasiado impredecible. El corazón empezó a latirme más y más fuerte solo de pensar en la reacción de mi abuela. Tendría ya sus años, pero no era tonta. Si me veía devolver empezaría a sospechar; más ahora que sabía que Jem… existía. Y, aunque tarde o temprano acabaría enterándose, aún guardaba la esperanza de que el tiempo hiciera que su rabia fuera más pequeña.

Quién sabe, quizás conseguía convencerla y me dejaba salir de Arcueill al acabar el curso. Quizás me marchaba a estudiar a otra ciudad. Quizás ahí podría tener a la niña… O al niño… y entonces, ¿qué? Igualmente se enteraría de que es bisabuela. Esas cosas no pueden ocultarse.

Me lavé la cara otra vez, como si el agua pudiera borrar también mis preocupaciones. Suspiré y volví al comedor, donde mi abuela seguía tomándose su pollo con tranquilidad y parsimonia. Ni siquiera levantó la cabeza al verme entrar; siguió masticando, sin más.

—Perdone —murmuré, tras un carraspeo. Me senté en la mesa, atenta a su mirada, pero solo me dedicó un segundo antes de volver la atención de nuevo a su plato.

—Se te va a enfriar. —Hizo un ademán con la barbilla. Saqué los brazos de debajo de la mesa y cogí el tenedor, dejando salir un suspiro de alivio. Que no dijera nada era mejor que que sospechara—. ¿Has estado jugando con Chardin últimamente? ¿O en la buhardilla?

Parpadeé.

—¿Qué?

—Ya sabes. —Me miró de reojo—. ¿Has tenido problemas con la telequinesia? Sabes lo mucho que perjudica a tu cuerpo, Arielle. Tienes que tener cuidado.

—Lo… Lo sé.

Así que era eso. Mi abuela pensaba que mi malestar se debía a la telequinesia, como todo lo malo que me pasaba. Todavía me sorprendía que

no me hubiera incriminado por la muerte de Claire. Le gustaba echarme la culpa. Echársela al demonio que vivía en su nieta, mejor dicho.

Pero no dejaba de ser un alivio.

—¿Te ves con ánimos para comer algo o lo llevo a la cocina? —preguntó, con una ceja levantada. No vi en su expresión ni rastro de sospecha.



«Si me duermo, despiértame antes de las cinco», le había dicho, minutos antes de dejarme llevar por el ruido de la lluvia chocando contra los cristales. De pronto el sofá del apartamento se me había antojado todavía más cálido y cómodo. El regazo de Jem parecía haber cogido la forma de mi cabeza. Cuando empezó a acariciarme el pelo y a jugar con los mechones que me caían por la cara, me rendí completamente a los brazos de Morfeo.

Desperté cuando la lluvia ya había oscurecido el cielo y los pies se me habían quedado demasiado fríos. El regazo de Jem había sido sustituido por un cojín mucho menos cálido. Me incorporé sobre los codos con un pestañeo, todavía adormilada.

—Siento haberme ido. —Jem habló desde el sillón a mi izquierda, ligeramente encorvado hacia delante. Tenía las manos sobre la máquina de escribir que le había regalado las pasadas Navidades—. Te he hecho chocolate caliente para compensar.

No hacía falta que lo dijera; la casa entera se había impregnado de aroma a chocolate.

—¿Vas a empezar ya a decirme que tengo que comer por dos? —bromeé, frotándome un ojo con la manga. Noté el suave rubor que nació en sus mejillas, como si todavía tuviera miedo de hablar de… de *esto*. Como si una parte de él no quisiera creer que era real hasta que no sintiera la primera patada.

Éramos dos.

—No —titubeó, algo cohibido—. De todas formas, si no te lo tomabas tú me lo iba a tomar yo.

Solté una suave carcajada y me puse en pie, todavía con el cuerpo algo entumecido a causa de la siesta. Jem me echó un último vistazo antes de inclinarse para seguir escribiendo.

Me senté a su lado y cogí la taza de chocolate con ambas manos.

—Chocolate caliente en mayo. Me encantas.

—Nunca le digas que no al chocolate —dijo, sin dejar de mirar su manuscrito.

—¿Llevas mucho tiempo escribiendo?

—Casi todo el rato que llevas dormida. Tenía que aprovechar la inspiración del momento.

—¿La lluvia?

—Tú.

Mis labios se curvaron un poco más. Me acerqué más a él, hasta que mi hombro encontró el suyo.

—Escribía cartas —siguió, poniendo el punto final a la última—. No te costará adivinar a quién.

Me mordí la lengua para no decir que teníamos demasiadas personas a las que escribirles cartas que nunca llegarían. Sé que Jem lo hacía a menudo, a modo de catarsis. Cartas a sus padres pidiéndoles perdón. Cartas a Dios pidiéndole ayuda. Cartas a su abuelo dándole las gracias. Cartas a Claire, como si ella nunca hubiera cumplido los dieciséis años. Cartas a nadie. Cartas a él. Cartas al tiempo, cartas a la muerte, cartas a su vocación, cartas a la medicina, cartas a las máquinas de escribir.

Cartas a los nonatos.

—A ella.

—O él —añadió—. A lo que quiera ser.

—Estoy segura de que será niña. Llámalo sexto sentido —dije, con una sonrisa—. Y se llamará Lucie.

A Jem le brillaron los ojos de la ilusión, y le temblaron los labios del miedo. Nunca pensé que seríamos capaces de sentir emociones tan contrarias por algo que todavía no habíamos visto. Se giró un momento para mirarme, me rodeó el cuello con un brazo y me besó en la mejilla. Sentí un cosquilleo ahí donde habían estado sus labios.

—¿No tienes miedo? —murmuré.

—Siempre.

—No parece preocuparte.

—He tenido miedo muchas veces, Ari. Miedo de mí mismo. De decepcionar a la gente. Miedo a la muerte. Miedo a que te hicieran daño. —Se echó atrás en el sillón, dando la carta por terminada.

«Con cariño, tu padre».

—Pero este es un miedo diferente —siguió—, porque es muy pequeño en comparación con todo lo que puedo ganar. Miedo al qué dirán. Miedo a no hacerlo bien. Es absurdo si lo comparo con lo que siento al verte. Es… el

mejor miedo que he tenido, porque es demasiado insignificante para vencerme. —Se giró hacia mí y juntó su frente con la mía—. Vas a regalarme una familia. Es lo que llevo soñando toda mi vida, Ari. —Sus dedos acariciaron mi mejilla para apartarme una lágrima.

—No te estoy regalando nada. —«Nunca creí que esto fuera un regalo»—. Hace tiempo que tienes una familia, Jem. —Le besé, despacio, humedeciendo sus labios con los míos en una caricia. Le besé para decirle todo lo que no podía con palabras. Cuando nos separamos, me pareció que tener su rostro a tres centímetros era demasiada distancia—. El regalo fue poder considerarme parte de ella.

Fue a besarme de nuevo, pero unos pasos en el pasillo nos detuvieron. Nathan apareció con el pecho al descubierto y una bata cayéndole por los hombros. Arrastraba los pies como un niño y bostezó como un león.

—Oh, *merde* —dijo, estrechando los párpados al verme—. No me acordaba de que estabas aquí.

—No importa, yo también estaba dormida. —Reí y me aparté unos centímetros de Jem. Mis manos fueron directas a mi abdomen, como si intentara asegurarme de que no había crecido en los últimos segundos.

—¿Eso de ahí es chocolate caliente?

—Tienes más en la cocina —le cortó Jem, viendo cómo la mano de Nathan iba directa a su tazón. El chico dejó caer el brazo y se ajustó la bata.

—Entendido. Os he cortado vuestro momento tortolitos, ¿verdad? Os dejo en paz a cambio de chocolate.

—Nate…

—Todo tuyo. —Me puse en pie tendí la taza que todavía estaba caliente en mis manos—. Espero que no te importe que le haya pegado unos sorbos.

—*Pas de problème*. —Nate se llevó la bebida a los labios. Un gracioso bigote de chocolate apareció en su rostro al apartarla—. Nos vemos más tarde, si no vuelvo a dormirme. —Me dio un fugaz beso en la mejilla antes de salir del salón.

Volví a sentarme junto a Jem, sobre el reposabrazos del sillón. Él me miraba con los ojos brillantes.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Vas a ser una madre increíble.

La frase me pilló tan de sorpresa que no pude evitar soltar una carcajada.

—¿A qué viene eso?

—Bueno, acabo de darme cuenta de que a veces Nate es un niño grande. Y tú siempre has conseguido «apaciguarle».

—Me parece que eso solo significa que seré una madre muy *débil*, de las que consienten demasiado. —Solté una carcajada—. Además, a veces todos somos niños grandes. Nathan es un mal ejemplo.

Se encogió de hombros.

—Es el único que tenemos.

—Hasta dentro de unos meses —murmuré, tan bajo que pensé que Jem no lo habría oído.

—Hasta dentro de unos meses.

Pero lo había hecho. Lo repitió con el mismo tono decaído que había logrado quebrar mi sonrisa. A veces se nos escapaba el miedo.

Luego Jem sacudía la cabeza, arrugaba la nariz y se giraba para mirarme, como entonces. Me besaba. Me ponía una mano firme en la espalda, atrayéndome hacia él hasta que mi cuerpo quedaba totalmente pegado al suyo. Y sin palabras, sin darle una oportunidad a las dudas para escaparse, las ahogamos en besos. En caricias. En silencios.

Un beso detrás de otro, hasta que olvidábamos la razón por la que queríamos olvidar.

Sabor a sal

Debería saber de cuántas semanas estoy, ¿verdad? Así sabría también… Cómo está ella. Sabría si tiene ojos o manitas o si me escucha o si siente dolor. Ahora mismo lo único que sé es que me da la sensación de que mi barriga está cada día más hinchada. Y que mi estómago ya no soporta la leche.

—¿Sabes quién podría decírtelo? Un médico, en la capital. Podemos ir al hospital y… —Jem se echó hacia atrás con las manos agarradas a la mesa, haciendo equilibrios sobre las patas traseras de su silla. En aquel momento me pareció más que nunca que éramos dos niños jugando a ser padres.

—¿Estás loco? —Solté una carcajada que no tenía nada de gracia—. No pienso ver a ningún médico. Ya te tengo a ti.

Él puso los ojos en blanco y se dejó caer hacia adelante, otra vez.

Debería estar preocupándome por Lucie. Debería ilusionarme al escuchar el latido de su corazón. Debería estar ahorrando dinero para poder comprarle una cuna. Pero en su lugar me pasaba los días del baño a la buhardilla, de la buhardilla al comedor y vuelta a empezar. Comiendo, devolviendo, durmiendo, pintando. Ignorando que había una personita creciendo en mi interior, como si así los problemas que vendrían con ella tampoco existieran.

Jem me ponía los pies en la tierra. O al menos lo intentaba.

—Ari, ¿te estás oyendo? —Soltó el aire por la nariz—. No puedes mantener un embarazo a escondidas.

—¿Quién dice que no? Además, ¿qué otra opción tengo? ¿Se lo digo a mi abuela y dejo que me lleve a un convento para purgar mis pecados? ¿Me quedo de brazos cruzados mientras el resto del mundo murmura a mi alrededor lo golfa que soy y cómo he arruinado mi vida? Mi abuela no me dejará quedarme con el bebé, Jem. No me dejará volver a verte.

—¿Y qué diferencia habrá cuando nazca?

—¡No lo sé! Joder, no lo sé.

—Lo único que estás consiguiendo con todo esto es aplazar un momento que llegará quieras o no, Arielle. Será imposible ocultarle nuestra hija al resto del mundo, y lo sabes.

—¿No puede ser nuestro secreto solo un poco más? Me gusta soñar contigo, Jem. Sin nadie que me devuelva a la realidad con una bofetada. —En las comisuras de Jem vi nacer una sonrisa tímida, esas que ponen los niños cuando saben que no deberían reírse—. Si mi abuela se entera, se enterará también medio pueblo, lo quiera ella o no. Nunca me perdonará manchar el nombre de la familia con un hijo… con un…

—Bastardo. —Sentí que la palabra se clavaba en mi pecho como si fuera un puñal—. ¿Es eso lo que te preocupa, Ari? Porque ya te dije…

—Ni se te ocurra —le interrumpí, echando la espalda hacia atrás.

—¿Qué?

—Ni se te ocurra repetirlo.

—¿El qué? ¿Si quieres casarte conmigo?

—¡Jem! —Él parpadeó, confuso. Solté un suspiro—. No quiero… No quiero que utilices el matrimonio como si fuera la solución para todo esto.

—Pero *es* la solución, Arielle. No serías la primera que se casa para esconder un embarazo antes de tiempo.

—Pero es que no quiero ser una de esas chicas —insistí, mordiéndome el labio—. No pienso… No pienso casarme para «arreglar» nada. No pienso obligarte a ser mi marido solo porque… —Sacudí la cabeza; las palabras se superponían unas sobre otras en mi mente y me sentía incapaz de ordenarlas, como si estuviera hablando en otro idioma—. Para mí el matrimonio no es juego, Jem. No es el comodín que sacas cuando metes la pata con tu primer amor.

No supe si la expresión de su cara reflejaba dolor por ese «meter la pata» o sorpresa por ese «primer amor». Abrió y cerró los labios un par de veces antes de decidirse a hablar:

—Y crees… ¿De verdad piensas que para mí es eso? —Su voz sonó a cristales rotos—. ¿Crees que no significa nada más? ¿Que te pedí que te casaras conmigo solo porque… porque quería «arreglar» mi reputación?

Sonaba tan dolido que se me revolvió el estómago.

Quizás me equivocara. Quizás…

—Olvídalo.

Jem se hundió más en el asiento.

—No sé cómo ayudarte —resopló.

—Estoy bien. Mi abuela está encima de mí todo el tiempo. «*Ma fille*, ¿te encuentras bien? ¿Necesitas algo?» —la imité, agudizando la voz.

—Podríamos hablar con la matrona de Arcueill.

Me contuve para no reír.

—Es la mujer que me trajo al mundo, Jem, y también la que se encarga de empezar los rumores en el pueblo. —Dejé escapar una carcajada seca—. Pariré al bebé yo sola antes que dejar que ella me vea.

Jem resopló y se cruzó de brazos, dándose por vencido.

—No he conocido a nadie más cabezota.

Me encogí de hombros.

—Con suerte ella heredará tus genes.

La sonrisa se me quebró al dejar salir aquella frase. Aún parecía irreal. Y de pronto recordaba que no era un sueño, que no había ninguna manera de volver atrás, que a partir de ahora mi vida resguardaba otra. Estaba acostumbrada a destruir, no a crear. Todavía no entendía cómo podía estar pasándonos. Todavía no sabía cómo iba a poder hacerle frente.

Noté la cálida mano de Jem en mi mejilla, recogiendo las lágrimas con sabor a sal que había intentado retener.

—Tranquila, Arielle —me rodeó con un brazo y hundí la cabeza en su pecho—. Estoy contigo, ¿me oyes?

Asentí débilmente, con un nudo en la garganta.

«No podrás estarlo siempre, ¿verdad?».



¿Alguna vez tuviste la sensación de que estabas justo donde tenías que estar? ¿Alguna vez viste un lugar como si fuera la primera vez, como si cada objeto tuviera reservado un espacio para él, como si todos juntos compusieran un cuadro? ¿Alguna vez sentiste que el mundo dejaba de girar y solo quedabas tú? Tú y el pálpito de tu corazón, tú y ese momento. Todo lo demás está congelado. A veces lo sientes moverse lentamente, como si en tu interior todo estuviera pasando mucho más rápido.

Hay momentos que recuerdas cargados de vida.

Hay personas que sientes que están cargadas de luz.

Y cuando los dos se juntan… Cuando los dos se juntan, no necesito ir a ninguna iglesia para creer en Dios.

Algo tan puro y tan vivo tiene que nacer de Alguien mucho más grande.

Alguien grande que, a diferencia de lo que mi abuela creía, nunca quita. No latiga, no castiga. Solo da y da y da y da.

Y cuando te das cuenta de todo lo que te ha dado, te preguntas cómo Algo tan grande ha amado a alguien tan pequeño, tan insignificante, alguien que no ha podido hacer nada por Él.

Encontré la respuesta gracias a Lucie.

Dime si es él

Me ajusté la falda todavía más alta, por encima de la cintura, dejando que cubriera la tripa que cada día me parecía un poco más grande. Aquel día teníamos que llevar jersey. Teníamos que ajustarnos bien la corbata y limpiarnos los mocasines. Teníamos que ponernos los calcetines más largos y la sonrisa más radiante.

Para muchas era una sonrisa sincera: aquella sería la última vez que lleváramos uniforme. Nos lo cubrirían con una toga y luego nos llamarían a la tarima del salón de actos. Ahí, cerrando los ojos ante el excesivo *flash* de una cámara, le daríamos la mano a la directora y recogeríamos el diploma que nos convertiría en graduadas.

Adiós Sainte Geneviève, adiós al uniforme, adiós a los estudios. A partir de aquella tarde nos dividiríamos en futuras amas de casas o futuras estudiantes de universidad —unas pocas afortunadas—.

Claire hubiera sido una de las primeras y se hubiera reído cuando le confesara que yo estaba en un tercer grupo: futuras madres. Con un suspiro, pasé las mangas del suéter por mis brazos y me giré, dándole la espalda al espejo. Me quedé quieta de cara a la cama de Claire.

Ya no tenía nada de ella, por supuesto. Ni la colcha de colores ni las sábanas deshechas ni unos calcetines asomándose desde el suelo. Pero nunca olvidaría cómo era entrar en la habitación cuando ella estaba ya dormida ni el vaivén que hacía su pecho al respirar. No olvidaría sus bostezos, la forma en la que se cubría con el edredón hasta las orejas y cómo remoloneaba cada vez que le tocaba levantarse a apagar el despertador.

Hacía tanto tiempo que no entraba en el dormitorio que cuando volví, aquella tarde, tuve miedo de encontrármelo tal y como lo recordaba: con los trastos de Claire por todas partes, un montón de ropa sobre el escritorio y la radio encendida. Con mi manta bordada y su pijama de estrellas. Tenía miedo de que todos esos recuerdos me azotaran y me inmovilizaran, como

fantasmas. Pero entré en una habitación que ya no parecía la mía. Era demasiado impersonal, demasiado fría.

Volví a mirarme en el espejo en el que se vería la próxima pareja de alumnas que compartiera aquella habitación. No tendrían ni idea de las noches de gofres robados, las que pasé en vela sujetándole el pelo a Claire en el baño, las que reímos hasta que nos dolió el estómago; no sabrían nada de las mañanas perezosas ni de la postura de Claire cuando la encontré muerta en aquella misma cama. Encogida. Pequeña. Casi como una niña.

La mujer que me miró desde el otro lado del espejo, con un uniforme que le hacía parecer más infantil y una mirada que la volvía más adulta, no se parecía en nada a la chica que entró en la habitación 517 por primera vez, todavía resignada por haber abandonado su casa en Arcueill.

Ahora solo quería escapar. De esa habitación, de ese colegio, de esa ciudad. Tenía todo lo que necesitaba con ella.

Nathan hizo pellas para poder llegar a la ceremonia de graduación, por más que insistí en que no haría más que aburrirse. Jem fue igual de cabezota. Los dos se sentaron en las últimas filas, bien lejos de mi abuela, y fueron los que más aplaudieron y vitorearon cuando dijeron mi nombre.

—*Mademoiselle* Arielle Larue.

Mi abuela alzó la barbilla con orgullo y sonrió. Me pareció que nunca me había latido tan rápido el corazón y, teniendo en cuenta mi historial con la telequinesia, era mucho decir.

Me giré y les miré a todos desde la tarima. Jem me guiñó un ojo, Nathan se puso en pie y tuve que contener la carcajada en cuanto empezó a vitorear.

La última vez que había subido aquella tarima, Claire todavía seguía viva y acabábamos de colarnos en el salón de actos después de una clase muy aburrida de historia, y el césped que se veía a través de las ventanas estaba mucho más verde, y el mundo parecía un lugar mucho más pequeño. Nunca pensé que echaría de menos un momento tan irrelevante como aquel. Esos tiempos nunca volverían pero, por primera vez, sentí que estaba bien.

Todo estaba bien.

Estaba sobreviviendo.

Miré con la barbilla alzada a los tres rostros que me habían hecho ser quien era, y bajé de la tarima.



Amo la forma en la que ha sobrevivido. La resistencia le sienta bien, sobre todo cuando deja de luchar y se da cuenta de que ya no tiene espadas clavadas a la espalda. Ya no le veo sombras bajo los ojos. Quizás me las encuentre si miro un poco más adentro, pero me gusta cómo ella es consciente de que existen, de que están ahí, y aun así mira más allá y vuelve a reírse.

Es capaz de caminar sobre brasas ardiendo y cristales rotos con la sonrisa intacta. La he visto nacer y morir tantas veces que he empezado a pensar que eso es lo que la hace crecer. Empiezo a pensar que eso es lo que nos hace vivir. Ella sabe lo que es que te desgarren el corazón. Sabe lo que es perder a alguien.

Me gustan las personas como ella porque siguen en pie por una razón. Porque siempre encuentran algo por lo que luchar, porque seguirán sonriendo y se quitarán la ropa de luto para volver a vestirse del color del cielo. Sé cómo se siente. Me gustaría poder agradecerle que sobreviviera. Quiero hacerle saber que ahora tiene a alguien a su lado.

Y no me marcharé ni aunque llueva fuego.



La luz cálida de la tarde se colaba por las cortinas del ventanuco de Jem, descubriendo todas las motas de polvo que bailaban en el aire. Tenía la habitación despejada. Todos los libros estaban en su hueco correspondiente de la estantería. La esquina donde solía sentarse para escribir estaba ocupada por un montón de folios: sus cartas. Al lado estaba la máquina de escribir de color oscuro.

En aquel momento me pareció que su cama era demasiado pequeña para los dos, pero a Jem no parecía molestarle que me acurrucara junto a él hasta ocupar el espacio de un solo cuerpo. Le di un suave beso en los labios, pero él no pareció inmutarse. Con cuidado, aparté las sábanas y puse los pies en el frío suelo.

Nunca le diría a Jem que había leído su carta, aunque fuera sobre mí. Había sido un accidente fortuito, una hoja desordenada que había sentido la necesidad de poner en su sitio. Leí la primera frase y un impulso me llevó a leer el resto.

Igual que verle a él en aquel momento, durmiendo como un niño sobre las sábanas con los brazos todavía extendidos como si me esperara de vuelta, me

llevó a escribirle la primera carta a Lucie.

Queridísima hija:

Sé que me quedan muchos años para hablarte de muchas cosas y si tuviera que empezar por la más importante, me sentiría paralizada. Tengo mucho que decirte y no tengo el don de las palabras de tu padre. Es un fastidio, la verdad.

Ha sido viéndole cuando he sentido esa corazonada que parecía gritar: «Escríbele. Háblale de él. Háblale de la suerte que has tenido. Escríbele para que a ti nunca se te olvide».

Porque, pequeña, cuando yo era niña me hablaban de príncipes azules y amables campesinos, me hablaban de un amor romántico y utópico que se basaba en los poemas que cantaran y en la forma en la que te rescataran de una torre. Pero él no me ha rescatado de ningún lado, porque no es perfecto. Porque también ha sufrido. Porque él también necesitaría un rescate, pero le han enseñado desde niño que como príncipe, no puede llorar.

Conmigo ha llorado, Lucie. Y yo he llorado con él. No nos hemos salvado el uno al otro: hemos aprendido a ser héroes, juntos. A vencer nuestros miedos, cogidos de la mano si hace falta. Me ha enseñado que puedo vivir sin él y puedo vivir sin nadie, que puedo sobrevivir a todo lo que la vida me arroje si sé cómo salvarme. Y por todo eso, pequeña, he decidido que no quiero vivir sin él. Es esa persona de la que no te hablan nunca en los cuentos. La que se queda contigo después del «vivieron felices y comieron perdices».

Llegará un día en que conozcas a alguien y te preguntes si esa es la persona con la que quieres pasar el resto de tu vida. Quiero asegurarme de que no te engañen, de que no des pasos en falso. Cuando lo conozcas, dime que el corazón te dio un vuelco al verle y que no podías esconder la sonrisa, dime que en sus brazos te sientes segura. Dime que te deja ser libre y que es libre contigo.

Y ahora dime, pequeña, ¿es él esa persona?

Rojo

Teñí el agua de rojo con la última arcada.

Me encorvé un poco hacia delante, aguantando el vómito, antes de toser por última vez. Las gotas de sangre salpicaron el interior del retrete. Me limpié los labios con una mano, aferrándome a la tapa con la otra; los dedos me temblaban y me sentía demasiado débil, como si me hubieran mermado de toda energía. Los oídos me zumbaban.

Y no podía apartar la mirada de esas inofensivas gotas de sangre. Una nueva resbaló de entre mis labios y cayó al suelo.

Sentí que el corazón se me encogía.



—¿Y dices que todavía devuelves?

Jem cubrió una de mis manos con la suya; ayudándome a ser consciente de lo fría y pálida que estaba. Aun así, cuando me palpó la frente la sintió ardiendo.

Habíamos quedado en la panadería de la plaza de Capelle, de donde tantas veces le había visto salir con una *baguette* bajo el brazo. El panadero nos sirvió zumo de naranja acompañado de un par de *croissants* y se fue de nuevo a la trastienda, donde tenía el horno, creyendo que estaba dejando atrás dos amantes que soñaban despiertos.

No a dos futuros padres cargados de miedo.

—No tan a menudo como antes, pero sí —dije, pegándole un sorbo a mi zumo para que no se notara todo lo que temía decir.

Jem no había probado bocado.

Podríamos haber ido a su casa, pero estaba Nathan. Estaba Nathan y los dos sabíamos que no aguantaríamos más de media hora sin sacar el tema del bebé. Le había pedido a Jem que no se lo contara. No era que no confiara en

él, en absoluto, pero me parecía que había algo mágico en que solo Jem y yo supiéramos que íbamos a ser padres. Nadie más nos perseguía para hablarnos de posibilidades, de lo que *debíamos* hacer, de lo que estábamos haciendo mal, de todo lo que íbamos a cambiar a partir de ahora. Ya lo sabíamos; no necesitábamos más ecos.

Chardin era el único que había empezado a sospechar… Pero había guardado silencio. Le había visto mirarme el abdomen con una ceja levantada cada vez que me cambiaba en su casa y me ponía una camisa suya, mucho más ancha. Empezaba a notarse un pequeño bulto a través de la tela, pero procuraba que todo mis movimientos lo ocultaran. El problema era la telequinesia. Un brote desafortunado podía ser tan potente que me levantara los cabellos y la camisa, como una ráfaga de viento. Me incorporaba enseguida, rezando para que pensara que el rubor en mis mejillas era debido al pudor y no al secreto.

Pero conocía a Chardin demasiado bien como para no ver que sabía algo. Sabía algo y no me lo iba a decir, como siempre.

—Suelen acabar en el segundo trimestre. —Jem tenía los labios fruncidos.

—Tú mismo lo has dicho: *suelen*. No te preocupes.

—Pero estás ardiendo, Arielle. —Volvió a palparme la frente con la mano, como un padre preocupado—. ¿Seguro que va todo bien? ¿Por qué no me has dicho nada hasta ahora?

Parpadeé.

—¿Tengo que avisarte cada vez que vomite?

—No, pero estaría mal que me contaras de vez en cuando cómo te encuentras. Un día tendrás que dejar de aparentar. Lo sabes, ¿verdad?

Solté el aire por la nariz y volví a centrarme en mi vaso de zumo.

—Ya hemos hablado de esto.

—Y sigues queriendo esperar a que ocurra un milagro, ¿no? «Ya se encargará la Arielle del futuro».

—Exacto.

Tragué saliva; no era el mejor plan del mundo, pero no me encontraba con fuerzas para pensar en ningún otro.

Jem había fruncido los labios y se mantenía alejado de mí, con los brazos cruzados como si fuera un niño enrabiado. Me miraba con sus ojos de estudiante de Medicina: entrecerrando los párpados y moviendo las pupilas de un lado a otro mientras recorría mi cuerpo en busca de síntomas. Se inclinó hacia delante y me colocó una mano en la mejilla.

—Hiperpigmentación —murmuró él para sí mismo, acariciando la piel con el pulgar.

—Pecas —repliqué con una sonrisa, pero su rostro se mantuvo serio.

—No, Ari, sé distinguirlas. —Se echó hacia atrás con un suspiro—. Supongo que es el embarazo, también.

—No quiero que te preocupes, Jem.

—Ya sabes que esto no funciona así.

Se llevó su zumo a los labios y la panadería se inundó del primer silencio incómodo desde que conocí a Jem. Incómodo solo por mi parte: era yo la que fingía, la que intentaba no preocuparle cuando estaba cargada de miedo.

No paraba de pensar en la sangre.

En la sangre que bañó el agua del retrete, en toda la sangre que caía de mi nariz, en la sangre que cayó de la de mi madre. En los pañuelos manchados que traté de olvidar durante tanto tiempo. En la enfermedad de mi madre, en cómo la consumió y en cómo me estaba consumiendo también a mí.

Y aún tenía una fuerza dentro que me impulsaba a abrir la boca y soltar todo lo que pensaba. Temía preocuparle, pero temía mucho más tener que mentirle.

—¿Crees que la telequinesia puede tener repercusiones en el cuerpo, Jem?

Él parpadeó, pillado por sorpresa.

—Bueno, es obvio que las tiene. Pero eso ya lo sabías. El cansancio, los desmayos…

—Me refiero a algo a largo plazo. —Fruncí el ceño y agarré mi vaso con fuerza, hasta que se me quedaron los dedos enrojecidos. No me atreví a mirarle—. ¿Crees que puede ser… una especie de enfermedad? Un síndrome. Algo que te va matando poco a poco, sin que te das cuenta.

El rostro de Jem palideció en medio segundo.

—Ari, ¿qué estás diciendo? ¿Ha pasado algo?

—Puede que sea el embarazo…

—Ari. —Se inclinó hacia delante y movió la silla hasta ponerse a mi lado. Su cara volvió a encontrarse a centímetros de la mía—. ¿Qué ha pasado?

—Ayer… Ayer tosí sangre. Y me hubiera encantado poder decirte que fue la primera vez, pero… —Bajé la mirada; no supe si el latido que se escuchaba era el mío, el de Jem, o una mezcla de los dos—. Eso no tiene nada que ver con el embarazo, ¿verdad? ¿Está Lucie bien?

Mi voz se rompió al decir su nombre.

—No lo estará si no me aseguro de que su madre lo está primero. —Se acercó todavía más y me puso una mano en la frente—. ¿Hace mucho que

tienes fiebre?

—Eso no es lo que me preocupa.

—Pero Arielle, si…

—A mi madre le pasó lo mismo —le interrumpí, sintiendo el regusto salado de una lágrima llegando a mis labios—. La fatiga, la sangre, el mareo. Siguió trabajando en la escuela pero cada día se sentía más y más débil.

Él se mantuvo en silencio, apretando sus manos sobre las rodillas. Parecía estar contando los segundos que pasaban entre frase y frase. Parecía estar esperando que no llegara a la última.

—A veces me da la sensación de que me está pasando lo que le pasó a ella antes de morir, Jem.

Fue como verle romperse. Empezó a mover la pierna con un tic nervioso, se puso las gafas en su sitio, se acercó un poco más a mi silla, evitó mi mirada. No quería que le viera llorar.

Él también quería fingir que todo estaba bien, pero ya no podíamos.

—No digas eso —murmuró, con un hilo de voz.

—¿Puede ser la telequinesia, Jem? ¿Crees que es por eso?

—Si fuera así tu madre habría muerto mucho antes, ¿no crees? O tú habrías empezado a enfermar mucho más tarde.

Aún no podía creer que estuviera hablando de la muerte de mi madre con Jem como quien habla de la compra; sin miedo, sin remordimiento, sin pena. O mejor dicho: no podía creer que fuera la primera vez que obviaba el hecho de que yo la maté.

Porque yo la maté.

Mi telequinesia la mató.

Ella enfermó y mi telequinesia se encargó de pararle el corazón. Ahora iba a por el mío.

—¿Y si no te están atacando desde dentro? —murmuró Jem, tan bajo que no estuve segura de haberle escuchado bien.

—¿Qué?

—Tu madre fue una mujer extraordinaria, en el sentido más literal de la palabra. Y quizás alguien la vio como una amenaza. Quizás es la misma persona que sabe que tú también lo eres.

—¿Intentas decirme que…?

—No quiero sacar conclusiones precipitadas. —Cerró los ojos muy fuerte, como si así se le borrara todo lo que pensaba—. De hecho, no quiero pensar que lo que digo es verdad. Pero la sangre, los vómitos, la fatiga, la fiebre… ¿No te hace pensar que…? —Sacudió la cabeza—. Algunos son síntomas

típicos de una infección gastrointestinal, y mucha gente solía confundir la intoxicación por arsénico con eso. Digo arsénico porque es uno de los venenos más sencillos de conseguir: está en cualquier droguería. Y no sabe a nada, claro. Solo huele un poco a ajo. —Su voz parecía la de un robot, desprovista de emociones. Como si estuviera dando una exposición más en clase. Solo cuando volvió a caer en la cuenta de que hablaba de *mí*, su rostro se volvió más pálido y su voz más débil—: Es una locura, lo sé, y no quiero incriminar a nadie pero… ¿Todos los síntomas empezaron antes o después de saber que estabas embarazada, Arielle?

Atrapé la falda entre mis puños, mientras dejaba que una oleada de pensamientos sacudieran mi mente.

La telequinesia; los cristales suspendidos en el aire.

Las galletas con nueces de mi abuela.

Las manos débiles de mi madre, que no temblaban mientras ella cuidaba su jardín.

Las rosas blancas.

El constante invierno dentro.

La piel que me ardía.

La sangre, la sangre, la sangre.

La sangre que vi salir de los labios de mi madre cuando murió, y mucho antes.

La sangre que salía de los míos.

«¿Pagar a un matasanos para que le recete una simple infusión? Arielle, tu madre está mal del estómago y punto».

«Tienes mala cara. Túmbate, cielo, voy a prepararte una infusión».

«Hoy será la última noche que juegues conmigo, Arielle».

Veneno.

Veneno.

Veneno.

Fue como si la verdad me asentara una patada en el estómago. Me quedé sin aire. Mi cabeza se quedó en blanco, y de pronto surgieron mil voces que imitaban y repetían una y otra vez la voz de mi abuela, sus gritos y sus sonrisas falsas y su miedo a la telequinesia y la manera en la que siempre me tendía una magdalena para desayunar.

Siempre quiso exorcizarme.

—Tengo que irme.

Azul y blanco

Mi casa volvió a parecerme la de una desconocida, como si fuera una intrusa sacando las llaves para entrar. Fui directa a la cocina, con el corazón amenazando con atravesarme la piel y la cabeza dando vueltas y vueltas sobre la misma idea: mi abuela me estaba matando.

Conteniéndome para no hacer ruido, abrí todos los cajones de par en par. Todos. Bastó con un gesto de la mano para que los armarios se abrieran y toda la cocina se desplegara ante mí. Me puse de puntillas y empecé a rebuscar entre botes de harina y de azúcar, entre sobres de levadura y bolsas de fideos, casi con ansia. Tenía miedo de encontrarlo y sin embargo, no me creía tan optimista como para creer que no era cierto.

Los pálpitos se detuvieron durante dos segundos cuando vi esa minúscula botellita tintada de azul al fondo del armario. La saqué con los dedos temblorosos; había desaparecido ya un tercio de todo lo que contenía. La destapé para olerla y la evidencia me hizo llorar.

«Por favor, no, por favor…».

Arsénico.

Arsénico en mi casa para acabar conmigo.

Mi abuela no era la mujer que se reunía con las otras ancianas del pueblo para tomar el té, no era la que fingió llorar en el funeral de *madame* Dugés, no era la que me arropaba las noches de invierno cuando mi madre acababa de morir.

No sabía quién era. No sabía quién había sido. No sabía nada de ella.

No era de extrañar que ahora mi casa me pareciera una mentira. Las sonrisas de los cuadros, las perlas que colgaban de su tocador, el olor a canela que venía de la cocina y el murmullo de la radio encendida en el salón. Todo

estaba estratégicamente colocado para hacerme creer que le importaba. Que me quería. Que de verdad me veía como su familia, y no simplemente como las sobras de lo que un día fue su hijo.

La encontré recostada en el sillón del salón, con un libro abierto sobre los muslos y las gafas de lectura cayéndole por el puente de la nariz. Se balanceaba sobre los talones, siguiendo el ritmo de la música clásica que inundaba el comedor.

Era una preciosa mentira.

Levantó la cabeza al oírme llegar y me dedicó una sonrisa que hizo que me quedara congelada junto al marco de la puerta. La rabia y el miedo y las dudas seguían palpitando bajo mi piel, pero no sabía cómo empezar a destrozarlas.

—Arielle. —Edith Larue cerró la novela sobre sus muslos—. No esperaba que llegaras tan pronto. ¿Te encuentras bien? ¿Ha pasado algo?

Ojalá supiera cómo contestarle.

Por un momento me vi tentada de sonreírle y dar media vuelta, de mentirme a mí misma y seguir actuando como si ninguna prueba la inculpara. Seguir excusando mi fatiga y mi dolor con los síntomas de un embarazo que nadie más conocía. Quise poder decirle: «No ha pasado nada, abuela, solo me dolía un poco la cabeza», y luego dejaría que ella me apartara el pelo de la frente, me cubriera con las sábanas y me trajera una infusión caliente.

Dejarse matar sería mucho más fácil que resistirse.

No tendría que desenmascarar a mi abuela y encontrarme con un alma podrida. No tendría que soportar el dolor de verme *tan sola*.

Saber que la única persona que consideré familia fue asesinada por quien me vio crecer, quien decía que me quería, era una estaca que no conseguía arrancarme.

Y darme cuenta de que mi abuela había permitido que yo me sintiera culpable no hacía más que rasgar la herida. Me había visto llorar, noche tras noche; me había visto arañarme la piel en un intento desesperado de matar al demonio que vivía dentro de mí. Solo ahora me daba cuenta de que ese demonio había estado a mi lado todo este tiempo, preparándome sopa y cosiéndome jerséis.

Fuera, no dentro.

Matándome a cuentagotas.

—¿Cuánto ibas a tardar en decírmelo? —dije, aunque no pude evitar que la voz me temblara.

Edith levantó una ceja, confusa. Parecía tan inocente, tan inofensiva…

—¿Arielle, qué…?

—Qué pregunta más estúpida —continué, soltando el aire por la nariz—. ¿Cómo ibas a decirme *nada*? ¿Cómo ibas a decirle a tu propia nieta que habías matado a su madre?

—¿De qué estás hablando?

Un nudo en la garganta me impidió contestarle, y antes de que me diera cuenta la mandíbula me tembló y empecé a llorar. Me aparté las lágrimas con furia, cogí aire y di un paso adelante.

No iba a mostrarme débil.

Ya no.

—Por favor, no te hagas la tonta —dije—. Sé lo de… Sé lo que estás haciendo. Sé lo que le hiciste a mi madre. Lo sé y no sabes cuánto me está rompiendo.

Otra vez esa mirada cautelosa, como si estuviera tratando con un demente. Dio un paso hacia delante, alzando una mano.

—Arielle, solo intento…

—No te acerques —dije entre dientes, sintiendo cómo la rabia empezaba a bullir en mi piel.

«No te acerques, porque no quiero darte tiempo para fingir que te importo».

Pero Edith no hizo caso y dio un paso más hacia adelante.

—¡He dicho que no te acerques! —solté, alargando la palma de la mano hacia ella.

Entonces vino el fuego, como si le hubiera llamado.

Como si mi rabia hubiera sido capaz de hacer saltar las chispas, como si hubiera incendiado los carbones: el hueco de la chimenea se encendió con una lengua de fuego.

Edith dio un paso atrás, llevándose las manos al pecho. Miraba el fuego con los ojos desorbitados, que aún hacía bailes con las llamas. Como si estuviera tentándola. Como si él también estuviera sediento de venganza.

No, venganza no.

No quería vengarme.

Solo quería saber la verdad, por una vez. Y me daba igual lo que tuviera que hacer para conseguirla.

—Arielle, haz el favor de calmarte. —El miedo en sus ojos era más grande que las llamas, pero Edith hacía un esfuerzo por mantenerse firme—. No te crie para que te convirtieras en… esto. No te crie para que asustaras y abusaras de la gente a tu alrededor como estás haciendo ahora.

Alzó la barbilla y estiró la mano hacia mí, pero mi única respuesta fue una risa amarga.

—Abuela, siento desilusionarte, pero sí, lo hiciste. Fuiste tú quien me enseñó primero a mentir.

—¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que proclamara a los cuatro vientos que eras capaz de hacer… esto? —Levantó las manos al aire, señalando la habitación, que juraría que temblaba entera—. Solo quería mantenerte a salvo. Es lo que siempre he querido.

Sacudí la cabeza.

—Tendrías que haberme enseñado a ver esto como un regalo, como un don. Como algo bello. Tendrías que haberme dejado ser yo.

—No es un regalo, es una maldición. Te matará de la misma manera que mató a tu madre.

—¿Y pensaste que era mejor ahorrarte el disgusto y matarnos tú? Me matabas igual, abuela. Me matabas con cada mirada de miedo y de odio, con cada sueño roto, con cada rezo para acabar con el demonio que era. Me matabas y me estás matando. Solo te estás ahorrando tiempo.

—Arielle, no sabes lo que dices. —No había rabia en su voz, solo pena—. Nada de eso es cierto. Por favor, cálmate.

Pero no la escuchaba; lloraba tanto que sería capaz de apagar el fuego si hiciera falta. Y aun así no podía dejar de tensar la mandíbula y los puños, conteniéndome para no explotar.

Hasta que no pude contenerme más.

—¿Que me calme? —Se oyó el sonido de unos cristales rotos a mi espalda; quizás un vaso en el estante, quizás algo de la cocina. Mi abuela encogió los hombros—. Después de todo lo que has hecho, ¿quieres que me calme? —Otro estallido; la bombilla de la lámpara de la mesa se rompió en mil pedazos—. ¡Claro que sí! ¿Cómo no ibas a quererlo? Siempre me has querido callada, amordazada, dormida. Siempre me has querido ver como a mi madre: muerta.

Y el fuego de la chimenea rugió, y se rompieron dos bombillas, y la radio empezó a saltar de una cadena a otra, mezclando voces y sonidos. El rostro de Edith estaba blanco como la cera, y sus pupilas bailaban del fuego a mi cara, sin atreverse a mirarme más de dos segundos seguidos.

—¿Ahora tienes miedo? ¿Te asusta que tu deliciosa repostería no funcionara? —Ladeé la cabeza y di un paso hacia ella, disfrutando de la sensación de tener el control.

El rostro de mi abuela pareció transformarse en cuanto oyó la palabra «repostería», de la sorpresa y el miedo al reconocimiento y la pena. O algo parecido. No me quise fijar en sus hombros caídos ni en la forma en la que le temblaban los labios; llevaba actuando demasiado tiempo.

—Hay una explicación para todo esto… —Corté su frase ronca con una carcajada que hizo tintinear la lámpara del techo.

—No puedo creer que hayas elegido la frase del culpable por excelencia. —Entrecerré los ojos—. «Puedo explicártelo».

El corazón me palpitaba muy fuerte.

Me clavaba las uñas en las manos.

Y no me importaba, nada me importaba.

Me aparté las lágrimas con el puño, pero no pude evitar que siguieran saliendo a borbotones. Pronto me di cuenta que había más decepción que rabia en mis palabras.

—¿Puedes explicarme por qué… por qué lo hiciste? —Sacudí la cabeza y las bombillas parpadearon. El fuego se avivó y una lengua de fuego se escapó de la chimenea. Edith pegó un salto para alejarse de ella y se dejó caer al suelo, de la forma más animal que había visto.

No era propia de ella.

Pero tampoco lo era envenenarme.

—¿Por qué tuviste que matar a *maman*? —Mi voz sonó a cristales rotos —. ¿Por qué? ¿Por qué te creíste Dios como para decidir quién vivía y quién no?

Ella sacudió la cabeza con ímpetu.

—Arielle, yo no…

—¡No quiero escucharte! —Más lágrimas, más estallidos, más bombillas rotas, más fuego—. ¡Joder, por primera vez escúchame tú a mí!

Mi abuela empezó a temblar y se encogió sobre sí misma. Como una niña.

Como la niña que dejé de ser cuando me creí asesina.

—¡Mataste a *maman*! ¡La envenenaste y ahora quieres hacer lo mismo conmigo! —Me doblé por la mitad, jadeante. Las lágrimas y la telequinesia pesaban demasiado—. ¿No es eso? ¿No has querido siempre deshacerte de los monstruos? ¿No era ese tu deber: proteger a tu familia por encima de todo? —Solté el aire en una risa—. ¿Sabes lo peor? Que de verdad pensé que éramos una familia. A veces… A pesar de todo… Pensaba que me querías, que me querías de verdad. Pensaba que solo eras un poco fría, pero que querías lo mejor para mí y… y que nunca me dejarías sola. —Me temblaban las manos, me empezó a sangrar la nariz.

Y no me importaba.

Nada.

Me acerqué a mi abuela. A Edith. Llegué a su altura y la miré desde arriba, dejando que mis lágrimas cayeran sobre su vestido. Ella no se atrevió a levantar la mirada. Siguió temblando en el suelo, con una mano agarrando el codo y la otra sobre la moqueta. No quería ver los cristales que brillaban en el suelo ni el fuego que jugaba a su espalda.

No quería verme a mí.

—Pero en realidad siempre quisiste estar sola —murmuré. Me puse de cuclillas para llegar a su altura y la obligué a alzar la barbilla. Fue como si mi mano ardiera. Quizás lo hacía—. Solo quiero que confieses, abuela. Quiero que me digas que sí, que mataste a mi madre, que sí, que me matarías a mí. Que me estabas matando. Un poco de arsénico aquí, otro poco allá… Así hasta que un día mi cuerpo no lo soportara y pudieras decir: «Oh, fue un ataque al corazón. Una desgracia».

—Arielle… —suplicó, con un hilo de voz.

—¡Dilo!

Abrió los labios, despacio, con la mirada perdida en algún punto de la moqueta y los ojos desorbitados. Como si estuviera desorientada. Como si intentara escapar.

Pero ya no podía.

—Dilo —murmuraba, casi como una oración—. Dilo, maldita sea, ¡dilo!

Y giró la cabeza para contestarme, con los ojos empañados de lágrimas.

Solo que en su rostro no había otra expresión que no fuera la del horror. Empezó a mirar más allá de mi espalda, a algún lugar del techo donde las bombillas parpadeaban y amenazan con romperse y llover sobre nuestras cabezas.

—¡Dilo! —grité, por última vez.

La chimenea se apagó abruptamente. La radio dejó de sonar. Se oyó el sonido de cristales rotos a mi izquierda. Los libros cayeron de las estanterías. Seguí llorando. Seguí con la mirada clavada en el cuerpo de mi abuela, que abrió la boca para decirlo.

Pero de sus labios no salió más que una cascada de sangre.

Me puse en pie de un salto y di dos pasos hacia atrás, tropezando con los libros caídos. Mi abuela se dejó caer sobre el suelo; el pelo le cubría la cara. Empezó a convulsionarse siguiendo el ritmo parpadeante de las bombillas.

—No… —murmuré—. ¡No!

Tosió más sangre.

Los hombros se arquearon hacia delante.

Gimió.

Alzó la barbilla hacia mí y me dedicó la mirada más vacía que había visto nunca, segundos antes de desplomarse contra el suelo con un golpe brusco. La sangre brotó de su garganta y se deslizó entre sus labios como un río negro.

Se rompió la última bombilla.

Dejé que los diminutos cristales se posaran en mi pelo y arañaran mi piel. Dejé salir todo el aire que estaba conteniendo, solo para darme cuenta de que me faltaba. Alcé el pecho una y otra vez, cada vez más rápido, mientras a mi alrededor toda la habitación empezaba a dar vueltas.

Pero mi abuela no se movía.

No lo haría.

Tenía los ojos vacíos, había dejado de sangrar.

Había dejado de *estar*.

Yo no quería venganza. Yo no quería…

—No. —No era incapaz de decir nada más; solo podía llorar. Las lágrimas arrastraron las esquirlas por mis mejillas—. No… Por Dios, no… No, tú no, por favor… Tú no…

Mi voz se rompió en un llanto y vi cómo mis manos se extendían hacia delante, buscando apartarle el pelo de la cara. Pero me detuve al darme cuenta de que ya no sería una nieta abrazando el cuerpo de su abuela. Sería una asesina dejando huella en su víctima.

Me alejé de ella, presa de una energía que no entendía de dónde había salido. Debería haber explotado yo. Debería estar yo muerta, bajo una lluvia de cristales. Debería estar ardiendo en el fuego; yo, no ella, no quería que fuera ella…

Solo quería que me viera. Que admitiera que no podía soportar mi existencia, que había estado fingiendo todo este tiempo.

Y ni siquiera le había dado la oportunidad de hablar.

No sé de dónde saqué las fuerzas para llegar hasta el teléfono del pasillo y marcar el número del apartamento de Jem.

—Jem, te necesito —dije. O al menos intenté decirlo, pero mis exhalaciones eran demasiado profundas y aceleradas—. Necesito que… Necesito que vengas a casa. Y que barras. Sí, tengo… tienes que limpiar todo esto, por favor. Nadie puede saberlo. —Sentía un nudo aprisionándome la garganta. También sabía que Jem me estaba hablando al otro lado, pero su voz no era más que eco. No podía escucharlo. No lograba entenderlo—.

Necesito que vengas y llames a una ambulancia o… O no lo sé, no sé a quién hay que llamar cuando estas cosas pasan, Jem.

Las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos como cascadas, cortándome la voz. Seguí dándole la espalda al destrozo del salón.

—Ari, ¿me oyes? ¿Puedes decirme que ha pasado?

—Necesito que alguien arregle todo esto. Las llaves están… —«Respira, inspira, respira, inspirarespirainspirarespira»—. Las… las voy a dejar en la maceta junto a la entrada. Por favor, ven… Te-te necesito.

Y colgué.

Me alisé el pelo con los dedos hasta que cayó la última esquirla de cristal. Me ajusté la falda y me aparté las lágrimas como pude. Y antes de salir de casa, antes de que cayera el crepúsculo, subí a la buhardilla por última vez.

Nunca pintaría con tanta rabia y tanta culpa como lo hice entonces.

Usé la pintura roja para mí; el color azul para Jem.

Para Lucie utilicé el blanco.

Sé valiente

Había matado a mi abuela.

Quería pensar que si no lo hubiera hecho, me hubiera matado ella, lenta e incruentamente. Era irónico pensar que su excusa habría sido «un ataque al corazón»; lo que seguramente había acabado con ella ahora.

No, no había sido ningún ataque al corazón —habían sido los brazos invisibles de mi telequinesia envolviéndolo hasta destrozarlo.

Hui al único hogar que me quedaba.

—¿Arielle? —Chardin llevaba su camisa de pijama y el pelo despeinado. Parecía estar a punto de meterse en la cama—. ¿Qué haces aquí?

Mi respuesta fue correr hacia él, rodearle la cintura y esconder el rostro en su camisa. Chardin correspondió a mi abrazo al instante, apretándome con fuerza contra él. Olía a manzanilla. Empecé a llorar y temí que mis lágrimas acabaran humedeciéndole la camisa, que una ráfaga de aire se colara entre nuestros brazos y nos llenara de frío, pero a él no parecía molestarle. Siguió sosteniéndome, callado. Me acarició el pelo con una mano y agachó la cabeza para besarme en la frente.

—¿Quieres pasar aquí la noche? —murmuró, cuando la presión de mis brazos empezó a aflojarse.

—Por favor.

En mi antigua habitación aún quedaba un camisón y unos cuantos vestidos que seguramente ya no me estaban. Me desvestí, con cuidado de que no cayera ningún trozo de cristal que todavía no hubiera descubierto. Tenía los brazos y los hombros llenos de pequeñísimos arañazos. Escocían. La cabeza no paraba de darme vueltas.

No tenía fuerzas para enfrentarme al tiempo y, sin embargo, no creía que aquella noche fuera capaz de dormir.

Me puse el camisón más ancho que encontré, aunque no bastó para ocultar mi vientre. Pero no me importaba. Ya no. Me recogí el pelo en una trenza. Cogí el broche de la rosa blanca que me había regalado Chardin tanto tiempo atrás, y lo dejé con cuidado sobre la mesa.

—Sé valiente —murmuré, como un rezo. De alguna forma pensaba que es lo que me diría mi madre. Que ella lo entendería. Que ella estaría aquí, conmigo—. Sé valiente, Arielle.

«Sé valiente».

«Sé valiente».

«Sé valiente».

No sé en qué momento dejé de llorar. No sé cómo me mantuve en pie después de pasar tanto tiempo sintiendo que me faltaba el aire. No sé cómo aguanté el secreto de haber matado a mi abuela tan solo una hora atrás.

Pero Chardin no preguntó. Nunca lo hacía.

Salí de la habitación una vez me aseguré de que estaba más tranquila. O por lo menos, más anestesiada. Me sentía como si estuviera atrapada bajo el agua, con toneladas de líquido haciendo presión sobre mi cabeza y la sensación de que en cualquier momento me iba a quedar sin aire.

Cerré la puerta a mis espaldas, despacio, interrumpiendo la conversación al teléfono de Chardin.

—Está bien. —Asintió con la cabeza—. Muchas gracias por llamar, *monsieur*.

Se dio cuenta de mi presencia un segundo antes de colgar, y abrió los ojos como si hubiera visto un fantasma.

Quizás estaba acostumbrado a ver fantasmas. Yo misma me sorprendía cada vez que eran los ojos de mi madre —y sus facciones, la forma de sus labios, el mismo pico de viuda— los que me devolvían la mirada en el espejo. Quizás viera a una Denise Larue pelirroja y demacrada saliendo de la misma habitación que solía ocupar décadas atrás; cuando solo eran dos niños que pasaban las noches montando fuertes bajo las sábanas y contándose historias a la luz de una linterna.

Quizás esos segundos que nos miramos, los dos sin saber qué decir, los dos perdidos en recuerdos, sirvieran para que él volviera a anclarse a la realidad.

Y entonces apartó la mirada y colgó el teléfono. Se cruzó de piernas en el sofá, con los restos de la cena todavía sobre la mesita de café y un periódico

abierto a su lado. La escena del salón me pareció tan… inocente, tan pura, tan cotidiana, que me hizo sentir como si formara parte del decorado de una película.

Algo seguía gritándome que no debía estar allí.

Pero no tenía ningún otro lugar.

—¿Tienes hambre, *petite*? —No contesté—. ¿Sed? Tienes leche en la cocina, si quieres. Y aún queda cacao en polvo.

Moví la cabeza suavemente, en un gesto que pretendía ser una negación.

Chardin suspiró.

—No estás bien.

No era una pregunta.

—No.

—¿Puedo hacer algo para que lo estés?

—No.

Ni siquiera sabía por qué había salido de la habitación. Ni siquiera sabía por qué me había plantado frente a Chardin como un fantasma, rozándome el codo con una mano y con la mirada perdida en mis pies.

—Cuando yo no podía dormir solía ponerme a escribir cartas hasta que me dolían las manos y se me cerraban los ojos. —Sonrió—. Pero la verdad es que no te lo recomiendo: los recuerdos no hacen más que avivar y despertar la mente. Y cuesta mucho escribir sin recuerdos. —Chasqueó la lengua y bajó el tono de voz para añadir—: Cuesta mucho vivir sin recuerdos.

A él no le contesté, pero en mi interior no podía parar de hablar: «Cállate, cállate, cállate», decía. «No quiero vivir recordando el rostro muerto de mi madre, el cadáver de Claire, la sangre que brotó de los labios de mi abuela. No quiero. No puedo. No puedo…».

Chardin se puso en pie y se acercó a mí para alisarme el cabello.

—Si necesitas algo, sabes dónde estoy. Procura descansar, Arielle. Mañana será otro día y todo será un poco más fácil.

Las lágrimas me nublaron la vista. Chardin me dio un beso en la frente, me apretó el hombro y se fue arrastrando los pies hacia su dormitorio. Apagó las luces conforme avanzaba, sumiendo el salón en la penumbra.

Quizás sí que me había convertido en un fantasma, porque cualquier persona hubiera huido de las sombras y se habría refugiado bajo las sábanas después de esta pesadilla. Cualquiera hubiera buscado los brazos de alguien, el consuelo de alguien. Y yo me conformé con quedarme de pie, envuelta en la penumbra, disfrutando de no ver nada, de no ser nada, hasta que mis ojos empezaron a acostumbrarse a la oscuridad.

Quizás la telequinesia había matado mi humanidad con ese último golpe.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que decidí moverme, pero para entonces ya tenía los pies y las manos frías. Fui a la cocina tanteando la pared con las manos. Lo último que quería era cuidarme, comer o beber, pero tenía que recordar que ya no estaba yo sola. Lucie no se merecía sufrir nada de esto. Lucie no merecía tanto odio; no podía negarle algo que la alimentara.

Tuve que parpadear un par de veces antes de que mis ojos se acostumbraran a luz de la cocina. Los platos sucios estaban amontonados en la pila y el aire todavía olía a pollo asado. Chardin cuidaba más el orden cuando tenía alguien que lo apreciara. Una parte de mí no pudo evitar sentirse culpable por romper la cotidianidad de su vida, por hacerle cómplice de un crimen que ni siquiera conocía.

«No es un crimen. No ha sido a propósito. Yo nunca quise…».

Aparté aquellas imágenes de mi cabeza antes de que volvieran a paralizarme.

Me dirigí a la nevera con los pies descalzos, pero ver la leche solo sirvió para aumentar el nudo en mi garganta. Agua, mejor coger agua. O una manzanilla. Chardin tendría que guardar las infusiones por alguna parte.

Me puse de puntillas y empecé a rebuscar en el armario más alto, igual que había hecho en casa de mi abuela. En mi casa. En la casa que no volvería a tocar.

E igual que había pasado horas antes, lo que me quedaba de corazón se detuvo un segundo antes de resquebrajarse en mil pedazos. Volvió el nudo en la garganta. Volvió el miedo.

Escondido en el fondo del estante, detrás de un bote de harina y otro de sal, en una esquina, había un diminuto frasco de tinte azulado, gemelo de aquel que tenía mi abuela. A su lado, una nota: «Donde siempre: *Rue du Stade*, número 4».

No necesité olerlo para confirmar que era arsénico. No necesité más de un minuto para atar cabos; para darme cuenta de que el funeral de *madame* Dugés nunca fue en la *rue du Stade*. Mi abuela se había estado viendo con Chardin durante todo este tiempo, y había seguido preguntando qué tal mis clases, qué tal mi telequinesia, como si no estuviera al tanto de que cada signo de debilidad, de cada desmayo, de cada temblor. No me sorprendió que no le extrañaran los vómitos.

Llevaban planeando mi muerte desde hace meses.

Chardin.

El hombre que me había cuidado, que había fingido ser el padre que me faltó. El hombre que me había llenado la habitación de rosas blancas.

Y también aquel que me ocultó el poder de mi madre. El que mantuvo en secreto que vivió enamorada de ella. El hombre que vio morir a mi padre. El niño que nunca se separó de mi familia. El que me había envenenado.

Nicolas Chardin era un hombre lleno de claroscuros.

Y cada vez estaba más segura de que su hospitalidad era solo una forma de ocultar sus verdaderas intenciones, por mucho que me doliera.

No, no dolía.

Desgarraba. Mataba.

Estaba demasiado exhausta como para sorprenderme. Era solo una traición más, una persona más en la que no podría confiar.

Noté el regusto salado de las lágrimas en mis labios.

Tenía que salir de aquella casa.

Los latidos me palpitaban en las sienes. La adrenalina se extendió por todo mi cuerpo y me dificultó la tarea de devolver cada bote a su sitio. Tuve que contenerme para no derramar el veneno, para no dejar huella de lo que había descubierto. Tenía que desaparecer. Marcharme donde fuera, donde él no me encontrara.

Cerré las puertas de los armarios y los cajones, apagué la luz de la cocina, volví sobre mis pasos a la oscuridad del pasillo. Coloqué una mano en la pared y caminé sin pensarlo hacia la salida, con la mano libre apoyada bajo el vientre.

Habría notado el silencio de la casa si mis latidos no se hubieran intensificado tanto, si mi respiración no fuera tan pesada, si no la sintiera tan entrecortada.

Y también habría sido capaz de notar cómo los pasos de Chardin rompían ese silencio.

Hubiera escuchado el gatillo un segundo antes de llegar al picaporte.

Nunca más petite

Arielle, vuelve a tu habitación.

Chardin estaba a dos metros de mí; su figura cortando el halo de luz de luna que llegaba desde la ventana abierta del salón. La boca de una pistola apuntaba a mi frente.

Ni siquiera le temblaban las manos.

—¿Qué estás haciendo? —dije, con un hilo de voz.

—No haré nada si vuelves a tu habitación, ¿entendido? —Alzó una ceja; su voz era firme, sus manos también. Chasqueó la lengua al ver que no me movía—. Vamos, *petite*. No tienes ningún otro lugar a donde ir, ¿no es así? Esta es tu casa.

—No me llames así.

—Arielle —se corrigió él, con el mismo tono conciliador con el que antes acallaba mis pesadillas—. No quiero tener que disparar. Habría que dar demasiadas explicaciones.

Mantuve la mano alrededor del picaporte, escondida tras mi espalda, e intenté darle una vuelta en silencio. Solo una. Quizás me diera tiempo a salir de allí. Quizás la bala no me alcanzara, si se atrevía a disparar.

Oh, sí, se atrevería.

Se había atrevido a envenenarme, después de todo.

Ojalá él escuchara mis latidos tan fuerte como yo los oía. Ojalá él sintiera el peso de Lucie; ojalá él entendiera que no puede hacerle daño. A ella no. Por Dios, a ella no.

Giré el picaporte, Chardin dio un paso más hacia delante, la puerta no cedió.

—¿Ya te has cansado de jugar? No soy tan tonto como para dejar la puerta abierta, Arielle. Te creía más inteligente. Aunque no sé por qué me sorprendo: ni siquiera fuiste lo suficientemente espabilada para evitar preñarte. Vuelve a la habitación, *petite*. No quiero tener que disparar.

Mis manos fueron a rodear inconscientemente mi tripa. Lo sabía. Por Dios, claro que lo sabía. Chardin siempre había sabido mucho más de lo que quería admitir. Chardin no hacía preguntas, porque nunca las necesitaba.

No sé de dónde saqué el valor para hablar.

—No vas a disparar —murmuré, fingiendo más convicción de la que sentía—. No eres ningún asesino, Chardin. Eres una buena persona.

Él hizo un gesto brusco con la pistola, como si estuviera cargándola de nuevo, que me hizo estremecer. Debería haber suplicado por mi vida. Debería haber alzado las manos como si estuviera rindiéndome. Y sin embargo, mis dedos seguían presos alrededor del vientre; mi barbilla seguía alzada, mis ojos fingían no tener miedo.

Quería creer mis palabras. Quería creerlas, de corazón.

—Pareces muy convencida.

No vi por ninguna parte al Chardin que solía abrirme la puerta cuando volvía de Sainte Geneviève.

—¿Quieres matarme? —pregunté, con el labio inferior temblando—. Adelante, hazlo. ¡Hazlo! —Apreté los puños—. La policía te cogerá tarde o temprano, si no lo hace primero la culpa. Pero tú hazlo, hazlo y vive con la culpa de no haber matado a una, sino a dos personas. —Bajé la mirada a mi tripa, pero eso solo hizo que Chardin soltara una carcajada seca.

—Oh, *mon Dieu*. El bebé. Qué dramático. —Ante mi sorpresa, bajó la pistola y alargó la mano para dar con el interruptor de la luz. La pronta iluminación me hizo sentir desnuda—. Hablas de matar como si fuera la primera vez que lo hiciera.

Pestañeé, con los pies clavados en el frío suelo. Me sentía incapaz de reaccionar, me costaba distinguir sus palabras de los gritos de mi cabeza. Los que chillaban que huyera como fuera, los que gritaban que me rindiera, que aquel hombre iba a matarme, iba a matarme, iba a matarme, iba a matarme. Las voces que me susurraban, muy bajito, que no todo podía ser una farsa. Que igual que el día en el que me encerró con las arañas, esto no era más que un susto. Una prueba.

—¿Ahora ya no eres tan curiosa, *petite*? —«Deja de llamarme así, deja de llamarme así, deja de recordarme quién fuiste»—. ¿No quieres saber por qué maté también a tu madre? —Sentí que alguien golpeaba mi corazón con sus manos—. No quieres saber ni siquiera por qué te estoy apuntando con una pistola. No quieres saber por qué he esperado tanto, por qué te he tenido tanto tiempo conmigo…

—Porque es una mentira —murmuré. Me atreví a mirarle a los ojos, aunque sentía que los puños todavía me temblaban—. Tú… tú querías a mi madre. Querías a mi madre y querías a mi padre y los perdiste a los dos. Tú… Me quieres, me has querido todos estos meses…

—Sí, quise a tu madre y ella nunca supo devolvérmelo. —Oír aquella frase salir de los labios de Chardin sonó como un zumbido. Él tensó los brazos y volvió a apuntarme con la pistola, amenazante. Estaba atrapada—. Quise a tu padre y el muy maldito fue a conquistar a la chica de la que estaba enamorado. Quise a tu madre y ella solo supo verme cuando quería. Cuando me necesitaba. Yo era un juguete de pruebas, un lugar donde escaparse cuando su maldita telequinesia se descontrolaba. Me harté de jugar, Arielle. Me harté de ser la persona a la que todo el mundo acude cuando algo va mal. Y algo iba muy mal en la vida de tu madre… Se estaba pudriendo como te estás pudriendo tú. La telequinesia la hubiera matado de todas formas, igual que acabará matándote a ti. Te lo he dicho mil veces. No es normal. No es humano. Lo que la mató, lo que te está matando, no es de este mundo. Solo le hice un favor. No me importará hacerte el favor a ti también, *petite*. Si he tardado tanto en actuar es porque tenía la esperanza de que esta vez fuera distinto. Pero no: todos los Larue sois peligrosos, todos sois unos desagradecidos. —Su expresión se endureció y estrechó los párpados al mirarme—: Tu abuela me pidió, pobre, algo que la ayudara a controlar tu telequinesia. Yo solo me dediqué a cumplir su sueño; el suyo, y el mío, y el de todos aquellos que saben que eres una aberración, Arielle. Un monstruo.

Tuve que fingir que sus palabras no me dolían. Por su expresión, parecía que él trataba de esconder lo mismo.

Mi cabeza todavía trataba de asimilar lo que estaba ocurriendo; mis palabras iban más rápidas que mis pensamientos; mis latidos intentaban ahogarme en ellos para que no tuviera que escucharle a él.

—Eres tú quien me está apuntando con una pistola.

«No llores, no llores, no llores. Por Dios, es Chardin. Es Chardin y está hablando de matarte».

—Aquí hemos matado los dos, *ma petite*. Tú cargas y cargarás toda tu vida con la misma culpa.

—¿Cómo…?

—Tu abuela me tenía como a uno de los primeros números de contacto en caso de emergencia. Ha sido cuestión de atar cabos. No era tan anciana como para morir por causas naturales, pero eso los médicos lo obvian. ¿Te dolió verla morir, Arielle?

Sus palabras dañaban más que cualquier bala.

—Fue… fue un accidente…

—Y fuiste tan ilusa de venir a mis brazos. —Casi me da una arcada al recordar la forma en la que me había aferrado a él, a él y a su aroma a manzanilla, a él y a la figura paternal que una vez pensé que tuve—. Ahora nos quedan dos opciones: o te quedas conmigo y haces lo que yo te pida, tal y como te lo pida, o disparo. —Tragó saliva y agarró la pistola con ambas manos, en un intento desesperado de esconder su miedo—. Será rápido e indoloro, no como la muerte de tu querida abuela. Te dejo elegir, preciosa.

De «*petite*» a «preciosa» había unas intenciones que me helaron la sangre.

—No me matarás —me atreví a decir, dando un paso hacia adelante. Él cogió la pistola con más fuerza y cambió el peso de una pierna a la otra—. No eres tan estúpido como para dejar tanta evidencia atrás. Destrozarías tu casa, la sangre lo ensuciaría todo, los vecinos oirían los disparos y…

—¿Y qué? ¿Vendrían a por mí? —Puso los ojos en blanco—. Poco me importa ya, Arielle. No tengo nada que perder, ni siquiera la vida. Haré el ruido que haga falta. ¿Necesitas una prueba para creerme?

Su voz dejó de oírse en cuanto disparó.

El sonido del disparo se unió a mi grito, y de pronto todas las voces a mi alrededor callaron. Cerré los ojos con fuerza y me agarré todavía más el vientre, como si así Lucie pudiera conservar la vida. Escuché el golpe a mi derecha. El suelo tembló bajo mis pies. Sentí un tirón en el estómago y me llevé las manos al cuello, en un intento desesperado de volver a coger aire.

Con la fuerza con la que se hubiera torcido un cubierto de metal, la bala torció su trayectoria e impactó contra la pared.

Los ojos de Chardin pasaron de la sorpresa a la furia en el medio segundo que aproveché para echar a correr hacia delante, hacia él, hacia la pistola, hacia la única salida.

Golpeé el hombro de Chardin contra el mío y seguí corriendo. Llegué a ver cómo una de sus manos soltaba la pistola para intentar agarrar mi camisón y no hacía más que atrapar aire. El miedo que antes me había mantenido paralizada como una estatua ahora llenaba todas mis venas de adrenalina, haciéndome correr como si llevara el demonio dentro.

Y parecía que lo llevara.

Solo me detuve cuando mi entrada al salón hizo que empezaran a llover cristales. Todas las ventanas de la casa se rompieron en mil pedazos al unísono. Como si aplaudieran mi llegada, como si la casa sintiera que me faltaba el aire e intentara con todas sus fuerzas darme una salida.

A mis espaldas oí el grito de rabia y los pasos de Chardin.

Mis pies siguieron corriendo hacia la pared incluso cuando me clavé la primera esquirla. Incluso cuando la bombilla explotó sobre nuestras cabezas y la casa volvió a sumirse en la oscuridad. Incluso cuando el siguiente disparo hizo que por un segundo volviera la luz. Algo se rompió a mi lado, peligrosamente cerca. Chardin gritaba mi nombre, me llamaba «preciosa», «*petite*, esto no acaba aquí», y acompañaba cada llamada con un disparo.

Estaba loco. Estaba loco y quería matarme.

Estaba loco y era lo suficientemente inteligente como para no temer a mi telequinesia: sabía que yo no podría desviar sus balas eternamente. Si no era la pistola quien me mataba, sería la telequinesia.

Y él ni siquiera temía a la muerte. No temía ser descubierto.

No había nada que le detuviera.

Tenía que salir de aquella casa.

Trepé hasta encararme a la ventana. Ignoré el dolor de los cristales clavándose en mis pies descalzos y rasgando mi mano. Ignoré el zumbido en mis oídos y el martilleo de mi cabeza, ignoré la sangre que nacía de mis manos, de mi nariz, de mis brazos. Sentí la caricia de una bala en la espalda antes de que la telequinesia me dejara sin aire y se encargara de hacerla pedazos.

Por una vez mi poder quería salvarme y no matarme. Por una vez el descontrol me ayudaba a sobrevivir, aunque sabía que no duraría mucho tiempo.

La calle me recibió con una brisa fresca. No había nadie a aquellas horas de la noche, aunque empezaban a parpadear las luces de los apartamentos; detrás de cada ventana había un vecino asustado al que habían despertado los disparos.

La ciudad se torcía; mi vista empezaba a nublarse. Solo oía la voz de Chardin y los disparos, solo oía su risa y los latidos de mi corazón. Casi podía imaginar el momento en el que dejaría de oírlos.

Empecé a correr descalza sobre el empedrado frío, incapaz de diferenciar los cortes de los cristales con aquellos que me abría la calle. Quise gritar para llamar la atención de algún vecino, pero mi voz había sido secuestrada por el miedo. La calle parecía demasiado pequeña, demasiado estrecha, demasiado luminosa.

De pronto me sentí un blanco demasiado fácil.

Llegué a una bifurcación y recé con las pocas fuerzas que me quedaran para que aquella calle fuera lo suficientemente oscura para esconderme. No

tenía suficientes fuerzas para seguir luchando. No después de mi abuela, no después de Chardin.

Acabé tambaleándome hasta el final de la callejuela y me acurruqué tras un contenedor de basura.

Todo era una pesadilla, tenía que serlo. La pesadilla acabaría en cuanto Chardin me encontrara, ¿verdad? No tardaría en hacerlo. Seguiría el camino de luces igual que Dorothy siguió las baldosas amarillas. Guardaría la pistola en su bolsillo, me tendería su mejor sonrisa ante los vecinos preocupados, me cogería del brazo con tanta fuerza que me haría sangrar.

Luego se desharía de mí. De mí y de Lucie.

No podía permitirlo.

Me puse en pie con toda la fuerza que pensé que no me quedaba, ignorando la calidez de la sangre, la sequedad de mi garganta, el martilleo en la sien. La brisa movía el bajo de mi camisón como si quisiera convertirme en la dama blanca.

Y entonces le vi. Por un momento mi corazón dio un vuelco y no vi al hombre que me había apuntado con una pistola, solo al hombre que me había enseñado a reír de nuevo. Ahora más anciano, más demacrado, con las luces de las farolas creando sombras en su rostro y los labios entreabiertos en un jadeo. Ya no sonreía. No tenía fuerzas, tampoco. Solo quería acabar con todo.

No le daba miedo morir, le daba miedo seguir viviendo y verme abandonarle, como hizo mi madre. No temía matar, temía vivir solo. Otra vez.

Así que cuando volvió a alzar la pistola, no hice más que rendirme.

No a él.

A la telequinesia.

Dejé que el poder saliera de mi cuerpo y me desgarrara la piel, que mi garganta se rompiera en un chillido y todas las extremidades temblaran como si tuvieran vida propia. Sentí mi cuerpo liviano, mis pies despegando del suelo; oí el gatillo de la pistola.

Y caí.

Las rodillas abrazaron el suelo y el impacto hizo estallar la calle entera. El contenedor de basura salió despedido hacia delante, la farola se partió en dos y rompió sus cristales con otro estallido. Chardin no se libró de aquella oleada de energía, pero solo oí su grito.

Fue como si alguien se hubiera encargado de vaciar cada una de mis venas. Cerré los ojos, mecida por el cansancio. Rodeé mi vientre con las manos, escuché los latidos de mi corazón como si también fueran los de Lucie, y me dejé caer de rodillas al suelo.

Sentí cómo la vida escapaba entre mis labios.

Sin voz

Lucie fue la primera persona en la que pensé.

Lucie, que me había salvado.

Lucie, cuyos latidos eran la fuerza que había conseguido que los míos volvieran a escucharse. Lucie, cuyos ojos juraría haber visto antes de desplomarme. Quizás fueron los de Jem. Después de todo, los dos me habían recordado que tenía un propósito por el que vivir. Que después de toda esta guerra, después de todo el dolor, *quería* sobrevivir.

Quizás los médicos encontraran otra forma de explicarme por qué sentí que mi cuerpo se rompía en mil pedazos, que mi aliento era el último, pero ahora me encontraba respirando aire otra vez. Yo no quería pensar en ninguna posibilidad que no fuera *por ellos*. Cualquier otra significaría que había vuelto a este mundo para estar sola.

Y cuando mi vista volvió a enfocarse y noté el frío suelo contra mi mejilla y el tacto áspero de las cuerdas a mi espalda, supe que no quería vivir. No así. No podía. No sin ellos.

No con *él*.

Reconocí la habitación de inmediato, a pesar de que el cubículo estaba totalmente envuelto en la penumbra. Solo se veía la fina franja de luz que se colaba por debajo de la puerta.

Los habitantes de la casa habían utilizado aquel diminuto cuarto en el sótano como refugio durante la guerra, y Chardin empezó a utilizarlo como sala de prácticas cuando quería asegurarse de que mi poder quedaba limitado. Ahí abajo no había más que sombras, cuatro paredes y polvo recubriendo las esquinas. Nada que romper, nada que dañar, nada que temer.

Ahora había pasado a ser una cárcel.

Todavía sentía la cabeza embotellada y los sentidos nublados, pero hice un esfuerzo por arrastrarme hacia delante. Enseguida me di cuenta de que tenía las muñecas y los tobillos atados con tanta fuerza que abría las heridas

sobre mi piel. Aún llevaba el camisón. Aún tenía a Lucie conmigo. Debía de ser su latido el que escuchara, porque sentía el mío muy débil.

Caí de bruces al suelo al intentar llegar hasta la puerta. Tenía el cuerpo anclado la tierra, como si con cada movimiento arrastrara cadenas.

Oí los pasos al otro lado de la habitación. Cuando Chardin abrió la puerta hizo crujir los grilletes y dejó que la parpadeante luz del sótano me cegara. Su figura se difuminaba con el fondo y no conseguía enfocar la vista.

—No hagas esfuerzos en vano, *petite*. —Aquella palabra me zumbó en los oídos—. Descansa y quizás luego podamos hablar.

Su voz no era ninguna de las que recordara. Ni tierna y conciliadora como al principio, ni fría y calculadora como la última vez.

Acabé girando los hombros lo suficiente para separar mi mejilla del suelo. Mis labios se entreabrieron, débiles, pero no conseguí que salieran más que gemidos.

Chardin se acercaba cojeando, seguramente como consecuencia de mi último ataque, el culpable de que ahora no fuera capaz de ponerme en pie.

—Quiero que sepas que no quería tener que llegar a esto, Arielle. —Metió una de sus manos en el bolsillo y sacó un pequeño objeto cilíndrico—. Pensé… pensé que lo entenderías. Pensé que te darías cuenta de que no puedo… —Su voz se quebró—. No puedo permitir que algo como tú exista, por mucho que me duela. No es natural. No es normal. No nos haría más que daño a todos.

«Tú me dijiste lo contrario», quise chillar. «¡Tú me hiciste creer lo contrario!».

Chardin se puso de cuclillas frente a mí, a contraluz. Las sombras creaban figuras grotescas en su cara, dejando ver atisbos de las galaxias que las heridas y los moratones habían provocado en su piel. Era incapaz de distinguir la expresión de su cara, pero extendió la jeringuilla lo suficientemente cerca como para que la reconociera. Busqué removerme, pero los músculos seguían sin contestarme.

—Te dije que tu abuela confió en mí porque siempre fui alguien a quien no le importaba no llegar a saberlo todo. Le mentí. —Su voz sonaba rota—. Te mentí, también. Pensé que podría soportarlo, que podría ver a tu madre convertirse en… En algo tan… extraordinario. Algo horrible. Pero el miedo es demasiado fuerte, Arielle. No tengo fuerzas para enfrentarme a ello otra vez. No puedes irte tú también. —Sentí el ardor de la aguja inyectándose en mi hombro—. Descansa, *petite*.

Me sentía muerta.

O peor, sentía que tenía lo peor de la muerte y lo peor de la vida. Un cuerpo incapaz de reaccionar, unos ojos que no veían más que la penumbra, un frío y un hambre y una sed y una angustia infinita. Si el purgatorio existía, debía de sentirse como aquellos días, porque Lucie seguía bebiendo de mí. Seguía alentándome.

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, ni si era de día o de noche cuando Chardin volvió. Solo sé que de no ser por la sequedad de mi garganta, hubiera gritado ayuda hasta que los vecinos me escucharan.

Sentía los músculos débiles, como si no fuera más que una marioneta, pero al menos había recuperado la voz y la vista. Cuando Chardin entró con una bandeja entre las manos, llegué a vislumbrar cada uno de los detalles. La pared del sótano a sus espaldas, con un teléfono de pared justo al reloj de pie, con una débil bombilla dando luz desde el techo. Vi la camisa arremangada de Chardin y las arrugas que le salían cuando fruncía el ceño. Vi sus ojeras y su cansancio.

Y no supe si estaba viendo a Chardin o aquel era un hombre totalmente distinto. Él hablaba del miedo, pero yo era la que estaba maniatada y encerrada en el fondo de un sótano.

—Bebe —dijo, llevándome un vaso a los labios. Aparté la cabeza con brusquedad, temiendo encontrarme arsénico en la bebida, pero la sed fue más fuerte—. Es agua, tranquila. Te he traído algo para comer. ¿Quieres?

Negué con un movimiento leve de cabeza. Lo último que quería eran sus manos cerca de mis labios.

Chardin me miraba con pena, como si no fuera consciente de que era él quien había provocado aquella imagen. No fui capaz de sostenerle la mirada. Me encogí sobre mí misma, llevándome las rodillas al pecho y arrinconándome en una esquina, lo más alejada que pudiera de él. El pelo me caía por la cara y no iba a dejar que él me lo apartara.

—Sé que estás confusa, *petite*… —Confusa. Casi me dieron ganas de llorar.

—¿Por qué no me matas de una vez? —le interrumpí, con toda la voz que no supe que tenía. La sentía ronca, cansada, ajena—. ¿Por qué no acabas con todo? ¿No es eso lo que buscas? ¿Ser el héroe de la humanidad y acabar con la aberración que soy?

Alcé la barbilla, tratando que no se notara el temblor en mis labios. No duró mucho. Mi cuerpo se sentía apagado, al borde del sueño. No sabía qué

era lo que me inyectaba Chardin pero, aunque ahora pudiera hablar, mi cabeza estaba demasiado embotada como para hacer uso de mis poderes.

Tampoco es que quisiera. Temía lo que pudieran hacerme en ese estado.

—No existen los héroes ni los villanos, Arielle. Debí habértelo enseñado antes.

—Pero aun así crees que tu deber es acabar conmigo. Después de todo… —Aparté la mirada, incapaz de recordar cada día en la casa a la que había llamado «hogar».

—Y aquí estoy, ¿no es así? Tendiéndote alimento y agua, cuidándote. Como he hecho siempre.

—¿Es eso lo que piensas hacer? ¿Alimentarme como si fuera un animal herido hasta que encuentres el coraje para matarme?

—No es coraje lo que me falta. —Se puso en pie, cubriendo con su figura la luz que entraba a través de la puerta—. No me obligues a hacerlo.

Su voz era una súplica, no una amenaza. Si me quedara algo de aliento hubiera reído.

—¿Que yo te obligue? Nadie te ha apuntado con una pistola para que me encierres aquí. Nadie te ha pedido que me amenaces. Nadie te ha obligado a esto.

Él sacudió la cabeza y hundió los hombros, cansado.

—No lo entiendes aún, ¿verdad? —murmuró, tratando de controlar el temblor de su voz—. Quiero estar contigo. Es eso por lo que sigues aquí, es eso por lo que no puedo… No puedo perderte aún. —Tragó saliva—. Solo quiero estar contigo todo lo que pueda. Porque luego desaparecerás, como hizo Denise, como hacen mis alumnos, como hacen todos. Volveré a quedarme solo. —Apretó los puños e hizo un gesto brusco con la cabeza, dándose la vuelta—. Siempre he sido muy egoísta, *petite*. Y ahora que tengo la oportunidad, haré que al menos tú te quedes conmigo. Hasta que tu cuerpo aguante. Hasta que la telequinesia o el hambre te maten. No puedo volver a quedarme solo.

Tragué saliva. Chardin dio una suave patada a la bandeja para acercármela, como si no fuera más que un perro, y cerró la puerta a sus espaldas.

El cubículo volvió a hundirse en la penumbra.

No sé cuánto tiempo pasé encerrada.

El hambre aumentaba hasta desaparecer, el sueño iba alejándose conforme la droga abandonaba mi cuerpo, sentía de nuevo cómo la sangre llegaba a mis dedos. Pero el cansancio seguía ahí. Y la oscuridad, y el miedo, y la sombra de Chardin colándose en la habitación para volver a inyectarme aquella droga.

Le bastaría con llenar la jeringuilla con arsénico para matarme, pero parecía que sus palabras habían sido sinceras. El miedo a perderme hacía que me mantuviera con vida, aunque solo fuera para mirarme mientras perdía la conciencia. Solo quería *tenerme*, viva o muerta.

Un día —o una noche— escuché la voz de Jem.

Aquella vez no era un sueño. No podía serlo. Lo que fuera que Chardin me inyectara apagaba mi cuerpo y mi cerebro hasta hacer desaparecer los sueños. Quizás fuera una alucinación. Quizás fuera la muerte, pero lo dudaba. Sentía que era demasiado pronto para morir, que mi cuerpo todavía podía aguantar un poco más.

Quizás era toda la telequinesia que me desgarraba, pidiendo salir de un cuerpo que no respondía. Como una olla a presión, llegaría un momento en el que mi corazón dejaría de soportarlo.

«Hasta que la telequinesia o el hambre te maten».

Pero entonces volví a escucharlo, un poco más fuerte, un poco más arriba. Igual que escuchaba la sirena de las ambulancias cuando cruzaban la calle y el bullicio de los niños cuando iban camino a la escuela.

—¿*Monsieur* Chardin? —Su voz sonaba lejos, embotada. Fue como si alguien me atrapara el corazón con ambas manos y lo hiciera pedazos—. ¿Está en casa?

—Jem —murmuré, en un susurro que fue más un gemido. Una plegaria.

Parpadeé un par de veces, como cada vez que me despertaba, como si así lograra mandarle una señal a mi cuerpo para que reaccionara.

—¿*Monsieur* Chardin? —repitió.

Los latidos eran cada vez más fuertes. Mi rabia cada vez más grande.

—¡Jem! —Grité, notando cómo me quedaba sin voz. Pero no iba a rendirme. No ahora que él estaba tan cerca—. ¡Jem!

Me arrastré hasta que mis mejillas dieron con la pared y eché la mirada al techo, en un intento desesperado de acercarme más a la voz del chico. Pero ya no oía nada.

—¡Jem! ¡Jem, estoy aquí! —Las lágrimas empezaron a desbordarse, mis dedos se extendieron a mi espalda como si así lograran librarse de las ataduras, mi voz cogió fuerza—. ¡Jem!

La cabeza me iba a estallar. Ahogué un grito y me encogí sobre mí misma antes de notar el primer pinchazo en la sien. Una ola de energía se extendió por todo mi cuerpo, desgarrándome, como si tratara de dar la vuelta a mi piel, antes de romperse al llegar a mis muñecas.

La cuerda que me cortaba la circulación se rompió como si un cuchillo la hubiera atravesado. Caí de bruces sobre el suelo de la habitación, exhausta.

—Jem —seguí suplicando, cegada por su voz. Aproveché que por fin tenía las manos libres para deshacer el nudo en mis tobillos, pero no tenía fuerza. El tiempo pasaba y Jem estaba desapareciendo.

—No, no, no, no…

Ya no podía escuchar a Jem.

Mis súplicas se transformaron en gemidos y eché la cabeza hacia atrás, exhausta. Cuando Chardin abrió la puerta, todavía murmuraba el nombre de Jem como si se tratara de un rezo.

Él dio un paso hacia delante, ocupando todo el hueco que dejaba la puerta.

—Tranquila, Arielle. —Usó el mismo tono de voz que usaría si acabara de encontrarse con un animal asustado.

—¿Dónde está? ¿Qué has hecho con él?

Chardin enseñó los dientes al sonreír, aunque su sonrisa era todo menos alegre.

—Baja las manos, Ari…

—¡¿Qué has hecho con él?! —repetí, acompañándolo con un movimiento de manos. Mis palmas se extendían hacia Chardin, pero no podía evitar que temblaran. Ojalá no se diera cuenta de mi debilidad. Ojalá no descubriera que la rabia era la máscara del miedo.

Ahogué una exclamación en cuanto se inclinó hacia delante y rodeó mis muñecas con sus manos, demasiado fuerte.

—Puedes dejar de fingir, Arielle —murmuró, a solo un palmo de distancia de mi rostro. Intenté zafarme de él, pero ni siquiera le hicieron falta las dos manos para sujetarme. Dobló una de mis muñecas mientras escarbaba en su bolsillo en busca de la jeringa.

Las lágrimas empezaron a bañar mis mejillas. A él no parecía importarle.

—Por favor, no le hagas daño… A él no… —Gemí y aparté la mirada, avergonzada de lo débil que me sentía. Había logrado desatarme las manos pero ahora era incapaz de zafarme de él.

—Solo le he invitado a irse. Puedes descansar tranquila.

Me mordí el labio inferior al sentir cómo me clavaba la aguja.

—No… No te creerá… —murmuré, dejándome caer en los brazos de Chardin. Él colocó mi cabeza sobre sus piernas y me apartó un mechón de pelo de la frente.

—Más le conviene hacerlo.

Comida para dos

Chardin tardó mucho en volver. Tampoco estaba segura de que pudiera fiarme de mi propio criterio, porque en aquel cubículo el tiempo no existía. Los minutos se medían en la cantidad de sueño que me invadiera o el hambre que me desgarrara.

Por eso supe, cuando empecé a sentir que la sangre llegaba hasta mis dedos y que era capaz de alzar la cabeza sin marearme, que Chardin llevaba demasiado tiempo sin visitarme. O quizás había cometido un error. Quizás mi cuerpo había empezado a tolerar mejor la droga que me inyectaba. Aún no sabía qué hacía conmigo cuando estaba inconsciente. Solo sabía que siempre que despertaba llevaba un camisón nuevo, como si eso bastara para huir del polvo y el abandono de la habitación, y los nudos que me ataban aparecían más fuertes. Pensar en su piel tocando la mía me provocaba arcadas.

La droga fue perdiendo efecto y mis pensamientos fueron ganando fuerza. En aquel momento solo tenía dos cosas claras: Lucie seguía conmigo y no iba a permitir que naciera en aquella celda. No iba a permitir que Chardin volviera a tocarme.

Aún tenía una oportunidad de escapar. Solo tenía que descansar y esperar a que mi cuerpo recobrara toda su energía. Solo tenía que aguantar hasta poder lanzar un último ataque.

Horas después, cuando Chardin llegó, le recibí tumbada de cara a la pared del sótano. Sentía como la sangre corría por mis venas como si fuera capaz de verla, como si fuera capaz de frenarla. Mi cuerpo entero pedía a gritos una escapatoria.

Pero no podría hacerlo sola.

Hacía días que no me sentía tan viva, pero hice el esfuerzo de fingir todo lo contrario. Me volví hacia Chardin al tiempo que él dejaba una bandeja con comida sobre el suelo.

Se quedó de cuclillas, mirándome con pena. No sabía si hacia mí o hacia él mismo.

—¿Cuánto tiempo…? —Tragué saliva, tratando de forzar la voz más rota que tuviera—. ¿Cuánto tiempo vamos a estar así?

Él no contestó. Se sentó sobre el suelo y se acercó uno de los dos platos a su regazo.

—Todavía no lo sé —murmuró, tras pegarle el primer mordisco a su tostada. Me acercó una a la boca, pero yo me aparté con un movimiento brusco de cabeza—. Creía que tu bebé te importaba más.

—No hables de ella —le espeté, cortante—. Todo esto es por tu culpa.

No pareció ofenderle. Siguió con su plato como si el otro comensal no estuviera maniatado y tirado sobre el suelo. Entre mordisco y mordisco, mientras Chardin se perdía en sus propios pensamientos, encontré la fuerza para lanzar ese último ataque.

No hacia él. No todavía.

El teléfono de la pared del fondo se descolgó con cuidado, y la ruleta del marcador empezó a girar despacio, muy despacio. Cuando terminé, ya no me hizo falta fingir estar cansada. Todo mi cuerpo me recordaba que estaba jugando con fuego.

—Chardin, por favor… —Me esforcé por contener las lágrimas, pero la desesperación era demasiado tarde. Solo tenía una oportunidad—. No… No quiero vivir así. Y estoy segura de que tú tampoco quieres. Si me sacas de aquí, te prometo que no me separaré de tu lado. Te juro que no volveré a irme. No puedes… No puedo quedarme aquí siempre. Tienes que darme una segunda oportunidad. Por favor.

El rostro de Chardin se endureció.

—No es cuestión de oportunidades, *petite*.

—Podríamos ser padre e hija —solté, antes de que le diera a tiempo a echarse atrás. Sus facciones cambiaron en medio segundo, cada vez más rotas —. Mi abuela ya no… Edith ya no es un problema. Seremos tú y yo. Solo tú y yo.

La última sílaba se ahogó en un gemido. Cerré los ojos, buscando refugiarme en aquella oscuridad en la que al menos me sentía segura. Ahí estaba Lucie, estaba el recuerdo de Jem y de Edith y de Claire y de Nathan y de *maman*. Cuando abría los ojos solo veía al monstruo en el que Chardin se había convertido.

Quizás aún le quedara corazón. Después de todo, en este mundo no hay héroes ni villanos. Yo no era una damisela en apuros, no habría ningún príncipe que me salvara. No había ningún dragón del que huir. Todos mis monstruos los guardaba dentro.

—Por favor —murmuré, tratando de enfocar la vista a través de las lágrimas—. Solo quiero volver a ver la luz…

Chardin acercó la mano y me apartó el pelo de la cara, con delicadeza. Los dedos le temblaban. La voz también.

—Descansa, Arielle.

Otra vez aquellas palabras.

Otra vez aquel pinchazo.

Otra vez aquel vacío.

A la luz

Cuando desperté había luz. Una luz tan clara y tan natural que me sentí desorientada, como si llevara año bajo tierra. Estaba tumbada sobre el sofá de Chardin, con la ropa y el cabello limpio pero las manos todavía atadas. En mis tobillos solo quedaban los moratones y las marcas que las cuerdas habían dejado.

Antes de que la droga perdiera del todo su efecto, Chardin ya estaba agarrándome del brazo. Me obligó a erguirme en el sofá con un movimiento brusco.

—¿Qué vas a hacer? —murmuré. Él ni siquiera se dignó a mirarme. Me soltó del brazo y se quedó de pie, con la cara girada hacia la ventana y los párpados entrecerrados.

—Querías ver la luz —contestó, como si fuera una obviedad.

A mi alrededor, el aire parecía cada vez menos pesado, como si mis pulmones hubieran recordado cómo respirar. Apreté con fuerza los dedos para comprobar que la sangre llegaba hasta ellos.

—Echo de menos la calle.

Quise que mi voz sonara lo más débil posible, que mi cuerpo no fuera un reflejo de la energía que estaba recuperando. Quise que mi actuación consiguiera remover el corazón de Chardin.

Cuando pensé que no iba a reaccionar, se agachó hasta colocarse a la altura de mis rodillas. Mi primer impulso fue encogerme sobre mí misma, pero pronto me di cuenta de que sus manos habían agarrado algo del suelo.

Con cuidado, me calzó con uno de los zapatos de charol que descansaban al pie del sofá. Cuando hubo terminado con el segundo, me asió del brazo y me obligó a ponerme en pie. Apoyó una de las manos en mi espalda y me animó a andar de camino a la puerta.

Lo estaba consiguiendo.

No fue tan ingenuo como para dejarme libre. Me colocó una de sus gabardinas sobre los hombros, cubriendo así las manos que aún tenía atadas a la espalda, y se esforzó en enseñarme cómo guardaba una de las temidas jeringuillas en sus bolsillos.

Igual que yo fingía estar más débil de lo que de verdad estaba, él fingía estar más seguro. Pude ver por la forma en la que me miraba de soslayo que el deseo de salir a la calle conmigo no había sido solo mío. Una parte de él lloraba cada noche sintiéndose un fracaso por no ser capaz de acabar conmigo; la otra tenía la esperanza de verme morir a su lado. Vivir juntos para que él nunca más se sintiera solo, fingir que mi existencia no era una aberración y que su moral no le dictaba matarme.

Bajamos la calle en dirección contraria al centro de Capelle, hacia los barrios más abandonados del pueblo. En cuanto encontró el primer banco me obligó a sentarme en él, sin aflojar la fuerza con la que me agarraba del brazo.

Se sentó a mi lado y cogió aire, tamborileando los dedos de su mano libre sobre el muslo.

—Las… las cuerdas me hacen daño —murmuré, tragando saliva.

Él sacudió la cabeza.

—Lo siento, *petite*. No puedo arriesgarme.

—Te prometí que me quedaría contigo, Chardin —le recordé, odiándome por cada una de las palabras—. Si quisiera huir, mis piernas están libres.

—No lo suficiente para echar a correr sin desvanecerte.

Tenía razón. Siempre odié que tuviera razón.

—Aun así —insistí, tragando saliva—, estoy aquí. No voy a moverme a no ser que tú te muevas conmigo.

Giré la cabeza, incapaz de aguantarle la mirada. Aún no sabía si lo que había en sus ojos era una locura fría y egoísta, o una pena y una soledad demasiado grande. Mentirle todavía me dolía, pero no más que ser su esclava.

No podía seguir así.

—¿Tienes miedo? —murmuré. Él alzó ligeramente las cejas, pillado por sorpresa.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué?

—De lo que pueda pasar. De mí.

—No de ti, Arielle. No eres tú. No te das cuenta, pero ni tu voz ni tus manos son tuyas. No eres tú lo que… Lo que me preocupa. Es lo que te tiene secuestrada.

«Ese eres *tú*, Chardin».

—Como a mi abuela —murmuré, con un nudo en la garganta.

—No. Tu abuela le temía como se teme al Diablo. Yo le mataré como se mata al criminal. Solo necesito… Solo quiero un poco más de tiempo. Contigo.

Sus palabras me provocaban arcadas. Aquel hombre me hablaba como si buscara acunarme entre sus brazos para después acuchillarme. Me hablaba como si fuera un animal al que tuviera que sacrificar para alimentarse. Me hablaba convencido de que yo no iba a molestarme en querer sobrevivir.

Pero estaba equivocado.

Aunque me doliera, aunque me hiciera sentir como el monstruo del que hablaba, no veía ninguna otra forma de acabar con esto.

Las primeras lágrimas cayeron antes de que las manos de Chardin empezaran a rasgar su propio cuello.

—Lo siento mucho, Chardin —murmuré, girándome lentamente hacia él. Pronto el temblor de mis manos se extendió también a mis brazos, a mis hombros, a mi pecho. Las lágrimas me nublaron la vista—. Pero no puedo vivir así.

Sus ojos se abrieron como nunca antes, su boca buscó un aire que no le llegaba, su rostro empezó a palidecer.

—¿Cómo…? —murmuró, entre gemido y gemido.

El poder me sacudió con tanta fuerza que me vio obligada a frenar, dejando caer los hombros. Por un segundo, Chardin recuperó el aire.

Solo por un segundo.

—He aprendido más de lo que me enseñabas —dije, enseñándole cómo las cuerdas que habían marcado mis muñecas descansaban ahora en el suelo, aunque mi cuerpo no paraba de temblar.

La telequinesia siguió presionando su garganta, pero él tuvo tiempo de congelar sus labios en una sonrisa. Dejó caer sus manos a ambos lados de su costado.

Con cuidado de no caer al suelo, me levanté del banco y di unos pasos hacia atrás, sin apartar la vista de la garganta de Chardin.

—Te dije… —gimió—. Te dije que no me importaba morir. Volveré con Denise. —Su sonrisa murió a mitad camino ahogada por una tos que dejó sus dientes rojos, teñidos de sangre. Su voz ni siquiera parecía suya. Su voz ni siquiera parecía viva—. Pero… Eres tú y ella. A ella ya la… La perdí. A ti no… —Las lágrimas empañaron mi vista. Ojalá pudiera no escucharle, ojalá matar no doliera, ojalá no tuviera que ser así—. A ti no volveré a perderte.

No vi cómo empuñaba la pistola por culpa del llanto. Solo vi cómo apuntó directo a mi cabeza, controlando el temblor de su cuerpo con todas las fuerzas que le quedaban. Solo sentí cómo las mías se agotaban.

«No puedo», murmuré para mí, un segundo antes de que mis rodillas impactaran contra la acera.

La telequinesia me había vaciado por completo, nublando todos mis sentidos. Solo me quedó echar la mirada al frente y ver cómo Chardin se incorporaba, asiendo la pistola con ambas manos.

Sus ojos no tenían miedo, ni rabia, ni duda.

Solo pena.

Escuché de nuevo el ruido del gatillo y esta vez cerré los ojos, sin dejar de llorar.

Gritaba

Entonces sonó el último disparo.

Silencio.

Silencio.

La voz de Chardin gimiendo y maldiciéndome.

Sangre bajo mi camisón, cayendo de mi nariz, cayendo de mis brazos, llenándome las manos. Y Jem gritaba.

—¡Arielle, sube! ¡Vamos!

A mis espaldas, un Peugeot 403 azul oscuro bajó la ventanilla a pesar de mi llanto. O quizás no lloraba; quizás la sangre, el dolor y el miedo me enmudecieron, quizás las voces que oía ya no eran reales.

Quizás tampoco era Jem quién estaba asomado con un brazo fuera y la otra mano aferrada al volante. No podía ser él. No podía estar ahí.

«Te matarán, Jem. Vete, por favor, ¡vete! ¡No puedo perderte a ti también!», pensé, pero no encontré fuerzas para gritar. La mano de Jem agarraba todavía la pistola y entonces lo supe: aquel disparo no había sido el de Chardin.

Levanté la cabeza un segundo a tiempo de ver cómo Chardin se sujetaba la pierna con una mano y se tiraba por el suelo en busca de su pistola, con los dedos llenos de sangre. No dejaba de maldecirme. A mí y a Jem.

—¡Arielle, vamos!

La puerta del copiloto se abrió.

Me apoyé sobre las rodillas y utilicé todas las fuerzas que me quedaban para llegar hasta el coche. Jem puso en marcha el motor nada más sentarme en el asiento, con mi puerta todavía abierta.

A nuestras espaldas, Chardin gritaba. Gritaba él, gritaba en mis sienes, gritaba en mi estómago, gritaba y hacía vibrar todo mi cuerpo. Por más que Jem acelera, y pusiera distancia entre nosotros, no dejaba de oírle.

Gritaba, y me hice un ovillo en el asiento del copiloto mientras dejaba que las lágrimas se mezclaran con la sangre. Solo quería hacerme más y más

pequeña, solo quería desaparecer hasta que todo terminaba.

Pero Chardin gritaba, y cerré los ojos con tanta fuerza que empecé a ver puntos de colores tras mis párpados. Gritaba, y yo empecé a llorar a su vez, cada vez más alto, cada vez más fuerte. Solo quería que se callara. Solo quería acabar con la presión en torno a mis pulmones, con las agujas que atravesaban mi cabeza, con el dolor que de pronto despertaba y se expandía como una oleada por cada músculo, cada hueso, cada trazo de mi piel.

Salimos de Capelle y todavía escuchaba los gritos de Chardin.

O quizás fueran los míos.

A donde sea

Jem siguió conduciendo sin decir nada. Cuando me atreví a salir de mi ovillo, le descubrí con los ojos húmedos y llorosos, con la vista clavada en la carretera. Su mano buscó la mía y la apretó con cuidado. Me dolían los cortes.

Me dolían las decepciones, me dolía la desesperanza.

No sé cuánto tiempo nos mantuvimos en silencio, pero no estuve tranquila hasta que cruzamos los límites de Capelle y seguimos conduciendo, cada vez más lejos del pueblo.

—Has estado a punto de matarle por defender a una asesina —murmuré. Me noté los labios secos y agrietados.

El paso del tiempo estaba haciendo que las heridas se abrieran, que mi respiración se pausara —lenta, muy lentamente—, que mi mente cada vez fuera más consciente de la situación en la que se encontraba mi cuerpo. Fue como si los cristales de la primera noche me volvieran a cortar la piel. Como si sintiera por primera vez las heridas de mis muñecas.

—No eres ninguna asesina. —Ni siquiera titubeó. Estaba segura de que si no condujera me habría matado con una de sus miradas—. Y no… No iba a matarle, Arielle.

—Has disparado.

—Lo sé.

—Joder, Jem. —Me cubrí el rostro con las manos, temblando.

—En la pierna; y no para hacer que se desangrara, pero sí para frenarle. Si no lo hubiera hecho habría un cadáver en esa calle. No podía permitirlo.

No quise pensar ni en la calle, ni en el grito de Chardin, ni en la manera en la que me miró con tanta pena, desprendiéndose de la máscara que había sostenido durante más de un año. Pero el silencio solo ayudaba a revivirlo.

Jem podría haber muerto. Una de las balas de Chardin estaba incrustada en la parte trasera del coche y aún podía oír los disparos retumbando en mis oídos como si siguieran a nuestras espaldas. Uno podría haber sido para él, y

habría tenido que ver cómo la mano que me tendía caía, cómo la vida mermaba de sus ojos.

«Deja de pensar, deja de pensar, ¡deja de pensar!».

—No sé qué hubiera sido de mí si no hubieras aparecido, Jem.

Él se mordió el labio inferior, con la vista clavada en el horizonte.

—No hubiera dejado de buscarte.

—Quizás fuera demasiado tarde —dije en un susurro apenas inaudible. Alcé la voz para tratar de ahuyentar esa idea de mi cabeza—. Recibiste mi llamada.

—Sí. Fui a casa de Chardin de inmediato, pero sabía que preguntar por ti no serviría de nada. No sabía que hacer y…

—Te oí llegar hace… Hace días. —O lo que a mí me habían parecido días —. ¿Cómo supiste…? —Dejé la pregunta en el aire. Jem suspiró.

Necesitaba que hablara. Necesitaba oírle y dejar que su voz ocupara todo el coche, toda mi cabeza.

—Me pediste que fuera a tu casa, ¿recuerdas? Y eso hice, sin pensar, sin esperar, sin preguntarte. Confiaba en que estuvieras bien. A salvo. Fui un… fui un estúpido. —Apretó con fuerza los ojos, tratando de contener las lágrimas—. Entré en la casa, la limpié. —«¿Limpiaste mi casa o a mi abuela?», pensé—. Llamé a emergencias para avisar de una muerte por causas naturales. Porque eso es lo que fue, Arielle —remarcó—. Tú no lo buscaste.

«Sigue hablando, por Dios, sigue hablando. No me dejes sola. No me hagas recordarlo».

—Cuando… Cuando se marcharon, acabé de recoger la cocina y me encontré con… con el arsénico que habías dejado sobre la mesa. Fui a deshacerme de él y vi que tu abuela había tirado una nota a la papelera. Me sorprendió ver el nombre de Chardin. Ponía algo así como «Ir a por medicina, *monsieur* Chardin, lunes en la *rue de… du…*».

—*Rue du stade* —acabé.

—Sí, creo que sí. ¿Lo sabías?

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Supe que se veían. Eso solo fue el principio.

—Tu abuela no sabía nada —murmuró Jem. Me giré hacia él levantando una ceja. Hasta ese gesto dolía—. Ponía «medicina», no arsénico. ¿Te daba algo, Ari?

—No. —Me humedecí los labios—. Creo… Creo que Chardin le hizo creer que eso curaría mi telequinesia.

Jem se quedó en silencio, con la vista clavada en el horizonte. No veía nada más allá del coche, solo carretera y sombras y árboles cuyas ramas se arqueaban como fantasmas.

—Ojalá no paráramos nunca —susurré, apoyando la cabeza contra la ventanilla.

—No has preguntado a dónde vamos.

—No me importa.

—Toulouse. Mis padres tenían una casa ahí. Está lo suficientemente lejos para que Chardin no tenga ganas de buscarte.

«Y, de todas formas, no me queda nadie más aquí».

Meses antes, muchos meses antes, el corazón se me habría parado al escuchar el nombre de la ciudad. Toulouse. Mi primera intención fue acercarme a Jem para que me llevara a la ciudad del doctor Grégoire, y ahora él lo hacía cuando menos me importaba. Podría llevarme a España, a los Pirineos, a Marte, a un pueblo perdido en Francia cuyo nombre ni siquiera recordara, y no me hubiera quejado. Podría llevarme al lugar más frío o al centro de un volcán y nada hubiera dolido más que el recuerdo de aquellos días.

Hablé demasiado rápido.

El corazón comenzó a latirme cada vez más fuerte. La adrenalina de ese último ataque de ira empezó a desvanecerse. El dolor —el mental, el físico, el de la pérdida, todos— se intensificó de golpe.

—Arielle. —La llamada de Jem parecía un jadeo; paseaba la mirada de la carretera a mis muslos, nervioso. Seguí la dirección de sus ojos—. Arielle, estás sangrando.

Como si sus palabras hubieran dado el disparo de salida, sentí de golpe cómo una mancha de sangre se extendía entre mis muslos, caliente. Ardía.

Una parte de mí lo vio todo con los ojos de un fantasma, como si ese cuerpo que se rompía no fuera el mío, como si la sangre no fuera mía, como si no fuera el rostro de Jem el que se deformaba al verme, como si todo fuera un sueño.

Y entonces llegó el dolor.

Un golpe de frío llenó todos mis huesos y sentí que me rompía. Una sucesión de dolores y punzadas recorrió toda mi espalda, siguiendo la línea de la columna vertebral, como si fueran relámpagos que estallaran e hicieran arder todo al llegar a mis caderas, arrasando toda vida con ellos.

El temor me invadió, ahogándome. Sentí mi propio pulso en mis oídos y la garganta se me cerró tanto que no podía respirar.

Mis manos fueron a recoger la sangre que manchaba el camisón como si con eso pudiera parar la hemorragia. Todo mi cuerpo empezó a temblar. Dejé de ver, y no supe si era porque había cerrado los ojos o porque Jem había apagado las luces o porque de pronto el mundo había decidido sumirse en la oscuridad.

Pero todavía oía.

Oí el frenazo y oí a Jem gritando mi nombre, aunque estuviera a su lado. Pero si me tocó, si me sacó de aquella oscuridad, no pude sentirle.

—Jem —traté de decir, pero tenía los labios paralizados de frío.

Él se separó y puso en marcha el coche, de nuevo.

Perdí la consciencia entre lágrimas.

Cuando desperté en un pequeño hospital perdido en Francia, todavía tenía legañas en los ojos. Y Jem todavía agarraba mi mano, llena de cortes y de heridas y de explicaciones que no supo darles a los médicos.

Sus ojos todavía lloraban.

Ella

 sí es como la perdí.

Toulouse

Los días pasaron como si yo no los viviera. Como si yo no fuera más que una mera espectadora que se dedicara a contar las horas. Y dentro de cada hora, contaba cada minuto. Cada segundo si hacía falta.

Era así como me aseguraba de que el tiempo seguía pasando.

Y eso era a lo único a lo que podía aferrarme: al tiempo. ¿No decían que lo curaba todo? ¿No podría curarme también a mí?

Seguía hablándole a Lucie y acariciaba mi vientre como si aún estuviera ahí. Trataba de convencerme de que todo había sido un accidente. De que no era mi culpa, que yo no había acabado con mi única esperanza, con la persona a la que más había amado.

Pero no pude engañarme mucho tiempo.

Me sentí asqueada al tocarme, al cuidarme, al permitirme comer y dormir y beber. No lo merecía. No merecía seguir aquí si me encargaba de que todos a mi alrededor se marcharan.

Si las cosas hubieran sido de otra manera, si nunca hubiera nacido con un demonio dentro, si nunca hubiera confiado en quien no debiera, la llegada a Toulouse hubiera sido muy distinta. Justo como Jem la había imaginado. Iríamos los dos cogidos de la mano con las mejillas ruborizadas y los ojos cargados de ilusión, cargando las maletas que nos hubiera dado tiempo a hacer. Jem me advertiría: «Cuidado, no tropieces con el escalón» cuando cruzáramos la verja y entráramos en el jardín. Me señalaría el viejo fresno y susurraría al oído: «Mis padres lo plantaron con sus propias manos». Me daría un beso en la mejilla, se alejaría unos pasos, sacaría la cámara de fotos y me tomaría una instantánea en la que saldría llena de ilusión, con una mano

alrededor del vientre y la otra todavía en la maleta. Me pillaría a mitad carcajada. Más tarde, colgaría la fotografía en el pasillo de la entrada, pero hasta entonces la mantendría guardada en su bolsillo. Me cogería en brazos y subiría los escalones que conducen a la puerta principal.

Todo esto, si tuviéramos ilusión. Si Toulouse sonara a un nuevo comienzo y no a una huida.

En su lugar, llegamos a la casa de Jem unos días más tardes de lo esperado; yo con legañas en los ojos de tanto llorar y la cabeza embotada de no dormir. Él ni siquiera intentó cogerme de la mano. En los últimos días había aprendido a tratarme como el animalillo asustado en el que me convertí: dejando que fuera yo quien diera el primer paso, si es que alguna vez lo daba. Dejándome la comida en el plato y animándome a comerla con pequeños refuerzos. «Estoy contigo», «vamos, Ari, tú puedes», «no será así siempre».

Jem se rompía a mis espaldas y los dos fingíamos no verlo.

La mañana que llegamos yo aún cargaba con el dolor de la pérdida de Lucie, pero a Jem se le unió el recuerdo de sus padres. Lo vi en la forma en que miraba cada columna, cada ventana, la pintura rojiza de las paredes. Dedicó unos segundos a pasear la mirada por la casa, en silencio, como si estuviera retando a los fantasmas del pasado. Acarició las cortinas. Quitó el polvo de los muebles. Me acompañó a la cocina, que dejaba entrar la luz del exterior a raudales.

—Espera, he traído un par de cosas.

Arqueé una ceja, confusa.

—Cuando salimos de Capelle… —Empecé, aun sabiendo que ninguno tenía ganas de recordarlo—. ¿Cogiste el coche pensando ya en venir aquí?

«¿Sabías ya que tendríamos que huir?».

—Era una posibilidad. —Se mordió el labio—. Tampoco lo pensé mucho; cogí lo primero que encontré en mi habitación.

Abrió el maletero y sacó la máquina de escribir que le regalé por su cumpleaños, una bola de nieve —que había sobrevivido de milagro, como nosotros— y el libro de Claude Monet, escondido entre los papeles de un pequeño maletín. Fui a cogerlo con las manos temblorosas.

—Lo has traído.

—Lo dejaste en casa la última vez que pintamos, ¿te acuerdas? En el salón. —Asentí.

—Gracias. —Fue solo un murmullo, pero una parte del hielo que Jem llevaba dentro desapareció con él.

Jem trataba de esconderlo, pero yo sabía cuánto le dolía tener que volver a Toulouse. Después de todo, él no tendría por qué haberse marchado. Nathan y su familia cuidarían de él. Tenía un apartamento, un lugar al que llamar hogar. Había dejado atrás miles de libros, ropa, libretas de recetas y de poemas, oportunidades. Lo había dejado todo atrás para marcharse conmigo. Para mantenerme a salvo. Y decidió llevarme a la ciudad en la que podríamos empezar de cero, aunque para él no fuera más que una cárcel de recuerdos.

Lo supe cuando abrió el armario, el primer día, donde todavía estaban los vestidos de su madre.

—Seguro que te servirán. Siempre fue muy pequeñita.

Lo vi cuando me habló del fresno que habían plantado, y de las tardes de verano que pasaban en el jardín. Hablaba de ellos como si fueran héroes. Hablaba de él como si no debiera hacerlo.

—No fue culpa tuya —dije, la tarde que le encontré con la mirada perdida en la chimenea del salón.

—Ari…

—No fue culpa tuya.

Una semana después sería él quien me lo recordara.

Un día

Nunca supe cómo medir la tristeza. Existen los años, las décadas, las toneladas, los centímetros. Voltios, minutos, quilogramos. Podía saber perfectamente la temperatura que hacía aquella mañana o a la velocidad a la que iban los ciclistas por la acera. Podía contar los latidos de mi corazón, medir mis pulsaciones (podía recordar que seguía aquí, que el aire seguía llegando a mis pulmones). Podía medir la cantidad de cucharadas de azúcar que Jem necesitaba para hacer un bizcocho.

Pero nunca encontraría palabras para medir cuánto echaba de menos a Lucie, cuánto dolía su pérdida.

Cuánto dolía ella. Y los recuerdos. Y la culpa.

Sobre todo *la culpa*.

Hay tan pocas palabras para medir la tristeza como las hay para perdonarse.

Ojalá pudiera perdonarme a cucharadas, a pasos, a minutos, a besos.

Ojalá pudiera.



—Podrás con esto, Arielle. Sé que no lo parece, que todo está oscuro, pero podrás. Sobrevivirás.

—No quiero sobrevivir.

—Lo sé. —Jem me besó. Me besó. Estábamos llorando, pero me besó; con los labios temblorosos y el pulso rápido—. Y no me extraña, después de todo lo que ha pasado. Pero no nos queda otra alternativa…

A mí se me ocurrió una.



Un día decidí acabar con todo y reunirme con Lucie, con mi madre, con mi abuela, con todas las personas a las que había fallado; pero mi corazón no se frenó porque una llama dentro de mí prendió para verme vivir.

Un día encontré un poema de mi madre entre las hojas del libro de Monet. Un poema que nunca vi. Que quizás nunca quise ver.

Mi niña de cabellos ardientes,
hay fuego corriendo tras de ti.

Un día Jem trajo una rosa blanca a la casa y dejé que se marchitara.

Un día me recordó que cada mañana era una promesa de todo lo que aún quedaba por llegar.

Un día todo volvió a romperse. Había tantos niños en todas partes… En los parques, en el supermercado, en las calles. ¿Siempre habían sido tantos? Cada uno llevaba consigo el sueño de lo que pudo haber sido Lucie.

Cerré los ojos. Pensé en nada. Traté de pensar en nada y no hice más que pensarlo todo.

Que ojalá la energía no te queme,
ojalá te vea sobrevivir.

—Estás aquí, Arielle. Eso es lo único que importa. Te necesito aquí.

—No puedo.

—Sí puedes.

—No… —Me latían las sienes, me sentía cansada, tan cansada—. Quiero decir que no puedo, Jem. No puedo. No me queda ya nada para dar.

Sigue fuerte, crece lento,
escucha mi voz en el viento,
y escucha a tu Padre en el cielo.

Un día volví a pintar y el trazo del pincel no me pareció un peligro.

Un día todo pareció volver a estar bien, pero llegó la noche y decidió aplastarme de nuevo. Le grité al mundo que me dejara estar mal, que me dejara sanar. Y en un susurro, le susurré al tiempo que se diera prisa en curarme, que yo ya no podía.

Un día deseé ser de piedra.

Otro día deseé sentir más.

Otro día fui a buscar a mi Padre en una iglesia, y el peso que cargaba a la espalda pareció aliviarse. Me aprendí la dirección del doctor Louis Grégoire de memoria, solo por si acaso. Solo por si me atrevía a ser valiente.

Y al mismo tiempo, recé cada noche la poesía de mi madre. Solo por si me atrevía a creerla.

Sigue bella y sé valiente,
como las rosas de noviembre.

Un día volví a reír, y mi risa sonó extraña, ajena, como si alguien la hubiera forzado.

Un día Jem volvió a escribir y no paró. Escribió cartas y relatos y notas y recetas y llenó su estudio de papeles, tanto como lo estuvo su habitación en el pasado. Cuando supo que ya no huía, empezó a escribirme a mí. «Las palabras suenan mejor cuando salen de mis manos y no de mis labios», había dicho.

Una noche dejé de sentirme. Me volví hueca, vacía.

—Creo que quiero ir a ver al doctor Grégoire —dije.

Otra noche sentí que algo dentro de mí rompía los grilletes que lo encadenaban.
«*Bésame*».

Un día recordé a Claire, pinté sus ojos azules y rompí a llorar en cuanto me di cuenta de que nunca podría comprobar si el brillo que los suyos destilaban era el mismo. Entre lágrimas, me sorprendí con una media sonrisa.

—Sé que a pesar de todo, siempre soñaste con un «siempre» —murmuré, consciente de que solo ella podía escucharme. Acaricié la pintura seca del lienzo—. Y, ¿sabes? No estabas tan equivocada. El mismo segundo en el que te marchaste, alguien respiró por primera vez. Pero para los que nos quedamos atrás con tu pérdida, parecía que ya no nos quedaba nada. No sabes cuántas veces lo he pensado, Claire. No sabes cuántas veces he querido que el mañana no existiera. —Dejé caer la mano y dirigí la mirada al pequeño maletín que Jem rescató de Capelle—. Pero he de confesarte algo: a pesar del horror y el dolor, sigo amando nuestro mundo. Sigo queriendo vivir.

Y no sé cuánto tiempo tuvo que pasar, cuántas guerras tuve que dar por vencidas ni cuántas lágrimas cayeron por el camino, pero al final, aun creyendo que nunca ocurriría, llegó el día en el que decidí vivir.

Volví a encontrarme.

Una carta

El invierno empezaba a asentarse en Toulouse. Ahora era el frío y no la luz la que nos despertaba cada mañana, seguido de los golpes en la puerta del repartidor de leche. Aquel día, en cambio, fue el cálido beso de Jem sobre mi mejilla.

Me giré entre las sábanas, estirando los brazos para desperezarme. Jem iba vestido con un suéter de cuello alto y una boina, y a juzgar por lo fría que estaba su piel y el periódico que llevaba bajo el brazo, supuse que llevaba un tiempo fuera.

—Buenos días —dijo, con una sonrisa. Se sentó al otro lado de la cama.

—¿Cuándo te has ido?

—Hace un buen rato. Si vas a salir, abrígate, empieza a hacer frío. Me parece que guardé unos cuantos abrigos en… —Titubeó, llevando los ojos al techo—. Abajo. En el armario de abajo.

La voz de Jem fue atenuándose hasta desaparecer, absorto en la forma en la que me frotaba los ojos y me erguía. Sacudió la cabeza y siguió hablando:

—Por cierto, tenías una carta. He ido esta mañana a acabar con el papeleo del cambio de vivienda.

Parpadeé, tratando de digerir sus palabras.

—El cambio de vivienda —repetí—. ¿Crees que…? ¿Crees que Chardin se enterará de que estoy aquí? —Tragué saliva—. No es tan difícil seguirnos el rastro. Tarde o temprano…

—Chardin no vive para perseguirte, Arielle. De verdad. Estás a salvo. Has dejado de ser asunto suyo. —Me mordí el labio para tragarme ese «ahora la carga es tuya»—. Y si se le ocurriera venir aquí, te juro que yo…

Abrió y cerró la boca un par de veces, frunciendo el ceño. No quise imaginar todos los escenarios que pasaron por su cabeza.

—Le invitaríamos a irse, Jem. Si viniera… —Cerré los ojos con fuerza, deseando que nunca tuviera que probar mis palabras—. Si viniera nos encargaríamos de que se marchara, y punto.

No quería imaginar la escena, y me hubiera gustado que no existiera la posibilidad. Que Jem tuviera razón y Chardin se hubiera cansado de luchar, que hubiera entendido que no era su deber perseguir a lo que él consideraba un monstruo. Que ahora entendiera que la soledad se cubría amando, no poseyendo.

Pero aquel día me levanté con la decisión de no volver a dedicarle un solo pensamiento de venganza. Había desgarrado mi corazón a base de odio, como para seguir dañándome odiándole a él. Estaba cansada de sentir rencor. Cansada de dedicarle pesadillas, cansada de temer a cada hombre que cruzaba mi camino.

Gesto a gesto, paso a paso, Jem me ayudaba a volver a creer que los hombres podían ser buenos. Que podía amar sin poseer. Que había personas que me querían por quien yo era, no por aquellos a quien les recordaba.

Pero no le culpaba por no entenderlo.

—¿Cómo puedes decir eso? —Saltó, con una expresión que oscilaba entre la rabia y la pena—. Después de todo lo que te hizo, después de todo lo que te obligó a pasar… Joder, Arielle, ese hombre quería acabar contigo. Quería utilizarte y luego desprenderse de ti. —Se mordió el labio—. ¿Cómo puedes perdonarle así?

Sabía que en su lugar hubiera reaccionado igual. Hubiera movido cielo y tierra para vengar a quien le hiciera daño.

Luego me daría cuenta de que eso no sanaría su dolor.

—No le he perdonado, Jem —contesté. Alargué los dedos sobre las sábanas para llegar a entrelazar los suyos—. Compasión no es lo mismo que perdón.

—No son los monstruos los que merecen compasión, Arielle, sino las personas a las que hieren.

—Todos la merecen. ¿No lo entiendes? No estoy justificando lo que pasó, solo estoy librándome de un futuro con su carga. Nunca perdonaré lo que nos hizo. Pero no dejaré de vivir por odiarle.

Me puse de pie con un suspiro, dejando que las sábanas se deslizaran por la piel de mis muslos. El suelo estaba frío. Sentí la mirada de Jem clavada en mi nuca en cuanto me agarré el pelo para recogerlo en una coleta.

—Yo… —dijo, pero no logró acabar la frase—. Siento lo que he dicho. Tienes razón.

Cogí un lazo ancho para anudarme la coleta. Jem se acercó hasta colocarse a mi lado y se quitó la boina, dejando que cayeran unos mechones rebeldes por su frente.

—Aun así… —Dejé caer los brazos hasta que mis dedos volvieron a rozar los suyos—. Sigue siendo mucho más fácil decirlo que cumplir.

Me dio un suave beso en la mejilla.

—Estás viviendo. Ese es el mérito, Arielle.

Mis labios se curvaron en una tímida sonrisa. Cuando me volví hacia él, tenía los suyos a un palmo de distancia.

—¿Y bien? ¿No me había llegado una carta?

Un beso, otra sonrisa, el frío que dejó cuando se alejó para recoger el periódico. Abrí la carta en cuanto me la tendió, sin darme tiempo a pensar en nada.

Por eso casi cae de mis manos cuando me di cuenta de todo lo que significaba.

Sentí que existía en dos planos distintos.

En uno, recordaba una y otra vez la última mirada de mi abuela, cargada de horror, cargada de dudas. Recordaba mis gritos y la forma en la que sus labios fueron palideciendo. Pensé que solo le había robado el tiempo que ella quería quitarme. Pero nunca fue ella, sino Chardin.

En el otro, volvía a estar en el salón de estar de nuestra casa en Arcueill, con la chimenea encendida y el tocadiscos sonando. Mi abuela me enseñaba a coser y yo la imitaba, con la lengua afuera y los pies balanceándose desde el sillón. Crecía y volvía a ver la figura de mi abuela regalándome el libro de Monet. La veía riendo, o cocinando, o poniendo los ojos en blanco. La veía probándose sombreros de ala alta y repitiéndome que su único designio era cuidar a su familia. Pasara lo que pasara.

Cuidarla también significaba no permitir que viviera debajo de un puente, su mayor pesadilla.

—Edith me dejó todo lo que tenía —murmuré, con los ojos danzando de un lado a otro de la carta, leyendo una y otra vez su la carta oficial del abogado, las palabras de aquel testamento—. Todos sus ahorros, la casa de Arcueill… —Solté un suspiro. Jem se colocó a mi lado y leyó la carta por encima de mi hombro—. Todos esos francos, Jem.

Me tambaleé sin soltar la carta hasta sentarme en el borde de la cama.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Fui a contestarle que sí, con la cabeza apoyada sobre las manos y la carta sobre mis muslos, pero la amenaza del llanto me atravesó la garganta.

—Me lo dejó todo. —Las lágrimas empezaron a nublarme la vista—. Yo la maté, Jem, y ella…

—Arielle, no fue culpa tuya. —Me abrazó por la espalda—. Tú nunca quisiste que muriera, y ella lo sabe. Ella lo sabía. Te quería, Arielle. Y querría que te perdonaras.

—¿Querría también que me quedara con todo su dinero? —Sacudí la carta —. Me siento una ladrona. No lo merezco.

—Es *tu* dinero ahora, Ari.

Sacudí la cabeza, incapaz de expresarme. Podría contarle todo lo que sentía, la batalla que vivía por dentro, y para él no serían más que palabras.

Me apartó una lágrima con cuidado.

—Te das cuenta, ¿verdad? —dijo—. Hay francos suficientes para pagar una carrera entera.

Parpadeé y me froté los ojos con el puño.

—¿Intentas decirme que…?

—Podrías ir a la Escuela Superior de Bellas Artes de Toulouse, en el muelle de la Dorada. Sé que siempre quisiste ir a París, pero…

—No, no puedo —dije, negando con la cabeza—. Mi abuela nunca quiso… —Tragué saliva—. Ella no hubiera querido esto. No puedo hacer uso de su dinero para…

—Ella hubiera querido verte feliz, Arielle. Quizás no le gustaba la idea de que estudiaras lejos de casa una carrera que, según ella, te traería más desgracias que dichas. Pero tú sabes lo que te hace feliz. Tú sabes lo que desearías para tu propia nieta. Tú sabes lo que puede ayudarte a…

—No, Jem —le detuve, antes de que acabara la frase—. Ni estudiar ni pintar me harán sanar mágicamente.

Vi cómo su rostro se volvía sombrío y cómo los labios se le crispaban, como cada vez que había llorado sobre su pecho deseando acabar con mi vida, como cada vez que me despertaba gritando el nombre de Lucie y él no sabía cómo aliviarme. Como cada vez que me veía más rota.

Lo que él no entendía es que mis palabras, por primera vez, estaban tintadas de esperanza. Una esperanza que no había encontrado escondida en nada ni nadie; la había creado yo.

—Piensas que eso es lo único que me falta para dejar de sentirme tan rota, ¿verdad? Volver a pintar tanto como antes, poder dedicarme a ello. Pero no.

Jem alzó la mirada, y le sonreí. Me giré de modo que quedara de frente a él, los dos sentados al borde de la cama, la luz de aquella mañana todavía colándose entre las cortinas. Sus manos se sentían cálidas entre las mías.

—He buscado en ti algo que me arreglara durante demasiado tiempo —dije, acercándome más a él—. Lo busqué también en Chardin, cuando ni

siquiera era consciente de todas las heridas que acumulaba. En vuestro apartamento de Capelle. En las tortitas que compartimos, en el silencio de la iglesia. Incluso en Lucie.

»He tardado demasiado tiempo en darme cuenta de que las personas no son medicinas. De que los milagros nacen de uno mismo. Solo yo puedo sanarme. Solo yo puedo volver a enamorarme de la vida. Desde que huimos, todo se ha resumido en empezar de cero y dejar todo lo que hemos vivido atrás, pensando que me haría bien, pero estaba equivocada. No necesitaba otro sitio ni otro nombre, necesitaba querer salvarme.

Sentí que Jem y yo soltábamos el aire al mismo tiempo. Una tímida sonrisa se escapó de sus labios, que se acercaron cada vez más a los míos. Los ojos le brillaban como no lo habían hecho en meses, y, por primera vez, me sentí orgullosa de la chica que reconocí reflejada en ellos.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Atraviesa fuegos y tiene heridas

 omparada con Sainte Geneviève, la entrada de la Escuela Superior de Bellas Artes parecía una casita de campo con las paredes rojizas y macetas en las ventanas. Sobre la puerta de madera había un cartel que rezaba «*École des Beaux-Arts*».

Sentí que el corazón me daba un vuelco. Agarré con más fuerza la bandolera e hice taconear los zapatos sobre el asfalto, presa del nerviosismo. Todavía quedaba más de media hora para entrar. Me di la vuelta para darle la cara al río Garona, buscando la calma en las ondas del agua. En los enamorados que cruzaban el puente. En la brisa que mecía los mechones de mi pelo. En los estudiantes que bajaban de sus bicicletas, con blocs de dibujo bajo el brazo, se ajustaban la corbata y caminaban con prisa hacia la Escuela.

Me coloqué bajo la sombra de un árbol, con las manos apoyadas en el muro de piedra que separaba la acera del río. A mi abuela le hubiera gustado Toulouse. Era una ciudad mucho más grande que Arcueill, donde no se sentiría ahogada, pero menos conocida que París, donde no se sentiría agobiada. A Edith le hubiera gustado Toulouse, y le hubiera gustado Jem, y le hubiera gustado la vida que empezábamos a crear todos juntos.

Cerré los ojos y dejé que su recuerdo fuera el que me acariciara.

«Abuela, sé que siempre me enseñaste a perdonar. Sé que querrías esto, que me perdonara por todo el daño que he hecho. Un día, cuando todo haya acabado, nos volveremos a encontrar, y entonces podré decírtelo: te quise, abuela. Te quiero. Pero somos muy distintas, ¿verdad? Porque tú soñabas con un amor que protegía pero no arriesgaba. Un amor con condicionantes. Mi amor atraviesa fuegos y tiene heridas, pero ahora soy capaz de sanarlas.

»Al final lo que importa es vivir. Ese es mi mérito, abuela, que escucho mi corazón por encima de lo que el mundo grite.

»Y mientras lo haga, no quedará nada que no perdone».

Ninguna granada

Los días y las noches pasaron lentos, como si alguien quisiera que Jem y yo saboreáramos hasta el último minuto del día. Quizás ese era nuestro castigo. Quizás era el precio a pagar por haber huido dejando tantos cabos sueltos a la espalda.

O quizás era una oportunidad; un regalo del tiempo para sanarnos. Los días tristes duraban siglos, pero los días menos tristes empezaron a ocupar más espacio. Mi risa dejó de parecerme falsa. Dejé de acariciar mi vientre a la espera de verlo crecer. Dejé de rehuir el contacto de Jem y, en su lugar, empecé a buscarle. Empecé a ver Toulouse con otros ojos. Empecé a considerar aquella casa como un posible hogar.

Solo hizo falta quitarle el polvo a las estanterías viejas y llenarlas de recuerdos nuevos. Pintar las paredes del cuarto de invitados de lila sin miedo a que la telequinesia brotara porque, por primera vez, estaba tranquila. Estaba en paz. Jem era lo primero que veía cada mañana al despertarme; eran sus besos los que me despertaban a mí. Era su voz la que me daba los buenos días y sus manos las que me acariciaban cada noche hasta que me dormía.

La casa dejó de parecernos ajena: llenamos la despensa de mi mermelada favorita, de zumos de melocotón y de harina de sabores. Llenamos el salón de nuestros cantantes favoritos de *jazz* y fuimos a la librería más cercana a comprar nuevos inquilinos. Jem me acompañó a por vestidos. Me llevó a comer a un restaurante con vistas al río Garona. Sus aguas me recordaron a los cuadros de Monet.

Volví a pintar, y mis lienzos llenaron las paredes de la casa. Jem volvió a escribir y empezó a mandar relatos a las revistas. Cada mañana arrancaba un día del calendario y, poco a poco, día a día, el peso de todo lo que dejamos en Capelle se iba aligerando.

Pero aún había una nube que se cernía sobre nosotros, cauta y silenciosa. Ese «creo que quiero ir a ver al doctor Grégoire» hacía eco en nuestros silencios.

—Ha llegado una carta —dijo Jem una mañana, cuando el frío empezaba a acomodarse en la ciudad. Dejó los guantes en la mesita de la entrada, colgó su abrigo y entró al salón, donde yo le esperaba con una taza de té y el periódico sobre los muslos.

Jem dirigió una rápida mirada de soslayo a la chimenea. No me extrañó. Era la primera vez que la encendía en mucho tiempo, por miedo a que el fuego rugiera como lo hizo la noche que murió mi abuela.

Pero las llamas de nuestra chimenea eran dóciles, pequeñas. Ni siquiera llegaban a calentar la estancia, ni lo pretendían. Su presencia era un acto de valentía.

—¿Una carta?

Jem tenía la mirada sombría. Se dejó caer en el sillón de mi derecha y me tendió el sobre.

El corazón me dio un vuelco cuando vi el nombre del remitente.

Monsieur Nathan Pages,
Residencia de estudiantes de Saint Hugues, rue Colline, 17, 5B.
Capelle, Isla de Francia, Francia.

—Nate —murmuré, como si quisiera asegurarme de que no me equivocaba —. ¿Cómo…?

Me mordí la lengua, sin saber cómo quería terminar la pregunta. En los últimos meses me había esforzado tanto por olvidar todo lo que dejaba atrás que había olvidado también que no todo era un infierno. Que Jem y yo huimos sin dar explicaciones, sin echar la mirada atrás, sin pararnos a pensar en las pocas personas que se preguntarían dónde estábamos.

—¿Le dijiste algo? —Jem negó con la cabeza—. Debió de dolerle — añadí, bajando la mirada y la voz—. Era… es tu mejor amigo. *Nuestro*. Dios, debe de estar muy preocupado, o decepcionado, o…

Su carcajada cortó el rumiar de mi cabeza y me giré hacia él, abriendo más los ojos.

—Ari, Nate lo sabía.

—¿Lo sabía?

—La telequinesia. —Hizo un mohín con los labios—. Nate lo sabía. O, bueno, sabía que te ocurría algo y sabía que te asustaba. Siempre supo que había algo que no querías contarle y por eso nunca preguntó.

El recuerdo de la sonrisa de Nathan, tan sincera y brillante, tan suya, me provocó un pinchazo en el pecho.

—Me notó nervioso aquel día y tampoco dijo nada, pero… A veces no necesitamos palabras. Se despidió de mí. Nate lo sabía.

Se quedó en silencio, sin atreverse a mirar el sobre. Y aun así, estaba seguro de que no encontraría reproche o angustia. Nathan nos había encontrado. Sabía que estaríamos aquí y sabía que estaríamos bien. Si había tardado meses en escribirnos no había sido porque no quisiera… Había sido porque entendía que necesitara tiempo. Porque entendía que estaba huyendo, pero no sabía que de mí misma.

Las palabras de Jem siguieron haciendo eco en mi cabeza.

—Es la primera vez que lo dices —murmuré, con la voz queda.

—¿Qué?

—«*Telequinesia*» —repetí—. Es la primera vez que utilizas la palabra en… meses.

Meses en los que no había sido capaz de contener mi poder. A veces sucedía cuando me ponía nerviosa, cuando el recuerdo de Lucie era demasiado grande o el rostro de mi abuela me despertaba en sueños. Los brotes venían sin avisar y se cortaban abruptamente, como si fuera un grifo. Otras veces aparecía en oleadas, cuando todo estaba en calma, como una pequeña fuerza latente bajo la piel. Jem me había animado a no asustarme («Contenerlo te hará más daño, Ari»), a dejarlo salir, a aprender a vivir con ella.

Olvidaba que vivir con ella significaba matarme a mí.

Jem se revolvió en su asiento, algo incómodo.

—¿Has pensado ya…? —«En el doctor Grégoire, en arriesgarte, en curarte o en matarte, en vivir con miedo o vivir con dudas», pensé.

—Ya te lo dije. Creo que… creo que debería ir a ver al doctor Grégoire.

—*Crees* —remarcó.

Levanté la mirada; Jem tenía los labios fruncidos y las cejas inclinadas.

—No —mentí—. Debería ir a verle. Debería ir y acabar de una vez con la telequinesis. No me ha traído más que desgracias, Jem.

—Eso no es cierto —replicó, con un suspiro—. Ahora lo ves todo blanco o negro, pero…

—Pero ¿qué? ¿Prefieres que haga como si nada? ¿Que me arriesgue a que en la próxima discusión el corazón que se frene sea el tuyo?

Jem ni siquiera pareció herirse; me sostuvo la mirada y vio cómo mis labios temblaban.

—Arielle, no tiene por qué ser así. Lo estás controlando y… —Sacudió la cabeza—. Joder, no puedo dejar que te pongas en manos de un médico

retirado (¡expulsado!) cuyos conocimientos sobre la telequinesia se basan en lo que ha leído en una revista de ciencia ficción.

—Por Dios, Jem, ¡eso no lo sabes!

—¡Pero tú tampoco! —Tenía las manos agarradas a los reposabrazos, como si se preparara para saltar del sillón en cualquier momento—. No sabes cómo es la persona que hay detrás de ese nombre. Puede que llegues a su casa… A su clínica o lo que sea, y que él te engañe e intente… venderte. Como si fueras un animal en peligro de extinción. Porque en cierta manera lo eres, Arielle, y hay gente que no durará en desgarrarte la piel si creen que bajo ella está lo que te hace tan poderosa.

—¿Poderosa? —Solté una carcajada queda.

—Quieras o no, sabes lo que te ocurre es sobrehumano. Y sabes que hay personas que matarían por ello. Chardin…

—Olvida a Chardin. —No había vuelto a oír su nombre desde el día que nos marchamos de Capelle. No sabía si había sobrevivido, si se había desangrado en la carretera o había acabado en prisión. No sabía si alguien le había visto apuntarnos con la pistola, o, peor, si alguien había visto el disparo de Jem.

No quería saberlo. No serviría de nada a estas alturas.

Jem no tardó en volver a hablar, aunque evitó su nombre.

—Si él te vio como un peligro, si él fue capaz de… de volverse tan loco, no me extrañaría que un excirujano que perdió su licencia por creer en cosas sobrenaturales sintiera algo de rencor. Ponerte en sus manos sería una locura, Ari. Por mucho que hable de la telequinesia puede que no la haya visto en su vida, y si de pronto llegas tú y… y le confiesas lo que puedes hacer, solo Dios sabe lo que él hará contigo.

Sentí que se me trenzaba el estómago.

—Así que, según tú, me debato entre morir a manos de los que me ven como un monstruo, como un peligro, o seguir con vida aún sabiendo que con ello pongo en riesgo las de los demás.

Pensé que Jem contestaría con rabia, pero giró la cabeza con brusquedad y se mordió el puño para evitar llorar. Sin resultado. Le puse una mano en el hombro, de pronto consciente del dolor de mis palabras.

—Jem… —«Puedes llorar conmigo. Por Dios, siempre lo has hecho. He bañado tus camisas con mis lágrimas y he esperado que te acercaras a mí para hacer lo mismo. Puedes llorar conmigo. Por favor, no tengas miedo», quise decirle. Solo me salió una súplica—: Jem, yo…

—No te imaginas lo que duele que te veas así —cortó, con la voz queda —. No eres una granada. No eres ninguna causa perdida. Eres mucho más que la telequinesia, Arielle. Y correría todos los riesgos que hicieran falta para seguir a tu lado, porque tú corres los mismos estando conmigo.

—Eso no es cierto.

—Nadie se libra de hacer daño. —Su voz fue solo un susurro. Jem giró la cabeza y me miró a los ojos, como si pudiera verme el alma a través de ello. Sentí que se me olvidaba cómo respirar—. No eres un peligro, Arielle, no más que todas aquellas personas podridas que quisieron acabar contigo. El problema nunca fuiste tú.

Pero ahí seguía la culpa, la culpa, la culpa, la culpa. Era una cadena que me rodeaba el pecho, una presión alrededor de mis pulmones. Un ancla que trataba de arrastrarme a lo más hondo del océano.

—Puedes controlarla, Ari. Estoy seguro.

Maldita sea, me había prometido no llorar.

—No puedo. Lo he intentado una y otra vez, y siempre vuelvo a caer. Siempre parece que las cosas van bien y de pronto… —Cogí aire—. Caigo. Siempre caigo. Estoy cansada, Jem. Tan cansada…

Me arqueé hacia delante y hundí el rostro entre mis manos. Sus brazos no tardaron en sostenerme; sentí su aliento cerca de mi oído, su cuerpo cerca del mío. No dijo nada. Pero de alguna forma encontré en su abrazo el descanso que ansiaba.

«Serendipia», lo llamaban.



La carta de Nathan hablaba de una posible boda en 1960, de nuevos comienzos, de sueños que ya no parecían tan utópicos y de lienzos.

Sobre todo de lienzos.

Hablaba de cómo Nathan no podía —no *quería*— permitir que mi historia muriera en mis cuadros, que solo él fuera testigo de todo lo que era capaz de crear. Hablaba de cómo Monet se quedaría sin habla si viera la magia que hacía con las pinturas (y nunca supe si para él «magia» era una metáfora o una confesión).

Al leer la carta, sentí que me faltaba el aire.

> *Solo hazme un favor* —decía—: *que tus obras sean siempre un reflejo de todo lo que las palabras no pueden contar. Moja el pincel en el alma y deja grabado sobre el lienzo todo lo que quieres que viva eternamente.*
>
> *Pinta para nunca morir, Arielle.*

Pinta para llenar de vida a los que ven el mundo en blanco y negro.

(*Pinta para que, cuando vuelvas o cuando yo vaya, tenga un cuadro que añadir a mi salón. A Eleanor le encantan*).

Pero por encima de todo: pinta con el corazón para no dejarte morir. Rescata a la niña que llevas dentro, la que nunca tuvo miedo de mancharse las manos.

Vive por ella.

La risa de su recuerdo se juntó con las lágrimas de sus palabras. Sostuve el folio entre mis manos, a pesar de que el resto de la carta estaba dirigida a Jem («Cuídala y cuídate; nunca te he visto tan feliz como cuando hablas de ella») y él no había terminado de leerla. Pero no pareció importarle.

«Nate lo sabía», había dicho él. Y no le faltaba razón. Nathan siempre supo más de lo que decía y siempre supo cómo tratar a los que callaban.

Nunca podría preguntarle si para él magia era lo que para mí era un monstruo, si para él la niña que llevaba dentro era la misma que perdí.

No hacía falta.

Él había escrito todo lo que necesitaba decir.

Un paso más

Jem aparcó sobre la acera tortuosa y descuidada de la *rue* Jonas.

El cielo estaba nublado y gris, ocultando los colores que regalaría el atardecer. Hacía frío, aunque pronto me di cuenta de que el frío nacía de dentro. No habría capas de ropa suficientes para pararlo. Jem me cubrió con una chaqueta de hombros acolchados y dejé de abrazarme los codos.

—Es aquí —murmuró, dirigiendo una mirada sombría al «54» que coronaba la puerta de entrada al jardín. La piedra estaba sucia y abandonada, las láminas de madera de la puerta estaban desgastadas y rotas. La pintura se caía a trozos.

Jem dio un paso atrás, pegándose a la puerta del coche, para echar un vistazo a la casa con el ceño fruncido.

—¿No era una clínica?

—*Es* una clínica. En su casa.

—Ah.

Me acerqué a él y le rodeé una mano con la mía; como si fuera él el que tuviera algo que temer, el que estuviera decidiendo, el que fuera a ponerse en manos del doctor Grégoire.

—Necesito tu fuerza —murmuré, con la voz queda.

Él respondió irguiéndose y apretando mi mano, sin dejar de mirar la casa del doctor. Todas las ventanas estaban cerradas, las cortinas del piso superior corridas, y un halo de luz parpadeante se colaba entre las persianas. Los árboles y los helechos del jardín parecían tan grises y decaídos como el cielo.

Abrí la puerta con cuidado de no clavarme ninguna astilla y crucé el jardín con dos zancadas hasta llegar a la entrada. Sin mirar atrás, sin mirar adelante, sin mirar a ningún punto más allá de mis zapatos.

Jem se colocó a mi lado. Me apretó la mano. Me hizo alzar la mirada, me sonrió. Me armó del valor que tanto me faltaba.

Llamé a la puerta.

Fue en aquel instante cuando vi ante mis ojos todas las pequeñas decisiones que me habían conducido hasta aquel momento, hasta aquella puerta. Sucesos que se acumulaban en mi memoria, pruebas que parecían no tener consecuencias, haber confiado en quien no debía. Todo se entremezclaba y acababa llevándome hasta esa casa.

Era solo una decisión más. Una decisión que cambiaría todo lo que la siguiera.

Era una decisión que no supe que había tomado hasta que me vi a un paso del acantilado.

A veces la diferencia es tan pequeña como dar un paso adelante o uno atrás. A veces es necesario acercarse al peligro para darte cuenta de que lo es. A veces el corazón se te frena en el último segundo para indicarte qué es lo que de verdad quieres, justo cuando estás a punto de perderlo.

A veces es demasiado tarde.

Oímos los pasos de *monsieur* Grégoire acercándose a la puerta. Oí el suspiro de Jem a mi lado, oí los latidos de mi corazón como si quisieran atravesarme el pecho, y oí cómo se quitaba el pestillo al otro lado de la puerta.

Jem se volvió hacia mí una última vez, sin soltarme de la mano:

—Pase lo que pase ahí dentro —murmuró—, estaré contigo cuando despiertes.

Epílogo
No hay grietas suficientes para romperte

Hasta que no conocemos a los monstruos que habitan en nosotros, seguimos tratando de matarlos en el mundo exterior. Y un día descubrimos que no podemos, porque toda la oscuridad del mundo nace de la oscuridad del corazón.

Y es ahí, en los rincones más oscuros, en los días más marchitos, donde empezamos a luchar. Matamos la parte de nosotros que nos quiere ver muertos. Matamos la voz que nos quiere hacer creer que el futuro no existe. Matamos, a cuentagotas, el demonio que no quiere vernos vivos.

Matamos huyendo.

Aquella tarde, en la casa de *monsieur* Grégoire, también hui, pero fue la primera vez que entendí que huir nunca fue de cobardes. Después de todo, se necesita coraje para seguir viviendo. Se necesita ser valiente para perdonarse y para pasar miedo; ser fuerte y tragarse todos los «¿Y si…?».

«¿Y si nunca me hubiera pasado a mí?».

Ha pasado.

«¿Y si todo acabara mal?».

Sobrevivirás.

«¿Y si me estoy equivocando?».

Sobrevivirás.

Sobre todo, se necesita creer que puedes.

—Un poco más a la derecha —le dije, y ella se puso de puntillas para acabar la firma, con los rizos cayéndole por la frente. Solo era una «e», la última, separada del resto de las letras. Siempre quería dejar huella en mis cuadros, como si no fuera ella la que los inspirara.

Y entonces termina: «Larue-Favre».

Nadie te cuenta que hay finales que son como principios.

Nadie te cuenta que a veces no vuelves a casa, con una sonrisa radiante y la sensación de que la persona que la abandonó era una versión oscura, triste y perdida de uno mismo. No comerás perdices. El final feliz del que hablan todos los cuentos nunca es un final; es una pausa. Luego vienen los altibajos, y el príncipe y la princesa (que no siempre son príncipe y princesa) tienen discusiones, tienen momentos en los que quieren rendirse e instantes en los que desearían que el dragón nunca hubiera muerto. Nadie te dice que a veces quieres acabar con todo. Que habrá pistolas que explotarán para protegerte de ti misma.

Nadie te cuenta que hay finales que no son un destino, que no son un momento, que son días y años de perdonarse, de aprender lo que uno tiene, lo que uno puede lograr y lo que uno ha perdido. Días y años para volver a empezar.

Nadie te lo cuenta.

Y por eso, cada vez que acababa de contarle un cuento a Nessa Lucie, le pedía que ella inventara el final. Sus ojos de niña veían siempre finales felices y momentos de esperanza. El dragón siempre se curaba, la princesa escapaba del castillo, el príncipe se perdía en el bosque y ahí encontraba unos enanitos con los que empezar de nuevo. Pero Nessa nunca olvidaba hablar de cómo antes tuvieron que perderse, romperse, caerse. Cómo fracasaron y encontraron fuerzas para perdonarse. Cómo eso fue lo que les dio poder.

Ella sabe que en realidad no existen los finales. Lo ve en cada obra de arte, en cada novela de su padre, en cada lección de Historia: somos eternos. Somos milagros.

Y, al final, no hay grietas suficientes para romperte si aprendes a ver todo lo que te sostiene. Todo lo que sigue contigo. Todas las posibilidades que se desglosan ante ti en forma de personas, caminos, encuentros.

Nathan tenía razón: «Vive por ella».

Viví por mí.

Y un día, Nessa también aprendió a pintar sin mancharse las manos.

Fin

Agradecimientos

Recuerdo que antes los agradecimientos se escribían justo después de escribir «fin» y, sin embargo, con esta novela me ha llevado tiempo asentar la cabeza y transformar todo lo que siento al acabar una obra en palabras.

Gracias a mi familia, siempre. Especialmente a Patri. Primero porque una novela que habla de superación, de sueños y de artes solo podía hablar de ti; segundo, porque se necesita mucha (mucha) paciencia para aguantar una hermana como la que tienes, que *fangirlea* demasiado con todo lo que creas (y todavía más con lo que creamos juntas). Y gracias a mi madre por ser mi mayor fan. Podría escribir la lista de la compra de forma poética y seguiría pareciéndote una obra de arte: gracias por creer tanto en mí. Hacía demasiado que no cogías el pincel, pero, créeme, ahora tus obras somos nosotras. Nos has perfilado, nos has dado color y fuerza. Como todo lo que tocas, nos has dado más que vida.

Y gracias a Sevi, una y otra vez, hasta el fin del mundo. Vuelves a estar escondido entre líneas, pero es mi manera de agradecerte todos estos años juntos, todo nuestros sueños. Todos los que quedan por llegar.

Mil gracias también a esa preciosa comunidad de lectoras y escritoras que he tenido la oportunidad de conocer. Gracias a Aintzane, gracias a Laura, gracias a Rolly, a Arantxa, a Gema, a Victoria. A esta segunda familia que tengo la suerte de haber encontrado. Gracias también a Paula; a Núria y Adriana, que me han visto crecer desde que escribía historias con finales Disney; a Maribel Baena y todas las veces que me ha sacado una sonrisa.

Gracias a Maribel y Ana. Ana, por todo lo que has hecho por mí. Por toda tu luz y todo lo que me has ayudado. Y Maribel, muchísimas gracias por todas nuestras charlas dentro y fuera de clase, por haber compartido tanto juntas. He descubierto a una persona preciosa y estoy orgullosa de decir que has dejado tu marca en esta novela. Gracias por todo, de verdad. Y también a Nacho, estés aquí o en la otra parte del mundo (que no me extrañaría), aunque

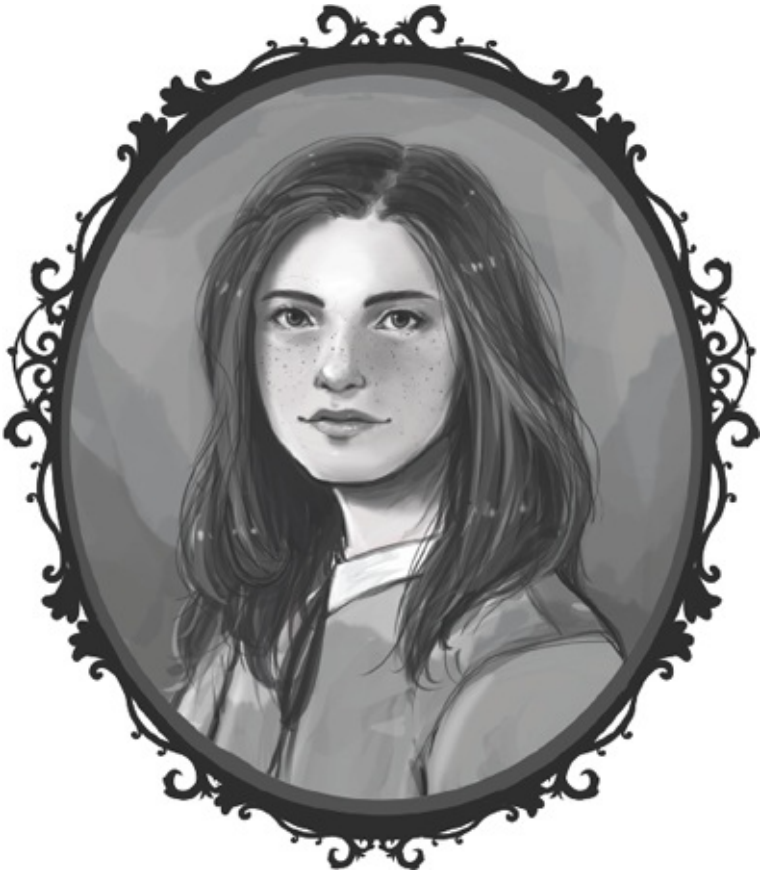
puede que no leas esto porque quizás no es lo tuyo. Pero no importa. Importa el apoyo y de ti nunca me ha faltado. Gracias, de verdad.

Gracias a mi maravillosa editora, Helena, por creer en esta historia y ayudarme a creer en ella. Por ponerle tanta pasión y tanta ilusión, por lo muchísimo que me has ayudado y lo cómoda que me has hecho sentir en cada paso del camino. Por compartir esa oscuridad conmigo y sacar luz de ella. Tengo mucha suerte de trabajar con un equipo tan bueno, así que gracias también a Luis por la preciosísima portada y a Miguel por la paciencia de corregir tantas meteduras de pata.

Se me alargan mucho los agradecimientos, pero no puedo despedirme sin dar las gracias (por haberme ayudado a convertirme en la persona que soy) a Javi, Irene, Adriana (*aka* mis compañeros de bañera [—tenía que decirlo—]), Celia, Alejandra y Araceli.

Gracias a ti, que estás leyendo esto, porque creíste en mis palabras y las hiciste importantes. No sería nada si no fuera por la gente que me lee.

Y por último, aunque siempre vaya primero, gracias al que siempre ha estado conmigo por dejarme tocar tantos corazones. Gracias por llegar al mío.





BEATRIZ ESTEBAN nació en Valencia en 1997 y en 2019 se graduó en Psicología en la Universidad de Valencia. Compagina los estudios de un Máster de Psicología, con su carrera de escritora, y su trabajo como lectora editorial, además de impartir charlas sobre literatura y salud mental tanto en institutos como en universidades.

En 2017 publicó su primera novela, *Seré frágil*, que dos años antes había resultado finalista en el Premio Literario Jordi Sierra i Fabra para Jóvenes. En 2018 ganó la segunda convocatoria del Premio Ripley de Ciencia Ficción y Terror con el relato *Niña caducada*.